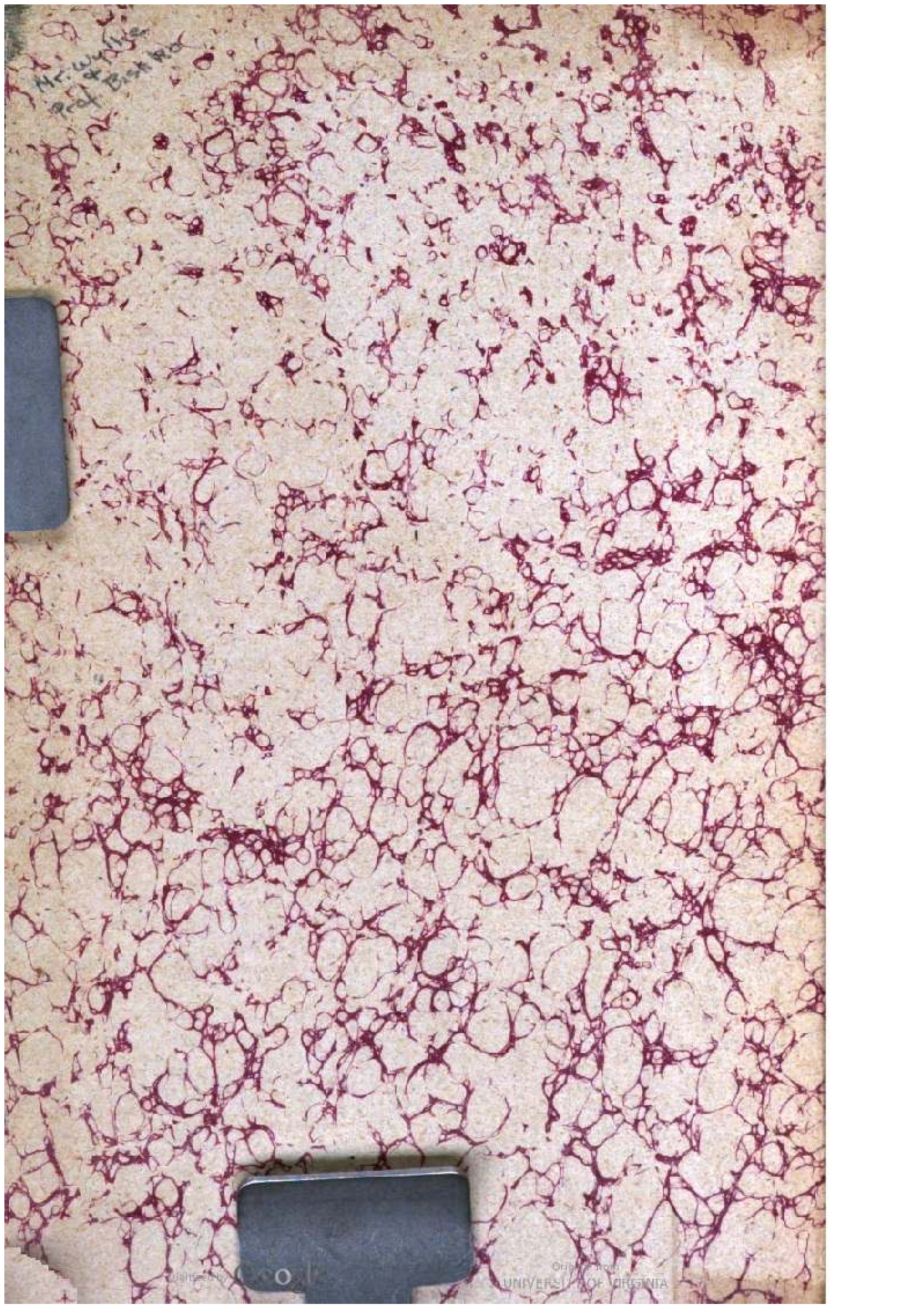
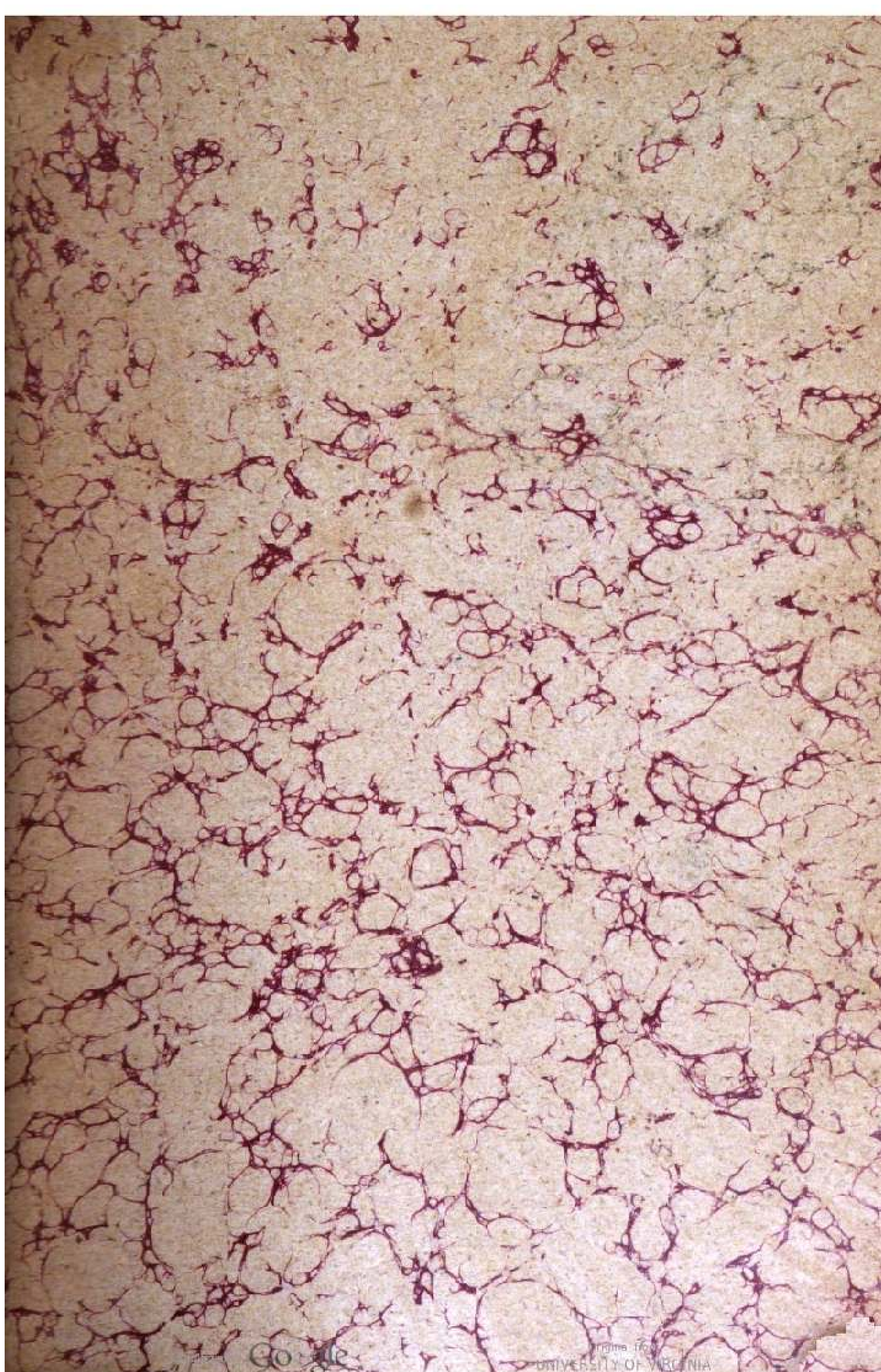






COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE

Y D. JOSÉ SANCHO RAYON.

TOMO LX.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 8

—

1875

PRÓLOGO.

I.

La primera parte de este trabajo no es del todo nueva. En ella están incluidos muchos trozos del artículo, que con el título de *Un historiador anónimo,* dí á luz tiempo há en la *Ilustracion Española y Americana.*

Cosa corriente era entónces, entre los aficionados á estudios históricos, que, durante el siglo XVII, habia tenido España un historiador ó analista, de apellido Vibanco, del cual se conservaban inéditas dos extensas obras sobre los reinados oscurísimos de Felipe III y Felipe IV. Posée, con efecto, la Biblioteca Nacional una copia, y tres la Real Academia de la Historia, de cierto libro, que, con buenos caractéres de letra, lleva al frente este título: *Historia de Felipe III, Rey de España, escrita por D. Bernabé de Vibanco, Ayuda de Cámara suyo y del Rey D. Felipe IV, su hijo, Secretario de la Estampilla y del Consejo de la Suprema Inquisicion,*

dirigida al muy alto y muy esclarecido Infante de Castilla, D. Fernando. La misma Real Academia de la Historia y la Biblioteca Nacional, encierran (esta última, bajo la signatura G. 195 y siguientes), otro trabajo histórico, igualmente manuscrito, en veinte libros, repartidos ya en seis, ya en diez tomos en cuarto, y encabezados como sigue: *Historia general del Rey de las Españas D. Felipe IV, en que se cuenta todo lo sucedido en la dilatada monarquía de España, dirigida á D. Juan Alonso Henriquez, Almirante de Castilla, por D. Bernabé de Vibanco, Ayuda de Cámara de S. M., Secretario de la Estampilla y del Consejo de la Inquisicion.* Procedente de la rica biblioteca de mi difunto tio, D. Serafin Estébanez Calderon, posée la Biblioteca Nacional otro ejemplar de esta obra última, y de la misma ha adquirido recientemente un tomo en fólio, con sólo dos de los libros, la Real Academia Española, por donacion de D. Adolfo de Castro.

Ni es, ni hace falta á mi intento, el averiguar y dar á conocer, todas las copias que existan de las referidas obras. Baste saber que, aparte de las copias ya enumeradas, he tenido yo en mi poder, y compulsado dos más: una de la Historia de Felipe IV, perteneciente á cierto erudito académico, y otra de Felipe III, propiedad del Marqués de la Fuen-Santa del Valle, que es la que se da aquí á luz. Lo que desde luego importa es, que las más de las copias están sin nombre del autor, y que éste aparece, con mucho más moderno carácter de letra que el de los códices, en las referentes á Felipe III, y en las dos de Feli-

pe IV guardadas por la Academia de la Historia y la Biblioteca Nacional. Como esto del carácter de letra, naturalmente excita la atencion, quiero aunque con la desconfianza propia del caso, comunicar al público mis observaciones.

El códice de la Historia de Felipe III del Marqués de la Fuen-Santa del Valle, y el antiguo de la Biblioteca Nacional que contiene la de Felipe IV, de los cuales, por ser los más completos y mejores, me he valido yo principalmente, son con evidencia de letra del siglo XVII. Las apostillas del manuscrito de Felipe III del Marqués están escritas por dos diferentes sujetos; y unas, que pudieran llamarse epígrafes, con letra igual al *Índice de lo más notable,* que se halla al frente del tomo segundo del ejemplar de la Historia de Felipe IV, perteneciente de antiguo á la Biblioteca Nacional; otras, que son á modo de correcciones ó adiciones, de la propia mano, al parecer, que la segunda de las cuatro diferentes letras con que están copiados los libros quinto y sexto del manuscrito de la Academia Española. Ostenta el dicho códice del Marqués una sola letra en el texto, y dos, segun queda dicho, en las márgenes; pero la del texto no hay razon alguna para juzgarla del autor, ántes bien, por las incorrecciones, muestra á las claras ser de un copista. Una de las otras dos es la que pudiera ser del autor, mas cotejadas ambas con la firma del que hoy ya resulta indubitable, son desiguales en apariencia. En el entretanto, el texto de la Historia de Felipe IV se halla escrito por dos distintas manos en el códice antiguo de la Biblioteca

Nacional, y por cuatro en el solo tomo que la Academia Española posée, que deben ser de los copistas, de quienes tan amargamente se quejó el autor hácia el fin de sus trabajos. La circunstancia de parecer idénticas la letra de los epígrafes del manuscrito de Felipe III del Marqués y la del *Indice de lo más notable,* que contiene el tomo II de la Historia de Felipe IV de la Biblioteca Nacional, hace sospechar que sea aquella la letra del autor, porque á primera vista no parece fácil que otra persona que él haya trabajado en tan distintos tiempos sobre la misma obra; pero ¿cómo insistir en esta sospecha al ver que las correcciones ó adiciones del primer índice referido, tienen tambien grandísima semejanza con la copia de dos de los libros del manuscrito de la Academia Española procedente de Don Adolfo de Castro?

Despues de reflexionar sobre esto, inclínome á creer que los copistas primitivos fueron siempre unos mismos; lo cual se explica por la razon de que necesariamente debia permanecer muy unido con ellos el autor, teniendo que fiarles manuscritos secretos, y que tanto podian comprometerle como se verá luego. Y bien mirado, donde únicamente cabe buscar con fruto, en mi concepto, el verdadero carácter de letra del autor, es en las enmiendas que se advierten sobre las principales copias, y en especial sobre la del Marqués, por ser la mejor de cuantas quedan. Aparte de todo, en las dichas enmiendas se nota tambien gran semejanza con la firma del que por verdadero autor aparece ahora en mis investigaciones.

De él pudieran ser, por lo mismo, dos de los libros, muy semejantes en el carácter de letra al de las enmiendas, del manuscrito de la Academia Española; pero no me atrevo á afirmarlo.

De todos modos es evidente que ni por el esmero de la copia ni por la atencion y minuciosidad con que está corregido, anotado y adicionado, puede compararse ninguno con el códice de Felipe III que este volúmen encierra. Adquirióle su dueño, el Marqués de la Fuen-Santa del Valle, D. Feliciano Ramirez de Arellano, infatigable colector de libros y papeles antiguos, en el ya famoso malbarato de documentos preciosos de la Casa de Altamira; y tiene tanto más precio, cuanto que los demas códices que de Felipe III he visto son de letra más moderna ó incorrectísimos. Ningun ejemplar tan bueno como él existe de la Historia de Felipe IV, el mejor de los cuales debió de ser, por lo que parece, el que posée incompleto la Academia Española. En este, como en los demas de la misma obra que he tenido á la vista, aparecen, no obstante, muy confusas las partes distintas, duplicados á veces los números de los libros, sin más que los sumarios algunos, ó poco más, frecuentísimamente incompletas ó truncadas las frases, las palabras con evidencia equivocadas; presentando, en fin, todo el conjunto las señales de una obra por concluir, á la que no dió su autor la última mano. Lo cual hace más y más estimable el códice de la Historia de Felipe III, que aquí se publica, probablemente regalado por el autor á la Condesa de Altamira, Doña Leonor San-

doval y Rojas, hermana del Duque de Lerma, y que segun indica el texto, *recibió en sus brazos á Felipe IV y le dió crianza*. De la oscuridad en que por tanto tiempo estuvo, sale á luz este interesante manuscrito ahora para regocijo de los aficionados á la Historia de España, y él será precursor seguramente de la publicacion de la segunda parte, que trata, como ya sabemos, de Felipe IV.

No cabe duda que la escasez de *Memorias*, ó sea de Relaciones históricas íntimas, minuciosas, y redactadas por testigos de vista, que experimentamos en España, da desde luego singular precio á las dos extensas obras atribuidas á Vibanco, bien que el más somero exámen muestre al punto, que es el estilo del autor difuso y oscuro, incompleto y enrevesado su plan, frecuentemente apasionada su crítica. Para nadie además es un misterio, que, ni la historia del hijo ni la del nieto de Felipe II, están hasta aquí escritas formalmente, por lo cual, un trabajo histórico tan vasto, que, sin contar la relacion abreviada de los sucesos ocurridos desde 1578 hasta 1598, comprende los anales detallados de nuestra nacion desde 1598 á 1649, es decir, de medio siglo, de todos modos habria de ser interesantísimo. Y si bien la historia política de los dos primeros tercios del siglo XVII, léjos de atraer, repugna ó fastidia al comun de la gente, mucho más propensa á contemplar con detenimiento lo alegre, próspero y glorioso, que no á recibir lecciones del infortunio, nada en cambio lisonjea tanto nuestra vanidad, ni despierta interés tan uná-

nime entre nosotros, como los anales literarios de una época, que desde los años en que nació Cervantes, hasta aquellos en que murió Calderon, vió florecer, sin duda, los primeros de los ingenios españoles. ¿Cómo no estimar, pues, y en precio altísimo las dos partes de una obra, tan superior por su extension y noticias, á los exiguos apuntes de Gil Gonzalez Dávila, ó á la corta y pedantesca narracion de Gonzalo de Céspedes y Meneses? Sobre todo en nuestros dias, muchas, muchísimas veces, han sido examinados estos códices, y más aún citados, por los autores que, con uno ú otro motivo, han escrito sobre Felipe III y Felipe IV; y, habiéndolos entre ellos eruditísimos, siempre les han conservado por nombre de autor el de Vibanco. ¿Con qué razon? Eso es lo que examinar me cumple primeramente.

Durante el siglo XVII, hubo sin duda en España muchos sujetos de nota, de apellido Vibanco, y en especial uno de nombre Bernabé, que fué Ayuda de Cámara de Felipe III, su Secretario de la Estampilla, y del Consejo de la Inquisicion: hombre de quien dan larga noticia los *Avisos* y noticias inéditas del primer tercio del mencionado siglo, las *Relaciones* impresas, de Luis Cabrera de Córdova, y el erudito Álvarez Baena en el primer tomo del *Diccionario histórico de los hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidad, armas, ciencias y artes*, que en 1789 dió á luz. Á este Vibanco es á quien se atribuye el gran trabajo histórico de que trato, por lo ménos desde que fueron conocidas las apreciables *Memorias para*

la Historia de D. Felipe III, Rey de España, que corren á nombre de D. Juan Yañez, y dedicadas al Marqués de Grimaldo, del Consejo de Estado del Rey, impresas el año de 1723 en Madrid.

Era el nombre exacto del autor de este libro, D. Juan Isidro Faxardo y Monroy; individuo de número de la Real Academia española; y por cierto que aparece aprobando en las primeras páginas su propia obra, por comision del Consejo. Examina Faxardo en el prólogo los diversos historiógrafos, ya que no historiadores de Felipe III, y despues de mencionar en tal concepto á Gil Gonzalez Dávila, se expresa así: «Otra historia (dice) no impresa, se tiene tambien por de este autor, pero reconocemos no ser suya, sino de Bernabé de Vibanco, Ayuda de Cámara que fué de estos dos Monarcas, Secretario de la Estampilla y del Consejo de la Suprema Inquisicion, diligentísimo observador de los sucesos de su tiempo (sin que nos quede duda para este desengaño, por la misma narracion de ella), que la divide en ocho libros, desde el año de 1578 en que nació D. Felipe III, hasta el de 1626, y aunque incluye estos años, se detiene muy poco en los sucesos de ellos, hasta 13 de Setiembre de 1598, en que falleció el Rey D. Felipe II. De estos ocho libros, los cinco primeros dedica al serenísimo Cardenal Infante D. Fernando, y los tres últimos á la casa de Sandoval, y todos se reducen á un elogio y defensa del gobierno y privanza de don Francisco Gomez de Sandoval, Duque de Lerma, de quien fué hechura muy reconocida, y á calumniar las

operaciones de D. Gaspar de Guzman, Conde-duque de Olivares, primer Ministro ó valido del Rey don Felipe IV, pues segun dice en el último libro, acabó esta Historia el año de 1630. No deja duda la comprobacion de que es suya, porque despues continuó la Historia del Rey D. Felipe IV, dedicándola á don Alonso Henriquez de Cabrera, Almirante de Castilla desde el año de 1626, en que concluyó la antecedente, hasta el de 1648, y en muchas partes refiere haber escrito la de D. Felipe III, en el propio método, y especialmente al Almirante en la dedicatoria en que le repite muchas particularidades que escribió en ella, y continuando su aversion al gobierno del Conde-duque. Unos y otros libros, que tienen noticias muy recónditas y particulares, como referidas por sujeto que se halló tan cerca de los personajes de quien habla, será preciso se queden en la oscuridad que padecen, con notable lástima de la curiosidad, por la demasiada adulacion á la casa de Sandoval, y por el exceso de odio contra la persona del Conde-duque de Olivares y de su casa». Copio todo este trozo por lo mismo que en él fué, en mi concepto, donde por vez primera apareció el falso aserto de ser Vibanco autor de las anónimas Historias de Felipe III y Felipe IV, que corrian ya entre los curiosos.

Todas las copias que contienen el nombre de Vibanco, son probablemente posteriores á 1723, fecha del tal prólogo; mas de que lo son las portadas donde el nombre está escrito, tengo total evidencia. Sobrado fundamento hay, por tanto, para atribuir á

Yañez Faxardo la paternidad de esta opinion bibliográfica, sin el menor exámen aceptada por los que poseian los manuscritos depositados hoy en la Biblioteca Nacional y la Academia de la Historia, donde ahora se lee el nombre de Vibanco. En el manuscrito primitivo de la de Felipe III, que aquí se publica, no aparece, por supuesto, el nombre de Vibanco; y las copias más antiguas de la Historia de Felipe IV, tampoco han ostentado tal nombre hasta nuestros dias, en que el insigne académico D. Tomás Muñoz, participando del error comun, lo escribió de su puño y letra, á modo de advertencia. La supósicion de Yañez Faxardo quedó así, no ya sólo generalizada, sino, al parecer, definitivamente confirmada y admitida.

No se rindió á ella, en verdad, el diligente Álvarez Baena, que calzaba muchos más puntos que Yañez Faxardo en erudicion y crítica, ni ántes que él profesaron tal opinion probablemente D. Luis de Salazar y Castro y D. Juan Lúcas Cortés, que pusieron notas en los códices de la Academia de la Historia, sin decir palabra del autor. Pero Baena todavía hizo más que dejar de compartir la suposicion, y fué contradecirla redondamente. En el artículo de su *Diccionario* correspondiente á Bernabé de Vibanco, refiere al por menor Baena que aquel pretendido historiador nació en Madrid en 1573, y recibió el bautismo á 28 de Junio, en la ya demolida parroquia de Santa María, siendo hijo de Hernando Ortiz de Vibanco, Furrier mayor de la caballeriza del Rey, natural y originario de la villa de Espino-

sa, del solar y casa de los Vibancos, y de doña Isabel de Velasco, natural de la villa de Yepes. Sirvió Vibanco, segun el diccionarista, varios empleos, como el de Regidor de la Ciudad de Toledo, Ayuda de Cámara y Montero de Espinosa del señor Felipe III, y su Secretario de la Estampilla; debió á estos méritos el que aquel Monarca, por Cédula dada en Madrid á 12 de Julio de 1616, le hiciese merced del hábito de Santiago, cuyo título le despachó el Consejo de las Órdenes en 1.° de Agosto; tuvo la encomienda de *Dos Barrios*, y últimamente la Secretaría del Consejo Supremo de la Inquisicion. Cuenta, por fin, Baena, que Vibanco otorgó testamento cerrado ante Diego Ruiz de Tapia, escribano del número de Madrid *en* 16 *de Abril de* 1625, *y falleció el dia siguiente,* dejando ordenado que se depositase su cuerpo en el convento de religiosas del Caballero de Gracia, de donde se le trasladó luego á la capilla y bóveda de Nuestra Señora de los Remedios del convento de la Merced: todo lo cual certifica con el libro de bautismos, la genealogía para el hábito de Santiago, la copia del testamento y las escrituras de patronatos que le habia facilitado el poseedor de ellos, D. Juan Manuel de Vibanco y Angulo, Abad de Vibanco, y residente en Bilbao. Por donde se ve que no habló Álvarez Baena de oidas, sino ántes al contrario con auténticos papeles y buenos testimonios delante.

Pues ahora bien: refiriéndose nuestro diccionarista á la supuesta calidad de autor de Vibanco, que es lo que importa, se explica así: «Don Juan Isidro

Faxardo (y copio literalmente sus palabras), en el prólogo de las *Memorias* para la Historia de D. Felipe III, pág. 5, dice que una historia de este Monarca, no impresa, que se tiene por del cronista Gil Gonzalez Dávila, no es suya, si no de nuestro Bernabé, á quien apellida diligentísimo observador de los sucesos de su tiempo. Dice asimismo que acaba esta historia en 1630, y que no quedaba duda era suya, porque despues continuó Bernabé la de D. Felipe IV, dedicándola al Almirante de Castilla, desde el año de 1626 hasta el de 1648, y que en muchas partés referia haber escrito la de D. Felipe III. *No supo D. Juan Isidro que D. Bernabé de Vibanco falleció en* 17 *de Abril de* 1625, *pues entónces no le hubiera hecho autor de una obra, cuyos sucesos pasaron muchos años despues de muerto;* y no habiéndolo sido de esta, tampoco parece lo sería de la primera, siendo ambas, como dice, de una pluma. El que posea estos manuscritos podrá examinar mejor que Faxardo, su verdadero autor.» Precisamente es este el caso en que se han hallado, aunque en vano, otros muchos, despues y en el que yo me encuentro al presente. Y en verdad, que apénas me queda que hacer en este primer punto otra cosa sino dar la razon á Álvarez Baena contra Yañez Faxardo, y contra cuantos han escrito despues de él sobre Felipe III y Felipe IV, sin exceptuarme á mí propio.

Bueno es saber, con todo, que no es solamente el autor del *Diccionario de los hijos de Madrid* quien por los documentos que él vió diga que murió

en 1625 Bernabé de Vibanco. Dícelo expresamente tambien el importante manuscrito de la Biblioteca Nacional, que lleva la signatura M. 299, y que por rótulo tiene escrito: *Noticias de Madrid*; 1621 á 1627. Sólo en un dia difieren el manuscrito y el *Diccionario* de Álvarez Baena, suponiendo éste muerto á Vibanco el 17 de Abril de 1625, miéntras en el manuscrito, y con fecha de la víspera, se lee lo que sigue: «Murió don Bernarbé Vibanco, Secretario de S. M. y de la Inquisicion; privó mucho con el señor Rey D. Felipe III; quedó rico, y hizo un testamento muy cuerdo.» Es, segun se ve, insignificante la diferencia, y, en lo esencial, ambas noticias concuerdan; ofreciendo tales caractéres de verdad una y otra, que no hay medio alguno de desvirtuar su testimonio. Y muerto Vibanco por Abril de 1625, ¿cómo ha de ser autor de la Historia de Felipe IV, que termina en 1648, ni siquiera de la de Felipe III, prolongada hasta 1626, por la propia pluma que la comenzara? La prueba de que no lo fué ya es completa; pero todavía conviene advertir que el erudito licenciado, D. Pedro de la Escalera Guevara, en su curiosísimo libro intitulado ORÍGEN DE LOS MONTEROS DE ESPINOSA, impreso en Madrid en 1632 (parte 2.ª, cap. 9.º), donde trata de los oriundos de aquella villa, nada dice de que Bernabé de Vibanco fuese escritor, cuando no olvida esta circunstancia importante en aquel de sus apuntes biográficos, que se refiere á D. Francisco de Villagomez Vibanco, deudo del D. Bernabé probablemente. Digno de saberse es tambien que Ber-

nabé de Vibanco fué natural de Madrid, como averiguó el diligente Álvarez Baena, y el autor de las Historias de Felipe III y Felipe IV de Toledo; segun él propio dice en la página 131 del presente volúmen, donde, ponderando la fábrica y escalera del Alcázar, escribe estas palabras: «Sin que sea achaque la pasion de haber yo nacido cerca de sus umbrales.» Lo único que cabe notar aquí es, que Bernabé de Vibanco sirvió el empleo de Regidor de la ciudad de Toledo, es decir, que residió algun tiempo en ella, segun Baena, y que el autor que buscamos nació allí mismo. ¿Tendrian los dos acaso alguna relacion de parentesco ó de familia, que pudiera dar ocasion más tarde al error de Faxardo?

Ni lo sé, ni juzgo fácil que ya se averigüe; mas en el entretanto, es lo cierto que no son sólo distintas la fecha del nacimiento y la fecha de la muerte en uno y otro sujeto. Todas, absolutamente todas las circunstancias personales del verdadero autor de la obra, difieren de igual modo de las de Bernabé de Vibanco. Perteneniente á una ilustre familia de Monteros de Espinosa, y descendiente de importantes criados de la Casa Real, cual se lee en el libro de Escalera, Vibanco fué todo un personaje en la corte de Felipe III. Pruébanlo, por sí solos, los muchos empleos lucrativos que poseyó, y enumeran Escalera y Álvarez Baena, y ámpliamente lo confirman las relaciones de las cosas de aquel reinado que escribió Luis de Cabrera. En 1612 quiso ya el Duque de Lerma quitarle con buenos modos del lado del Rey «que le queria bien y tra-

taba con él algunas cosas familiares y secretas, en que intervenia el Duque de Uceda, de que no debia gustar el de Lerma», segun dice Cabrera literalmente. Por entónces se ocupaba D. Bernabé, cerca del Rey, en la remision de papeles y libranzas á los Secretarios y Ministros. Poco despues se le dió el título de Secretario del Rey, para que recibiera los memoriales y diese las audiencias de S. M., como lo habia hecho hasta allí otro Secretario de gran confianza. Al año siguiente pidió y obtuvo del Rey una escribanía de Puertos secos, que valia 2.000 ducados de renta, y que Lerma apetecía para su casa, sin que para ello se contase con la vénia del valido. La importancia de Bernabé de Vibanco llegó á punto de juzgársele ya todo un Mecenas; y el P. José de la Madre de Dios, Visitador de los Descalzos de San Agustin en España, le dedicó su obra intitulada: *Los dos estados de Nínive cautiva y libertada, deducidos del libro de Jonás, profeta* (Madrid, por Juan de la Cuesta, 1619), alabándole, en una carta dedicatoria de «nobleza sin presuncion;» de «*privanza* sin arrogancia»; de «grandeza sin pompa;» de «valer sin desabrimiento», y de tener, en fin, tal mérito, «que pudiera sin agravio de todos, tan bien como muchos, y mejor que *algunos*, gobernar la monarquía de tan gran Príncipe, como el sol de España, cuya gracia habia merecido tan justamente, que no se atrevió con él á los primeros amagos la envidia.» Diríase, sabiendo ya los recelos que llegó á tener el Duque, y lo que contra él intentó y no pudo, que á tales hechos aludia aquí el autor des-

caradamente; y más y más parece confirmarlo al decir «que, habiendo ya acertado Felipe III á elegir su persona para lado de sus favores, justo era *que llevase adelante el que comenzó á hacerle*, acierto suyo que arrebataria el aplauso de todos.» Tenemos, pues, que en 1619, era Vibanco nada ménos que candidato á primer Ministro, para sus amigos y allegados, y tal, que se podia dar su candidatura al público por hombre grave, que no debia de por sí exponerse, ni exponer á burlas al favorecido; y que no le faltó razon, por tanto, al panegirista de los Monteros, y de todos los oriundos de Espinosa, el buen licenciado Escalera, para decir que Vibanco tuvo *la gracia* del Rey.

Fué aquel, á no dudar, uno de los jafes del partido del Duque de Uceda, fraccion política desprendida del gran partido de Lerma, y por su propio hijo capitaneada, la cual fraccion ejercia el poder al morir Felipe III. Y nada tiene de particular, segun lo dicho, que en los *Apuntamientos de cosas que van sucediendo en Madrid hasta hoy sábado, 3 de Abril* (papel curioso, que contiene el tomo manuscrito de la Biblioteca Nacional, T. 234), se lean, refiriéndose á la muerte de Felipe III, acaecida el 31 de Marzo de 1621, y á los actos que en aquel primer dia de reinado llevó á cabo el nuevo Monarca, las siguientes palabras: «Este mismo dia quitó la Estampilla á Bernabé de Vibanco, y que entregase las consultas, y le hizo merced de confirmarlo en los demas oficios que tenia en vida de su padre;» igualando así el autor de los tales *Apuntamientos*, la desgracia de

Vibanco con la del propio Uceda, y la de Angulo, Tapia, Bonal y Tobar, principales Ministros del reinado anterior.

Por no callar nada que pueda exclarecer los hechos, quiero por último advertir, que en la Historia de Felipe III de nuestro autor, falta del catálogo de los desfavorecidos el nombre de Vibanco; omision que, dadas las relevantes circunstancias del sujeto, fue probablemente intencionada. Pero no es bastante motivo este, para sospechar que la omision tuviera por causa el ser Vibanco mismo autor de la obra. Harto más fundamento hay en ello para acrecentar mi sospecha de que Vibanco, y nuestro incógnito personaje, nacido en Toledo, de donde Vibanco era Regidor, y cuanto él ardiente parcial de la casa de Lerma, fuesen próximos deudos, por más que usaran apellidos diferentes, ó cuando ménos íntimos amigos, bien que el historiador nunca picara tan alto como el Secretario de la Inquisicion y la Estampilla. Pudo muy bien hallar Faxardo en sus compulsas de papeles antiguos, los códices y el nombre de Vibanco mezclados, y deducir de ahí ligeramente la errada consecuencia que por tanto tiempo ha prosperado entre los doctos.

Si evidente es que las tituladas Historias de Felipe III y Felipe IV no son de Vibanco, no lo es ménos el que ellas forman dos partes de un todo, y son obras de un sólo ingenio. Ocioso fuera detenerme mucho á demostrarlo. Todos cuantos han visto ambas obras, lo reconocen y declaran sin discrepan-

cia. Muchos son los pasajes de la Historia de Felipe IV en que expresamente dice su autor que tenia ya escrita la del padre. Fué su primera intencion escribir sólo esta última, con el ligero discurso sobre los principios del reinado de Felipe IV que lleva por epílogo. «Mándame (le dice en la dedicatoria de la de Felipe IV al Almirante de Castilla), mándame V. E. escriba algunas cosas que, aunque no tocan á la Historia del Rey católico Felipe III, faltan en aquel discurso postrero, dignas de saberse»; refiriéndose á la última parte del trabajo, donde trató ya de cosas que correspondian al reinado siguiente. Con propósitos tan modestos, dió comienzo á la nueva empresa, que no habia de dejar de la mano, durante veintidos años más de laboriosidad incesante.

Pero si nuestro autor intentó escribir anales de dos reinados, posteriormente favorecidos hasta con el título de Historias, lo que en realidad compuso fueron *Memorias;* dictado que al publicar esta primera parte se ha preferido. Es mayor, sin embargo, el carácter de *Memorias*, en la segunda que en la primera parte de la obra, porque la segunda se escribió toda ella en la intimidad del cuarto del Rey, y para la primera no siempre estuvo el autor en posicion tan favorable. De todos modos, una y otra están sacadas de documentos ó testimonios fehacientes: ya de las relaciones impresas que, haciendo las veces de los modernos periódicos, daban á conocer por entónces todos los sucesos de importancia; ya de las cartas particulares que en

Madrid solian correr de mano en mano; ya de su propia observacion. No escasa porcion de lo que refiere, sobre todo desde cierto plazo adelante, y lo más curioso, sin duda alguna, presencióló él mismo, y lo relata ó juzga, con la minuciosidad, el vivo color, la sencillez ó la pasion de testigo. Es tambien mucho lo que oyó inmediatamente contar, y á los propios sujetos, actores ó testigos de las cosas. Tiene, en suma, toda la larga obra de que se trata, cuantas calidades distinguen á las Memorias históricas: su lectura trasporta á los tiempos mismos en que se cumplieron los sucesos; la realidad se abre por ellas fácil paso, á través de los afectos y preocupaciones del autor, y aparece viva, penetrante, avasalladora.

Ni importa el que estén con frecuencia mal juzgados los hechos, con ligereza examinados, ó expuestos con notoria parcialidad. El lector inteligente y frio, acostumbrado á las pasiones, á las preocupaciones, á los fáciles errores de la edad en que vive, sin grande esfuerzo distingue cuanto hay de cierto ó falso en el testimonio de un hombre, que despues de todo escribe como hoy mismo se suelen escribir las historias contemporáneas, y siente lo que suelen hoy los más sentir de los hombres y las cosas que les agravian. Verdaderamente, en lo que al autor le toca de cerca, no hay que fiarse de su juicio, ni darle por definitivo; pero cuanto dice conviene tomarlo muy en cuenta, aunque no sea á las veces sino para sacar de sus propios datos y asertos, diferentes consecuencias. Es un libro el suyo que vive

y encierra y guarda propia y ajena vida, no ya cálculos muertos ni resíduos de libros ó papeles viejos; ofreciendo por eso mismo, con sus faltas y todo, un interes y un encanto, infinitamente superiores á cuanto de sí dan las historias artificiosas, más ó ménos vaciadas sobre los antiguos moldes clásicos, y escritas por retóricos ó meros hombres de letras. Jamás el narrador frio, ú el petulante, que confunde la hinchazon con la elocuencia, ni áun el apreciable erudito, criado en las bibliotecas, y solamente versado en el manejo de códices ó libros, acertarán á escribir páginas tan fecundas para la Historia en general, ni tan interesantes, para el lector curioso como, quizá sin pensarlo, ha escrito el humilde y desconocido autor de estas *Memorias*. Para concebir y explicar la vida, lo primero es, sin duda, vivir; y lo primero para escribir bien de historia, es por eso mismo hacerla, ó haberla hecho, si se me permite frasear de una manera, tan comun en los grandes escritores del siglo de oro, y tan vilipendiada por galicana ó galicista, entre los que con razon ó sin ella presumen de hablar hoy castizamente.

II.

Averiguado ya que no fué Vibanco el autor de estas *Memorias*, y que así las que tocan al tiempo de Felipe III, como las que corresponden al de su hijo son de autor hasta ahora incógnito, natural-

mente surje el deseo de perseguir y desvanecer el misterio; y para dar con el tal autor, trazado èstaba desde luego el camino por el sentido comun. Era preciso buscar cuidadosamente en sus propios escritos todos los incidentes, todas las frases, todas las palabras sueltas que tuvieran relacion con su vida privada, y tejer si era posible su biografía, ántes de pensar en inquirir su nombre. Tarde ó temprano, por diligencia ó mera casualidad, se habia de obtener así el apetecido fruto, ajustándose á una persona ya conocida, el nombre incógnito. No otra cosa intenté yo, pues, en mi ya referido artículo intitulado, «Un Historiador anónimo.» Dí en él muchas noticias particulares, principalmente sacadas de los tomos referentes á Felipe IV, y al cabo sirvió una de ellas, cual era de esperar, para ponernos en la pista de lo que se buscaba. Repetiré ahora tales noticias, ampliándolas lo suficiente para dar idea exacta de la condicion del personaje, y de su modo de ser y pensar, y ellas nos conducirán, como por la mano, á saber y demostrar cual fué su nombre.

Nacido, segun ya dije, en Toledo, fué primero criado nuestro autor de la casa del Conde de Lemos, segun da él mismo á entender, refiriendo en el quinto libro de su Historia de Felipe IV la muerte de fray Agustin de Castro, hijo de aquella casa, con estas palabras textuales: «Verdaderamente yo le conocí, y él fué mi señor.» Estuvo muy léjos de nacer rico, por lo que se vé, é igualmente léjos de poder comprar ostentoso enterramiento ó fundar

patronatos como Vibanco; estúvolo tambien, probablemente, de lucir la roja cruz de Santiago que aquel lució al pecho; y todavía más lo estuvo de merecer las iras de Felipe IV, nada ménos que el primer dia de su reinado, cual Vibanco las mereció.

Todo eso lo demuestra muy cumplidamente el autor en los pasajes varios que voy á examinar ahora. No bien comenzada la dedicatoria de los anales de Felipe IV al Almirante de Castilla, declárase por «hombre lego y sin ningun átomo de lectura», lo cual es claro que de sí mismo no lo habia de decir un hombre que tuviera los principios y empleos que, por ejemplo, tuvo Vibanco. Defendiéndose anticipadamente de los críticos, estampa luego en su confuso estilo estas frases: «Dirán», (y copio al pié de la letra), «que hablo con la pasion ó afecto, ¡y no dirán con el agradecimiento!, á aquellos de quienes recibi merced, porque me dieron la honra y la moderada porcion que yo alcanzo, y con la que tengo á estos por lo que no me han hecho, ántes estorbado; pretendiendo hollarme, cortando mis medios y acrecentamientos, no mereciendo ni siendo admitido á poder *tocar una pluma, tomar una escribanía en la mano, ni acercar un pliego*, emolumentos adaptados á la antigüedad, donde hay rectitud y observancia de religion y preceptos, ni á las otras honras en que he visto apoyar otros hombres *tan de lodo y polvo como yo.*» Bien pudiera la piedad cristiana dictar la última frase, en otro lugar y con distinto motivo, mas donde está, paréceme á mí un nuevo dato que confirma la humildad de orígen

del autor, ya fuera por pobreza de sus padres, ya por causa ménos honrada que la pobreza misma.

Porque en suma la cortedad de estas primeras pretensiones del autor es evidente, y dan sólo á entender un hombre oscuro, y mal contento de no haber mejorado de fortuna, como otros tantos de su condicion, en la corte de nuestros antiguos Reyes, siempre abierta á los hombres nuevos, áun bajo el predominio político de la aristocracia, que caracteriza entre nosotros al décimo-séptimo siglo. Tocar una pluma, tomar una escribanía en la mano, ú acercar un pliego, constituian como un ideal para quien sabia llenar tantos pliegos, y tanto usaba de la escribanía y la pluma. Concíbese muy bien que para él fuera mayor mortificacion que para otros, eso de estar excluido de todo roce con el papel y la tinta de su señor, por poco que la ingénita vanidad de los autores le acompañase. Otros, sin duda, no sólo tan de polvo y lodo cual él, sino mucho más legos y faltos de lectura, entenderian positivamente en asuntos tales. Excusable, por tanto, parece la cólera con que en este punto se explica; pero en el ínterin es lo cierto, que ni su propia pluma, ni su papel, ni su tinta estuvieron en ocio, aunque su condicion le negara tambien, como él decia, los elementos indispensables para escribir bien de Historia. Por disculpa de las involuntarias faltas en que le hiciera todo esto incurrir, alegó desde el principio, «que no era mucho que no diese él las mieses tan perfectas y de tan colmado ornamento como lo pedia obra tal, cuando los papeles y los escritores se en-

cubrian, se encerraban de miedo ó de lisonja, por los tiempos que corrian, *no atreviéndose nadie á dar un pliego de papel á la prensa, temiendo el castigo.»* Y verdaderamente, libertad de imprenta no habia entónces, mas las cosas que nuestro improvisado autor se proponia escribir, en poquísimas naciones pudieran, sin riesgo, imprimirse hoy en dia. Luego, más adelante, acaba de dibujar su difícil posicion de esta suerte: «¿Cómo me habian de conceder á mí los decretos, los archivos y los consejos, si cuando los fuera á pedir se rieran de mí y me respondieran si deliraba, y qué estudios ó partes tenia yo para empresa tan grande? Finalmente, para lo que no ví, respondo que busqué los papeles de donde pude, y para lo que sabia, no los hube menester, *como aquel que por más de treinta y dos años de corte, y veinte de Palacio, no le faltaba experiencia.»* De donde se desprende un nuevo y muy importante detalle biográfico. Treinta y dos años y más de experiencia de corte, vividos ya por el autor en 1626, pregonan á voces, que á la sazon tenia el autor sobre cincuenta ó más años de edad, con los cuales, hay despues que sumar veintidos ó veintitres de historia que escribió de allí adelante, por manera, que andaba ya bien cargado de años, cuando entregó sus órganos al reposo eterno.

Pero aunque tuviese tan larga vida, como á no dudar tuvo, nunca fué nuestro autor hombre calmoso y sufrido; que si buenas injusticias se cometieron con él, buenas lamentaciones hizo de ellas, viéndose por donde quiera empedrados sus anales de amargas

frases, principalmente el prólogo y el final de los de Felipe IV. Y que fuese para más nuestro autor, de lo que trajo entre manos por oficio, no cabe disputarlo. Desde luego se descubre en él uno de esos hombres sombríos y airados á quienes el mundo da ménos que ellos saben que merecen; propensos siempre por lo tanto, á maldecir de los que con razon ó sin ella alcanzan lo que á ellos les niega la suerte.

«¡Que haya yo visto», exclama en el prólogo de la Historia de Felipe IV, «los que entraron mucho despues cargados de honras y de oficios, y que no siendo yo ni mal mirado ni peor admitido del Príncipe, que no sea yo admitido á los honores ni á los oficios, ántes bien que se me tase y limite el sustento! Desvanecer el crédito, apocarme la honra, cuidar de que no sea nada; ¿por qué malos oficios, cometidos en ofensa de las medidas de alguno, paso yo estas inclemencias? ¿Qué hombre sirvió en aquel cuarto (aludiendo como á primera vista se comprende, al de Felipe IV, Príncipe), más retirado, ménos ambicioso, más callado, ménos entrometido? Cuando estando yo, y habiéndome dicho así el valido—mirad que os pongo allí para que me digais lo que pasa—no sólo no llevaba yo las palabras dichas de alguno, no reguladas por la verdad, sino por el antojo del vulgo, y puestas en las orejas del Príncipe, bastantes á volver en cenizas al que las decia, empero, me las tragaba y hacia del desentendido, pudiendo hacer algun desaire, que quizás le tuviera en alguna fortaleza, ántes que en el mando de la monarquía. *Este cargo*

le hice yo en la celda de San Jerónimo, cuando vimos allí trastornarse el mundo y le vimos pasar de compañero á superior y á jefe.» A esto añade el autor un breve diálogo, mal determinado en los manuscritos, pero literalmente escrito como sigue: «Díjele á Olivares:—Bien sabe V. E. (que fué la primera vez que le dió este aire que ántes le tuvo en tanta agonía de que no le habia de alcanzar, y entónces le regaló las sienes) [1], de la manera que he procedido aquí.» Á lo cual Olivares respondió:—«Sí, á fe de caballero, y que no he visto hombre que con tanto seso se haya portado.» «Pasé adelante» (continua el autor), «y proponiéndole mi oficio y mi necesidad, *cuando vió que queria ascender á acrecentamientos*, muy furioso y desdeñando, me dijo, *que ahora no me mataba la hambre*. En este tiempo via en mis compañeros los acrecentamientos y las honras, y en mí ninguna, darles, y á mí nada; viendo que daba voces la razon, cuando se daba á los otros quince y tres y á mí uno, y de esta manera todo el discurso de diez años..... *Lo que más me llega al corazon, es ver que á aquel Príncipe en quien yo habia depositado mis trabajos,* la gloria de su padre, el desempeño de sus Ministros y confidentes, *le veo ahora no con tanto calor en estos hechos,* llevado ántes de los halagos del valido.» Hasta aquí el interesantísimo apunte biográfico, que este colérico arranque del desdeñado cortesano encierra; y por cierto, que en

[1] Refiérese aquí el autor evidentemente á la grandeza de España, que llevaba consigo el tratamiento de Excelencia.

él está en gérmen todo lo más sustancial y proeminente del resto de su vida.

Confirmase en primer lugar por el citado pasaje, que nuestro autor era hombre lego ó sin letras, á lo ménos universitarias; pobre hasta tener tasado el sustento; de ánimo nada humilde y áun rebelde. Resulta asimismo, que el Duque de Lerma (primer valido á quien indudablemente alude), le puso en el cuarto del Príncipe, que se llamó luego Felipe IV, para espiar al Conde de Olivares; y que éste, imprudente y ligero de lengua, se hubiera perdido mil veces con sus murmuraciones sin la buena condicion del espía, que nunca trasmitió tales deslices al suspicaz y omnipotente Ministro del Monarca reinante. Resulta tambien, que en el primero ó segundo dia del reinado de Felipe IV, y al tiempo mismo que Bernabé de Vibanco y los parciales todos de la casa de Lerma, eran desposeidos de sus empleos por el nuevo Gobierno, el cortesano historiador de Felipe III, tan partidario de aquella casa, cual tenia en su primera obra demostrado, y tan de la confianza del valido de entónces, cuanto da á entender la delicada comision que en el cuarto del Príncipe le confiara, se apresuró á pedir á Olivares en pago de su silencio y disimulo algun mayor salario ú ascenso, contándose y reputándose al pronto, no ya por de los vencidos, sino por de los propios y más legítimos vencedores. Resulta, por último, que ó bien no estimó y agradeció tanto Olivares las complacencias del criado de la casa de Lerma, cual sin duda él queria; ó bien el novel Ministro, confundido en los primeros momen-

tos por los numerosos negocios y deberes que de repente venian á cargar sobre su persona, no prestó al benévolo compañero y mal espía la atencion solícita que esperaba; ó bien se impacientó con exceso de que se le reclamara tan sin espera el pago de los servicios pasados, perturbando así con extemporáneas lamentaciones la hermosísima vision que probablemente embelesaba entónces sus ojos, al contemplar desde las cumbres del poder supremo, los horizontes dilatados y en apariencia de oro y rosa del porvenir.

Por cierto, que con sólo atreverse á llamar *compañero* en el cuarto del Príncipe á un Guzman como era Olivares, muestra el autor bien á las claras las grandes obligaciones en que juzgaba á éste con él, confirmándose mis sospechas de que, aunque de humilde oficio, ignorante, sin dineros y algun tanto pedigüeño, no carecia de ambicion. Y, por otra parte, el calificativo de compañero que un Ayuda de Cámara de tales condiciones aplicaba á un hombre tan ilustre como por su nacimiento era Olivares, da tambien á entender el singular espíritu democrático que reinaba en el Palacio de nuestros antiguos Reyes, por lo mismo, sin duda, que tan fácilmente subian los de condicion más baja á grandes señores. Sin eso, toda la soberbia del mundo no habria bastado para que el buen Ayuda de Cámara, tratase de igual á igual á Olivares.

Para consolarse, en fin, de aquellos desengaños y desahogar su cólera, fuesen las que fueren las causas, no tardó en empuñar nuestro autor la pluma, con el propósito de referir los acontecimientos que

siguieron á la muerte de Felipe III, únicos que le faltaban ya por referir de los que tenian relacion con su asunto, y no sólo hizo ya patente entónces la mala disposicion de su ánimo en la dedicatoria al Almirante de Castilla, D. Juan Alonso Henriquez de Cabrera, yerno del Duque de Uceda, y por ley de parentesco, si astuto y constante, no desleal enemigo del nuevo valido, sino que alumbró con la luz fatídica y melancólica de sus agravios, todo el final de la primera obra. Desde aquella época parece que nuestro autor no tiene otra mision en este mundo, sino ensalzar á la casa de Lerma y disfamar á Olivares, por poco que venga á cuento, ó que á ello se presten sus acciones. En las revoluciones, los que por un momento se tienen por vencedores y con más ó ménos razon, se quedan luego, ya de grado ya por fuerza, entre los vencidos, suelen ser los adversarios más implacables. Para demostrarlo en el caso presente y dar desde luego idea exacta del estilo y modo de juzgár del autor, conviene copiar las dos narraciones que siguen: la primera la de la caida de la casa de Lerma, al morir Felipe III; la segunda la de la caida del Conde-duque de Olivares, despues de su largo y poco feliz gobierno.

Indudablemente la narracion de la caida de la casa de Lerma, debió nuestro autor de escribirla muy á raíz de su triste conversacion con Olivares en la celda de San Jerónimo, segun lo sombrío del color.

«Discurriendo brevemente» dice, «por lo que nos

falta *aunque excedamos en parte de lo que nos toca»* (sin duda por ser cosas las que cuenta del reinado de Felipe IV), «digo: que en este instante se comenzó á trazar (ó tocar, segun otros manuscritos), la destruccion de la casa de Lerma y la de sus criados, empero, Dios y su fidelidad lo hicieron mejor y miraron por ella. Aquel mismo dia que sucedió la muerte del Rey, se dieron á derramar el veneno que tantos dias habia que estaba embozado en aquellas venas y los (venenos) que comenzaban á nacer. Quitóse el oficio de Secretario de Cámara y Estado de Castilla á Tomás de Angulo, y el de Obras y bosques que tenia en el ínterin, porque le dijo un dia (al valido) que no cazase en los bosques del Rey sin licencia. Al licenciado D. Pedro de Tapia y al doctor D. Antonio Bonal, privaron de la dignidad y oficio de Consejero real. Jorge de Tobar, sino se asiera á la Infanta de las Descalzas, por las lágrimas suyas y las de una hija que tiene en aquel Real convento, tambien fracasara en el oficio de Secretario del Patronazgo real. Volvióse la Duquesa de Gandia á Palacio al oficio de Camarera mayor de la Reina, y cuando ella lo dejó, yo aseguro que no sería por malos partidos; y esto cada dia es muy usado en los Palacios de los Reyes, y qué se yo si lo quisieran ellos, pues como quiera que su voluntad es hacer merced, sin embargo, no hay discretos que no den lugar á los validos, y más cuando saben ellos tambien cambiar lo que se les deja. Con estas novedades, el mundo estaba ya atónito y suspenso, y más con lo que se dejaba sentir y correr por la corte; y las

que el Conde, valiéndose de los nuevos alientos de su fortuna, procuraba introducir, las cuales, como quiera que no tengan otra calidad que el ser nuevas, más encaminan al despeño que al remedio, como hoy se deja tocar.» De este cambio de personas dan cuenta igualmente, y casi en los propios términos, otros varios manuscritos contemporáneos.

Detenidamente expone luego nuestro autor, el curioso programa de gobierno presentado y propalado por Olivares, en esta forma: «Refirió al Rey que muchos, viéndole de tan pocos años, se le querian introducir á darle consejos y gobernarle, y que esto sería hacerle caer á cada paso en notable confusion, y se perturbaria todo el buen gobierno en que él pensaba, por la virtud de su gran celo y cuidado, establecerle y fundarle en todas sus Coronas, con envidia de los extranjeros y admiracion de los naturales. Y que así, S. M. habia de ser servido, que de hombre humano no pusiese la mano en esto más que su persona sola, porque el dia que hiciese lo contrario y se acompañase de otro en esto, no se hallaria con fuerzas para pasar adelante en lo que pensaba hacer, y sería cortar el hilo al mayor curso de buenos efectos que pensaba obrar en su servicio y bien de sus vasallos, tales cuales no los hubiese visto más raros ni más prodigiosos el mundo, haciéndole el mayor, más grande, más amado y temido Rey que hubiesen tenido los siglos..... Díjole asimismo, que le habia de desempeñar, y ponerle debajo de sus piés á sus enemigos, y, con la maña y la fuerza, en su dominio las provincias rebeldes de Holan-

da; que habia de de recuperar á su Patrimonio Real el exceso de las mercedes de su padre (y érase todo este jayan 70.000 ducados de renta que habia dado corta calumnia para un Rey de España y modo indigno de llamarle exceso, pues más pareció remuneracion de servicios); que le habia de hacer sobrado para que hiciese muchas mercedes á sus vasallos: cosas estas con que, á toda priesa y á mayor diligencia, se le iba entrando en la voluntad y en el poder. Paliando, por entónces, que manejase los papeles su tio, como persona más apropósito para ello; afectando para con los nobles y plebeyos la templanza de estas cosas, y que no le tuviesen por arrojado, y que sin motivo y sin experiencia queria ya abarcar el mundo, y tambien, por no deslucir la leccion que se profesaba de modestia; pareciéndole que despues iria dando el tiempo mayor sazon y comodidad para abrazarlo todo; y así, ahora en los principios se daba manos con esta blandura simulada para ir granjeando aplauso y opinion. Fuera de esto, en todas las ocurrencias, que ya le sobrevenian, de las personas grandes ó de ménos calidad de la corte y de los demas pueblos y Coronas de esta monarquía, ó para terror de algunos, que era entónces su mayor pólvora, y en lo que pensaba satisfacerse de las sequedades postreras que se habian usado con él, enmienda ó aviso de otros, (hablaba con misterio, con equívocos y otros ambajes, que ni alegraban mucho ni entristecian poco); pronosticando y prometiendo grandes cosas, de suerte, que todos partian de su presencia preñados de extrañas imágenes é ilusio-

nes, portentos y prodigios y notables esperanzas de lo que habian de ver. En todos los corrillos, plazas y calles, y en todo Palacio hasta el más triste criado de la escalera abajo, no hablaban de otra cosa sino de lo que habia prometido en pláticas públicas y privadas[1]..... Los correos llevaban mucho de esto en las estafetas y en los pliegos, de suerte que todo el mundo no esperaba otra cosa que novedades del nuevo reinado y de sus recientes gobernadores. Decia, finalmente, en todas ocasiones y á cuantos se le ponian por delante, habia de haber Rey para todos, no para uno sólo, que las mercedes habian de repartirse iguales, con prudencia, razon y justicia; los beneméritos habian de preferirse á los de gracia; la virtud hábia de tener el primer lugar en los premios; que habian de ser castigados los malos y los que derechamente no hubiesen cumplido con sus obligaciones y oficios; que habia de haber asistencia, prontitud y limpieza en los Ministros; los oficios se habian de dar á los criados del Rey, diciendo á los suyos que desconfiasen de ascender á ellos; que la milicia habia de ser en primer lugar exaltada, desterrando el agravio de todas las áulas y escuelas de lo militar y prudencial; que la antigüedad no habia de estragar el amor y la pasion, sino que el primero habia de ser antepuesto al moderno, y todas las cosas habian de tener su verdadero fin para que fueron criadas, sin torcer el uso á las costubres más esclarecidas de los mejores políticos y de aquellos

[1] Como lo dijo, así lo cumplió, pero con tan contrarios afectos, que fuera mejor que no hubiera nacido. *Nota marginal del Ms.*

que las escribieron.» Al llegar á este punto el maligno narrador, no puede ya contenerse, y escribe, interrumpiendo su relacion y por su cuenta, esta sentencia: «¡Á mucho juicio, por nuestra presuncion sola, nos condenamos!:» frase muy para repetida en los cambios de gobierno de España, donde de buena fe á las veces piensan ser más juiciosos que se resuelven al fin á ser los vencedores.

Luego continúa el autor en estos términos: «Añadia (Olivares), que no habia de haber en Palacio ni fuera de él quien tuviese dos oficios. Aquí se enderezaba el tema de su sermon; con estos cambiantes y colores daba á entender su intencion: ésto era, porque si alguno los tenia, aunque fuese con la antigua permision del Rey D. Felipe III, y como ni más ni ménos se usa ahora por la voluntad del que reina, que le dejase el uno, deseando ocupar alguna buena plaza donde fortificarse y graduarse de gran señor, y dar principio á la adoracion con la sumision de los súbditos y lisonjeros. Porque, aunque leia esta cátedra tan sutil y delgadamente y con tanta limpieza, todavía la víbora de la ambicion y la codicia de ocupar luego algun puesto tal, para estar más pronto á espugnacion de lo que solicitaba, y afirmarse y establecerse en ello, le roia y taladraba el corazon á este pensamiento, y á darle á entender, que aunque procuremos campar pomposamente de grandes consejos, no falta quien le advierta, que el mayor es saber hacer, en primer lugar, nuestro negocio: pues hasta este año de 630 *que es el último donde me pienso quedar y cerrar*

con este discurso, yo no veo que se pelee, ni se ejercite, ni se haya hecho otro que el del valido..... Finalmente, aseguraba y prometia grandes cosas, esparciendo sus aliados por lo que á él le oian decir, ó ya sea por atencion, ó ya por atemorizar y dar pesadamente, que es á lo que siempre tiraron y en que procuraron extremarse, que no habia de quedar criado de los Duques *(Lerma y Uceda)* en Palacio; que las puertas de los Ministros habian de estar abiertas, libres y sin dificultad para los litigantes y pretendientes; que habia de ser breve y corriente el despacho. A este rumor y á estas voces, y con este principio de novedades, de que es el pueblo tan amigo, y muchas veces maestro, y con lo que él desea hablar y discurrir desenfrenadamente, estaba muy contento; y tan demasiadamente, que casi tocaba en frenético: con que hacia mal semblante á los pasados y bueno á los que comenzaban á ser miembros de esta nueva fortuna, enfermedad ordinaria y cosa muy usada en todos tiempos, el holgarse del mal de los unos y no sé si alegrarse del bien de los otros. ¿Quién será bastante á distinguir y averiguar los colores de que se viste este monstruo vulgar y plebeyo?» Y todavía, por este estilo, declama el autor largamente.

Perdóneme el lector curioso, si por ventura le pesa que tanto haya extendido la cita antecedente. Para conocer y juzgar bien á un hombre, no hay como dejarle hablar de sí cuanto quiere. Sin ser maligno, cabe sin duda sospechar, despues de leer los párrafos copiados, que el historiador no habria

cargado tanto en ellos la tinta, si la conversacion de la celda de San Jerónimo hubiera tenido mejor fin, y el dolor de tanto trastorno como sus antiguos amos, protectores, camaradas y amigos estaban á la sazon padeciendo, súbitamente se templara en su ánimo con el aumento de salario y algun puesto donde le fuese dado siquiera manejar el tintero y la pluma del Rey, miéntras tomaba fuerzas para emprender vuelo más alto. Como de esas cosas se ven con frecuencia entre los hombres. Y basta: que mi intento es decir la verdad pura, y no tengo obligacion de escribir aquí ninguna vida de santo.

Lo que me importa más advertir es lo siguiente. Parcial era con evidencia el autor que escribió en tales términos el programa político y las primeras medidas de Olivares; pero ¿no es verdad con eso y todo, que las copiadas, son para quien las sabe leer preciosísimas páginas de historia? ¿Quién, que no hubiera vivido entónces podria escribirlas semejantes? Quitad los malignos juicios, las opiniones propias, las huecas declamaciones del escritor, y dejad desnudos los hechos, es decir, las declaraciones, los propósitos, las promesas de Olivares, y vereis cuán viva luz derraman las referidas páginas sobre aquel gobierno y aquel tiempo. Los contemporáneos nos dicen la verdad más veces que quieren; pero es no tomando sus dichos al pié de la letra. Entre líneas es preciso leerlos frecuentemente.

Pero veamos ya ahora, para que la comparacion se establezca con toda exactitud, y se forme el juicio más facilmente, como describe nuestro autor en

la vida de Felipe IV, la caida del Conde-duque. De su relacion misma, se desprende, que no fueron para él perdidos, ni mucho ménos, los últimos momentos de la estancia en la corte del Ministro detestado. Por ella, como por otros documentos, se sabe, que el Conde-duque no dejó nunca de favorecerle; mas fué tanto, á lo que parece, lo que de él esperó, miéntras en el cuarto del Príncipe anduvieron juntos, que ya no le dejaba ningun beneficio reconocido y contento.

Frecuente caso, en verdad, es ese de dejar junto á sí los poderosos á tal y cual de sus antiguos parciales, cómplices, ó amigos, á medio satisfacer, y ellos, sin perjuicio de recibir cuanto se les dá, espían luego toda ocasion de vengarse, de lo que, por distraccion, ó falta de verdadero merecimiento, se les niega. Era Olivares presuntuoso y hasta soberbio; carecia de estudios y de experiencia de negocios cuando se encargó del poder, cosa que no debe escandalizar con exceso á los hombres de nuestra edad; cometió por eso mismo grandes faltas, aunque no todas las que procuraron descargar en él sus contemporáneos, para aliviar cada cual el peso de las propias; pero ni su talento natural, ni la generosidad de su ánimo, ni su buena voluntad, se pueden negar imparcialmente. Su ingratitud hácia nuestro autor, si la hubo, debia de ser indeliberada, puesto que, despues de todo, se acordó de él hasta el último instante. ¡Y quién le habia á él de decir en el entre tanto, que en el secreto de un vecino aposento gastase tanta tinta, el mal contento criado, y desco-

nocido autor, en desacreditarle ante los siglos venideros!

«No se puede creer», y vaya de ejemplo, dice éste al tratar de su caida, «la admiracion pública y alegría que causó: todas las pesadumbres que hasta allí habia dado, se recompensaron en gusto por las calles y por las casas. No habia otra cosa sino regocijo y desahogar los corazones que habian estado opresos y en cadena tanto tiempo. Los agraviados se daban el parabien unos á otros; mayor ni mejor dia ni más dichoso, no le hubo para Madrid ni para la Monarquía. Los grandes fueron todos á Palacio, asistian en sus cuadras y acompañaban al Rey en su Capilla, diciendo que ya le tenian, y—¿es posible que se ha visto esto? La causa más eficiente querian que fuese la Reina, la Princesa de Mántua, el Embajador de Alemania por el Emperador y por la Emperatriz; pero, ¿qué más que ver el miserable estado de las cosas? La capilla Real, tenia diferente aplauso y autoridad por la asistencia de los grandes y de otras personas ilustres, no habiendo ántes quien acompañase al Rey.» Hace aquí ya casi imposible la confusion del estilo el seguir el hilo del autor; pero algo más adelante continúa con ménos oscuridad de esta manera: «En su cuarto *(el del Conde-duque)* y en el de la Condesa, bramaba el mar y el bajel corria tormenta; los pensamientos y las imaginaciones de lo hecho y de lo procedido contra tantos, eran los huracanes más poderosos que le combatian. Cuanto se habia gozado de vanidad y de gloria, se pagaba con agonía y congoja. El mando ya no era nada, los

puestos se despreciaban, los tesoros eran sombra, el comer y el sueño eran ningunos.» Refiere, por último, las disposiciones finales y la salida de Madrid del Conde-duque, en los siguientes términos: «Entretúvose», dice, «un dia ó dos en pedir le dejasen hacer mercedes á sus criados demás de los hechos, que la bondad de aquel corazon *(el del Rey)*, de todas maneras clementísimo, le concedió; con que los criados comenzaron á hervir en pedidos y memoriales..... Dió á Carnero la Secretaría de gracias del Consejo de Cámara de Castilla; á su cuñado, una de las de Italia, y otra á Valero Diaz, gran tirano de los donativos; y, por eso, la de los prioratos de San Juan que tenia su cuñado, á Pedro Lopez Calo; pero el uno no aceptó porque estaba sobrado de dinero de los donativos, y al otro se la metieron á pleito despues; Á LOS DEMAS, OFICIOS EN PALACIO, RENTAS, Y OTRAS AYUDAS DE COSTA EN LA CÁMARA Y EN OTRAS PARTES, NO DEJÁNDOLE QUE DAR MÁS QUE DOS COSAS, QUE ÉL LAS DIÓ DESPUES: EL OFICIO DE APOSENTADOR MAYOR DE PALACIO Y LA ALCAIDÍA DE MÁRTOS QUE DIÓ Á DOS AYUDAS DE CÁMARA; Y Á MÍ ME ALCANZARON 400 DUCADOS DE PENSION EN ELLA» *(la Alcaidía de Mártos de que iba hablando)*, «procurando librar lo de Aposentador mayor de un Simon, mozo de Cámara del Conde que á ella aspiraba por ser ayuda; que fué harto poderla librar de su poder, porque le quiso seguir en lo adverso ya que en la próspera fortuna le habia valido la privanza más de 100.000 ducados en dádivas. ¡Y murmurábase en la otra Era» *(el Ministerio de Lerma)*, «de un hombre semejante á éste que tambien le habia

valido!» Palabras con que probablemente alude á un cierto García de Pareja, de quien con algun fundamento se puede creer que el tipo de Gil-Blas fué tomado.

Mas donde su mala voluntad se explayó ya completamente, fué al referir la salida de Madrid del Conde-duque. Finalmente, «dice,» se llegó á hora de resolver la partida porque se daban prisa; mas él *(alude al Conde-duque)* no la declaró hasta el tiempo crudo, escogiendo la hora más ocupada en que los hombres estaban comiendo y reposando en sus casas del trabajo comun y cuotidiano, de los oficios y de los negocios, sin tomar ni pedir ni un carruaje, ni una mula; temiéndose que habian de salir á los caminos á matarle y vengar allí las ofensas recibidas de lo que se les habia tomado y quitado. Porque ya el miedo no era en sombra y sospecha, y estaba ejecutando como prolijo verdugo de las fuerzas; que al fin todo tiene descuento, castigo y desengaño, para que, aunque nos subamos á las nubes, si no hay saber, sonda, y prudencia, creamos que hay abismo profundo y bajo, y que todo tiene este paradero. Salió, viérnes 23 de este año que comenzamos á escribir de 1643, á la una y media del dia, con sólo dos mozos de Cámara, con el conde de Grajal, primer Caballerizo (á quien habia hecho Gentil-hombre de la Cámara por afecto al D. Enrique), y por Caballerizo á Montes de Oca, á quien habia hecho ántes Ayuda de Cámara del Rey; habiendo tenido el mando absoluto de la Monarquía, veintiun años y medio y tres dias, *no con poca admiracion mia en la observan-*

cia de tiempos y hombres de fortuna, que habia excedido en el valimiento á la Era pasada del Duque de Lerma, en sólo el año y medio y los veintitres dias, pero en los demas nó..... Dicen que el miedo con que salió fue notable, y que no se atrevió á tomar el rumbo ordinario, que solia correr por el Retiro, estando allí tan cerca la calle de Alcalá, para Loeches, sino que, echadas las cortinas y con el padre Pecha, su confesor, de la Compañía de Jesús (que poco hacia le habia dejado el padre Aguado, provincial), por la Red de San Luis y calle del Caballero de Gracia salió, creyendo hallar los hombres contra él en la otra parte..... Las piedras de la calle dicen no estuvieron seguras que las tomaran los muchachos. *¡Qué diferente retirada vi yo el dia 4 de Octubre del año de 1618, en San Lorenzo el Real del Escorial á las cuatro de la tarde (en las escaleras y jardines del Bosquecillo), del duque de Lerma, esperándole todos los señores y caballeros que se hallaban allí, y todos los criados de la casa Real, sin esconderse ninguno, desde el mayor hasta el menor, muchos de ellos tristes y con lágrimas en los ojos!* Allí le rodearon todos al tomar públicamente los coches; allí se despidió del Rey y le besó la mano, y tomó su camino á cortinas abiertas y sin sobresalto, para hacer noche en Guadarrama, donde otro dia muchos señores de Madrid y Ministros, y sus hijos, se le ofrecieron al paso, despidiéndose de él con muchas caricias. Á unos se les levantan contra sí las piedras de la calle, y á otros les esperan los hombres para arrodillárseles y agradecerles los beneficios que recibieron de

ellos..... *A aquel le retiraron porque no habia hecho más en el progreso de aquel reinado, y á éste porque lo deshizo todo.* Metióse en Loeches con tanto dolor y miedo, que no quiso que su mismo hijo le viese, ni ninguno de sus confidentes ni criados, que todos andaban ya corridos y papando aire, ni tampoco los señores de la corte, temiéndose que en semejantes casos, y, á las vueltas, no hubiese alguna conspiracion *cesareana.*» Y cual de costumbre, sigue hilvanando todavía reflexiones filosóficas por no corto espacio.

Aludia sin duda alguna el autor, en la última palabra citada al todavía reciente asesinato de Vallenstein ó Waldstein, cual si juzgase que merecia Olivares igual suerte. Ni pudo más léjos llegar la cólera del viejo cortesano, ni cabe más injusto paralelo que el que establece él entre Olivares y Lerma.

Toda la ventaja del Gobierno de Lerma sobre el de Olivares, estuvo en que aquel pensó y obró muy poco siempre; parte por timidez y esterilidad de ánimo, parte porque en gran manera facilitaban los tiempos que alcanzó su inercia política. Los que hacen ó hablan poco en este mundo, tienen mucho adelantado para pasar por sabios y afortunados. Hubiérase hallado Lerma enfrente de Enrique IV, por más tiempo, ó bien enfrente de Richelieu, cual se encontró Olivares, y no fuera el Gobierno para él tan lecho de rosas como fué, ni hallara únicamente en el poder un rico manantial de oro y placeres. Á Olivares le empujaron á la accion á deshora su propio espíritu aventurero y altivo de un lado, de otro la situacion del mundo en su época. Pero nuestro autor,

sin calumniar (que dicho sea en honra suya, no he advertido que á ciencia cierta calumniase nunca), todo lo miraba por su peor aspecto cuando se trataba de Olivares, así como lo veia todo por el mejor lado posible si de Lerma se hablaba. Debia de ser hombre de pasiones reconcentradas, y como tales inextinguibles, porque su notoria parcialidad crecia con los años. Del Duque de Lerma, llegó á decir despues de muerto, segun se lee en la página 422 del presente volúmen, «que fué el mayor Príncipe que ha tenido el mundo, el mayor vasallo y privado que tuvo Rey, el que no tuvo igual ni semejante.» Halló alabanzas grandes hasta para el Duque de Uceda, personaje de corto valor intelectual, y todavía más escaso valor moral; las halló tambien para D. Rodrigo Calderon, que vivió sin duda muy mal, aunque muriera muy bien: no vacilando en comparar la muerte de Villamediana con la que mandó D. Rodrigo dar á Francisco de Juara, sin reparar que el de este último fué homicidio comun y ejecutado por motivos particulares, y el de Villamediana Real sentencia, segun todos los indicios, secretamente mandada ejecutar, al modo mismo que la de Escobedo en el siglo anterior, y mediando igualmente la razon de Estado.

Por muy severamente que juzguemos la política y el sentido jurídico de aquellos tiempos, en que se preferia así á las veces castigar á ciertas personas, y por determinados hechos, con el procedimiento alevoso del asesinato, más bien que afrontar el escándalo de los públicos y ordenados procesos, no cabe imparcial comparacion entre la conducta de Olivares

y la de Calderon en los referidos casos. Á nadie se le ocurrió perseguir por aquella muerte á Olivares, ni áun despues de su caida; y la opinion pública, aunque extraviada respecto á los motivos, desde luégo se hizo cargo de que habia sido ejecutada de órden del Rey. Nadie tampoco, en papeles públicos, ni secretos, condenó aquel hecho; y hubo alguien como Quevedo, no bien hablado, él mismo, en verdad, que lo excusára, porque, aunque irregular y bárbaramente, poníase así coto, tras largos años de sufrimiento, á la infame Musa del Conde, inagotable torrente de libelos, que ni á autoridad ni á persona alguna respetaba, en tiempos en que la autoridad y las personas que la ejercian, solian y querian ser tan respetadas. En el entre tanto es lo cierto, que fué el Conde-duque hombre magnánimo y sin el menor asomo de cruel, así como fué Felipe IV uno de los gobernantes ménos duros y sanguinarios que hayan existido jamás.

Sólo el amor á la verdad me impulsa á poner aquí algun correctivo á las apasionadas críticas de nuestro autor contra Olivares, y á sus exajerados elogios para todo lo que se rozaba con la casa de Lerma. Fué en resúmen el Duque que llevó este título, hombre de más experiencia, de más pulso, y moderacion, de talento más práctico, y ménos altivez que Olivares; y á él le debió en parte España un bien inestimable, la paz. Pero examinado íntimamente, y con toda imparcialidad, el período de Historia á que se refieren las *Memorias*, que en este volúmen comienzan á ver la luz pública, resulta con

evidencia, que si exajeró el gran Lope al decirle á Olivares:

«Vos, única excepcion de la fortuna
Que no suele premiar merecimientos»,

fué de los dos Ministros, y con no escasa diferencia, Olivares, el mejor. Achaque de los contemporáneos son estas injustas preferencias; por lo cual conviene tanto estudiar en sus obras los hechos, y hasta los dichos de los personajes que conocieron y trataron, sin fiar en sus juicios.

Bien se hacia cargo el autor de lo sobradamente apologético de una parte de sus *Memorias,* y trató de disculparse diciendo, que habia tomado de nuevo la pluma, «por oir decir de los servidores de Felipe III, lo que no cabia en el amor, reverencia y respeto con que los habia visto servir.» Por eso sólo, animosamente, y aunque falto de letras y estilo, se lanzó, segun pretendia, á escribir; pero hay harto motivo para pensar, cual hemos visto, que tambien obedeció á ménos pias causas. De una parte, le habia ya cobrado amor á la pluma, haciéndose sin duda en él una verdadera necesidad el escribir diariamente lo que sabia, y desahogar cuanto sentia (cosa para nuestra presente curiosidad felicísima); de otra, sus propios agravios, su constante humillacion al lado de los que valian ménos, y sin embargo ascendian y crecian más en la corte, la satisfaccion, aunque secreta, sabrosa, que le produciria el vengarse de los que le molestaban, juzgando severamente sus hechos, eran, sin duda los estímulos que solicitaban y encendian su

copiosa vena. Y, por de contado, que su caracter vehemente, debió por sí sólo llevarle más léjos de lo que él mismo se propusiera hartas veces.

Notable es, por donde quiera que se abran sus obras, el desenfado del buen *Ayuda de Cámara* de Félipe IV, segun se llama él á sí propio, y más de una vez, en los Anales de este Rey. Ni la mayor reputacion literaria, ni la más acerada lengua ó temible pluma le imponian respeto. Al autor de los *Grandes Anales de quince dias*, que osó reproducir el estilo de Tácito, en castellano, á costa del Duque de Lerma y sus deudos, le trató tan de arriba abajo, como pudiera cualquier maestro á un simple aprendiz; calificando todas sus obras de «*librillos desatinados y llenos de disparates, más para el fuego que para la prensa*», y al propio Quevedo, de hombre que «por su vida, estilo y blasfemias, que sin cesar destilaban de su boca, era más para Ministro de los que introducian sus obras (querria decir diablo ú alguacil), que para cosa que debia tener el sujeto que conviene, es á saber, para una Secretaría del despacho, la cual estuvo á punto de obtener, segun él dice, por premio de sus controversias con los adversarios del Conde-duque [1], en tiempos en que éste era su protector y amigo. No fué más lo que dijo Quevedo de Villamediana, aunque ciertamente en mejor estilo. Tratando en otra parte del Duque de Híjar, preso por sospechas de rebelion, y hasta de regicidio, dice nuestro autor que era tenido por discreto,

---

[1] Tomo I del Ms., en diez tomos de la Biblioteca Nacional, pág. 55.

«como quieren algunos hombres *cuerdos* que lo sea, *quien ha andado muchas veces en manos de la justicia.*»[1] Cuerdos ó nó, tampoco faltan en nuestros dias quienes piensen de tal suerte. Con esta ocasion habla de los apellidos del Duque, y recuerda que llevó uno de ellos la famosa doña María de Padilla; lo cual le trae á la memoria la vida miserable de la Reina doña Blanca y su sospechosa muerte, y dice á tal propósito, que «corre con mucho tiento en esto de muertes de Príncipes, porque no sabe si son violentas ó naturales, y se remite al mejor parecer.»[2] Y, «yo no aconsejaré jamás á ninguno, añade, que sea traidor, *pero alabaré al que supiese salir airosamente de ello, y al que no se deje recoger en la red, ni en la liga;* porque dura cosa es que esté siempre el súbdito pendiente del antojo y poder del Príncipe, del cuchillo, del azote del tirano; pues saben muchos *cuántas leyes y cánones* hay escritos contra ésto.» Es decir, que, de ser traidores, queríalos el autor como en cualquiera otro oficio muy diestros.

Aparte del desenfado, que es extraordinario en verdad, hay ya aquí frases singularísimas para escritas dentro de Palacio, y por un *Ayuda de Cámara* del Rey, á mediados del siglo décimoséptimo. Diríase que el buen servidor, aunque lego, tenia noticia de las opiniones de ciertos teólogos, y señaladamente de los de la Compañía de Jesús sobre los Reyes y áun

---

1 Pág. 141, tomo X del mismo Ms.

2 Pág. 146, tomo X del Ms. de la Historia de Felipe III que posee la Biblioteca Nacional.

sobre el regicidio, durante aquel siglo y el anterior. Pero es fuerza confesar, que en un Ayuda de Cámara del Rey, y tratándose ya de caso particular y concreto, semejante osadía fué mucho mayor que la de los teólogos de la Compañía pudiera ser; pues éstos, en puridad, no tenian por lícito el regicidio sino contra los Monarcas herejes, y las alusiones de aquel, tan sólo al intentado contra Príncipes católicos se podian referir. Para probarlo, si no bastase la ocasion con que las escribiera, bastará sin duda el siguiente comentario que de ellas hace. «Es bien cierto,» exclama, «rara cosa ver, cuál está este pueblo, y esta corte, con semejantes cuentas, y cuán incierta es la seguridad de este reinado; ¡qué llena de tumultos, rebeliones y mudanzas la Europa y sus Príncipes! ¡qué abandonada está la fe en los súbditos! ¡y la aficion, de la misma manera!» Y por señas que no deja escapar la ocasion para quejarse una vez más de los que «en el golfo de tantas desdichas, se atrevian á fiscalizar el reinado del católico Felipe III y de aquel Ministro *admirable.*»

Pues con ser tan notable, todavía esto es nada en comparacion de lo que la desatada pluma del autor escribe, hácia el fin de sus *Memorias*, y de sus dias. Si alaba la forma de gobierno de la ciudad de Cambray, es «por haber sabido mantenerse y conservarse en libertad contra la insidia, codicia y voracidad de los tiranos, sin aspirar á entregarse á cualquiera de *aquellos Príncipes que siguen las pisadas de los malos, que no ven por otra parte sino por su antojo, ni oyen más que por aquel oido, al que se*

los destruye todo.» [1] Si encarece los méritos de los ciudadanos de Génova, es tambien «por no dejarse echar el yugo de Príncipes que los desuellen.» Por último, hablando de los antiguos tiranos y de los que se conjuraron contra ellos, como Bruto y Casio, exclama: «éstos han sabido desterrar la tiranía de sus pueblos y sacudido el yugo de la opresion, *y no otros miserables, tan de mayor séquito y más ilustre gente,* que la están padeciendo.» [2]

No sólo son aquí ya atrevidas las alusiones, sino transparentes é insolentísimas. Se vé claro que el autor da rienda suelta á sus resentimientos y mal humor en estas páginas. El Ayuda de Cámara, fiado en el secreto con que escribia, se exhibe por dentro, y tal cual en su aposento era, luego que abandonaba las prácticas de su oficio humilde, y su disimulo forzado. Conviene no obstante advertir que el juicio de los rarísimos hombres á quien nos sea dado conocer por dentro y por entero, es por lo comun severo, de nuestra parte, pero suele ser injusto tambien. Porque, ¡ay de los más que pasan por buenos si se pudieran leer sus pensamientos todos, ó conocer todos sus papeles secretos, cual conocemos los de Felipe II, por ejemplo, y examinamos aquí hoy los del Ayuda de Cámara de su nieto! Sobre todo á los coléricos, y más cuando están agraviados, no hay que juzgarlos capaces de hacer, ni en cien leguas, lo

---

[1] Pág. 131, tomo X del Ms. de la Historia de Felipe III que posee la Biblioteca Nacional.

[2] Tomo X ya citado, pág. 178.

que dicen. Pero hechas estas justas reservas, cúmpleme reconocer ahora, que por cortos que fueran los beneficios que recibiera en la Casa real, donde, al cabo y al fin habia vivido y alcanzado el sustento por más de treinta años, lo que dice ó deja entender el autor no da de su carácter y sentimientos buena idea. Algunas de las páginas que he copiado están llenas de sangrientas alusiones, áun siendo escritas muchas, despues de muerto Olivares, que era quien en todo caso le habia agraviado; y ellas descubren en este hombre un ánimo, si no esencialmente ingrato y aleve, rencoroso por lo ménos, y violentísimo.

Felipe IV, como acostumbran, no solo los Reyes, sino todos los poderosos, poco ó nada repararia en los servicios de aquel Ayuda de Cámara probablemente, y si por ventura habia éste llegado á tenerle algun amor y se daba por mal pagado, suya era la culpa, no del Rey; que bien sabido podia tener el viejo cortesano, que no suele haber más desgraciado amor que el que se profesa á los que saben que todo se les debe, y que hasta el amarlos es precisa obligacion. Defendiendo precisamente al Rey Felipe de los que murmuraban de él, porque permitia que en su presencia tratasen sus criados del estado de la Monarquía, observa en cierto lugar el autor [1], que «con quién habia de hablar, sino con los que le servian y estaban á su lado, no siendo estátua de mármol, aunque por oficio y naturaleza tenia de ésto tambien.» Pues esto último debió tenerlo nuestro autor muy presente,

[1] Tomo X, pág. 696 de la Historia de Felipe IV.

si por ventura pretendia que le pagase el Rey el amor que le profesara: siendo tambien de advertir, que tratándose de los poderosos, no pocos suelen engañarse á sí mismos, pensando de buena fé que aman, cuando lo que hay es que por su interés anhelan ellos que se les ame. Hallárase ó nó el colérico criado en tal caso, bastábale con tener fidelidad y obediencia hasta de pensamiento al Rey, guardando para mejor ocasion, así su amor primitivo, si le tuvo, como su ulterior despecho, sin exigir gratitud, ni especial atencion á sus particulares servicios: que á los Reyes, aunque no sean de mármol, como él propio reconoce, tampoco hay que tenerlos por meros hombres, sino por instituciones; y si cual ellas parecen á las veces impersonales, frios, abstractos, nada importa, que en eso mismo se cifra su razon de ser. Léjos de pensar así, es lo cierto que el sañudo Ayuda de Cámara no se contentaba con dirigir sus ponzoñosos dardos al primer Ministro ó valido, sino que al cabo y al fin los dirigió tambien contra el propio D. Felipe, hombre tan excelente cuanto mediano Rey. Que, sin salir del caso presente, ¡oh, y cuán flojo y mal tirano debia de ser el Monarca absoluto cuyos más íntimos y humildes criados tal osaban pensar y escribir, dentro de las paredes de su propio Palacio! De seguro que con el mal genio que el autor dá á entender que tenia, ningun criado suyo, siendo él Rey, osara otro tanto. Refranes españoles eran ya tiempo habia, lo de que cantan los papeles y lo de que las paredes oyen; y sólo teniendo muy conocida la bondad de su amo pudiera nuestro autor es-

cribir lo que escribió, y mucho ménos soñar con que tales obras se publicasen en sus dias, cual más adelante veremos que imaginó alguna vez.

Por lo demas, de las cosas del Soberano y la política en general, nos da siempre este autor abundantes é importantísimos pormenores, aunque á veces las juzgue con el poco seso, que en todo tiempo suelen, los que las tratan sin entenderlas á fondo, ni haberlas practicado nunca, que son naturalmente los más. La política es, á no dudar, la ménos recatada de por sí, ó respetada, de todas las artes y ciencias; que hombres tímidos ó modestos al juzgar las prescripciones de los médicos, y los dictámenes de los abogados, las pinturas ó las piezas de música, pocos ó muchos, siempre hay; pero, ¿quién há visto jamás persona, que, sabiendo leer y escribir, y áun sin eso, no se repute capaz de juzgar al pobre gobernante, quien quier que sea, que le toca en suerte? Ni se piense que sea achaque del presente siglo tan sólo, pues siempre ha habido mucho de eso, aunque ménos público y general que ahora. El Ayuda de Cámara de Felipe IV, pinta bastante bien los males, por ser en todo tiempo lo más fácil, pero no solia dar con las causas, ni mucho ménos con los remedios. La descripcion que hace del estado que tenian las cosas, al terminar él su obra, es donosa y tristísima á un tiempo. «En lo que hay más hermoso en nuestra Castilla,—dice,—andaba encendida la guerra, pero era por un camino estraño é inaudito, desarmando á los vasallos, quitándoles las haciendas en son de guerra; porque los juros, que poco habia se hizo

suelta de ellos, los volvieron á asir y prender; y este año estaban condenados á desmembrar la mitad, y avisado á los que los habian de pagar que no lo hiciesen, que como no cesaban las armas no cesaban los Ministros de menear las manos contra las bolsas, y así se cercenaba y se quitaba á todos, y habia quien decia: ¿Por qué se daban hábitos?....., y respondíanle: porque son de paño. ¿Por qué se daban llaves?...., porque son de hierro. ¿Por qué se daban títulos?...., porque son de viento. ¿Por qué no se dá el dinero?...., porque es de esencia y calidad y de sustancia, y no quieren que nadie lo tenga. Y añadian, *que Dios los librase de aquel que era liberal para los vicios y miserable para las virtudes;* y que sólo se veian acomodadas y puestas en lugares preeminentes *las concubinas, las más de ellas mujeres bajas y ordinarias, y los que eran tan bajos que las habian recibido por esposas;* y sin atender á los ejemplos y manifiestos recientes, que hoy se publican en las otras cortes de los Reyes, sin escarmiento de Príncipes y sin moderacion *de la potestad tiránica que se profesa en todas las cuatro partes del mundo.*»

No satisfecho áun con la revolucionaria sentencia y las alusiones atroces que este trozo enciera, extrémase todavía hasta el punto que se verá en las líneas siguientes. [1] «Á la corte de Castilla,—dice,—como la más infestada, la abrasaban con tributos y pedidos, queriendo sacar de ella, aquí, y por este camino, las rentas que se habian menoscabado en Sevilla, y

Tomo X, pág. 241.

áun las del reino de Nápoles y Sicilia, y el dinero que se habia de enviar á Cataluña; no contentándose con que habian cargado al pobre pueblo, y la Villa, por el consiguiente, para los gastos de la entrada de la Reina, los arcos, los festines y las invenciones, distribuyéndolo por gremios, además de las otras gabelas que les hacian pagar forzosamente. Pedian con todo rigor donativo envuelto de amenazas, haciendo desesperar á los hombres: la voracidad y la ambicion cegaban y tenian tapados los entendimientos de la humanidad y la misericordia, sin poner los ojos en la agonía y menoscabo en que nos puso la pérdida de Cataluña por pedidos semejantes, la de Portugal, la de Italia, la de Nápoles; tanto que casi estuvo para acabarse la monarquía y quebrar con todo: *y es bien de considerar, que tantas zozobras y sobresaltos, ni acaban de desengañar al inventor, ni á poder quitarle la venda de los ojos,* y que no haya algun Ministro celoso que se oponga á tan peligrosa tentacion y absurdo tan inhumano, que todo sea, y no haya otro consejo que chupar la sangre al misero vasallo.» Inconsideradas declamaciones las más, que aquí extensamente traslado, para dar á conocer los increibles atrevimientos de un Ayuda de Cámara; en tal siglo; que, por lo demás, ¿cómo habia de haberse obtenido sin contribuciones y extraordinarias gabelas la conservacion de la Nacion española, á la sazon por tantas partes, y por fuerzas tan poderosas acometida á un tiempo? La verdad es, que los abusos que dieron pretexto á la rebelion de Cataluña contra Felipe IV, no fueron tan grandes cuanto lo fue-

ron los que experimentaran despues bajo el gobierno del Rey de Francia, segun lo declararon y demostraron los naturales mismos de aquellas provincias, sometiéndose de nuevo y en su mayor parte voluntariamente al dominio español. La verdad es, que para no sostener aquella lucha gigantesca, y excusar los sacrificios que costaba, era preciso que hubiese renunciado España á grandes provincias y reinos, abdicando espontáneamente su posicion en el mundo; y aún no se ha conocido nacion tan humilde que lo haga.

Púdose ántes ceder, es cierto, á fin de no desangrar y arruinar la nacion, economizando sus fuerzas, para recobrar con ellas y en más propicios tiempos, lo perdido. Tal ha sido en nuestro siglo, la conducta de Prusia en 1805, la del Austria, muchas veces, desde los dias de Marengo hasta los de Sadowa, y la de la misma Francia muy poco há. Mas, de una parte la tenacidad temeraria é irreflexiva de nuestros naturales, bien comprobada al presente en ciertas provincias, debia hacer una paz desventajosa, cual la que impusieron al fin las circunstancias, mucho ménos fácil que los murmuradores de entónces pensaban; y ellos sin duda fueran los primeros en tachar la prudencia política, si se ensayara, de flaqueza y cobardía. De otra parte, la constitucion arbitraria del territorio en tantos pedazos sueltos hacia puramente artificial la grandeza de la Monarquía, y ó todo tenia que permanecer como estaba, ó abandonarse demasíado de un golpe. El aislamiento de las distintas partes de la Monarquía, nos daba

además por vecinas y confinantes á varias naciones guerreras, ambiciosas, hambrientas de conquistas, (y aspirando á recobrar no pocas veces lo que de ellas poseíamos por nuestra pasada prepotencia militar); las cuales no nos habrian otorgado con facilidad la paz, por mucho que la hubiéramos deseado ó procurado, miéntras tenian á mano territorios y plazas que arrancarnos por armas. Tal se vió clarísimamente en los dias de Cárlos II, cuando no habia ya un Olivares que provocase guerra alguna, y, convencida la nacion de su impotencia para mantener por entónces nuevas luchas, de todas veras anhelaba la paz. La política que nuestro verdadero interés pedia la inició en realidad Felipe II, incorporando Portugal á España, y creando en Bélgica un Estado independiente para la Infanta doña Isabel Clara Eugenia y su esposo. Hubiera convenido abandonar tambien el Franco-Condado, y áun el Estado de Milan, constantemente y con ventaja amenazado de los franceses, á trueque de conservar el Rosellon, limitando el territorio de la Monarquía á la Península, las grandes islas de Italia, y tal vez Nápoles, que con ningun Estado poderoso confinaba por tierra, y reduciéndonos así al papel de Potencia marítima, en el Océano y el Mediterráneo. Pero ya he dicho que estos buenos cálculos, aunque en los contemporáneos quepan, y estén siempre al alcance de los verdaderos hombres de Estado, son dificilísimos de realizar, por no decir imposibles, sobre todo en nacion tan soberbia y terca, como la nuestra ha solido ser. Todavía hoy no se les cae de la boca á los espa-

ñoles la grandeza y poderío de sus antepasados en los siglos décimosexto y decimosétimo, despues de desdichas tan largas, y áun cabe afirmar que inauditas; y necio es pensar que ni los Reyes ni los súbditos del siglo decimosétimo miraran con indiferencia, y abandonasen cobardemente y sin tenaz combate los territorios y el rango político que heredaron. ¿Tan llano habria sido á los españoles del dia el ceder sin larga y costosa resistencia las Antillas, aunque fuera tan grande como corto es el poder de los enemigos que nos las disputan?

El vulgo, que suele ser el que ménos se presta en cosas políticas á los sacrificios durísimos que oportunamente exije la prudencia, suele pronto fatigarse de los que toma él mismo sobre sí, las más veces sin prevision, y los rehusa, ó lamenta á deshora. Los más de los escritores, por sus preocupaciones ó su ligereza, siguen luégo la antigua opinion del vulgo sin reparo, y es frecuente que las más grandes injusticias se perpetuen de este modo en la historia. Nuestro autor se dejó influir de tales causas, como tantos otros, y erró por los propios motivos que ellos, no pocas veces; pero tenia además una razon peculiar y de más hondo orígen, como sabemos, que fué la contraposicion que hubo siempre en su ánimo, entre la política pacífica, prudentísima, hasta débil, de Felipe III y el Duque de Lerma, con la aventurera, osada, y al fin desastrosa política de Felipe IV y Olivares.

Hay naturalmente en las *Memorias* que examino, contínuas pruebas del exacto conocimiento de

cosas y personas, que de ordinario poseia el autor. Si se fia á las veces de dichos ajenos, procura excusarse, diciendo que, por lo ménos, no pecaria de poco diligente ni falto de ingenio, pues seguia siempre al que trabajó mejor; pero son muchas más las veces que exclama: «Yo lo oí», ó «yo lo sé muy bien»; ó «yo le traté», ó «le conocí muy bien», cuando se trata de personas. Tambien copia papeles en ocasiones, ya públicos, ya de los que en secreto se daban á Felipe IV contra su primer Ministro ó valido, buscando en ellos testimonio de la verdad que dice. Ni deja de vez en cuando de acusarle su conciencia por los excesos de su pluma, é ingénuamente se defiende en estos, ó parecidos términos: «Podrá ser— (dice en cierto lugar),— [1] que sea yo mal vasallo, pero no mal criado, y si lo soy todo junto, por haber dicho la verdad y dolídome del estado calamitoso de las cosas, si por ello mereciese castigo, que muchos justos han padecido, haré ofrenda de mi cuerpo á los venideros para que no peligren en estas sirtes y escollos, si tomasen el ejemplo en mis escritos.» Y al llegar aquí, parece como que reconoce la magnanimidad del Rey á quien servia, añadiendo: «que lo que él hacia *no era para todo reinado*, y que *si en algunos se siguieran tales pisadas*, fracasaria todo» ó sea la persona del escritor.

En otras partes advierte que, con los hechos que reprende, no trata de calumniar al Rey, sino al que llama *inventor de todos los males*, ó sea al Conde-

[1] Tomo II, pág. 58.

duque, mientras vivió, por más que continuase sus censuras despues que hubo muerto. Del Rey cuenta cosas, no obstante, que alguna vez que otra le favorecen. Habia visto él mismo, segun dice, «entrar á hablarle alguno y referirle que se le habia impuesto mayor tributo del que pagar debiera, oido lo cual, ordenó inmediatamente al Patriarca de las Indias, su capellan y limosnero mayor, que se le devolviese de contado el exceso.» Excúsale en otro lugar de la especie de censura que al parecer dirigió al Rey alguno de sus Ministros, «sobre que permitia hablar delante de él del triste estado de la Monarquía.» «Pregunto yo,—(dice nuestro autor á esto)—¿pues qué habia de hacer? ¿con quién ha de hablar sino es con quien le sirve y tiene á su lado? Porque no ha de ser estátua de mármol. Basta lo que por oficio y naturaleza tiene de esto tambien, porque no se informe ni sepa, y porque no nos cobre afeccion á nadie, que ninguno sea bien visto.» De cuando en cuando teme, en fin, que le falte la vida, ó, por lo ménos, lugar y alientos para seguir escribiendo; temor que se va acrecentando de año en año, naturalmente. De supersticioso tenia muy poco, en el entretanto, pues, á pesar de que, que segun nos cuenta, «hombres prudentes, de seso y letra en ambos derechos, quisieron persuadirle de que ciertas señales del cielo presagiaban las desdichas de España, su propia opinion era no despreciarlos, pero no creerlos.» Tales son los principales datos que sobre su propio carácter nos ofrece el buen Ayuda de Cámara.

Era imposible que hombre tal dejase de tener

suelta la lengua, aunque no la tuviera tanto como la pluma; lo cual debia exponerle á graves riesgos, señaladamente al de perder su empleo. Todo ello lo atribuia nuestro autor, no obstante, á ingratitud y mala fe de los que le rodeaban, sin sospechar, como de ordinario acontece, la menor ni más remota culpa en sí mismo. «Aquellos (dice en cierta ocasion), que me querian echar de Palacio, veintiun años y más, me amenazaban con esta espada, siendo nada deshacerme; *no habiéndolo yo hecho cuando pude,* y *tuve señor, valido,* porque sus oficios lo merecian. Por permision de Dios *los vi salir.*» [1] Y lo que por nuestra parte vemos ahora todos, es, que, como siempre juzga aquí empeñado á Olivares en desfavorecerle, nada ménos que durante el largo plazo de veintiun años, sin acertar á lograrlo; cosa en que seguramente se atribuye más importancia que nunca tuvo, pues si Olivares hubiera querido echarle de veras de Palacio, poder gozó para eso y muchísimo más. Tales son, sin embargo, los favorecidos á medias, ó á medias agraviados, de quienes hablé ántes; que, tras de no agradecer lo que se les dá, para sí piensan, y áun propalan, que no ha podido quitárseles lo que se les deja.

No debió tenerlas muy consigo, con eso y todo nuestro autor, cuando refiriéndose á la destitucion de un Secretario, exclama en alguna parte. «Así quedaremos todos, despues de las fatigas de servicio, de guarda y semanas, y de *subir viandas.*» Y más ade-

---

1 Tomo VII, pág. 79

lante continúa: [1] «*Puedo yo deponer de treinta años contínuos gastados en la plaza de Armas de Palacio,* con mucha felicidad, celo y asistencia, habiendo sufrido los sitios, los asaltos, y las celadas de la necesidad de los privados, por haber sido criado agradecido de otro, y hechura; sin haber merecido en todo este tiempo, habiendo gastado lo mejor de los años y la salud, sin conseguir una honra, ni una merced, habiéndolas visto hacer á muchos muy grandes, y en personas de muy poca estofa; no habiendo faltado al buen proceder, ni á la ley, ni á las obligaciones, ni al decoro que se debe, á las buenas costumbres, ni escandalizado con vicios públicos, ni ejercido oficio ruin. *Cinco años pasé por la vida austera y penitente de cuarto del Príncipe,* siempre con el remo en la mano del servicio; veintidos por la ira y mala querencia de un Privado, sin fundamento, enfermedad tan contínua, que despues no pude sanar de ella: *á quien ántes preservé de no dar en un precipicio,* que él temió, y le tuvo alterado, por su malicia y quimeras, y turbador del sosiego y de la paz del mundo. Creo que no falto á la verdad, pues lo vemos y lo probamos; *que tambien yo fuí, como he dicho, criado de valido, y me encargaron el cuidado de los maldicientes y revoltosos, y mi obligacion no fué chisme, ni cuentecillo de Palacio, sino razon, aviso, deuda.*» Quéjase al fin de «la insidia, y malas ausencias, y podridas entrañas de sus colegas;» y alábase de que «la nobleza de una condicion sana

---

[1] Tomo VII, pág. 126.

y leal, cuando quiera que no le hubiera acrecentado, no le habia hecho volver atras, y de que al fin no le hubiesen echado de Palacio afrentosamente, como á otros muy estimados.» ¡Siempre su propia historia de partidario y favorecido de la casa de Lerma, sin embargo de lo cual sirvió y favoreció á Olivares, en vez de espiarle y perderle como pudiera! ¡Siempre recordando la conversacion que tuvo en San Jerónimo con Olivares, despues de transcurridos treinta años!

Frecuentes son por extremo las escenas que el autor describe, sin darles importancia alguna, y que hoy la alcanzan grandísima, para hacerse cargo de las costumbres cortesanas de aquel tiempo. Permítaseme, por ejemplo, en gracia de lo poco conocido que el libro es, que traslade aquí la página en él dedicada á la desgracia del Duque de Nájera y Maqueda, encargado de traer á Madrid á la Reina Doña Mariana de Austria. «Daba»,—dice de este señor,—«á semejanza de su antepasado, *por parte de madre,* (D. Juan Manuel, de quien tanto han hablado las historias), contra los Infantes D. Cárlos y D. Fernando, en la oreja del Conde de Olivares, y en ellos contra el Conde; de suerte, que habia en Palacio un rumor notable de desavenencias entre el Conde y ellos, alcanzándole parte al Rey, no dejando tampoco á los Gentileshombres de la Cámara y á los Ayudas de Cámara. El mejor cuentecillo que le vi llevar, fué decir al Conde se tuviese cuenta con los portugueses, y esto ántes de la pérdida de Portugal, porque eran Genti-

les-hombres de Cámara entónces, el Marqués de Castel-Rodrigo y el de Govea, que comenzaron bien con él y acabaron mal, pues al uno echó por Embajador á Roma, y al otro echó á Portugal. Los Infantes, viéndose fiscalizados, sin causa verdaderamente justa, *como yo lo sé muy bien*, suplicaron á S. M. se averiguase la verdad, y si los hallase en cosa que no debiesen, los castigase, y si no castigase al que lo decia. Pienso que se puso la causa en tela de juicio, en manos del confesor del Rey, Sotomayor, que lo procuró apurar. Estando en ese estado esto, y muy encendida la materia, *un dia que fué de guardia, y yo lo fui tambien, le ví ir á los Infantes, que juntos le esperaban con particular cuidado para oirle, y no sé si aquel dia pudo suceder algo, porque ellos estaban muy irritados; digo, que le esperaban para cogerle y oirle, y dar con ello en las orejas de el Conde. Yo le tiré de la capa, y le dije que mirase, que ya no iba la danza por allí, porque los Infantes no hicieron movimiento ninguno,* de que se colige que eran de gran prudencia; ni él se llegó á ellos, como culpado, recelando algo. Y valiéndose del aviso, el confesor Sotomayor habia ya hecho el exámen secreto y apretadamente, dándolos por buenos hermanos del Rey, amigos del privado, y que D. Jaime Manuel, (que no era Duque de Nájera por entónces) no andaba acertado en sus chismes y cuentecillos, á que era muy dado para hacerse lugar por allí, como otros necios, y para derribar á otros, y que debia ser castigado. Con ésto le echaron de Palacio, y él se salió por el Puente de Segovia aba-

jo, á un lugarcillo suyo, que pienso sea Boadilla. Fuése á Lisboa á ver á su hermana la Duquesa de Aveiro, donde pasó algun tiempo peregrinando. Despues, enviado el Infante D. Fernando á Flandes, y con la muerte del Infante D. Cárlos, y sus diligencias y las de otros, volvió á Palacio, porque verdaderamente *aquel privado, aunque era bravo, era blando*—«(gran confesion, por cierto, en hombre tan enemigo del Conde-duque)»;—y porque tambien á los principios estuvo en alta fortuna con él, le hizo Marqués y otras mercedes. Mas despues cayó, y un dia que nos hallamos juntos, me dijo: «*que me debia mucho, que le habia una vez dado un consejo, que, si no lo hubiera tomado, le hubieran echado por una ventana abajo. Yo le respondí, que muy sencillamente se lo habia dado, porque habia visto barruntos que prescribian algun accidente, y que de ésto habia servido yo todo el tiempo que habia estado en Palacio, y que me lo habian pagado muy mal, habiendo excusado á algunos de muchos tropiezos.* Esto se quedó así, y un gracioso de los asistentes, el *Manuelillo*»—*(debia de ser éste algun gracioso principal)*—«que debia estar flechado de su miseria y condicion, porque éstos siempre quieren que les den, y abusan de los que no lo hacen, estando en Zaragoza decia: «¿A qué pensais que viene aquí D. Jaime? A poneros á vos un lazo, y á vos otro para que caigais.» No se le habia templado la condicion con el castigo, si bien ya el Conde se habia retirado. Un dia, despues de recogido S. M., *hallándonos allí algunos que para entretenerle se digna, y dá lugar, á que se mueva al-*

guna conversacion, me sucedió lo que decia el gracioso; me puso el lazo delante de no ménos persona que la de S. M. para que cayese, echando en plaza una cosa que yo no queria que la supiera. Salido afuera, y salido él, le dije, que no merecia yo aquel retorno de lo que le habia servido. No quiso darse por entendido tampoco, como (y así lo dicen) que quitándole la excelencia al Marqués de Caracena, Gobernador de Milan, diciéndole lo que le pareció, y replicándole sobre ello, no le dió más satisfaccion, sino que aquello habia de durar poco. Y diciéndole yo mi queja, dijo muy falso: ¿Pues qué ha sido? porque yo os debo mucho. Díjele yo: ¿pues de esa manera se pagan en Palacio los servicios que se hacen á quien quiera? De esta manera era aquel hombre, y de esta manera muchos palaciegos. Decia la Marquesa, su mujer, en sus argumentos, que no le entendia; y me pasaba á mí lo mismo cuando armaba sus pláticas y discursos. La Reina, nuestra señora, dicen que lo dijo, y que no venia bien servida de él. Sería infinito lo que podriamos decir de su genio natural y traza de sus movimientos, miserias, y trajes ridículos, queriendo siempre gracejar con todos desazonadamente.» Trozos tales abundan en estas largas *Memorias*, y no acabaria de citar, si no temiera ya pasar por nimio y prolijo.

No pondré aquí término, sin embargo, sin trasladar todavía á este prólogo unos cuantos renglones más, de los últimos que escribió el autor, y que prueban que sus atrevimientos de pluma, no eran incompatibles con sus afectos y pensamientos de

verdadero cortesano. [1] «Vióse», —dice, en una ocasion, —«S. M. la Reina (que era Doña Mariana de Austria, acabada de llegar á Madrid), otro dia en el Retiro, fábrica *no maravillosa* pero entretenida, y, saliendo al cuarto de S. M. (el Rey), y pasando por su Cámara *algunos de los Ayudas de Cámara que nos hallamos allí*, mandó que la besásemos la mano, *y yo se la besé*, teniéndolo á gran dicha y prosperidad; satisfaccion verdaderamente de este *escripto, rara y encarecida.*» Quien quiera que haya hojeado mucho los libros de la época, debe sorprenderse del exactísimo juicio que nuestro autor hace aquí del mezquino Palacio del Buen Retiro, octava maravilla, á la sazon, para los superficiales habitantes de la córte. Es este uno de los muchísimos rasgos que demuestran gran seso, y talento natural en aquel hombre sin letras, que nunca habia salido de España. Por lo demas, ¿á quién que en general conozca el mundo, y más especialmente los palacios, le sorprenderá la rara mezcla del espíritu democrático, que en otros lugares del libro campea, con la devocion, y hasta la supersticion monárquica que en el autor demuestran las últimas palabras?

La final y más interesante de las preocupaciones del autor, fué la suerte de sus obras. Enumerando los cuidados que le rodeaban al fin de la vida, deja correr la pluma melancólicamente, y escribe las siguientes frases: «A éste gran cuidado—dice,—sigue otro de no menor fatiga, y con quien pocas

[1] Tomo X, pág. 312.

horas del tiempo no estoy luchando, *y es el fin que tendran mis libros. Si serán buenos ó malos; si saldrán á luz, ó serán dados á las tinieblas del olvido; si se conservarán, ó serán desechados.* El trabajo y la fatiga há sido grande, por el mucho tiempo que se ha gastado ó perdido, *particularmente con lo que ha sido menester para los traslados, en que no habia pocos yerros,* aunque la lima no ha holgado, y ha sido frecuente el remedio; *el empeño y atrevimiento mayor, por la claridad y el desembarazo con que he hablado.* Un justo agradecimiento,»—*¡siempre el mismo tema en este punto!,*—«me ha llevado por los cabellos á hecho semejante: ya lo he referido muchas veces. Dirán que no me toca; respondo, ¿qué más privilegio tienen los otros que hacen lo mismo, y por qué les ha de tocar á ellos y no me he de ayudar yo de mi ingenio? *Bien sé que no he escripto para la hora presente, si no es para los venideros,* por si puede ser de provecho, aviso y escarmiento; y tambien que estas narraciones *no agradarán á los que la han disfrutado, y puéstola en total ruina»;*—(sin duda falta por aquí el sustantivo nacion, ó bien el de Monarquía),—«*como me confesó uno de los contenidos, que todos habian tirado tan porfiadamente de sus intereses,* consecuencias y particulares propios, que habian dejado al Príncipe y á la Monarquía exhausta y en el miserable estado que vemos.» Por donde se ve, que el autor, sin pretender enseñar á otros que los venideros, juzgaba que no agradaria á los presentes su obra, como si tuviera esperanzas de que pronto viese la luz. Y en cuanto á la dificultad y

los errores de las copias, mucho más que él podriamos decir los que nos hemos tomado el trabajo de registrar las que han llegado hasta nuestras manos. Si las que él vió y dirigió son malas, las más de las que hoy poseemos, y todas las de Felipe IV, entre ellas, son realmente abominables. .

Pero hora es ya de decir, sin más rodeos, cómo y de qué manera he llegado á poseer el verdadero nombre de este autor, por tanto tiempo equivocado con otro, y ahora anónimo por tan breve plazo.

III.

Demostrado ya que el autor que se busca no tuvo por nombre Bernabé de Vibanco, lo primero que traté de investigar, fué, si hubo algun otro del propio apellido con quien pudiera equivocársele, entre los criados del Príncipe, que fué luégo Felipe IV. En uno de los párrafos aquí copiados, deja dicho el autor, que habia pasado cinco años en aquel cuarto; lo cual, pone de manifiesto que entró en él á servir de 1615 á 1616, puesto que en Marzo de 1621 falleció Felipe III. Examinados los numerosos y algo confusos legajos, que hay referentes á estas materias, en el Archivo de Palacio, halláronse con efecto muchos Vibancos, sirviendo desde 1615 hasta 1620, en el cuarto del Príncipe, originarios todos de Espinosa y sus monteros, segun consta por

el ya citado libro del licenciado Escalera; como Domingo de Vibanco, Juan Lopez de Vibanco, Francisco de Vibanco, ó tal vez Francisco Ortiz de Vibanco, Andrés Varona de Vibanco, Francisco de Vibanco Angulo, Diego de Llerena Vibanco y Francisco Villagomez Vibanco, escritor que compuso un libro intitulado *Consideraciones políticas*. Fácil es concebir las esperanzas que estos nombres, y principalmente el último, despertarian en mi ánimo. Por desgracia, los papeles mismos del referido Archivo, fueron sucesivamente demostrando, y á medida que más legajos se compulsaban, que ninguno de los Vibancos antedichos habia vivido hasta 1649, ni podia, por tanto, ser el autor buscado. Preciso fué al fin y al cabo prescindir, lo propio que del nombre de Bernabé, del apellido de Vibanco. En el ínterin, una cosa estaba ya fuera de duda, desde que se encontraron las listas de los criados que desde 1616 hasta 1621 sirvieron en el cuarto del Príncipe, es á saber, que al uno de ellos tocaba el honor de haber escrito los manuscritos históricos, hasta aquí atribuidos á un Vibanco. Motivo de mayor impaciencia era para mí saber que estaba tocando la verdad con las manos, sin dar de una vez con ella, y que, entre una docena, ó ménos, de personas, estaba ya, de seguro, el desconocido autor. Bien pronto, áun de la docena misma de criados que, descontando los Vibancos, restaban por candidatos, tuve que quitar otros y otros, hasta quedarme sin el mayor número. Los legajos del Archivo iban testificando el sucesivo falleci-

miento de los Ayudas de Cámara, y casi todos desaparecieron, como no podia ménos, en el largo espacio de tiempo de treinta y tres ó treinta y cuatro años transcurridos, desde que entró nuestro autor en el cuarto del Príncipe, hasta que dejó de escribir sus anales. Redújose, pues, á muy pocos el número de los candidatos; mas para dar con el verdadero autor, no sólo era preciso demostrar que vivió hasta despues de 1649, sino tambien que habia hecho los propios viajes, asistido á las mismas jornadas, tomado igual parte que él en los acontecimientos, segun los datos que los manuscritos ofrecen. Los que por más tiempo parecieron reunir todas, ó la mayor parte de las condiciones requeridas, fueron Matías de Novoa, Juan Marban, Mateo de San Martin y Antonio de Espejo. Constan estos dos últimos en casi todas las jornadas, y casi todos los sucesos á que el autor asistió; pero del primero, que llevaba ya grandes probabilidades, se averiguó un buen dia, que habia muerto en 1648, un año ántes que acabase de escribir el autor, y aunque el segundo vivia áun en 1651, tuvo siempre contra sí el no figurar en la lista de criados del cuarto del Príncipe, de que ántes he hablado, la cual comprende á todos los que sirvieron en él desde 1615 á 1620. Repetida la dicha lista en los legajos 5, 15, 45, 65, 89 y 90 de la casa de Felipe III, con ligeras variantes, tiene ya un carácter fundamental y áun decisivo, para el esclarecimiento de la cuestion, y únicamente dos personas de ella figuran entre las que, sirviendo ya en 1615, vivieron hasta despues de 1649: Matías de Novoa y Juan

Marban. Pudiera, de consiguiente, haber limitado á éstos solos las investigaciones, si no fuera porque sus nombres, y principalmente el de Novoa, faltan luégo en varias listas de los criados que asistieron á jornadas en que el autor se halló indudablemente; cosa que, á las veces, me hizo temer que hubiese alguna omision en la lista de criados de la casa del Príncipe, que servia de base á mis investigaciones.

Fué en suma, en quien se juntaron por más número de dias las probabilidades, Juan Marban y Mallea, el cual, lo mismo que Matías de Novoa, figura en las listas del cuarto del Príncipe, como Ayuda de Cámara suyo, desde 1615 á 1620; permaneció con él de Ayuda de Cámara despues que fué Rey, y no murió hasta 1664: constando su nombre donde quiera que el de Matías de Novoa, y en otras muchas listas y documentos en que aquel no consta. Supe, (y vaya de ejemplo), que acompañó Marban al Rey Felipe III, en la jornada de Madrid á Lerma, emprendida el 25 de Setiembre de 1617, pagándosele *á cuenta de sus ordinarios doscientos reales.*[1] Hallé tambien á Marban en una relacion de lo pagado á los oficiales de boca de la casa de S. M. «en la *jornada pasada de las entregas con Francia*,» segun el papel dice, relacion en que se le señalan, como de la Cámara, ciento cincuenta ducados.[2] En la jornada de Portugal, el año 1619, á la

[1] Legajo 27 de la casa de Felipe III, carpeta de los criados de 1559 á 1620.
[2] Legajo Id.

que asistieron todos los oficiales de boca de la Real casa, tropecé otra vez con Juan Marban, «*Ayuda de Cámara*,—dice el documento en que esto consta,—*del Príncipe nuestro señor, que fué de S. M. que haya gloria,* y disfrutaba seiscientos ducados de pension al año por la Casa de S. M.» [1] Por otra relacion (fechada en San Lorenzo el Real, á 20 de Noviembre de 1620), «de lo que se habia de librar para el gasto de la despensa en el mes de Octubre, para repartir entre los servidores de S. M.» aparece Juan Marban, «como Ayuda de Cámara de S. M., *que haya gloria*, con cincuenta ducados.» [2] En la jornada de Aragon de 1626, figura asimismo Juan Marban, entre los criados que asistieron. [3] Por el legajo segundo de la Cámara de D. Felipe IV (carpeta de las recompensas, pensiones, etc., de los Ayudas de Cámara), consta despues, «que Juan Marban y Mallea, estaba casado con Antonia Villagran, que disfrutaba la pension de doce reales diarios, y que era Caballero de la órden de Santiago.» En el legajo núm. 37 de la casa de Felipe IV (carpetas 122 á 125.—Furriería.—Aposentadores de Palacio), hay por fin, una nota que al pié de la letra dice así: «Juan Marban, Ayuda de Cámara de S. M., á quien S. M. fué servido hacerle merced, sobre consulta del Bureo de 8 de Julio de 1664, de la plaza de Aposentador de Palacio, que vacó por muerte de Francisco de Rojas: juró en Bureo en 11

[1] Legajo 27 de la casa de Felipe III, carpeta de los criados de 1559 á 1620.
[2] Idem.
[3] Legajo 121 de la casa dé Felipe IV.

del mismo mes y año, en manos del Conde de Montalvan, Mayordomo más antiguo de S. M., y en mi presencia. Y ha de satisfacer el derecho de la media annata.» Una apostilla marginal añade: Marban «murió en 18 de Setiembre de 1664,» ó sea dos meses despues. Y por cierto que á este Marban no le faltaron quebraderos de cabeza en su oficio, segun canta cierto expediente, de que brevemente hablaré luégo. Debo en fin, confesarlo: hubo dia en que ya estuve por sustituir buenamente el nombre de Vibanco por el de Marban, y dar por concluida la cuestion.

Porque además, tenia de Marban sabido, que fué criado de importancia para los ingenios de entónces, lo cual daba á sospechar que tuviese él ingenio tambien. En cierta loa de D. Antonio Hurtado de Mendoza, que representó en Palacio Pedro de Villegas, con ocasion de celebrarse la rendicion de Breda, cita el autor á las más señaladas de las personas presentes, fuera de las Reales; y despues de nombrar á la Marquesa del Carpio y á la de Alcañices, á la Condesa de Monterey, y á otra, por antonomasia, que debia ser la de Olivares, al ingenioso Rioja, á Carnero, historiador de Flandes, y otros tales, llega á los Ayudas de Cámara, y dice de esta suerte:

«Del Rey todo el aposento
Se alborota, y vemos risa
Aun hasta en Marban, que no
Lo merece cualquier dia.

Pedro del Yermo no cierra,
No quiere dormir Matías,
Y ha dado albricias Calero
Que es la postrer maravilla.....[1]

Por donde se ve que el Marban era hombre sério, que rara vez daba lugar á la risa en su rostro, y hombre además de importancia en su empleo y condicion; cosas estas la de ser persona séria, y la de serlo importante, que no andan tan á menudo juntas cuanto se piensa. Pero vemos aquí tambien, que entre los cuatro criados preferidos por el poeta para hombrearlos con las principales señoras, y señores de gran calidad en la loa, figura un Matías: ¿sería éste, por ventura, Matías de Novoa? Verdaderamente los legajos del Archivo de Palacio, no nos dan á conocer otro Matías que el Novoa; por manera, que pocas inducciones pasaran por demostradas verdades con más razon.

De este tal Matías vuelve Mendoza á tratar en otra loa, donde ya no cita á Marban; pero sí á otro criado de la Real Casa, de mayor categoría, y que tambien hizo ruido como autor, Antonio de Alosa, de quien fué el poeta grandísimo amigo. Debíase representar, segun parece, alguna comedia en Palacio, por los criados del Rey, y Mendoza presenta sucesivamente al auditorio los actores, calificándolos jocosamente. Véase, aunque sea no más que, por

[1] Obras líricas y cómicas, divinas y humanas, de D. Antonio Hurtado de Mendoza. Madrid.—Juan de Zúñiga.—Sin año de impresion.—Pág. 79.

ejemplo, lo que de Alosa y Matías dice á este propósito:

«Alosa el buen Secretario,
Bonico representante,
Para hacer los Condes Fabios,
Que son terceros galanes.
A Matías gran cantor,
Y que los molletes hace
Hasta con el cuerpo, siendo
Un relleno de donaire.....

De modo, que si este Matías era, como parece indudable, Matías de Novoa, sabemos ya de él que era dormilon, hasta el punto de poderse escribir por encarecimiento extremo de su animacion y regocijo *que no quería dormir;* sabemos tambien, que todo su cuerpo era *un relleno de donaire*; y si no lo sabemos del todo, porque á la verdad es el romance oscuro, podemos muy bien sospechar que fuese dado á graciosos bailes, ó habitualmente saltarin, ó por lo ménos tan desosegado y bullidor, que era chistoso decir de él que hacia *molletes* hasta con el cuerpo: aludiéndose, tal vez, al modo violento y fatigoso de amasar los bodigos de pan redondos, pequeños y de regalo, que, ya en tiempo de Cervantes, formaban con aquel nombre las delicias de la gente principal. Y á todo esto Matías de Novoa era, cual ya sabemos, el único que con Marban gozaba el privilegio de vivir aún en 1649, habiendo servido desde 1615 á 1620 en el cuarto del Príncipe. Nuevos

motivos para pensar y dudar; pero ya entre estos dos únicamente. En tal punto tenia las cosas, bien que inclinándome, por de contado, á Marban, cuando una nueva noticia vino definitivamente á resolver la cuestion.

Como era muy natural los datos biográficos, por mí dados á luz en el artículo intitulado un Historiador anónimo, habian despertado, en el ínterin, la curiosidad de los aficionados; dedicándose, al tiempo mismo que yo, más de uno á evacuar las citas de los accidentes de su vida en Bibliotecas y Archivos. Ninguno de tales aficionados tenia tanto interés en secundar mi investigacion como el Sr. D. Feliciano Ramirez de Arellano, Marqués de la Fuen-Santa del Valle, por poseer el mejor de los manuscritos de la Historia de Felipe III, y abrigar ya el propósito que hoy cumple de darla á la estampa. Con este especial interés, y su ordinaria diligencia en buscar libros ó papeles viejos, y noticias curiosas, no es extraño que adquiriese bien pronto otras noticias, y entre ellas, la de que ahora voy á hablar. Deben recordar los lectores, que al referir nuestro autor la caida de Olivares, dió cuenta de una pension de 400 ducados que á él con tal ocasion le habia tocado sobre la Alcaidía de Martos. Visitado por indicacion del Marqués de la Fuen-Santa primero, y luégo por especial encargo mio para ampliar el dato, el Archivo de las Órdenes militares á las cuales perteneció aquella Alcaidía, halláronse en él bien pronto, y en el Libro-Registro de despachos de las de Calatrava y Alcántara correspondientes á los años

1641 á 1650, al fólio 80, los apuntes que siguen, referentes á Matías de Novoa y Antonio de Espejo. «En 12 de Abril de 1643»—(dice textualmente el libro),—«se despacharon firmados de S. M., refrendados de Jerónimo de Lezama, y señalados del Presidente y de los del Consejo de las Órdenes, las provisiones siguientes: Una, etc..... Otra de la Alcaidía y Tenencia de las fortalezas de la Villa y Peña de Martos, Órden de Calatrava, para Antonio de Espejo, caballero de la Órden de Santiago, en lugar y por fallecimiento de D. Juan de Castañeda, con calidad de que dé 400 ducados de pension en cada un año á *Matías de Novoa, Ayuda de Cámara de S. M.*» A continuacion del anterior apunte se lée luego éste otro: «Cédula para que Antonio de Espejo, caballero del Órden de Santiago, Ayuda de Cámara de S. M., á quien ha hecho merced de la Tenencia y Alcaidía de la fortaleza de la Villa y Peña de Martos, Órden de Calatrava, pague á Matías de Novoa 400 ducados de pension sobre ello en cada un año.» Antonio de Espejo, que era uno de aquellos sobre quienes habian recaido mis sospechas por más tiempo, murió en 1648, con lo cual estaba ya fuera de controversia. Por otra parte, él habia de pagar, no de cobrar la pension, que es lo que de sí el autor dijo. Ya no cabian dudas, por tanto: Matías de Novoa era el nombre que con tanto afan se andaba buscando.

Hasta allí los antecedentes que de Matías de Novoa tenia recogidos, y me hacian ya vacilar entre él y Juan de Marban, eran los siguientes. Segun

resulta de los papeles por encargo mio compulsados en el Archivo de Palacio, juró Matías de Novoa el cargo de Ayuda de Cámara de S. A. el Príncipe, en 1.° de Enero 1616; [1] aunque el mes no esté siempre así determinado. Figura luégo en dos relaciones de gajes, como Ayuda de Cámara, y despues de Juan de Marban. [2] En la jornada de Felipe III á Portugal, no se cita á Novoa, y sí á Marban, acaso porque sólo constan nominalmente los que llevaban gajes y Novoa no los llevaba. Las cuentas de la jornada de Felipe IV á Aragon omiten de ordinario los nombres de los Ayudas de Cámara; pero en dos relaciones, tocantes á esta jornada, se lee el nombre de un Matías, criado del Rey: Matías á secas, que lo mismo que el de las loas de Mendoza, puede muy bien atribuirse á nuestro autor. En el entretanto, el nombre de Novoa no deja de aparecer con frecuencia entre los agraciados, á pesar de las frecuentes quejas que sus escritos contienen. Ya en 28 de Setiembre de 1622, encargó el Conde de Olivares á Antonio de Alosa Rodarte, Secretario de S. M. y de su Real Cámara, que del dinero que se le hubiere proveido, y proveyere en adelante para gastos de la Cámara, pagase á Matías de Novoa, Ayuda de Cámara del Rey, 300 ducados, que valian 112.500 maravedís al año: «de que ha de gozar,»—dice literalmente la órden,—«desde 13 de Junio

---

[1] Legajo 15 de la casa de Felipe III. Pliego 106, página 4.ª—Criados del Príncipe.

[2] Legajo 5, de idem.

pasado, de este año, que S. M., por una órden del mismo dia, rubricada de su Real mano, mandó se le acudiese con ellos en la dicha consignacion, hasta que por otra vía se le haga *merced equivalente;* y la rata corrida de los dichos 300 ducados, desde el dicho dia 13 de Junio hasta fin de Agosto pasado, se la pagareis luégo, sólo en virtud de este libramiento, sin otro recaudo alguno; y lo que adelante fuere corriendo, y hubiere de haber de ellos, por los tercios del año, de cuatro en cuatro meses, y en cada paga os ha de entregar certificacion mia de no habérsele hecho la dicha merced equivalente.»—La merced *equivalente* no llegó á hacérsele, pues consta en las órdenes de pago de 14 de Mayo de 1623, 29 de Agosto de 1624, é igual fecha de 1626, que se le abonaron los tercios correspondientes á lo que tenia devengado, con arreglo á la disposion anterior. [1]

De cierta relacion de gastos correspondientes al mes de Setiembre de 1630, consta habérsele señalado y pagado á Novoa entónces, 12.240 maravedís, sin duda de su salario; y figura en dos relaciones más de este año, referente una de ellas á la distribucion del gasto ordinario de la Casa, en que le tocaron 91.800 maravedís. En otra relacion de los criados que en 1632 servian en Palacio, consta Matías de Novoa como Ayuda de Cámara en segundo lugar, y figura asimismo en la relacion de las colaciones de Navidad de aquel año. [2] Por último: las

---

[1] Legajo 3.° de la Cámara de Felipe IV.

[2] Relaciones de emolumentos desde 1600.

listas de los criados y Ayudas de Cámara en 1648, 1649, 1650, 1651 y 1652, contienen ya todas el nombre de Novoa. [1]

Hállase entre ellas cierta órden firmada por el Duque de Medinasidonia, á 29 de Diciembre de 1633, en que se dispuso, que del dinero de la Cámara entregase cada un año D. Antonio de Mendoza á Matías de Novoa, «Ayuda de Cámara de S. M.» 200 ducados, pagados por sus tercios; «en la forma—dice literalmente,—«que se pagan las demas mercedes de este género, que así lo manda S. M. por órden de 18 de Julio de este año (de 1633), que es desde cuando ha de correr los dichos 200 ducados.» Aumentóse así en 200 ducados la pension de 300 que ya disfrutaba, segun se infiere de una nota marginal que añade:—«Desde 1.° de Julio de 1651, mandó S. M. que los 500 ducados que Matías de Novoa tenia de pension en la Cámara le cesasen en ella, por haberse mudado su consignacion á los gastos secretos; y así se notó en los libros.» [2] Probablemente este cambio de consignacion se tomó por el equivalente ofrecido en 1622, que no llegó á obtener de otra suerte. Hay un papel, por donde aparece que en 13 de Marzo de 1646, pidió el Rey que se le informase sobre una pretension de Novoa, en que pedia el abono de cuanto se le debia de los 500 ducados que disfrutaba al año; y en el informe que sobre ello dió, confiesa, con efecto, Gabriel Lopez de Peñalosa, que se

---

[1] Legajo 2.° de la Cámara de Felipe IV.

[2] Legajo 3.° de la Cámara de Felipe IV.—Reales decretos sobre concesion, pago, etc., de ayudas, pensiones y otras mercedes de costas desde 1621 á 1665.

le debia aquella y otra cantidad á Novoa, por el socorro que S. M. le señaló en Zaragoza cuando, sirviendo de Ayuda de Cámara, estuvo enfermo. En virtud de esto, ordenó el Rey, por decreto de 16 de Marzo de aquel año, que se abonaran á Novoa, 11.349 reales, por ambos conceptos. De una certificacion expedida por Jerónimo de Canencia, á 17 de Setiembre de 1633, resulta tambien que el Tesorero general de la media anata, habia recibido de Matías de Novoa, Ayuda de Cámara del Rey, «18.750 maravedís en vellon, por la mitad y primera paga de 37.500 que tocaban á la media anata de la merced que S. M. le hizo de 200 ducados, por su despensa cada año, y que para la otra mitad, y última paga, quedaba otorgada escritura de obligacion.» Los datos anteriores se han encontrado en el Archivo de la Real Casa y Patrimonio, no obstante la confusion en que los papeles antiguos están; y acaso se hallaran todos íntegros, si importara buscarlos, mas lo que es en este punto, basta y sobra con lo expuesto.

Y, por cierto, que en un expediente bastante enojoso para Juan Marban, el constante compañero de Novoa, aparece tambien el nombre de éste último. Tomáronse á Marban rigurosas cuentas del tiempo que sirvió el oficio de Guarda-ropa del Rey [1], y resultó alcanzado en 60.536 maravedís, los 29.124 de vellon, segun la cuenta de maravedises, y los 31.412 restantes en plata doble, «procedentes del precio en

[1] Legajo 3.º de la Cámara de Felipe IV.

que se valuaron diferentes cosas en oro, y diamantes, y plata que dejó de entregar de las de su cargo»; mencionándose, entre ellas, «una lazada de oro mate, con los perfiles de lustre, por él dada á Matías de Novoa». Á este asunto aludí ántes al decir que no le faltaron disgustos en su oficio á Marban, aunque los mayores debieron de ser para su viuda, á quien, muerto él, reclamaron el alcance, y el precio de las alhajas que faltaban, los Ministros Reales. Al dar cuenta al Rey, su Camarero Mayor, de este asunto, le expuso, entre otras cosas, lo que sigue: «En consulta»,—decia,—«de 11 de Noviembre de 1636, dió cuenta el Conde-duque á V. M. de las cosas que Marban decia en su relacion jurada habia dado á *algunos Gentiles-hombres de la Cámara* y otras personas, por mandado de V. M., de que no mostraba órdenes, á que fué servido V. M. de responder, que no se podia acordar individualmente de todo, pero que bien se acordaba que *habia habido algo:* supuesto lo cual, y que Marban presentó recibo de todas, parece que V. M. debia mandar se le reciban en cuenta». Así lo decretó el Rey, y todo da á entender, que por una de aquellas disposiciones, de que no se acordaba, sino muy confusamente, hizo el Rey á Matías de Novoa el regalo de la lazada de oro mate con perfiles de lustre, de que hablé éntes.

En conclusion, los libros de la pagaduría de las Casas Reales, que tan frecuentemente encierran el nombre de Novoa, dan á conocer los atrasos de sus pagas, los abonos que de tiempo en tiempo se le

hicieron, y lo que, segun él, estaba alcanzando al tiempo de su muerte. Sobre este punto existe un memorial de Matías de Novoa, de 3 de Abril de 1652, en el cual suplicaba á S. M. «mandase á los Maestros de la Cámara, D. Vicente Ferrer y á José de Oliva, le dieran certificaciones por los libros de S. M. de los gajes que se le debian, por haberlo mucho menester»; resultando, segun su cuenta, que desde el año 1647, á 4 de Abril de 1652, alcanzaba 177.800 maravedís. Faltó ya tiempo para que recibiera Novoa respuesta á esta solicitud, que, sea como quiera, da bien á entender que no andaba sobrado de recursos al terminar sus dias. La certificacion del alcance, unida á la solicitud referida, lleva la fecha de 4 de Abril de 1652, y es el último documento por donde conste la existencia de Novoa. En 16 del siguiente mes de Mayo, es decir, cuarenta y dos dias despues, aparece ya cobrando los gajes de Matías de Novoa, su viuda, Doña Juana de Lujan y Benavides. Hubo contencion en el Consejo de Hacienda sobre la realidad del alcance que Matías de Novoa pretendió, y áun aquel declaró al fin y al cabo, que, «reconocidas las nóminas de 1644 hasta que falleció el dicho Matías, aparecia tenerlo cobrado todo». Cortó, sin embargo, la cuestion el Rey, ordenando, en 10 de Junio de 1654, á Pedro Monzon, su Secretario, que, por el Presidente y los del Consejo de Hacienda, se entregasen á la viuda de Novoa 2.000 ducados, equivalentes á 750.000 maravedís de vellon, por una vez, de lo que se le debia á su marido, «aunque no justificase ni presentase

recados de habérsele quedado debiendo tal cantidad». Por todo lo cual se vé claro, que ni el Conde-duque, que le dió tres pensiones, la una al año ó poco más de su privanza, otra despues, á título de acrecentamiento, y la final sobre la Alcaidía de Martos, ni el Rey Felipe IV que mandó abonar cuanto pretendia á la viuda, sin exigirle justificacion, y hasta contra las declaraciones y dictámen del Consejo de Hacienda, fueron tan ingratos con Novoa como él supuso.

Aquí concluye lo que de la vida privada de Matías de Novoa he acertado hasta ahora á averiguar. Nacido indudablemente en Toledo, y cerca del Alcázar, segun su propio dicho, no me ha sido posible dar, sin embargo, con su fe de bautismo en las parroquias de aquella insigne ciudad. Tampoco, y ésto es más raro, he logrado descubrir su fe de defuncion, ni saber á punto fijo el dia de su muerte. En los libros parroquiales de Madrid, sólo se ha encontrado la partida de defuncion de cierta hermana suya, la cual consta en un libro de la antigua Parroquia del Salvador, hoy unida á la de San Nicolás, correspondiente á los años de 1630 á 1684, que al fólio 20, dice lo que sigue:—«En 5 de Febrero de 1637, se enterró en esta iglesia Doña Isabel de Novoa: era viuda y pobre; enterróla su hermano *Matías de Novoa;* dió á la fábrica 80 reales de sepultura y 10 de paño y ataud.» Como los registros de la parroquia antigua de Palacio, no se encuentran, cabe la sospecha de que constase en ellos la defuncion de Matías de Novoa. Por un momento creí de cierto dar con

este dato importante al saber que en el Archivo general de la Real Casa y Patrimonio existia un libro intitulado: — «*Fallecimientos de criados* — 1641 á 1660.» — Pedí copia de las hojas correspondientes á 1651 y 1652, y hallé los nombres de muchos criados de todas categorías, desde la más alta á la más baja, y de individuos de sus familias de ambos sexos; pero precisamente falta el nombre de Novoa. Verdad es, que la lectura de este Registro, sobre todo en las páginas correspondientes á 1652, dá á entender, que en él sólo constaban los criados de la Reina. Hay, en el propio Archivo, otro libro Registro, intitulado *Asientos de criados*, que comprende, como el de fallecimientos, los años 1641 á 1660, y tampoco se halla en él á Matías de Novoa. Semejantes omisiones no tienen siempre explicacion fácil, y desesperan al investigador más paciente. Tal vez, cualquier dia, y buscando otro dato distinto se encuentre entre los legajos del tiempo de Felipe IV, tan numerosos en el Archivo de Palacio, lo que he hecho yo buscar inútilmente. En todo caso, la duda, es sólo de dias, y áun quizá de horas únicamente. Habiendo concedido el Rey á la esposa de Novoa, Doña Juana de Lujan, que gozase entre los gajes de los criados de la Casa de Borgoña, «las diez plazas al dia que tuvo su marido, de la plaza de Ayuda de Cámara, *desde* 16 *de Mayo de* 1652», segun consta en un documento, ya citado, parece claro que hasta el dia anterior á aquél cobró Novoa, y, por tanto, que su fallecimiento tuvo lugar el 15 de Mayo. Para mí la fecha ésta debe tenerse por cierta, sin más pruebas. No es

imposible, con todo, que la partida de defuncion, aunque no fuera sino en horas, me desmintiese.

He llegado al fin de mi tarea. No faltará acaso quien halle extraño, que, en medio de las constantes y gravísimas ocupaciones que durante el año de 1874 llenaron mi espíritu, hiciese yo unas veces por mí mismo, y dirigiera otras estas minuciosas investigaciones; y todavía más, que en Agosto de 1875 destinara algunas horas de los domingos á redactar este prólogo, en cumplimiento de una promesa, muy de antemano hecha al Editor de este volúmen. Creo en conciencia, que no descuidé en lo más mínimo los altos y gravísimos deberes que sobre mí en las citadas épocas pesaban, por seguir la pista al oscuro y humilde criado de Palacio, á quien la posteridad habia usurpado hasta aquí el nombre y la gloria de autor, y de autor bajo ciertos aspectos tan estimable. Otros muchos, en mis circunstancias, han dedicado más tiempo á seguir la pista de los animales de caza, sin causar sorpresa á nadie. Y lo cierto es, que la aficion á la caza es, sin duda, nobilísima aficion, y de las más útiles para la salud del cuerpo y la del espíritu; pero, con eso y todo, el servicio que á su nacion presta quien caza un error histórico ó literario, y lo desvanece, será siempre de más precio que el de quien cace la más hermosa pieza mayor que hayan conocido selvas y montes. En estas páginas he hecho todavía más que desvanecer un error, y es poner de manifiesto la verdad. Bien merezco, pues, la fácil dispensa que se otorga al que roba algunas horas á los

trabajos de su oficio para satisfacer sus íntimos gustos y constantes aficiones. Amante desgraciado de las letras, bien poco tiempo de vida me han permitido hasta aquí dedicarles mis continuadas preocupaciones políticas. Justo es que les consagre siquiera, de vez en cuando, algunas horas interrumpidas é inquietas.

A. Cánovas del Castillo.

Diciembre 25 de 1875.

HISTORIA

DE

FELIPE III, REY DE ESPAÑA,

PUBLICADA AHORA POR VEZ PRIMERA

CONFORME AL MS. COETÁNEO QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA DEL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE.

AL INFANTE.

SEÑOR: Varios son y muy notables los accidentes y sucesos del reinar. Muchos tuvo el del Rey Católico D. Felipe III, padre de V. A., mirados á diferente luz de como ellos fueron, y creidos de algunos hombres tenidos en aquella era y en esta por de consideracion, sin más fundamento ni razon que por el vago sentir del vulgo, y tan solamente entónces por la envidia á sus mayores ministros y confidentes, al resplandor y grandeza de su casa, y hoy, por el gusto á la emulacion de los validos de este tiempo, ámbas infelices por la naturaleza y variedad de los tiempos; por donde despues fué forzoso que haciéndolos á su pesar mejor informados pasasen por la vergüenza y reprension de los bien intencionados, y de haberse dejado llevar tán flacamente de la facilidad de este vano y mentiroso ruido, de cuyas tinieblas oprimida la verdad surtió con más fuerza al lugar donde hoy resplandece iluminada con los rayos de su propia virtud. Estos tambien pretendieron

menoscabar sus acciones, por no confesar el desvelo ni el acierto á los que poseyeron lo precioso de su gracia (tan rigurosamente estaban ocupados de la ponzoña de la envidia). Hoy, Señor, veo á los escritores de este tiempo (indigna accion de los que profesan buenas letras), por el miedo que tienen á los privados, callar las grandes y esclarecidas virtudes de su gran padre, la felicidad y prosperidad de su dichosísimo reinado, en el cual por la opulencia y generosidad de su ánimo nunca se experimentó la miseria ni la calamidad. La felicidad, amor y celo grande de los que le sirvieron tan injustamente por la mutabilidad de los tiempos contrastada, aunque no por la claridad de su sangre y de sus obras sumergida, veo tambien á estos mismos, sin más averiguacion de lo que oyeron, escribir lo que por lisonjear y afectar gloria á estos, pueda deslucir á los otros, conociendo que sobre tan miserables y livianos fundamentos han de apoyar sus medras y acrecentamientos. Yo, Señor, reparando en que era torpe cosa ver las grandezas y hechos heróicos de un tan gran Rey sepultados en olvido, y disimular maliciosamente las fieles acciones de tan leales y ennoblecidos vasallos, y por otra parte oir decir dellos lo que no cabia en el amor, reverencia y respeto con que los vi servir, animosamente (aunque falto de letras, de estilo, ingenio y erudicion, llevado solamente de la razon á que debian atender los más ingratos, cuanto y más los que tan bien beneficiados estaban de su grandeza), osé tomar la pluma y dedicar á V. A., si no en todo, al ménos en parte, las

virtudes de su esclarecidísimo padre, su prudencia, su religion, su templanza, su fortaleza, su consejo, su constancia, su piedad, su clemencia, su pureza y candidez de costumbres; el lustre y autoridad con que tuvo su corte y palacio, la majestad, prosperidad y grandeza con que gobernó sus coronas; virtudes á que ya por la imperfeccion y mal ejemplo nuestro y por lo que necesitamos dellas las confiesa y las aclama el mundo, con que casi nos excusa de esta tan debida diligencia y de este trabajo digno de mayores hombres. Brevemente, Señor, he discurrido por la potencia y maravillosa reputacion de sus armas, el miedo y asombro (y más que todo esto la quietud) que con ellas causó en todo el orbe á sus enemigos y aficionados; otros más diligentes escritores amplificarán y dilatarán más este punto y las diferencias que entre los demas reyes, repúblicas y potentados pasaron. Lo que yo pretendo escribir es la nunca bastantemente encarecida fidelidad de aquellos que eligió para el alivio y peso de los mayores y más graves negocios de esta monarquía, su incansable desvelo y trabajo, la grandeza y magnanimidad de sus acciones, la limpieza y esclarecida virtud de su noble sangre, lo que de ellos mintió el mundo por el respeto de los envidiosos, los fundamentos de esta verdad, pues aunque más pretendieron ofuscarla, nunca pudo peligrar su reputacion, ántes bien vive hoy con mayores y más soberanos aumentos sobre el eminente y más escogido lugar de las estrellas; que en ningun Príncipe veo hoy tan bien copiadas las heróicas virtudes y maravillosas obras de su au-

gustísimo padre como en V. A., y en ningun corazon veo tan fresco ni tan recientemente rejuvenecido su amor y su memoria, ni el agradecimiento á aquellos que tan afectuosa y atentamente le sirvieron, pues sin embargo de esta tormenta merecen su gracia algunas reliquias que tan solamente han quedado del naufragio y de aquellos tiempos, por desempeño de esta verdad en que se reconoce y se venera su constancia como más excelente atributo de los Príncipes y de su grandeza, y porque oí decir á V. A., cuando se trasegaba el mundo, que oficio que hubiese dado su padre ni le quitaria ni le daria á otro miéntras viviese el poseedor; cosa que no se ha de hacer por sola la dañada y maliciosa intencion del poderoso apasionado ni por sola su contemplacion, sino por causa tal que lo merezca y ántes ha de ser así ver la resolucion del cuchillo que esta deposicion. Señor, grandes cosas admira hoy el mundo en los pocos años de V. A., y mayores esperanzas se promete de su gallardo espíritu, y que verá, cuando Dios quiera y le ponga el tiempo en las manos alguna parte de las provincias del orbe, la razon de estado y el saber gobernar de su cuarto abuelo, el Rey D. Fernando el Católico; el valor y fortaleza del Emperador Cárlos V, su bisabuelo; la prudencia y religion de D. Felipe II, su abuelo; la clemencia y heróicas virtudes del Rey D. Felipe III, su esclarecidísimo padre; cuya historia se consagra á V. A. por la más preciosa ofrenda de mi reconocimiento despues de larga vida y perpétua felicidad; la cual, Señor, comienza de esta manera.

D. FELIPE III REY DE ESPAÑA.

LIBRO I.

Emperadores gobernaron, desde la venida dichosa del Evangelio en el mundo á España. Los godos, generacion ilustre, les quitaron la adopcion y el derecho y entraron á reinar en ella por espacio de más de trescientos años, con hechos y hazañas portentosas dignas de toda aclamacion y alabanza. Rodrigo, su último poseedor, vicioso, incauto y sin fortuna, los derribó de esta grandeza, quedando vencido por los sarracenos (castigo de su liviandad) en la campaña de Jerez, y de esta manera y con este brio, puestos ya una vez los piés en ella y encendidos con el calor de la primera victoria, llegaron conquistando hasta las montañas de Leon, dejándose correr por las faldas de los Pirineos hasta las riberas del mar Mediterráneo; con que se coseñorearon en pocas batallas de toda ella, dividiéndola en muchos reinos, tanto que áun casi todas las ciudades tenian rey, pervirtiéndose en esta manera el derecho y la forma de la dignidad que ántes se constituia en uno sólo. Pelayo, descendiente de la alcurnia y sangre real de los godos, condolido del destrozo, favorecido del cielo de virtudes y verdadera grandeza de ánimo, con el título de Príncipe, los fué realzando con altas y esclareci-

das victorias, tomándole por su caudillo y señor leoneses y asturianos, prevaleciendo su estirpe de Rey á Rey hasta la Reina Católica, con los reinos recuperados de Galicia, Castilla, Múrcia y Andalucía, hasta encerrar los moros en Granada; como poco despues á la conquista de Pelayo lo comenzó á hacer tambien, no sin gran valentía, con las pocas reliquias que se retiraron á los Pirineos, Garci Gimenez que aclamaron los suyos por Rey, cuyos ascendientes se enseñorearon de Navarra y Sobrarbe, Aragon, Cataluña y Valencia; como tambien por Lusitania Alfonso y sus progenitores desde las vertientes del Duero y Miño, derivándose por el Océano hasta las del Guadiana, que ponen término á la Bética, dividiendo unas provincias de otras hasta que la potencia y gran poder de los moros se rindió á D. Fernando el Católico, Rey de Castilla y Aragon, aquel por la Reina Doña Isabel de Castilla, su esposa, y ésta por sus abuelos; echándolos de toda España y haciéndolos volver vergonzosamente á la África, por los puertos por donde los habia entrado primero la injuria y la infidelidad. Este gran Rey, sumamente afortunado, juntó á todas estas provincias y coronas, casando en ellas, demas de las referidas, las islas de Mallorca y Menorca, Cerdeña, Sicilia, Nápoles y últimamente á Navarra; instituyó la grandeza y erigió monarquía; serenó y puso en templanza el orgullo de los grandes; enfrenó los reyes vecinos á sus pueblos y los tuvo atentos y pendientes de sus acciones; hizo tractable el comercio y el poder pasar con seguridad y sosiego de unas provincias á otras; creó tribunales para el respeto y observancia de la religion y fué maestro en ámbas materias, marcial y política, en que fué la idea y el dechado de los mayores y mejores reyes que ha venerado la antigüedad, adjudicándose á sí y á sus progenitores los títulos y renombres de Católico, con que sacudió de sí aquella parte de España el peso de las armas que se ejercitaba con odio y venganza entre aragoneses y castellanos. Cárlo V, su nieto, fué sucesor de todo esto último y adelantó con la fortaleza y la espada la posteridad de los reyes de España, y la colocó en esclarecido lugar con sus

victorias, añadiendo á su grandeza los Estados de Flandes que heredó de su padre Felipe el primero, el estado de Milan por las armas, y el ducado de Florencia, si quisiera, que dió á los Médices, y otras repúblicas de Italia; el Imperio de Alemania, que renunció en su hermano Ferdinando en los últimos años de su vida: haciéndose temido y formidable á todas las potestades y Príncipes del mundo. D. Felipe II, su hijo, la constituyó en autoridad, prudencia y majestad y en toda paz y tranquilidad, incluyendo en sus Estados el reino de Portugal, los del Oriente, Brasil y islas Terceras, con la muerte del Rey, Cardenal D. Enrique, su tio; siendo el primero que con felicidad y fortuna se intituló Rey de toda España, volviéndola al colmo de su grandeza y principio y ciñendo debajo de su dominio toda su circunferencia, y al árbitro y potestad de un sólo Príncipe, como do ántes estaba. De estos Reyes hay historias escritas con alteza de estilo y suma erudicion por muchos y muy esclarecidos autores; D. Felipe III, de quien pretendo escribir y á cuya historia y progresos se consagra este discurso, fué el primero á quien aclamaron las provincias y coronas por su Príncipe y fué jurado en todas ellas por tal, y así queremos que tenga su lugar entre los otros, y le consagramos crónica, bien que habia de ser de más delgado espíritu; este Príncipe, pues, siguió en la prudencia y en el consejo las huellas de sus ascendientes, reconociéndolos y admirándolos por mayores que su esperanza, mantuvo los pueblos en lustre, religion y prosperidad con imitacion y aplauso de los extranjeros, excediendo á todos en el decoro de las acciones reales: hijo de D. Felipe II y de la Reina Doña Ana, nieto de Cárlo y de Maximiliano (este por su madre), ambos Emperadores de Occidente; sus años fueron cuarenta y tres ménos catorce dias, su reinado veintidos, seis meses y diez y siete dias, gobernados más con la prudencia de la paz que con la del estrago y estruendo de las armas, no obstante que como mayor caudillo de la Iglesia y de la proteccion puso grandes ejércitos en Italia, Flandes y Alemania, y hasta las más apartadas y postreras tierras del orbe, en defensa y muralla de la

religion, conservacion y amplificacion del Estado, de que siempre triunfó y quedó victorioso. Floreció ansimismo en disciplina militar de valerosos y ejercitados capitanes y tan heróicos y esforzados en las empresas como expertos y avisados en el consejo, conservando sin perder una almena todo cuanto le dejó su padre, ántes bien recobró y acrecentó fuerzas en la África, en la Ásia y en la Europa, adelantando sus términos en la América; sus armadas fueron el terror y espanto de las naciones, ora doblando el cabo de Buena-Esperanza, ora penetrando el angosto estrecho de Magallanes ó el agora más extendidamente descubierto, domando varias gentes y calando nuevos y nunca vistos mares, de que muchas veces ciñeron y dieron vuelta á toda la redondez de la tierra, disfrutando de una y otra India ricas y opulentas flotas que enriquecieron y prosperaron nuestro siglo. Fué ejemplo en piedad y religion á grandes Príncipes, tuvo prudentes y sabios consejeros que arbitraron con equidad la justicia; fueron en todo género de letras felicísimos los ingenios de su tiempo, las escuelas de sus provincias maravillosas en el concepto de los extranjeros, el triunfo de los mártires ni mayor ni más ilustre que entónces con el ejemplo de sus virtudes. Hizo confidencia de algunos grandes varones que merecieron su gracia con sus muchos servicios y nobles partes, si los perversos oficios de la envidia y emulacion no los hiciera fracasar en los últimos años de su reinado; fué liberal y generoso en las mercedes, segun que lo pide la dignidad del Estado, virtud de todas maneras necesaria en los Príncipes; en las costumbres real y verdaderamente bueno, amado y temido con veneracion fiel de sus vasallos.

Nació en Madrid en el año de 1578, á 14 de Abril, mártes, á las dos horas despues de media noche, teniendo la Silla de San Pedro Gregorio XIII; el imperio de Alemania, Rodolfo II; la corona de Francia, Enrique III; el reino de Inglaterra, Isabel; el de Escocia, María Stuardo; el señorío de los turcos, Amurates. Celebróse su nacimiento en España con solemne pompa y aparato de fiestas y regocijos por ser hijo,

nacido en los postreros años de su padre, y de quien se esperaba que habia de dar tan altas y tan esclarecidas prendas al mundo, que habian de ser de éste y de otros reinos gloriosa esperanza de felices sucesos: fué bautizado en la iglesia de San Gil, dia de los Apóstoles San Felipe y Santiago; fueron sus padrinos la Serma. Infanta Doña Isabel y el Archiduque Alberto. De los hijos de su padre fué el séptimo; de los de su madre el cuarto, á quien siguió despues la Infanta Doña María que en breves años pasó de éste á mejor siglo, y en quien se acabó por la vejez y los años la gloriosa generacion de D. Felipe II, Monarca á quien no igualó en majestad y prudencia de gobernar otro ningun Príncipe de la tierra. Diéronle por aya de su crianza á Doña Ana de Mendoza, hija de D. Alonso Suarez de Mendoza y de Doña Juana Gimenez de Cisneros, y mujer de Garci Ramirez de Cárdenas, persona de extremada virtud, partes y entendimiento, y aunque la poca salud con que se criaba parece desmayaba las esperanzas de su vida, empero el cielo, por cuya cuenta corre la salud y vida de los Príncipes que han de ser columnas y visagras del firmamento de su iglesia, le fortalecia y animaba, infundiendo nuevos y generosos espíritus á su corta naturaleza, como aquel á quien tenia destinado para las coronas de esta Monarquía, habiéndoselas quitado á D. Cárlos, Príncipe jurado en Castilla, hijo de la Princesa Doña María, hija del Rey D. Fernando III de Portugal; á Doña Isabel y Doña Catalina, hijas de la Reina Doña Isabel, hija de D. Enrique II, Rey de los franceses; al Príncipe D. Fernando, hijo de la Reina Doña Ana, su madre, á D. Cárlos, Infante y D. Diego, Príncipe de España, á quien siguió D. Felipe III glorioso sucesor del segundo.

Corria á esta sazon en el mundo la era de 1580, cuando el Rey Católico por la infeliz pérdida de D. Sebastian y sus gentes en África, y la muerte del Cardenal D. Enrique, su tio, en Almeirim, como heredero más legítimo y principal, viendo no se determinaba en la junta de los jueces y gobernadores su causa y el derecho que tenia á la corona de Portugal, habiendo hecho para esto todas las protestaciones y advertencias nece-

sarias que á Rey católico y cristiano convenia, determinó partir de Madrid á 4 de Marzo, llevando en su compañía á la Reina, enviando delante al Duque de Alva, D. Fernando, con ejército numeroso de infantes y caballos, artillería y municiones; caminó el Rey por sus jornadas y hizo alto en Badajoz, ciudad que está en las fronteras de Portugal, y allí llegó tan á lo último de una peligrosa enfermedad que se tuvieron muy pocas ó ningunas esperanzas de su vida, empero apénas convaleció della cuando la Reina Doña Ana adoleció de otra tan grave y maliciosa, de tal suerte, que en pocos dias pasó de esta vida á la inmortal que la esperaba en el cielo, miércoles á 26 de Octubre, en treinta y un años ménos seis dias de su edad. Fué tiernamente sentida su muerte del Rey y de sus vasallos, por su mucha piedad y religion que con ellos tenia, y sintiérala el Infante, si los pocos años en que se hallaba no le hubieran excusado del derecho comun de las gentes; celebraron con general pompa en la iglesia mayor de aquella ciudad sus exequias el Rey y toda la corte, y cubriéronse de luto todos los reinos y provincias, haciendo los oficios funerales en todas sus mayores colonias; fué hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz María, y nieta del Emperador Cárlos V y del Emperador Fernando, su hermano; nació en la villa de Cigales, dia de Todos los Santos, en la era 549, en sazon que su padre se hallaba en Castilla gobernándola por ausencia del Emperador y del Príncipe, su hijo, que estaban en los Países-Bajos. Últimamente vino de Alemania á casarse con él ya Rey, y de cuarto matrimonio y en lo mayor de su edad, cuyas bodas se solemnizaron en Segovia, donde fué magníficamente recibida debajo de pálio, domingo 12 de Noviembre en el año de 1570, acompañada de sus hermanos Alberto y Vincislao. Vivió diez años debajo del yugo del matrimonio, y en ellos tuvo al Príncipe D. Fernando, que nació á 4 de Diciembre del año 71 y falleció en el de 578, á 18 de Octubre; al Infante D. Cárlos, que murió á 9 de Julio en el de 574; al Príncipe D. Diego, que murió á 21 de Noviembre del año de 83, á los cuatro años siete meses y diez y

nueve dias de su vida; al Infante D. Felipe, de quien escribimos y á la Infanta Doña María, que subió al cielo en el de 583, á los cuatro años de su edad. Mandó el Rey al Obispo de Badajoz, al de Córdova y al Duque de Osuna llevasen el cuerpo á San Lorenzo el Real del Escorial, templo esclarecidísimo y que se estaba obrando entónces, con la cultura de los más famosos artífices en todas artes, para entierro de los cuerpos reales, necesitando España desde sus principios de esta majestad, quedando agora más calificada y ennoblecida con maravilla que tanto aventaja á las pasadas. Dió órden, por consiguiente, á la Condesa de Paredes, su Camarera mayor, á la de Barajas y á su marido D. Francisco Zapata de Cisneros, su Mayordomo mayor, para que acompañasen el cuerpo; avisó S. M. al Cardenal Quiroga se hallase en las honras de la Reina; esperó el Cardenal con todos los prebendados y capilla de Toledo en Talavera, y levantando un solemne túmulo en la plaza, recibió el cuerpo real, y desde allí le llevó á la iglesia mayor, donde vestido de pontifical celebró el funeral; desde allí caminó con él á San Lorenzo el Real, donde salió el Prior y convento, dijo la Misa el Cardenal y predicó García de Loaysa, Arcediano de Guadalajara, que despues fué maestro de D. Felipe y Arzobispo de Toledo. Hízose la entrega del cuerpo conforme á la instruccion y preceptos del fundador; prosiguióse el novenario con ostentacion fúnebre y majestad. Á esta hora las cosas de Portugal las tenian ya en tal estado las armas de Castilla con las victorias del Duque de Alva y Sancho de Ávila, y la fuga de D. Antonio, Prior de Ocratto á Francia, que los portugueses se resolvieron en recibir el Rey Católico por señor y legítimo sucesor en el Reino, para lo cual hizo su entrada por Elbas, donde fué recibido solemnemente; desde allí pasó á Tomar, insigne convento de religiosos de la órden de Cristo; tuvo Córtes á los portugueses, y caminando consecutivamente á Lisboa, fué recibido y aclamado del pueblo y la nobleza por Rey y Señor de aquellos Estados. Dos años asistió el Rey á los portugueses en asentar y componer las cosas del reino, castigar

sediciosos y hacer merced á los que le habian servido: cuando en el año que se contaba de 1583 le escribieron habia fallecido el Príncipe D. Diego en Madrid á 21 de Noviembre; su cuerpo fué llevado á San Lorenzo el Real, acompañado de D. Juan Manuel, Obispo de Sigüenza, y del Almirante de Castilla. Sintió el Monarca esta pérdida como Rey y como padre, y así ordenó jurasen por Príncipe heredero al Infante D. Felipe, y para esto convocó los Estados de la Corona en el palacio Real de la Ribera en 30 de Enero de 1583, y allí junta toda la nobleza de Portugal con solemne pompa de galas, perlas, piedras y joyas, juraron en manos de S. M. Católica, y á S. M. en su nombre, la debida antigua obediencia y firme lealtad, conforme á la obligacion de tan buenos y nobles vasallos, habiendo orado con elegante oracion un varon docto en las Córtes, diciendo, que en tan grande sentimiento como fué para todos los vasallos de S. M. el fallecimiento del Príncipe D. Diego, su hijo, que Nuestro Señor quiso llevar para sí, no podia haber otro consuelo sino el querer S. M., por hacerlos merced en nombre del muy alto y excelente Príncipe D. Felipe, su hijo y señor nuestro, recibir el santo y deseado juramento de su fidelidad, que en sus reales manos hacian con demostraciones ciertas y claras de gran contentamiento y verdadera lealtad, con que le juraban por señor verdadero y natural Príncipe y sucesor de S. M. en aquellos reinos y señoríos de Portugal; y en tanto, con mayor voluntad celebraban este acto, cuanto era su conocimiento del amor con que S. M. los gobernaba, defendia y aseguraba, procediendo en todo como se deseaba y ellos confiaban, ordenando siempre las cosas de su real obligacion al servicio de Dios, aumento de la cristiandad, bien de sus pueblos y satisfaccion de todos sus vasallos. Agradeció S. M. con amor y contento el celo y servicio de tan buenos y leales vasallos, y dejando las cosas de Portugal en buena órden y concierto, serenados y puestos en terror los tumultuarios y alborotadores, y por su Gobernador el Cardenal Archiduque Alberto, á los 14 de Febrero partió á Castilla; y por Badajoz llegó á Guadalupe, y desde allí al Esco-

rial, donde hizo las honras de la Reina Doña Ana, y á los 27 de Marzo partió á Madrid, donde le llevaba más el deseo y amor de ver á su hijo el Príncipe D. Felipe que otra ninguna cosa de las más señaladas de la tierra.

Recibido con suma alegría y contento de todos sus vasallos en Madrid el Rey D. Felipe II, y habiéndole besado la mano los grandes y consejos por la felicidad de su jornada y herencia de la corona de Portugal, islas y provincias del Oriente, quiso poner en ejecucion el mayor y más importante de sus cuidados, entre los muchos y muy graves que entónces ocurrian á la soberanía de su dignidad, que fué el que jurasen los reinos de Castilla por su Príncipe y heredero á su hijo D. Felipe III. Cumplia, pues, el Príncipe á esta sazon seis años, siete meses ménos tres dias, habiendo nacido, como ya lo dejamos escrito, en el año 1578, mártes á 14 de Abril, á las dos horas de la noche; conferidas, pues, y puestas en consulta las ceremonias y circunstancias de este acto con los mejores y más prudenciales de su Consejo de Estado, del de Castilla y Cámara y otros, por los papeles y tradiciones antiguas y poco ántes ejercidas de los juramentos que se habian celebrado de los Príncipes D. Fernando y D. Diego, convocó los Cardenales, Arzobispos y Obispos, grandes, títulos y otras personas, que por troncos ó cabezas de familias tienen privilegio de jurar los Príncipes en Castilla, y últimamente á las ciudades del reino incluidas en este mismo derecho, á los cuales y á todos, observándoles el modo y el estilo, despachó sus cartas ó convocatorias; señaló para la solemnidad del acto el monasterio de San Jerónimo del Prado, como es de costumbre, domingo, dia de San Martin, 11 de Noviembre de este año 1584. Previniéndose, pues, toda la nobleza y ciudades y concurriendo todos á la corte con el lucimiento, autoridad y grandeza que era necesario, se adornó la iglesia de San Jerónimo con la magnificencia y esplendor que para dia tan señalado convenia; despejóse toda, y levantado enmedio un solemne teatro cubierto de las más ricas alfombras de Levante, se colgó la iglesia de tapicerías de oro y seda de

Bruselas, maravillosas en el arte y en la materia, en que se contenian muchas y varias historias de nuestra sagrada religion; distribuyéronse los asientos y lugares, y púsose la cortina de S. M. al lado de la Epístola, de riquísimo brocado con cortinas de tela de oro, sillas y almohadas y sitial en la forma que esto se suele hácer, remitiendo sus menudencias á las plantas de arquitectura y relaciones que el maestro mayor de obras guarda en palacio. Habia dias ántes la majestad cesárea de la Emperatriz Doña María, hermana del Rey Don Felipe II, que por la muerte de Maximiliano, su esposo, habia dejado á Alemania y vuéltose á Castilla, retirádose á San Jerónimo, al cuarto que tienen allí los Reyes, en tanto que se le prevenia hospedaje decente y autorizado en las Descalzas, para pasar religiosamente los años que le quedaban de vida; en el cual, y para ver el juramento, tenia allí una ventana que caia sobre el altar mayor al lado de la Epístola. Prevenidas y ordenadas, pues, todas las cosas necesarias para la solemnidad y celebracion del acto, el dia antecedente, que fué sábado, por la tarde pasó el Príncipe á San Jerónimo en litera con su aya Doña Ana de Mendoza, acompañado del Conde de Barajas, Mayordomo mayor de la Reina Doña Ana, que poco há dejamos en el sepulcro de San Lorenzo el Real, y ahora Presidente del Consejo de Castilla, y de D. Gonzalo Chacon, Señor de Casa-Rubios, Caballerizo mayor de la Reina, de muchos meninos y otras personas particulares, guardas y oficiales de la Casa; llegó S. A. á San Jerónimo y fué recibido con singular alegria de la Emperatriz, su tia, siguióle S. M. despues y hospedáronse en San Jerónimo.

Al otro dia por la mañana, estando toda la corte llena de galas, joyas, riquísimas libreas, suma alegría y alborozo, á la hora de las diez salieron de palacio las Infantas Doña Isabel y Doña Catalina con todas sus damas, en quien la belleza y la gala por la variedad de la una y maravilla de la otra, se ponia en duda la competencia; llegaron á San Jerónimo y subieron al aposento de S. A., donde las esperaba S. M. y la Emperatriz, habiendo concurrido ya todos los prelados, gran-

des, títulos y ricos-hombres, ciudades y todas las demas personas necesarias al ministerio y juramento, sobre el corredor que cae al cláustro; salió S. M. con aquellos atavios reales que entónces observaba la prudencia y que causaba respeto y majestad á los circunstantes é informaba á la idea un verdadero Rey. Comenzó el acompañamiento: los Gentil-hombres y criados de la casa, con los Alcaldes de Corte, delante, luego los procuradores de las córtes, los títulos y cabezas de familias, cuatro maceros, los Mayordomos del Rey, los grandes y cuatro reyes de armas con sus cotas bordadas, el Conde de Oropesa con el estoque al hombro y descubierto, á quien siguió S. M. y las Infantas, que llevaban delante de sí al Príncipe; luego la que hacia oficio de aya de S. A., las dueñas que llevaban la falda á las Infantas, la Condesa de Barajas y las damas, cerrando la guardia de archeros el acompañamiento. Entraron en la iglesia por el claustro del monasterio, no sin gran suspension de toda la corte y de mucha variedad de instrumentos. Esperaba en el altar mayor para celebrar la misa, revestido de ornamentos pontificales, D. Gaspar de Quiroga, Cardenal y Arzobispo de Toledo, con sus diáconos y asistentes, el Cardenal Granvela en su silla y sitial, los Obispos, el Nuncio del Papa, los embajadores de Alemania, Francia y Venecia, Presidentes y Consejeros, los que solamente tenian circunstancias que ejercer; ocuparon su lugar los grandes, los títulos y el reino. Entró S. M. en la cortina, el Príncipe y las Infantas, haciendo reverencia á la Emperatriz que estaba en la ventana, que dejo referida, sobre el altar mayor; quedó á un lado de la cortina el Conde de Oropesa con el estoque y el Conde de Barajas, y la iglesia en la forma y manera que los dias festivos la vemos en la capilla real, guardando todos sus lugares, preeminencias y puestos usados y señalados en aquel acto. Con lo cual y con esta suspension y maravilla se comenzó la misa, ministrando el Cardenal Granvela á S. M. aquellas ceremonias de la misa tantas veces repetidas en los demas actos solemnes, acompañado del Obispo de Palencia, y en acabándolas subió S. M., acom-

pañado del Embajador de Alemania y mayordomos, por una escalera secreta que estaba cerca de la cortina al aposento de la Emperatriz y la bajó quitando en el entretanto el sitial de S. M. y poniendo la silla del Príncipe delante de la de S. M. y de la que se habia puesto para la Emperatriz, desnudándose á la hora el Cardenal de la casulla y poniéndose capa y mitra, sentándose para recibir el juramento enmedio del altar; bajó el Rey y la Emperatriz, acompañada de D. Juan de Borja, su mayordomo mayor, hijo del Duque de Gandía, sus damas y la Duquesa de Villahermosa y otros dos mayordomos; entró en la cortina y sentóse á la mano derecha de S. M., preeminencia de la dignidad Cesárea que concurria en S. M., la cual no conoce otra secular en la tierra. Quedó D. Juan de Borja junto al Conde de Oropesa, con el Conde de Barajas, y levantándose el Cardenal Granvela fué donde S. A. estaba, y llevóle al Cardenal Quiroga, que, arrodillado sobre una almohada de brocado que le puso el Conde de Barajas, recibió el sacramento de la Confirmacion apadrinándole el Cardenal Granvela, la cual acabada le volvió á su asiento; concluida esta ceremonia, los que en el acto de la misa habian ocupado lugares en aquella sazon permitidos, como Obispos, Sumiller de cortina, y Gentil-hombres de la cámara, los cuales le tienen cerca del altar mayor, bajaron más abajo y al que les estaba señalado para hacer el juramento; comenzó el himno del Espíritu-Santo el Cardenal de Toledo, que cantó la capilla, el cual acabado se sentó y le pusieron delante un sitial cubierto con un paño de brocado, una almohada encima y en esta un misal y una cruz, y sentados todos y puesta la iglesia en un sagrado silencio dijo un rey de armas:

«Oid, oid, oid la escritura que aquí os será leida del juramento y pleito-homenaje y fidelidad que la Serma. Emperatriz Doña María como Infanta de estos reinos, y las Serenísimas Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, y los prelados, grandes y caballeros, y procuradores de córtes que por mandado del Rey D. Felipe, nuestro señor, soberano señor, el dia de hoy aquí estais juntos y presentan y hacen al Serenísimo

y muy esclarecido Príncipe D. Felipe, hijo sucesor de S. M. como á Príncipe de estos reinos durante los largos y bien aventurados dias de S. M., y despues de aquellos por Rey y Señor natural propietario dellos.»

Concluida en esta manera la proposicion del juramento concurrió al mismo lugar el licenciado Juan Tomás, del Consejo de cámara, y leyó la escritura del juramento que por cosa digna de saberse ó para que se sepa su forma la quise poner aquí, la cual dice:

«Los que estais presentes sereis testigos como en parte esencial del católico Rey D. Felipe, nuestro señor, soberano señor:, la Serenísima Emperatriz Doña María, como Infanta de estos reinos de Castilla, y las Señoras Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, y los prelados, grandes y caballeros, y procuradores de córtes, de las ciudades y villas de estos reinos, todos juntamente de una concordia libre y expontánea y agradable voluntad, y cada una por sí y en nombre de sus constituyentes, por virtud de los poderes que tienen presentados de las ciudades y villas que representan estos reinos, y en nombre dellos guardando y cumpliendo lo que de derecho de estos reinos deben y son obligados y su lealtad y fidelidad les obliga, y siguiendo lo que antiguamente los Infantes y prelados, grandes y caballeros y procuradores de córtes de las ciudades y villas de estos reinos, en semejante caso hicieron y acostumbraron de hacer y queriendo tener, guardar y cumplir aquel.»

«Dicen que reconocen y desde agora han y tienen y reciben al Serenísmo y esclarecido Príncipe D. Felipe, hijo legítimo sucesor de S. M., que presente está, y de la Reina Doña Ana, nuestra señora, que sea en gloria, por Príncipe de estos reinos de Castilla, y de Leon y de Granada, y todos los demas reinos y señoríos y á ellos sujetos, dados y unidos, incorporados y pertenecientes, durante los largos prosperados y bien aventurados dias del Rey D. Felipe, nuestro soberano señor, y despues de aquellos por Rey y señor legítimo y natural heredero y propietario dellos y que ansí viviendo S. M. le dan y presentan la obediencia, reverencia y fidelidad que por

leyes y fueros de estos reinos á S. A. como á Príncipe heredero dellos le es debida, y por fin de S. M. la obediencia, reverencia, sujecion, y vasallaje y fidelidad, que como buenos súbditos y naturales vasallos le deben y son obligados á le dar y presentar como á su Rey y señor natural, y prometens que bien y verdaderamente ternan y guardarán su servicio, y cumplirán lo que deben y son obligados á hacer; y en cumplimiento dello y á mayor abundamiento y para mayor fuerza y seguridad de todo lo sobredicho V. M. la Serma. Emperatriz y vuestras Altezas las Sermas. Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, y vos los prelados, grandes y caballeros, por vosotros y por los que despues de vosotros fueren y os sucedieren, y vos los dichos procuradores de córtes en nombre y ánima de vuestros constituyentes y de los que despues de ellos fueren en virtud de los poderes que dellos teneis y por vos mismos unánimes y conformes, decis y jurais á Dios nuestro Señor y á Santa Maria, su Madre y á la señal de la ✠ y palabras de los Santos Evangelios que están escritas en este libro misal que ante vosotros teneis abierto, la cual cruz y Santos Evangelios corporalmente con vuestras manos derechas tocáreis, que, por vosotros y en nombre de vuestros constituyentes y los que despues de vosotros y dellos fueren, terneis realmente con efecto todo vuestro leal poder al dicho Serenísimo y esclarecido Príncipe D. Felipe, por Príncipe heredero de estos reinos durante la vida de S. M. y despues della por vuestro Rey y señor natural, y como tal le presentareis la obediencia, reverencia, sujecion y vasallaje que debeis y haceis, y cumplireis todo lo que de derecho debeis y sois obligados de hacer y cumplir, y cada cosa y parte della, y que contra ello no verneis ni pasareis directa ni indirecta en tiempo alguno ni por alguna manera, causa ni razon que sea; así Dios os ayude en este mundo á los cuerpos y al otro las ánimas, donde más habeis de durar, que lo contrario haciendo decis que os lo demande mal y caramente como aquellos que juran su Santo nombre en vano, y demas, y allende de esto decis que quereis ser habidos por infames, y perjuros,

y fementidos y tenidos por hombres de ménos valer, y que por ello caigais y incurrais en caso de aleve y traicion, y en las otras penas por leyes y fueros de estos reinos establecidos y determinados: todo lo cual V. M. la Serma. Emperatriz y Vuestras Altezas las Sermas. Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, y vos los dichos prelados, grandes y caballeros, por vosotros mismos y por los que despues de vosotros fueren y os sucedieren, y vos los dichos procuradores de córtes por vosotros y en nombre de vuestros constituyentes y de los que despues dellos fueren decis que ansí lo jurais y á la confesion que se os hará de este dicho juramento, respondereis todos clara y abiertamente diciendo: ansí lo juramos y amen. Y otrosi los prelados, grandes y caballeros por vosotros mismos y por los que despues de vosotros fueren y os sucedieren, y vos los dichos procuradores de córtes por vosotros mismos y en nombre de vuestros constituyentes y de los que despues dellos fueren, decis que haceis fe y pleito-homenaje, una y dos y tres veces, una y dos y tres veces, una y dos y tres veces, segun fuero y costumbre de España, en manos de D. Luis Fernandez Manriquez, Marqués de Aguilar, caballero, hombre hijodalgo, que de vos y de cada uno dellos le toma y recibe en nombre y en favor del dicho Serenísimo y esclarecido Príncipe, nuestro señor, que terneis y guardareis todo lo que dicho es, y en cada cosa y en parte dello que no ireis ni verneis contra ello, ni contra cosa ni parte dello, agora ni en tiempo alguno por causa ni razon. so pena de caer y incurrir lo contrario haciendo en las penas sobredichas, y en las otras en que caen y incurren los que contravienen y quebrantan el pleito-homenaje hecho y prestado á su Príncipe durante la vida de su padre y despues de aquella á su Rey y señor natural, en señal de lo cual decís, que de presente como á vuestro Príncipe, y despues de los largos y felices dias de S. M. como á vuestro Rey y señor natural, con el acatamiento y reverencia debida le besareis la mano.»

Leida la escritura, llamó el rey de armas al Marqués de Aguilar para que subiese al teatro á tomar el pleito-homenaje

á los que le habian de prestar. ¡Qué desnuda estaba esta accion y este acto (cosa digna de ponderar, al fin como de Rey consumado en el arte de reinar) de humores y respetos privados! todos caminaban aquí y eran llamados por la regla y el compás de la razon, no porque el otro se quiere adjudicar así los primeros honores y lugares, ó porque supo usurparse el mando y la gloria de los títulos y dignidades, que aquí sólo la tenia el Príncipe y resplandecia en sus hijos. Subió, pues, el Marqués de Aguilar que estaba en el banco de los grandes y púsose delante de la cortina, junto al Conde de Oropesa que tenia el estoque; concluido lo cual se levantó la Emperatriz á quien acompañó S. M., y puestas en pié las Infantas y todas las damas, fué á hacer el juramento, é incando las rodillas sobre la almohada que estaba delante del sitial, puso las manos en la cruz y en el misal y fuéle diciendo el Cardenal las palabras que se siguen, que iba repitiendo:

«¿Vos, jurais á Dios y Santa María, su Madre, y á esta Santa ✠ y á los Santos Evangelios, guardar y cumplir todo lo contenido en la escritura de juramento que aquí se ha leido públicamente, así Dios os guarde y estos Santos Evangelios? Decíd, sí y amen. Y así ellos puestas las manos sobre el misal, habiendo tocado la cruz, decian: Sí, amen.»

En tanto que juró la Majestad Cesárea de la Emperatriz como Infanta de Castilla, protestándolo ansí el Embajador de Alemania, de parte de su hijo Rodolfo que á la sazon tenia el imperio de Occidente, el Rey Católico estuvo á su lado descubierta la cabeza y las Infantas en pié, y en esta manera se volvieron á la cortina; quiso besar la mano al Príncipe y apartóla, que en aquellos pocos años, como si fueran muchos, habian tomado ya su lugar el entendimiento y las virtudes de que nunca se despojó por todos los dias que vivió. Juraron las Infantas Doña Isabel y Doña Catalina (reservando las causas particulares) sin hacer el pleito-homenaje. Á las Infantas siguieron los Obispos que llamó el rey de armas diciendo: Subid, Prelados; juró el Obispo de Plasencia, el de Cuenca, el de Salamanca, el de Sigüenza, el de Ávila, el

de Segovia, el de Osma, el de Zamora; y en acabando de hacer el juramento en las manos del Cardenal Quiroga, iban á hacer el pleito-homenaje en las manos del Marqués de Aguilar, con las palabras que se siguen:

¿Vos, haceis pleito-homenaje, una y dos y tres veces, que haceis pleito-homenaje, una y dos y tres veces, que haceis pleito-homenaje, una y dos y tres veces, y prometeis y dais vuestra fe y palabra que cumplireis todo lo que en esta escritura de juramento aquí se os ha leido? Respondian, así lo prometo.

Concluida esta ceremonia iban á besar la mano al Príncipe, al Rey, á la Emperatriz y las Infantas; á los Prelados siguieron los grandes; juró el Almirante de Castilla, el Marqués de Villena, el Conde de Lemos, el Príncipe de Asçuli, el Duque de Pastrana, el Marqués de Santa Cruz, D. Francisco de Sandoval y Rojas, Marqués de Denia y conde de Lerma, el Prior D. Hernando, el Duque de Maqueda, D. Juan de Zúñiga, Comendador mayor de Castilla, el Duque de Sesa, y hicieron el pleito-homenaje. A los grandes siguieron los títulos y ricos-hombres de Castilla, y tras estos las ciudades del reino, con aquella controversia tan antigua entre Búrgos y Toledo sobre cuál ha de jurar primero, llevándose Búrgos la primacía como cabeza de Castilla, si bien, como lo deponen nuestras crónicas, primero fué en el mundo ciudad Toledo que Búrgos y con buen número de años ántes. No me toca á mí decidir esta materia, y ansí paso adelante y digo que por las causas que se dejan considerar jura primero Búrgos y Toledo á la postre, tomando en esta manera su asiento en las ocurrencias y juntas de los reinos de Castilla, protestando siempre que le toca el primer lugar. Juró, tras Búrgos, Leon, juró Granada, Múrcia, Jaen, Valladolid, Salamanca, Avila, Zamora Segovia, Cuenca, Toro, Soria, Madrid, Guadalajara y las demas á quien les toca por sus antigüedades; al juramento de las ciudades hizo el suyo el Conde de Barajas, presidente del Consejo de Castilla, juraron el Conde de Fuensalida, el de Chinchon, y D. Fadrique, Comendador mayor de Alcántara, Mayordomo del Rey; siguiéronlos los de las Infantas; á estos el

Conde de Oropesa, dando el estoque desnudo á D. Diego de Córdova que hacia el oficio de Caballerizo mayor de S. M.; hizo su juramento el Marqués de Aguilar y tomóle el pleito-homenaje el Conde de Oropesa, volviendo á tomar el estoque; consecutivamente el Obispo de Plasencia, vestido de Pontifical y desnudándosele el Cardenal D. Gaspar de Quiroga, juró en las manos del Obispo y fué á hacer el pleito-homenaje; á esta sazon se puso delante de S. M., Juan Vazquez de Salazar, Secretario de Cámara, y le dijo:

¿V. M. ratifica y aprueba todo lo que en cumplimiento de la carta de juramento ante V. M. se ha hecho y manda que se envien sus reales cédulas á las personas grandes y títulos que aquí no se han hallado para que hagan juramento y pleito-homenaje al Serenísimo y esclarecido Príncipe D. Felipe, que aquí se ha hecho? Respondió S. M.: Así lo apruebo, y quiero y mando.

Concluido, pues, el juramento en la forma referida, volvió el Rey á su cuarto con el mismo acompañamiento que habia salido y con los Cardenales Granvela y Quiroga, y aquella tarde volvieron á palacio, no sin mucha alegria del pueblo y de la nobleza, por el Príncipe que Dios les habia dado, y de quien se prometian muchas felicidades y fortunas, prósperos sucesos en paz y en guerra, abundancia de bienes, y la Iglesia una columna firmísima donde descansase del asedio é infidelidad de los malos, como nos lo irá informando su historia.

La pérdida de tantos hijos como Dios le habia dado, no quedándole otra esperanza ni consuelo que la posteridad del Príncipe D. Felipe III para la sucesion de su casa y de esta monarquia, y en quien se dilatase la gloria de su nombre y de su estirpe, le hacian atender con particular cuidado á su crianza y conservacion, poniéndole siempre al lado personas en todas materias virtuosas y asidas á sus órdenes, recatos é instrucciones prudenciales, que son de las que se origina un buen Príncipe y de quien aprenden lo más escogido de las costumbres; hallábase ya en la declinacion de su

reinado y dias, y queria dejar un traslado de sí á los suyos y que no degenerase ni dél ni de sus pasados, siendo forzoso esto á la amplificacion de las coronas que habia de ceder, habiendo de cargarlas en su talento y hombros; son grandes, son extendidas como se lo habia enseñado la experiencia y erigíalas Príncipe apto y suficiente que las gobernase. El ejemplo del Príncipe D. Cárlos le hacia proceder más recatado y que decorasen esta licion aquellos de quien fiaba este cuidado; fué el primero, no me espanto que se le perdiese de vista la atencion y los preceptos, empero no al ménos el escarmiento, que de aquí se encaminó con más veras á los que habia de tener; llevóselos Dios, y aunque titulados con diversos nombres, sólo se conservó á la postre el de Felipe, excluyendo en aquella era las líneas de Portugal y Francia. La Providencia divina, misteriosa con particular adopcion en tales casos, le quiso por ámbos lados del esclarecido nombre de Austria y del de su padre, puro dechado y generosísimo imitador de sus acciones; tal nos fué y tal nos le representó la experiencia. Andaba ya S. A, en seis años y algunos meses más, en aquellos aún queria el Rey D. Felipe II, deseoso de perfeccionar esta materia como lo habia hecho de los que le habian colocado en tan alto puesto de reputacion (entiéndese en aquella parte primera que entónces nos le concedia la naturaleza) que viese las virtudes, las acciones religiosas, los actos prudentes para que las ideas quedasen bien informadas; dichosa fatiga, pues así surtió tan colmadamente el fruto al beneficio: habia de crecer presto y habíale de heredar, y en aquellos tiernos años (sagrado ejemplo el de la vid) le procuraba con su gran juicio enderezar, y en aquella desconfianza de verle solo pensaba criarle de tal manera que permaneciese para aumentar la sucesion, como hoy lo vemos. Favorecia el cielo este intento con verle que cada dia mejoraba en salud, habiéndola tenido algo quebrada, y á veces al Rey y á todos los súbditos con mortales desconfianzas de su vida; estaba sumamente gozoso de verle ya jurado en Castilla con demostraciones y fieles apariencias de gran Príncipe, de que

seria suavísimo para los suyos por la real condicion que ya comenzaba á resplandecer en su infancia, felicidad que experimentaron con larga mano sus pueblos. En su nacimiento se observó y se reconoció, y por cartas generales que vinieron de varias partes y provincias lo tuvieron, que se habia alegrado el mundo cuando salió á esta luz, y D. Pedro de Médicis, hermano del gran Duque de Toscana, que le llevó á la pila, y el Cardenal D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, que le ministró el Sacramento del Bautismo, como ahora la Confirmacion, y otras muchas personas de cuenta dijeron aun viviendo sus hermanos D. Fernando y D. Diego, Príncipes jurados en Castilla, que sería Príncipe bienaventurado y generoso; en su juramento se alegró la Iglesia y rejuveneció la religion, y se vieron en la corte de España embajadores del Japon, isla la más remota del Oriente, doblando el promontorio de Buena-Esperanza desde Lisboa para allá, en que enviaban aquellos Reyes de su parte la obediencia al Pontífice y á visitar á S. M., anuncios que nos dieron despues en posesion los aumentos que con su reinado consiguió la cristiandad.

Estaban por este tiempo capitulados los casamientos de la Infanta Doña Catalina con Cárlos, Duque de Saboya, y para efectuarlos con mayor grandeza partió S. M. de Madrid acompañado del Príncipe y las Infantas Doña Isabel y Doña Catalina, con todo lo más noble y lucido de la corte, para Zaragoza, donde llegó á los últimos de Febrero, habiendo desembarcado con poderosa armada de galeras, á 18 del mismo mes, el Duque en Barcelona. Partió de allí, y por la posta llegó á Zaragoza; celebráronse las bodas con grande solemnidad y fiestas, en que aquel reino es maravilloso y de ejemplo para los otros, particularmente en el manejo de las armas en que son tan briosos, y no ménos bizarros en los avisos, empresas, agilidad y ostentacion con que justan á caballo. Pasados allí algunos dias, recreado aquel reino con la vista y mercedes de su Príncipe, partió á Barcelona, donde se embarcaron los desposados para el Piamonte, provincia en la cual comienza Italia, de es-

otra parte de los Alpes, nobilísima y opulenta y dotada de no menores favores naturales que las otras. Conseguido lo cual pasó á Monzon y allí llamó á Córtes á las tres coronas, y en ellas hizo jurasen al Príncipe D. Felipe por sucesor en las de Aragon, Valencia y Principado de Cataluña, obligándose S. M., que en cumpliendo el Príncipe catorce años volveria á ratificar el juramento que por falta de la edad parece quedaba imperfecto en cuanto á la observancia y cumplimiento de los fueros. Esto se cumplió el dia que, por quietar algunas sediciones y alborotos populares de Zaragoza, causados de la fuga de Antonio Perez, convocó S. M. á Córtes las coronas de Aragon, Valencia y Cataluña á la ciudad de Tarazona, lugar puesto á tres leguas de la raya de Castilla; y habiendo ántes visitado la ciudad de Pamplona, colonia ilustre del reino de Navarra, en la iglesia mayor della, con grande aparato y real ostentacion, hizo jurase el reino por Príncipe sucesor de Navarra á su hijo D. Felipe, y desde allí en Tarazona, á los últimos del año 1592, los tres reinos que dejamos referidos. Con que fué el primero que despues de la entrada del mahometismo en España fué jurado por Príncipe heredero y universal señor en toda ella, con grande aplauso y general contento de sus moradores, porque, siendo el primero, habia de ser el último Rey que con invencible y poderoso brazo debelase y destruyese las últimas y postreras reliquias de su malvada y abominable secta, dejando á España libre y desembarazada de los errores que por tantos años no habian podido consumir ni acabar tantos ilustres y poderosos Reyes para mayor honra de su augustísima casa y gloria de su felicísimo nombre. Dos años ántes de lo que habemos escrito, (que por no cortar el hilo á los actos y ceremonias que hizo España en el juramento de su Príncipe, dejándolo reservado para esta ocasion) dos años ántes, pues, habia prevenido la prudencia de su padre el poner casa á su hijo tal cual convenia á la virtuosa crianza de un Príncipe que habia de ser escudo de la Iglesia, descanso de sus pueblos y firme defensor de sus coronas; cuidado en que, no sólo á los que les tocan tan grandes obligaciones, empero á los

que les corren menores, deben con claro juicio y soberana atencion buscar para sus hijos sujetos que en virtud y letras los puedan sin duda imitar, varones que en sangre y generosas costumbres sean admitidos cerca de su persona sin reprension ni sospecha; porque no se aventura en esto más que la buena ó mala educacion del Príncipe, la buena administracion de los pueblos, la seguridad del Estado, el efecto y fortuna de las cosas, el haber Rey ó no haberle, la conservacion y amplificacion de las provincias, la estimacion de las materias y seguridad dellas, partes que todas se apoyan en los fundamentos de esta verdad, pues no tienen más lustre los imperios que aquel que les da el entendimiento y sabiduría del Príncipe; que no hacen tanto estrago en una monarquía las armas de los enemigos como el descuido y poco saber del que los ha de regir y gobernar, cuyos defectos podria la calumnia atribuirlos á los descuidos del padre, cosa en que no poco peligra la buena reputacion y autoridad real. Para esto le dió por ayo á D. Gomez de Ávila, Marqués de Velada, persona en sangre y consejo admirable, y sucesor por su muerte en el oficio á D. Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla; por maestro á García de Loaysa, varon sin duda de gran modestia, virtud y letras; por Sumiller de corps á D. Cristóbal de Mora, ministro de gran fidelidad, entereza, discrecion y candidez de costumbres; por Gentiles-hombres de su cámara á D. García de Figueroa, á D. Francisco Pacheco y Toledo, hermano del conde de Oropesa, á D. Martin de Alagon, á Don Pedro de Guzman; por Mayordomos á D. Juan de Cardona, al Conde Orgaz, al Marqués de Villanueva del Rio, al Conde del Castellar; cuatro ayudas de cámara, y todos los demas oficios concernientes á la costumbre y autoridad de las esclarecidísimas Casas de Borgoña y Castilla.

El buen natural con que le favorecia el cielo, la gallarda y airosa disposicion que le iban previniendo los años con la salud felizmente adquirida y comunmente deseada de todos, el deseo de entrar en las letras y entenderlas, el gusto á su maestro y la obediencia rendida á su padre le alentaban y

daban calor á que, despues de haberse hecho capaz de las cosas antecedentes á la lengua latina, ésta la aprendiese con mucho cuidado, pasando con ella á los principios de la filosofía natural, en que no daba pequeña admiracion á García de Loaysa y á otros singulares juicios que en tales actos se hallaban presentes. De aquí corrió tambien á entender la divina, en que descubrió los caminos para conocer y amar á Dios, conservar los principios de la virtud y reengendrarse en las costumbres que usó con prosperidad y ejemplo hasta su muerte; desvelábase en aprender la lengua francesa y italiana, poniéndole el Rey, su padre, personas con quien las platicase y moviesen discursos con que saliese bien dellas, para poder tratar con libertad y desembarazo las materias de los Príncipes y Embajadores extranjeros; prefaccion necesaria y forzosa en el que ha de representar un gran Príncipe por cuyo entendimiento se ha de obrar la salud de tantos pueblos, y así era bien se hiciese capaz, no sólo del idioma doméstico, empero tambien del extraño, porque es corta cosa que el que ha de traer en la mano las riendas de un imperio esté sujeto á que le admire cualquier novedad ó mínimo accidente: tan precisa cosa es estar prevenido y cursado en todo. Leia en la historia y meditaba en ella, como parte que para gobernar bien es importante, reconociéndola por maestra de la vida humana, guia del entendimiento y luz de la razon para conocer las costumbres y inclinaciones de los extranjeros y armarse contra ellos; que es muy necesario cultivar la fortuna si quien ha de regir la há menester forzosamente, solicitándola del cielo con el saber, que es de lo primero que se valió Salomon para acertar á reinar, cosa que allana más la rebeldía y mal natural de los vasallos ántes que el poder tremendo de las armas. Pasaba con vigilancia y atencion el noble estudio de la cosmografía en los dos libros de Gerardo Mercator y Abraham Ortelio, en que sabía con fundamento la union y division de unos reinos y provincias con otras, el asiento de las ciudades, ritos y costumbres de sus moradores, rios, montes, calas y estrechos de mar, islas, puertos, ensenadas, corriendo por

las líneas y parajes de la navegacion, alturas y bajíos, nortes y estrellas, recompensando en esto la falta de la experiencia y ver el mundo en dos pliegos de papel y entenderle, timon sin el cual no es posible saberse portar con las naciones propias, cuanto y más con las extranjeras, donde es tan necesario estar advertido para las levas de gente, echar armadas, juntar ejércitos, encaminarlos por los pasos dificultosos que no sean vistos ni entendidos del enemigo, fortificar plazas y fabricarlas; que no siempre es acertado fiarlo todo del ministro, que entónces es más vigilante cuando sabe que su Príncipe está dueño y capaz de las materias. De la navegacion ya hemos dicho que la entendia; sabía maravillosamente de la fortificacion: en cualquiera planta de edificar daba su parecer con admiracion y veneracion de los que le oian; en el andar á caballo era bizarro, airoso, con majestad, con aplauso, y dueño de ambas sillas con gravedad y decoro; manejaba las armas con valor y destreza, ejerciendo ambas facultades cuando daba licencia la ocasion; en la caza era infatigable, más amigo de tirar con la bala que con otra municion más menuda, siendo asombro á cuantos cazadores le veian tirar el arcabuz. Y derivándonos de éstas á las otras virtudes morales, su presencia era agradable á todos; en su conversacion se oian pocas palabras, y esas dichas á tiempo, con gran seso y maduro juicio; causaba respeto sin tiranía la severidad su semblante; cualquiera accion suya contenia grande espíritu; era benigno, manso, misericordioso, religioso, virtuoso, modesto, compuesto, afable, amigo de buenos y aborrecedor de malos, divirtiendo la parte que le sobraba del tiempo en la música, en que á veces su parecer fué escogido, tomándola algunos para alivio de ocupaciones graves, vicio templado entre los Príncipes. Con estas virtudes y en esta escuela se criaba, asistido de personas doctas, prudentes y sabias, de santas y religiosas costumbres, tales cuales el desvelo de su gran padre las habia escogido para su enseñanza; digno por esto de que su nombre quede por largos siglos, á pesar del tiempo y del olvido, viviendo en los anales de la fama, donde

se conservará su posteridad y su memoria, como se verá en la majestad de su reinado.

Con la permision de entrada que los grandes de España tienen en el cuarto del Príncipe, y más cuando se arrima á esto la dignidad de algun gran oficio acerca de la persona real con que parece le toca por derecho y por accion, con ésta, D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, Marqués de Denia, Conde de Lerma y Gentil-hombre de la Cámara del Rey D. Felipe II, hijo de D. Francisco de Sandoval y Rojas, Marqués de Denia, y de Doña Isabel de Borja, biznieta del Rey Católico, hija de aquel admirable varon en santidad y en sangre el beato Francisco de Borja, cuarto Duque de Gandía, que hoy le erige y consagra altar la Iglesia, y de Doña Leonor de Castro, que tan altos casamientos hacía su casa, sin que ninguno de sus antecesores hubiese admitido á ella hembra, por matrimonio, baja ni humilde, cosa que afea mucho y deslustra las nobles familias, y quedan por esto los hijos que vienen de ellas con manchas y horrores feos y sumamente afrentosos y que jamás salen dellos, y á la sazon casado el Marqués con Doña Catalina de la Cerda, hija del Duque de Medinaceli, casa bien conocida en Castilla por sus pretensiones; finalmente, caballero de alta y esclarecida sangre, de excelentes partes, gentil persona y gran cortesano, como Grande y como Gentil-hombre de la Cámara del Rey, frecuentaba á las horas permitidas el cuarto del Príncipe, de suerte que en muy poco tiempo se hizo gran lugar acerca de su persona, tanto que mereció su gracia y subir al heróico lugar de su privanza. Emulaban esta felicidad del Marqués algunos Gentiles-hombres de la Cámara del Príncipe, como D. García de Figueroa, D. Pedro de Guzman, hermano del Conde de Olivares, García de Loaysa, y, como ayo y celador de la persona del Príncipe, el Marqués de Velada. Estas cosas no las callaba tanto el secreto ni las cubria de manera el silencio que no viniesen á dar en manos de la junta, que por entónces era el oráculo por donde el Rey se gobernaba y de quien fiaba el manejo todo de las cosas de Estado y del go-

bierno, que eran D. Cristóbal de Mora, el Marqués de Velada y D. Juan de Idiaquez, y como la mayor de todas, á mi ver, es la eleccion que un Príncipe hace de persona acerca de sí, donde se presume que ha de tener tanta parte en el gobierno de esta monarquía, que ha de ser la luz y el esplendor de ella, ocurriendo al caso presente y á la obligacion en que se hallaban, dieron de todo cuenta al Rey para que con su maravillosa prudencia advirtiese y ordenase lo que en esto se debia hacer. Con que el año de 592 el Marqués fué enviado por Virey á Valencia; estuvo en ella apénas casi año y medio, porque su gran corazon y gallardo espíritu, no cabiendo allí, parece estaba destinado para más altos y más superiores lugares. Finalmente, alcanzó con S. M., ora sea por la poca salud que en aquel reino tenia, ora por el confidente del Príncipe, que le solicitaba volviese á cultivar y proseguir su gracia, cualquiera de estas cosas, y la más principal de todas, que era su gran fortuna, le estimulaba y ponia espuelas á que volviese á la corte á servir á su Príncipe, á amarle, á festejarle, á obedecerle, á reverenciarle, pretexto que siguió hasta los últimos alientos de su vida; alcanzó finalmente licencia para volver á la corte, donde fué recibido con notable contento de S. A.; continúo la entrada en su cuarto, y el trato y la familiaridad refrescaron de nuevo el grande amor que le tenia. No ascendió el Marqués á la privanza por caminos rigurosos ni extravagantes, echando á mal servicios, ni derribando ministros, ni poniendo al riesgo de la calumnia los confidentes del Rey su padre, con buenas obras sí, solicitadas á servicios hechos en su palacio con buena intencion, á los no tales, con agasajo; porque las buenas entrañas del Marqués, su generosidad, su entendimiento, el ser tan lucido cortesano, y todas sus acciones tan de caballero por sangre, por antigüedad y claros hechos de sus progenitores, así en armas como en otros que se encaminan al sosiego universal, hechos á muchos Reyes de Castilla con fidelidad y amor, le encaminaron á esto y á la estimacion y acogida en el corazon de tal Príncipe, que con tan claro y tan desapasionado juicio conocia y juzgaba lo

que el Marqués valia. Crecian con esto y aumentábanse de nuevo sin embargo las calumnias y asechanzas contra él, pension irreparable de sus dichas, unos por envidia que á la gran fortuna de su casa se prometian, otros por razon que de oficio les tocaba; tormenta en que siempre andaba fluctuando su discurso, temiendo no diese en estos escollos y se fuese á pique su esperanza; para lo cual, armándose de una loable y invencible resolucion, deseando abrir camino por estas dificultades, escogió, como prudente y sabio, un medio entre estos dos peligros tal, que, templando la emulacion de los unos, no le injuriase la obligacion de los otros, ajustándose en todo con el gusto y voluntad del Rey, que era entónces su mayor intento; diligencia premeditada que le asegurase y no le descompusiese. Un dia, pues, que para esto le halló más á propósito y retirado, habiendo pedido ántes le diese licencia para hablarle, le dijo así: «Señor: mi casa, por más de ochocientos años con gran fidelidad y amor ha servido á la augustísima de V. M., tanto con la espada como con el espíritu, siempre al lado y en preeminentes lugares acerca de los altos y ínclitos antecesores suyos, derramando mucha sangre en tantas y en tan continuas batallas cuantas son fieles testigos las crónicas de Oviedo, Leon, Castilla y España y Italia, donde dieron las vidas con tanto esfuerzo y valentía, por hacer mayor, más ancho y más extendido el glorioso imperio de V. M. Si refiero, Señor, los notables hechos en armas de Diego Gomez de Sandoval en servicio del Emperador D. Alonso el VII de este nombre y la Reina Doña Urraca contra los moros, temo que tan larga oracion canse las orejas de V. M., empero lo que no excuso, Señor, de referir es la antigua memoria del Adelantado mayor de Castilla, Diego Gomez de Sandoval, mi quinto abuelo, Mayordomo mayor del Rey D. Juan de Navarra y Aragon, peleando con los moros de Antequera y rompiéndolos en batalla, como tambien con los de Valencia, siendo quince mil los contrarios y cuatrocientos caballos, y los nuestros solos seis mil, con que los desbarató y venció, adelantando con su valor la gloria de aquellas provincias; fué no

obstante padrino con su mujer y sacó de pila al Rey D. Enrique IV. D. Fernando de Sandoval, mi cuarto abuelo, hijo de Diego Gomez, defendiendo al Rey D. Alonso de Nápoles en la batalla naval dada en la isla de Ponza por los genoveses al Rey y sus hermanos los Infantes de Aragon, donde, rotos y vencidos, quedaron todos presos en poder de genoveses, y despues libres por el Duque de Milan Felipe Visconte. Diego Gomez de Sandoval, Marqués de Denia, mi tercer abuelo, hijo de D. Fernando, sobre Granada, habiendo servido á los Reyes en la conquista de todo el reino, hasta que los Católicos D. Fernando y Doña Isabel echaron á los moros de España. D. Fernando de Sandoval, mi segundo abuelo, Mayordomo mayor del Rey Católico, siguiendo á los Reyes en las mismas jornadas que su padre, en cuyo tiempo, echados los alárabes de España, las armas de Castilla se emplearon en la conquista de Navarra y defensa del reino, haciéndole Capitan general de aquellas fronteras; despues sirvió al Emperador Cárlos V, cuidando de su madre, la Reina Doña Juana, en Tordesillas defendiendo la villa de los comuneros y acompañando al Condestable D. Íñigo de Velasco y al Almirante, hasta que rompieron en Villalar las comunidades cortando las cabezas á los que contra su Rey levantaron estandarte. D. Luis de Sandoval, mi primer abuelo, Comendador de Paracuellos, Mayordomo mayor de la Reina Doña Juana. D. Francisco de Sandoval, mi padre, de la misma encomienda, Gentil-hombre que fué de la Cámara de V. M., habiendo servido en la embajada que V. M. le mandó de la Reina Doña Ana dándole la bienvenida á estas coronas, y á la Reina de Portugal Doña Catalina dándole el pésame de la muerte de la Princesa Doña Juana, su nuera. Estos servicios, hechos no con pequeño afan ni sin grandes gastos, tienen mi casa hoy menoscabada y consumida, á ejemplo del edificio que por la misma grandeza y peso de la antigüedad padece ruina. No parecerá, Señor, que tantos servicios, tanta sangre derramada, tantas vidas dadas en servicio de la antigua casa de V. M. se vean anublar y escurecer á manos de la necesidad y miseria. Desde que en la jornada de

Portugal entré á servir á V. M. de Gentil-hombre de su Cámara, con amor de vasallo y criado he entrado en el cuarto de S. A., adonde parece que ha honrado y favorecido los altos pensamientos que tengo de servirle; algunos de los que le asisten han reparado en esto, y por que no se entienda que mi intencion no es sana y que se ajustara con la de V. M. he querido, puesto á sus piés, darle cuenta de esto, representándole los muchos y grandes servicios de mi casa, el estado en que se halla, y las obligaciones que tiene para no descaecer ni intentar cosa que no sea sin beneplácito y gusto de V. M.» Respondió el Rey que tenia noticia de lo bien que siempre habian servido sus pasados, de las obligaciones de su casa y las que tenia para hacerle merced, y así que se daria por servido de que asistiese al Príncipe y holgaria que fuese dél muy honrado y favorecido, y le pondria en puesto competente á su sangre, como lo veria, en oficio mayor y calificado; por lo que el Marqués le besó la mano.

Considerando el prudente Monarca, como tan atento á la condicion de las cosas humanas y al que habia de dejar para que le sucediese tal como era justo, que su vida llegaba ya á ponerse en el occidente de su vejez, consolándose por esto de ver á su hijo, en el oriente de su edad, favorecido del cielo de discrecion, entendimiento, de muchas virtudes, de cándido y puro espíritu, gallardo, dispuesto, robusto para recibir en sus hombros el peso de esta monarquía, sin embargo de todo esto le hacia considerar, por la misma razon, de cuán relevantes partes ha de ser el Príncipe que ha de regir vasallos, si ha de aventajar á los otros y ha de dar á sus obligaciones la satisfaccion de todas maneras cumplida. Discurria, otrosí, el mucho caudal que há menester quien ha de gobernar tantos reinos tan remotos y apartados, tantas provincias que se han de velar con cuidado y atencion; á España, á quien nunca le ha de faltar la justicia, la templanza en la distribucion de las mercedes, el acierto en la eleccion de sabios y prudentes consejeros, ministros limpios y de sanas conciencias; á Sicilia, Nápoles y Milan, siempre en continuas asechanzas y cautelas de

potentados neutrales en la devocion y poco afectos á esta corona, nunca bastantemente asegurados de la intencion y armas francesas. Las costas del Adriático y Mediterráneo, siempre asaltadas de los berberiscos y turquescos. La Holanda asistida de protestantes herejes, digna de recuperacion y castigo por su rebeldía y desacato á la Iglesia. La conservacion del imperio de Alemania para el lustre y ornamento de su casa. La India oriental y Filipinas, tan léjos y apartadas, rodeadas y invadidas de corsarios luteranos, y reyes gentiles enemigos de nuestra religion. Las Occidentales, necesitando continuamente del amparo y defensa por la plata y oro que contribuyen sus minerales para ostentacion y apoyo de la Iglesia, brio y aumento de las armas católicas. Estas tan vivas razones de Estado le hacian atender y considerar de cuánta importancia es la buena crianza y educacion de los Príncipes, y más de quien ha de pender el manejo de tantos y tan graves negocios; y ansí, fiando este cuidado más de la ejecucion que de la esperanza de su satisfaccion y entereza, quiso (consultando sus ministros, que los tenia buenos y de juicios claros y asentados), que le dijesen, con verdad, fidelidad y llaneza, sin encubrirle nada, lo que sentian del natural, inclinacion y partes del Príncipe; y encargada esta diligencia á Fray Diego de Yépes, su confesor, para que juntos D. Cristóbal de Mora, el Marqués de Velada, D. Juan Idiaquez, y García de Loaysa, su maestro, les propusiese el negocio y volviese la respuesta; para lo cual en nombre de todos, por un papel que hizo de su mano, respondió al Rey en esta manera García de Loaysa, y en la misma fué aprobado no sólo de los de más cerca sino de los que de léjos le atendian.

«Señor: lo que el dia de San Lúcas propuso el confesor de V. M. á las personas que allí nos hallamos, muestra bien el santo celo que V. M. tiene en el aumento y prosperidad espiritual y temporal destos reinos, pues de la cabeza depende el buen gobierno, y cual ella es tales son los sucesos en religion y justicia; y si para gobernar en justicia un reino chico se requiere particular ayuda de Dios, gran seso, prudencia,

solicitud y cuidado, siendo los de V. M. tantos y tan extendidos y apartados, menester es socorro de Nuestro Señor y gran suficiencia y consejo en el que los ha de gobernar y regir; y así, cumpliendo V. M. con este oficio tan bastantemente, sólo queda este cuidado á que despues de la larga vida de V. M. se continúe este mismo gobierno, industriando al Príncipe nuestro señor en la manera y forma que V. M. ha tenido, y en la que fuese mejor para tener estos reinos en la misma religion católica, justicia, obediencia y paz.»

«Hasta aquí, que son los diez y nueve años de S. A., ha sido instruido con todo cuidado, y las personas á cuyo cargo ha estado esto han cumplido con la confianza que V. M. hizo dellas, y el trato del aposento de S. A ha sido bien diferente del que ha habido en la crianza de otros Príncipes, como V. M. mejor sabe, y así se le ha parecido en el aprovechamiento de S. A. Porque las partes principales que ha de tener un Príncipe cristiano, las tiene; porque es muy religioso, devoto, honesto, y en todas sus pláticas y acciones muy templado; en la obediencia de V. M. es ejemplo de buenos hijos, y no sólo en obedecer sino en amar á V. M., sin dar ocasion á ningun justo desabrimiento. En el trato de sus criados es muy igual y afable, en todas las acciones que hace públicas muy advertido, en la caza muy ágil, y de tanta habilidad que muchas cosas que requieren maestro y estudio las ha aprendido por sí solo; es muy callado y secreto y vicio ninguno no se le sabe. Todas estas virtudes personales conviene subillas de punto, de suerte que de la persona pasen al oficio de Rey, haciéndolas más universales y útiles á sus vasallos y ganar los corazones dellos.»

Esta fué la respuesta que García de Loaysa dió al Rey en el juicio que quiso hacer de la suficiencia y capacidad del Príncipe, fielmente sacada y trasladada de su original. No quise pasar más adelante en los demas artículos que refiere, porque me pareció que esto es lo más sustancial y lo que yo habia menester para los detractores, remitiendo lo que falta á las historias que deste gran Príncipe habrán dado á la

estampa grandes ingenios cuando ésta se lea, que será tarde y quizá poco sabrosa para alguno que se dió á prometer de sí más de lo que alcanzaba su suficiencia, siendo muy diferentes las palabras de lo que despues nos mostraron las obras. Dice finalmente García de Loaysa, narrando por mayor en las cláusulas que dejo de escribir, que le introduzga en las cosas del gobierno y de las armas, proponiendo algunas materias dellas para que se habilite á responder; que se le dé algun papel secreto para que dél haga relacion á S. M.; que salga muy de mañana al campo, á caza, ó á hacer mal á caballo, ó á armarse; que haga mercedes; que sea liberal; que interceda por sus criados y vasallos; que se le consulten algunos memoriales donde se conduela de las necesidades de los súbditos; que le orne y le lustre con sus consejos; que le case, porque, segun lo que tiene visto hasta agora, si la mujer es tal como se desea, su trato conservará las virtudes excelentes que tiene; (esto último bien se lució). Pone su data en San Lorenzo, á 20 de Octubre de 1596.

Desta manera hacia el Rey informacion de las partes de su hijo, y desta manera le respondian los que tan bien enterados estaban dellas, pues es cierto que á un Rey que tan respetado y temido era en todo el orbe por su mucho saber y prudencia, en un negocio que tan de cerca le tocaba no le habia de responder de otra suerte, que no fuera ansí, García de Loaysa, persona de tanta verdad, entereza, fidelidad y virtud, y más de quien habia fiado tanto como la enseñanza del Príncipe, que es lo más que de persona humana se puede fiar en el mundo; luego por temerario y atrevido tendria yo al que desalumbradamente osase poner objecion en partes tan altamente soberanas, pues ni el que preguntó pudo ser más cuerdamente riguroso, ni el censor más legal y atentamente advertido. De donde se infiere que es digno de reprension y castigo el mordaz que con dañada y perversa intencion, ciego y arrastrado de algun ambicioso delirio, osase decir lo contrario. Leyó el Rey el papel de García de Loaysa; pasóle muchas veces, consideróle, y ensanchó su corazon; dió gracias

al Criador de todo el universo porque le habia dado un hijo, el último y mejor entre todos los que le habia concedido, indicio claro de su gran providencia obrada con particular misterio sobre esta eleccion, en quien habian de descansar ambas monarquías, secular y eclesiástica. Condescendió con las advertencias de García de Loaysa, y ordenó que D. Cristóbal de Mora, el Marqués de Velada y D. Juan Idiaquez hiciesen algunas juntas y que propusiesen en ellas materias de que el Príncipe quedase instruido y aprovechado; ejecutóse así, comunicándole algunas consultas á que respondia maravillosamente, con veneracion y admiracion de los ministros, y para encargarle las audiencias hace un papel de su mano, en que le dice:

«Pues Dios os ha dado la salud que se deseaba y estais en edad para cumplir con parte de las obligaciones de quien sois, tiempo es que nos ayudemos.»

«Esto podrá comenzar agora por las audiencias que yo no pudiere dar, las cuales no os he encomendado ántes por no fatigaros temprano, y lo principal porque, hallándoos primero en los consejos y juntas que se hacen con vos, estuviésedes más informado, como ya lo podreis estar.»

«Las horas de las audiencias se podrán señalar en la forma que se os dirá de palabra, y porque acudirán vasallos y no vasallos, y, entre los extranjeros, embajadores de algunos Príncipes, convendrá diferenciar á cada uno segun su calidad, para escucharlos á todos con buen rostro y atencion; y á los embajadores les podreis preguntar alguna vez lo que saben de sus amos, y si os dieren buenas nuevas, mostrareis contento, y si no fueren tales, condoleros; y á los negocios responderles que quedais advertido dellos, que me informareis á mí para que los mande despachar como es razon, y ansí, palabras generales que no os pierdan; y á los demas les direis que mandareis que se vean sus memoriales, y vos los dareis á Juan Ruiz, para que los entregue á Gassol y se remitan á quien tocaren.»

«Si mandáredes que, cuando se pudiere entender, se os

avisen los negocios en que se cree os podrán hablar los embajadores, os ayudará para tener más miradas las respuestas, y para esto se les advertirá que os pidan las audiencias por medio del Marqués de Velada ó D. Cristóbal.»

«Demas desto, pues asistís á los consejos y juntas que se hacen en vuestra presencia, ya os habreis enterado bien de lo que allí se ha tratado; mas tadavía os encargo mucho la atencion á esto, y áun, para entenderlo mejor y mostrar vuestro cuidado y ponerle á los demas, será bien que de cuando en cuando pregunteis allí alguna cosa á propósito de lo que se tratare, y os hagais informar dello, y si se os ofreciere algo se lo podreis advertir; y cuando los negocios fueren de calidad que os parezca hacerme despues relacion de algun punto, holgaré mucho que lo hagais y deciros sobre ello lo que el tiempo me ha enseñado.»

«Este papel convendrá que guardeis, y le leais las veces que fuere menester para tenerle en la memoria, y hareis sacar sendas copias dél al Marqués de Velada, para que tengan cuidado tambien de acordároslo.»

«De lo que sabeis que os quiero podreis inferir el ánimo y amor con que esto os digo, y por no cansarnos entrambos de una vez, me contento que por agora hagais bien hecho esto poco, como confio; lo demas que se ofreciere lo podremos ir tratando cada dia, y Dios os haga muy suyo.»

Admitió los consejos de su padre, renunciando su voluntad en su obediencia. Comenzó á dar las audiencias con general alivio y contento de los pretendientes; condolíase de sus miserias y intercedia por ellos haciéndoselas ménos graves, con que salian todos consolados de su presencia; favorecia las armas, honraba las letras; los embajadores que venian de reinos extranjeros, despues de dadas sus embajadas, se suspendian oyéndole en sus respuestas, y les causaba un respeto sagrado su severidad en los consejos y juntas en que se hallaba; proponia, dificultaba y respondia dulce y sabiamente, con que se hacía amar, temer y respetar de los más ancianos y escogidos consejeros de aquel tiempo; firmaba y

señalaba los despachos por el impedimento de la gota en que ya su padre se hallaba imposibilitado de poderlo hacer, habiendo ántes avisado á los Presidentes de los Consejos que ya los años y los achaques le iban despojando de las acciones de Rey, sin ser bastante ni su gran juicio, ni el poder y fuerza de sus ejércitos, ni la soberanía del oficio real á defenderlas: desengaño que es bien que lea el que más favorecido se viere de las glorias y pompas humanas.

A todas estas diligencias y cuidados faltaba por dar perfeccion al mayor y más importante, que era prepararle esposa tal y de tan esclarecidas partes cual para tan alto Príncipe y bien de estos reinos era necesario; á la sazon no habia en la Europa donde podérsela dar sino en la casa del Archiduque Cárlos, su primo, que si bien por su muerte habia recaido en su hijo Ferdinando, que hoy tiene el imperio de Alemania, su poca edad entónces hacía que la gobernase la Archiduquesa María de Baviera, su madre, Princesa de singulares y excelentes virtudes, en Gratz, cabeza y colonia superior de la Stiria. Tenia pues en aquella sazon tres hijas, todas en virtud y discrecion admirables, hermosas y dispuestas á maravilla. Siendo pues esta eleccion en el más alto punto de su prudencia, de su casa y de su sangre, por venir de la línea de Ferdinando, hermano de Carlo V, su padre, y en quien renunció á los últimos de su vida el imperio Germánico, y como el más antiguo de su Consejo de Estado resolvió la materia y dispuso enviar á pedir una de las tres que más se ajustase con el gusto y buen parecer del Príncipe. Agradaba al Rey entónces la ocasion de aquel casamiento, por que las casas de Alemania y España continuasen su primer vínculo y parentesco para frecuencia del amor y la correspondencia, y hacer más fresco y más reciente el trato entre unos y otros, y darse las manos en las ocurrencias de los Estados y diferencias de otros Príncipes, como dueños ambos de los polos de la Europa, y hacerse más formidables contra los émulos de su potencia, que se contienen en medio de sus provincias y coronas, á los cuales no causan pocos celos

verlos tan apoyados y intrépidos á todo humano discurso y marcial invasion, y alzados con la grandeza y señorío del mundo en tan importante union, que el dia que los vieren deseslabonados y con olvido en el parentesco, y que España deja de cultivar con sus ejércitos y tesoros aquel imperio, le pretenderán contrastar sus émulos; como tambien si se resfriaren en la fe aquellos Príncipes para con los nuestros, por el consiguiente, ni le faltarán potentados, como lo han pretendido tentar y áun ponerse la corona, que dejen debajo de su dominio á Hungría y Bohemia, ni en su tutela y patrimonio el orígen de ambas Austrias, superior y inferior, ni para alimento de los hijos segundos y terceros y más adelante, y poblar nuevas familias la Silesia, la Moravia, la Stiria, que tocó á Cárlos, donde hoy por merced del cielo y para lucidísima progenie queremos sacar Princesa para España; distribucion tan providente por la union de aquella casa, que reengendra y produce otras muchas para la duracion de ambas monarquías, que no siguiéndose así, hasta los Países-Bajos correrán fortuna, que es á lo más que se debe atender, pues si, con olvido nuestro ó consejo mal cimentado, se desfavorecen las superiores, en comenzándose á desmoronar los unos no pararán hasta echar las raíces de los otros. Otrosí, la Carintia, la Carniola, Condado de Croacia y parte de la Dalmacia, Tirol y otras provincias, parte por sí mismas y parte á la sombra de España, con que hacen tan extendido y respetado imperio en aquel occidente, y están á raya y enfrenadas cuantas se contienen en esta parte del mundo para no atreverse á conspirar contra ellas. Virtud que la establece la union de los matrimonios en aquella, por ser de una sangre y de una casa y todos unos mismos, con más serenidad que en las otras cuyas dependencias por sus intereses y ambiciones particulares son siempre importunas al espíritu, y que lucharán entre sí y con las tropas de sus legiones y cohortes, por más que los pretendan ligar con los truecos de las hijas, y que jamás diligencia humana, astucia ni mañosa conveniencia los hará amigos; por donde todas las veces (y se saca de aquí) que nuestros Prín-

cipes pudieren casar en Alemania, y en ella se cultivare con las hijas de España su progenie para la extension de unos y otros, como tambien de allá para nuestros Príncipes, será más firme y sin contradiccion la posteridad de ambos imperios. Razones que dieron calor y hicieron la ocasion más sabrosa para que el Rey D. Felipe II hiciese el casamiento de nuestro Príncipe en Stiria, en la casa de Cárlos, Archiduque de Austria.

Este discurso despertaba al Rey á tomar esposa para su hijo de su misma sangre y de su misma casa; mandólo publicar en su Consejo de Estado, y con acuerdo de todo el Consejo se hizo eleccion de Doña Catalina, que en breves dias fué á reinar al cielo, y por su muerte de Gregoria Maximiliana, que tambien siguió las mismas pisadas; tenia Dios guardada la corona para Doña Margarita, y así se hizo eleccion della. Era la Princesa Doña Margarita de Austria hija del Archiduque Cárlos de Austria y de Doña María de Baviera, nieta por su padre del Emperador D. Fernando y Doña Ana, Reina de Hungría y Bohemia, por su madre de Alberto, Duque de Baviera, y Doña Ana de Austria, hija del mismo Emperador, nació para gloria de España y bien de la cristiandad en Gratz, de Stiria, en el año 1584, á 25 de Diciembre, cuando celebra la Iglesia la venida del Hijo de Dios al mundo para la salud y reparacion humana. Fué criada siempre en santas y religiosas costumbres, porque la Archiduquesa su madre era en virtud y santidad y en saber criar sus hijos un ejemplo raro en el mundo; y así era Doña Margarita santa, prudente, sana, hermosa y bien enseñada, persona en alma y cuerpo singular sobre toda maravilla. Dispuso juntamente de casar á la Infanta Doña Isabel con el Archiduque Alberto, hermano del Emperador Rodolfo II, que á la sazon gobernaba los Países-Bajos, y dárselos en dote. Tomada pues resolucion, envió órden á su Embajador D. Guillen de San Clemente para que diese cuenta al Emperador destos dos casamientos, y que desde allí partiese á Gratz y efectuase y capitulase el casamiento de la Princesa Doña Margarita con el Príncipe su hijo. Hízolo así el Em-

bajador, y desde allí con grande lucimiento y en breves jornadas llegó á Gratz, y habiendo propuesto á la Archiduquesa la voluntad del Rey Católico, con grandes fiestas y rogocijos y alegría de los naturales se hicieron las capitulaciones á 24 de Septiembre de 1598; siendo por parte de S. M. su Embajador D. Guillen de San Clemente, y por parte de la Archiduquesa María el Obispo de Lebanto, habiéndose hallado presentes muchos señores y varones ilustres de la tierra. A éstas siguieron las de la Serma. Infanta Doña Isabel con el Archiduque Alberto, renunciando S. M. Católica y el Príncipe en la Infanta y el Archiduque, para su dote, los Estados de Flandes, reservando sólo para sí la órden y caballería del Toison de Oro, y los castillos de Amberes, Gante y Cambray; estas capitulaciones llevó el licenciado Juan de Frias, que llegó por el mes de Junio á Bruselas, mostró las órdenes que llevaba y la cesion amplísima que S. M. hacía de los Países-Bajos y de la Contea de Borgoña, reservando solo para sí el título de las provincias. Recibidas estas capitulaciones en la corte de Bruselas, se divulgaron por todos los Estados, no sin grave sentimiento de los vasallos, los cuales querian en todo tiempo ser gobernados por su legítimo y natural Príncipe; dolor que tendrán siempre que esto no fuere así escrito en el corazon. Envió el Archiduque á Roma al Arzobispo de Bisanzon para que renunciase en manos del Pontífice el capelo de Cardenal, renunció ansimismo el Arzobispado de Toledo, que con la mudanza de los tiempos se dió á García de Loaysa, maestro del Príncipe, por sus letras, virtud y cuidado en su enseñanza. Hizo el Archiduque que le jurasen los flamencos; tomó la posesion de los Estados en nombre de la Infanta, comenzando en Lovayna, cabeza del Ducado de Brabante, y rematando en Tornay, segun el estilo y precedencia de aquellas provincias, y con la órden que tenia de S. M. de acompañar la Princesa y traerla á España á celebrar las bodas, partió el Archiduque á 14 de Septiembre, dejando en el gobierno de Flandes, como se lo habia ordenado el Rey Católico, al Cardenal Andrea de Austria, que á pocas jornadas de Bruselas encontró. Seguian

al Archiduque lo más lucido de la nobleza de los Estados, el Príncipe de Humala, los Condes de Berlaymont y Egmonte de la Fere, el Conde Fernando Spínola y otros muchos señores españoles, alemanes y flamencos, con grande obstentacion de galas, piedras y joyas, ricas y bien lucidas familias. En esta manera, y con admiracion de aquellas provincias se entró por la vía de Alemania, para de paso visitar al Emperador, su hermano, poco gustoso de la eleccion, y desde allí revolver á alcanzar la Princesa y cumplir en todo con las órdenes que tenia.

A esta misma sazon el Rey Católico en España trataba y disponia el modo y manera como se habian de celebrar dichosamente las bodas de sus hijos: dió cuenta de su resolucion á todos los Reyes, Príncipes, Repúblicas y Potentados de la Europa, y en primer lugar al Papa Clemente VIII, que al mismo punto se desembarazaba para tomar la posesion del Ducado de Ferrara, que habia recaido en la Iglesia por no dejar sucesion el Duque Alfonso II, su feudatario. Respóndele el Pontífice, contento de la eleccion, que pues sus hijos habian de pasar por Italia, que los quiere bendecir y desposar de su mano en Ferrara y alegrarse de verlos; que lo tenga por bien. Estimó el Rey el ofrecimiento y aceptóle, agradeciéndoselo mucho, y dícele que lo hará; y para que los oficios de la casa tengan cabezas y estén las cosas en mayor autoridad y consonancia, acordándose de D. Francisco de Sandoval, Marqués de Denia, su Gentil-hombre de la Cámara, de sus servicios, de su casa y sangre, de lo que en los meses antecedentes le había hablado, de la estimacion que dél hacia el Príncipe, por ocurrir á todas estas buenas partes y autorizarlas (bastante calificacion por la grandeza del hacedor) le hace Caballerizo mayor del Príncipe, oficio más relevante que otros en su palacio; Camarera mayor de la Princesa á Doña Juana de Velasco, viuda del Duque de Gandía, hermana de Juan Fernandez de Velasco, Duque de Frias y Condestable de Castilla, Gobernador entónces y Capitan general en el Estado de Milan; Mayordomo mayor al Conde de Alba de Liste; Caballe-

rizo mayor á D. Juan Idiaquez; y para que la trujesen de Alemania y volviesen con la Infanta á Flandes nombró á la Condesa de Mansfelt, la de Ostrat y la de Buque. Y prevenido todo lo necesario que á la autoridad y larga expedicion desta jornada convenia, mandó partir á la Duquesa de Gandía para que esperase en Milan á la Princesa, la cual fué acompañada de su hijo el Duque con grande aparato, magnificencia y obstentacion de riquezas, galas y atavíos, con todo lo más noble y rico de la corte. Deseaba el prudentísimo y catolicísimo Monarca que estas bodas se solemnizasen en su corte y villa de Madrid, para renovar con este contento los largos años de su vejez, cuando entre estas esperanzas, entre estas alegrías y en esta liberalidad de hacer mercedes, á los setenta y un años de su edad le salteó la muerte en San Lorenzo el Real del Escorial, obra maravillosa y magnífica hecha con su real poder y gran corazon, y que concibió y ejecutó su grande ingenio para honra y gloria de Dios, culto y veneracion de sus aras, ornamento y mauseolo para la posteridad de sus cenizas. Viéndose, pues, agravado de los accidentes, despojar de sus coronas, de su potestad y grandeza y en las manos de la muerte, mandó llamar á sus hijos para dalles con este tan horrendo y espantoso espectáculo los últimos y postreros consejos, desengaños ciertos y un ejemplo claro de bien vivir; y teniéndolos delante de sí, despues de haber recebido los Santos Sacramentos y entregado su voluntad toda en las manos de Dios, como fiel y católico Monarca, columna y amparo de la Iglesia, les dijo: «He querido que os halleis presentes y que veais en lo que fenece todo y en lo que paran las mayores potencias de la tierra. Preceptos os he dado en que podais aprender con mi vida y muerte las materias del gobierno y de la salvacion, ambas son bien importantes, y creo las acertareis.» Nuestros coronistas, á quien me remito, por no tocarme este caso, hacen largas exornaciones desta oracion. Díjoles pues, refiriéndolo por mayor y por no excusarme en todo del suceso, que les exhortó á amar y temer á Dios, á la obediencia del Pontífice y defensa de la religion; y volviéndose al

Príncipe con mayor afecto, que gobernase en paz y justicia; que premiase á los buenos y castigase á los malos; que distribuyese con igualdad y razon las mercedes; que mantuviese siempre las armas y honrase las letras; que se sirviese de sábios y limpios consejeros; conservase en amor y obediencia sus pueblos, sin que ninguno recibiese agravio; que llevase con paciencia los casos adversos, y diese gracias á Dios por las mercedes recibidas. Mandó á la Infanta, que ya era señora de los Países-Bajos, acrecentase en ellos la fe católica, y debelase y destruyese las herejías de Holanda y sus confines. Enternecióse el padre con esta última despedida, y enterneciéronse los hijos; echóles su bendicion, y besáronle la mano. Confesó la fe católica, como quien tan bien habia militado en ella, espirando con que moria como católico en la obediencia de la Iglesia Romana. Dió su espíritu á Dios y subió á reinar al cielo á 13 de Septiembre de 1598. Monarca excelentísimo y nunca bastantemente alabado por su heróica prudencia, gobierno y cristiandad; santo, justo y religioso, padre augustísimo de la patria, defensor universal de la Iglesia, maestro de los buenos Príncipes y del saber reinar, como lo calificó bien Clemente VIII con la oracion que hizo de las virtudes de este gran Monarca, hijo de Carlo V, en el Consistorio de sus Cardenales.

A las cinco de la mañana, en la era que tenemos escripto, entró á reinar en España, Italia y las Indias el poderoso y católico Rey D. Felipe III, de felice y gloriosa memoria, gobernando la nave de San Pedro, Clemente VIII, el imperio de los alemanes Rodolfo II, la corona de Francia Enrique IV, la Reina Doña Isabel á Inglaterra, á Escocia Jacobo V, á Constantinopla Mahometto, gran señor de los turcos. Fué sentida su muerte con general llanto y tristeza de todos sus pueblos y vasallos, y sintióla el nuevo Rey como tan piadoso y como aquel que habia perdido un padre el más encarecido y amado que habia administrado coronas en todo el orbe: el luto fué general en todas sus provincias, hasta las más remotas, y casi en la mayor parte de las extranjeras, donde alcanzaba su pru-

dencia y consejo á ser respetado. Todos los Príncipes de la Europa le enviaron sus embajadas condoliéndose de la muerte de tan gran Monarca, y alegrándose de que le hubiese sucedido quien sabia extender y adelantar su reputacion y no menguar del gran crédito en que dejó su gobierno; y así, como tan obediente y verdadero hijo de la Iglesia, que es lo primero en que se quiso mostrar más pronto, para encaminar y poner el acierto en sus cosas más necesario, la primera carta que escribe y la primera embajada que resuelve, entre todas las que despacha á todos los Príncipes y Repúblicas soberanas del orbe, es al Papa Clemente VIII, en que dice: «Dios ha sido servido de llevar para sí al Rey mi señor: confio en la divina misericordia que ha hecho grandes alcances conforme su vida y muerte, y no hallando consuelo en ninguna de las cosas que me ha dejado acudo á Vuestra Santidad para que me reciba por su hijo obediente y de su Santa Silla, y suplico á Vuestra Santidad por ahora, hasta tanto que llegue á su santa corte la persona que ha de hacer este oficio, que Vuestra Santidad me alcance de Nuestro Señor luz para que gobierne con el celo de religion y justicia que deseo haber heredado de mi padre, que esté en gloria. Guarde Dios á Vuestra Santidad para gobierno de su Iglesia, como deseo. De San Lorenzo á 13 de Septiembre de 1598.» Escribe al Emperador dándole cuenta deste suceso, ofreciéndose con verdadero valor á cualquiera de las ocurrencias del imperio, con la misma grandeza de ánimo que lo hizo su padre. Escribe á Ferdinando su primo, á los Príncipes y Electores del imperio sus aficionados, al Rey de Polonia, á Jacobo, Rey de Escocia, al Rey de Francia, mostrándose afecto á conseguir la paz establecida; á las Repúblicas y potestades de Italia con ofertas hijas de su ánimo generoso; á muchos Reyes y Príncipes del Oriente, sus vasallos y feudatarios; y en esta manera constituyó la comunicacion y urbanidad en todo el mundo, para hacerse mayor y más admirable á todos. Conseguida esta accion, ántes de poner la mano en otra cosa, trató luégo de dar sepultura á los honrados restos de su padre, que se hizo con la pompa funeral y

magnífica que erigió y dejó establecida en aquella maravilla, mayor y más prodigiosa de cuantas fabricó la antigüedad, para ornamento y mauseolo de grandes héroes. Besáronle la mano todos los criados de su padre y los suyos, contentos de que, si habian perdido Rey, le hallaban en el que comenzaba á resplandecer de no menores virtudes y generosas esperanzas. Visitó á su hermana la Serma. Infanta Doña Isabel, y consolóla del tierno sentimiento en que estaba por la muerte de tan esclarecido padre, y de quien fué tan afectuosamente amada. A esta hora entró D. Cristóbal de Moura con las bolsas y escriptorios de papeles para que los despachase, mandó que los dejase allí, y poniéndolos en un bufete de los de su cámara encomendó el manejo dellos al Marqués de Denia, á quien habia escogido para que le ayudase y descansase en el peso de la monarquía, no sin particular cuidado y providencia de su gran juicio. Concluido ya el funeral en San Lorenzo, partió á Madrid, y dejando á la Infanta en el monesterio Real de las Descalzas, y haciendo su visita á la Emperatriz, hermana de su padre, se retiró á San Jerónimo del Prado para celebrar con todo el aplauso y ostentacion de la corte las últimas ceremonias funerales, como es de costumbre; y así, en tanto que se prevenia lo necesario, todos los Grandes, títulos y caballeros, Embajadores y Consejos le besaron la mano, siendo el concurso el aplauso de la corte, el mayor, el más ostentoso y autorizado que tenia Príncipe en el mundo.

Habiendo pues concluido con algunas obligaciones principales de su gobierno, atendió y comenzó á poner la mano y el discurso en el estado que entónces tenian las cosas y en el que estaba la Europa; halló sus plazas y presidios llenos de escogidos y excelentes capitanes; sus Consejos de prudentes y sabios varones; las escuelas y cátedras de maravillosos ingenios y letrados en todas facultades, con que no le faltaban sujetos para los tribunales de todos sus Estados. Todo en sosiego y tranquilidad de espíritu, con que se prometian sus vasallos, enterados de su apacible y noble condicion, un reinado prosperísimo y dichoso, como al fin lo experimentaron todos,

siendo el mayor, el más feliz y bienaventurado que tuvo el mundo. Halló, finalmente, como dije, á España rica de sujetos así en armas como en letras, y no tan fallida de tesoros como querian algunos; que presto su gallardo espíritu y el gran corazon del nuevo confidente los hicieron salir y parecer, y que viesen los extranjeros que tenia sustancia este cuerpo, y que no estaba para espirar, sino ántes para dar mayores motivos de su caudal y grandeza al mundo. Halló á Francia con una paz establecida y capitulada ántes, y solicitada por Enrique IV con el Rey D. Felipe II, su padre, en que se le volvieron seis ó siete plazas en la Picardía, Bolonois y Bretaña, y ahora procurada de nuevo, pretendiendo aquel Rey asegurar con la paz lo que habia adquirido con la espada en sus provincias, empero gran protector de holandeses, por emulacion ó por fines particulares suyos, porque aunque en lo aparente daba muestras de alegrarse con la paz, pero en lo secreto y en el corazon estaban vivas las ascuas de la contradiccion que se le habia hecho á la corona de Francia, y volvia el rostro ya á esta parte, ya á aquella, á las fronteras de España por la pretension de Navarra, y á las de Flandes por enseñorearse de Cambray, como se dió á sentir, y otros intentos en aquellas provincias repitiendo para todos fines gruesas asistencias, sin embargo del juramento á los holandeses. Halló á Italia en reposo, union y amistad entre todos sus potentados, y para que esto se perpetuase hizo que de nuevo se admitiese al Duque de Saboya, Cárlos, á la paz con Enrique, y que se le restituyesen las tierras, no obstante que le tenia poco ajustado porque en las paces con Enrique no resolvió el Rey D. Felipe II y apretó á que se le volviese el marquesado de Saluzo, ántes le dejó empelotado y en las manos de aquel Rey, y tambien porque dió órden al Duque de Feria, que envió á París para la eleccion de Rey, que no diese orejas al derecho que pretendia introducir el Duque de Saboya; con que despues ambas cosas, y á la menor novedad, hicieron poco durable la paz, y fué menester estar atento á los naturales y condicion inquieta y bulliciosa de los dos. Por esta paz los

Venecianos, cantones de Esguízaros y Grisones vivian con más serenidad de espíritu. Un Pontífice en la Iglesia, grande y de encendido celo de acrecentarla, ejecutado agora con meter dentro de su dominio el Ducado de Ferrara, que no quiso dar al sucesor que quedaba, si bien no legítimo, y no poco gozoso de haber dejado este ejemplo á sus sucesores para otros mayores intentos. Atendió al casamiento que de nuevo se trataba en Florencia con el Rey de Francia, inteligencias sobre que nunca se descuidó ni quiso soltar el timon de la mano; empero lo más de la Italia y sus mayores Príncipes deseosos y prevenidos de festejar sus bodas en Ferrara y en sus mismas colonias, por donde forzosamente habia de pasar la Reina. Halló los Países-Bajos encendidos y abrasados en nuevas guerras, gobernados por el Cardenal Andrea de Austria en tanto que el Archiduque Alberto volvia de España, efectuados sus desposorios con la Infanta Doña Isabel, por quien los habia heredado; y si bien halló á los Holandeses perseverantes en su continuo error y porfía en la desobediencia de Dios y suya, halló en su oposicion numerosos y bien formados ejércitos, excelentes capitanes y muchos y muy valerosos soldados, y por General de la caballería á D. Juan de Mendoza, Almirante de Aragon, que á la sazon gobernaba las armas en ausencia del Archiduque y habia salido de los Estados con veinte y tres mil infantes y tres mil y quinientos caballos la vuelta de Geldres, habiendo procurado ántes recuperar á Breda por el valor y industria de D. Agustin Mejía, castellano de Amberes, y hubiéralo hecho si al tiempo de ir sobre ella, avisado el Mauricio y conocido el intento, no pusiera tanto cuidado en la plaza, que por entónces fué necesario desistir de la interpresa. Halló á Alemania gobernada por el Emperador Rodolfo II, su primo, sentido de que su padre no le hubiese dado por esposa á la Infanta Doña Isabel, con los Países-Bajos, de quien queria ser señor, y por esto poco inclinado á casarse, y con más descuido en el gobierno de lo que fuera justo y más dado al retiro de lo que piden aquellas provincias, á quien no deja sosegar y pone en turbacion la herejía,

si bien por entónces se hallaba en amor y concordia de potentados, vasallos y feudatarios del imperio, sin alteracion ni movimientos, empero sí asaltado por las fronteras de la Hungría de las armas turquescas, en que, sin embargo, habian recobrado las imperiales algunas plazas de consideracion, como Jabarino y otras, y con dependencias en Transilvania, por haber dejado Sigismundo Bator, su Príncipe, aquellos Estados al César, por la Silesia y el derecho de Valaquia, que contradecia Andres Bator, tio del Príncipe; ayudando esta parte tártaros y moscovitas, y alguna de la Suecia, á que habia salido Matías, hermano del César, con ejército á Polonia, aficionada al Imperio y á toda la casa de Austria, por religion y parentesco, por haber casado su Príncipe en la casa del Archiduque Cárlos, donde á la sazon esperaba segunda esposa, y porque necesitaba de los socorros para contra la potencia otomana, de que era rigurosamente combatido, y del Rey de Suecia, su mortal enemigo, con quien traia controversias sobre el derecho de aquel Estado. Á Inglaterra no con tantos cosarios en Oriente y Occidente, que ya la larga edad de la Reina Isabel, hija de Enrique VIII, y sus melancolías, de que era gravemente apretada (presagios ciertos de la vecindad de su muerte, que tan en breve la sucedió), la hacian desmayar en la expedicion de sus cosarios, y porque ya la tenian amedrentada tantas armadas como oia decir que iban sobre sus costas; que si bien las tormentas de aquel canal no las habian dejado surtir á efecto, temia que alguna vez de tal manera se medirian los nortes con nuestra fortuna, que pusiese en contingencia su corona, (como lo estuviera hoy si aquella armada, la mayor que vió el Océano, no hubiera sido rota y deshecha de los temporales); no dejando por otra parte la asistencia de los rebeldes, arrastrando á la union, para mayor opósito á las armas españolas, todo el reino de Dinamarca, de donde les viene el material para la fábrica de bajeles, por ser abundante aquel reino y sus provincias de espesísima arboleda. Á Escocia gobernada por Jacobo V, aficionado á las cosas de España y con esperanzas de heredar á Ingla-

terra, de donde se esperaba alguna paz con honestas y saludables condiciones, con que se podria poner á los holandeses en mayor confusion y aprieto por esta razon. Á los demas Príncipes que se incluyen en la parte que nos queda de la Europa y los que contiene el Asia, ó con pocas dependencias con nuestras coronas ó ya con sus confinantes divertidos, ni alteraban ni daban cuidado. El turco, embarazado con las guerras del persa, y ya de mucho ántes quebrantado de aquella pérdida que recibió en Lepanto, no surcaban sus leños los mares Adriático y Mediterráneo; con que parece se componian y abrazaban con más quietud los grandes y extendidos reinos de Italia, desde Brindez ó el Trento hasta el Lilibeo siciliano y las demas islas que se incluyen en el Principado de los catalanes. En África á esta sazon no habia novedad ninguna; con que las fuerzas que tenemos en sus costas, á nuestro cargo ó al de los portugueses, estaban aseguradas, si ya no es que el valor de sus gobernadores las hacian temer y respetar de aquellos bárbaros. De las Indias occidentales se poseia cada año seguramente los galeones de la plata y las dos flotas del Perú y Nueva España, con muchos y muy notables descubrimientos en que se ampliaba el culto y veneracion del Evangelio. En el Oriente, habiendo por este tiempo quebrantado Dios la tiranía de Taycozama en el Japon, se dilataba y extendia con facilidad en Filipinas y Archipiélago malaco la religion católica, y si bien algunos Reyes dellas la dejaban y volvian á sus ídolos, los capitanes portugueses y castellanos, mal de su grado, se los hacian dejar y que tributasen con legal obediencia á la corona de Castilla.

Habiendo, pues el nuevo Rey discurrido largamente por el estado de las cosas y la forma y manera en que estaba el mundo cuando entraba á ser Rey de España, puso al punto el cuidado y la vigilancia, en ellas, que era necesario, para encaminarlas con mayor fortuna y felicidad y reducirlas á gobierno justo y templado, dando el valor y autoridad necesaria á los ministros, así á los de la paz como á los de la guerra, sin alterar ni descomponer las cosas, gnardando aquel órden en que las

constituyó el gran juicio del Rey D. Fernando el Católico, el valor militar de Carlo V, su abuelo, la prudencia nunca bastantemente encarecida del Rey D. Felipe II, su padre, y los demas antecesores suyos que las observaron y supieron mejor que nosotros; pues ninguna de las cosas que hoy se ventilan, publican y tienen entre manos dejaron de mirarse entónces. No convenia ni pareció acertada su resolucion, y por eso no salieron al teatro del mundo, dudando del efecto y del suceso, como hoy se experimenta y á su tiempo se dirá, pues no solamente no nos excedieron, pero no nos igualaron; y si no, asegúrenos esta verdad la falta de crédito que hoy tenemos, que no es poca. Hecho, pues, tan altamente su discurso, y abrazándose y tomando por norte los preceptos de sus mayores, de que no pensaba descaecer, en lo primero que pone los ojos, como Príncipe verdaderamente grande, es en la observancia de la religion, de los preceptos de la ley de Dios, del lustre y ornamento de las virtudes, sin las cuales es imposible ser Rey ni saber gobernar, por las que le dió Dios tan felices sucesos y tan buenos hijos, y para eso escribe aquella primera carta al Vicario de Cristo, en que le pide le constituya por hijo obediente suyo y le pida el acierto para saber gobernar; ofrécele su poder, sus coronas, sus tesoros, sus ejércitos, y su espada en defensa de la religion. Escribe á todos sus tribunales eclesiásticos y seculares y á los Prelados de las iglesias, miren por la autoridad del culto divino, por su veneracion, por la guarda de los Mandamientos, que se destruyan los errores y abusos supersticiosos de la herejia, que sean los malos perseguidos y ensalzados los buenos, y que se enseñe y introduzca la virtud en todos sus vasallos. Ansimismo con su generoso ánimo hace grandes asientos de millones, consignando sus pagas sobre sus flotas y rentas, y envia gruesa cantidad de dinero á Flandes y á todos sus presidios en favor de este pretexto, ordenando se prosiga la guerra con grande ardor contra los rebeldes enemigos de la Iglesia, en Holanda y en todas las demas plazas de armas de sus coronas, y hace gruesos socorros al Emperador contra el comun enemigo para

que su casa se aumente y establezca allí por largos siglos. Alienta con las mercedes á los soldados para que prosigan la milicia, emprendan y acometan grandes hazañas en honra de su patria y de la religion, y asimismo ordena á los Vireyes, Gobernadores y Capitanes generales de ejércitos guarden y no interrumpan la paz jurada con los Príncipes sus confinantes; encárgales el buen gobierno, la administracion de la justicia, ansí en Italia como en las otras partes. Conserva la comunicacion con aquellos Príncipes y Repúblicas en suma urbanidad y decoro, con dádivas y otros beneficios, anteviendo que no se afirma ó constituye la devocion sino con la magnificencia; toma debajo de su proteccion y acostamientos muchos Cardenales, así el primer Pontífice que le salió le fué sumamente aficionado y próspero á sus materias; manda armar y proveer la armada real del mar Océano y la escuadra de Cantabria y todas las demas de galeras y que corran ambos mares, poniendo los enemigos de ambas sectas en terror y asombro, sin que quede cosario ni ladron del Norte que se atreva á salir de sus puertos. Encarga asimismo á todos sus ministros la buena direccion en el despacho, y á los que habian cumplido con sus oficios les envia otros escogidos y de relevante opinion para que los sucedan; manda armar cincuenta galeones de artillería, municiones y infantería española, y haciendo Capitan general dellos á D. Martin de Padilla, Adelantado mayor de Castilla y general de las galeras de España, que vaya sobre Inglaterra, en prosecucion de las enemistades contraidas con el Rey D. Felipe II, su padre; avisa á las escuadras de galeras, como á las de Génova, Nápoles y Sicilia, estén en la sazon de sus tiempos prontas para correr las costas de Albania, Morea y todo el canal de Constantinopla, y fabrica nuevos navíos que despejen de cosarios el Oriente y la América; hace ansimismo otros buenos oficios en materia del gobierno marcial y político, con que el mundo estaba suspenso. Hace mercedes á sus vasallos; encarga á sus Consejos el cuidado y el acierto en los negocios; atiende á la órden y armonía de sus tribunales, y no halla qué alterar en ellos; si algun Mi-

nistro no es suficiente, provee de otro, si alguno excede de lo justo, repréndele con secreto, sin deponerle ni desacreditarle ni por aficion ni por emulacion ajena, ántes por necesidad y virtud propia, atendiendo que duele mucho el hacerle mal opinado; no encubriendo por esta razon el castigo al delincuente ni al agresor. Igualmente andaban en su distribucion y providencia el premio y el castigo, con que el malo se confundia y el bueno se adelantaba y esmeraba en sus obras. Hace eleccion de famosos consejeros de Estado, en que consiste el fundamento principal del gobierno y la esperanza de los buenos sucesos en todas materias, y habiéndolos mandado juntar, hallándose él mismo en persona en el Consejo, les dice:

«Háme parecido advertiros de dos cosas como muy necesarias para la estabilidad y aumento de mis coronas. La primera, las materias de Estado que trataredes se ajusten con los preceptos de la ley divina, por estar muy cierto que ningun reino ni potencia humana tiene fuerzas para su conservacion sino es con este fundamento, y si alguno con escritos ó libros quisiere sutilizar esta materia, apartándose de mi parecer, os mando me advirtais dello, para que no se dé motivo de errar en lo que el acertar vale tanto; teniendo por asentado que soy amigo de la verdadera religion, y enemigo de supersticiones vanas. La segunda, las guerras que hubiere de emprender, así para defender la fe católica como para ofender los enemigos della, quiero que las fuerzas que se han de poner de nuestra parte sean suficientes para conseguir victoria contra los enemigos de nuestras armas, pues Dios nos ha dado poder y gente para ello; y para que su divino favor asista bastará la justificacion de la causa, procurándose hagan oraciones y rogativas, para que entienda el mundo que no fiamos tanto en la potencia de nuestros ejércitos cuanto en el favor de su poderoso brazo. La celeridad en la expedicion de las guerras os encargo esteis muy atentos á ella, pues con este medio muchos de los gloriosos antecesores mios fueron famosos y claros; y si, habiendo hecho de nuestra parte lo

que debemos, el suceso fuere diferente no se debe desmayar, sino asistir con mayor confianza y instando sobre la justicia de nuestra pretension, haciendo penitencia de nuestras culpas y aplacando la indignacion divina para que la convierta en misericordia; y con estas consideraciones mando me consulteis lo que se ófreciere y hubiere de tratarse en el Consejo.»

De esta manera y con este cuidado disponia y encaminaba el nuevo Rey las cosas del gobierno y de la monarquía, sin derramarse ni divertirse en otra cosa, siendo constantísimo y muy observante en la ley de Dios, pureza de vida y candidez de costumbres con que vivió siempre, con maravilla y admiracion de los más religiosos que no acababan de encarecer y alabar su nombre en todas las naciones. Todas las cosas parece que por estos dias rejuvenecian: los hombres vivian alentados con los premios que cada dia se distribuian y manifestaban; huia la necesidad con no más caudal que mostrar el ánimo á todo el resto del mundo; todos se inclinaban á lo mejor y se alentaban al merecer; los Príncipes del orbe sólo estaban atentos al lugar que se hacia el nuestro, y á su imitacion y alabanza; todo era prosperidad, riqueza, ornato, alegrías, regocijos, felicidad, abundancia que con larga mano derramaba el cielo sobre los vasallos, obligado y recreado de sus muchas virtudes, no olvidándose jamás de las obligaciones de Rey; y de esta manera le aconsejaba el Marqués de Denia, su gran confidente y privado, sin descaecerle del decoro y reales acciones en que se debe mantener un Príncipe, haciéndole siempre bien reputado y sin mancha en su opinion, (mayor y más principal desvelo en el cuidado del valido, y á lo que más atentamente se debe encaminar su esperanza), teniendo á Palacio con grande lustre, pompa y majestad, no cuidando de otra cosa que de interceder y rogar por sus criados y vasallos que le han servido, sin deponer á nadie de su oficio, ántes alentándoles que aspiren á otros mayores, con lo cual vivian todos con seguridad y con descanso, y mayor medra de sus servicios y trabajos, con que se tenian por bienaventurados. A los mismos que le emulaban y eran enemigos, (aunque

éstos eran pocos, porque su mucha cortesía y nobleza de condicion, y el deseo de hacer bien á todos y que todos se luciesen, no daba lugar á ello), intercede con S. M. para que tengan parte en su gracia y en las mercedes: hace que García de Loaysa se constituya en el Arzobispado de Toledo; que el Marqués de Velada entre en el oficio de Mayordomo mayor; da la mano ante todas cosas á D. Cristóbal de Mora, oráculo del Rey D. Felipe II, y viendo queria hacer dejacion del oficio de Sumiller de Corps, que, como tan sagaz y prudente, discurria que aquel oficio verdaderamente pertenece al que posee el lugar de la privanza, y que ya sus años y trabajos pedian descanso y el retiro de su casa, pues ya su fortuna habia espirado tan dichosamente y sin más estrago que con la muerte de su Príncipe, más que por defectos suyos propios, que es de grandes espiritus, habiéndose visto en altos lugares, no querer ser inferiores en el Estado á otro ninguno; ántes bien, no consintiendo estragar ni deslucir su autoridad y esplendor, volver las espaldas á toda vana y vergonzosa sumision, leccion que todos los privados que acaban habian de abrazar y ejecutar luégo, y así, con este pretexto, dejando el oficio de Sumiller, y no habiéndole dado D. Felipe II en toda su privanza y por todos sus servicios más que el título de Conde de Lumiares y la encomienda mayor de Alcántara, hace tales oficios el Marqués de Denia por él, y intercede con S. M. encareciendo y alabando mucho su persona, partes y servicios, que esto hacía él en todas las ocasiones que se hallaba con su Rey á solas, y esto es lo que debe hacer todo bien intencionado privado y que desea ver á su Príncipe amado y servido de sus vasallos, y no hacerle aborrecido y odioso á todos, puerta por donde se han visto en el mundo deshacer y aniquilar muy firmes y poderosas monarquías, y grandes Reyes han caido en muchos y muy notables trabajos y calamidades, de que son verdaderos testigos las historias; y así, siguiendo este diseño de honrarle más que de descomponerle, que es baja accion de hombre noble lo contrario, hácele cubrir en Castilla y dále título de Marqués en Portu-

gal, dignidad considerable y que sólo otras dos casas ilustres y que vienen de los Reyes de aquella corona la tenian; dále la encomienda mayor de Alcántara por la vida de su hijo D. Manuel de Mora; hácele Virey y Capitan general de Portugal, y el primero entre los mejores de su patria, perpetuándole en el mandar y que no descaezca de la primer fortuna en que se vió. Que tales salidas han de hacer los que se vieron dueños de la gracia de su Príncipe, y tan buenas resoluciones se han de tomar con ellos, y más cuando no delinquieron sino en las cosas ordinarias en que todos los demas suelen topar, que esto se apuró muy bien; y si no, examine su conciencia el más acendrado y el que más ha blasonado de inculpable, y verá en sus acciones, en su casa, en sus deudos y criados cosas con que se avergüence y le hagan salir las colores á la cara. Y ansí soy de parecer que á los privados á quien se les acabó su fortuna se hayan de portar de tal manera con ellos los que entraren, que les suceda lo que á los sitiados que se dan y se rinden á buena guerra, que hayan de salir con banderas tendidas, siquiera por no deslucir la eleccion que dellos hicieron sus Reyes, escándalo que se debe evitar por lo que da que hablar y que sentir á las naciones extranjeras; porque todo lo demas que no fuere esto es un tirano modo de proceder, y dejar para sí un ejemplar tan dañoso, que cuando le suceda otro tanto (que no es permanente nada debajo del cielo, y esto ménos que otra cosa), se le harán sufrir y pasar por él, de suerte que sea su daño escarmiento para otros. Hácele acrecentar los gajes del vireinado, que se regulaban por doce mil escudos cada año y dále gruesas ayudas de costa. Intercede por sus vasallos y criados que le han servido para que les dé los vireinados, los magistrados, los generalatos y cabos de la guerra, los títulos, los hábitos, las encomiendas, las rentas, las ayudas de costa, los oficios que consultan los Consejos, los obispados y rentas eclesiásticas. Jura del Consejo de Estado, y no se desvela en inventar cosas que ántes sirven de afligir los pueblos que de consolarlos, y de poner á riesgo el Estado; tiene á Palacio con

majestad, autoridad y respeto; la corte con opulencia, lucimiento y grandeza. Si propuso al Conde de Lemos para el vireinado de Nápoles, casa tan grande y tan esclarecida en España, no fué el proponerle fuera de sazon y tiempo, sino cuando habia cumplido los años que permite la gracia de su Príncipe el Conde de Olivares, pues no hay ley que haga perpetuos los vireinados; si sirvió bien (que esto no lo callaremos), bien se remuneraron sus servicios, pues le hicieron luégo del Consejo de Estado, dignidad la más soberana que tiene un Rey para premiar grandes servicios, y que no tiene más que dar. ¿No le dieron encomiendas y ayudas de costa? ¿no hicieron á su hijo de la Cámara del Príncipe, y á sus deudos otras muchas mercedes? Oficios eran éstos que debian reconocerse con más agradecimiento y mejores espaldas, pues no se puede negar que no fué el instrumento de las medras y fortunas que hoy tiene su casa; ¡que no le cubriesen! no está obligado un privado á interceder con el Rey á que cúbra todos los títulos, aunque vengan de hijos terceros de Grandes, porque muchos tendrian esta queja y faltarian sombreros para todos en el mundo; demás de que esta dignidad ha de ser para aquellos que han ganado al Rey y á la corona muchos reinos y provincias, muchas y muy continuas batallas, con mucha sangre derramada y muchos tesoros consumidos. Si se quejaran los nietos de Gonzalo Fernandez de Córdova, si los del Marqués de Pescara, ó del Basto, si los del Sr. Antonio de Leyva, ó D. Hernando de Toledo, Duque de Alba, Hernan Cortés y otros ilustres y esclarecidos Capitanes que dieron á España y á sus Reyes muchas coronas y provincias, Reyes vencidos, heróicas victorias, y este ultimo Capitan un Nuevo Mundo ó imperio de donde se le han juntado tantas y tan varias gentes, tanto poder y autoridad, y tantos millones de oro y plata, con que han ganado, conservado y defendido otros muchos reinos, parece que la queja tenia lugar, empero á otro ninguno que no haya hecho esto no le es dado poderse quejar de que no le cubran. Esto dejaremos ahora en este estado, hasta que la historia nos ofrezca más ancho campo donde nos

podamos extender y alargar, y donde veamos juntamente cuán caducas y perecederas son las glorias de este mundo, cuán peligrosos los lugares altos, cuán poca consistencia tienen las grandezas humanas, cómo el tiempo consume y desparce las mayores potestades de la tierra, para que los que más subidos y envanecidos se miraren, consideren que un solo viento de disfavor es bastante á desvanecerlos y arrastrarlos de su mayor altura y lugar.

Estaban ya las cosas tocantes á las honras y funeral del Rey difunto en estado de poderse acabar, y así, levantado un suntuoso túmulo en la capilla mayor de San Jerónimo, que remataba con la cúpula ó media naranja della, con muchas inscripciones y jeroglíficos en honra de las hazañas y proezas del Rey muerto, cubierta toda la iglesia de bayetas y de luces, los altares y túmulo de ricos y costosos ornamentos, y paños de oro con los últimos despojos reales sobre la tumba, con grande concurso de Obispos y Prelados, Grandes y Ricos-hombres, Embajadores y Consejos, bajó el nuevo Rey por la tarde á las vísperas, y á la mañana á la misa, que se celebró con funeral y majestuosa pompa. Conseguida esta accion, trató el Rey de hacer su entrada en Madrid, y levantando los estandartes en todas las ciudades y villas del reino por el Rey Católico D. Felipe III, con grande alborozo y general contento de sus vasallos, y esperándole un palio de brocado con todos los Regidores de la villa y toda la Grandeza de la corte, subió en un caballo, y llevando el Marqués de Denia el estoque, como Caballerizo mayor, con todos los reyes de armas y maceros entró en él, aplaudiéndole y nunca acabando de bendecirle el pueblo; llegó á Santa María, donde dió gracias á Dios por las muchas mercedes que le hacia, por los muchos y muy grandes reinos que le ha dado; vuelve á subir á caballo y entra en Palacio, donde le aclaman todos galan, bizarro, airoso. Admíranse de verle sus vasallos ilustrado con tantas partes naturales en su persona: el cabello de la cabeza rubio y compuesto, frente ancha y espaciosa, ojos grandes azules y bien poblados de pestañas, labios grue-

sos, y del orígen de su casa, adornados con los principios del primero bozo, color blanco y sonrosadas las mejillas, bien dispuestos y proporcionados miembros, de más que mediana estatura y en los veinte años floridos de su edad; donde le dejaremos disponiendo las cosas de la jornada á Valencia para casarse, por traer á nuestra Reina y Señora, Doña Margarita de Austria, desde Alemania á España.

Partió de Gratz, metrópoli de la Stiria, á los 30 de Setiembre, la Archiduquesa María con la Reina de España, acompañada de sus dos hermanos Ferdinando y Maximiliano, con toda la demas nobleza y varones ilustres de los Estados: el Archiduque y su hermano á pocas leguas se despidieron de la Archiduquesa, su madre, y de la Reina, con grande ternura y sentimiento; las ciudades y tierras por donde iban pasando les hacian muy solemnes entradas y recibimientos. En Bilaco, lugar del Archiduque, tuvieron la nueva de la muerte del Rey Católico D. Felipe II; la tristeza y sentimiento de la Reina y de su madre fué notable, y el que hicieron todos sus pueblos y vasallos: cubriéronse de luto, y en Trento, á quien hicieron famosa tantos concilios como se han celebrado en ella, con la llegada del Archiduque Alberto parece se templaron en alguna manera la tristeza de la Reina y su madre; y ántes de pasar el Apenino le vino á visitar el Cardenal Matehuci de parte del Papa, á darles la bienvenida y señalarles la ciudad de Ferrara para sus dichosos desposorios. La Señoría de Venecia, con magnífica embajada, manifestó el deseo y ánimo de servirlos, enviando para su guarda y escolta mil y quinientos infantes y quinientos caballos, toda gente lucidísima y escogida, más por ostentacion que por necesidad. El hospedaje que en todos sus pueblos les hicieron fué maravilloso y digno de admiracion. El Condestable, que á esta hora sabia habia pasado la Reina de Trento, partió de Milan con el Duque y la Duquesa de Gandía, su hermana, y dejando las cosas de la ciudad á buen recaudo, con muchos caballeros y hombres nobles y feudatarios del Estado, y los que hacian la embajada por la ciudad con mucho lucimiento y pompa, partieron, y en un lugar

no léjos de Villafranca le besaron la mano con mucha alegría y contento, dándole la bienvenida á aquellos Estados; y sabiendo que se acercaba á ellos el Cardenal Aldrobrandino, legado y sobrino del Papa Clemente, le salieron al encuentro el Sermo. Archiduque Alberto, el Condestable de Castilla y toda la nobleza de la Corte, y llevándole con este suntuoso acompañamiento adonde S. M. estaba, la dió la bienvenida y la bendicion de parte de Su Santidad y comió con la Reina y con su madre y el Archiduque. Y tomando por Verona la derrota á Mantua, sabiendo el Duque que llegaban á los confines de su tierra, con muchas tropas de caballos les salió á recibir, y besando la mano á la Reina la fué acompañando hasta Ostia, habiendo pasado el Po, donde llegó á la misma sazon el Duque de Módena, con grande y lucido acompañamiento; cosa jamás vista en Italia, porque la grandeza que S. M. traia, la que se le juntó del Cardenal y potentados, era cosa portentosa de ver y de admirar, y la que bastó para asombrar el mundo y dar materia á las plumas de grandes y maravillosos epílogos en su alabanza. Habia ya partido de Roma el Papa Clemente VIII á tomar la posesion del Ducado de Ferrara, con solemne acompañamiento de Cardenales y Prelados y otras familias ilustres de la ciudad, y habiendo entrado en ella con singular contento de sus moradores, y sabiendo que la Reina estaba una legua de Ferrara, con toda su guarda, que era muy lucida, envió á darle la bienvenida de su parte con los Cardenales Bandino y San Clemente, los cuales fueron recibidos de S. M. con grande amor y benignidad.

Estaba Ferrara á la sazon, cual otra ciudad del mundo jamás estuvo, llena de Príncipes y Potentados, alborozadísima y deseosa de mostrar su grandeza, poder y majestad: el concurso de pueblos y ciudades que se le habian juntado la hacian entre las demas colonias de Italia más escogida; la abundancia de vituallas y mantenimientos, las galas, las telas, los brocados, joyas, piedras, arcos triunfales, ponian en admiracion á todos los naturales y extranjeros que, de toda Italia, Francia y Alemania, habian venido á la fama destas bodas; y

estando ya todas las cosas necesarias á punto de caminar, salió la Reina de Imola, lugar del Estado de Módena puesto á tres leguas de Ferrara, en una riquísima carroza que tiraban seis hermosos caballos blancos que el Papa le habia enviado, acompañada de los Cardenales San Clemente y Bandino, del Condestable, del Duque de Sesa, Embajador de España en la Corte romana, con otros muchos señores, títulos, caballeros y prelados, y otro infinito número de personas que venian en la jornada y que habian salido de Ferrara aquel dia á ostentar el acompañamiento. Llegó la Reina á la ciudad, y en la puerta que llaman de los Ángeles la tenian prevenida una rica y bien adornada estancia para en el entretanto que se comenzaba la entrada: apeóse S. M. en ella, con gran salva de artillería y otros instrumentos, aplauso y admiracion de los que habian concurrido á este acto; llegaron á la sazon diez y seis prelados de Su Santidad y sus asistentes, vestidos de pontifical, saludaron á la Reina, y esperaron á que subiese en una pia blanca, aderezada ricamente de guarniciones y paramentos bordados de perlas, piedras y oro. El Sacro Colegio de los Cardenales llegó al mismo tiempo con grande pompa y autoridad, hicieron á S. M. sus cortesías, y los recibió con notable contento y alegría; comenzóse la entrada, caminando delante dos compañías de caballos, una de lanzas y otra de arcabuceros de la guarda del Condestable, con infinito número de clarines y otros varios instrumentos, seguíanlos grande acompañamiento de caballeros, y tras ellos otras dos compañías de á caballo de archeros y arcabuceros, con otras tropas de la guarda del Cardenal Aldrobrandino, con los de su familia y otros señores milaneses feudatarios del Estado, los que llevaban las insignias de los Cardenales, en que se contenian diez y nueve Príncipes de la Iglesia Romana, sus maceros, balijas y familias, la guarda de esguízaros del Papa, y luégo la Reina nuestra señora en medio de los dos Cardenales Esforza y Montalto, llevando la rienda de la jaca un caballero de Malta. Seguian á S. M. la guarda de tudescos, y en medio la Serenísima Archiduquesa María, su madre, y á su lado el Archi-

duque Alberto, á caballo, y, en palafrenes ricamente aderezados, la Duquesa de Gandía, Camarera mayor, la Duquesa de Frias y otras damas, y en lucidísimos caballos el Condestable y el Duque de Sesa, cerrando el acompañamiento una compañia de archeros y otra de caballos ligeros del Papa, con infinito número de naciones y gentes á quien admiraba la majestad, la grandeza y pompa de aquel dia. Estaban las calles adornadas de ricas y preciosas telas, con arcos triunfales, inscripciones, jeroglíficos y versos latinos, que contenian la majestuosa entrada de la Reina en Ferrara; muchos elegantes epitalamios de los mejores y más delgados ingenios de Italia, la más florida en esta parte que han conocido los orbes; muchos escudos de las armas de Su Santidad y el Rey Católico, liga que siempre amedrentara los lobos de la Iglesia; infinitas invenciones, estatuas y agujas de admiracion. En esta manera llegaron á palacio, donde los esperaba el Papa vestido de Pontifical, sentado en un trono eminente y de grande esplendor, con todo el Sacro Colegio de los Cardenales. Subió S. M. y Altezas las gradas del teatro y veneraron al Vicario de Cristo, y suspendidos de mucha variedad de voces y de instrumentos les hizo Bernardino Scoto, milanés; una breve y elegante oracion, tomando por asunto la visita que hizo la Reina Saba al Rey Salomon; concluida la cual hizo S. M. tres reverencias y con católica humildad besó el pié y despues la mano al Pontífice, que la recibió con el amor de Padre de la Iglesia, de quien se prometia y pronosticaba que habian de ser sus hijos espada y escudo della; besó tambien el pié á Su Santidad la Archiduquesa y el Archiduque Alberto, dióles su bendicion y retiróse á su cuarto, quedando la Reina en el trono donde los Cardenales llegaron á darle la bienvenida. Acabada esta ceremonia fueron aposentados la Reina y sus Altezas altamente; el dia siguiente comieron juntos, y estando ya todas las cosas para los desposorios prevenidas, el domingo, que se contaron 13 de Noviembre de este año, deponiendo el luto que hasta allí habian traido todos por la muerte del Rey D. Felipe II, y dando lugar á las galas y telas de Milan, S. M.

salió de palacio y el Archiduque y los Cardenales Santiquatro y Farnesio, con todos los Príncipes, Grandes y señores, rica y costosamente ataviados, entraron en la Iglesia mayor, donde los esperaba el Pontífice sobre un trono sentado; cada uno tomó el lugar que le tocaba, y comenzando los divinos oficios se leyó el poder que el Archiduque Alberto tenia del Rey D. Felipe III para desposarse con la Reina, y concluido este acto se celebró el desposorio. Mostró asimismo el que traia el Duque de Sesa de la Infanta Doña Isabel para desposarse en su nombre con el Archiduque, consiguióse y tuvo efecto la misma ceremonia, y acabada la misa dió el Papa á S. M. la Rosa de oro, la cual llevó el Conde de Berlamonte. Volvieron á palacio y besaron la mano á la Reina todos los Grandes, Príncipes y personas ilustres que allí se hallaron; hízose á la noche un festivo y lucidísimo sarao, habiendo sido la solemnidad y pompa de este dia la mayor que los siglos vieron en Italia. Concluidos los desposorios, S. M. trató de proseguir su jornada, y despidiéndose de Su Santidad, despues de muchas cortesías y agradecidos encarecimientos, habiéndose dado de una parte á otra, así al Papa y Cardenales, como á los criados de su casa, ricos y preciosos presentes, partieron á Mantua.

El Condestable dió cuenta al Rey de lo sucedido en Ferrara, con D. Juan de Mendoza, Marqués de la Hinojosa. Entró la Reina en Mantua, acompañada del Cardenal Aldrobrandino y del Duque: querer referir las grandezas de esta ciudad, el alborozo, la pompa con que S. M. fué recibida, seria dilatar demasiadamente la pluma. El agasajo fué notable; la tela de oro y plata que se distribuyó, infinita; los arcos, las invenciones fueron una imitacion de los triunfos y pompas en que tanto floreció la antigüedad de Roma, y lo que pareció de más admiracion, ingenio y maravilla fué la representacion del Pastor Fido, cuya fama quedará inmortal en el mundo de su aparato, imitacion y cultura. Desde allí partió S. M. á Cremona, donde fué recibida con palio, como ciudad del estado de Milan y de las primeras del confin, con muchas compa-

ñías de caballos, que estaban á cargo de D. Alonso Idiaquez, general de la caballería. Llegó á esta ocasion el Cardenal Farnesio á hacer reverencia á S. M. y Altezas de parte del Duque de Parma, su hermano, que por sus achaques se disculpaba el no haberlo podido hacer en persona. De aquí partió S. M. á Milan, donde llegó á los postreros de Noviembre y fué recibida con espantosa salva de artillería del castillo, terror y asombro de Italia: llegó á besarla la mano el magistrado, y debajo de un riquísimo palio llegó hasta la Iglesia mayor, donde dió gracias á Dios por haberla traido á ver vasallos que tanto la amaban y una ciudad la mejor y más excelente del mundo, y envidiada justamente de todos los Príncipes de la Europa. Los arcos, aparatos, invenciones, telas, joyas, bordados, fueron excesivos, la admiracion y concurso de pueblos, notable, el lucimiento de Príncipes y señores y el adorno de la ciudad, nunca bastantemente encarecido. Del Piamonte llegó el Duque de Saboya á visitar á S. M., donde fué bien recibido y agasajado, habiendo estado en Milan casi tres meses.

A 3 de Febrero de 1599 partió S. M. á Padua, y desde allí á Génova, donde la Señoría mostró bien el heróico ánimo de servirla: fué hospedada en el palacio de Juan Andrea, Príncipe de Oria, donde fué servida con mucho esplendor y magnificencia, mostrando en su liberalidad y gran corazon la devocion con que siempre han servido y asistido á los Reyes de España. Llegaba ya el tiempo de embarcarse, y teniendo para este efecto cuarenta galeras prevenidas, á 10 de Febrero se hicieron á la vela, con nueva salva de artillería, yendo por Cabo y General dellas Juan Andrea, Príncipe de la mar. En tanto que la Católica Reina Doña Margarita, próspera y felizmente habia hecho su jornada desde Gratz, cabeza de Stiria, á Génova, el Rey Católico, dejando las cosas de Castilla á la órden y concierto de gobierno que piden provincias tales, partió de Madrid á 21 de Enero de 1599, llevando en su compañía á la Serma. Infanta Doña Isabel, con todos los Grandes y señores de España, adelantándose en el esplendor, autoridad y riqueza el Almirante de Castilla y el Duque del Infan-

tado, que con particular órden de S. M. le fueron acompañando en la jornada; mandó ansimismo á D. Rodrigo de Castro, Cardenal y Arzobispo de Sevilla, se hallase en Valencia á sus bodas. Llegó el Rey por sus jornadas á Denia, donde fué hospedado y servido con las generosas y fieles entrañas del Marqués, y estando las cosas de Valencia en disposicion de poder hacer la entrada, á 14 de Febrero, S. M. se encaminó á ella, y llegando casi á la vista de sus muros, haciéndole salva con mucha artillería, salió el Conde de Benavente, su Virey, y el Maestre racional, el Justicia, con otros muchos ministros y diputados, con ornamentos y atavíos ricos, segun las leyes y costumbres antiguas que ellos usaron en los recibimientos y entradas de sus Reyes. En llegando donde S. M. estaba, se apearon y le besaron la mano; entró en el palio, que era de riquísimo brocado, y el Marqués de Denia, como Caballerizo mayor, llevó el estoque, y con toda la nobleza del reino llegó S. M. á la puerta de San Vicente, donde estaba un arco por cuya invencion y maravilloso ingenio le fueron presentadas las llaves de la ciudad: S. M. mandó al Justicia mayor las guardase. Con esta solemnidad y con notable alegría del pueblo hizo su entrada, gastando casi toda la mitad del mes de Febrero y todo el de Marzo en muchas y muy regocijadas fiestas con que se entretenian las esperanzas de la venida de la Reina; y habiendo convocado las ciudades de la Corona el domingo primero de Cuaresma, que fué á 20 de Febrero, vino S. M. del Real al Aseo, donde fué jurado por Rey y Señor natural de aquella Corona, jurando ansimismo á los naturales della de guardarles sus leyes y fueros, como lo habian hecho los demas Reyes antecesores suyos: fué este acto, demás de la solemnidad que habia representado, de gran consuelo y alegría de los naturales. Los catalanes y aragoneses hicieron sus embajadas al Rey suplicándole los favoreciese y honrase con su presencia, teniéndoles Córtes en que concurrian el remedio de muchas cosas importantes para mayor utilidad y conveniencia de sus coronas. Túvose aviso que las galeras, trabajadas de algunas borrascas y tormentas, ha-

bian aportado á Marsella, puerto de franceses, y que reparándose de los trabajos de la navegacion, viendo abonanzaba el tiempo y que el aire les daba por popa, navegaron próspera y dichosamente y encaminaron su derrota á los Alfaques de Tortosa; y habiendo llegado á aquel paraje, despachó Juan Andrea á D. Cárlos de Oria, su hijo, general de la escuadra de Génova, al Rey Católico, dándole aviso de su llegada y de cómo estaria en Vinaroz á 24 de Marzo: esto se cumplió ansí como lo aseguró un tan experto y ejercitado marinero y el mayor soldado que tuvo la mar. El alegría de esta nueva fué grande, y la que el Rey y sus vasallos tuvieron la significó bien las fiestas y regocijos que se comenzaron á hacer en Valencia y en toda España, dando gracias á Dios por haber surtido á tan buen efecto una jornada tan larga, con tantos accidentes de mar y tierra, habiéndolo vencido todo la virtud y favorable fortuna de la Reina. Envió luégo S. M. á Vinaroz, para que la recibiesen, á D. Rodrigo de Castro, Cardenal y Arzobispo de Sevilla, al Conde de Alba de Liste, su Mayordomo mayor, al Conde de Lemos, y otros mayordomos y caballeros que habia nombrado el Rey para su servicio y casa; llegaron á Vinaroz ántes que S. M. desembarcase, y recibiéndola con alta y magnífica ostentacion á la lengua del agua, la fueron acompañando hasta Palacio, donde la besaron la mano y veneraron como á Reina mayor y más soberana del mundo. Envió S. M. al Marqués de Denia á que de su parte visitase y diese la bienvenida á la Reina: el Marqués partió por la posta, con grande número de caballeros que le acompañaban y criados, todos lucidos y con mucha ostentacion. Llegó el Marqués á Vinaroz, donde fué recibido de la Reina, de la Archiduquesa, su madre, y del Archiduque Alberto con muy buenas y amorosas entrañas, y presentóles ricas y preciosas joyas que llevaba de S. M.; despues de haberles besado la mano, volvió á Valencia, que se ardia en fiestas, señalándose más que otro ningun señor D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, que á la sazon era general de las galeras de Nápoles, en una máscara de á caballo, donde corrió S. M. con el Marqués de

Denia, que esto sabian hacer con notables ventajas de todos los mejores hombres de á caballo de aquel tiempo; halláronse en la máscara todos los Grandes y señores de España. A ésta se siguió otra no ménos lucida y de admiracion, que fué de danzas, entrando en ella los hijos de los señores, acaudillándolos Diego Gomez de Sandoval, hijo del Marqués de Denia, el primero que supo en plaza ó sala dar el primor y la novedad á las fiestas, y de quien aprendieron todos los que despues, pretendiendo imitarle, no le igualaron; en fin, espíritu de su gran padre. Honró S. M. la fiesta, danzando con la Infanta Doña Isabel, admirando y suspendiendo á sus vasallos: las galas, el oro, plata, piedras y joyas era inmenso, y lo que se derramaba en honra y esplendor de la fiesta numeroso. Pasó la Reina desde Vinaroz á Murviedro, antiguamente llamada Sagunto, donde se ve muy bien en sus ruinas los estragos que hace el tiempo áun en los edificios que por su fortaleza y duracion parecen inmortales; verdadero desengaño de toda cosa mortal. El Mártes Santo, en Nuestra Señora del Puche, se vieron los Reyes, con grande contento y alegría y de todos sus pueblos y vasallos: el Archiduque, despues de haber besado la mano al Rey y á la Infanta, pasó á Madrid en breves jornadas á visitar á la majestad de la Emperatriz María, su madre, y á su hermana la Infanta Sor Margarita de la Cruz, religiosa descalza del órden de San Francisco; donde, tomando su bendicion, volvió á Valencia á dar principio á las dichosas bodas que con tanto alborozo estaba esperando España y todo el orbe. Domingo de Cuasimodo, en que se contaban 18 de Abril, cuando la Iglesia abre los divinos erarios de sus Sacramentos, que por la muerte del Salvador habian estado ocultos y encerrados, y cuando el año abre el tesoro de las flores que habia tenido escondido y embozado el invierno; tiempo para toda accion favorable, hizo su entrada en Valencia la Católica Reina Doña Margarita, debajo de palio, con la mayor ostentacion, solemnidad y riqueza que vieron los siglos, acompañada lucidísimamente de todos los Grandes y señores de España, del Magistrado, jurados y diputados de la ciudad. La

Archiduquesa, su madre, iba casi á la gotera del palio, acompañada del Archiduque Alberto, con grande admiracion y aplauso del pueblo. El Rey vino con la Infanta á esperar al Aseo, y desde unas ventanas que para este efecto estaban prevenidas vió entrar á la Reina, que la salió á recibir de pontifical el Patriarca D. Juan de Ribera: habíase levantado un gran tablado enmedio de la capilla mayor, adornado y cubierto de ricas telas, sobre el cual estaba un sitial de gran pompa; subió en él la Reina y luégo S. M., con la Infanta. Hízose la ratificacion de los desposorios que se habian hecho en Ferrara, por mano del Nuncio de Su Santidad D. Camilo Gaetano, y siguióle luégo el de la Infanta y el Archiduque; dijo la misa D. Juan de Ribera, el cual veló á los Reyes, y á la Infanta y Archiduque el Nuncio. Acabadas y concluidas con gran solemnidad estas ceremonias, salieron del Aseo al Real, la Reina y la Infanta en una riquísima carroza, y el Rey y el Archiduque á caballo á los lados. Llegaron á palacio, donde se dió principio á muchas y muy notables fiestas de máscaras, saraos, juegos de cañas, torneos de lucidísimas y costosas invenciones, maravilla y admiracion de aquella edad. La Archiduquesa María, ántes de volver á Alemania y á sus Estados, quiso visitar á la cesárea majestad de la Emperatriz; para esto partió á Madrid, muy acompañada y servida de vasallos y criados del Rey. Y por que en tiempo de tanta alegría para las coronas de S. M. no haya ninguna accion que no haga esperiencia de su grande amor y liberalidad, siendo esa la que más les hace amados y queridos de sus vasallos y la que alienta los ánimos más desfallecidos para emprender heróicas hazañas y servicios, da el Toison al Archiduque Alberto, y al Almirante de Castilla, y al Príncipe de Malfeta, yerno de Juan Andrea de Oria; mandó cubrir al Conde de Belchite y al Duque de Hijar; hace otras muchas y muy señaladas mercedes á caballeros y otras personas que le han servido en paz y en guerra; y, dejando las cosas de Valencia al gusto y satisfaccion del reino, por condescender con los justos ruegos de los catalanes parte de Valencia para Vinaroz, donde se embar-

caron en las galeras que allí estaban, y dando vista á Peñíscola, lugar fuerte y casi rodeado de mar, no sin algunas borrascas y malos temporales, dieron fondo las galeras, á los 15 de Mayo del año en que vamos discurriendo, en el muelle de Barcelona, donde los catalanes estaban esperando á S. M. con grande alborozo y fiestas. Desembarcaron con estupenda y caliginosa salva de artillería, y desde Val-Doncellas, monasterio de monjas Bernardas, costumbre antigua de aquel Principado, le besaron la mano el Virey y todos los magistrados que gobiernan la provincia; con lo cual se encaminó S. M. á la ciudad, y en la puerta de San Anton le fueron presentadas las llaves con una elegante oracion. Diólas al Jurado más antiguo, y entrando en el palio caminaron á la plaza de San Francisco, y en un suntuoso teatro que cubria un rico dosel de oro, sentado en la silla del Rey D. Jaime de Aragon, con el estoque en la mano que habia traido el Marqués de Denia, sentados los jurados, le tomó juramento el guardian de San Francisco sobre una cruz y un misal, jurando de guardar los fueros y leyes antiguas ántes ordenados y establecidas por todos los Reyes antecesores suyos. Conseguido este acto, caminó S. M. á la Iglesia mayor, llevando asido el caballo de una parte y otra, con cordones de seda y oro, los jurados y otros muchos caballeros y hombres nobles ciudadanos. En la Iglesia mayor fué recibido del Arzobispo de Tarragona y del cabildo, jurando de guardar los estatutos y costumbres de la Iglesia, recibiendo por mano de un canónigo seis panecillos y otras distribuciones en un canastillo; costumbre que, por ser de la Iglesia, es bien que se conserve y se haga memoria della. El dia siguiente juró en la Casa de la Contratacion los privilegios y fueros antiguos de la ciudad, donde los dejaremos por escribir las facciones que el ejército católico emprendia en los Países-Bajos, por estar las armas al arbitrio y gobierno del Cardenal Andrea de Austria, con todo lo demas tocante á las provincias obedientes, por tocarle, como le toca, lo sucedido en el año de 1599, excusando los tres meses y medio, que por ser de invierno no se reconoció cosa memo-

rable, ántes que volvamos á la Infanta y al Archiduque Alberto á Flandes, para que con más claridad demos á cada uno lo que le tocare en el progreso de este discurso, sin confundir ni alterar el órden de los tiempos, poniendo en su lugar las acciones que estos dos Príncipes maravillosamente obraron, siendo las de mayor importancia á su cuidado y nuestra historia.

Prosiguiendo, pues, las guerras de Flandes, comenzadas en aquellos países desde el año 1566 (que se profanaron los templos), por D. Hernando de Toledo, Duque de Alba, esclarecido y victorioso capitan, en defensa y apoyo de la religion, castigo y enmienda de la infidelidad de aquellos vasallos, y por el católico celo del Rey D. Felipe II, donde los que las comenzaron á escribir desde aquellos tiempos, hasta el fin de su muerte, hacen progresos numerosos de las muchas hazañas y del nunca bastantemente encarecido valor de los españoles y otras naciones que en esta guerra los siguieron, mostrando su esfuerzo y valentía con reputacion singular de unos y otros; llegando pues á escribir lo que nos toca, y que le perteneció al Rey D. Felipe III, su hijo, desde el año 1598, que es el primero en que comenzó á reinar, hasta el de 609, que se efectuó la tregua entre las provincias obedientes y rebeldes, digo que la majestad del Rey D. Felipe II determinó por poner en sus continuas discordias y asedio alguna templanza y ver si con darles dueño (resolucion de los más estadistas poco aprobada), que con el vínculo del matrimonio y gusto de la sucesion los pudiese aficionar y volver á unir unos con otros, gobernando las provincias obedientes entónces, por su consejo y especial providencia, el Archiduque Alberto, su sobrino, que en ellas y en Picardía, en el Boloñés y Bretaña contra franceses habia hecho notables efectos y proezas tales, que le habian puesto en alta reputacion y esclarecido lugar su nombre, ganándoles muchas plazas; finalmente determinó casarle con su hija la esclarecidísima Infanta Doña Isabel, como ya queda referido, y renunciando aquellos Estados, dárselos en dote, con ánimo de introducir en los súbditos, y en los que no lo eran, amor, obediencia, felicidad y fortuna, y

que, con el trato y comunicacion de su hija y el del Archiduque, los holandeses entrasen (aborreciendo el ruido de las armas) en algun tratado de paz y obediencia á la Iglesia y su Príncipe. Habíase hecho pues la renunciacion en San Lorenzo el Real, aceptándolas el Rey D. Felipe III y firmándolas por mandado de su padre, las cuales se contenian en doce artículos ordenados en esta manera: Que hereden aquellos Estados, con el de Borgoña; que reserva para sí el título de Duque, los castillos de Amberes, Gante y Cambray, y la órden del Toison de Oro; que hereden los hijos, así varones como hembras, sucesivamente el uno al otro; que no teniendo sucesion vuelvan al Rey de España; que si sobreviviere la Infanta al Archiduque quede por Gobernadora, imposibilitándola á tomar otro marido, y que en caso que así fuese, pierda los Estados, y los hijos del tal matrimonio no hereden; que sobreviviendo el Archiduque, quede ansimismo por Gobernador, poniéndole las mismas cláusulas y condiciones sobredichas; que no puedan enajenar bienes ningunos; que los hijos que tuvieren no puedan casar sin licencia del Rey Católico; que si del matrimonio no tuvieren más de hija, haya de casar con alguno de los hijos que tuviere España, y que, de lo contrario, haya de perder la accion de los Países; que no puedan sus súbditos pasar á ninguna de las Indias orientales ni occidentales, enviar navíos ni tratar en ellas, ántes que, si lo hicieren, los hayan de castigar, y de no ejecutarlo pierdan el derecho que se les adjudica á los Países; que el primogénito que resultare de este matrimonio se haya de intitular Duque de Luxemburgue; que cualquiera de los Príncipes que procediere dél, que no fuere católico y contraviniere á los derechos de la religion católica, y no fuere defensor de las cosas tocantes á ella, sea excluido de la herencia. Dado, pues, fin á los capítulos antecedentes, jura el Rey Católico sobre los Santos Evangelios que hasta la hora de su vida inviolablemente guardará y hará guardar á sus súbditos y los hará enseñar y predicar, en cuanto en él es, la sacrosanta fe católica que tiene, enseña y predica la Santa, Católica y Apostólica Romana Igle-

sia, madre y maestra comun de todos; ordenando, otrosí, que los mismos descendientes hayan de hacer jurar esto á todos sus sucesores y á todas las personas, gobernadores y magistrados de las provincias, inclinándolos á guardar y observar este punto, á que se endereza el más verdadero fin de esta renunciacion. Avisa últimamente que todos los Príncipes, vasallos y feudatarios, y á los demas contenidos en el ministerio político y marcial, les obedezcan y juren por señores.

Habiendo enviado al Archiduque estas capitulaciones, y habiendo de partir á España para efectuar el desposorio, y dado órden para que en nombre de la Infanta tomase la posesion, como habemos oido, de los Países-Bajos, se levantó poderoso ejército en aquellos Estados, tal que por la ausencia del Archiduque y con la nueva renunciacion no se despertase tal accidente que pusiese de peor condicion las cosas; por lo cual en esta sazon se enviaron cartas al Cardenal Andrea de Austria, Príncipe de singular opinion, rogándole que, en el ínterin que el Archiduque volvia de España, gobernase los Países. Ejecutólo el Cardenal, y, como lo pedia la necesidad, en breves jornadas se puso en Bruselas: atendió al gobierno de aquellos pueblos y partió el Archiduque, habiendo conferido los dos en secreto de la manera y cómo se habia de encaminar aquel ejército que habia de hacer oposicion á las invasiones del enemigo y quedar para seguridad de los vasallos obedientes, si acaso pretendiesen tentar novedades ó vacilar en la fe. Salió, pues, el ejército en número de veinte y tres mil infantes y tres mil y quinientos caballos, gente escogida, soldados viejos los más, Maestres de campo y capitanes ejercitados, con larga experiencia, en ocasiones de importancia en aquellos países y en otros de la Europa, debajo de la obediencia entónces de D. Francisco de Mendoza, Almirante de Aragon, General de la caballería. El pretexto de aquella salida era no embarazarse mucho en pocas cosas, no sitiar plaza sino campear y alojalle en país ajeno y donde se pudiese tener más enfrenados á los holandeses, y, siendo posible, hacerles la guerra en su casa, sustentándole con sus contribucio-

nes, no atándose á la puntualidad de pagas y bastimentos, conservarle entero y unido para que con más prontitud acudiese á todas necesidades y adonde lo pidiese la ocasion. Partió, pues, el Almirante la vuelta de Geldres; pasó la Mosa con la caballería por Mastricht y la infantería por Ruremonda y Benlóo, con lo cual se resolvió que el Conde Federico, que hacia el oficio de Maestre de campo general, pasase hácia el Rhin con alguna parte del ejército y tomase á Orsoy, en la provincia de Cleves, sentada y puesta en la ribera una legua más abajo de Rinbergue, con propósito de hacer allí su fortificacion y asegurar aquel paso, levantando de la otra parte un fuerte, enseñoreándose de ambas riberas del Rhin. Para prevenir y facilitar este paso se habian valido de varias trazas y no pocas invenciones en Bruselas, y de mucho gasto que costó hacer un puente que, á salir bien, fuera de grande desembarazo y comodidad para pasar el rio, la grandeza del cual es tan soberbia y tan rápido de corriente que no sufre esta ni otras máquinas, que todas no las destroza y traga. Fabricáronse unas barcas muy delgadas y de poco peso, por razon de que pescasen poca agua; éstas se habian de poner en el rio, á trechos, y de una á otra se extendia una tela de cañamazo doble y muy grueso, forrado en unas cinchas y cuerdas, que se descogia sobre las barcas, y por los lados ciertos palos que las tenian tiesas y tirantes, á la manera de un bastidor, y de tanta anchura que era capaz de poder pasar tres infantes en hilera. Llevábanse estas barcas en carros, y haciendo la experiencia en el Rhin no surtió atanto efecto como se quisiera, mas, sin embargo, pasó el ejército, y se fabricó el fuerte, y se aseguraron municiones y vituallas que habian de venir de Brabante, para que nuestra gente pudiese mejor discurrir por la Frisa, y para en todos acontecimientos dejar libre el paso á la retirada; empero, atendiendo al inconveniente que podria resultar de este hecho, dejando atras una plaza del enemigo tan fuerte y bien guarnecida como Rimbergue, se resolvió el Almirante de sitiarla ántes de pasar adelante. Aseguráronse las esperanzas de tomarla, porque la

gente del presidio estaba en alguna manera consumida y fatigada de la peste. En tanto, pues, que se fortificaba Orsoy pasó el Conde Federico á tomar un castillo que estaba dos leguas de allí, medianamente fuerte, del Conde de Bruche, famosísimo hereje, que asistia en él con algunos soldados, que servian solamente de robar y matar los pasajeros y los soldados del ejército, y con más rigor á los españoles de quien profesaba ser mortal enemigo, dándoles crueles tormentos. Acometióse pues al castillo y tomóse, degollando la gente que habia en él; murió el Conde, con que se dió fin á aquella ladronera. Entretanto que estas cosas pasaban en Geldres, el Cardenal Andrea de Austria, por no tener ociosos los pensamientos, hizo juntar cuatro mil infantes que se alojaban en las guarniciones más cercanas de la provincia de Flandes y Brabante, y alguna caballería, y entregándosela á D. Agustin Mejía, castellano de Amberes, le ordenó que con escalas, cubierto de la oscuridad y silencio de la noche, procurase tomar á Breda. Intentólo D. Agustin, y cuando se halló á la vista della, sintiendo al enemigo prevenido, retrocedió del intento sin poner la empresa en ejecucion. El Almirante de Aragon, encaminándose á esta hora con el ejército á tomar á Rimbergue, se acampó delante della, mandó á los españoles tomasen el puesto de la parte de Orsoy, á los italianos de la de Colonia, y las demas naciones cerca de un fuerte que los enemigos habian levantado, que fué ocupado de los nuestros con mucha brevedad. Conseguido esto, á 4 de Octubre, se plantó por todas tres partes la artillería á la villa y se comenzó á batir, arrimándose con trincheras cerca de sus fortificaciones todo lo posible, porque se tuvo aviso que el Conde Mauricio se prevenia á toda diligencia y sacaba su gente en campaña para socorrer la plaza. Sucedió, pues, estándola batiendo nuestra gente y poniendo más diligencia que en otras partes en batir un torreon donde habia cierto número de piezas que hacian daño al campo católico, que entró una bala de las nuestras por la casa donde estaba la pólvora, y dando en un tonel, con el calor que llevaba le encendió, y abrasándose toda voló

la casa, con gran daño de la gente de guerra que allí habia, y muchos burgeses quedaron del caso tan atónitos y espantados, que luégo llamaron para rendirse. Entraron á capitular las condiciones Marcelo de Judici y Francisco Neli, por órden del Almirante, las cuales fueron que saliesen con cajas, banderas tendidas y bagaje; lo cual ejecutado se tomó la villa y salió la guarnicion que habia dentro en número de ochocientos soldados. A esta sazon habia enviado el Almirante doscientos soldados de guarnicion á Burique, villa del ducado de Cleves, enfrente de Besel y Alpem, á no más que una legua de distancia de Rimbergue, con que, asegurado el paso al ejército, comenzó á seguir su derrota y se arrimó á Besel. Fué esta ciudad antiguamente del patrimonio imperial, dada por empeño ó en proteccion al Duque de Cleves por ellos mismos; ejercítase en ella notablemente la herejía, de suerte que puede hacer competencia en errores y abominaciones de sus naturales á la Rochela, en Francia, y á Ginebra, en Saboya; acógense á ella de los Países-Bajos y de las provincias de Alemania muchos sectarios y predicantes. Deseaba el Almirante deshacer esta escuela de luteranos y meter en ella grueso presidio para tener seguras las espaldas; empero, adivinándose este suceso, los naturales, atemorizados de ver un ejército tan poderoso á sus puertas, fueron tales las diligencias que hicieron con el Almirante, que, ofreciéndole cincuenta mil escudos y algunas vituallas para refresco del ejército y fabricar un puente en la Lipa, redimieron el daño que venia sobre ellos. Pasó, pues, el ejército sobre este puente y llegó á Rez, donde se le metieron de guarnicion seiscientos infantes, y en Emerique, tierra de aquel ducado, cuatrocientos alemanes, y en esta manera se fué el Almirante, asegurando de las vituallas para todo el campo. Desde aquí determinó tomar á Dosborch, lugar situado en la ribera del Isel, y meter el ejército en país de Belua, no sin esperanza de que Utrecht viniese en algun acuerdo y otros lugares vecinos, que todos estaban con gran miedo y no poca admiracion de los buenos sucesos que el campo católico habia obrado, y más

cuando le veian que se les iba entrando por sus mismas casas. El temor y asombro que á esta sazon los naturales mismos tuvieron en Holanda fué sin encarecimiento; muchos lugares de sus contornos levantaban gente de guerra y hacian prevenciones de armas para defenderse y levantábase gran número de caballería para hacer refuerzo y oponérsele, de lo cual avisado el Almirante, puso la mira en acometer por aquella parte grandes empresas; y, viendo á Mauricio que habia salido con todo su campo y puéstose de la otra banda de Dosborch, consideró para hacerlo algunas dificultades, y porque ya era menester atender con más vigilancia á los designios del enemigo, que se le habia puesto á la frente, consideraba ansimismo, para calarse más adentro de la tierra, las aguas que podrian sobrevenir por ser ya entrado el mes de Noviembre, cuya templanza de tiempo y el no haber llovido le habian dado sazonada comodidad para campear con mayor desembarazo y llevar la gente más suelta y descansada para todo; finalmente, proveyendo sobre el accidente que le habia sobrevenido de tener ya el enemigo sobre sí, resolvió de ponerse sobre Doctecom, villa no tan fuerte, puesta á una legua grande de Dosborch; mandó caminar hácia allá la gente, no sin algun daño de la caballería, que siempre la iba cargando el enemigo, por divertirla cuanto pudiese de la empresa, mas, sin embargo, á 10 de Noviembre se rindió la villa al Almirante. Comenzaban, por estar ya tan adelante el tiempo, á faltar las vituallas en el ejército y el forraje á la caballería, porque ya el invierno empezaba á hacer su oficio y empantanar los campos con las muchas aguas que caian del cielo, con que se imposibilitaba el andar en campaña, y así acordó de meter en alojamiento el ejército y dar cuenta de todo lo sucedido al Cardenal, y lo que hasta allí se habia obrado; y cómo por estar el tiempo tan adelante era forzoso, para tenelle dispuesto y bien ordenado la primavera siguiente, alojarle. Para hacer esta embajada escogió al Conde Piglia, coronel de alemanes, que, partiendo á Bruselas, dió cuenta al Cardenal de lo sucedido, el cual, enterado bien de todo, le despachó

con brevedad, avisando al Almirante y aprobando su determinacion, y que en todo caso fuese lo más adentro de las tierras del enemigo, (pues el tiempo no daba lugar de tener el ejército más en la campaña expuesto á las inclemencias del cielo), ora fuese con violencia ó con amor, que era de todas maneras lo que convenia. El Almirante, interpretando esta órden á su modo, ó á lo que entónces más aína pudo hacer ó le obligó la necesidad, distribuyó la gente en el país de Munster, Westfalia y la Marcha, todas provincias de la jurisdiccion del imperio. Rehusaban, pues, los naturales admitir guarnicion, porque, encaminando la suya D. Luis de Velasco á Dorster, fueron recibidos con muchos mosquetazos de los burgueses de la villa, empero D. Luis, plantándoles seis cañones de batir, allanó la dificultad y le abrieron las puertas, sin embargo de haber sacado de la refriega pasado un brazo de un arcabuzazo. Alojó pues la gente necesitada y sin abrigo, con la falta de bastimentos y otras cosas de que habia casi dos dias que estaban sin sustento, acosados de los vientos y el agua, que los habia maltratado mucho; los demas tercios, valiéndose del puente de tela que no sirvió en el Rhin, pasaron la Lipa, con que se alojaron en Dorster mil infantes y los démas en las otras villas más adelante; de manera que á los 15 de Diciembre estaban todos acomodados, no sin gran enojo y pesar de los burgueses, viéndose agravados de todos los cabos, oficiales y otras gentes, de las contribuciones que les imponian y ellos se hacian pagar, extendiéndose las quejas por todas las provincias del imperio, hasta ponerlas en las orejas del Emperador muchos de los protestantes alemanes; con que se despertaron nuevas inquietudes y desasosiegos que amenazaron alteraciones, como presto veremos, desayudando mucho á las cosas del Almirante y dando calor á sus émulos; que los tenia grandes, para que le emulasen esta accion. Sin embargo, puso su corte en Rez y alojó en ella, haciendo levantar de la otra parte del rio un fuerte que hacia frente á la villa, y guarneciéndole de artillería y soldados aseguró el campo católico, y pasó allí el invierno.

Las quejas de este alojamiento pasaron tan adelante, que muchas de las villas, que no habia llegado á ellas ni alcanzado á meterles guarnicion, se armaban, en caso que lo quisiesen hacer, para defenderse de esta carga y para no admitirla; el Cardenal sentia mucho esto, no pudiendo por entónces dar tolerancia á los desabrimientos nuevamente comenzados, quisiéralos remediar, empero no hallaba fácil el camino que le abriese comodidad para desalojar, por entónces y en la mitad del invierno, un ejército que era á la sazon la llave y defensa de aquellos Estados. Dió cuenta de todo esto al Archiduque, que á esta hora se hallaba en Italia, de vuelta para Flandes; respondióle que por entónces no hiciese novedad, que con su llegada se remediaria todo, que procurase templar el disgusto de aquellos pueblos con la esperanza de que para la primavera sacaria de allí la gente, y se les daria satisfaccion de los gastos que hasta allí se hubiesen causado. Ejecutó esto el Cardenal, empero los ánimos, que ya estaban ofendidos, no se quietaban. Hizo dar sus pagas á los amotinados de Amberes, Gante y Lira y en otras plazas, solicitando en España que se enviasen dineros, procurándolo entretanto con los Estados, de que no se ofrecian pequeñas dificultades. Ocurriendo con diligencia y vigilancia á esta necesidad, al gobierno y manejo de negocios que nunca faltaban, y entónces con mayor presteza, á la provincia de Artois, de donde tenia aviso que franceses, continuos inquietadores de nuestro sosiego por la emulacion á la majestad y grandeza de España, que tantas veces los ha hollado, pretendian por trato ó por fuerza tomar algunas plazas de aquellas fronteras, hizo dar aviso de esto á Enrique, disculpándole con que no lo sabia para confundirle, reconviniéndole de esta manera á la enmienda y al remedio. El Rey se disculpaba con la misma prefaccion del Cardenal, estratagema muy ordinaria cuando ven que los entienden los pensamientos; con que este accidente se sosegó. Padecia en esta sazon el ejército en la provincia de Westfalia continua necesidad de vituallas, con que crecia por horas el desden de los soldados, y á este paso el de los naturales de la tierra,

porque les apretaban á que las diesen y las buscasen, y pareciéndole á Mauricio era urgente ocasion esta para intentar algo en daño de la gente católica, trató con los *burgeses* de la villa de Emerique que echasen fuera el presidio de cuatrocientos alemanes que tenian dentro, que les haria espaldas para que lo pudiesen acometer; con lo cual, y con haber quedado todos de acuerdo para la ejecucion, se presentó delante de la villa con diez mil infantes y diez piezas de artillería, número desigual á tan cortas fuerzas como en aquel puesto tenian los nuestros, y avisándoles que se saliesen, no hallando modo ni manera cómo poderse defender ni conservarse, dándoles segura escolta, y acomodándose con la necesidad del tiempo, salieron, quedando la villa con mucho contento del desembarazo; mas presto probaron, y les dió á entender la experiencia, que el amigo disimulado y con siniestra intencion no les salió tan bien como el que traia siempre el corazon en las manos y el semblante sin doblez. Conseguido esto, el Mauricio, siendo avisado de cuán ásperamente habian tomado los Príncipes herejes del Imperio que se hubiese alojado el ejército católico tan cerca de sus provincias, procuraba con cuantas veras podia, como siempre lo ha tenido de costumbre, afeándoles la accion, encenderlos en armas, persuadiéndoles á que las tomasen para echarlos della, hacernos más odiosos y con más enemigos para disminuir nuestras fuerzas y acrecentar las suyas. Pareciales, pues, á aquellos Príncipes que era hacer ofensa á su libertad y exenciones, por lo que con facilidad se movieron á la persuasion de Mauricio y dieron en juntar gente de guerra, municiones y bastimentos para salir á la demanda. Procuraba el Cardenal templar este desórden con cartas que para ello enviaba al Emperador, y, avisando de todo al Rey Católico y á sus ministros, le exhortaba á que lo hiciese y procurase serenar esta tempestad que se disponia á bajar sobre los Países Bajos, solicitada de sus enemigos y de otros que tantos siglos há habia, derivándose de abuelos y padres, que no podian tolerar su poder y grandeza y el ser tan opuesto á su materia de Estado y religion, y que le habia afir-

mado allí la naturaleza y el cielo para enfrenarlos y tenerlos á raya; porque tambien en esta ocasion se daban á usar demasiadamente de estas quejas por la pretension que cada uno dellos tenia de meterse á gobernar los Estados de Cleves, viendo á su Príncipe tan imposibilitado de poderlo hacer por sus achaques, para con este ardid hacerse dueños y señores dellos. Mas, sin embargo de todo esto y de los desasosiegos que causaba allí el alojamiento del ejército, lo mal hallados que estaban unos y otros, la fuerza que se hacia á los naturales, los asaltos que se habian dado á las villas que no los habian querido admitir, las contribuciones que se hacian pagar los soldados, el Almirante, no obstante, puso los ojos en que los de Besel, villa rica y populosa, seminario y escuela de herejes, ó por miedo ó por amor, admitiese la religion católica y apartase de sí la herética, los instrumentos y dogmatizadores. Tratólo, para hacerlo con más sazon y comodidad, no sin grande ardid, con algunos del Magistrado que de ordinario venian á Rez á tratar con él algunas materias de la guerra y provision del ejército, á los cuales, entre unas pláticas y otras, con generoso ánimo y resolucion los exhortó desistiesen de la senda que llevaban de perdicion y volviesen al camino real y derecho que ántes habian tenido, y el que habian por tantos siglos seguido sus padres y abuelos; que se apartasen de los errores, que hombres viciosos y de costumbres estragadas les habian introducido en la villa; que se volviesen á Dios y á la religion católica y militasen debajo del estandarte de la Iglesia como verdaderos hijos del Evangelio. Ellos le respondieron, cautelando la ocasion, lo tratarian con las personas principales de la villa, que ellos por sí solos no lo podian resolver, y que confiaban vendrian todos en ello y seria obedecido en cosa que, por todos caminos y á todas luces, parecia justa. Despidiéronse del Almirante, no sin harta confusion y cuidado, porque, cuando esta secta se apodera del corazon, enseñado á delicias, con dificultad y tarde la deja y se entra por las puertas de la verdadera sabiduría. Finalmente, llegaron á la ciudad; juntaron todo el Magistrado y los que gober-

naban los oficios más preeminentes, y dándoles cuenta de la proposicion del Almirante se alteraron, y sin tratar de lo más importante discurrieron en prevenir lo que les podia suceder no aceptándolo; y resueltos de no hacerlo con verdad, cómo le podrian engañar. Discurrian los más pláticos y atentos á sus comodidades que debian condescender por entónces con lo que se les pedia, por no caer en las manos de aquel ejército tan poderoso que por tantos dias habian tenido en sus contornos, deseoso de alojarse en sus burgos, codicioso de las riquezas que habia en ellos, y que seria posible, si no lo hiciesen de grado, lo acometiesen con la fuerza, entrándola por asalto y poniendo á saco sus haciendas y vidas; que aquel ejército era imposible estuviese allí más tiempo que hasta los principios de la primavera, porque los Príncipes del Imperio hacian muchas instancias con el Cardenal Andrea de Austria, con el Emperador y Rey Católico, le sacase de allí, y que esto seria sin duda, porque áun se temian de un ejército que se levantaba en Alemania, solicitado de nuestras quejas, de los intereses particulares de aquellos Príncipes y de las provincias de Holanda; que se engañase al Cardenal y se le avisase como le querian obedecer, que el tiempo adelante, como maestro de todas las cosas, les diria lo que habian de hacer y mudaria de tal suerte los sucesos y los de aquel ejército, como lo habia hecho de otros tan numerosos y pujantes, que pudiésen muy á su placer arbitrar en lo que más fuese á su propósito. Pareció á todos muy bien el discurso y abrazaron el consejo, y señaláronse personas que lo fuesen á decir al Almirante. Esparcióse luégo al instante este caso por la villa, empero algunos católicos, que por providencia divina y no sin particular misterio permite Dios que los haya en la república más herética y depravada para lo que él sabe que convendrá algun dia, entendiendo la malicia del tratado y con el engaño que esto se hacia, dieron cuenta dello al Almirante para que no se dejase engañar, y á un mismo tiempo la respuesta del Magistrado en que admitian de buena gana la religion católica y apartarian de sus moradores la herejía; mas

el Almirante, fiando de Dios lo que no se puede acabar por la malicia y perversos intentos de los hombres, sabiendo que su brazo y poder es sobre todo, dió calor á lo comenzado y escribió al Duque de Cleves y á los de su Consejo suplicándoles se hallasen á la reconciliacion de aquella villa con la Iglesia, y por el consiguiente á Monseñor Garzadoro, Nuncio del Papa, que residia en Colonia, para que se hallase en este acto tan perteneciente á su oficio y dignidad y le diese autoridad y perfeccion con su presencia. Holgó mucho el Duque del aviso del Almirante, y el Nuncio recibió especialísimo contento, y así respondió que se pondria luégo en camino para obedecerle. Partió luégo el Nuncio á poner ejecucion en obra, que, si bien se dudaba de la perseverancia, se fiaba todo del cielo, y en breves jornadas llegó á Burique, pequeña villeta enfrente de Besel y avisó á la villa de su venida; la dilacion fué tanta y la respuesta tan fria, que muy bien se conoció el ánimo con que los naturales se portaban. Sin embargo el Nuncio se atrevió á entrar, y con no más escolta que la que se le habia dado de veinte soldados para la guarda de su persona se entró en ella, y fué alojado con grande aplauso y ostentacion del Magistrado, y visitado magníficamente dellos, haciéndole muchos presentes; halláronse allí los del Consejo del Duque de Cleves y un diputado del Emperador. Fué avisado tambien el Nuncio del modo con que éstos se reducian, y, avisándolo al Almirante, respondió que la frecuencia de los Sacramentos y uso de la doctrina católica producirian tales efectos, que lo más desesperado tendria remedio y lo más muerto cobraria vida. Vínose, pues, á la ejecucion, y resolvióse por todos los del Magistrado que se restituyesen en manos del Nuncio todas las iglesias de la villa y los bienes eclesiásticos para el sustento de los sacerdotes; que se excluyesen della todos los predicantes y maestros de escuela herejes, sin que quedase ningun ejercicio público de esta perversa semilla; que se dilatase en ella la religion católica romana. Tomó el Nuncio la posesion de las iglesias, y vestido de ornamentos pontificales, á 7 de Enero, las fué á bendecir, primero la mayor y luégo

las demas por su antigüedad, en presencia de todos los más principales de los diputados del Emperador y el Consejo del de Cleves. Acudió el pueblo á las sagradas ceremonias, más por curiosidad que por religion; predicaron en los púlpitos algunos padres de la Compañía de Jesús y el cura de Emerique, con grande fervor y deseo de aprovechar y reducir aquel pueblo ciego con las tinieblas de la ignorancia, cuyo efecto veremos adelante y en la prosecucion de este discurso.

Referidas, pues, las empresas que habia obrado el ejército del Rey Católico por el Almirante de Aragon D. Francisco de Mendoza, y tambien el haber dado el Cardenal Andrea de Austria satisfaccion por su persona en Amberes á los amotinados, sacado los del castillo y puesto otros en su lugar, porque no sucediese otro desórden como el pasado en tan rica y opulenta villa, porque los amotinados abrian las puertas á todos los malcontentos del ejército para que se agregasen con ellos, de suerte que cada dia iban creciendo á tan excesivo número, que casi se temia accidente de cuidado, y satisfecho tambien á los de Gante y Lira, si bien no tan culpados porque no quisieron por ningun caso, aunque acudian á los castillos mucha de la gente de guerra, seguir el ejemplo de los de Amberes, con que se tomó con ellos más humano y blando expediente, no dejando sin graves castigos á los otros, desterrándolos de los Estados y imposibilitándolos de poder más servir al Rey en estos dias; pues, atendiendo á todos cuidados, deshizo que franceses, siempre inclinados á trato doble, no se alzasen con Cambray por la inteligencia de M. de Baligny, á quien la quitó con raro y excelente valor en los años pasados el Conde de Fuentes. Avisó, pues, de este trato el Cardenal al Rey Enrique IV de Francia, para que hiciese la enmienda que pedia el caso; disculpóse con que no lo sabia, y, mostrando enojo con el Baligny, no tuvo efecto la trama. Apretábanle no obstante, sin dejalle respirar, á que sacase el ejército del alojamiento donde todavía estaba, con requerimientos y embajadas de los Príncipes protestantes, diciéndole que mandase sacar de allí aquel ejército, donde no, que lo

procurarian con las armas. El Cardenal respondió al Marqués de Brandemburge, al Palatino del Rhin y al Duque de Vitemberge y á otros Príncipes, que no era posible sacarle de los alojamientos hasta los fines de Marzo, que para entónces daba la palabra de hacerlo. Eran notables las lágrimas que cada dia se oian de los burgeses, con que se resolvieron á bajar con ejército numeroso á sacalles de este trabajo, estorbando los de Colonia que no bajasen vituallas al campo católico, de lo cual se padecia notable falta, y pasara más adelante si don Luis de Velasco en persona no lo remediara, con órden del Almirante, pasando á Colonia y acabando con el Magistrado los dejasen pasar, asegurándoles que muy en breve saldrian en campaña y les dejarian libres las tierras. El Conde Mauricio, no dejando perder ocasion, solicitaba en Alemania con mayor ardor estos movimientos, aumentando enemigos á la corona de España, para lo cual envió al Conde de Olac, que á toda prisa los conducia á que juntasen sus fuerzas con las de los Estados para contra los nuestros; envió ansimismo á Francia á Mr. de La Nobe, cabeza y caudillo de hugonotes, para que hiciese levas de gente y las enviase á Holanda. De esta manera en aquel reino se faltaba á la paz jurada tan pocos meses ántes, y de esta manera se iba contra la palabra, pensando por aquí restaurar los agravios recibidos, que son tantos que áun les parecen pocas las ofensas para henchir el vacío de la satisfaccion. Empero el Cardenal, como Príncipe vigilante, atendia á todo, y prevenia remedio á estas inteligencias haciendo publicar en Bruselas y en Amberes, en nombre de la Infanta y del Archiduque, un bando en que mandaba que ninguno de sus vasallos tratasen, ni por mar ni por tierra, con ninguno de los de Holanda y Celanda, extendiéndose este edicto hasta las provincias de la Frisa, debajo de graves penas contra los que lo quebrantasen, derogando los asientos contraidos hasta allí entre rebeldes y obedientes, con deseo de impedirles el trato y quebrársele con que á costa de los miserables de su provincia perseveran en la guerra y en la rebeldía. Revolvieron, pues, los holandeses con otra

igual pragmática prohibiendo lo mismo á los suyos, descubriéndose por estos dias el trato que se intentó para tomar á Nimega por algunos católicos que habia dentro, que dieron luégo al castigo, como ni tampoco surtió á efecto el tomar por escalada á Bergasopzoom y Breda, retirándose con alguna pérdida de nuestra gente, siendo descubiertos y rechazados; con que el Mauricio se resolvió de salir en campaña con todas sus fuerzas, á los principios de Marzo, con intento de impedir al Almirante de Aragon las fortificaciones que hacia en el Rhin; de lo cual, no saliéndole como lo pensó, ántes con pérdida de soldados y reputacion, se retiró y acordó de reforzar y fortificar el fuerte de Schenque, porque temia que habia de ir sobre él el ejército católico, avisado de espías ó prevenciones. El Almirante á esta misma sazon atendia á prevenir todo lo necesario para salir la primavera y ponerse sobre alguna plaza, solicitando con priesa y diligencia los aparejos y pontones que se hacian en Grave para el paso de soldados y artillería, habiendo restaurado á Emerique; y el Cardenal, por el consiguiente, las municiones y vituallas para ocurrir á todo el ejército de Holanda y al de los Príncipes del Imperio, de que ya se tenian nuevas que bajaba á deshacer los agravios del alojamiento hecho en tierras imperiales. Quiso el enemigo, sin embargo, revolver sobre Emerique, y para esto, sacando muchas tropas de su caballería, se fué encaminando á ella, corriendo y robando la campaña, con ánimo de incitar el presidio á seguirle, y, siguiéndole, meterle en emboscada y degollar la gente. Sucedió ansi, que estando el Conde de Bucue dentro por gobernador, soldado de encarecido valor y experiencia, con mil hombres de todas naciones, salió á ellos, y, viendo que se llevaban los ganados, con parte de su gente los fué cargando de manera que les quitó la presa. Los enemigos, pues, haciendo su retirada como lo habian pensado, el ardor del Conde y de los suyos fué tal en seguirlos, que dieron en la emboscada; peleó como valiente soldado, de suerte que, siendo los enemigos tan superiores en número, matándole mucha de su gente, no faltando á lo que debia,

fué preso y herido con algunos de los suyos y Mr. de Chalon, nieto del Conde de Mansfelt. Fué la prision del Conde de Bucue muy sentida del Cardenal y el Almirante y de todas las personas más principales del ejército, porque su consejo y espada se echaria ménos, si bien la pérdida de su gente no fué de consideracion. Deseoso el Rey Católico de llevar adelante, y con la reputacion que hasta allí, la guerra de los holandeses en los Países Bajos y anteponer este cuidado á todos los demas de que con el oficio de Rey se habia encargado, codicioso de no menor honra que sus antepasados y de extender su nombre sobre todos los mortales, adornado de piedad, religion y justicia, deseoso de aumentar la una y de conservar la otra, como lo exhortó y dió á entender en el primer Consejo de Estado en que se halló y así se lo aconsejaban sus ministros y confidentes, hizo provisiones de dinero y alentó con sus órdenes que se hiciese la guerra muy brava y encendida á aquellos rebeldes á Dios y á su Príncipe; con lo cual el Cardenal Andrea de Austria se dispuso con la sazon y comodidad del tiempo, habiendo dado sus pagas á la gente de guerra y proveídola de todo lo necesario, de sacarla en campaña, y así resolvió que saliesen por los fines de Marzo de los alojamientos, como lo tenia prometido á los Príncipes del Imperio. Y para encaminar los designios de la guerra de aquel año y hacer alguna faccion de importancia que diese aumento á nuestra reputacion, salió de Amberes y pasó á Mastrique, y juntando allí al Conde de Mansfelt, al Duque de Arschot, al Conde de Brandemburge, y haciendo venir al Almirante de Aragon y á D. Luis de Velasco y á otras personas del Consejo de Guerra, Oficiales y Maestres de campo del ejército, les propuso á todos y les advirtió diesen su parecer sobre qué plaza se podria poner el sitio. Discurrióse largamente sobre esto y cada uno dió su parecer: el Almirante decia, y áun lo deseaba, que se sitiase el fuerte de Schenque, que seria de mucha consideracion para hacer grandes entradas por la Frisa, se conseguirian muchas plazas y se aseguraria todo Geldres, y se le quitaba al enemigo gran beneficio en las con-

tribuciones que sacaba de los villajes de aquel contorno, con gran daño de las rentas de los Estados, por las muy gruesas guarniciones que aloja allí cerca; mas el Cardenal y otras personas del Consejo contradecian esto, y eran de parecer que se fuese sobre Bomel, de que se seguiria mejor comodidad para la entrada del Baal y el Rhin, y se facilitaba la empresa de Nimega y otras plazas, donde se tenian ya introducidas inteligencias con algunos católicos, tales que aseguraban que en pasando el ejército, se declararian por el Rey. Oponíanse á esto el Almirante y los que seguian su parecer, advirtiendo las dificultades que se suelen ofrecer en pasar riberas en tiempo que los rios, que han tenido sobre sí el invierno y que apénas los ha dejado, abundan sobradamente de agua, por las continuas lluvias y por las corrientes grandes que se les han entrado dentro, de las muchas nieves que se derriten y caen de las montañas, con que excediendo de sus límites, y por aquellas partes bajas principalmente, anegan y hacen pantanosa lo más de la campaña; con que ni es posible campear con desembarazo ni caminar con soltura, y ser posible y áun forzoso poner á riesgo de perder la artillería, no pudiéndola llevar ó sacar de los pasos dificultosos. Pasóse ligeramente por esta proposicion, enviando á reconocerla, y hallando no ser la mayor ni lo de más embarazo, propuso otra el Almirante, diciendo el impedimento que solia haber en pasar á tomar puerto en la isla, porque el enemigo se opondria á la desembarcacion con ejército y con armada, que la tenia pronta y buena; mas sin embargo, y con todas estas dificultades, el Cardenal persistió en su parecer, al cual se acomodaron muchos del ejército, no sin gran disgusto del Almirante, que le pareció se intentaba empresa dificultosa, y ansí lo fué. Finalmente salió el ejército en campaña, no dejando del todo libres los alojamientos, entendiendo el Almirante que con su ausencia ocuparia los más importantes el enemigo; y así le fué forzoso dejar guarnicion en Rez, Rimbergue y Genep, no sin grave sentimiento del Duque de Cleves. Marchó pues el ejército, dividido en dos trozos, por ambas riberas del Rhin, há-

cia el fuerte de Schenque; creyó el Mauricio que nuestra gente le iba á tomar, y así, puesto su ejército en la Belua, que hizo pasar por un puente que habia echado en el brazo del Rhin, hácia el villaje de Ceberdos, para poder desde allí dar la mano al fuerte y socorrerle, juntamente con Doesborch, que está allí cerca, dejando libre el paso á la retirada á las municiones y vituallas, por tierra y mar, estuvo á la mira y no sin gran cuidado de nuestros designios. Acampóse, no obstante, el Cardenal delante del fuerte, con parte del ejército y muchas personas principales, por la parte de Cleves; el Conde Federico por la de Emerique, con seis mil infantes y doce compañías de caballos. Hízose muestra de querer plantar la artillería y comenzar á batir, empero á la misma hora ordenó al Maestre de campo Zapena que con su tercio de españoles, y La Barlota con el suyo de walones, y Stanley con el de irlandeses y otras compañías, todas en número de hasta cinco mil infantes y doce piezas de artillería, fuesen á tomar pié en la isla de Bomel y ocupasen los puestos más importantes de la villa; que desde Grave bajasen los pontones, que para este efecto estaban hechos, en que llevar municiones y vituallas, que el Coronel Barlota, en entrando la isla, se arrimase á la tierra, y que Zapena tomase pié en ella, por la parte de arriba, en la punta donde se juntan los dos rios Mosa y el Baal, y que Stanley ocupase un fuerte del enemigo que estaba de la otra parte del Baal, llamado Borden, y que desde allí haciendo un puente de los pontones, lo asegurase con dos fuertes de una parte y otra para que pasase el ejército, y que luégo que esto fuese ejecutado se levantase del fuerte y acudiese al paso y guarda del puente; encargándoles mucho la puntualidad, vigilancia, union de capitanes y soldados y buen efecto en la empresa. Con la órden que les dió el Cardenal, partieron los Maestres de campo; llegaron á la isla, y la poca conformidad de unos y otros, siendo lo que con más cuidado se les fió, hizo que nada de esto surtiese á efecto. Perdiéronse algunas barcas, y, con poco daño que recibió el enemigo, se hubieron de retirar á Grave. Sintió el Cardenal notablemente

el mal efecto de esta faccion, y más cuando fué enterado que habia sido todo por desavenencias de los Cabos; llegándole á esta sazon nuevas, con que se le aumentó más el pesar, de que ochocientos alemanes que habia de guarnicion en Rimbergue se habian amotinado y echado fuera la de españoles, que no siguieron su ejemplo. Sin embargo del mal suceso de los Maestres de campo, el Cardenal revolvió sobre la empresa y mandó á Barlota tornase á tomar pié en Bomel, en tanto que su persona llegaba con la resta del ejército; el Coronel lo hizo, atrincherándose en ella á pesar del enemigo, que se lo procuró estorbar, y se puso á la frente de Crevecoeur, con intento, á lo que se entendió del Cardenal, de quitar aquel padrastro á Bolduque. Conseguido esto, mandó al Conde Federico que con tres mil infantes fuese desta parte de acá de la Mosa, sobre el mismo fuerte, y hallándose Barlota de la otra parte, y sobreviniendo el Cardenal con lo restante del ejército, que siguió al Conde Federico, á tres tiros de cañon se rindió Crevecoeur, y salió la gente que estaba dentro sin armas ni banderas, con no más de las vidas á merced. Conseguido esto, le pareció al Cardenal que seria bien tomar á Bomel, para ser más señor del paso del Baal, que era lo que más importaba; mas, en primer lugar, pareció asegurar ambos diques de la Mosa y Baal para impedir los socorros y designios del enemigo, para lo cual se mandaron encaminar hácia aquella parte ocho mil hombres á cargo del Conde Federico y de los Maestres de campo D. Cárlos Coloma, D. Alfonso de Avalos, La Barlota y Stanley; caminaron, pues, en prosecucion de la empresa. La oscuridad de aquella noche fué tal que no dió lugar á que se hiciese nada, difiriéndolo para el dia siguiente, en que se perdió grande ocasion, porque, apénas comenzaron á fortificarse en el dique de la Mosa, cuando descubrieron de la parte del Baal todo el campo del Mauricio; la falta de municiones y de gente respecto de la que habian visto del enemigo no dió lugar á pasar á ocupar el otro dique. Adelantóse Mauricio á prevenir el riesgo en que se hallaba; echó luégo un puente, y haciendo pasar número competente

de soldados socorrió la plaza, que estaba falta de gente, municiones y vituallas, con que imposibilitó por entónces el que la tomasen los nuestros, lo cual no hubiera sido si desde luégo y con toda la masa del ejército la hubiéramos acometido. Hallábase el enemigo á la sazon bien armado y con ejército más opulento que otros años, pues pasaba de diez y ocho mil soldados entre infantería y caballería, con los socorros que les habian llegado de Inglaterra y Francia. Visto el Almirante que para oponerse al enemigo eran menester más fuerzas, pasó á la isla con razonable número de caballos y de infantes en pontones y avisó al Cardenal que para desalojar al Mauricio era menester la resta del ejército que S. A. tenia, porque se iba ya fortificando á toda priesa en el dique de la otra parte del Baal. Con este aviso del Almirante ocurrió el Cardenal con la gente que tenia, empero á sazon tan cruda que estaba ya fortificado á esta hora Mauricio, guarnecida la villa y proveida de todo lo necesario, ocupados los diques de ambas partes de la tierra; y, para tener la gente más pronta en las salidas y retiradas, encaminó una trinchera hácia la parte de Heusden, desde donde hacia mucho daño al campo católico. El Almirante, advertido de este inconveniente, resolvió de asaltarla, y, peleando valerosamente españoles y italianos, la ocuparon. Revolvió el enemigo sobre ella al anochecer y tornóla á ganar, de donde salió herido de un mosquetazo D. Alfonso de Avalos. Deseaban los enemigos, aunque habian vuelto á cobrar la trinchera, acometer las nuestras, y así, un dia al amanecer salieron en número de cinco mil soldados entre franceses y ingleses. ¡Y parecerá despues rara la obstinacion y defensa de holandeses! ¡Qué mucho, si en esta faccion sola pelea el Rey de España contra las fuerzas de dos Reyes, cada uno por sí solo de tanta consideracion como es el de Francia y Inglaterra, dejando aparte las demas naciones y protestantes que los ayudan! Finalmente, salieron los enemigos y embistieron con la punta de una trinchera, echaron della la guarda ordinaria que tenia, cubiertos de una niebla tan espesa, que no se veian los unos á los otros; acudieron españo-

les y italianos á la defensa, y cerrando gallardamente con los enemigos los rechazaron con pérdida de trescientos hombres, un Coronel inglés y seis capitanes, sin más pérdida de nuestra parte que de cincuenta soldados. Pocos dias despues hicieron otra salida, donde volvieron como la primera, si bien salió herido en una pierna el Coronel Mr. de Achicourt, soldado de mucho valor y que ha servido al Rey muchos años en los Estados de Flandes. Reconocíase cada dia más las dificultades de la empresa, para lo cual y dar más calor á la expugnacion de la plaza pasó el Cardenal á Bolduque, para desde allí enviar más artillería, municiones y vituallas al campo. Con la ocasion de esta jornada pasó á Bolduque el Marqués de Burgau á visitar al Cardenal, su hermano: envió las vituallas al ejército y ordenó que el Duque de Arschot levantase un regimiento de walones, el Conde de Endem otro de alemanes y otro de alemanes bajos, con que se fueron rehaciendo los tercios, que estaban muy faltos de gente con las continuas salidas del enemigo, con las enfermedades y los que cada dia se iban y mataba el artillería; con que se sentia dificultad en la empresa, y, lo peor de todo, desunion y poca conformidad en los Maestres de campo, Cabos y oficiales, que, si bien el Cardenal procuraba reducirlos y concordarlos, como su gobierno era tan corto y estaba ya tan cerca de espirar, ni apretaba demasiadamente las cosas, ni las personas principales del ejército se ajustaban á la obediencia, como era justo ni como lo piden los preceptos de la milicia, con que se obraba con ménos calor de lo que convenia y era necesario á la faccion.

El cuidado de esta empresa tenia al Cardenal Andrea no sin mucha desconfianza, por cuanto estaban los holandeses muy armados y prevenidos de todo lo necesario, y nuestras fuerzas en el estado que habemos referido, empero, como Príncipe vigilantísimo, acudia á todo y discurria sobre lo que seria bien hacer. La falta de gente, por la mucha que se habia menoscabado, era lo que le tenia con gran desvelo, para lo cual, desde Bolduque, donde se hallaba para estar más ad-

vertido de la necesidad y remediarla, escribió al Maestre de campo D. Cárlos Coloma le avisase muy por menudo el estado del ejército del Rey y el número de gente que tendria, y por el consiguiente lo que sentia del expediente de la empresa que se habia movido y del efecto que podia tener. D. Cárlos respondió á todo con el juicio grande y maravillosa experiencia que tenia de la guerra y los muchos años que en aquellos Estados habia militado debajo de la disciplina de tantos y tan esclarecidos Capitanes, y le dijo que en los años pasados, y áun en los que habia gobernado los Países Bajos el Duque de Parma, habia oido decir á personas pláticas, de canas y consejo y grandes soldados, que haciendo un fuerte real en la punta que hacen el Baal y la Mosa, en la isla de Bomel, se impediria la comunicacion de los dos rios á los holandeses, y que sin duda ninguna se les quitaria gran comodidad y interés del comercio, con que menguarian sus fuerzas y se les seguiria notable daño, quiebra y descrédito en sus designios y conveniencias; y que de esto y del estado de las cosas avisaba á S. A. para que en todo hiciese lo que fuese servido y lo que más conviniese. El Cardenal, con la respuesta que le envió D. Cárlos, deseoso de acertar en todo, no pareciéndole mal la advertencia, habiendo salido del campo del enemigo dos dias ántes un ingeniero aleman que aprobaba el mismo parecer, el Cardenal, informándose de los más pláticos de la tierra, pasó al ejército, y juntando al Almirante, á D. Luis de Velasco y todos los Maestres de campo y personas principales que se hallaban en nuestro campo, les propuso el caso. Todos dieron su parecer, y constantemente pareció por voto de todos que se debia levantar el fuerte, con lo cual fueron á reconocer el puesto y dónde seria más á propósito el fabricarle; y siendo visto y aprobado de todos, se echaron los cordeles y se comenzó á delinear y á trazar, no sin gran riesgo de la artillería del enemigo, que continuamente estaba tirando. Y para que se comenzase la obra más cumplidamente y con más perfeccion se ordenó á D. Luis de Velasco que con dos mil infantes levantase una trinchera hácia el Baal, que bastase á cubrir

los gastadores que habian de trabajar en el fuerte; y que don Ambrosio Landriano, Teniente General de la artillería, se alojase con toda ella de esta parte de acá de la Mosa para asegurar las vituallas y municiones que venian de Grave, y tambien por remediar la falta de forraje que padecian en la isla, y que para asegurar el cuartel pasasen dos mil infantes, repartiéndolos en los puestos y avenidas más necesarias. Alojó pues el Teniente General, con parte de su caballería, en el villaje de Grotolete, frente de Boerden, que le tenia el enemigo, y en Lotoien, hácia Mega, media legua apartado, el caballero Melzo, con siete compañías de caballos; y más adelante, á otro tanto camino cerca de la Mosa, D. Fernando de Guevara con la suya, entre Mega y Rabestain, y en su prosecucion, con cinco compañías, se alojaba Joan de Contreras Gamarra, Comisario general de la caballería; con que desde Grave á Bomel estaba seguro el paso para las vituallas y impedidas las correrías del enemigo. Á esta hora, en Besel, el culto de la religion y veneracion de las imágenes y aras sagradas andaba de muy mal talante: los herejes, viendo alejado de sí el ejército del Rey, embarazado en empresa dificultosa y enfrascados en otra de no menor dificultad, que era levantar el fuerte, y viendo que en Alemania se prevenia un ejército poderoso contra el católico, hecho por los Príncipes protestantes en desagravio del alojamiento de Wesfalia, lo que hasta allí habian fingido en materia de verdadera religion y de haberla admitido se declararon y arrojaron de sí con grande ignominia, impidiendo los sacrificios y sermones, no sin grandes amenazas y malos tratamientos de los herejes. Pretendia el Nuncio del Papa, no sin grave sobresalto y congoja del caso, con su celo y persuasiones piadosas, remediar este desórden y reducir esta infidelidad á consonancia, mas era en vano, ántes era rechazado con amenazas de que se saliese de la villa, si no que se valdrian para ello de la fuerza. Con esto los predicantes herejes, que andaban huidos y recatados de los jesuitas y otros sacerdotes penitentes, salieron en público y desvergonzadamente ejercieron sus prédicas. Viendo

pues el Nuncio que el mal pasaba tan adelante, que tocaba en insolencia, y que ni ruegos ni exhortaciones justas tenian remedio, avisó al Almirante de Aragon del suceso y el peligro en que se hallaba; el cual, no ignorándolo y deseando sacarle con reputacion y la dignidad sin vituperio, con un capitan del ejército avisó al Magistrado que el Nuncio de Su Santidad tenia necesidad de hallarse en la eleccion de Arzobispo de Tréveris, y que así hablase al pueblo se portase con reverencia y cortesía con él en la salida, que, donde no, tomaria la satisfaccion dellos que convenia y fuese ejemplo para los otros; con lo cual el Nuncio y los Padres de la Compañía de Jesús salieron otro dia, sin que persona alguna se les atreviese, acompañados de cien soldados católicos que envió el Almirante para su escolta, quien deseara ántes emplear todo el ejército en asolar y destruir aquel seminario adúltero y depravado en la verdadera religion, empero la ocasion en que se hallaba no daba lugar para ello, si bien siempre fué este su intento desde que llegó á campear por aquellas partes. Finalmente, el Nuncio, sin quiebra de estimacion, tomó el camino de Colonia, y los de Besel volvieron al progreso y teson de sus herejías. El Mauricio, entretanto, viendo que se levantaba de los puestos que habia ocupado nuestro campo de alrededor de la villa de Bomel, no pudiendo adivinar lo que aquello pudiese ser, solemnizaba con salvas de artillería el suceso de suerte que parecia se desencajaba la máquina universal del cielo, empero, reconociendo la intencion de los nuestros, creyendo habian dado en gran pensamiento y acertado y despertado puesto, para ellos de consideracion y para él muy peligroso, algo más mojada la pólvora que ántes habia desvanecido en salvas, con la mayor parte de su gente se subió más arriba, al opósito de los que trabajaban en el fuerte, y se cubrió de una gran trinchera, pensando con ella asegurar su gente. Empero no le salió como lo habia imaginado, porque D. Luis de Velasco plantó veinte piezas á lo largo del dique, con que no sólo hizo retirar los bajeles que subian por el Baal á estorbar la obra del fuerte, empero hizo mucho daño

en sus cuarteles. Contra esta máquina de artillería levantó el enemigo una plataforma y puso en ella algunas piezas, con que de ordinario alcanzaba á molestar los trabajadores; y no contentándose con esto, levantó una trinchera á lo largo del dique de la otra parte del Baal y no léjos del fuerte de Bordem y cerca de D. Ambrosio Landriano, con intento de echarle de allí y tener más libre la retirada, en caso que se resolviese á acometerle. No podia sufrir el Mauricio tener tan dentro de su casa la guerra, ni que se labrase aquel fuerte tan sobre las provincias de Holanda y se les quitase la navegacion de aquellos dos rios, los mayores de la Europa, y de los que más fruto y provecho reciben, y así, pensando divertir nuestras fuerzas, hizo que saliesen algunas tropas de caballería y infantería de las guarniciones que tenian cerca de Amberes, y que entrasen robando y quemando los villajes; llegaron casi á los jardines de la villa, y salió D. Agustin Mejía, su Castellano, el cual los hizo retirar afrentosamente, no teniendo efecto el trato que pensaron introducir en Lira. Pasaba adelante la obra del fuerte haciendo demonstraciones unos y otros del arte y experiencia militar que cada uno tenia, así en defenderse como en procurar ofender. Finalmente, se resolvió en acometer con tres mil infantes y mil caballos el cuartel de D. Ambrosio Landriano, más con intento de reconocerle y ver cómo estaba fortificado que de conseguir faccion, para lo cual hizo trabar una ligera escaramuza, sin que sucediese cosa de consideracion; empero dentro de dos dias revolvió sobre él por la parte de la isla, con intento de enseñorearse del villaje Hauberden, puesto casi á tiro de mosquete de donde se fabricaba el fuerte. Ganóle; y pareciéndole al Almirante y á don Luis de Velasco era forzoso echarle de allí, salieron con dos mil infantes de todas naciones, llevando la vanguardia los Capitanes Joan Gonzalez, Martin de Algarabía y Fernando Pardo, con sus compañías de españoles, Pachoto y Cornelio Marini, de italianos, y otros muchos que los seguian y acometieron al enemigo tan gallardamente, que le hicieron perder el puesto, degollándole mucha gente. El ardor y coraje de los nuestros

pasó tan adelante que los fueron apretando y siguiendo, y, teniendo para en este caso el Mauricio hecho un reducto ó trinchera que le aseguraba la retirada, no siendo reconocido como era justo de los Capitanes Ortíz y Zaballos, que fueron enviados para ello, repararon allí los enemigos, y como los nuestros, siguiendo la victoria, no iban tan unidos y cerrados, les dieron tal carga de arcabucería y mosquetería, añidiendo á ésta la que estaba en los bajeles, que de través guardaban el reducto, que los pusieron en conflicto y necesidad de valerse de todo el corazon y las manos; mas, sin embargo de la ventaja del enemigo, cerraron ambas naciones tan porfiadamente, sin podérselo impedir los Capitanes, que el enemigo comenzaba ya á retirarse y á toda priesa á embarcarse en los más cercanos bajeles, con tanto desórden y confusion, que, uno, de muy cargado, se fué á pique. Viendo el Conde Mauricio la rota que corrian los suyos y que el camino que habian tomado era mucho más peligroso que morir peleando, pues aquel género de muerte era sin reputacion, hizo con toda brevedad retirar las embarcaciones de la orilla para quitarles la esperanza de poderse salvar en ellas, y que pusiesen el remedio en las manos ántes que no en los piés y defendiesen el reducto con obstinacion. La necesidad los hizo finalmente animosos, peleando por las propias vidas, con que volvieron de nuevo á afirmarse en el puesto, alentados con la ayuda de la artillería de los bajeles, que descubiertamente daban en los católicos, los cuales se hallaban ya tan empeñados con haberse adelantado más de lo que convenia, llevados más del propio valor que de la razon militar, que cuando quisieron meterse en retirada no fué posible sin confusion y pérdida de casi trescientos soldados, gente particular, y entre ellos los Capitanes Martin de Algarabía y el caballero Pachoto. No le salió de balde al enemigo la refriega, perdiendo doblada gente en ella que los nuestros; sin embargo hizo de nuevo fortificar el reducto, sabiendo de cuánta importancia le habia sido, pues estuvo á pique de ser desbaratado si su gente no se valiera de su defensa, hizo levantar otra gran trinchera

desde allí hasta enfrente de Bordem, y echó un puente sobre el Baal, con que pasaban sus soldados á la isla y acudian á la parte más necesaria. Á esta hora pasó el Cardenal desde Bolduque al campo, concertando algunas diferencias entre los Cabos y Oficiales que no ayudaban nada á los progresos de la guerra; y discurriendo en el estado de las cosas y en el que tenia el ejército del enemigo, con parecer de los más pláticos, ordenó que enfrente de la trinchera que habia hecho el enemigo, sobre el cuartel de D. Ambrosio Landriano, se levantase otra con tres reductos, y que en cada uno se pusiese una pieza de artillería, y ansimismo se encaminase otra trinchera hácia la parte de Bomel, con que desde la Mosa al Baal se podria ir cubiertos y estar en mayor defensa los que trabajaban en el fuerte, á los cuales hacian escolta y guarnicion dos mil infantes, entre españoles, italianos y walones, puestas por la otra banda las demas naciones guardando sus puestos y cuarteles con toda religion militar. Víase pues el fuerte, con la diligencia de los nuestros, puesto ya en forma y perfeccion y casi en defensa, con cinco caballeros reales, dos que miraban á la parte de la Mosa, y dos á la del Baal, y otro á la parte de tierra, sobre Bomel; la estrada encubierta se habia hecho muy alta y muy gruesa, con mucha fagina y bien piloteada y de muy fuertes fundamentos, tales que pudiesen resistir á las corrientes y crecientes de los rios; á cada caballero se le dió el nombre de las personas principales y más ilustres que pusieron las primeras faginas: el uno se llamó Austria, por el Cardenal; el otro Burgau, por su hermano; al otro Sajonia, por el Duque de Sajonia, Mauricio, que se hallaba entónces en el campo á ejercitar las armas y pasar liciones de soldado; á otro se llamó Aragon, y al otro Velasco. Estando ya en este estado, con gran solemnidad y salva de artillería, asistiendo todos aquellos Príncipes, se dió al fuerte nombre de San Andrés y se bendijo la iglesia, con asistencia del Nuncio del Papa, y se celebró en ella la primera misa. Amunicionóse todo lo posible y guarneciόse de diez y ocho piezas de artillería, doce grandes y seis pequeñas, no sin muchos suspiros de al-

gunos Cabos y Capitanes, que antevian cuán en breve se había de perder aquel trabajo; y áun refieren muchos de los que se hallaron allí entónces, que dijo el Mauricio, que ántes de muchos meses habia de ser suya aquella plaza que con tanta fatiga de unas naciones y otras se habia fundado tan á la vista de sus guarniciones. Empero, á esta sazon, la artillería que se disparaba por solemnidad del campo católico, dió una bala tan cerca de la carroza del Mauricio, que andaba visitando los cuarteles, que le ensució, con el lodo que levantó, la cara, y al mismo tiempo dieron dos balas del enemigo tan cerca del Cardenal y su hermano, que la una pasó por encima de la cabeza del caballo, y la otra por sobre la gurupera del otro.

Deseaba el Conde Mauricio todavía (estímulo que continuamente le penetraba el corazon) desalojar á D. Ambrosio Landriano de su puesto, por impedir las vituallas al campo católico y ponerle en necesidad. No ignoraba este deseo don Ambrosio, y así pidió al Cardenal reforzase su cuartel de más gente: hiciéronlo así el Cardenal y el Almirante, y que entre el alojamiento y el trincheron del enemigo se levantasen algunos reductos, á fin de que, si saliese, no fuese de golpe á embestir la caballería, ántes que, resistido de la gente dellos, pudiesen en el entretanto ponerse los soldados á caballo y ordenarse. Fué por Cabo de la infantería, que se envió al cuartel de D. Ambrosio, Diego de Durango, Sargento mayor del tercio de Luis del Villar, que por su ausencia le gobernaba; partió con cuatrocientos infantes la misma noche de los 13 de Junio y llegó ántes de romper el alba al cuartel de D. Ambrosio; reconocieron ambos dónde se habia de levantar el primer reducto, y llególes órden que tomasen puesto sobre el dique, junto al casar de Torremocha y que se fortificasen con trinchera ó reducto, como mejor les pareciese. Era ya cerca de la noche cuando les llegó esta órden, y porque la ejecucion requeria gran presteza, por el peligro en que se hallaban, dejaron para proseguir la obra del primer reducto tres compañías de infantería española, á cargo de D. Jerónimo

Agustin, y la demas pasó al puente de Torremocha. Quiso ver el Cardenal en persona la obra de los reductos, acompañado del Marqués de Burgau, su hermano, cuando á la misma hora fué avisado de la centinela, que el enemigo estaba ya en la ribera y venia marchando la vuelta de nuestra gente; á lo cual el Cardenal, con ánimo de intrépido Príncipe, echando delante una compañía de arcabuceros á caballo, tomando para sí treinta y que le siguiesen mil infantes con lo restante de la caballería, pasó á reconocer al enemigo, que ya se habia retirado sin haber hecho otra cosa más que reconocer los reductos. Sin embargo, el Cardenal llegó tan cerca de sus trincheras, con ánimo de incitarlos y escaramuzar con ellos, que, casi sobresaltados, se tocó arma en sus cuarteles. Viendo el Cardenal que los enemigos no se movian, se volvió á la tienda del Conde Federico, y en muy breve tiempo volvió el Conde Mauricio á dar sobre el cuartel de la caballería, á lo cual acudió el Conde Federico con mil infantes, dando órden que le siguiesen otros mil, avisando el Cardenal á D. Luis de Velasco que con otros mil infantes reforzase la guardia del fuerte, y que el Almirante de Aragon, con la resta del ejército puesto en escuadron, estuviese á la mira para acudir adonde lo pidiese la necesidad. Creíase que el Mauricio, con esta acometida, intentaba pasar la fuerza del ejército católico de la otra parte del rio, y luégo cerrar con el fuerte de San Andrés, que tan aprisa como esto habia entrado en esperanzas de emprenderle, y con los cuarteles del ejército á la cara; mas muy en breve se vió que su intencion no era otra que estorbar la obra de los nuevos reductos para que, no viniendo á perfeccion, pudiese más aína acometer nuestra caballería, que era lo que de todas maneras deseaba repeler. Salió pues con seis mil infantes y dos mil caballos, y á un mismo tiempo acometió ambos reductos; el que tenia á su cargo D. Jerónimo Agustin, como no estaba acabado ni puesto en defensa, teniendo por esta causa órden de retirarse, no lo pudo hacer con tanta diligencia que ya no le tenian impedido el paso, y fué forzoso quedar preso, con pérdida de diez soldados: tomó

el enemigo el puesto, y puso en su guarda quinientos ingleses. A esta hora D. Ambrosio Landriano escaramuzaba con la caballería enemiga, dando lugar á que se recobrasen algunas compañías de infantería española que pretendian embarazarles el paso para que no socorriesen las otras. El Sargento mayor Durango, que, si bien andaban las suyas con la pala y la zapa en la fábrica del otro reducto, que por muchas partes estaba abierto y no más alto que de tres piés, deseoso de ganar honra de morir en él ó conservarle, viéndose acometer con tanto ímpetu y número de infantería, dispuso los suyos de manera y les exhortó con tanto denuedo á la defensa, que, repartiéndolos como convenia por sus puestos, él se puso á la puerta del reducto, y, atrincherándose con un carro resuelto ni á retirarse ni á dar victoria al enemigo, peleó con él de manera por espacio de dos horas, que ambos campos estaban atentos á ver el efecto de tan gran porfía. Expugnaban los del Mauricio por entrarlos, estando ya casi aquel contorno ó foso lleno de cuerpos muertos, los nuestros los rechazaban con verdadero valor y valentía, sin congojarlos la multitud de los contrarios, ni la demasiada sangre que derramaban, ni ver las cabezas y brazos destroncados de sus compañeros; Durango los animaba y daba ejemplo con sus obras, ardor y coraje, con lo cual viendo el Mauricio, que á todo estaba atentó, la dificultad que habia en ganar el reducto, y que ántes crecian en valor que en desmayo nuestra gente, temiendo no les llegase socorro, con que todos los suyos pereciesen, los mandó retirar, con pérdida de más de cuatrocientos soldados franceses y de los mejores del tercio de M. de La Nobe, y entre ellos el Teniente de Coronel, y seis capitanes y otras personas y oficiales de cuenta, con que quedó el Mauricio con poco gusto de la faccion y algo escarmentado de allí adelante de tales empresas; que, si bien hizo apariencias otras muchas veces de querer salir, viendo la prontitud del Almirante para todo y el valor de nuestros soldados con las armas en las manos para recibirle, remitió al tiempo la esperanza de alguna buena ocasion para mejorarse, consejero

más prudente en las acciones militares que otro alguno.

Aquel ejército aleman, que tanto amenazaba los Países Bajos, resuelto y determinado en la Dieta de Midelburgue por los Príncipes protestantes, solicitado del Conde Mauricio, con asistencia en aquellas provincias del Conde de Olac, su cuñado, para aumentar sus fuerzas y destruir las nuestras, con pretexto unos y otros de que se tenian ocupadas algunas tierras de la jurisdiccion del Imperio, destruido y hecho grandes daños en el país de Westfalia y la Marca, arrastrando en esta querella la muerte que se habia dado al Conde de Bruche, como si la muerte de tantos soldados españoles no se lo mereciera, levantado ya, pues, y puesto en perfeccion de mucha infantería, caballería, artillería, municiones y vituallas y otros pertrechos marciales, bajaba la vuelta del Rhin, debajo del gobierno y conduta del Conde de Lipa, su General, y del Conde de Olac, su Teniente, y de Mr. de Temple, General de la artillería. Avisado el Cardenal de cómo este ejército venia ya marchando, trató de volver las fuerzas del nuestro sobre él, y si bien habia solicitado con todas veras y cuidado templar este accidente, diciendo y avisando á aquellos Príncipes habia sacado la gente cuando lo prometió, acusábasele no obstante que tenia ocupadas algunas plazas, las cuales habia de dejar, ó probar el filo de la guerra. Pues, hallándose en esta perplejidad y embarazo, ocurrió de nuevo sobre esto al Conde de Lipa, con embajada que para ello hizo, el cual, sin tomar resolucion en nada ni claridad en el intento, la respuesta fué que se la enviaria presto por escripto y le daria cuenta para lo que habia sido su venida y adónde se encaminaban aquellas fuerzas; todo á fin de tenerle dudoso y desapercebido con la intermision. Mas el Cardenal ordenó que todo el ejército católico se enderezase al opósito del infiel, y porque, sabiendo ya que la Serma. Infanta Doña Isabel y el Archiduque Alberto se iban acercando á los Países Bajos con seiscientos caballos de escolta, despidiéndose del ejército, le dejó á cargo del Almirante de Aragon, y pasó á Bruselas á esperarlos, verlos y partirse á su casa. En esta sazon, pues,

el campo protestante se iba encaminando ya la vuelta de Rimbergue, con intento de tomarla por fuerza ó por inteligencia que con la guarnicion de alemanes confiaron que tendrian, por estar, como atras dejamos dicho, amotinada; empero desconfiados de esto, porque ellos se comenzaron á defender y negaron la entrada, la comenzaron á batir y pasaron á la isla á dar asalto á un fortezuelo que guardaban cien soldados, los cuales se le defendieron haciendo retirar á los asaltadores con pérdida de doscientos de los suyos; y siendo vuelto á apretar con mayor número, les fué fuerza desampararle y hacer su retirada á la villa. Comenzóse á entablar mal el progreso de este ejército, por lo cual luégo se le conoció que habia de tener infelicidad y poca fortuna en los sucesos; las diferencias entre las cabezas los pone las más veces, y áun todas, en desolacion y estrago infalible. Deseaba el Conde de Olac que aquel ejército se juntase con el del Conde Mauricio, el Conde de Lipa lo dificultaba y defendia, desconfiado no le quisiese subordinar el Mauricio, como mayor soldado, y los sucesos buenos se atribuyesen á su industria y experiencia, como, por el contrario, los no tales al que no la tiene; por otra parte, no se debia de extender su comision á más que á echar los españoles del ducado de Cleves, no queriendo aquellos Príncipes protestantes enmarañarse demasiado en guerras con el Rey Católico, mezclándose con holandeses cuya fortuna ó lance siniestro no querian experimentar sobre sí tantas veces, teniendo siempre vivos los ejemplos pasados, referidos, sin número, con dolor y castigo de padres y abuelos, y así no queria, cediendo de la empresa de Rimbergue, sino encaminarse á Rez. Reforzaba por momentos esta plaza el Almirante de Aragon de gente y municiones y vituallas, no sin gran vergüenza de un ejército tan opulento, armado, prevenido y tan á la cara como era el de los alemanes; sin embargo, por templar en parte este accidente y obligar en alguna manera á los Príncipes protestantes, ó por no embarazar tanta gente en guarniciones ó desembarazarlas della, ordenó que saliese la que estaba en Genep, Orsoy y otros fuertes de allí cerca, y

que todos se recogiesen á Rez, y á los que estaban en Doctecom, que, si fuesen sobre ellos y les apretasen mucho, que no se pusiesen en defensa, sino que se retirasen á las plazas vecinas. Desamparadas, pues, estas plazas, metió el campo aleman en Genep doscientos soldados y algunos caballos, y se encaminó á Rez, socorriéndole el Mauricio, ya que no le podia conducir á juntarse con él y que descubiertamente hiciese la guerra en Flandes entrándose en sus tierras, con barcas para hacer puente, con artillería y doce compañías de caballos y seiscientos infantes, y por Cabo al Conde Guillermo de Nasau, á quien siguieron en breve cuatro mil infantes y algunas tropas de caballería para la empresa de Doctecom. Pusiéronse sobre ella, y, con la órden que tenian, en viendo que se les plantaban las baterías, hicieron señal para rendirse. Salieron cuatrocientos alemanes del Conde Federico Bandembergue con sus armas y bagaje; pretendia Ludovico de Nasau, General de la caballería de los Estados, ántes que se recogiese esta gente á las guarniciones vecinas, romperla, y así á los últimos de Agosto salió de su campo, que estaba junto al Baal, con nueve compañías de lanzas y cinco de arcabuceros á caballo, que todos llegarian á ochocientos hombres, y pasó con ellos la Mosa, por un esguazo que hay entre Batenborg y Rabestain, cerca del cuartel de Juan de Contreras Gamarra, comisario general de la caballería católica. Avisó de esto el comisario á D. Ambrosio Landriano y caminó en busca de Ludovico, y D. Ambrosio en seguimiento de Gamarra con casi quinientos caballos, llevándose de camino al caballero Melzo, con que todos á gran priesa se encaminaron la vuelta de Mega, adonde se enteraron del número de caballos que llevaba el enemigo y cómo iban hácia Genep. Dióle vista Contreras en un villaje cerca de Grave, y á la hora hizo avisar al Gobernador Antonio Gonzalez que sacase alguna de su infantería para darles calor; y con esto le alcanzó á la entrada de un camino estrecho y largo, por donde habia ya comenzado á pasar la vanguardia enemiga, y dando la señal de acometer á los suyos y diciendo «¡Santiago!» cerró con tres compañías que

iban de retaguardia y las puso en rota, matando y prendiendo la mayor parte. Á esta sazon, y cuando andaba más caliente la pelea, llegó D. Ambrosio Landriano con sus tropas; Ludovico, viendo el estrago que se habia hecho en su retaguardia, en saliendo á lo raso dió vuelta con la vanguardia para asistirla y abrigarla, y al calor del villaje hicieron alto para recogerse, y viendo que la arcabucería católica era poca y que iba algo desordenada, porque muchos estaban ocupados con los caballos y prisioneros que habian tomado, volvieron las caras con intento de embestirlos; empero una compañía de corazas que venia entera y recogida se le puso delante, con que se pararon. Acabó de llegar á esta hora D. Ambrosio Landriano con las lanzas, con que totalmente se perdieron de ánimo, sin serles posible á los oficiales y capitanes poderlos ordenar para que peleasen, ni detenerlos para que hiciesen rostro, tan ocupados estaban del miedo, y tanta fuerza tiene una vez concebido en el corazon del que hiere. Finalmente, ellos se pusieron en la fuga y se arrojaron á esguazar la Mosa, entre Genep y Ofel, con ayuda de cien infantes de su guarnicion que salieron de la villa á darles asistencia, que tambien siguieron su misma infelicidad y fortuna, porque se salvaron muy pocos, y de la caballería perecieron trescientos entre muertos y heridos. Perdiéronse la mayor parte de los caballos, unos desamparados de sus dueños, otros tomados, otros, de cansados, al pasar del rio quedaron estropeados y casi ninguno de servicio. Fué esta rota de consideracion y de reputacion para Gamarra y D. Ambrosio, si bien se pusieron en letigio á cuál de los dos se debia la victoria; llegó á oidos del Archiduque, que, como digo, venia ya caminando y casi cerca de entrar en los Países, el cual dió á Contreras la honra y estimacion de haber bien peleado y seguido al enemigo, y á D. Ambrosio la gloria de la victoria, si bien cuando llegó habia el Comisario general dado la rota á los holandeses; mirando el Archiduque en esto que siempre se han de adjudicar y atribuir á la mayor cabeza tales progresos, si se han de seguir y nos hemos de atar á los ejemplos ordinarios de la

milicia; empero Gamarra, ofendido de esto, no quiso servir más debajo de la órden de D. Ambrosio, pidiendo licencia para pasar á España.

Despues de haber estado el Rey Católico algunos dias en Barcelona, asistiendo á los catalanes en sus pretensiones y beneficio público de aquel Principado, fin á que se enderezaban con particular atencion sus mayores cuidados, y el de aquellos sobre cuyos hombros fiaba y descansaba parte del grave peso de la monarquía, y despues de haber vuelto de Madrid la Archiduquesa María, madre de la Reina, de visitar á la magestad cesárea de la Emperatricia, y despues que todos juntos en aquel santuario, ejemplo de maravilla y devocion, de Monserrate, hubieron adorado á aquella singular y devotísima imágen y ofrecido religiosamente sus votos, ofrendas y plegarias, le pareció al Rey Católico que era ya tiempo de que la Serma. Infanta Doña Isabel y el Archiduque Alberto partiesen á los Estados de Flandes, y la Archiduquesa María para Gratz, en Stiria; resuelto lo cual salió de Monserrate y volvió á Barcelona, y, puestas y prevenidas las galeras en forma y disposicion de navegar, á 7 de Junio de este año de 1599, acompañados del Rey y de la Reina y de toda la majestad y grandeza de su corte, no sin mucha ternura y sentimiento de unos y otros, se embarcaron la Infanta, el Archiduque y la Archiduquesa en la Real de Juan Andrea de Oria, á quien fueron siguiendo veinte y dos galeras, quedando las demas para guarda y defensa de aquella costa; con que á 18 de aquel mismo mes, con felicísima bonanza y buenos temporales, se pusieron á la vista de Génova, adonde aquella Señoría, despues de grandes aparatos y prevenciones reales para su recibimiento, les enviaron ocho embajadores á darlos la bienvenida. Desembarcaron, finalmente, y con general aplauso de todo el pueblo fueron hospedados en el palacio del Príncipe Juan Andrea de Oria, donde les vinieron á hacer reverencia el Senado y toda la nobleza de aquella grande y opulentísima ciudad, maravilla y admiracion de las mejores del orbe. Fueron allí festejados y hospedados alta y generosa-

mente, haciendo demonstraciones de fe y voluntad que por todos caminos conserva aquella República y tiene á las cosas del Rey de España, no perdonando á gastos y prevenciones, arcos triunfales, estátuas, agujas, dísticos, epitalamios y otros versos latinos con que celebraron con singularidad la entrada de estos Príncipes; los cuales, á fin de este mes, agradecidos sumamente al hospedaje de Juan Andrea y recibimiento suntuoso del Senado, se despidieron y tomaron la derrota para Milan, donde fueron recibidos de Juan Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, Gobernador y Capitan General de aquel Estado. Las fiestas que allí se les hicieron y los regocijos de la nobleza y pueblo fueron notables y de tanta admiracion como los pasados: visitaron el castillo, entreteniendo los dias que estuvieron allí en varios y ingeniosos festines, como lo acostumbra Italia. Todos los Príncipes della les enviaron sus embajadas; el Papa les envió al Cardenal Diatristan, como á su Legado, con el estoque y el sombrero para el Archiduque y la Rosa de oro bendita para la Infanta: hizo solemne entrada en Milan, saliéndole á recibir el Archiduque y el Condestable y el Magistrado de aquella gran ciudad, sobre que han debatido tantos Reyes y de quien triunfó Carlo V, Emperador de Romanos, contra la potencia y emulacion francesa, debelándola tantos y tan numerosos ejércitos. Desde aquí, dentro de muy pocos dias, la Archiduquesa María, despidiéndose de la Infanta y el Archiduque, tomó su camino para Gratz por Nuestra Señora de Loreto, queriendo, ántes de entrar en sus Estados, visitar aquel admirable y milagroso santuario; el Archiduque, por la Contea de Borgoña, pasó á Luxemburgo y desde allí á Nuestra Señora de Al, en el Ducado de Brabante, para ofrecer de nuevo sus pensamientos al culto de la religion para acertar con mayor juicio y prudencia en el gobierno de aquellos Estados y adelantar en ellos la luz del verdadero Evangelio; y siendo avisado el Cardenal Andrea de Austria de cómo la Infanta y el Archiduque estaban ya en Brabante, levantando la mano de las cosas del gobierno, los salió á ver y á despedirse dellos. Dió cuenta al Ar-

chiduque muy por menudo de todos los casos sucedidos en los Países despues que habia hecho ausencia dellos; refirióle el estado de las cosas y el que por entónces tenian las armas; con lo cual, despedido de ambos Príncipes con mucho amor y encarecidas cortesías, agradeciéndole lo mucho que habia trabajado y el buen estilo y proceder de su gobierno, por la posta y á la ligera, enviando su casa la via de Alemania, se entró por la Francia, deseoso de ver algunas ciudades insignes de aquel reino, y por tierra de esguízaros pasó á la Alsacia superior, de que era Gobernador por órden del Emperador Rodolfo, que á la sazon lo era de Alemania y Occidente. Estando ya el Archiduque á tres leguas no más de Bruselas, le salieron á recibir todos los Príncipes y personas ilustres de los Estados; hizo su entrada en la villa al principio de Septiembre, no sin grande demostracion y regocijo de los flamencos de todos aquellos pueblos comarcanos, y áun los que estaban más léjos, que venian á ver á sus Príncipes. Los aparatos y arcos triunfales, obeliscos y anfiteatros fueron los que no alcanza á ponderar el encarecimiento, y donde se reconoce por corta y muda la alabanza. Á esta sazon el Duque de Mantua, de los baños de Aspa, deseoso de ver á la Infanta, llegó á Bruselas, donde fué hospedado real y generosamente de aquellos Príncipes.

Estando ya el Archiduque Alberto hecho absoluto señor de los Estados de Flandes, á la sombra de tan alta y esclarecida Princesa, volvió de nuevo todo su cuidado y los pensamientos al manejo de los negocios y las armas, las cuales estaban entónces al arbitrio de D. Juan de Mendoza, Almirante de Aragon, al opósito y á la frente del ejército de los Príncipes de Alemania, el cual se componia de doce mil infantes y dos mil caballos, sin otro mucho número de infantería y caballería, municiones, artillería y vituallas con que se le habia arrimado y socorrido el Conde Mauricio. Sitiaba, pues, el Conde de Lipa, su general, á Rez, plaza importante y de mucha consideracion, el cual estaba acampado á media legua della, hácia la parte de Emerique, con dos regimientos de in-

fantería, y, en diferentes tropas, casi mil y seiscientos caballos. Atrincheróse y fortificóse con todas las máquinas y pertrechos militares: el Conde de Olac se acuarteló hácia la parte de Besel, á tiro de cañon de la villa, con un regimiento de cuatro mil infantes del Duque de Branzuic y seiscientos frisones del regimiento de Guillermo de Nasau, con otras once compañías de caballos que tambien estaban á su cargo; atrincheróse y levantó en la orilla del rio un fuerte, con que aseguró su cuartel. Comenzaron pues los enemigos, despues de bien acuartelados, á caminar con las trincheras para plantar la artillería, y estando ya casi á trescientos pasos de la tierra levantó un fuerte y guarnecióle con dos culebrinas, con que pretendia estorbar las defensas de la villa; en prosecucion de esto hizo plantar una batería de diez cañones gruesos, que los reservó por algunos dias y cubrió para servirse dellos en buena ocasion. El Conde de Olac, que habia puesto otra batería de cuatro piezas en un recodo que hacia el dique del rio, con que batian los bajeles que estaban á la áncora, junto al fuerte de los católicos, para estorbar que no pasase socorro á la villa, con pensamiento de batir la cortina de un caballero de piedra que habia en la villa, doscientos pasos más adelante, aprestó otra de nueve cañones gruesos contra el mismo caballero, con que continuamente desde sus barcas y pontones batian las defensas y navíos del fuerte. Hallábase á la defensa D. Ramiro de Guzman, con tres compañías de infantería española, tres de alemanes, dos de borgoñones y una de walones, con cincuenta caballos de la compañía del Capitan Butbergue, que en todos no llegaban á seiscientos soldados; el fuerte tenia para su defensa y conservacion cuatrocientos infantes, entre alemanes, walones y borgoñones. Sin embargo de todo esto le pareció al Gobernador que seria bien, si el enemigo perseveraba en el asedio y obstinacion de apretar la plaza, pedir al Almirante nuevo socorro, para lo cual á 6 de Septiembre despachó un Alférez al campo del Rey avisando de todo y la parte por donde se podria hacer el socorro; de lo cual advertido el Almirante, deseoso de conservar aquel

puesto más por la guarnicion que tenia en él que por el burgo ni la tierra, hizo eleccion para que le llevase del Capitan Andrés Ortiz, soldado de valor, experiencia y fortuna, y diciéndole le habia escogido para cierta empresa, de que esperaba habia de dar la cuenta que de todo lo que hasta allí se le habia encomendado, y de que el Rey se daria por muy servido, y que para ello le señalaba doscientos españoles del tercio de Luis del Villar y trescientos walones del regimiento del Conde Bucue, con los cuales habia de partir la vuelta de Grave, y que, en llegando allí, en presencia de los Capitanes abriese una órden y instruccion que se le daria, la cual pondria con toda prontitud y cuidado en ejecucion. El Capitan, reconocido á la merced del Almirante, dijo estaba dispuesto y aparejado para obedecerle y servir á S. M., pues para aquel fin empleaba sus años en la guerra y aventuraria la vida en todas las ocasiones que se ofreciesen y las buscaria con todo su corazon, no deseando otra cosa que adelantarse en sucesos de reputacion. El Almirante le dió la gente y la órden cerrada, con que partió, y llegando á Grave, en presencia de los Capitanes la abrió y vió por ella que se le mandaba se metiese en Rez y la socorriese y se opusiese á la invasion del enemigo y la defendiese; visto lo cual pasó la Mosa entre Genepe y Miedelara, y, á toda priesa, el dia siguiente al amanecer la dió vista, y poniéndose á la frente del fuerte de la villa se recataron y encubrieron hasta la noche, y, habiendo hecho él contraseña vinieron con barcas, con tanta presteza y silencio, los sitiados, que ántes que el enemigo lo entendiese estaban ya dentro. Luégo que el Capitan Andrés Ortiz y los Capitanes de su séquito hubieron entrado, abrazándose con los demas que habia dentro, sin perder tiempo, habiendo distribuido la gente por sus puestos, aquella misma noche reconoció la muralla y reparos y el estado de las cosas para poder mejor arbitrar sobre ellas y comenzar con ardor y coraje la defensa y áun obligar al enemigo á levantar el sitio y dejar la plaza; y habiéndola con todo cuidado y atencion reconocido y enterádose de todo, otro dia juntó todos los Cabos y Capitanes de la

guarnicion y les dió una carta del Almirante en la cual les ordenaba á todos obrasen como valientes soldados y muriesen sobre la defensa, exhortándolo así al Gobernador, y que todos obedeciesen al Capitan Andrés Ortiz; con lo cual, alentados todos á proceder honradamente, tornó Ortiz á reconocer la muralla, y desde ella los cuarteles del enemigo, para ver por qué parte los podria dañar, y visto y reconocido todo con mucha prudencia y puntualidad, propuso al Gobernador y á todos los Capitanes y Oficiales que hallaba en disposicion al Conde Lipa, General del ejército aleman, para hacer sobre él y los suyos una salida, y que tenia por sin duda se le haria no poco daño. Aprobaron todos la proposicion del Capitan, que en ocasiones de honra nadie quiere dificultar ni reprobar el suceso ni el adelantarse en valor y estimacion, ántes ser el primero en la ejecucion de las empresas. Determinados pues en la salida, ordenaron tres escuadrones, los dos de á ciento y cincuenta infantes y el otro de trescientos, y que los dos primeros ocupasen ambos puestos de la estrada encubierta y el último y mayor se plantase en medio, y que una compañía de cien soldados quedase en la misma estrada encubierta para recoger y abrigar á los que se retirasen, si llegase á suceder, y que el Capitan Butbergue, con treinta caballos, saliese á dar calor á la infantería para que entrase con más brio en la pelea. Ordenado, pues, en esta manera y dispuestos ya todos para salir, guarneció Ortiz la muralla de artillería y mosquetería y comenzó á echar fuera las primeras hileras, que se fueron formando en escuadrones, y él con el suyo se puso en medio, ó como si dijésemos en la batalla, esperando la señal de acometer, que habia de ser á tres tiros de cañon. En el entretanto que esto sucedia les iba el Capitan poniendo delante la defensa de la religion, la reputacion del Rey, la de España, la de los Países Bajos y la suya, la que en tantas ocasiones habian ganado con tanta fatiga, y lo que convenia conservarla, y cómo eran aquellos los mismos que poco ántes menor número de soldados alemanes, y esos amotinados, les habian hecho levantar de Rimbergue; que no despreciasen

las palmas y laureles que les ofrecia la fortuna, cuya espada y valor se los pondria en la frente y adelantaria su nombre áun más allá de lo que permiten la duracion de los dias. No bien habia acabado, pues, el Capitan de hacerles esta breve oracion, cuando, dando la señal de acometer, tomando la delantera los caballos, cerraron con los escuadrones por tres partes tan arriscada y alentadamente, que se comenzó de ambas partes con ardor y valentía uno de los rigurosos y recios combates que se ha visto por muchos años en aquellos países. Alentaba el de Lipa los suyos, empero el furor de nuestra gente los rechazaba y hacia perder tierra, con muerte y estrago de muchos, con que los comenzaron á desordenar á dejar las trincheras y las armas; con este calor dieron sobre la batería, donde tenian encabalgadas diez piezas, las cuales enclavaron luégo, quitándoles el poder usar dellas, faccion de felicidad y considerable, y cuando les pareció que los tenian ya deshechos y menoscabados y llena de cuerpos muertos la campaña y los suyos de muchos prisioneros, con dos piezas pequeñas de campaña que pudieron llevar á brazos, se pusieron victoriosos en la retirada, sin perder órden ni un punto de lo que debian hacer, con que á buen paso se entraron en la villa. Causó á los burgueses esta rota contento y admiracion, y diósela al Almirante y á todo el ejército, que por momentos esperaban tan feliz suceso y fortuna del gran corazon del Capitan Andrés Ortiz. El Mauricio, viendo que sus pensamientos y intencion no surtia al efecto que deseaba, y que aquel ejército en quien fundaba el desahogo de las provincias de Holanda poco á poco se le consumia y desbarataba la gente católica, y que cuanto habia trabajado con el ingenio y los socorros surtia en gloria nuestra y vituperio suyo, perdia tierra y se quejaba de sí mismo, empero los nuestros, no bien contentos del destrozo de los enemigos, habiendo dado tal mano á su General, intentaron dar otra al de la caballería, y así el dia siguiente reconoció Ortiz el cuartel del Conde de Olac, que, con escarmiento de lo pasado, le halló que se habia fortificado más á su satisfaccion, con una muy gruesa y

alta estacada y muchas puntas de hierro sobre las estacas. Desconfiado, pues, de acometerle por allí, mudó de parecer, y la siguiente noche pasó al fuerte con una compañía, y haciendo que le siguiesen ciento y cincuenta infantes walones, y tomando de los que en él estaban otros docientos y dos piezas de campaña, eligió puesto tan á propósito y considerable que, plantándolas en él, comenzó bravamente á batir el cuartel del Conde de Olac, haciéndole daño tal que en breve rato le avisaron cómo la gente del cuartel del Conde de Lipa desarmaba las baterías y echaban los cestones al agua, tablas y otros aparejos de explanadas, arrasaban las trincheras y pegaban fuego á las barracas, y que era señal que se retiraba. No quiso dejar perder esta ocasion el Capitan, pareciéndole era poner en perfeccion la empresa y acabarla gloriosamente rematando al enemigo, para lo cual, dejando el puesto, pasó allá con su gente, hallando al mismo tiempo al Gobernador, que habia salido al intento con trescientos infantes y algunos caballos, los cuales dieron con tanto coraje en la retaguardia que le acabaron de romper y poner en la fuga, degollándole mucha gente, tomándole los carros de bagaje; con que el Conde de Olac, viendo la pérdida y rota vergonzosa del de Lipa, le pareció ponerse en salvo y escapar del estrago hecho en la demas gente, con que á toda prisa se puso en la retirada, en tanto que nuestra gente se cebaba con el ardor que al principio en la que llevaba el Conde de Lipa, empero con tanto miedo y prisa que se dejó en el campo los enfermos, municiones y vitualias. Los de la tierra, deseando gozar de la ocasion, imitando el ejemplo de nuestros soldados, salieron á ellos y les ganaron dos pontones y algunas barcas, parte dellas con vituallas y vinos que habian traido para refresco del ejército; con que muy en breve ambos Generales, deshechos y destrozados, se entraron en Emerique, corridos y avergonzados de verse por casi áun no mil soldados desencuadernados de un ejército de más de veinte mil hombres, que poco ántes pensaron que habia de ser el terror de las provincias obedientes. Dijéronse el uno al otro

palabras de mucho sentimiento y pesadumbre, culpando el de Olac al de Lipa el haberse retirado y el no haber querido tomar su consejo en juntarse con Mauricio; desavenencias que en un instante pusieron en discordia y desunion ambos Capitanes y en ruina las pocas y cobardes reliquias que habian quedado del campo aleman, no cesando la guarnicion de Rez de molestarlos, con que los acabaron de consumir sin dejarles tomar pié en ninguna parte, con que se acabaron de retirar á Doctecom y Doesburgue, donde estuvieron algunos dias; y viendo que el tiempo cargaba con las continuas lluvias del invierno y los soldados estaban mal pagados y peor contentos, llamaron las compañías que habian dejado atrincheradas en las guarniciones que al tiempo de su venida les habia desembarazado, por no ser de consideracion, el Almirante, sacaron los que habian fortificado delante de Rimbergue, los que metieron en Genep y Orsoy, y volviéndose en Alemania por las jornadas que habian traido, despidieron toda la gente, y el Conde de Lipa, retirado y corrido, no osó parecer á la cara de los protestantes viendo cuán mal se habian lucido las fuerzas que le habian entregado. El de Olac se volvió á juntar con el Mauricio, despechado del mal efecto que habian tenido sus designios, engendrados de su obstinacion y infidelidad contra la benignidad y derecho de su Príncipe. El Almirante agradeció al Capitan Andrés Ortiz la victoria y rotas que habia dado al enemigo, el haberle desbaratado y hecho volver á sus tierras vergonzosamente, con oficios y cargos preeminentes debidos al valor de esta hazaña. Hízolo saber al Rey Católico y al Archiduque, el cual, contentándose con la gloria del suceso, envió órden al Almirante de Aragon que sacase la guarnicion que habia en Rez y otras plazas imperiales y las metiese en Rimbergue, en lugar de los alemanes amotinados, y se les diese satisfaccion; lo cual ejecutado, no solamente se vencieron los enemigos, empero las voluntades de los Príncipes de Alemania, con que se sosegaron las inquietudes y se puso todo en tranquilidad y en mayor devocion unos y otros con el Rey Católico, siendo este el progreso

de aquel rayo que presumió asolarlo todo y que feneció á manos de la potencia real y el valor de sus ejércitos, para asombro de los enemigos y admiracion de los afectos á su grandeza.

Fuera excelente este suceso si nuestros soldados no le deslucieran con la mancha de la infidelidad á que tan contínuamente se habian dado con los motines, accidentes más dañosos á veces, en esta parte, que las armas más poderosas de los enemigos, y necesariamente forzoso contender con ellos con más vigilancia y atencion que con los otros, por ser enemigos de nuestras puertas adentro y capaces de nuestros designios y consejos, y á las veces, ó las más, de nuestras necesidades y flaquezas. Cuán gran tolerancia sea menester para esto, los sucesos pasados y los que nos faltan por escribir lo digan, pues si hubiésemos de ponernos á decidirlo todo, cuáles han sido peores para las provincias católicas, holandeses ó nuestros soldados, hay duda á cuáles nos podríamos arrimar y á cuáles cargaríamos la culpa de la pérdida de muchas plazas, de que han sido la causa los motines; disputa muy odiosa y vituperable y de excusarla á la pluma por digna de olvido. Empero, no pudiendo dejar de referir los sucesos, así los buenos como los no tales y aquellos en que nuestra constancia y fidelidad es culpada y sujeta á reprension, digo que el ejército católico, deseoso de soltura, como siempre, y de derramarse por los villajes de Bomel, sin poderlos refrenar los Cabos y Oficiales ni el Almirante de Aragon, formaron un motin de quinientos infantes y cincuenta caballos (1), la mayor parte españoles y irlandeses, corriendo y robando la tierra entre Grave, Roremunda y Mastricht, y se recogieron á Chamont, villaje cerrado entre el país de Lieja. Nombraron, pues, su Electo y Oficiales, y previniendo este pequeño principio, para que despues, si se dejaba por remediar, no se aumentase y cayese en mayores inconvenientes, envió luégo el Archidu-

(1) Este contagio de motines tuvo su principio muy de atras, del tiempo del Rey D. Felipe II; así que no hay que acumulársele totalmente al gobierno del Rey D. Felipe III, ántes en él se acabaron. *(Nota del M. S.)*

que al Maestre de campo Zapena para que los volviese á la obediencia y les ofreciese sus pagas; mas la insolencia y la soltura á que ya estaban dados les hizo despreciar el consejo, no queriendo volver, ni oirle, ni entrar en tratado de conveniencia, ó por miedo que presumieron de castigo siendo pocos, ó por que se les juntasen más para asegurarse mejor en la tiranía y el peligro y alcanzar con mayor brevedad las pagas; no vinieron á concierto, finalmente, con que se hubo de volver el Maestre de campo. El Emperador, por estos días, condolido de la calamidad de aquellos pueblos, quiso introducir alguna tregua ó tratado de paz en Holanda, no tanto por la rebeldía y perseverancia en su error de aquellos, que bien consideraba que era perder tiempo, cuanto por sacar de entre ellos las inteligencias de Inglaterra y Francia y otros potentados poco afectos á la corona de España, y muchos dellos infieles á la imperial; y si bien se propuso y se ventiló, no surtió á efecto, ántes, prosiguiendo en sus derrotas, armaron navíos, que, por el estrecho de Magallanes ó cabo de las Tormentas, enviaron á contratar y inquirir las riquezas de Oriente, y las de Occidente por el mar del Sur: cuyo viaje, por ser tan largo, ó perecian en las tormentas y calas de aquel estrecho y mares, ó, en llegando al Archipiélago maluco ó puertos de la India, daban en las manos de portugueses, y otras veces volvian á Holanda ricos de las presas y robos que habian hecho y de los que con el trato habian alcanzado de aquellos Reyes bárbaros del mar maluco, corriendo ambas Jabas. Habiendo enviado, pues, su armada hasta la más remota isla de aquel paraje, volviendo, como digo, ya con próspera ya con desmedrada fortuna, cuyos sucesos ni siendo prósperos ni los que ellos esperaban, el Mauricio, viendo la desunion del ejército y el motin de españoles y irlandeses, deseoso de lograr ocasion, á su parecer oportuna con la inteligencia de un soldado de la compañía del Conde Enrique Bandembergue y con la comodidad de haberse helado los rios, con trescientos soldados se arrimó á Bachtendoncque, plaza fuerte en la provincia de Geldres, que habiendo con el hielo pasado el foso,

poniéndole las escalas, no habiendo otra guarda que la de paisanos y burgeses, sin embargo de que la centinela tocó arma no fué posible defenderle la entrada de la villa. Mr. de Guelain, que era señor della y que á la sazon se hallaba en el castillo con no más de treinta soldados, si bien era muy fuerte, y algunos criados de su casa, pretendió defendérsele, avisando al Conde Herman, Gobernador de la provincia que estaba en Roremonda, para que le socorriese, el cual, sacando de los presidios vecinos la gente que pudo, partió al socorro; y viendo se habia adelantado el enemigo con trescientos infantes que de refresco metió en la plaza, y que Ludovico de Nasao, General de la caballería, se habia puesto en sus fronteras con mil caballos y dos mil infantes, no siéndole posible resistir estas fuerzas, el Conde Herman cedió de la empresa, y Mr. de Guelain se rindió, saliendo con su familia y hacienda. Corrian por los fines del año pasado, (que no es bien suceso tal quede en silencio), las guarniciones del enemigo y las nuestras los confines de Geldres y Brabante, y habiendo salido un dia una tropa de cuarenta soldados franceses de los que asisten en Holanda, se encontraron junto á Dieste con una escuadra de veinte y cinco soldados flamencos de la guarnicion de Bolduque, que estaba repartida en esta villa y en la de Dieste, con su Cabo de escuadra Rusbanbreda, y de aquellos que rindieron á Jertrudembergue; habiéndose, pues, encontrado ambas naciones con coraje y valentía; se embistieron, tanto que con ser inferiores en número, los flamencos rompieron á los franceses, degollando y prendiendo la mayor parte dellos, con su Teniente Jacobo. Era Capitan de la Compañía francesa Mr. de Breaute, caballero normando, mozo gallardo, ejercitado en las armas y acompañado de valor y experiencia militar; escribióle el Teniente el suceso, pidiéndole le enviase dineros para su rescate. El Capitan, llevado de la ira del suceso y la pérdida de su gente, respondió al Teniente con más arrogancia y soberbia que prudencia y consejo: se espantaba mucho que hubiese hecho tan mal su deber y que le hubiesen roto tan poco número de soldados flamen-

cos, y tanto más aína entónces, cuanto sabia no igualaban ni con mucho al valor de los franceses, ni tenian en el mundo nombre de soldados, y que este yerro se hubiera excusado si los suyos hubieran sido gobernados por cabeza más militar y prudente que la suya; añadiendo á esto otras palabras ni cuerdas ni con el respeto y cortesía que se debe á la nacion, y como en ocasiones tales no le es lícito al prisionero abrir carta que no la vea el Gobernador primero, viniendo á manos de Grobendonc, que gobernaba á Bolduque, excelente Capitan, y que desde la cuna ha sido soldado y peleado con los rebeldes en aquellas provincias, y que hoy está sitiado de cuarenta mil soldados del enemigo, gobernando la misma plaza de Bolduque, y con esperanzas por su valor de que ni la tomarán y la sabrá defender, finalmente abriéndola y viendo los desalumbramientos y desatinos del frances, pareciéndole era aquello cosa que le tocaba en la honra, pasó á comunicarla con Gerardo Abrahan, Teniente de la Compañía y soldado de singular esfuerzo y opinion, no pudiéndose contener de la ira y ardimiento que habian causado en su corazon las injurias de Mr. de Breaute contra la nacion y sus soldados. Habiéndolo, pues, conferido y discurrido largamente con él, entró en resolucion de desafiarle de persona á persona ó con cierto número de soldados flamencos contra otros tantos franceses, para darle á sentir y entender lo mucho que se engañaba en lo que se habia dejado decir. Ejecutólo, finalmente, Gerardo Abrahan con su parecer y el de muchos; que no era bien en aquella ocasion sufrir la mancha que aquel francés, con más soberbia que valentía, pretendia acumular á la nacion flamenca, que en tantas batallas habia salido vencedora de la suya, y con tanta sobra de reputacion, que podrian prestarle mucha á la que ellos ignominiosamente en varios reencuentros y ocasiones habian perdido; con que respondió al Breaute que en campaña le haria conocer que sus soldados eran de valor bastante para romper y destrozar á los suyos, aunque fuesen mayores en el número, como los flamencos lo habian hecho muchas veces y él, tan pocos dias

ántes, lo habia hecho; y que, así, señalase el dia, el sitio, las armas, si queria de su persona á la suya ó tantos á tantos, que él estaba dispuesto y determinado á salir á todo, como presto se lo daria á sentir la experiencia. Aceptó el desafío Mr. de Breaute, y, despues de vencidas y allanadas algunas dificultades que se ofrecieron sobre consentirlo los Generales de ambos ejércitos y venir en el desafío y sobre el lugar y armas donde habia de ser el combate, fué acordado y resuelto por todos que fuese de á veinte á veinte y un soldados de cada parte, el sitio á dos leguas de Bolduque, en un lugar alto y raso, junto al villaje Reckt, y el dia á los 5 de Febrero, cada uno con las armas que quisiese como fuesen las usadas en la guerra. Quiso el Gobernador Grobendonc hallarse en la pelea, empero no le fué consentido, enviándole órden el Archiduque para que no lo hiciese, con que le fué fuerza obedecer, porque su cabeza no era para aventurarla con otra muy desigual á la suya; y así, para el dia señalado, prevenidos de armas y caballos y todas las cosas necesarias para faccion tan señalada, acaudillados del Teniente, que era natural de Bolduque, salieron bien armados de corazas y los arcabuces bien amunicionados. La noche ántes habia enviado el francés un trompeta á Bolduque para que condujese los flamencos al puesto, lo cual hizo tambien el Teniente de Mr. de Grobendonc, el cual, esperándolos á la salida, en la puerta de la villa, les dijo hiciesen como buenos y valientes soldados y peleasen por la religion y honra de la patria, pues ambas cosas eran el dictámen por que el Rey Católico, á costa de tantos tesoros y cuidados, habia puesto y ponia tantos y tan numerosos ejércitos en aquellas provincias de los Países Bajos; que se diesen á conocer á los franceses y á que sintiesen aquel dia que no excedian ni ménos igualaban en la gallardía despíritu y grandeza de ánimo á los flamencos, nacion que siempre habia sabido volver por lo que le tocaba, y que se acordasen eran aquellos los que poco ántes habian vencido y lo habian hecho en otras muchas ocasiones, y que ante todas cosas se diesen á fiar de Dios que alcanzarian victoria y ven-

drian triunfantes sobre el orgullo de sus enemigos. Aseguráronle todos que dejarian las vidas ó volverian con la victoria, y con esto comenzaron á caminar hácia el puesto señalado, á la cual hora no habia llegado el enemigo, siendo más expidiente en la lengua que en las manos. Enviáronle avisar con el trompeta que le esperaban, al tiempo que ya él habia salido de Eusdem; tornó á enviar el mismo trompeta diciéndoles que él se habia detenido con sus soldados un cuarto de legua de allí adonde pensaba morir ó vencer, que fué tanto como decirles que se llegasen allá ó le buscasen. Avisó el trompeta al Teniente que el Capitan francés traia para sí tres caballos de respeto, con intencion de que si le mataban uno tomar otro, y de esta suerte todos los demas, para que no les faltasen. El Teniente Abrahan, viendo que Mr. de Breaute excedia de las condiciones primeras y se pretendia aventajar, habiendo sido el tratado que no habia de haber más número que de veinte y dos caballos de cada parte, y soldados todos de una misma compañía, y que sin embargo el francés habia entresacado y escogido los suyos de toda la caballería de Holanda, siendo todas tres cosas contra los primeros conciertos, en que franceses, por pequeñas que sean las cosas, siempre ofenden al crédito de su palabra y comienzan á darse por vencidos en el trato, vicio con que tambien lo vienen á salir en la espada, sin reparar en nada de esto, ántes en desempeñar la opinion y desmentir al francés, volviéndose á los suyos les dijo: «Yo entendí que esperábamos á nuestro enemigo; mas, pues él dice que nos espera, vámosle á buscar, que, por lo ménos, no habrá quién dude que á esta hora les llevamos de vencida en la palabra y en la fe, de que espero que con el ayuda de Dios, por quien peleamos, que ha de ser lo mismo en las fuerzas y en el valor.» Con esto picaron los caballos y partieron á buscarle, no sirviéndoles de empacho la ventaja del lugar que habian buscado. Adelantóse con una pequeña tropa el Teniente Abrahan, descubriendo al Mr. de Breaute con cinco franceses, el cual cerró con él y con ellos con tanto ímpetu, que á los primeros encuentros cayó muerto el Te-

niente Abrahan; herido de una punta de estoque ó pistola entre el casco y la celada cayó muerto otro hermano suyo; Mr. de Breaute impetuosamente vino tambien á tierra, habiéndole muerto el caballo. Á esta hora, habiéndose valerosamente encontrado todos, casi veinte y seis de ambas naciones se hallaban á pié; el Breaute, con el ayuda de los suyos, volvió á subir á caballo, y peleando animosamente y acudiendo á una parte y á otra creyó y se dió á presumir que sin duda ninguna habia de ser suya la victoria, empero los flamencos, procurándolos embestir y herir como leones, sin que les pusiese en desmayo la falta de su caudillo, procurando serlo cada uno en tan urgente ocasion, uniéndose los unos con los otros y apretando los puños, con el parentesco y escuela que por tantos años habian tenido de españoles, se dieron tan buena maña que en breve espacio pusieron en tierra á Mr. de Breaute, con muchas heridas, habiéndole muerto tres caballos. Defendíase el francés cuanto podia con el estoque, los flamencos le traian tan á maltraer y con tanta pérdida de sangre que ya pedia á los flamencos le dejasen con la vida, ofreciendo gran rescate por ella, mas ellos, que habian visto perder su Cabo y caudillo, no les pareció admitirle, advirtiendo que no seria tan cumplida como ya lo requeria, la victoria si no le hacian pasar por el mismo ejemplo, ni tan clara si el Capitan francés salia con vida habiendo ellos perdido el suyo, con lo cual le dieron muerte; estrago que á ocho de los suyos hizo poner en la fuga escapando á uña de caballo, dejando tendidos en la estacada catorce franceses: de los flamencos quedaron cinco, el Teniente, su hermano, Leonardo Bandeluelde, de Meures, y Enrique Somenarte y otro cuyo nombre no se ha podido averiguar; los demas quedaron en el campo viendo á todos los franceses, los más muertos, y parte dellos huidos afrentosamente. Volvieron á Bolduque victoriosos, dejando el nombre flamenco con reputacion y alabanza por largos siglos sobre la presuncion y arrogancia francesa. Los de la villa y todo el país los aplaudieron por amplificadores del decoro y reputacion de la patria; fueron los que quedaron

vivos y con victoria, Herman Adrian, natural de Dordrecht, si bien salió herido; Juan Renardo, Adrian Lenarti, de Breda, cabo de escuadra; Pedro, de Grave; Jacobo, de Lieja; Juan Rider, de Rabestain; Cornelio Orten; Zacarías de Am; Gerardo Berte, Cárlos Bandenbergue, de Jertrudembergue; Pedro Trasen y Ance, de Picar; Gerardo, de Grave; Enrique, de Mastricht; Arnaldo, de Os; Juan, de Lovayna; Federico del Enson; Jorge Bouque, de Lovayna, y Gerardo de Amerforte; dignos todos de los honores y palmas que se merecieron por su valor y grandeza de ánimo. Pasó este suceso volando por todos los países altos y bajos, no sin afrenta de los franceses y vergüenza del Mauricio, debajo de cuyas banderas militaban. De otros dos desafíos tengo noticia, por las historias de Guichardino y Paulo Jovio, que sucedieron en el reino de Nápoles, que tuvieron franceses con españoles y italianos en los tiempos felicísimos que conquistó aquel reino el Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, honor de Capitanes, y en todos ellos los hallo vencidos y cada una de estas dos naciones con el triunfo y lauro de vencedores, como ahora.

Dejaremos á los flamencos y suspenderemos las armas deste año en Flandes por escribir los demas sucesos que tocan á este papel, hasta que nos los vuelva á traer el año que se sigue, y tambien por que discurramos con precision cómo juraron los Estados á la Infanta y al Archiduque por sus Príncipes soberanos, las fiestas públicas y aclamaciones solemnes que les hicieron los pueblos y vasallos, y cómo el Rey Católico partió de Barcelona para Castilla, y la entrada real que la Católica Reina Doña Margarita hizo en Madrid; todo de grande admiracion en unas provincias y otras.

Regocijada con ostentacion y grandeza, por todos los Príncipes y personas ilustres de los Estados, la entrada de la serenísima Infanta y el Archiduque en Bruselas con fiestas y otras invenciones admirables y un torneo que mantuvo S. A., sacando una cuadrilla el Duque de Mantua, todo de grande admiracion de naturales y extranjeros, que en concurso general habian concurrido á la corte; pasada, pues, la solemnidad de

la fiesta se trató de juntar los Estados para que los jurasen por sus Príncipes naturales, en que se ofrecieron no pequeñas dificultades. Pretendian, pues, las provincias y Magistrados, ántes de entrar en el juramento, la confirmacion legal de todos sus privilegios, que son muchos, y entre ellos que las plazas fuertes y castillos se diesen á los naturales de los países, con gente y guarniciones de las mismas tierras, sacando dellas los extranjeros, que ellos llaman españoles, espuela que siempre les ha picado el corazon y que ellos querian sacudir de sí. Querian ansimismo que esto se hiciese luégo y ántes de hacer el juramento, ni conceder el servicio y ayudas de costa para los ordinarios de la casa. La experiencia y algunos ejemplares de los tiempos pasados hacian que no se viniese en esto, ni áun admitir la plática ántes rebatirla, acordándose los más ancianos de aquellos en que el Sr. D. Juan gobernó los Países Bajos, cuán dañosa cosa fué para ellos esta resolucion, y más ahora que el Rey Católico, siguiendo el norte del Rey D. Felipe II, su padre, queria obtener sobre sí la soberanía de los Estados hasta que en los nuevos Príncipes hubiese sucesion; y así no queria sacar los castillos y plazas fuertes de los que por entónces los poseian, ni tampoco les pareció justo ni tolerable á muchos señores de los Países Bajos. Empero, arbitrando uno entre estos dos medios ó inconvenientes, proveyó S. A. el más conveniente, y el que por entónces fué más apto á la seguridad y union de todos; y así comenzó desde luégo á repartir entre las personas de estimacion de la tierra los oficios y cargos más superiores della, con que los comenzó á tener más prontos y más gratos en el amor y la obediencia. Dió al Conde de Arembergue el de Almirante de la mar; al de Barlaimon el gobierno de Artois, y del Consejo de Estado; al Marqués de Havre el cargo de *Chef de finanços*, que es lo mismo que en Castilla el de Contador mayor; al Duque de Areschot, Gobernador y Gran Bailio de Henao y del Consejo de Estado; y de esta manera á los demas que en aquellas provincias tienen accion por su calidad y servicios á los premios y repartimiento de las mercedes. Juntados, pues, con este co-

lor todos los Estados y conferido en ellos las cosas más importantes de que tenian necesidad, se propuso se sacase entre todos tal cantidad de dinero la cual bastase á desempeñar los dominios ó rentas de Sus Altezas, que de muy atras estaban empeñadas y cargadas, para que estuviesen más aptas y prontas al sustento y uso ordinario, ó que se les consignase un tanto cada año para poderlo hacer sobre los mismos naturales; á lo cual la provincia de Brabante concedió cien mil florines, y por este camino y segun sus fuerzas todas las demas. con tal que Sus Altezas habian de ir á Lovayna, cabeza de la provincia, á recibir el juramento de obediencia, y de ésta á todas las demas villas, cabezas de provincias, segun sus costumbres y privilegios. Para esto, á 23 de Noviembre de este año partieron de Bruselas para Lovayna, donde fueron recibidos con magnificencia y aclamacion pública de aquella villa, que resplandece en letras entre todas las Universidades más relevantes del mundo, los arcos, inscripciones y versos en todas lenguas, en ornamento y alabanzas de las proezas heróicas de sus Príncipes, fueron los que no admiten encarecimiento, porque no llegan á comprenderlos los más delgados espíritus de nuestros tiempos. El dia siguiente se celebró el juramento y se les concedieron los privilegios antiguos instituidos por sus antecesores, con lo cual dieron la vuelta á Bruselas, adonde se hizo el juramento que en Lovayna, no sin grandes fiestas y aparatos reales. De ésta pasaron á Malinas, villa separada de la jurisdiccion de Brabante y, recibido con solemnidad y alborozo de sus naturales el juramento, la Infanta y el Archiduque partieron á Amberes, aposentándose en el castillo en tanto que se prevenia la entrada. Todas las naciones de aquella villa, singular en grandeza de trato y comercio, se dispusieron con ánimo generoso á hacer demostracion de sí mismos en arcos, estátuas, inscripciones, pirámides y otras cosas de ingenio y invencion con la maravilla del natural y el arte, en que fueron asombro de cuanto hallamos escrito en las edades pasadas. Competian á porfía una nacion con otra en cuál habia de ser más ventajosa, con que parece

que todas lo fueron, y estando ya todo prevenido hicieron su entrada, y el dia siguiente el juramento en un gran teatro que se habia levantado delante de las casas de ayuntamiento, que, para acto tan señalado, habia hecho fabricar de mucho adorno el Magistrado. Leyéronse los privilegios, y habiéndolos otorgado, fueron aclamados de los Reyes de armas por dueños de Brabante, á quien siguió la nobleza, que luégo hizo y juró el debido homenaje. Concluida esta ceremonia, armó el Archiduque caballeros á muchos hombres principales de la villa, y hizo otras muchas mercedes; derramáronse cantidad de monedas de oro y plata, en que estaban subtilmente grabados los rostros de ambos Príncipes, que fué de sumo contento para el pueblo; con lo cual y despues de haber estado allí algunos dias asistiendo á la causa pública y necesidades de la tierra, partieron para Bruselas, desde donde despues, el año adelante, partieron para Gante, villa de las mayores en asiento y en gente que tuvo el mundo, cabeza del condado de Flandes, hermosísima y famosa por la antigüedad de sus edificios y opulencia de fábricas, en que se aventajó á muchas de su tiempo, y por cinco rios que entran por ella, que la bañan y fecundan, y de donde, juntándose á la salida, hacen el caudaloso rio del Escalda, que en las murallas de Amberes es de los más opulentos de la Europa; y, dejando aparte esto, más ilustre y famosa por ser cuna de Carlo V, Emperador de Emperadores, que espantó las naciones más belicosas del orbe: finalmente, aquí, como en todas las demas, fueron jurados y recibieron las primeras ceremonias en que los constituian por Príncipes herederos de las provincias de Flandes. De aquí pasaron á Courtray, á Lila, á Tournay, á Duay, á Arras, á Cambray, á Valenciennes, á Mons de Henao, adonde fueron recibidos y jurados con toda reverencia y demostracion de alegría, haciendo lo mismo todas las provincias, villas y ciudades que se incluyen debajo de la obediencia en los Países Bajos; dando el Toison de oro al Duque de Areschot, al Príncipe de Orange, al Marqués de Havre y al Conde de Egmont, premios que hacen más fieles y seguros á los vasallos, cuando no lo pudieron las armas.

Habia ya por estos dias el Rey Católico partido de Barcelona para Aragon y hecho su entrada en Zaragoza, colonia antigua de aquel reino, no sin grande admiracion y aplauso de los aragoneses; y despues de haber discurrido piadosamente por algunos santuarios y otros maravillosos edificios que hay en ella, en que se gastaron algunos dias, y haber con atencion y prudencia concluido las Córtes de todos los tres reinos, hécholes justicia y merced, otorgándoles sus fueros y privilegios y concediéndoles otros muchos para más extension y autoridad dellos mismos, dejándolos, finalmente, á todos contentos y favorecidos con su presencia, y, con el agrado y buena intencion de sus Ministros, más aficionados á servirle, pasó á Denia, adonde se le agravó una enfermedad que tuvo con algun cuidado á sus vasallos; empero, siendo socorrido del cielo por medio de sus virtudes, sacrificios divinos y oracion, en breves dias alcanzó la salud que todos le deseaban y convaleció della, con general contento de sus coronas; desde donde volvió á Zaragoza, y desde allí partió á Castilla, donde era con extremo deseado de todos los naturales della, y á 24 de Octubre hizo su entrada en Madrid, acompañado de D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Cardenal y Arzobispo de Toledo, que por muerte de García de Loaysa dignamente ocupó aquel lugar, Príncipe de nobles y generosas entrañas, tio del Marqués de Denia, parecidos ambos en la liberalidad y grandeza de corazon, con que se hicieron lugar entre los varones más señalados que ha tenido el mundo. La Reina Católica, para hacer su entrada en Madrid con la solemnidad y grandeza que siempre se tiene de costumbre, vino á hacer noche al convento real de San Jerónimo del Prado; el dia siguiente fueron con aparato verdaderamente grande todos los Consejos á besarla la mano, y dispuesto todo para la hora que habia de hacer su entrada, salió de San Jerónimo, y por la puerta de Alcalá, con todo lo más lucido y noble de la corte, llegó hasta la puerta del Duque, donde la esperaban los regidores de la villa con el palio, rico, precioso y de gran majestad. Entró en él, admirando los triunfos y los arcos que

para obstentacion de esta ceremonia habia fabricado el amor de sus naturales, las estátuas y otras invenciones hechas con primor y cultura de artífices de opinion; las galas de la corte, la multitud de gente que ocupaban las calles y ventanas, los festines, que todo junto y cada cosa de por sí suspendia los espíritus de los hombres con esta admiracion y con este aplauso. Llegó á la iglesia mayor de Santa María, con notable esplendor de galas y joyas, donde la esperaba el Cardenal de Toledo con ornamentos pontificales; entró en ella y dió gracias á Dios por la accion de aquel dia, por las dotes y virtudes de que la habia adornado, por la corona que habia puesto en su cabeza y por todas las demas causas por que es digno de toda alabanza. Desde allí fué á palacio, con aclamacion y bendiciones públicas de toda la corte, que la consideró con partes soberanamente reales; entró en él aplaudida de voces y instrumentos. El dia siguiente la vino á hacer visita la cesárea majestad de la Emperatriz, y S. M. correspondió con la misma obligacion en el convento real de las Descalzas; estacion que SS. MM. frecuentan mucho, porque es dechado y ejemplo de toda virtud y santidad.

Estaba regocijada sumamente la corte y todos los reinos de Castilla con la venida de S. M.: el premio y las mercedes los tenia sumamente recreados; oíalos á todos con semblante humano en sus pretensiones, y satisfacíanse los servicios como lo pedian las causas, las ciudades, y sus mismas provincias vivian con esperanza de mayores cosas, más que cuanto lo habian imaginado en los tiempos pasados y todo era fiestas y regocijos, de suerte que parecia se renovaba aquella edad y rejuvenecian los espíritus de los hombres. Ni andaba escasa la cortesía en los ministros, ni se hacian las mercedes con rigor ni violencia, sino con aquella afabilidad y clemencia que siempre se hallaba en su persona y con que se hizo dueño de los corazones, no sólo de los súbditos, empero de los que no lo eran; y en prosecucion de tan real y generoso dictámen manda cubrir al Conde de Fuentes, por que no diga la malicia que no se premian las armas; da el Toison al Duque de

Medinaceli, cuñado del Marqués de Denia, cuya casa es de las más encarecidas en nobleza de Castilla; honra con él al Duque de Alba por los servicios de aquel gran Duque, que tanto respetó la milicia, y que salió victorioso de todas las lides que esta monarquía tuvo en la Europa con enemigos y rebeldes en tiempo de Carlo y Felipe II, su hijo y al Duque de Salmoneta, sobrino del Papa; hace títulos algunas casas nobles del reino, y otras muchas mercedes en que su real ánimo se estaba siempre ejercitando; da título de Duque de Lerma al Marqués de Denia, de Marqués de Cea á su primogénito D. Cristóbal de Sandoval, que era Conde de Lerma, premios justos á los muchos y grandes servicios suyos y de sus pasados, y con este halagó á todos los demas de los reinos que están debajo de su dominio, solicitándolos con su benignidad, hasta los potentados de Italia y Alemania, prometiéndose fieles y prontos á su devocion y á su servicio; con que este cuerpo se encaminaba con mayores fundamentos y seguridad que hasta allí á ser más perdurable y dichoso en los ojos de los otros Príncipes de la cristiandad, y hasta aquellos que no la conocen. Deseaba el Rey Católico que sus vasallos le tuviesen presente en todas partes y hacerse comunicable á todos para que se diesen con más calor á inquirir con el premio las virtudes; para esto, al principio de Marzo del año 1600, partió de Madrid para Toledo, ciudad imperial y en majestad y grandeza no inferior á ninguna de las más señaladas del mundo, favorecida de celestial y soberana influencia, de fertilidad de terreno, de ingenios, letras y buenos hijos, silla del arzobispado y con la primacía, por su grandeza, de las Españas. Fué recibido de sus ciudadanos y nobleza con la majestad y pompa que siempre acostumbraron; visitó el venerable y suntuoso templo de la iglesia mayor; admiró su fábrica agora con más atento espíritu, y adoró sus reliquias, en que parece se iguala á la Sede Apostólica Romana. Suspendido entre tantos ricos y preciosos ornamentos consagró y ofreció las acciones de Rey á la devota imágen que quedó en lugar á la que desde el cielo, por haber defendido intrépidamente contra la herejía de Arrio

su castidad, dió la casulla á San Ilefonso. Pasaron allí SS. MM. muchos dias en consideracion de los notables edificios de aquella antigua ciudad; vieron el Aleázar, cuya fábrica y escalera excede á los edificios más ilustres que levantó la soberbia egipcia y romana, sin que sea achaque la pasion de haber nacido yo cerca de sus umbrales; vieron el ingenio maravilloso del artificio del agua; entretuviéronse en sus huertas y cigarrales, vegas, montes y sotos, regados con torcidas vueltas del mejor de los rios, y que abrió, entrando por Lusitania en el Océano, puerta á las delicias y riquezas del Oriente, haciendo con ancha y extendida barra famosa á Lisboa, reina de las otras ciudades; entretuviéronse, finalmente, en la caza ó en otros más sosegados ejercicios, ejercitando la piedad y religion en visitar los conventos y hospitales, por que Dios les hizo tan dichosos y les dió tan escogida sucesion. Con que, despues de bien festejados y servidos de sus moradores, dejándolos honrados y favorecidos con su presencia y muchas mercedes que les hizo, por Ceca, recreacion á dos leguas de Toledo, puesta á la ribera de Tajo, llegó el Rey Católico á Aranjuez, paraíso humano en la tierra, donde pasó la primavera hasta que los calores del verano le volvieron á la corte, dándose con toda vigilancia al despacho de los negocios, partes de que se compone, con el estudio de la prudencia, el progreso largo ó corto de nuestra vida humana, al manejo de las materias de Estado, á la expedicion de ejércitos y armadas, á proveer los presidios y fronteras en que se distribuia la mayor parte de la hacienda y patrimonio real, á oir los pretendientes, á contemporizar con los Príncipes de la Europa por medio de sus Embajadores, á entender sus disignios y movimientos, á conservar los afectos á su corona y rechazar los no tales, y muchas veces reducir los más convenientes, en que se adelantaba la reputacion sin descaecerla, y se mantenian las provincias en prosperidad y decoro, y se entraban á manos llenas los sucesos prósperos por nuestras puertas; deseando todas las provincias extranjeras la paz y union con nuestras coronas como lo veremos adelante.

Estaban ya en los años pasados tan introducidos los motines en Flandes, y la insolencia por estos dias de los soldados tan adelante, que con pequeñas causas y leves ocasiones se movian de una parte á otra y con facilidad atropellaban y se salian de la obediencia, negándola á sus Cabos y oficiales, sin que la prudencia humana, la bondad ni severidad del Archiduque los pudiera conducir á las banderas; siéndoles más sabrosa la soltura y libertad en los atrevimientos que la reputacion de la obediencia y tolerancia en los trabajos: ardíase, pues, el ejército católico en motines, lo cual visto por el enemigo, vigilante á todas horas en su comodidad y en nuestro daño, juntó 4.000 soldados y se encaminó la vuelta de Mus, con intento de tomarla por interpresa, como lo habia hecho poco ántes con el fuerte de Eschenque, con inteligencias que para ello tuvo, que infidelidad y codicia, por más que lo quiera el valor, no le dejan llegar al fin que muchas veces se desea, ni al lugar esclarecido de la reputacion: no le salió al Mauricio á colmo lo que deseaba, ántes, siendo descubierto fué con resolucion y valentia frustrado por nuestra gente; el Archiduque por otra parte deseoso de encaminar con felicidad los progresos de la guerra y de la comodidad que para ello le daban los hielos de aquel año, ordenó al coronel Cláudio de la Barlota, que con sus walones y los borgoñones, de nuevo levantados, por estar más seguros de no ser amotinados, y algunos alemanes, se encaminase con ellos la vuelta del fuerte de San Andrés, y que sacando de allí alguna gente y artillería pasase el Vaal y tomase puesto de la otra parte y se fortificase; intentaba con esto el Archiduque tomar acuerdo con los amotinados de Amonte, con que reducidos á sus banderas sacar el ejército en campaña y encaminarle á faccion y designio considerable: empero, apénas hubo llegado Barlota á Amont, cuando tuvo aviso que el presidio del fuerte de Crevecuer se habia amotinado y seguido su ejemplo el fuerte de San Andrés, tan poco ántes fabricado por la fatiga y constancia de tantas personas ilustres en sangre y en armas; con que el Coronel hubo de ceder de su jornada y volver atrás sin serle

posible por entónces emprender faccion de importancia. Sintió estos dos accidentes el Archiduque notablemente, porque no dejaban arribar sus intentos á lo que pretendian sus esperanzas; disculpábanse los alemanes, que estaban de guarnicion, de su poca fidelidad y maldad execrable que el Coronel Barlota los queria sacar del fuerte y pasarlos á otra parte metiendo otros en su lugar: entendido por el Mauricio el motin de ambas plazas, y aún quizá solicitados por él, movió con toda su gente hácia ellos á los principios de Marzo, y el primero que emprendió fué á Crevecuer, saliéndole á la defensa 400 borgoñones de Amont, que alcanzados de su caballería cerca de Bolduque, los rompió y prendió la mayor parte dellos; con que á la misma hora se rindió el fuerte que estaba presidiado de infantería walona; con esta pérdida discurrió el Archiduque no hiciesen otro tanto los del fuerte de San Andrés, para lo cual ordenó á D. Luis de Velasco que con el mayor número de gente que pudiese y con ella se encaminase hácia Bomel para dar calor al presidio ó que no desmayasen en la fe y asegurase á Bolduque, si acaso se pretendia ir sobre ella; á esta hora ya el Mauricio se habia acampado delante del fuerte, y haciendo cuatro cortaduras en el dique de la Mosa y algunos fortezuelos bien guarnecidos, y anegando la campaña que mira hácia Bolduque, imposibilitó á D. Luis el poder socorrer el fuerte que ya le habia dado vista con 6.000 soldados, inferior número en gran manera á los del enemigo, y nuestra caballería, por ser poca, fatigada por la del Conde Ludovico, que todo era en gran daño de las provincias católicas: empero, nada de esto bastára si los ánimos de los que estaban dentro no estuvieran tocados de infidelidad; tenia el fuerte de presidio casi mil soldados entre walones y alemanes, y con bastimento para seis meses, y cien toneles de pólvora y otras municiones con que resistir y defenderse largo tiempo aun cuando no fueran socorridos, no obstante que lo habian de ser á pesar del Mauricio; empero, esta golosina de amotinarse estaba tan usada é introducida en los ánimos de los que más obligaciones tenian de ser leales á su Príncipe, que no fué mucho que estos

lo dejasen de ser finalmente; en poco ménos de ocho dias los alemanes y walones vendieron el fuerte de San Andrés al Mauricio, por cantidad de 50.000 escudos, debiendo ántes estimar en más precio la fidelidad y reputacion como joyas de más calidad; este fin tuvo aquel fuerte, que al parecer de juicios grandes en las materias de Estado y guerra habia de ser el terror de Holanda, puesto en la punta del Vaal y de la Mosa que hacen cuando se juntan, y el que habia de estorbar el trato y socorros que por ambos rios les viene de Alemania, el uno para aumentar la guerra y el otro para engrosarla: finalmente, no fué ganado en buena guerra, que esto sólo deja de consuelo á los que manejaban las armas; lo que conquista el dinero no es pérdida de valor ni merece vituperio por ello, como ni tampoco gloria el que no puso más de su parte que haberle comprado; los alemanes y walones habiendo concluido traicion tan enormísima en perjuicio de su Nacion, se alistaron debajo de las banderas de Holanda. Sintió el Archiduque esta pérdida notablemente, con que le fué forzoso volver los ojos al remedio de tantos motines y á ponerlos en alguna templanza, y así envió capitanes de consideracion que tomasen asiento con los soldados de Amonte y se les diese entretanto que enteramente fuesen pagados la villa de Dieste, con condicion de que no admitiesen en su compañía más soldados: que se daria al Infante, para su sustento, catorce plazas al dia y veintiocho al caballo ligero; admitieron el asiento los amotinados, con que los condujo á Dieste en número de 2.000 infantes y 1.000 caballos, el Maestre de campo Juan de Tejeda, que procuró con todas sus fuerzas reducirlos; empero ellos estaban tan insolentes y tan poco amigos de entrar en obediencia, dándose al vicio de la soltura, que eran vanas todas las razones que se gastaban con ellos, ni tampoco cesaba el desórden ni por más que se le aplicaban remedios al achaque eran de efecto. Pocos dias despues, 50 infantes y 30 caballos que estaban de guarnicion en el fuerte de Cargen. junto á Limburgue, cuyo Gobernador era Fernando Lopez de Vilanoba, se amotinaron y dieron entrada á otros cien soldados de la

compañía de Francisco de la Fuente; con que unos y otros se dieron á la rapiña de los villajes haciéndose contribuir aún más de lo que les tocaba, siguiendo los unos el ejemplo de los otros; con que los de Dieste acostumbrados á la licencia no se acababan de enfrenar con el asiento tratado, ni el Archiduque podia formar ejército para proseguir la guerra, cuyos trabajos y desórdenes hacian de nuevo armar al enemigo con intento de probar fortuna al calor de la poca fe de los nuestros.

Apretado el Archiduque más de la libertad de los suyos que de las armas del enemigo, mandó juntar los Estados en Bruselas para los 26 de Abril, y teniéndolos ya juntos el Presidente Richardot, en nombre del Archiduque, les propuso el estado que tenian las armas en aquellos países, la poca obediencia de los soldados, los motines que se habian levantado por la falta de algunas pagas, que si bien se prevenian en España los socorros del dinero, de que ya se tenian nuevas que venia, la insolencia de los soldados era tal, que habiéndoselo propuesto y siendo los plazos breves aún no admitian la esperanza, queriendo ser pagados enteramente de todas sus pagas luego al punto; y que así, para volverlos á las banderas y poner el ejército en órden para llevar adelante la guerra y la reputacion convenia tratasen entre sí y se animasen á hacer algun socorro de dinero tal que cobrasen vida las cosas, porque muchas veces en España, supuesto que se hace todo lo posible, no pueden darse tantas manos los Ministros que tengan efecto los asientos, ni muchas veces la disposicion está tan pronta que no pida tiempo para disponerla; y que así les rogaba y les pedia, considerando con atencion esta necesidad, la remediasen buscando medios tales cuales los pedia la ocasion presente, de que quedaba confiado S. A.; que siempre corresponderian con la fineza de buenos vasallos y se daria por bien servido el Rey. Respondieron: que quedaban enterados de la proposicion que se les habia hecho, y que así proveerian luego en la materia y servirian á SS. AA. con su sangre y con sus haciendas por la religion, por la patria, por la reputacion y por la conservacion de los Estados y aumento de las armas

en quien fundaban la gloria de la Nacion. Acabada la proposicion de la junta y despues de haber hecho muchas los Estados, salió del acuerdo que todos estaban prontos á servir á S. A. y asistirle, mas que querian informarse ántes de resolverse para dar satisfaccion al pueblo del ánimo en los tratados de paz que por los años pasados se habian intentado entre las provincias rebeldes y obedientes, para que contrapesado lo uno con lo otro se tomase el medio más eficaz para todo; admitió el Archiduque la réplica de los Estados, y conformándose con ella envió á Mr. de Basigni, en nombre de la provincia de Brabante; al pensionario del Imperio, por la de Flandes; á Mr. de Bentino, por la de Gueldres; y introducidos en esta inteligencia los embajadores del Imperio y de los otros Príncipes sus coligados, ido y venido de una parte á otra, la respuesta fué, que estaban todos los Países Bajos rodeados de armas forásteras y de soldados de diferentes y diversas naciones, y que así no se podia tomar ningun acuerdo en tanto que no saliesen de ellos y se entregasen los gobiernos á los naturales; y que hecho esto se trataria de la paz: pareció dislate la proposicion; y así, unos embajadores y otros volvieron á Bruselas, dejando á estos infieles en sus mismos errores y tiránía sin efectuar nada. Quejábase Bolduque del peso que tenia sobre sí en mantener el ejército católico, y mandó el Archiduque á D. Luis de Velasco le pasase entre Grave y Venloó sin meterle en tierras cerradas por evitar motines y nuevas alteraciones. Ni tuvo mejor efecto la paz que á esta sazon se trató con Inglaterra, despues de haber debatido en Bolonia los embajadores de ambas Coronas, sobre el lugar de precedencia, de que habiéndose acordado se sentasen los embajadores en una mesa redonda, sobre quién habia de hablar primero y pedir la paz; se levantó tal diferencia entre todos, que no queriendo D. Baltasar de Zúñiga, Embajador del Rey en los Países Bajos, el Presidente Richardot y el audiencier Luis Virey, perder un punto de la reputacion de España ni de la que le tocaba á los Estados del Archiduque, rompiendo por la junta la desbarató sin concluir nada, deseando unos y otros,

no obstante, la paz con nuestras Coronas; solicitando á esta misma sazon Enrique IV rectificase el Rey católico las que habia hecho su padre con Francia, volviéndole las plazas que se le habian tomado en Picardía y Bretaña. Ni por esto ni por todos los remedios de que con prudencia se valia el Archiduque se remediaba la sedicion de nuestros ejércitos, ni D. Luis de Velasco bastó discurriendo por entre Grave y Venloó para que no se le saliesen de los escuadrones mucha infantería italiana y caballería y se pasasen á Amont, nombrando su electo y oficiales, lo cual visto por D. Luis, mal asegurado de los demas y desconfiado de casi todo el ejército, recelándose de mayores desórdenes; pasó la Mosa en Asselen y fué marchando la vuelta de Rimbergue, alargándose de las plazas que por su comodidad hacian amotinar la gente; empero la noche que se alejó en el villaje Oldecuengue; se tocó arma en el campo en la cual se declararon 300 caballos, buen número de infantes y se fueron á juntar con los de Amont, donde todos juntos trataban de hacerse fuertes; con que lo restante del ejército se hallaba ya en evidente peligro. Valíase el Mauricio á esta sazon de la comodidad del tiempo y desórdenes del campo católico, y deseoso de desviarle de las derrotas del año pasado, haciéndole volver atrás y no tener tan dentro de sus contornos la guerra por usar con mayor desembarazo de la navegacion del Rhin, del Vaal y de la Mosa, y todos los demas que corren hácia aquella parte, y que desembocan en el Océano sobre las provincias de Holanda y Zelanda y otras islas, de donde consiguen todo su trato y comercio que por allí les viene de ambas germanías y de Italia; hizo levantar mucha gente de guerra, infantería y caballería y otros pertrechos, con ánimo de hacer la guerra á los umbrales del Archiduque y más dentro de su casa que otras veces, divirtiéndole, como digo, de aquellos puestos y de las empresas pasadas, para lo cual pretendia pasar á la provincia de Flandes; valíase para este intento de las dilaciones que habian procurado usar con nuestros embajadores en los tratados de la paz de Inglaterra; y las provincias de Holanda que si bien la deseaban, empero

querian hacer aquel esfuerzo de armas tan opulento para hacerla, si fuese posible, con mayores partidos y ventajas, porque no dejaban de confesar que se hallaban sumamente oprimidos de las muchas imposiciones que pagaban los pueblos para guerra tan larga y prolija, y que por tantos años habian tenido sobre sí, de que casi se hallaban ya imposibilitados de pasar adelante, hallándose los súbditos fatigados, viéndose otros defraudados del comercio que por edicto público los meses pasados se habia prohibido entre unas provincias y otras, y lo peor de todo, tener los católicos ocupado á Rimbergue, con que tambien lo estaba el paso del Rhin para todas las inteligencias de Alemania; tambien les afligía mucho la oposicion que les hacian los fuertes fabricados al rededor de Ostende, con que se les quitaban las contribuciones que ántes solian sacar de los villajes que estaban en su contorno, porque de cualquiera manera eran desbaratados de la gente católica; y así acordaron, que el Mauricio encaminase las gentes de Holanda ántes á la provincia de Flandes que á las márgenes y corrientes del Rhin; la desunion por otra parte de nuestros ejércitos les hacia inclinar hácia aquel paraje, creyendo que muchos de los pueblos más considerables, cansados de sufrir las importunidades de las guarniciones por los intereses de los alojamientos les darian calor y se les mostrarian favorables; cansábales no obstante las galeras de Federico Spínola, que dos años ántes, en número de ocho, habian venido á molestar á aquellos mares, cosa jamás vista en ellos, las cuales recogiéndose y saliendo de la Exclusa les impedia el navegar y contratar con los Príncipes, sus vecinos y aliados, quitándoles sus mercadurías; siendo defraudados largamente de sus intereses; no pudiendo áun cuando escapaban de sus manos tomar sus puertos sino es con recios temporales deshechos ó borrascas impetuosas con que se ponia todo al trance de dar en los bancos ó de irse á pique, porque en siendo el tiempo próspero y favorable tenian luego sobre sí á Federico con toda la escuadra de sus galeras bastecidas, y armadas á su costa y despues pagadas por mayor de los tesoros del Rey

católico, que corriendo aquellos mares, no sólo tomaba los navíos enemigos y sus mercadurías, empero ponia al remo y á la cadena los marineros y pilotos, riesgo que les hacia no salir de sus puertos á la pesca de los arenques, que es la mayor riqueza de las provincias rebeldes y de la que la mayor parte de las colonias se sustentan, por componerse casi todas de marineros y pescadores, de que hay opinion verosímil que les vale más de un millon de oro cada año; y que si se tomaba á Dumquerque ó Neoporte ó ambas villas, les quitaban á las galeras el socorro de poderse abrigar en ellas, sobreviniéndoles malos temporales con que quedaban expuestas al rigor de los vientos y á la inclemencia del naufragio en que era forzoso zozobrar y anegarse, y ellos salir de cuidado; y así por todas estas consecuencias y cada una de ellas, despues de bien debatida y observada la materia entre los mejores espíritus de la milicia en Holanda, resolvieron de hacer la guerra lo más apartado que fuese posible de sus casas y lo más adentro de las del Archiduque, para lo cual escogieron la provincia de Flandes, la mejor y más grande en riqueza y autoridad de las que poseen los Países Bajos, dejando á la de Brabante en su debido lugar.

Resuelta, pues, la jornada salió el Mauricio de Holanda, embarcando su ejército, que pasaba de 20.000 infantes y 2.600 caballos, en poderosa armada de navíos con todos los pertrechos, máquinas y municiones de expugnar y combatir que por tantos años ha introducido el ódio y el rencor en aquellas partes, los ardides y invenciones de la guerra, enemiga cruel de nuestra naturaleza; navegó prósperamente la vuelta de Flandes; que si le sucediera al Archiduque y correspondiera la fortuna á sus pensamientos, este año tuvieran fin los progresos y discursos de Holanda, porque si como le hubiera sido más lícito y más glorioso para su reputacion pelear y arremeter en otra ocasion; en esta, si desembarcado el enemigo lo dejara de hacer, ni le fuera, aunque lo procurara lícito, pasar el Mauricio á Francia, que era el paso que en aquella sazon tan apretado, tenia para escaparse y ponerse en la fuga,

ó si se volvia á embarcar le habian de degollar hombre á hombre en la retirada y devastarle todo el ejército por estar colgados y pender no de otra cosa que de la fortuna estos sucesos, con que tuviera fin la guerra de los Países Bajos, y Holanda volviera á los cuidados y obediencia de su Señor; ni los podemos prevenir ni adivinar, ni toda la prudencia humana, ni el arte militar del más excelente y esclarecido Capitan lo alcanza. Desembarcó, pues, el enemigo á 12 de Junio de este año, junto al Sas de Flandes, que quiere decir, cabeza fuerte, de todas maneras inexpugnable á toda invasion de enemigos, puerto en la marina y á cinco leguas de Gante, en un canal ó brazo de mar enfrente de Ulisinga, poderosamente guardado de la gente católica, mayormente por unas exclusas, que abiertas con facilidad, pueden anegar la campaña hasta bien cerca de los contornos de Gante, al cual otrosí le hacen escolta dos fuertes pequeños en el mismo Digorla, mano izquierda, que el uno llaman la Filipina y el otro de Bouchout: esto intentó luego el enemigo con facilidad y se los llevó por no tener más guarnicion que de 25 soldados, no atreviéndose á emprender el saco por no detenerse en empresa donde le fuera forzoso si lo expugnára consumir el ejército y haber menester muchos para conseguirla, con lo cual prosiguió su derrota, dejando los navíos á la lengua del agua, tendiendo sus escuadrones en buena órden y concierto, gobernados de sus Cabos y oficiales, por aquellas campañas; con que marchó y se fué encaminando la vuelta de Brujas, Ostende y Gante, sin que hallase novedad ni alteracion en los naturales, ántes mucha fidelidad y sosiego en el amor de su Príncipe. Entendido por el Archiduque la desembarcacion del enemigo en Flandes, y que le tenia tan cerca armado y prevenido para poner en terror lo que le era obediente; juntó sus gentes, haciendo leva de otras muchas, y convocando las que tenia en las guarniciones, no poniéndole en cuidado la que tenia amotinada; formó ejército y salió en persona con la Señora Infanta en busca del enemigo, llevando la vanguardia D. Luis de Velasco, con el tercio de D. Gerónimo de Monroy,

que con 3.000 infantes sueltos y 300 caballos se habia adelantado, iban en su seguimiento 5.000 infantes y 600 caballos con los amotinados de Dieste, que marchaban en número de 800 infantes españoles; que en esta ocasion no quisieron dejar de parecerlo y seguir las banderas por la defensa de su Príncipe y reputacion de España, ofreciéndose de corazon el salir á esta empresa, sin violencia ni fuerza alguna, sino de verdadera voluntad suya; lo que no fué posible acabar con los italianos y las otras naciones que infamemente estaban amotinadas en Amont, aunque se lo fué á rogar el Marqués de Montenegro y Mr. de Archicocurt; llegó pues el Archiduque á la vista de Gante. El Mauricio, entretanto pasó á Neoporte, quemando el villaje Ledo y otros muchos, sin dejarles cosa que todo no lo pusiese al saco y á la desolacion, deseando tomarla y ponerse sobre ella ántes que llegase el Archiduque, fiado en que ni estaba defendida, ni bien amunicionada, ni con guarnicion considerable; y para detenerle el paso y embarazarle el que habia de hacer por Audemburch, Abadía Rota, entre Brujas y Ostende, donde se dejaba ver un fuerte en el paso de un río, sin dejarle otra defensa ni comodidad para fortificarse en este, donde lo podia hacer; para que no lo intentase dejó seis compañías de infantería y 200 hombres de armas; pasó adelante y con toda brevedad arremetió al fuerte de San Alberto, que se habia hecho al opósito de Ostende, sobre una duna, para impedir á la guarnicion las correrías, y al de Sanesquerque, y hallándolos mal guarnecidos los tomó fácilmente, en los cuales, y en el primero metió 300 infantes, y en el segundo 200, y por salir de duda de si el Archiduque marcharia sobre Ostende, envió para su defensa 2.000 infantes, soldados viejos, los mejores de su campo, la mayor parte escoceses y irlandeses. Habiendo llegado, pues, el ejército católico á la vista de Gante, salió el Archiduque y la Serenísima Infanta á caballo en una acanea á verle pasar y darle calor y aliento con su presencia; comenzaron á pasar las guarniciones y toda la caballería en tropas, que si bien no era ejército grande, estaba al ménos unido, armado, regido y acau-

dillado de valientes Cabos y Capitanes, todos deseosos de pelear y ganar honra y mostrarse aquel dia intrépidos al enemigo, con ánimo de quebrantarle los brios y el orgullo con que habia osado desembarcar en Flandes. Animábalos la Infanta con sus palabras, resplandeciendo en ellas más ardor de lo que promete el sexo femenil; empero, alentábalos la grandeza de aquella sangre que habia en sus venas de España y Austria, y cuando se afrontó con los españoles de Dieste, que en esta ocasion merecen que se les disimule la mancha, les dijo se acordasen de la alcurnia de donde venian y la reputacion que habian ganado en el mundo, lo cual no era bien aniquilar ahora, ni suspenderla con acciones poco fortunadas y dichosas; que no arrojasen así de la frente y de las manos las palmas y laureles de sus antecesores, los cuales siempre se habian empleado en cosas grandes, y les habian dejado el nombre excelente de que se preciaban; que le adelantasen con su valor y hazañas, y no le dejasen atrás; que se acordasen de la causa que seguian, siempre justa y siempre religiosa de la deuda filial al Rey, su hermano; que se les darian las pagas prometidas por el Conde de Lora y Agustin de Herrera, sin faltarles en un maravedi, ántes que serian aumentadas con nuevos premios y mercedes, las cuales pediria al Rey con todo encarecimiento, y aún empeñaría para asegurarlas sus joyas, la plata y oro de su palacio y aún las arracadas que traia, si fuesen menester, para darles satisfaccion; que arremetiesen al enemigo que pretendia hacerse insolente á costa de su infidelidad; que sacudiesen de sí esta calumnia y la lavasen con la sangre holandesa y con la de las otras naciones coligadas contra el Evangelio, envidiosas de la grandeza del Rey, su hermano; y que pues tantos siglos lo habian sido, no dejasen aquel dia de parecer españoles. Hincheron de fuego y de coraje estas palabras el ánimo de los españoles y el de las otras gentes, los cuales en altas voces apellidaron, viva la Infanta. Comenzaron á marchar y pasaron adelante, con lo cual la Infanta se volvió á Gante, y el Archiduque en busca del enemigo la vuelta de Brujas, de donde salió con

todo el campo en órden de pelea; el último dia de Junio pasó por Audemburgh, y pareciéndole al presidio que tenia allí el Mauricio temeridad el ponerse en defensa, se rindió, con que se les diese seguridad y escolta hasta Ostende, cuyo bagaje, banderas y estandarte enviaron los de Dieste, que llevaban la vanguardia, á la Infanta, y arremetieron tras esto al fuerte de Sanesquerque, y asaltándole gallardamente, ántes de ponerlos en la esperanza de rendirse, los pasaron á cuchillo: encendidos, pues, los de Dieste y enfrascados en el pelear, no apartando de su imaginacion las eficaces palabras de la Infanta, y habiéndoles traido á la memoria el estímulo de que eran españoles; pasaron adelante siguiéndolos todo lo restante del ejército, llegaron á las dunas, donde en escuadron formado, fuerte, cerrado y unido, descubrieron los 2.000 escoceses y irlandeses, soldados viejos y escogidos por los mejores en el discurso largo de las guerras de Flandes, que el Mauricio á la sazon enviaba á Ostende; parecióles á todos que nunca jamás habian visto más alegre dia, pues tomando la vanguardia el Maestre de Campo, Gaspar Zapena, con su tercio y los de Dieste, por su parte, cerraron con ellos con tanto valor y osadía, y los apretaron de manera, dándoles las cargas tan espesas que en un instante los rompieron y degollaron sin que se escapase hombre, con muy poca pérdida ó casi ninguna de los nuestros; fué este suceso (así lo quisiera la fortuna que se continuára) para el campo católico de gran felicidad, porque por sus tercios se iba desbaratando al enemigo y poniéndole en necesidad, el cual, luego que lo supo, le dejó notablemente atormentado, y más cuando entendió habia tomado el Archiduque los fuertes, en quien creyó consistia la dificultad del paso del ejército católico; por lo cual, viéndose confuso y notablemente apretado con el destrozo de los mejores de su gente, y que se habia empeñado más de lo que debia, en provincia donde los recursos eran ningunos, y esos ocupados ya y prevenidos del Archiduque, y que le habian tomado el paso donde con sólo cercarle con el ejército, sin embarazarse en pelear, le habia de consumir y acabar allí; pues si queria escaparse por Fran-

cia no excusaba la pérdida suya y de su gente y de toda Holanda, cuyo accidente nadie dudó, que si Dios quisiera que se acertára, era aquel el dia en que todos ellos y sus confederados habian acabado y fenecídose con prosperidad y reputacion de nuestras Coronas la guerra de los Países Bajos. Si embarcase, tambien discurria, que le habian de degollar la gente y perecer toda miserablemente, y si el Archiduque le sitiaba habian de morir de hambre por la falta de bastimentos; para lo cual, viéndose sumamente ahogado y combatido de diversas dificultades y embarazos, y que conocidamente habia errado la jornada y que fracasaba su reputacion y la salud de sus provincias, que para un capitan tan escogido eran hartos puñales y desabrimientos; acordó de encomendarlo todo á la fortuna, que por nuestras culpas parece permitió Dios le favoreciese, y puso todo el ejército entre unas dunas, que son unas montañas de arena, donde se comenzó á fortificar entre Ostende y Neoporte, ordenando á su armada, que siempre la tenia á la vista, le siguiese.

Viendo el Archiduque la resolucion del enemigo y el puesto que habia tomado, forzado de su necesidad, se informaba si seria bien acometerle, con la pérdida de la mañana, de que parecia estaba atónito y espantado y perdida toda esperanza de salvarse y aún la razon militar, y alcanzar cumplidamente la victoria; los pareceres eran varios y diversos entre los de su Consejo de Guerra, Oficiales y Capitanes de opinion; el Maestre de campo, Gaspar Zapena, decia que S. A. debia hacer alto y refrescar la gente que venia cansada del camino y del trabajo de pelear en faccion tan generosa como haber roto 2.000 escoceses y pasádoles á cuchillo, los mejores del ejército; que en el ínterin diese S. A. asalto al fuerte de San Alberto y le tomase, quitando los enemigos de la espalda, y que en el entretanto llegaria la demas gente de la retaguardia y podria considerar con acuerdo más bien fundado lo que se debia hacer. Otro decia, que se perdia ocasion y la dicha que Dios le ponia en las manos para acabar la guerra con la mayor felicidad que ha tenido caudillo de reputacion, y que no se

debia dar tiempo al enemigo de reposar ni de fortificarse, porque con el sobresalto de ver el ejército victorioso sobre si le tenian medroso y desalentado y casi para espirar de desconfianza; que emprendiese y saliese de intermision; á esto se añadian las voces de algunos capitanes, diciéndole, que en qué se detenia; que el enemigo se iba ya embarcando; que añadiese á los triunfos de su casa el de ser restaurador de Holanda y Zelanda y ambas Frisas, para quedar por el más relevante Capitan, y de que puedan deponer las crónicas antiguas y modernas, y los que vendrán despues de nosotros; que rogase á Dios hiciese con él lo que con Josué, en pararle el sol, para que no se le fuese de las manos, que en sólo esto consistia el efecto de la victoria: otro con más seso y más prudencia, consideraba el sitio de que se habia aprovechado, arenoso y pesado, y lo que se habian de fatigar allí los soldados hasta llegar á combatir, donde seria posible faltarles el aliento y las fuerzas cuando se hubiesen de aprovechar dellas, y que seria verlos heridos del calor y del cansancio, los que ántes habian sido vencedores verlos caer en las manos del vencido; él seguro y á pié quedo murado de baluartes y montañas de arena, sin fatiga y sin cansancio, peleando por las propias vidas, donde muchas veces la desesperacion hace valientes los más cobardes y faltos de corazon; maquinando cosas imposibles por la salud propia, afectando el salir bien reputado dellas; que los Capitanes y soldados que tenia el enemigo eran la mayor parte soldados viejos y de grande experiencia en la milicia, ejercitados en trabajos y en necesidades y enseñados á vencerlos; y otro tanto, mayores en número á los que S. A. tenia, fortificados en lugar y puesto eminente y jamás usado en batallas, y muy ventajoso para ser acometidos de pocos, cansados y sin aliento; sitio arenoso donde aún las balas de la artillería, por la naturaleza del lugar, habian de embazar y no dejarlas seguir el curso de ofender y dañar al enemigo, cuanto y más qué haria la infantería y caballería, donde embarazada en aquellas montañas de arena era tanto más y difícil el poder salir dellas sin pelear

que peleando; pues si se habian de vencer ambos inconvenientes, añadian, ¿qué fuerzas serán menester para esto: no admitian estas razones los más fogosos, sino ántes las rechazaban, y quizá aquellos por ventura que no habian de ser los primeros en el combate sino los últimos en el obrar, diciendo que el verdadero vencer era aprovechándose de la ocasion, en la cual consiste la esperanza de los sucesos, y entónces más aina, cuando los soldados están briosos y con sucesos fortunados, deseosos de acabar y conseguir la victoria, que no era bien dejallos resfriar ni suspender el coraje con que habian comenzado á poner en confusion y miedo al enemigo, que le embistiese y acabase de deshacer, y pusiese las provincias rebeldes debajo de sus piés, á todos sus enemigos y confederados, y diese fin á la guerra; el aplauso que por esta causa le harian todas las naciones amigas y enemigas, ¿qué estátuas no le levantarian España, Italia y Alemania, qué satisfaccion no tomaría de Francia y de Inglaterra y otros potentados infieles, que pusiese en órden el campo y diese señal de acometer y no perdiese la gloria que para este dia le tenia guardada el cielo? Á este parecer se oponia otro, en el cual discurria que á S. A. no se le podian juntar más fuerzas de las que tenia, y al enemigo sí, porque viéndose apretado y constreñido á no poder salir del puesto que habia elegido, las podia solicitar de sus coligados, cuya necesidad se las haria traer brevemente por la mar en ménos tiempo de veinticuatro horas, y en este tiempo proveerian de Holanda su armada de vituallas y municiones con que podria mantenerse allí muchos dias; que le dejase si queria embarcarse poner en la fuga, pues no estaba tan sobrado de gente y dineros para probar fortuna, que se contentase con la de la mañana, que ¿qué más victoria queria que dejarle ir roto y desbaratado, y frustrados sus intentos de haber desembarcado en Flandes, donde de tal manera volveria á Holanda, que por aquel año, y aún seria muy posible para el otro, no quedar con fuerzas para ascender á nada? Apretábase más este punto (que el destino de perderse pocas veces se excusa), y decian que la mi-

licia de los Países Bajos seria reputada por imprudente teniendo al enemigo tan perdido dejarle ir de las manos sin rematarle, que de qué servia la confianza que como fieles y católicos teníamos en Dios, cuya causa más que otro interés se seguia, que esperase en su brazo fuerte y poderoso, que como habia debelado tantos ejércitos de enemigos, lo haria con aquel, y más entónces, cuando habia conseguido tan dichosamente los principios de quererlo hacer. Puesto el Archiduque entre tanto número de varios y diversos pareceres, y cada vez más dudoso en lo que pensaba hacer, porque si bien se le ofrecia grande ocasion, no dejaba de estar rodeado de muchas dificultades y de no menores inconvenientes, por la incomodidad del puesto, que era notable; acordábase no obstante de los consejos, tan poco reputados de Amiens, y como de no más que de no verse su enemigo acometido le hizo decir, vencido hemos; quiso, pues, que en esta ocasion no se dijese lo mismo y se le acumulase esta calumnia, sino hacer aquellas cosas debidas á un Príncipe y gran Capitan, y de que tantos soldados pendian, y así, escogió por cosa más gloriosa acometer y aspirar á la victoria que consumirse entre dudas y intermisiones; para lo cual ordenó á Pedro Gallego, Comisario general de la caballería, que por ausencia de Joan de Contreras Gamarra, habia entrado en el cargo y ahóra la gobernaba y hacia el oficio de Teniente General della, por estar mal dispuesto en Bruselas, D. Ambrosio Landiano, que con 600 caballos, que era todo lo que habia en el ejército, fuese de vanguardia á reconocer el enemigo y trabar la escaramuza. Estaba el ejército enemigo fortificado en lo alto de siete dunas, como si estuviera en los fuertes de Amberes, Cambray y Gante, y aunque por allí treparan mas aína los nuestros y les dieran escalada, ántes que embarcarse en aquellos piélagos de arena donde más que se ganaba se perdia tierra: la frente al campo católico y las espaldas á su armada que se las guardaba, y con pensamientos, si no le acometiera el Archiduque, de irse embarcando con la mejor órden que pudiese, ya que se le habia quitado el poderse arrimar á Os-

tende, que aún de este calor y comodidad le habia imposibilitado la esperanza y la venida del Archiduque, con que se le habian cerrado todos los pasos, y aun el ánimo de pelear, con las rotas y pérdidas tan recientemente y tan á los ojos sucedidas, con que si pudiera comprar la plaza para salvarse él y sus gentes, no ofreciera pocos partidos; tenia el siniestro lado, que estaba entre las dunas y el mar, bien asegurado, con siete piezas de artillería que barrian toda la marina, que era por donde habia comenzado á cerrar D. Francisco de Mendoza, Almirante de Aragon, General de la caballería, con la de Dieste; tenia otras cinco piezas plantadas en una duna por frente, que hacian mucho daño á los escuadrones que venian marchando; acampado, pues, el Mauricio de esta manera, al contrario del ejemplo pasado y de lo que dijo Enrique IV, Rey de Francia, levantando el brazo y dando de los piés á su caballo, cuando no se vió acometido del Archiduque, dijo en esta sazon Mauricio, volviendo la cara á sus Capitanes: vencido habemos, pues nos acometen. Quién entenderá los accidentes de la guerra, ó quién los podrá prevenir, allí no peleando, perdió ocasion, y aquí peleando, la pierde; de la misma manera decian los más pláticos; que habia de conservar la fortuna de la mañana y aún la victoria, teniéndole apretado en tan peligroso lugar como habia elegido para el que se habia de atrincherar entre el campo enemigo y Ostende, donde habian de perecer de hambre ó necesariamente habian de ser rotos si querian embarcarse; que la salida para Francia no era cierta y corria el mismo peligro, y viéndose Holanda defraudada de sus fuerzas era forzoso ocurrir á la misericordia del Archiduque, que habia sido mal aconsejado, y que la pequeña victoria de la mañana habia hecho á los imprudentes arriesgarse á lo que con certidumbre parecia dudoso; que, qué mayor victoria que imposibilitar al enemigo de todo favor humano y tenerle tan á pique de perderse, si ya no perdido del todo. Confiado, pues, el Mauricio del sitio que ocupaba, estando á punto y en órden de pelea, á pié quedo, en sitio eminente y descansado, hizo alargar á la mar sus navíos por necesitar á

los suyos á pelear por las propias vidas y quitarles toda esperanza de salvarse, diciéndoles, que no la tenian sino en menear con coraje y presteza las manos; que no eran á propósito aquellas montañas de arena para huir; que de ambas suertes habian de quedar allí todos; que mayor gloria era morir valientes que no cobardes: con estas palabras discurria por todos sus escuadrones, hablando con pocas y eficaces razones á sus Capitanes y soldados, hinchéndolos de coraje, alentando á los más pusilánimes y fulminando sobre todos ardor y brio para que no desmayasen; comenzó á esta sazon á jugar la artillería de ambas partes, escaramuzando alguna de su caballería con la del Archiduque, el cual, como Príncipe de ánimo y de valor, sobre todos los del mundo, con buena órden se iba llegando al enemigo con un escuadron cerrado, de 6.000 infantes, en que iban los tercios de españoles de Luis del Villar, Gaspar Zapena y D. Jerónimo de Monroy; el de italianos de Don Alfonso de Ávalos; los tercios de walones del Conde de Bucue y Barlota; el de irlandeses que gobernaba el Maestre de Campo Bostoque, y 800 infantes españoles de Dieste. Habia dejado, no obstante, el Archiduque para guardar el paso del rio á D. Luis de Velasco, General de la artillería, con 4.000 infantes de los regimientos de alemanes del Conde de Barlamonte y el Conde Federico Bandembergue con el de borgoñones del Marqués de Barambom: en esta manera y con gran coraje acometieron los 6.000 infantes por la frente al enemigo, con ánimo de ganarle la primera duna; embarazábanse al arremeter los soldados, y hallábanse llenos de dificultades, siendo inexpugnable la subida por la naturaleza del terreno arenoso, de suerte que metian las piernas casi á la rodilla, tirándoles el enemigo desde arriba, á pié quedo y de mampuesto, con que deshacia y destrozaba mucha gente; mas, sin embargo, el ardor y la osadía y el deseo de vencer, que era el pretexto con que en aquella guerra habian salido, les hizo subir á ella y la ganaron, degollando mucha de la gente enemiga. El Almirante de Aragon, por otra parte, con su caballería, siendo descubierto su designio, eran notablemente ofendidas sus tropas de las

siete piezas que estaban en la ribera, con que caian seis y ocho soldados de una bala, tanto, que los hizo entrar en pensamiento de retirarse, como al fin lo hicieron, sacudidos de los golpes de la artillería; y, así comenzaron con algun desórden á retirarse, cargando hácia la parte donde peleaba la infantería sin ser poderoso el Almirante de Aragon á detenerlos ni ponerlos en órden, ni hacerlos arremeter: la infantería entretanto, siguiendo el curso del bien obrar y cumplir con sus obligaciones, habiendo ganado la duna primera, peleaba con valentía por ganar la grande, en cuya eminencia se veian plantadas las cinco piezas; empero, creciendo por la subida las dificultades, el cansancio, el calor, y el afan de ir siempre subiendo, estando aquella guarnecida de más y mejor gente, y descansada, que era la más real ventaja que tenian; ya se llegó á reconocer que el trabajo era vano y sin duda muy desigual el combate, por el puesto y por ser los enemigos dos tantos más en número, por no poder ya afirmar los piés en la arena, por ser el tiempo recio y insufrible, en medio del verano y lo más riguroso del dia, en que el sol hacia tambien su oficio, fulminando rayos de fuego, y herir en las dunas; con lo que los limitaba el aliento y caian muchos ahogados del calor y del cansancio, y otros de las heridas; sin embargo, y con todos estos impedimentos, se peleaba con igual teson de ambas partes, pareciendo en nuestra gente, respecto de su valor, las dificultades ningunas; con que casi lo llegaron á hacer unos y otros pica á pica por espacio de una hora, cayendo cuando se perdian diez de los nuestros treinta del enemigo; empero, como estaba más sobrado de gente, acudiendo el Mauricio, como vigilante capitan á todas partes, refrescaba de nuevas y descansadas gentes los escuadrones, sobrando ya en los unos y faltando en los otros; sin embargo, los rechazaban los nuestros, conservándose en este peso por muy grande espacio de tiempo, con que la batalla se mantenia; y la victoria, aunque dudosa, parecia inclinarse á la parte católica, porque los españoles habian ganado ya dos piezas de artillería y vuéltolas contra el enemigo; empero, la

caballería que gobernaba Pedro Gallego, que si este dia hiciera el deber se consiguiera sin duda la victoria, fué acometida de 600 corazas francesas, que estaban de emboscada á la vuelta de una duna, de tal suerte, que no sólo los desordenó y puso en rota; mas ciegos y deslumbrados, se metieron por la infantería católica que animosamente arribaba á la cumbre de la victoria, y abrieron el escuadron, con que todo se metió á confusion y desconcierto, con lo cual, los que estaban en lo alto de la duna peleando, viéndose mal seguidos de los suyos, fué fuerza que se retirasen, á los cuales salió el enemigo, aprovechándose de la ocasion, en escuadron formado, y hallándolos desordenados, cansados, llenos de sudor y de sangre, los rompió, luciéndosele ya la ventaja del sitio, y conociéndose ya claramente el yerro de los nuestros, que temerosamente discurria por las venas de todos; apretaba el Mauricio, pues, el suceso con nuevas gentes, nuevos esquadrones que aún no habian peleado, enteros y bien formados, contra los que estaban ya cansados de hacerlo, con desunion y muchas heridas: el Archiduque, arrimando el valor á la desconfianza de lo que ya tenia delante de los ojos, con la espada alta en la mano y en un caballo español, que llamaban el Noble, rodeado de algunos caballeros de su casa, y entretenidos, con ánimo invencible de espíritu generoso, acudia á todas partes, animando á unos y exhortando á otros, volviéndolos á la pelea y disciplina militar, poniéndoles delante la honra de España y la suya; y, sin embargo, no podia tener á los caballos que huian de las 600 corazas que les venian cargando, al opósito de los cuales salió D. Rodrigo Laso, Conde de Añover, Capitan de la Guarda de S. A., su Mayordomo mayor y Caballerizo mayor, con sus dos compañías de caballos; como buen caballero, las acometió de manera, que si no fuera dejado de los suyos, su valor hiciera que aún se reparára el daño y se recobrára lo perdido; hallóse con pocos entre los enemigos, que eran muchos, y ya restituidos en el ánimo, peleando con el estoque en la mano, y por más que se quiso valor de su gran corazon, no lo pudo hacer tanto

que no le matasen el caballo y le diesen dos arcabuzazos; que el uno le pasó todas las quijadas y se las rompió, y el otro le pasó las narices y quemó los ojos, con que quedó desfiguradísimo; dejáronle por muerto y pasaron adelante, y él se fué retirando con ayuda de alguna de su gente, si bien los enemigos pensaron quedaba muerto: andaba el Archiduque á esta hora en medio de la batalla peleando por su persona, y el ardor y el coraje le llevó tan adelante, que viendo habia tomado el Conde de Añover la vuelta de su caballería tan corta, con que era cargada más reciamente del enemigo, procuraba volverla y formar en hilera, alentándola á la arremetida; empero todo estaba ya de suerte que era en vano y tiempo perdido el intentar nada; con que se halló entre una tropa de soldados del Mauricio, y el uno dellos, yendo á darle un golpe de alabarda sobre la cabeza, D. Diego Mejía, hoy Marqnés de Leganés, se ofreció á repararle, haciendo lo mismo D. Gaston Spínola, Conde de Bivai; con que no surtió á efecto el intento del soldado, si bien salió con una pequeña herida en la oreja; visto, pues, por todas las personas de consideracion la rota del ejército, apretaban al Archiduque que se retirase, lo cual ya le fué forzoso hacer; y así mandó á todos sus Cabos y Oficiales que lo hiciesen en la mejor órden y manera que les fuese posible: hallábase sumamente fatigado, mas no sin muestras de valor y grandeza en su ánimo; sentia ver su caballo cansado, y así pidió á D. Joan de Bracamonte, hermano del Conde de Peñaranda, que le diese el suyo; y haciéndolo así y apeándose dél, un lacayo del Archiduque ocupó el caballo de la Persona, y viéndose D. Joan defraudado de ambos socorros, dijo al lacayo que se apease· que no queriéndolo hacer, remitió la injuria y el atrevimiento á una estocada; con que hechándole de la otra parte subió en el caballo y siguió su jornada. Llegó el Archiduque á Brujas, y desde allí á Gante, donde ya corrian nuevas de que era muerto ó preso; llegó á los ojos de la Infanta, cuya vista bastó á serenar toda aquella tempestad: escribió á Bruselas y á los Estados que aún todavía estaban juntos, sobre la ayuda y

socorro que habian de hácer para proseguir la guerra, los cualés, condolidos en esta ocasion del mal suceso de las dunas, y llevados de la honra de su pátria, concedieron de un voto y de un corazon lo qué se les pedia. Murieron de nuestra parte 2.500 hombres, y pasados de 6.000 del enemigo: fué preso el Almirante de Aragon, General de la Caballería; el Maestre de Campo, Luis del Villar; el Gobernador, Simon Antunez; de Capitanes de infantería española, D. Luis Fajardo, Joanetin de Casanova, Hernando Zapata, Diego de Ulloa, Hernando Diaz, D. Pedro Dávila, Pedro Renjifo; D. Felipe de Speleta, Joan de Orbea, Francisco del Arco, Sebastian de Olaso, Gonzalo de Geniro, Pedro Osorio Gavilanes, Sebastian de Otalora, Joan Lopez Ulguin, Francisco de Tamayo, Jerónimo de Quintanilla, Francisco Ruiz de Aguirre, Luis de Esparta, Mateo de Mójica Villalobos, Cristóbal Rodriguez, Joan de Bustillos, Jerónimo de la Cruz, Pedro Neva, Andrés Ortiz; con otro número de personas principales, como D. Diego de Torres, D. Gaspar de Loaysa, D. Joan de Prada, D. Garcia de Toledo, D. Alonso de Cárcamo, el Capitan D. Ramiro de Guzman y otros muchos Oficiales, Alféreces y Sargentos, así efectivos como reformados, los cuales pasaban de 450: de capitanes italianos murieron; Gabriel Batalla, César Caleo, Cornelio Marin, Joan Baptista Carísimo, Haminio de la Verde, el Capitan Estéban, el Sargento Joan Paulo Gabo, un hermano del Marqués Bentivollo, un hijo del Marqués Palavicino, el Conde Latino Prata, Simon de Facis y otros muchos que pasaban de 30: murió Barta, Coronel de irlandeses, soldado de reconocida reputacion en los Estados, con la mayor parte de sus Capitanes y soldados: murió asi mismo en la batalla, el Conde de Lafria, caballero francés; el Conde de Solma, Capitan de caballos; el Maestre de Campo Zapena, que siendo al acometer herido en la rodilla, y no le pudiendo retirar los de su tercio, fué preso y llevado á Ostende, entre más de 200 prisioneros, que á sangre fria, los escoceses que habian quedado de la rota primera, bárbara y cobardemente los mataron á las puertas de la villa, en venganza de la pérdida de los 2.000

compañeros: fueron de los prisioneros, el Capitan Pedraza Larrátegui, Mateo de Otañez Mota, D. Diego de Idiaques, D. Gaspar de Morejon, Calvo de Villalobos, Francisco Ruiz, Joan Navarro, Luis Dávila, D. Pedro Montenegro, todos Capitanes de Guarda; el Teniente Olivera; el Alférez; Alonso Flores; el Alférez, D. Pedro de Castelví; el Alférez, D. Gonzalo de Espinosa; el Alférez, D. Francisco Riquelme, D. Joan de Vega, D. Pedro de Velasco, D. Pedro Enriquez, D. Francisco de Irrazábal, con otros 80 Alféreces y Sargentos, y más de 500 soldados ordinarios; salieron heridos muchos Capitanes de infantería y caballería, y entre ellos el Conde de Añover; el caballero Cárlos Vizcente; el Maestre de Campo, D. Alfonso de Ávalos, que parando su carrera entre los muertos, le dejaron por tal, y escapó despues de la tormenta. Perdiéronse todas las banderas de infantería y la mayor parte de los estandartes, que se contenian en número de 120 entre todos; perdiéronse tres piezas de artillería y parte del bagaje, que este y el rescate de los prisioneros fué el mayor beneficio que las Islas y el Mauricio sacaron de la guerra: estuvo el Archiduque á pique de ser preso; y si el enemigo se pusiera en seguir el alcance, aún pasára más adelante la ruina de los Estados, que fué la mayor que se vió en ellos; empero, el Archiduque, con su prudencia y constancia de ánimo, la remedió y redujo á mejores términos, porque si bien el enemigo quedó señor de la campaña, aún estaba poco ménos roto que los católicos, pues le faltaban de su ejército pasados de 6.000 soldados escogidos, y no resuelto de pasar adelante, porque sabia que D. Luis de Velasco estaba en la retaguardia con 4.000 infantes unidos y descansados, y con ánimo de hacer el deber si el enemigo los pretendia tentar; con lo cual, trató de no irritar más la fortuna, recogiendo su gente que andaba dividida y desordenada, no se la acometiese D. Luis de Velasco y se mudase el curso de la victoria, con que no consintió que se alargasen más los suyos, ni desamparasen el lugar donde habian tenido victoria. Suceso que dió lugar al Archiduque de recoger su campo y meter en Neoporte á la deshilada 600

soldados y otros 1.000 que llevó el Maestre de Campo Barlota, para quitar al enemigo el pensamiento de sitiarla, y escaparla del peligro en que por entónces se hallaba; cosa que totalmente pareció así, porque si bien lo intentó, como veremos, el haberla socorrido tan á tiempo y tan gallardamente, la dejó del todo asegurada. Discurríase largamente por todos los Estados de la rota del Archiduque, no sin admiracion de unas provincias y otras, con pesar de los aficionados y gusto de los que no lo eran: sintióse en España, como era justo, y en Alemania; empero, ya que rotos, no del todo quebrantadas las fuerzas, en todas partes se hacian muchas levas de gente, y de España se hicieron gruesos socorros de dinero que envió el Rey católico, á quien tuvo con cuidado este suceso, y á todos los Ministros de Estado y Guerra para volver sobre ella y proseguirla: culpaban los más atentos este caso, dando por causa la fuga de la caballería, que no habia hecho el deber; elegido malos puestos y no peleado con coraje; atribuyendo este desórden á no tener cabeza que les gobernase, faltando en ella el Comisario general, Joan de Contreras Gamarra, soldado plático y de reputacion, y D. Ambrosio Landiano, que se habia quedado en Bruselas falto de salud; discurriendo que si no hubiera tan cobardemente entrádose por el escuadron de la infantería, que sin duda ninguna hubiera pasado adelante y conseguido la victoria, porque la gente del enemigo comenzaba ya á blandear; que no habia de haber dejado tanta gente en la retaguardia con D. Luis de Velasco, sino pelear con toda ella sin dividir las fuerzas y aprovecharse de cabeza tan bien opinada y de tanto valor; empero, yo juzgo que este escuadron hizo reparar al enemigo para no intentar mayores cosas; que un escuadron de 4.000 soldados ordenados y descansados, con caudillo de reputacion, al de mayor fortuna y más victorioso, si ha comenzado ya á derramarse y gobernarse por su cabeza, no habia Capitan, el más falto de consejo, que no le haga reparar y volver atrás, adivinando el inconveniente, y salvando el accidente, que en la guerra se suele torcer con facilidad; y así lo hizo el Mauricio cuando

vió que le esperaba D. Luis de Velasco, tan firmes los piés y tan bien armado, no lo queriendo él hacer por conservar aquellas pocas fuerzas que habian quedado para la seguridad del país, y porque no tenia órden de hacer lo contrario.

Á esta sazon volvió el Archiduque de Gante á Brujas, recogiendo el campo de la rota, dando órden que saliese la de los presidios, poniendo en su lugar los burgueses de las mismas villas, concediéndole los Estados los socorros de dinero que se les habia pedido; con que se puso á juntar y recoger nuevas armas y municiones, reduciendo á su obediencia los amotinados de Amont, que eran todos italianos, en número de 1.500 infantes y 1.000 caballos, que hasta entónces no habian querido entrar en concierto; obligándoles á ello el sentimiento del caso presente; admitiendo hasta que se les diesen sus pagas á Verte; empero, en fuerte hora, porque este motin y los pasados habian sido la total ruina de las cosas y la perdicion universal de los Estados. Hallábase, pues, el Mauricio recreado con la prosperidad de la victoria, y desahogado de gran cuidado, porque sin duda ninguna habia escapado de notable aprieto y conflicto, pues se le habia dejado libre el paso y el poder salir de lo pesado de aquellas dunas, y con libertad para poder usar de su fortuna, refrescar la gente, buscar vituallas y municiones, valiéndose de los de Ostende, que ya la teníamos despojada y para servirse della, que es lo que nunca pensó; mas, sin embargo, se hallaba dudoso en lo que pensaba hacer, porque se veia falto de la tercera parte de su gente, y la que le quedaba, muy estropeada, y no para campear ni poner sitio; sin embargo, más por reputacion que de confianza, pasó á ponérsele á Neoporte, porque sabia ya cuán bien la habia guarnecido el Archiduque, y que D. Luis de Velasco, con los 4.000 soldados y los demas que habia podido recoger, se habia adelantado y puesto en Dixmunda, villa á tres leguas de Neoporte; con lo cual, no habiendo más que el acometimiento, dió la vuelta, retirándose del canal hácia la parte de Ostende, donde muy de léjos y con mucho espacio comenzó á abrir trincheras,

poniendo su armada á la mano derecha, que le proveia de vituallas, no sin grandes dificultades ni zozobras, porque Federico Spínola, con cuatro galeras de las suyas, salteaba por momentos las barcas y se las quitaba, echando muchas á fondo con la artillería, que á ser mayores en número, dieran mucho que entender á la Armada, y pusiera el ejército de tierra en grande estrecho, como ántes lo habia estado; persistiendo, pues, algunos dias en aquel puesto. Mauricio, viendo no ascendia á nada, y que ántes perdia reputacion, y que D. Luis de Velasco por momentos se mejoraba de gente y municiones, resolviendo en no aventurar más tiempo, se fué retirando la vuelta de Ostende, y tentando de paso tomar el fuerte de Santa Catalina, por no volver á Holanda sin alguna presa, hallándole fortificado y con presidio considerable, y al Coronel Barlota con 2.000 hombres á las espaldas; desistió de la empresa, si bien con pérdida del Coronel, que andando con el Conde Federico de Vergas, que en aquella sazon habia sido llamado del Archiduque; reconociendo al enemigo le mataron de un mosquetazo que le alcanzó en la cabaza, no sin mucho sentimiento del Archiduque y de toda la milicia de Flandes, que le tenian por excelente soldado, de gran crédito y opinion, y que por sus puños, sin otro favor humano, habia arribado al puesto que ocupaba. Resolvióse, pues, á embarcarse el enemigo, falto de forrajes para la caballería y otras cosas necesarias á la conservacion y sustento del ejército, y porque veia por instantes reforzar al Archiduque de nuevas gentes y armas forasteras, que todas, con la conmiseracion de la rota pasada, se las habian enviado, deseosos muchos Príncipes de ponerse á su lado; y así lo comenzó á ejecutar, embarcándose en Ostende, y dejando en aquella plaza presidio de 3.000 infantes y dos compañías de caballos, con lo cual se hizo á la vela para las islas. No dejó Federico Spínola ir al enemigo tan á velas tendidas, y así, saliendo de la Exclusa con sus galeras, lo comenzó á picar en los navíos de la vanguardia, que iban cargados de infantería y caballos, haciéndole mucho daño con la artillería y mosquetería; y hiciérasele mucho mayor si el

viento de Poniente no refrescara y á toda vela los navíos de la retaguardia no llegáran al socorro de los primeros; tomándole el viento, con que le fué fuerza retirarse á la Exclusa; quisieron los navíos revolver sobre sus galeras; empero, á pesar suyo; y por medio dellos, se arrimó á la costa de tierra, donde por pescar los bajeles poca agua, temerosos de dar en tierra, se hubieron de retirar y seguir su derrota; llegó á Holanda Mauricio, desembarcó y repartió la gente, metiéndola en guarniciones; pasó á la Haya, donde fué recibido con tan poco aplauso y cariño de los Magistrados y Gobernadores de las islas, que más pareció en el juicio de todos, vencido que vencedor; lamentábase el pueblo y murmuraba de cuán inútil y sin provecho habia sido aquella jornada, de la mucha gente que se habia levantado y las numerosas prevenciones de armas, municiones y vituallas que se habian hecho, y todo de ninguna sustancia y de costa grandísima; de suerte, que no les habia dejado nada desahogados, ántes, con mayor peso para los venideros; decian, qué es de las plazas ganadas, qué nos trae nuestro caudillo, en la provincia de Flandes, de donde se pudieran sacar gruesas contribuciones para descansarnos de las que se nos piden para la guerra; qué es del fruto de los gastos causados; de qué provecho ha sido una moderada rota, si cuando habíamos de esperar á nuestro enemigo quebrantado, parece que está más sobrado de fuerzas para no dejarnos sosegar, y como si no hubieran corrido fortuna ni infelicidad sus ejércitos, vemos volver al nuestro, cuando dicen que victorioso, con acciones y señales de vencido, roto, deshecho, pocos y maltratados; consumidas las municiones y vituallas, faltos de armas, de caballos, y los navíos desaparejados; y tan presidiado de fuertes Ostende como de ántes, y sin poder salir las guarniciones á correr la tierra, ni á valerse de los villajes, y lo peor de todo, sin consignaciones, y gastado el caudal y los efectos para llevar adelante la guerra: de esta manera se murmuraba en Holanda, y de esta manera discurrian los naturales, afligidos y desconsolados de ver tan mal empleado un ejército, con que pen-

saron hacerse dueños de una provincia; que habia de ser su acrecentamiento y nuestra ruina. Con la retirada del enemigo se detuvo el Archiduque en Brujas, hasta que supo habia llegado á las islas, desembarcado y metido la gente en guarniciones, y tan destrozado, aunque victorioso, que no le habia dejado de que triunfar, obligándole á sentir lo que Pirro, Capitan de los griegos; que habiendo vencido dos veces á los romanos en batalla, perdió tanta sangre y tantos de los suyos, que rogó á los dioses no le diesen otra vez ocasion de pelear, porque si venciendo habia de ser tan á costa de sus gentes, forzosamente vendria á ser vencido. Tuvo, por el consiguiente, noticia el Archiduque, cuán mal habia sido recibido de los naturales, no teniéndole por vencedor ni fortunado, ántes por hombre que habia escapado de las uñas del leon; dió órden al Conde Federico, que con sus alemanes y los regimientos de borgoñones de Barlota, quedase allí para reparar los fuertes de San Alberto, Santa Catalina y otros que habia desamparado el enemigo; á D. Luis de Velasco, que con la resta del ejército se fuese á poner entre Malinas y Liera, para desde allí acudir adonde hiciese punta el enemigo; que pasasen á Rimbergue 600 italianos del tercio de Gambaloita; y que por el rio Lipa, que pasa por Besel, estorbasen el bajar municiones á Holanda; y que para esto se metiese guarnicion considerable en Burique, que está en la frente de Besel. Reformó trece compañías de caballos, seis de españoles y tres de italianos, por estar faltas de gente con los motines pasados, las cuales fueron, la de D. Joan de Bracamonte, Miguel Tellez, D. Felipe de Arellano, Guillermo Verdugo, D. Joan de Silva, D. Fernando de Guevara, del caballero Visconte, el Conde Paulo Emilio, la de Martiniego y Cárlos de Segura; cuatro del país; la de Francisco de Orbe, de borgoñones; la de Nicolás de Oliva, Simon Lotier, y la de Antonio Godoste, de walones: en lugar de estos, nombró otros diez Capitanes para que hiciesen sus compañías de los amotinados de Dieste, cuyas cuentas estaban ya fenecidas, satisfechos enteramente de sus pagas y de todo cuanto se les debia.

Las quejas de los holandeses crecian cada dia más en las orejas de Mauricio, cosa que no le dejaban reposar un punto, así de Capitanes y soldados, como de todos los pueblos y Magistrados; creyendo que con las ganancias que ántes se habia prometido tan grande armada y ejército tan poderoso, habian de quedar todos muy aliviados y con ménos subsidios y contribuciones: pues, pensando recompensar todo esto Ludovico de Nasao, intentó salir con 2.000 caballos, y pasó el Rhin cerca de Colonia, y se encaminó la vuelta de Limburg y Lutcemburg, con intento de meter en contribucion aquellas tierras; lo cual, entendido por el Conde Erman Vandembergue, Gobernador de la provincia de Geldres, convocando á los amotinados de Beest y á los que se alojaban en Dieste, y recogiendo entre todos siete compañías de caballos, arrimando á estas el regimiento de alemanes del Conde de Barlaymonte, pasó la Mosa y fué en busca del enemigo; lo cual, sabido por Ludovico, y cuán apriesa se habia armado en oposicion suya el Conde Erman Vandembergue, cedió del intento, y tornando á pasar el Rhin, metió la gente en las guarniciones, sin otro fruto que haberse cansado; con que el Conde volvió la gente á sus puestos, sin haber otra faccion este año más que el haber con una galera que en Holanda se habia fabricado para el opósito de las de Federico Spínola, asaltando con ella y otros barcos la Almiranta de la armada católica, que estaba sobre el fuerte de Amberes, sin gente ni otra guardia, y se la llevaron con otras dos barcas ordinarias que navegaban de Bruselas á Amberes, culpa del Vicealmirante, y que abrazó la enmienda con el castigo. Murió en Bruselas D. Ambrosio Landiano, Teniente General de la caballería, Capitan de singular valor y consejo: su cargo dió el Archiduque á Nicolás Barta, albanés muy plático y experimentado en las cosas de caballería, y que habia sido Capitan de caballos desde que el Duque de Alva comenzó la guerra en los Países Bajos; con lo cual, viendo estaban las cosas de ambas partes por aquel año en quietud y sosiego, y que no se trataba de otra cosa que de meter á invernar la gente de guerra despues de haber el Archiduque puesto cobro

en las plazas y fronteras, que están á las del enemigo; distribuida la infantería y caballería en sus puestos y guarniciones, con socorros de pagas y bastimentos para luego que diese lugar el tiempo intentar muchas empresas; y si bien, aunque roto, no desbaratado, y sin pérdida de una almena, desde Gante pasó á Bruselas con la Serma. Infanta, donde fué recibido con sumo contento y alegría de toda su corte.

No son todos los sucesos de la guerra, aún para los que están enseñados á vencer, siempre dichosos; los más esforzados y valerosos Capitanes, y que más triunfos y victorias alcanzaron de sus enemigos, tuvieron trances adversos y pérdidas de notable infelicidad. ¡Oh! si bien invencible, poco dichosa España; pues aún no bien sacudiste del cuello el yugo infame de Mahoma, que por más de novecientos años sufriste con imperio injusto y afrentoso, debelado y destruido por las altas virtudes y esclarecidos hechos de los Reyes católicos, D. Fernando y Doña Isabel, echando á los moros de Granada, conduciendo y abrazando en imperiosa Monarquía tres Coronas, con los Reinos que se juntaron con Castilla, de Aragon, Valencia y Principado de Cataluña, Sicilia y Cerdeña, con las islas de Mallorca y Menorca, y poco despues el Reino de Navarra, que se recuperó con las armas, habiéndole poseido los Reyes della injusta y tiranamente, por haberse apartado en un interregno que hubo de la Corona de Aragon en los tiempos del Rey D. Alonso I; y habiendo los aragoneses, por muerte de su Rey, elegido y aclamado á Ramiro, su hermano, el Monje, los navarros alzaron por Rey á García, no habiéndolos podido reducir á la antigua y singular obediencia: tan justamente le poseen los Reyes de Castilla, y con tan justos títulos lo conquistaron los Reyes Católicos: finalmente, adquirieron y conquistaron las Indias occidentales por el descubrimiento de Colon, y despues por la espada de Fernando Cortés; servicios nunca bien premiados, donde han entrado por la barra de San Lúcar tantos millones de oro y plata, que te hicieron rica, feliz, poderosa y temida; tus moradores prósperos, opulentos y abastados, sin ser necesario que saliesen tus riquezas

ni tus hijos á sustentar ni defender provincias remotas ni rebeldes, abundabas en tesoros y en gentes; tambien te hizo no ménos bélica que famosa el incauto desagradecimiento y trato doble de D. Fadrique de Aragon, Rey de Nápoles; pues obligó al Rey Católico, con el valor de Gonzalo Fernandez de Córdova, á desposeerle del Reino, habiendo echado dos veces á los franceses de Italia, una en su favor y otra en contra, con que alcanzó justamente nombre de esclarecido y gran Capitan; y te hizo, ¡oh España! que sonase tu nombre y tu fama en los últimos términos del orbe, y que tus hijos fuesen respetados y conocidos por el nombre de españoles; alcanzaste fama, ensancháste tus términos, adquiriste reinos que con facilidad los quietas y compones; diéronte santas, justas y piadosas leyes; erigieron en tí tribunales útiles á la Religion católica y tranquilidad humana; sosegáronse tus inquietudes, bullicios y alteraciones; humilláronse los grandes de Castilla á la obediencia de sus Reyes: en esta felicidad, ¿qué Rey no deseó tu amistad y confederacion? ¿Qué facciones no emprendiste en el África? ¿Qué Capitanes no criaste, que industriados en tu disciplina, fueron terror de Italia y del turco? Portugal, que faltaba solamente por comprender y abrazarse contigo, ya te consideraba tan soberbia, numerosa y crecida, que deseaba, sosegando sus discordias, solicitar tu amistad; lisonja no pequeña de tu grandeza, haber podido templar dichosamente la justa arrogancia portuguesa, que pretendia, si no le hubiera sido traidor el hado á D. Sebastian, desde Arcilla penetrar orgullosa y valiente con su valor hasta la punta del Cabo de Buena Esperanza, habiendo muchos años ántes puesto sus quinas y banderas con tanta osadía y reputacion en las tierras y mares del Levante; tanto que se preciaba su Rey de serlo, más que del mundo, de sus gentes; faltóte el Príncipe Don Joan, no llegó á colmo la sucesion de la Infanta Doña Isabel, su hermana, mujer del Rey D. Manuel de Portugal. Logróse la de Joana en Cárlos, notable felicidad en sus provincias, en su casa y en su orígen: sí, con la esclarecida y noble sangre de tantos Emperadores, si la Holanda no lo hubiera sido re-

belde á su hijo D. Felipe, más gloria te habian dado las diez y siete provincias de los Países Bajos, que otras ningunas de cuantas adquiriste desde los principios de tu poblacion; pues habias llegado con larga y extendida monarquía hasta los helados términos del Norte, avecindando á tu potencia y orlas de tus escudos las águilas y leones imperiales, y á pesar de Francisco, Rey de los franceses, el ducado de Milan, llave y defensa de Italia; en este colmo y grandeza, ¿qué Príncipe te osaba enojar, que con larga prision no le hubieses aherrojado en el centro y corazon de tus alcázares? Dígalo la vergonzosa retirada de Soliman en Viena; el de Sajonia y el Lanzgrave en Alemania; el ducado de Florencia dado á los Médicis; Barba Roja en la conquista de Túnez y la Goleta; la libertad de Génova; las tierras que se le volvieron á Cárlos, Duque de Saboya, tan mal agradecidas cuanto mal empleadas, y otras innumerables victorias, merecedoras de mejor y más valiente pluma; acabaste de comprenderte y recobrarte en la parte sola que te faltaba de Lusitania con la herencia y armas de D. Felipe II, y pusiste tus castillos y leones en las remotas provincias del Oriente; púsote en alta veneracion y en el mayor punto de perfeccion su prudencia; todos los Príncipes del mundo cedian á tu espada y gobierno, su valor y consejo; fuiste admiracion de extranjeras Coronas; excedistete á ti misma; pero, porque vean las Potencias humanas que no hay estabilidad ni firmeza en Monarquías, de que nos dan buen ejemplo la griega y la romana; ni leon, por real y generoso que sea, que no le traiga desabrido y acosado el humor sedicioso de la cuartana, rebelósele la Holanda y Zelanda, sepulcro de españoles y tesoros, donde por espacio de cincuenta y nueve años te has obligado por el honor de tu Príncipe á resistir y castigar sus desacatos, rebeldías y desobediencias á la Iglesia; donde todos los Príncipes de la Europa, disimulada y maliciosamente te han hecho la guerra con la espada y la pluma de la herejía; gente, por sitio y por condicion inexpugnable, y que el agua y los bajíos los hizo más que el valor y los consejos, fuertes poderosos, y nunca jamás contrastables,

y que nunca verán los siglos acabada su reduccion; ántes bien, ¡oh! no lo quiera Dios, ha de ser el fatal estrago y ruina de tus grandezas; y por hacerte oposicion y ver si pueden domeñar tu braveza, los verás siempre asistidos con el dinero y armas francesas, por ver si pueden satisfacerse en parte de los vencimientos afrentosos y expulsiones de Italia, de potentados alemanes y provincias herejes deseosas de aniquilar y deshacer el sosiego de tu poder, y otros que sólo son católicos en cuanto lo permite su materia de estado, émulos por la vecindad de los Estados adquiridos, y que desean verte menguar por buscar su acrecentamiento con tus desmedras, siempre ocasionadas y buscadas por su miedo y para tu desolacion; si esto fuera posible, á no defenderte, mayor y más soberana inteligencia; y finalmente, de Inglaterra, Escocia y Dinamarca, confederados en amistad por las sectas y falsa religion calvina, luterana y otras, de que si te hubieras abstenido, ¡oh Holanda! qué no hubieran gozado de tranquilidad y sosiego tus pueblos; tu trato y tus riquezas hubieran excedido á los mayores de la América; navegáran próspera y dichosamente tus navíos los dos mares; halláran en los puertos españoles abrigo y bastimentos para tus patriotas; dobláras con serenidad de contrarios los dos cabos de Buena Esperanza y San Vicente, los estrechos de Magallanes y Gibraltar; te dieran libre y desembarazado el paso hasta el canal de Inglaterra; respondiera vuestra artillería más con salvas que con ofensas; llegáran á los deseados puertos de la patria; alegráranse vuestros hijos, amigos, deudos y naturales de veros venir ricos y bien logrados de vuestros trabajos; mantuviéranse en perpétua prosperidad; fuérades la una y la otra envidia de todas las naciones del orbe; admiráran vuestro poder y constancia; solicitárase vuestra paz y amistad, tembláran de alterar vuestro sosiego, y fuérades en religion ejemplo á los poco fieles, como lo hicieron vuestros pasados en tiempo de Fernando y Cárlos; el uno, el mayor y mejor de los Reyes; el otro, el más grande y poderoso de los Emperadores.

LIBRO II.

Con no pequeña novedad entramos escribiendo el año 1601, digno por tan grande mudanza de mayor admiracion, porque no basta en los casos árduos el encendido deseo de acertar, si no se le luce á la república el beneficio (á tan peligrosos accidentes está expuesto el que gobierna): miraban todos los consejeros de aquel tiempo con más que maduro juicio y no ménos atencion, el cuerpo portentoso y deformidable de la corte, la diferencia y variedad de naciones de que se compone, la muchedumbre de mantenimientos que cada dia son menester para alimentarlos con explendor y tranquilidad; parecia que la cosecha de trigo, carne, vino, aceite y todas las demas cosas necesarias á la vida humana, que se proveen del reino de Toledo, por los muchos años que aquel lleva sobre sí la corte iba en disminucion; por donde se dejaba entender que habia de sobrevenir tal accidente, que pusiese en miserable calamidad ó alteracion el pueblo, y fuese de grande escándalo y admiracion del mundo; efectos que algunos ó los más experimentamos hoy. Por otra parte, se consideraba que Castilla la Vieja, centro en quien concurren la nobleza y solares antiguos de España, se despoblaba y todos los moradores y las familias enteras se venian á la corte, y que sus bastimentos, ni tenian valor ni se vendian, y otras razones eficaces por entónces y de gran ponderacion, que necesitaban de remedio y le pedian; ora, pues, por aliviar de la carga y obligaciones que los lugares del reino de Toledo tienen de acudir á la corte con sus mantenimientos, no obstante que no carecian de poblacion, y por remediar y volver á Castilla sus moradores y el recurso de otras naciones que militan en la

corte, con que volverla á poblar y enriquecer con el buen despacho y salida de los bastimentos; provincias que tan justamente se debe velar sobre ellas por su conservacion y por su aumento, por ser del lustre, orígen y restauracion de España. Yo conocí un valiente Consejero, que presumiendo reducir un grande hereje á la obediencia de la Iglesia, quiso aventurar una doncella católica, esclarecida en sangre, casándola con él, cosa tan reprobada y prohibida á la calidad de las fuerzas humanas; y no habiendo surtido á efecto, ántes á mayor rompimiento y enemistad el tratado, y á desolacion de ciudades, ligas y confederaciones enemigas, se disculpaba con los que le acusaban de temerario en este hecho, pareciéndoles sin duda ninguna que habia arriesgado mucho (que lo habia hecho pensando que acertaba); y fué recibida su disculpa por lo que mostraba de sana y católica intencion: propone el Ministro los medios necesarios, segun la presente necesidad de las cosas; si el tiempo muestra despues diferentes efectos, el talento humano muchas veces no es capaz de entreverlo todo: todas estas razones y consecuencias movieron á los mejores consejeros de aquel tiempo, á que el Rey, aconsejado por ellos, mandase llevar la corte á Valladolid, ciudad en Castilla de mucha consideracion, antigüedad, grandeza y magnitud, de hermosos edificios, suntuosos templos y ricas fábricas para la hospitalidad, abundante en mantenimientos y mercaderías, y otros muchos regalos que le entran de los famosos puertos de San Andrés, Laredo, Galicia, Vizcaya y las montañas; bañándola por la parte del Mediodia el celebrado rio Pisuerga: este mismo pensamiento llevó los ojos á los que lo discurrieron, suponiendo cuán más favorecidas son del cielo y de la naturaleza aquellas ciudades que el arte ó su fortuna asentó junto á grandes rios, ó en riberas marítimas, como París, Lóndres, Roma, Nápoles, Génova, Venecia, Lisboa, y por aquí todas las demas que se incluyen en el teatro del mundo; y cuán estériles y fallidas son las otras que no alcanzaron esta benignidad ó influencia, inhábiles para llevar sobre sí grandes cargas como son las de la corte: es,

pues, Valladolid de aires saludables, templado cielo y de mucha recreacion por sus huertos y pensiles, que se dejan admirar en ambas márgenes del rio; fértil terreno, rodeada de villas y aldeas, gruesas en poblacion y hermosas en sitio, en ganados, y todo género de labranza admirable; donde resplandecen en universidades y en escuelas gran copia de buenos ingenios, de ciudades en la vecindad, compañeras y favorables en todas ocurrencias: hacíase reparo que en los tiempos pasados fué silla y corte de reyes y cuna felicísima del Rey D. Felipe II. Partió, finalmente, S. M. con toda su corte y Casa, á 11 de Enero, y en los meses de Marzo y Abril todos los demas que por sus fines particulares siguen la corte; fué notable el contento que la ciudad y toda Castilla tuvo con la venida de sus Reyes: asentáronse y compusiéronse las cosas en buena forma, y concierto acomodado, y vida sosegada. La Cancillería y Tribunal de la Inquisicion se pasó á Medina del Campo y despues á la ciudad de Búrgos, cabeza y colonia antigua de Castilla; y en esta manera siguieron su curso todas las demas cosas, así despachos como inteligencias universales, donde se adelantaba el trato, la comunicacion de unas provincias con otras, ciudades con ciudades, en que creció el caudal en las familias y en los hombres de negocios la correspondencia, sin abrir puerta á la necesidad, dando á los extranjeros motivo de admiracion y enseñanza para crecer en todo género de industria; y en quien tanto resplandeció la virtud amplificadora de todo trato humano. Poco ántes que el Rey Católico entrase á reinar en España, el Rey D. Felipe II, su padre, dejó hechas las paces con Francia, que el Rey Don Enrique IV, ora por haberse hecho violentamente Rey de aquella Corona, por quietarla y hacerse pacífico señor della, ora por recobrar las muchas plazas que se le habian tomado en Picardía, provincia que confina con las fronteras de Flandes; el año de 98, con intervencion del Papa Clemente VIII, se capitularon y efectuaron por mano de Alejandro de Médicis, Cardenal de Florencia; Fr. Francisco Gonzaga, Obispo de Mantua; Fr. Buenaventura Calata Girona, General de los franciscos, á 2

de Mayo; amparando en ellas al Duque de Saboya, tan poco reconocido á estos beneficios, con los capítulos y condiciones contenidas en la paz de Enrique II con España, que en el año de 59 se concluyeron; y así, por la misma razon, se pretendian ahora establecer: andaba, pues, por estos dias el Embajador francés deseosísimo entre los Ministros de Estado, que el nuevo Rey jurase y confirmase estas paces: las razones que para efectuarlas se propusieron, parecieron considerables y suficientes para esto; juntados todos los Grandes y señores en la iglesia mayor de aquella ciudad, á 27 de Mayo; salió S. M. de Palacio en público, llevando á su lado al Embajador de Francia; con grande y lucido acompañamiento llegó á la iglesia, donde esperaba el Cardenal Nuño de Guevara, que despues fué Arzobispo de Sevilla, y habiendo dicho la misa por la paz de estas dos Coronas, con gran solemnidad; llegó S. M. á las gradas del altar mayor, y hincado de rodillas sobre un riquísimo sitial de brocado, presentes el Embajador del Rey Cristianísimo y el Nuncio de Su Santidad, y el Embajador de Venecia, el Duque de Lerma y otros muchos grandes y títulos; habiendo propuesto el Cardenal á S. M. la intencion del Rey su padre, refirió que todavía para mayor seguridad y concordia del Rey de Francia y de ambas Coronas, habiéndose interpuesto la persona y autoridad del Pontífice por sus Embajadores, las queria de nuevo ratificar, lo cual hizo sobre un misal y una cruz que le puso delante el Cardenal, donde las juró solemnemente. Así las jurára el francés en la intencion, no obstante que las solicitaba, pues no se puede negar que en toda fiel y generosa accion, no aventaja esta Corona á las demas del mundo, pues teniendo el Rey de Francia rebeldes en sus Estados, no se habrá visto jamás que se los haya favorecido ni socorrido el de España, ni jamás ninguno de sus Consejeros; irritados de los malos oficios ha osado darle su parecer en esto, pudiéndolo hacer con mayor caudal y fuerzas que otro ninguno, y teniendo, si así se puede decir, que no hay razon para favorecer herejes, y más él que se precia de ser verdadero católico; mas justas causas para

poderlo hacer, favoreciendo él contra toda buena razon y derecho los rebeldes de Holanda, enemigos de Dios y de su Rey, por donde más parecen estas paces cautelosas que verdaderas, enderezadas á su seguridad ántes que á la filial correspondencia que debe un Rey á otro, y más cuando en ambos funda la Iglesia la observancia y extension del derecho católico, pues debiera un Rey que así se precia y campea con el nombre de cristianísimo, dado á este fin por el Padre de la Iglesia, guardar y cumplir el juramento debido á la paz del Evangelio y á sus pueblos, quizá no se conjuraran tantos cuchillos contra su vida, que los toma Dios por instrumentos y castigo de su infidelidad; no así lo han hecho los católicos Reyes de España, ni aquel Fernando que instituyó el apostólico Tribunal de la Inquisicion, para expurgacion de errores heréticos, maestro de grandes Príncipes; ni aquel máximo y fortísimo Emperador, que toda su vida empleó, nunca desarmándose del acero, en deshacer y aniquilar los enemigos de la Iglesia, y que no sentia otro dolor (dijo) en los últimos años de su vida, sino el no haber resuelto en cenizas á Lutero; y aquél de la prudencia del reinar, el más sabio, que pidiéndole libertad de conciencia, algunas de las provincias de los Países Bajos, en el principio de sus alteraciones, y que estarian debajo de su obediencia; respondió con celo verdaderamente de hijo de la Religion católica: que ántes dejaria de ser Rey que venir en una cosa tan abominable y liviana y tan fuera de razon, y de lo que estaba obligado á la profesion que hacia de ser defensor y amparo della; por este celo tiene Dios tan exaltados los Reyes de España, y de esta manera lo habian de hacer los de Francia, porque no hay cosa tan fea como amparar herejes, hijos del vicio y disolucion, y para el trabajo, inútiles y sin provecho; por donde todas las provincias que están inficionadas de este humor diabólico, están todas afeminadas, acabadas y destruidas; pues no sé yo qué tiene de Rey el que no es defensor de la Iglesia, ni para qué le hace Dios Rey, ni por qué osa llamárselo; así, por esta razon, los arrastra y los acosa como á dragones y basiliscos del Evange-

lio, y por eso destina los aceros y los brazos más humildes contra el corazon que se le rebela y desliza de su mano. Si los Reyes de Francia atendieran á las obligaciones que deben al cielo, y no á los fines y consecuencias particulares, no sólo no fueren caudillos y protectores de los rebeldes de Holanda, sino rayo y desolacion de los suyos y de todos los demas que se contienen en el orbe; cuidado, que no tomándole sobre sí, y ejecutándolo como lo piden las obligaciones del oficio, y no castigándolos, ellos vendrán á ser la ruina y estrago de sus mismas coronas por privilegio y permision divina: á este ejemplo y por estos hechos en que tanto resplandece la potencia real española, y á que tan entregado está nuestro Monarca, prevalecerá su estirpe prósperamente y con progresos favorables.

Habia alumbrado el cielo á la católica Reina Doña Margarita, con fortunada carrera en su preñado, y llegándose ya casi los últimos dias de su parto, despues de haber ofrecido á Dios muchos dones, sacrificios y plegarias, sábado á 22 de Setiembre, á la una y media de la noche, nació la Infanta Doña Ana, para gloria de esta Corona y la de Francia. Las alegrías que en todos los Reinos de España se hicieron por este tan feliz y dichoso parto, fueron notables. Tratóse luego de las cosas tocantes al bautismo, para lo cual habia avisado el Rey al Cardenal de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, viniese á administrarla el Sacramento del bautismo, y al Duque de Parma que la sacase de Pila; y habiendo llegado estos dos Príncipes con lucidas familias y grande ostentacion á la corte, el uno de Toledo y el otro de Italia, á 7 de Octubre; hecho un palenque desde Palacio hasta la Capilla mayor de San Pablo, monasterio Real y magnífico de la órden de Santo Domingo, sepulcro de las bienaventuradas cenizas de los Duques de Lerma, cubierto de riquísimas alfombras, y las paredes de preciosísimos brocados, sirviendo de techo lienzo encerado, hecho con maravillosa prudencia para defensa del agua; la iglesia de admirables tapicerías; la capilla mayor de curiosos ornamentos, y en el altar la flor de lis con el clavo de la

Cruz de Cristo, una de nuestro rescate, y otra de Francisco, Rey de Francia, con un crucifijo del *lignum crucis*, obra de las manos de San Jerónimo; un pedazo del manto de Nuestra Señora, y en medio la pila bautismal, de plata, con relieves de oro y piedras, debajo de una hermosísima cama de peregrina bordadura, sobre columnas de plata, excediendo el arte á la materia. De esta manera y con esta majestad esperaba á la Infanta el Cardenal de Toledo, vestido de pontifical; el Arzobispo de Sevilla; el Cardenal Ascanio Colona; cuatro Obispos con grandes y ricos aparadores de oro y plata, y mucho lucimiento de criados: salió la Infanta de Palacio llevando la delantera del acompañamiento muchos caballeros y títulos, y Oficiales de la Casa, el Conde de Haro, el Marqués de Cuellar, el Conde de Cabra, el Marqués de la Bañeza, el Marqués de Sarriá, primogénitos todos de las ilustrísimas casas de Frias, Alburquerque, Sesa, Miranda y Lemos, que como Meninos de la Reina llevaban todas las cosas necesarias á la ofrenda y ceremonias del bautismo; seguíanse luego los grandes de Castilla; el Duque de Lerma, que llevaba á la Serma. Infanta en sus brazos, ostentándola con una banda blanca, con maravilla y admiracion del pueblo; luego los maceros y reyes de armas con sus cotas; el Duque de Parma, que llevaba de la mano á Doña Catalina de la Cerda, Duquesa de Lerma, madrina de la Infanta; siguiéndose el lustre y maravilla de las damas, cuya alabanza no cabe en este lugar, acompañadas de muchos grandes señores: de esta manera llegaron á la iglesia, donde se comenzaron las ceremonias del bautismo; diéronla por nombre, Ana Mauricia, y se concluyeron con grande solemnidad, riqueza, galas y alborozo notable de la corte; bendecian todos y admiraban la hermosura de la Infanta como dádiva del cielo para bien y felicidad de estas Coronas. Volvió la Infanta á Palacio, habiendo estado á la solemnidad de la fiesta, retirado, el Rey católico sobre la capilla mayor, queriendo, en acto tan suyo, no perderle de vista. Los Cardenales la llevaron al cuarto de la Reina, su madre, donde la esperaba con notable contento: recibió el parabien de sus

vasallos; honró y favoreció mucho á aquellos Príncipes de la Iglesia romana, que con esta accion se confesaron por agradecidos á S. M. por la merced que les habia hecho. Otro dia despues, hizo el Rey merced al Duque de Parma del Toison de oro, honra merecida á los muchos y grandes servicios que él y los suyos han hecho á esta Corona en los Estados de Flandes. Destemplóse este contento dentro de algunos dias con una peligrosa enfermedad en que estuvo la Reina tan á al cabo, que puso en notable confusion y tristeza á sus vasallos; fué Dios servido que los remedios humanos y divinos á que se acudió, luego la restituyesen en poco tiempo á la próspera y deseada salud que ántes tenia; en prosecucion de lo cual, hallándose el Rey desembarazado y de asiento en el Reino de Castilla, se determinó, viendo ya mejorada de salud y fuerzas á la Reina, visitar las mayores y más nobles ciudades della, para con su presencia honrarlas y hacer mercedes á sus vasallos, y poner en perfeccion las cosas necesarias á su conservacion y aumento; para esto partió de Valladolid á Leon, cabeza de las montañas, donde fueron recibidos con mucho regocijo y fiestas; desde allí corrieron á Zamora, donde veneraron los cuerpos de San Ildefonso y San Atilano, en preciosas urnas de oro y plata, dando muestras de su mucha piedad y religion; luego pasaron á Toro, y por sus jornadas á Búrgos, donde muy despacio consideraron su mucha antigüedad, y que fué aquella ciudad en otros tiempos lustre y morada de los antigos Reyes que tuvo Castilla: adoraron el Santo Crucifijo, y con feliz y dichosa jornada volvieron á Valladolid á concluir y acabar las Córtes, que habiéndolas convocado al fin del año de 98 y feneciéndolas entónces, sirvieron á S. M. los Reinos de Castilla y Leon con 18 millones, pagados en seis años, para favorecer con las armas las causas de la Religion; al tiempo que, y en demanda de este pretexto, el Adelantado Mayor de Castilla, D. Martin de Padilla, General de las galeras de España, alentado y valiente Capitan, con órden que de S. M. tuvo para despojar de corsarios las costas de Málaga y Valencia, que las inquietaban algunos bajeles berberiscos, sin

dejar correr con seguridad el trato y comercio de los mercaderes, pasando de unos puertos á otros; salió de la Herradura con siete galeras, víspera de Navidad, y el dia de Pascua al amanecer descubrió junto á la Roqueta una armada de nueve navíos holandeses; disparóles una pieza para que reconociesen el estandarte Real; los enemigos, en vez de responderle, se pusieron en forma de batalla; tornóles á disparar otra pieza con bala, y respondiéndole con otra, y no obstante que sus galeras por venir contra viento estaban muy apartadas de las suyas, hizo apretar los remos, y envistiéndolos por el costado izquierdo con coraje y valor de intrépido Capitan, echándoles muchas bombas y artificios de fuego, quemó los dos, y con la artillería echó otro á fondo, y con la llegada de sus galeras tomó los cinco: fué esta victoria muy señalada y de gran reputacion para el Adelantado: el despojo, que fué de mucha consideracion, mandó repartir entre los soldados, bien que les habia costado sangre la victoria.

Como el mayor cuidado del Archiduque y de todos los Ministros de Estado y Guerra en los Países Bajos, y ansimismo en España del Rey católico y de los de su consejo en el progreso militar no era otro que atender con puntualidad y prudencia cómo se podia ofender y dañar á los rebeldes de Holanda, expugnar las plazas, consumir los ejércitos, ponerlos en continua necesidad y miseria, para con estos castigos reducirlos á la obediencia y al conocimiento de su Señor natural; dificultosa accion por el sitio que les concedió la naturaleza y por muchos émulos á la potencia de España quo los asisten y socorren; finalmente, habiendo ya comenzado el tiempo de salir en campaña y volver á la fatiga de la guerra, estando hechas de ambas partes muchas prevenciones de armas, levantado gruesos tercios de gente en distintas naciones y provincias; los enemigos, insolentes con la rota pasada que dieron al campo católico y de adelantarse los nuestros con deseo de tomar satisfaccion y enmienda dellos, y hacerles sentir el acero y brio español, que tantas veces y tan á costa de su sangre y reputacion habian experimentado ellos y cuantos

tan afrentosamente militan debajo de sus banderas; habiendo tenido, pues, aviso el Archiduque, que Mauricio con todo su campo habia pasado á sitiar á Rimbergue, plaza puesta sobre el Rhin, estando por gobernador della Luis Bernardo de Avila, soldado de conocido valor y experiencia militar, se trató si seria bien socorriendo la plaza sitiar otra de las del enemigo que le doliese más y se desistiese de la empresa comenzada; pareció que sí por los más viejos y de canas; y así entretanto que se hacia la eleccion se dió órden al Conde Herman Bandembergue, Gobernador de la provincia de Geldres, que con la gente que pudiese juntar de las guarniciones y con la que de Brabante se le enviaria, se opusiese á los intentos del enemigo y trabajase por impedirle las fortificaciones, en tanto que llegaba la gente italiana y española de que se tenia certeza que venia marchando la vuelta de los Países Bajos: acordado esto por el Archiduque, entró en resolver cuál de las plazas del enemigo se podria sitiar, y así discurrió y hizo memoria las veces que en los años pasados los mercaderes y hombres de negocios y casi todos los moradores de la provincia de Flandes le habian hecho apretadísimas instancias, ofreciéndole grandes socorros de dinero para la empresa que tomase á Ostende, plaza para el enemigo de gran consideracion, y para la gente católica de grande impedimento para el trato y comercio y para el sosiego de los habitadores; discurria ansimismo y por la misma manera los de más canas y consejo y los de mayor noticia en la guerra; que aquella plaza era la que tenia puesta en sujecion y en tributo aquella grande y nobilísima provincia, cabeza de todas las demas de los estados, y que aunque la habian procurado tener á raya, y enfrenada con tantos fuertes como se le habian hecho al rededor, era menester estar siempre en continua vela y cuidado por que á las horas más desacomodadas y á las que no se podian prometer, salian las guarniciones de la villa, talaban y robaban los campos y ganados, hacian contribuirse de todos los villajes y volvian con grandes presas y robos de que se sustentaban; crecian y aumentaban y pagaban las

guarniciones á su costa; que si se habian de librar desto era menester que de nuestra parte estuviese siempre la gente de guerra con las armas en las manos, sin concedérseles un punto de sosiego y siempre prontos á las escaramuzas, y lo peor de todo, en contingencia la victoria y muy aventurado el país; que fué aquella plaza en la que fundó, áun cuando se vió tan apretado en las dunas, las esperanzas de salvar ejército y armada y la que le alentó á venir á la provincia con esperanza de que el abrigo y calor de aquella le harian conseguir otras; que fué aquella por donde hizo su retirada, que aunque victorioso, á no tenerla, no le fuera posible y aun el dejar muchas veces de salir perdido y desbaratado, sin reputacion y sin gente, forzado á tomar otras derrotas fuera de toda buena disciplina militar, yéndose á Calés ó á otra parte que le fuera de mayor perjuicio y siempre aventurado á no salir con nada y con pérdidas intolerables que le dejaban para siempre quebrantado; eran estas las razones que obligaban al Archiduque á ir sobre Ostende, y por quitar de allí aquel padrastro y apartar al Mauricio de que no volviese más sobre aquella provincia á hacer jornada; las que se oponian en contrario eran: la fortaleza de la plaza, la imposibilidad de quitarla el socorro los que habian de hacer á los holandeses los enemigos de la autoridad y felicidades de España. Sin embargo, se resolvió el Archiduque á sitiarla y así mandó juntar sus gentes, artillería, municiones, bagajes y vituallas con todas las demas invenciones de expugnar y combatir, que fueron las mayores que vió el furor y ardid militar, y donde se adelgazaron los ingenios y las máquinas, y donde el arte de escalas y sitiar quedó desde entónces más acrisolada y más apurada su materia. Es Ostende una villa pequeña, abierta en otros tiempos y habitacion de pescadores; la guerra y la comodidad de los canales que la sirven de puerto la han hecho siempre codiciada de los holandeses, tanto que en los principios de la guerra pusieron en este, más que en otra, su cuidado por hacerse señores de la mar y no dejar á los católicos ni donde

tener puertos, ni fabricar ni armar navíos que inquietasen sus islas, las cuales aquellas sólas pudieron ser rebeldes, que los hizo capaces deste arbitrio la naturaleza y que la inundacion del agua las confirmó difíciles de poderse llegar á ellas, sitiarlas ni tomarlas y ser su mayor riqueza defensa y contratacion, el caudal de bajeles que por instantes hagan á la mar con que han rodeado y ceñido todo el mundo y héchose dueños de todas las riquezas del orbe por las factorías que tienen fundadas en diversas partes de las Indias y otras naciones; hánla fortificado, pues hoy los holandeses con el intento sobredicho y para hacerse señores de toda la costa de Flandes hasta Gravelingas; el año 1585 la ganó Mr. de la Mota, y por desórden de los soldados y mal gobierno de los capitanes se volvió á perder, no sin castigo del cielo, queriendo que los flamencos sufriesen este yugo sobre sus cuellos en pena de haber sido los primeros, que deshechando la Religion católica abrazaron la herejía: indigna accion de gente tan noble y tan relevante entre todas las naciones del mundo; dejó de recuperarla el Duque de Parma, aunque recobró á Dumquerque y Nioporte, plazas de la misma provincia; porque la halló imposibilitada de quitarle el socorro, que habia de gastar mucho tiempo en ella y que otras de tierra firme le llamaban á grandes voces á que las sacase de la tiranía de Holanda; no obstante que le hicieron las mismas instancias y ofertas los del país que ahora hacian al Archiduque. Es, pues, Ostende, prosiguiendo en su inscripcion, plaza fortísima por arte y naturaleza, situada en la playa y que en mar creciente la baten las olas del Océano, entre la Exclusa y Neoporte; está rodeada de dos canales que cuando crece la mar suben tanto que se entran por ellos los bajeles mejores y mayores de aquel norte, y el agua se derrama y extiende con tanta abundancia por la tierra adentro que anega bien casi más de dos leguas de sus contornos, en la cual hay algunas pequeñas riberas y zanjas que cuando vuelve á bajar la mar la deja toda pesada y pantanosa; es la villa de sitio más prolongado que redondo, fortificada á lo moderno

con ocho caballeros, no todos de una misma altura iguales, ni tan gruesos en la proporcion el uno del otro, ni en las distancias, sino segun fué conveniente para mayor fortaleza suya, haciéndose través los unos á los otros; es de foso profundo y ancho, que se hace de un canal que divide la villa en dos partes, que la de la parte del mar llaman *vieja* y la de la tierra llaman *nueva*, pasándose de la una á la otra por puentes; este canal sirve de puerto y de guardar los bajeles donde están seguros y abrigados; la estrada encubierta es muy fuerte, con grandes rebellines que la hacen traveses de fosos y canales que la aseguran incontrastable; por la parte que es mar no tiene estrada encubierta ni la ha menester, por que la mar bate en ella, empero tiene muy buenos caballeros que la defienden y hacen traveses, y por todo lo largo de la mar delante de la tierra, plantadas grandes y gruesas estacas, hechas de árboles, muy trabados unos con otros, para que en las crecientes y furias de la mar quiebren y rompan allí las olas y no hagan daño á la villa; y por esta misma causa un dique que sale de la estrada encubierta para que la mar no anegue la campaña que en su observacion está más baja, guarnecida continuamente con la codicia de los robos y pillajes de muchas compañías de infantería y caballería que metian en contribucion la mayor parte de la provincia de Flandes, y que gozaron muchos años hasta que por obviar este desórden se le plantaron al rededor los fuertes de Blanquembergue, Audemburgo y Sanesberque; estos tuvo primero y despues San Alberto, Santa Isabel, Santa Clara, San Miguel y Bredene; eran estos fuertes guarnecidos de mucha artillería, infantería y caballos, con lo cual se quitaba la contribucion á los holandeses, empero con grande inquietud y molestia en que vivia el país, porque aunque no salian con gran número de gente valiente, de la noche y de otras horas dispuestas á su comodidad de asechanzas y estratagemas, como ladrones naturales de la infidelidad, corriendo la marina, asaltando los pasajeros, pescadores y otras gentes con que no habia seguridad en nada ni reposo en los villajes y caseríos, hasta la

más humilde cabaña de aquel grande y noble país; razones que todas juntas y cada una de por sí forzaban justamente á la satisfaccion y al castigo y á echar de allí los rebeldes.

Llegó el Archiduque resuelto ya en prevenciones y designios con todo su campo sobre Ostende á los 5 de Julio deste año; dividióle en dos cuarteles, y con que tomase puesto el uno por la parte del fuerte de San Alberto que caia hácia Nioporte, donde puso los españoles, italianos y algunos walones, y su persona alojó en el fuerte, y en torno toda su corte; la otra parte del ejército mandó asentar junto al fuerte de Bredene, que mira hácia las riberas de la Esclusa; encargó el primer cuartel á D. Agustin Mejía, castellano de Amberes, y el de Bredene, al Conde Federico de Vergas, dándole por acompañado al Gobernador Francisco de Aguilar Alvarado, soldado en quien concurrian partes de estimacion, y que habia servido desde los tiempos del Duque de Alba, y militado debajo de las banderas del Emperador Cárlos V; habíale sacado el Archiduque del gobierno de Dunquerque, que le habia tenido desde que la ganó el Duque de Parma, y en remuneracion de sus muchos y loables servicios; héchole del Consejo de guerra, razones que le obligaron á dársele para que se aconsejase con él en todas las resoluciones y accidentes que se ofreciesen en la expugnacion de la plaza, y por el consiguiente al Sargento mayor Baltasar Lopez del Arbol, soldado muy ejercitado y con la experiencia de ambas guerras en Picardía y Países Bajos; fué grande el sobresalto y conflicto de Ostende con la llegada del Archiduque, y el sitio que tan inesperadamente les habia puesto; era Gobernador de la plaza entónces, Cárlos Vander Hoot, natural de Bruselas; que luégo que se vió con el ejército del Rey sobre la tierra avisó á Holanda, que á la hora, sin más detenerse, la proveyeran de gente, vituallas, artillería y municiones y otros pertrechos necesarios para la defensa, en tanto número, que jamás se vió plaza en aquellos países ni en el largo y prolijo discurso de la guerra, ni tan bien artillada ni mejor bastecida; deseando los holandeses, como no tenian otra en la provincia de Flandes,

conservarla y defenderla con la mayor constancia y obstinacion que les fuese posible, por no sacar de allí los piés; caminaba, pues, con grande brio y diligencia, el Maestre de Campo D. Jerónimo de Monroy, con los españoles, á cuyo cargo estaban las trincheras por la parte de San Alberto y hácia la marina por arrimarse á Ostende, y el Maestre de Campo Nicolás Catriz con sus walones; de suerte, que en pocos dias unos soldados y otros llegaron á unas dunillas bien cerca de la tierra, donde plantaron algunas piezas de artillería; las cuales he dicho ya, que son unas montañas de arena que naturalmente las hay en aquella costa de mar que se mueven con el aire, cuándo á una parte, cuándo á otra, en tanta manera que una abadía de frailes Bernardos, que antiguamente solia ser habitable, hoy se ven sus edificios cubiertos de arena: llegaron los españoles á estas dunas y levantaron un reducto con trincheras muy altas para hacer allí su plaza de armas; el conde Federico, deseoso de ganar honra y fama como buen caballero con gallarda y gloriosa emulacion á nuestra gente española, habia llegado con la suya por la parte de Bredene, y sobre la eminencia de una duna, asentado algunas piezas de batir con que hacia mucho daño á los de la villa y quebrantaba las casas y edificios; fortificábanse los de dentro con el ayuda y vigilancia de su Gobernador á toda diligencia, reforzando las partes más flacas y teniendo el puerto del fuerte de Santa Clara por no tambien defendido como convenia; salió á fortificarle fuera de la plaza y en la misma campaña sacó un gran trincheron bien traveseado y guarnecido con buena mosquetería; con ella y la artillería que puso en los rebellines, que era numerosa, tiraba á los cuarteles y á los que trabajaban en la obra para estorbar que no lo hiciesen ni fuesen ganando tierra; con esto á los 10 de Junio, y por mostrarse á nuestro campo que tenian valor, soldados y defensa y ánimo para ofender y defenderse por mucho tiempo; hicieron una salida bien de mañana á las trincheras de D. Jerónimo Monroy, con más de 1.500 hombres, el cual les salió á recibir con los españoles y italianos que tenia á su cargo, y sobre el dique, peleó tan va-

lerosamente con ellos pica á pica que los hicieron retirar con harta pérdida y derramamiento de sangre; saliendo á esta hora de través el teniente Patiño con 25 caballos, que estaban de guardia, y los siguieron con tanto teson que los encerraron en la villa; camínábase á porfia en las trincheras con deseo de verse, si fuera posible, sobre los reparos del enemigo, y á esta sazon, estando el Maestre de Campo D. Jerónimo de Monroy, echado al reparo de una espalda que se habia hecho para estar seguros de la artillería, una bala dió en lo alto della y cayendo á plomo le dió en los pechos de que luégo murió; proveyó su tercio el Archiduque en el Gobernador Simon Antunez, soldado conocido por valiente y avisado entre todos los mejores de Flandes; que se halló en Normandía y tuvo á su cargo toda la gente del Rey; que se halló á la defensa de aquella provincia y de Roan en tiempo de la Liga en compañía de Monseñor de Vilers, su Gobernador; premiando tan calificados servicios con hábito y encomienda de Cristo y otras rentas: luégo que el Maestre de Campo Simon Antunez se halló con su tercio, fué caminando con las trincheras y levantó otro reducto, que dieron por nombre Valdés, y de este sacó un ramal de trinchera hácia el que traia Catriz, para poderse comunicar y defenderse mejor los soldados: á esta sazon entró en Ostende el Coronel Francisco de Beher, inglés, soldado plático y de confianza, con 4.000 infantes, para gobernar y defender la plaza; el cual, queriéndose mostrar el dia siguiente de su entrada, hizo una gran salida por la parte de San Alberto, con más de 3.000 soldados; salióle al encuentro Simon Antunez, y peleó tan gallardamente con el enemigo, que le hizo retirar con pérdida de mucha de su gente; empero, ni por esto ni por todo lo demas desmayaban ni ponian dilacion ni tibieza los soldados y el nuevo Gobernador en hacer nuevas fortificaciones; y sabiendo cuánto le importaban las que tenia fuera de la villa por la parte que no era tan fuerte, determinó de adelantarse más y hacer tres reductos y un gran trincheron, donde puso cinco compañías de infantería. Viendo el Archiduque que el enemigo se fortificaba

ingeniosamente fuera de la villa, le pareció que su gente se fuese arrimando más á los reductos, para que el enemigo no se adelantase más y para echarle dellos, y por allí irse arrimando á la plaza; ordenó al Conde Federico de Vergas, que dejando el cuartel de Bredene, encomendado á D. Alonso de Ávalos, con su regimiento de alemanes y algunos walones, se viniese al fuerte de Santa Clara: ejecutólo el Conde, y levantó á la hora dos fuertes, que el uno se llamó San Martin y el otro Santa María; al opósito de estos levantó el enemigo otro reducto, que entendido por el Archiduque, ordenó á Don Agustin Mejía, que por su órden gobernaba el ejército, que le echase de allí sin dejársele acabar, que fuera gran mengua á sus ojos consentírselo; ejecutólo D. Agustin, con algun número de españoles y italianos, gobernados por el Maestre de campo Baltasar Lopez, el cual, llevando la vanguardia, dia de Santa Ana, acometieron con tan grande ardor el reducto, que con muerte de su Capitan y de la mayor parte de los suyos, le ganaron y fortificaron, llamándole el fuerte de Santa Ana; el Conde de Vergas encaminaba sus trincheras por la parte que le tocaba, poniendo en perfeccion sus reductos y la artillería en ellos, con que ofendia porfiadamente á los sitiados, como tambien por la parte de San Alberto lo hacian los españoles y italianos, encaminando un dique por la ribera de la mar á la boca del canal para impedir la entrada de los bajeles que á todas horas metian gente fresca y sacaban los heridos y enfermos, metiendo municiones, vituallas y pertrechos de guerra, para hacerla más inexpugnable á la gente católica: era la obra del dique muy larga, y por todos caminos peligrosa, por haber de estar expuesta al enemigo y á sus tiros, y descubierta por la playa adelante, con que se hacia á costa de mucha gente y sangre; era nueva la fábrica y de nunca vista invencion, hacíanse unas faginas largas de veinticuatro piés, y en medio se ponian muchos ladrillos atados por todas partes muy fuertemente, con cuerdas de la misma madera, y llamábanlos salchichones; y puestos unos sobre otros y clavados con fuertes estacas, los hacian estar firmes, si bien no tanto

que muchas veces las resacas y crecientes de la mar no se los llevase; empero, aunque con mucho trabajo y muerte de alguna gente nuestra, se vino á poner en perfeccion, trabajando en la obra más de 250 carros que acarreaban las salchichas que se forjaban en el bosque, á dos leguas de Ostende, y en barcas venian hasta el fuerte de San Alberto; con que al cabo del dique se levantó un cabeza ó fuerte en que se pusieron algunas piezas de artillería con que se impedia la entrada á los bajeles por aquella parte; no poniendo un punto de intermision en ambas gentes para la expugnacion los unos, y en la defensa los otros, y en procurar ofenderse sin dejar descansar la artillería á ninguna de las horas más necesarias para alcanzar el sosiego, creciendo la rabia en los unos y la constancia en los otros anhelando la victoria.

Hallábase á esta sazon en grande aprieto la villa de Rimbergue y en toda desesperacion, de conservarse con el sitio tan perseverante del Mauricio, nacido del coraje del sitio de Ostende, y en oposicion suya; para ocurrir á todas necesidades, ordenó el Archiduque á los Maestres de Campo que habian llegado con la gente de Italia, que eran el Conde Teodoro Tisulucio, el Marqués de la Vela y Joan Tomás Espina, que juntándose con el Conde Erman Vandembergue, unos y otros procurasen socorrer la plaza, la cual estaba ya tan cerrada y tan imposibilitada de ser socorrida, que faltándole al Gobernador municiones con que sustentarse algunos dias y ponerse en defensa, con algunas condiciones honradas la rindió; con lo cual, mandó el Archiduque que los españoles que habia traido D. Joan de Bracamonte, pasasen á Ostende, y al Conde de Bucue, con el tercio que habia levantado de walones, con ellos y con algunas compañías de alemanes del regimiento del Conde de Barlaimonte, se encargase del cuartel del fuerte de Bredene, y que D. Alfonso de Ávalos, dejando aquel puesto, pasase con su tercio al cuartel de San Alberto. Hacíase en esto todo lo posible por caminar adelante con trincheras y reductos, en que se consumia mucha parte de gente; y el enemigo, oponiéndose á todo afan y defensa, hacia lo posible por recha-

zarlos; empero, la porfía y el teson pudieron tanto, que mal de su grado, se les pegaron los católicos á la palizada que tenian hecha los rebeldes en el dique hasta el caballero del mar, por donde consiguieron esperanza, que una vez arrimados á él, escalarian sin duda alguna la plaza: remediaron los enemigos á la hora este inconveniente, valiéndose de la oscuridad de la noche y cortando el dique; hallando salida el agua, rompió con tanto ímpetu, que desbarató el intento á los españoles y los dejó imposibilitados de poder por aquella parte acometer la villa, si bien estuvieron á pique los enemigos de anegarse; más la destreza en que por tantos siglos, derivándose de padres y abuelos, los tiene hechos maestros la necesidad y la experiencia en levantar y fabricar diques, les hizo remediar este, con que se aseguraron de ser acometidos por aquella parte; fortificaba el Conde de Bucue, con la gente de su tercio y la de Monseñor de Grison, que todos eran walones, el cuartel que se le habia encomendado, en caso que el enemigo pretendiese por aquella parte hacer salida, porque no le halló tan puesto en defensa como era necesario, y porque tambien queria estar pronto á no dejarle desembarcar en la playa, fabricando con este intento un reducto sobre una duna que guarneció de artillería, y puso por nombre Botoran; desde este reducto tiraba con la artillería á las barcas que entraban y salian en la villa con municiones y vituallas y todo lo necesario al suceso presente; empero, los enemigos no dejaban por eso de entrar y salir y proseguir sus derrotas á todas horas; lo cual, visto por el Conde, y que esta libertad procedia de no estar más llegado á la agua, y que su artillería no alcanzaba á las barcas, levantó otro reducto mucho mayor y más cerca, y dióle el nombre de San Cárlos, que era el del mismo Conde, donde puso doblada artillería con que tiraba á las barcas que por el canal, fuera de la estrada encubierta, entraban; de suerte, que ya no lo podian hacer sin el quebranto y pérdida de muchas dellas, á lo cual se opusieron más alentadamente los sitiados, viendo se les impedia la entrada de las barcas, que era el consuelo en que estaba fundada su salud y conser-

vacion, y rompieron la estrada encubierta por la parte de la mar, de suerte, que hacian entrar las barcas hasta el foso; estaba el reducto tan cerca de la mar, que en las crecientes se inundaba todo, y así, era forzoso hacerle más fuerte, más crecido y de materiales más robustos y durables; con que se dió principio á una invencion ingeniosa y notable, de las muchas que en áquel sitio, por hombres excelentes y maravillosos, cada dia se inventaban con la fuerza del estudio y especulacion, para lo cual se labraron unos arcos grandes y gruesos de madera, como aros de pipas, y estos se embutian de salchichones muy apretados y clavados con gruesas estacas; estos se llevaban rodando por la arena, que como por aquella parte estaba tiesa, se hacia sin dificultad, y en llegando al puesto y donde se hacia la fábrica, se ponian unos sobre otros hasta llegar á la altura que era necesario y pedia la obra, puestos estos con grande diligencia y trabajo; encima, con otras salchichas menores, se le hacian los parapetos, y con gruesos tablones las esplanadas para la artillería: agradó á todos la obra y el ingenio, el cual fué de un Preboste del regimiento de los alemanes del Conde de Barlaymont, y de quien los demas ingenieros, en las demas artes y máquinas se valieron despues, que fué de grandísima importancia para la expugnacion de la plaza; proseguíase, pues, con todo ardor y valentía por llegar al fin que la fatiga hacia, deseado de todas partes, y en todos los cuarteles se hacia el deber, sacando á la misma naturaleza de lás cosas á la obediencia militar y el arte: el Archiduque proveia á unas partes y á otras mudando y quitando gente, probando los más escogidos en lo que parecia convenir; dió el tercio de Joan de Rivas á D. Joan de Bracamonte, reformando en este el que trujo de Italia de infantería española; proveia asimismo con asistencia pronta de municiones y vituallas y de pagas á los soldados; animaba con las mercedes á la esperanza del trabajo, y alentaba los pusilánimes al fin glorioso de la empresa; el Conde de Bucue se desvelaba por afligir los sitiados con reductos y otras máquinas, mas ellos se le oponian temiendo ser entrados por aque-

lla parte, y que no se les arrimase demasiado, con fosos, traveses y palizadas, con que se hacia inespugnable á todo embate y reencuentro de fortuna. Informábase el Archiduque, no obstante, con los Cabos del ejército, Maestres de campo y Capitanes, y con los demas de su Consejo, por donde se podia mejor escalar la villa; las opiniones eran varias, difiriéndose mucho entre sí las unas de las otras: discurrian algunos y decian, que se habia de caminar la vuelta de la marina y acometer el rebellin de la mar, que si bien tenia algunas dificultades y peligros, estos se habian de prevenir con muchas suertes de defensas y reparos sobre este punto; replicaban otros y decian, que todas cuantas se pudiesen inventar no bastarian á salvar el peligro, por haberse de caminar con ellas muy al descubierto, y que la mar serviria en esta parte de enemigo, deshaciendo todos los reparos que se habian fabricado, y que si se pretendiese dar batería ó asalto, y la fortuna y el valor les fuese tan favorable que les llevase á tomar el rebellin, no seria posible mantenerle, ni la gente capaz para sufrir mucho tiempo; respecto de lo que saldria de la villa á mantenerle, ni en seis horas que la mar tiene de menguante, forzoso á fortificarse, ni ser socorridos, y más habiéndose de traer las faginas para cubrirle de fuera: proseguian el discurso y decian que seria más á propósito arrimarse á los rebellines que tenian fuera, pues de estas defensas se inferia estaba la villa por aquella parte muy flaca, pues se habian salido fuera á fortificarla temiendo ser entrados por allí; dábase por respuesta á esto: que era empresa muy larga, por haberse de ganar cada reducto de por sí, los cuales estaban fuertes y muy bien defendidos, y con disposicion de guarnecerlos cada instante de gente nueva y descansada; y que despues, cuando fuese tal el suceso que los hubiesen ganado, les quedaban las murallas y caballeros de la villa, desembarazados para todo: otros eran de parecer que se levantasen tres plataformas tan altas, que la sobrepujasen, y poniendo en ellas mucha artillería, la batiesen con porfía hasta arrasar por los cimientos los edificios, con que se les obligase á rendirla ó á vivir en

los senos de la tierra; ninguna de estas cosas satisfacian el deseo del Archiduque, aludiendo que pocas tierras se han tomado de esta manera; sacando de aquí por postrera resolucion, el impedirles y quitarles el socorro, que era el último fin de conseguir la empresa; y que por la parte de Bredene, desde el fuerte de San Cárlos, se hiciese un dique, llevándole al canal y rematándole con un fuerte guarnecido de artillería, con que sin duda ninguna se les quitarian las municiones y vituallas que les entraban los bajeles, si bien en todo se hallaban no pequeñas dificultades; pues no parecia tolerable caminar tanto trecho con el dique por la marina, resistiendo á un mismo tiempo las crecientes y furiosas avenidas de la mar y los golpes continuos de la artillería enemiga, que nunca jamás descansaban de tirar; concluyendo, que no hay tomar plaza si con atencion y cuidado no se le quita el socorro. Andaba Mauricio á esta sazon y las provincias rebeldes con notable inquietud, viendo la perseverancia de nuestra gente en este sitio, y cuán de propósito le habian tomado, cuidadosos todos de no sacar los piés de la provincia de Flandes hasta tomar la plaza, cosa que el pensarlo les quitaba el sueño; andando por esto Mauricio armado y cubierto de cautelas y extratagemas, intentando dividir las fuerzas católicas, ora amagando á ponerse en aquella plaza, ora tirando á la otra para tomarla por escalada ó interpresa; para lo cual, con este dictámen, con toda su gente, pasó á poner sitio á Bolduque; aviso que hizo al Archiduque revolver sobre ella con todo su poder, si bien no dejando el sitio de Ostende, aunque le hizo desbaratar por entónces, y abandonar el consejo que tenia de ponerla entónces en toda necesidad y aprieto: hallábase dentro de la plaza Mr. de Grobendonc, y como yo le juzgo con el mismo cuidado que ahora, porque sin embargo de que era buen soldado, de canas, valor, fidelidad y experiencia, hallábase no obstante falto de gente, municiones y vituallas para mantenerse en la defensa; y con dos compañías de infantería solas y otras dos de caballería, corto caudal para hacer salidas; los burgueses no más alentados ni más dispuestos que á

defender sus murallas, la villa excelente y de mucha consideracion, grande, rica, y de las segundas ó terceras del Ducado de Brabante, y en quien consistia la vida de muchos, y no nos alargaríamos si dijésemos que de todos los Países; verdad que se experimenta hoy, pues la noticia que corre del estado que aquello tiene, nos lo avisa, pues el dia que ésta se perdiese no habia seguridad en Bruselas. Finalmente, el Gobernador con todos estos cuidados se fortificó todo lo posible y se cerró en la plaza, con ánimo de defenderla hasta morir.

Ocurrió luego el Archiduque con toda presteza al socorro y defensa de la plaza, y á hacer con resolucion levantar á Mauricio el sitio; para lo cual, ordenó al Conde Federico de Vergas, que con 6.000 infantes y 500 caballos de todas naciones, pasase á echar de allí á los amotinados, que estaban en Veert; fenecidas sus cuentas y pagados, que fuesen en su seguimiento; ejecutólo el Conde Federico y partió de Ostende á toda diligencia y llegó á Dieste, desde donde envió al Conde Joan Jacobo Beljoyoso, Comisario general de la caballería, con 1.000 caballos y 800 infantes walones del tercio de Mr. de Archicourt, que pasase la vuelta del monte, y juntándose con los amotinados, hiciese lo posible por meter todos los infantes en Bolduque, víspera de San Andrés; con la órden que llevaba Beljoyoso llegó al anochecer á el monte, y tratando de alojar la gente, suspendió la partida hasta las dos horas despues de media noche, y con este silencio, dando órden de marchar; llegó á Bolduque, que está del monte á no más qun cinco horas de camino, y haciendo alto á media legua, sin ser sentido del enemigo, con toda su caballería; el Teniente Coronel, Mr. de Archicourt, pasó adelante con la infantería y arremetiendo á un cuerpo de guardia de 50 herejes, los degolló todos y metió la gente en la villa, con que la puso en defensa; y avisando como estaban dentro con algunas piezas, volvió la caballería á juntarse con el Conde Federico que venia marchando: reconoció á la hora Mauricio que estaba socorrida la plaza y las gentes que venian sobre él, con lo cual levantó el sitio, huyendo tambien el impedimento de

los hielos, accidente que si le esperimentára más tiempo, ni escapára de las manos del Conde ni de las del Archiduque, que con buen número de gente habia partido de Ostende á la importancia de la plaza; fué avisado en Bruselas del socorro y de la retirada del enemigo, con que volvió las riendas á porfiar el sitio de Ostende, y halló, que una tormenta del mar habia asolado gran parte de la muralla de la villa vieja, que puso en cuidado á los sitiados, por lo cual, víspera de Navidad, hizo poner la gente en batalla para darles asalto, que entendido por los de dentro, llamaron para rendirse; diéronse reenes de una parte á otra, saliendo de la villa dos Capitanes de su parte, y entrando de la nuestra Mateo Serrano y Mateo de Otañez, Sargento Mayor de Simon Antunez, en el ínterin que los tratados de rendirse se iban asentando; aquella noche remediaron mucha parte del destrozo pasado, y les entró socorro de Holanda de gente y municiones, con lo cual echaron los Capitanes fuera, diciendo el Gobernador no podian pasar adelante en el concierto: quedó el Archiduque irritado, más en la porfia del sitio con la infidelidad de los enemigos, encendiéndole la poca consistencia en el crédito y la palabra; para lo cual, á 7 de Enero del año que sigue de 1602, mandó dar una batería á la villa vieja por la parte que con la tormenta habia recibido el daño, lo cual, ejecutado por los oficiales de la artillería, y despues de haberla metido dentro más de dos mil balas, mandándola reconocer, dispuso y animó todo el ejército al asalto; ordenó á dos Capitanes, que cada uno con 200 soldados acometiesen el rebellin de la mar; que otros dos, con 100 soldados cada uno, la estrada encubierta; que la cortina de la mano izquierda del mismo rebellin, acometiesen otros dos Capitanes, con 200 infantes; que siguiese á estos el Maestre de Campo, Diego de Durango, con 400 hombres, y que luego que se hubiese tomado pié en el rebellin, se fortificase; que tres Capitanes, con 300 soldados, arremetiesen al rebellin de la villa vieja, y que luego que le hubiesen ocupado, el Maestre de Campo, Antonio Gambaloita, con 300 soldados italianos se fortificase en él, dándose la mano con los

españoles de Durango; que estuviesen á punto cinco capitanes con 300 infantes, y D. Agustin Mejía con 400 españoles, para reforzar y ir refrescando el asalto donde lo pidiese la necesidad; que todo lo restante del ejército estuviese repartido en escuadrones y en puestos convenientes; que diferentes tropas por várias partes tocasen á arma á los sitiados y los pusiesen en diversion y desconcierto; que el Conde de Bucue, por el cuartel de Bredene, esguazase en baja mar por el canal, y acometiese la villa vieja: siguieron todos los Maestres de Campo, Cabos, Capitanes y Oficiales, y las demas personas principales del ejército, la órden del Archiduque, que como excelente caudillo acudia y lo ordenaba todo, dándoles aliento, ánimo y osadía con su asistencia á empresas semejantes; y puestos ya en órden y forma de arremeter, haciendo señal los pífanos y cajas y los demas instrumentos de Marte, cerraron con las fortificaciones: los enemigos, atónitos y desatinados, viéndose tocar arma por tantas partes, reconociendo las que eran falsas, acudieron todos á las que verdaderamente conocieron era por donde se encaminaba nuesta gente al asalto; encendieron muchos lampiones sobre la muralla para poder gobernarse con más tiento y ofender á los nuestros, los cuales andaban con tanto órden en la pelea y en la expugnacion de los reductos, que no se oia otra cosa que voces y alaridos de los heridos y los que estaban para espirar; muchos, estando ya casi sobre los reparos, volvian rodando, destroncados los cuerpos, cabezas, piernas y brazos; los Capitanes y D. Agustin Mejía los animaban á la subida y á que consiguiesen la gloria que les esperaba venciendo aquella pesadumbre y dificultad; el humo, el fuego de la pólvora, el continuo arremeter y tirarse de ambas partes, retrataban el furor y ruido del cóncavo infernal; hacian el deber los españoles, los italianos los procuraban imitar y seguir muchas veces, no diferenciándose en el valor, parecian todos iguales y todos españoles; defendíanse los enemigos gallardamente con la ventaja del sitio y el número mayor de soldados á los nuestros; el Conde de Bucue, arremetiendo á esguazar el canal para asaltar la

villa, halló tan crecida el agua, que le fué fuerza retirarse, con que los enemigos cobraron más ánimo y pusieron todas sus fuerzas y cuidado; viendo que por todas partes estaban seguros, y que la mar peleaba por ellos en la defensa del asalto; tiraba la artillería enemiga por los traveses haciendo daño intolerable en los católicos, los cuales estaban ya, por haber peleado más de tres horas, fatigados, cansados y heridos, y los más dellos muertos; sin embargo, acuciados del furor y de la honra, hacian pié por la batería sobre los muertos y los que poco há se hablaron y eran camaradas; repetian los Capitanes, muchos dellos cubiertos de polvo, humo y sangre, quemados los rostros, el nombre del Patron de España, para que arribasen los suyos á la cumbre de la reputacion: mas viendo los Maestres de Campo, Cabos y Oficiales que era imposible subir, por la dificultad del puesto, que eran ya muchos los muertos, y mucho el tiempo que se habia peleado, los mandaron retirar: los enemigos, llenos de todo ardid y todo engaño, reconociendo la retirada de los nuestros, abrieron una esclusa, por donde entró el agua tan rápida y furiosa en el canal, que muchos dellos se ahogaron. Fué este uno de los más valientes y bravos asaltos que en muchos años se vieron en los Países Bajos, y donde murió más gente, siendo el número de los heridos notable; quedaron en el campo pasados de 800, y otros tantos estropeados; perecieron muchos Capitanes y gente de consideracion; mataron al Maestre de Campo, Gambaloita, á D. Joan de Contreras Gamarra, Capitan de caballos, hijo del Comisario general, que subido en lo alto de la muralla, le llevó la cabeza una bala; salió herido Durango. Aconsejaban al Archiduque los que con atencion habian visto el mal suceso del asalto, que levantase el sitio, que era ya el corazon del invierno, tiempo riguroso para tener la gente en campaña, expuesta á los frios, hielos y agua, donde pereceria toda ó se le iria; que los enfermos eran muchos y los fugitivos; que no se podia quitar el socorro á los sitiados, juzgando por esto difícil y con gravísimos inconvenientes la empresa: mas el Archiduque, anteponiendo á todos

estos trabajos su reputacion y la del Rey católico, decia que no, y que ántes habia de persistir con más brio y entereza en el sitio; para lo cual ordenó, que de la parte del fuerte de San Alberto se levantase una plataforma sobre el canal, de tanta altura, que sobrepujase á la villa y la tuviese á caballero, para poner en ruina las casas, defensas y edificios; que por la parte del Conde de Bucue, desde el fuerte de San Cárlos, se fabricase un dique que fuese caminando por la ribera hasta la boca del canal, y que allí se pusiese cantidad de artillería gruesa, la que bastase á impedir la entrada á los bajeles enemigos; dieron todos manos á la obra de la plataforma, y en breves dias la pusieron en perfeccion, con mucha fagina y estacas, apretándola con arena, encaminando el dique de la misma manera por la ribera de la mar, con estacas muy altas, de quince y diez y seis piés, con sus traveses por arriba; poniánse las unas en baja mar incadas en el arena, y otras echadas, no muy distantes unas de otras; poniendo entre todas los salchichones que se llevaban rodando, ligándolos al pié de la obra con cuerdas de madera retorcida; en esta forma se hize un suelo de setenta piés de largo, y de ancho, lo que bastó para la resistencia de la artillería: levantando sobre estos fundamentos el dique con otros salchichones menores, que se iban encrucijando y se ataban á las estacas, entre las cuales, poniendo unas sobre otras, se entremetia mucha arena para que las tuviese el peso incontrastables á las resacas y crecientes del mar; de esta manera se fué alzando tanto, que sobrepujó á todo lo que podia henchir en el mayor punto de la marea; levantóse encima un parapeto de fagina y arena tan fuerte que pudiese resistir los golpes de la artillería, con sus cañoneras y explanadas, para ponerla encima; puestas ambas obras en este estado, no sin gran fatiga de las fuerzas del cuerpo y del ingenio; encargó el Archiduque el gobierno y prosecucion del sitio al Maestre de Campo, Joan de Rivas, por la falta de salud de D. Agustin Mejía; y S. A. pasó á Gante á prevenir las cosas de la guerra para la primavera que se esperaba, con aviso que tuvo de que los rebeldes las hacian en

Holanda, con ánimo de oponerse á ellos y frustrarlos: llegó por estos dias de Italia Federico Spínola, con ocho galeras más de las que tenia por su cuenta para servir en los Estados, con órden del Rey católico; y Ambrosio Spínola, su hermano, con dos tercios de italianos levantados á su costa, y tomando el uno para sí, de quien hizo Sargento Mayor á Pompeo Justiniano, y del otro hizo Maestre de Campo á Lúcio Dentici, napolitano; dándole por Sargento Mayor á Agustin Acconato, siendo esta la primera vez que metió los piés en Flandes, y los primeros pasos que dió en la guerra. Algunos franceses que habian servido al enemigo, aconsejaban al Archiduque, que podria con facilidad tomar á Breda por interpresa: diferentemente y con más reputacion la tomó el soldado que acabamos de referir ahora, como lo dirán á su tiempo escritores de singular erudicion y ingenio: persuadíanle, como digo, que por el castillo, arrimándole algunos petartes, la podria tomar; encargó el suceso al Conde Federico de Vergas, el cual, habiendo errado el camino, y llegando al nacer el sol á vista de la villa, descubierto el trato, no tuvo efecto la empresa; con que se hubo de volver el Conde, al tiempo que muchas compañías de caballos del enemigo, encontrándose con su hermano, Adolfo de Vergas, que iba con la suya, siéndole forzoso pelear; fué roto, herido y preso, y los más de sus soldados muertos, por ser la caballería enemiga excesiva en número: á esta sazon, el Almirante de Aragon y todos los demas que habian sido presos en la batalla de las Dunas, que pasaban de 1.000 soldados, habian sido rescatados por la liberalidad y clemencia, y por la razon del suceso del Rey católico, por la cantidad de 100.000 escudos: á este tiempo ya Mauricio habia salido de Holanda con tan poderoso ejército, que pasaba de 25.000 infantes y 5.000 caballos, tomando la derrota para Brabante, con diseño de que si esto le fuese posible, ocupando algunas plazas, meterse en la provincia de Flandes y socorrer á Ostende, sacando de aquí que el Archiduque no tendria fuerzas para el opósito, por tener las mejores ocupadas en el sitio, que conseguiria felicísimas facciones

y fortunas, y que le haria levantar de la plaza. El Archiduque que no perdia ocasion, y trabajaba todo lo posible por alcanzar fama y proseguir la guerra sobre los rebeldes, afligirlos y contrastarlos, sacó toda la gente que pudo de los presidios y fronteras de Francia; pagó los amotinados italianos y las demas naciones que estaban en Veerte, convocó los hombres de armas, y ordenó que Joan de Rivas, dejando bien guarnecidas las trincheras y los demas puestos de Ostende, entresacando la más gente que pudiese de todos, se la enviase: en cumplimiento de esta órden, salió el tercio de españoles de Simon Antunez, algunos walones y alemanes, toda gente vieja, y con este trozo de ejército, en el cual se incluian 6.000 infantes y 3.400 caballos, encargándosele á D. Francisco de Mendoza, Almirante de Aragon, General de la caballería, le ordenó que pasase con él á Firlimont; y á Ambrosio Spínola, que con la gente que habia traido de Italia, se juntase con él y estuviese á su órden, con que se hallaba ya el Almirante con 14.000 infantes y 3.400 caballos; salió, pues, y tomó por las espaldas á Firlimont, y en lo más raso y extendido de la campaña hizo su plaza de armas y se fortificó para esperar al enemigo; el cual estaba ya en Nimega con todas sus fuerzas juntas, y con un puente para pasar la Mosa; pasó, pues, el ejército enemigo junto á Moguen, y tomó las derrotas de Sintion, por el país de Lieja, y llegó á Firlimont, y púsose á una legua de nuestro campo, no con poca admiracion de todos, viendo las fuerzas que tan apriesa habia juntado el Archiduque, dejando casi otras tantas en Ostende; con que le pareció no surtian los efectos á los pensamientos, hizo trabar algunas ligeras escaramuzas, y pareciéndole no aventurarse, levantó el campo, dando órden de marchar la vuelta de Grave: con la partida de Mauricio, entró el Almirante en acuerdo con los Cabos del ejército, sobre lo que se debia hacer; decian algunos, que se habia de seguir al enemigo y irle picando á la cola; y decian muy bien, porque no hallo yo entre las calumnias del Almirante de Aragon, otra que lo parezca, sino esta; ni el haber alojado el ejército en tierras del Imperio, que fué causa de

la venida del que levantaron los protestantes contra las fuerzas católicas, fué de tanta consideracion; pues si el primer pretexto era que habia de invernar en países neutrales, aquél fué por entónces el más á propósito y donde se pudo hacer, que no pelease la caballería, como era justo, en la batalla de las Dunas, y que se perdiese la victoria de la mañana y la de aquella tarde, y la ocasion de acabarse aquel dia los discursos de Holanda, si desordenadamente no cerraran con nuestra infantería que iba ya poniendo en rota al enemigo, lo cual fuera sin duda si hicieran el deber. Muchas veces no lo puede acabar la cabeza con los súbditos, empero, habiéndose afrontado con el enemigo y habiéndose juntado aquel ejército, esta vez, para aquel intento no seguirle, ántes dejarle afirmar el pié, lo cual habia de ser al contrario, y no sólo no hacer esto, mas dejarle sitiar una plaza tan de importancia como Grave, y consentirle cerrarse con trincheras; de suerte, que cuando se quiso socorrer la plaza fué en vano, porque tenia ya las fortificaciones hasta el cielo y tomados todos los pasos y puestos más considerables de la tierra. Con dificultad le excusaremos de culpa, si esto se pudiera haber estorbado con tiempo; ¿qué importa que el enemigo trajera 30.000 soldados si el ejército del Rey tenia 20, pudiendo el valor, granjeado por tantos siglos, suplir el número de 10.000? ¿cuántas veces hemos visto 10.000 hombres de los nuestros quebrantar muchos ejércitos enemigos en Francia, Lombardía, Nápoles, Flandes y Alemania de 30 y de 40.000 infantes y caballos? Finalmente: no se puede dejar de refutar este descuido por intolerable, pues dejó de seguir su derrota, que si lo hiciera ni le fuera fácil al Mauricio sitiar la plaza, y no haciéndolo y socorriéndola con tiempo y sazon muy dificultoso el tomarla. Tomaba parecer, como dije, el Almirante, y deciánle algunos de los Capitanes que habia de seguir al enemigo, que por haber estado tantos dias apartado de sus provincias que habia de estar falto de forrajes y vituallas, pues no las habia podido sacar de las nuestras: cosa que le pondria en grande necesidad y afliccion; que las retiradas, por

la mayor parte, siempre corren riesgo de entrar en desórden, y más cuando se veia que era tan larga; la gente nueva y no acostumbrada á las descomodidades, y por esto poco sufrida de trabajos; rechazábase este parecer, diciendo otros, que seguir al enemigo estando tan ventajoso en fuerzas que era obligarnos á darle la batallla y á que él nos la presentase; era necesaria cosa el aceptarla por que lo demas seria gran mengua de la nacion española, que se ofrecian dificultades en el seguirle, falta de municiones, de vituallas y carruaje para llevarlas; que el mayor cuerpo del ejército estaba formado de la gente del Marqués Spínola, nueva y con poca experiencia; que lo derecho era pasar á Dieste por la campiña entre Bolduque y Grave, que eran las plazas que se podian temer de sitio; razones todas muy bajas para no seguirle, portándose con la prudencia y sagacidad en que nos han dejado dechado y modelo nuestros grandes y antiguos Capitanes, y como lo hizo el Duque de Alba en la primera entrada del Príncipe de Orange en los Países Bajos; que con sólo seguirle, sin pelear con él en campal batalla, ántes picándole con escaramuzas y reencuentros, le desbarató y rompió haciéndole entrar por Francia á presta fuga; deshecho, sin ejército, sin reputacion y sin conseguir nada, finalmente, no tomó resolucion. El Almirante de Aragon dió cuenta al Archiduque para que le ordenase lo que habia de hacer, punto en que se perdió ocasion, porque despues se supo que iba el enemigo falto de órden y de concierto; que cierta cosa es un suceso reciente y malo hacer para los otros poco arriscados los más alentados Capitanes si primero pasaron por aquello. Respondióle el Archiduque que se portase segun el tiempo le pusiese las ocasiones en las manos, con advertencia, que si el Mauricio no hiciese alto en Brabante, que no se alargase ni sacase los piés de la provincia, porque le seria muy posible y fácil embarcarse con todas sus fuerzas y venir á socorrer á Ostende; tuvo esta respuesta al Almirante por algunos dias suspenso y sin tomar resolucion, esperando á saber los progresos del enemigo; el cual, viéndose desembarazado y que el ejér-

cito católico le dejaba correr y campear, fué sobre Grave, llevándose de camino el castillo del monte para quitar estorbos á sus designios y para que no hiciese pié allí nuestra gente, impidiéndole el sitiar á su gusto y perseverar en la expugnacion de Grave. Acampados, pues, sobre ella á 14 de Junio deste año; en lo primero que con todo cuidado puso la mira, fué en imposibilitarla de socorro: cerróle todos los pasos y avenidas con fuertes y altas trincheras y reductos; ofreciale el terreno gran comodidad para esto y los pantanos en que está anegada casi la mayor parte de la tierra, que remedian los naturales en la sazon de la paz con diques; hizo un puente para que se diesen la mano ambas partes del campo que habia dividido en dos trozos, y murádolos con trincheras y otras defensas, que todas las guarneció de artillería. Habiendo el enemigo ceñido la plaza en esta manera á su satisfaccion, sin sobresalto ni desasosiego, y desconfiádola de todo socorro y favor humano, caminó arrimándose á ella con toda suerte de trincheras, máquinas y reductos; era su Gobernador, Antonio Gonzalez, soldado viejo y de experiencia singular; hallábase dentro de Grave con 1.600 infantes y dos compañías de caballos, la suya y la de Joan de Jarana; y viéndose sitiado tan poderosamente, comenzó á prevenirse y á fortificarse cuanto el tiempo y la sazon de las cosas le dieron lugar; guarneció un fuerte que tenia de la otra parte de la ribera, que aseguraba el paso de la plaza: el Mauricio, que ya le habia puesto los ojos para mejorarse plantándole algunas piezas de artillería; siendo pequeño y incapaz de defenderse en él gente de guerra, y morir muchos, le desampararon, con que le fué fácil ocuparle; conseguido el fuerte, caminó Mauricio con sus trincheras arrimándose por tres partes á la villa; afligiala de ordinario con espesas bombas de fuego y balas artificiales, llenas de dados que echados en alto caian á plomo sobre las casas y edificios; de suerte que los quebrantaban, herian y mataban la gente sin hallar seguridad ni sosiego en ninguna parte. A esta hora supo el Almirante, con el teson y ardimiento que el enemigo tenia sitiada y apretada á Grave, con

lo cual marchó con el ejército arrimándose á la Mosa para socorrerse de los víveres que por el rio abajo le podrian venir de Namur, Lieja y Mastricht y de las demas villas que están sobre la ribera, que son numerosas; llegó á Roremunda, y allí se proveyó de municiones y pertrechos marciales y mandó fabricar un puente para pasar la Mosa, si fuese menester, en que se detuvo á perder tiempo y áun reputacion; lo cual todo puesto á punto marchó la vuelta de Grave y se puso á cuarto de legua de las fortificaciones, y fué ocupando los puestos que le parecieron más convenientes; empero el enemigo estaba tal y tan cubierto y cerrado, que por más que lo procuró perdió la esperanza de poderla socorrer; los que con atencion comenzaron á discurrir en la dificultad del caso, entrando en consejo el Almirante con los Cabos del ejército, decian, que se procurase divertir al enemigo con pasar á sitiar á Rimbergue ó á Vachtendok; otros decian era más á propósito tomarle el castillo Rabestein, por que se le quitarian las vituallas que le venian por la Mosa arriba, con que necesitando dellas, sobrevendria tal accidente que mejorase las cosas, refutando por cosa impertinente perder allí más tiempo, no habiendo otra salida que acometer las trincheras y fortificaciones, cosa en que se arriesgaba el ejército y ponia en duda el suceso y fortuna de la victoria; pareció bien al Almirante el ir á tomar el fuerte, mas haciale dudar el viaje, por que tiene dos caminos: el uno de tan gran rodeo que habia de gastar en él siete dias, tiempo en que podria Mauricio anticiparse á la defensa ó proveerse de tantas vituallas en el ínterin, que le bastasen hasta que la villa se le rindiese, la cual se habia reducido ya á tal estado que estaba el enemigo con las trincheras á desembocar el foso, quitándole las defensas y tratando de cegarlo; el otro camino, aunque era más corto, era más pantanoso, tanto que imposibilitaba el paso de la gente y tan cerca de las trincheras del enemigo que no se podia hacer sin gran riesgo; y que si les salia al encuentro y se les oponia era forzoso correr fortuna; satisfacia á todas estas dificultades Grobendonc, como más plático del pais, diciendo que

el camino que habia de hacer el ejército cerca del enemigo tenia tantos pantanos que en ninguna manera podia venir sobre él sino con gente de á pié, y por tan estrechos pasos que habia de ser uno á uno, con que se salia del riesgo de fracasar; no se admitió este consejo y así se cedió de la empresa de Rabestein; mas siendo avisado el Almirante que por aquella parte las fortificaciones del enemigo no estaban tan altas ni tan defendidas, pareciéndoles que los pantanos excusaban de este cuidado y que por allí se podria meter socorro; ordenó al Maestre de Campo, Joan Tomás Espina, que cubierto con el silencio de la noche y con 1.000 infantes de todas naciones, atravesase el pantano y acometiese las fortificaciones del enemigo, y rompiéndolos, socorriese á Grave; y que le fuese siguiendo el Maestre de Campo, Simon Antunez, con otros 1.000 infantes, para que en caso que no tuviese efecto la empresa le asegurase la retirada; que el Marqués Spínola, con 2.000 infantes italianos, tocase arma por otra parte, metiendo en confusion y miedo al enemigo para que Joan Tomás Espina obrase con mayor desembarazo y prontitud el intento; salió, pues, el Maestre de Campo, siguiéndole los demas, y llegando á los pantanos, los halló tan llenos de agua que les daba á los soldados hasta la cinta, inconveniente que le hizo retardar la jornada; con que no llegando ni siendo posible á la hora que se le tenia ordenado, y viendo cuán bien guarnecidas estaban de gente las fortificaciones y que le comenzaban á saludar con muchos mosquetazos, y que era perderse intentar otra cosa, se volvió adonde hacia alto Simon Antunez y ambos juntos adonde estaba el Almirante de Aragon. Á esta hora ya estaba en total desesperacion la gente católica de conseguir ningun buen efecto, ni de socorrer á Grave; por otra parte, era desacomodado el cuartel, faltaban forrajes para la caballería, con que tomaban ocasion de desmandarse y correr tan á dentro del país, que se temian los Cabos de algun motin; con que fueron todos de parecer de levantar el campo, y otro dia por la mañana marchó la vuelta de Venloó; envió Mauricio á los corredores que se in-

formasen de la novedad, y habiéndole dicho que se retiraba, le dejó ir, sin consentir que ninguno de los suyos saliese fuera de su puesto, poniendo la mira y todo el cuidado en expugnar la plaza y reducir á los sitiados á la última desesperacion de conservarse ni alcanzar socorro, y si bien los sitiados con la partida del Almirante perdieron la esperanza de ser socorridos, no al ménos el ánimo para defenderse con no dejalle descansar, haciendo muchas salidas en que le mataban número considerable de gente; habia ya, como dije, encaminádose con las trincheras al foso, deseosos de ganar una media luna que los nuestros tenian sobre un dique, y que desde los reparos de la tierra llegaba al foso; servia este dique para detener el agua que estaba en él, por ser aquella parte que caia á la ribera más baja, y sin este reparo no fuera posible tenerla allí, y así se hacia todo cuanto se alcanzaba con el arte y fuerzas naturales por defender la media luna; acometiéronla, no obstante, por tres partes, con galerías; y habiéndo volado una mina y batídola poderosamente á 7 de Setiembre, resolvieron los enemigos de darle un asalto, á los cuales con valor y osadía rechazaron los nuestros, degollándoles mucha gente; esta resistencia hizo al Conde Mauricio que la noche siguiente se abriese otra trinchera hácia la parte de un caballero en la villa, que se les pasó por alto á los nuestros, hasta que con la venida de la mañana se descubrió; que visto por el Gobernador, Antonio Gonzalez, ordenó al Capitan Joan de Jarana, que estaba de guardia en el caballero, que con 400 soldados acometiese al enemigo y le echase de la trinchera, y le ganase un reducto y se sustentase en tanto que los explanadores arrasasen la trinchera, y que otros 200 hombres hiciesen espaldas á los que trabajaban; comenzóse, pues, la faccion y el Capitan Joan de Jarana, con verdadero valor y valentía ganó la trinchera y el reducto, y le mantuvo hasta que se consiguió el haberla explanado, con lo cual el Gobernador los mandó retirar; hacíanse todos estos buenos efectos en tanto que el Gobernador tenia gente para conseguirlos; hallábase ya con pérdida de más de la mitad y muchos heridos, y ya no

con la que habian menester para la defensa de los puestos, con que le fué fuerza desamparar la media luna, que ocupó luégo á la hora el enemigo, con lo cual cortó el dique y desaguó el foso; arrimándose á un medio rebellin, y con la zapa se fué llegando hasta que se alojó en él, de suerte que ya no habia entre él y los sitiados más que el parapeto; habíase por otra parte arrimado el enemigo á otro caballero y hechóle una mina, á lo cual, atento el Gobernador y Capitanes, viéndose sin gente, sin municiones y sin esperanza de socorro, llamaron para rendir la plaza; concediéndoles Mauricio el poder salir con banderas, armas, bagajes y cuerdas encendidas: salió, pues, nuestra gente tocando las cajas, habiendo perdido más de 900 hombres, con el Capitan Joan de Jarana, el Capitan Tomás Diano, y el enemigo más de 4.000 con otros tantos heridos; pérdida de importancia y que sintió mucho el Archiduque, por ser plaza de consideracion y de estima en los Países Bajos. Hallábase á esta sazon el Almirante entre Mastrique y Roremunda, habiéndosele amotinado algunas tropas de caballería y de infantería de todas naciones y retirádose á Amonte en Lieja, motin de los más dañosos y perjudiciales que en muchos tiempos se vió en los Estados: juntábaseles cada dia mucha gente con que crecia á número excesivo, ya por mala costumbre y porque Mauricio tomaba este camino para deshacer los ejércitos del Rey católico, sobornándolos con dineros; pasó el Almirante volando á deshacerlos con alguna artillería y castigarlos, procurando primero persuadirlos á la obediencia por personas de confianza; empero la rebeldía á que ya se habian dado, hicieron todos los remedios vanos; llegó el Almirante, y con algunas bombas de fuego tiró á las casas, con que muchas de ellas comenzaron á arder; los amotinados, pareciéndoles que habian de perecer allí todos, se pusieron en la fuga, todo lo que fué caballería; la infantería, no teniendo en que escaparse, se rindió y fueron perdonados del Almirante; quiso enviar al Conde Joan Jácome Beljoyoso para que los siguiese y alcanzase y pusiese en rota; mas el tiempo no le dió lugar para ejecutarlo por haber dos

horas que habian partido y porque se temia que su caballería no se juntase con ellos y todo se pusiese al trance, aunque los alcanzára; procuró meterlos en obediencia por la persuasion y el ruego; más ellos endurecidos en su obstinacion dieron intencion de quererse meter en Dieste, para lo cual á toda diligencia marchó el Almirante y se alojó en ella, avisando á todas las villas del contorno que estuviesen con cuidado y en defensa; habiendo salido vano este intento á los amotinados, tentaron la villa de Betingue, que tampoco salieron con ella, hasta que un sargento de walones que hallaron en el camino, deseoso de entrar en la faccion, y de la guarnicion del fuerte de Hooehstrate les ofreció de dar entrada; lo cual sabido por los del ejército se les arrimaron muchos y en breves dias pasaron de 1.000 soldados; procuraba el Archiduque, cuanto le era posible reducir á las banderas esta gente; las diligencias y persuasiones fueron grandes, y viendo que no habia lugar, por bando público los declaró por traidores, y dando una paga á los soldados pasó á guarnecer y reforzar de gente á Venlóo, con recelo de que no la sitiase Mauricio, si bien su intencion era pasar á castigar los amotinados; el no querer los burgueses de Venlóo admitir guarnicion del Almirante, diciendo que ellos se defenderian, le hizo, desistiendo de su primer intento, pasar en persona á la seguridad de aquella plaza ántes que corriese fortuna; reforzó los presidios de Roremunda, Geldres y Mastricht, en sazon que ya el ejército enemigo con los frios y hielos del invierno se alejaba y distribuia en las guarniciones; con lo cual el Archiduque envió los españoles del tercio de Simon Antunez y otra gente al sitio de Ostende, y la demas mandó alojar en las guarniciones de Brabante, debajo de la órden del Conde Federico, y que no consintiese que los amotinados corriesen el país, ántes que estuviese pronto á deshacerlos; envió ansimismo alguna gente del Marqués Spínola á Dame para guarda y conserva de las galeras, y la demas que invernase en Firlimonte y otras villas del contorno; con lo cual pasó el Archiduque á Gante, donde habia dejado á la Sra. Infanta, y el

Almirante de Aragon á España, llamado del Rey católico, no sin sospecha que se habian de residenciar sus acciones; tanto riesgo corren los progresos de la milicia en Capitanes, que aunque hayan hecho el deber, es razon de estado que de lo que no erraron tengan la culpa porque se salve la reputacion ó descuido del Príncipe, si no atendió ó no pudo con la diligencia que pide la necesidad á remediar los inconvenientes, que en la opinion del mundo, reputan por poco ardiente ó ménos vigilante en las armas de lo que conviene, si bien de la pérdida de Grave no sé cómo le podamos disculpar; finalmente, se dió el cargo de General de la caballería á D. Luis de Velasco, excelente Capitan; dióse el que tenia de General de la artillería al Conde de Bucue, que sirvia en Ostende con un tercio de walones, que se dió á su teniente Felipe de Torres, de los buenos soldados que han militado en Flandes; llegó en esta sazon el Duque de Osuna á los Países Bajos á servir en la guerra con la grandeza de su sangre y casa. Los amotinados de Amont habian ya crecido con insolencia y grave daño de las provincias en número de 3.000 soldados; corrian toda aquella campaña sin poderlo estorbar el Conde Federico, por la poca gente con que entónces se hallaba; no surtió á efecto la empresa de Yachteadok, aunque los nuestros, cubiertos con la paja y leña que llevaba un barco, la ocuparon escalando el fuerte de la villa, prendiendo al Gobernador; si bien la falta de socorro y gente, revolviendo con mucha el enemigo sobre ellos, les forzó á que le rindiesen, con que se sosegó la turbacion y fué frustrado el suceso de la interpresa.

Corria á esta sazon Federico Spínola con ocho galeras guarnecidas de 1.500 infantes escogidos, y buena artillería y chusma, aquellos mares, deseosísimo de dañar á los holandeses en cuanto le fuese posible, y quemar en la isla de Valqueren algunas villas y pasar á ser el estrago y desolacion de las otras, si el fatal destino de una bala no pusiera término á sus días y á la felicidad de sus heróicos progresos y fortunas; salió, pues, de la Esclusa con buen tiempo, y á poco que hubo navegado, descubrió dos galeras que habian fabricado

los holandeses en opósito de las de Federico, y tres bajeles de guerra grandes; parecióles cosa forzosa envestirlos, y haciendo poner sus gentes en órden de batalla; habiendo calmado algo el viento, cerró con ellos tan gallardamente, que en ménos de una hora que duró la pelea, rindió una galera holandesa; á esta sazon refrescó el aire, con que los demas bajeles que se hallaban apretados, se alargaron de los nuestros, tirando con su artillería á las galeras; de suerte, que una bala llevó el brazo derecho á Federico Spínola, y la guarnicion de la espada que tenia en la mano, le dió en el rostro y cabeza tan crudo golpe, que se la rompió, y en breves horas rindió el espíritu. Pérdida considerable, y que la sintió, como era razon, el Archiduque y toda la milicia de Flandes, por su liberalidad y ánimo generoso de aprovechar en las armas. Encomendó á su hermano, Ambrosio Spínola, pasase adelante en el servicio del Rey. Malográronse este dia grandes esperanzas que de sus altos pensamientos y ardiente espíritu de guerrear se prometieron los más atentos á sus acciones; y un ejército de 20.000 infantes y 2.000 caballos, que con 20 piezas de artillería, que ambos hermanos á esta sazon estaban levantando con órden del Rey católico, para hacer la guerra en Holanda: con la muerte de Federico, los Capitanes y soldados que peleaban retiraron las galeras y volvieron con ellas á la Exclusa, con pérdida de alguna gente; perdieron los enemigos más de 600 hombres, todos soldados veteranos, y su Almirante. Encargó el Archiduque el gobierno de las galeras, á D. Cristóbal de Valenzuela, Capitan de la Patrona: á esta hora, como de cualquiera manera que sea, en los Países Bajos jamás se concede ningun descanso á los cuidados ni á la fatiga, ántes están los espíritus de la milicia siempre fabricando modos y maneras de ofenderse los unos á los otros, lo más duro y riguroso que sea posible; á esta hora, pues, tuvo aviso Mr. de Grobendono, Gobernador de Bolduque, vigilante y experimentado Capitan, que salian de Nimega y Grave 600 caballos del enemigo, y que habian de pasar por sus contornos; entró en deseo de darles una mano, y tal, que

les doliese y perdiesen otra vez la gana de acercarse á sus cuarteles; para lo cual, salió con 200 caballos y 400 walones del regimiento de Mr. Archicourt, y con ellos pasó á meterse en el villaje de Gimer, que era por donde el enemigo habia de hacer su viaje: ordenó á los infantes que se ocultasen en las casas, y que cuando el enemigo hubiese entrado en la plaza, le diesen una carga de mosquetería y arcabucería; que él saldria de través con los caballos á socorrerlos, y seria muy posible romperlos y alcanzar victoria; venian, pues, á esta sazon marchando los enemigos con 20 hombres delante reconociendo la campaña; entraron en el villaje, y los nuestros, con el demasiado ardor y coraje, creyendo que iban entrando todos, los acometieron y desbarataron, degollando algunos dellos; los segundos, que vieron el estrago de los primeros, y que habia gente de guerra en el villaje y celada de consideracion, se retiraron haciendo alto con la demas gente: visto por Grobendonc que se habia errado el designio, y que los enemigos habian sido acometidos sin sazon, y que estaban ya avisados de la maraña y sobre sí, pareciéndole, no obstante, por no perder ocasion, cerró con su tropa con el enemigo, que estaba confuso y en breve rato los desbarataron y pusieron en la fuga, con pérdida de más de 50, y entre ellos, el Alférez del Conde Mauricio; y con más de 300 prisioneros volvieron á Bolduque, donde fueron bien recibidos de todo el burgo y magistrado, que se ha preciado siempre de ser fiel, más que ninguna villa de los Países, á Dios y á su Príncipe: quiera la Magestad Divina librarla esta vez del asedio en que está puesta, y del contagio y horror de la herejía: echó Grobendonc la infantería walona fuera, porque entendió se queria amotinar, quedándose con sola la caballería, que la lealtad de aquellos vasallos, ni la han querido admitir, ni han necesitado con movimientos á su Príncipe deponérsela, ni de desconfiar en su fidelidad, siendo ejemplo de religion y constancia á todas las demas que se incluyen en los Estados y provincias de Flandes, donde los dejaremos concluyendo con el año de 1602, refiriendo los sucesos de otras provincias, que tocan á esta historia, y que son

del año de 3, encadenando con ellos los de Flandes, hasta el de 1604, que veremos el fin del sitio de Ostende, y proseguiremos con brevedad hasta la tregua.

El marquesado del Final, que en tiempo del Rey D. Felipe II, por tener su asiento en la ribera de Génova, entre Saona y Arbenga, y por esta razon vecino al Estado de Milan; por haber sido en los años pasados de algunas inquietudes y desasosiego, y ocasion de codicia á los genoveses, por evitar prudentemente movimientos en Italia; entendido, finalmente, por el Rey D. Felipe II, trataban los del Final, negando la obediencia á su señor natural, entregarse á la de otro Príncipe de los de Italia, con beneplácito que para ello tuvo de Esforza Andrea del Carreto, Marqués del Final, Saona y Clavensano, feudatario Príncipe y Vicario del Imperio, y por otras muchas razones, ó por la sangre, aficionado y gran servidor de la Casa de Austria, ó por no ver su Estado como otras veces le habia visto, en poder de genoveses, que decian pertenecerles alguna parte dél; con poderosa mano se hizo señor dél, poniendo en sus pueblos y castillos Gobernadores y Capitanes que los gobernasen y defendiesen, y acudiesen con las rentas del Estado á Esforza Andrea del Carreto: en este estado halló el Rey las cosas del Final al tiempo que tomó la posesion de las Coronas de España y de Italia, cuando en el año en que vamos discurriendo, el Marqués del Final, hallándose sin sucesion y en edad de 65 años, con voluntad y acuerdo del Emperador, renunció en el Rey D. Felipe III el marquesado del Final, Saona y Clavensano, con sus castillos, derechos y acciones, sin reservar para sí cosa alguna; dándole el Rey por esta dejacion al Príncipe Esforza Andrea Carreto, para él y para sus sucesores, 24.000 escudos de renta al año, en el Reino de Nápoles; con facultad que pudiese sacar este dinero y otros cualesquier réditos que tuviese en el Reino; consignándole los 11.000 ducados en renta fija en ciudades y villas principales del Reino de Nápoles; incluyéndose en las capitulaciones el principado de Rosano y otros vasallos, y en caso que no se le diese esta renta firme, se obligó el Rey ca-

tólico de darle 100.000 ducados por cada 4.000 de renta, con accion á alguna de las principales ciudades de Nápoles; conservándole en el título de Príncipe y Vicario perpétuo del Imperio, con todos los demas privilegios de que gozaron los Marqueses del Final, con que se quietaron los genoveses; que no hay potentado ó señoría en Italia, que por vecino, no piense que tiene accion á las tierras del otro, y más si alguno crece en mayor potencia, quiere que la fuerza tenga mejor lugar que el derecho. Otrosí, tuvo fin este año, la fiera de la Iglesia, Isabel, Reina de Inglaterra y de Irlanda, á 23 dias de Marzo, en Lóndres, á los cuarenta y cuatro años de su reinado; y sucedióla en el Reino, Jacobo VI, Rey de Escocia, hijo de aquella esclarecida matrona, María Estuardo, que degolló Isabel en el castillo de Tordingan; y siendo de padres católicos, pudo tanto la falsa doctrina de Brequenano, su maestro, en los leves años de su primera puericia, y abrazó de tal suerte la herejía, que espiró con ella; habiendo sido uno de los doctos y grandes herejes, para Rey, que ha tenido en oposicion suya la Iglesia de Dios, ni la misma infidelidad; de tanta importancia es mirar los buenos Príncipes el maestro que dan á sus hijos, y tanto peligro corre hacer lo contrario: finalmente, por las enemistades que de su vecindad resultaban entre las dos Coronas de Inglaterra y Escocia, el Rey Jacobo, como es ordinario arrimarse, por razon de Estado, á la parte mayor y más enemiga de su confinante y contrario, más por recurso de socorro en cualquier rompimiento de guerra, que entre los dos se trabase, que por religion; conservaba y afectaba amistad con los Reyes de España; y atendiendo el Rey D. Felipe III á la herencia de Jacobo, y cuán pacíficamente le habian admitido los ingleses, intitulándose, con la union de las dos Coronas, Rey de la Gran Bretaña; y que aquel Reino, con el nuevo poseedor, habia mudado semblante, conservando la buena correspondencia y amistad, por ver si podia divertirle de la asistencia con holandeses, á que desde que tomó el peso de la Corona se enderezó su mayor cuidado; le envió su embajada con D. Joan de Tarsis, Conde de Villa-

mediana, Correó mayor de España. Partió el Conde con grande lucimiento y muchas personas de su casa, y haciendo su entrada en Lóndres, fué bien recibido del Rey; y habiendo hecho con mucha ostentacion y prudencia su embajada, halló en el corazon del Rey grande afecto, y demostraciones de conservar y establecer la amistad que ántes habia tenido con nuestras Coronas: consideraba el Rey de Inglaterra en esto, que le importaba la paz con el Rey de España para asegurarse en su Reino, de que era tan recien heredado. No despreció el Embajador la plática y intencion del Rey; y dando cuenta al Consejo de Estado y al Rey católico, miró y atendió el Rey y su Consejo este negocio con mucha atencion, juicio y cuidado; y despues de bien ventilada, discurrida y acendrada la materia, se determinó por los mejores juicios del Consejo, que debia el Rey abrazar la paz que se le ofrecia, por la salud de sus pueblos y bien de la Religion, y que no le socorriesen los rebeldes de Holanda; advirtiendo, si algun curioso, llevado del celo de más pura y verdadera religion es de contrario parecer en esto, diciendo, que nunca el católico ha de hacer paz con el hereje; que tal vez conviene ahorrar de enemigos, que no todo se ha de llevar por derramamiento de sangre, ántes bien ha de encaminarse á conservar lo adquirido; que segun está hoy la Monarquía de España, más necesidad tiene de afirmar que de acometer conquista, y que las costas y puertos no tengan siempre necesidad de estar en continuas asechanzas, sino que vivan en paz y quietud, aumentadas del trato y mercadería; que vengan las flotas con el seguro de que no las molesten enemigos, que aunque las sabremos defender, y Dios da favor á los suyos para ello, mirado á la luz de humanas fuerzas, no se puede contender con tantos y tan poderosos enemigos. Proponiéndole al Rey D. Felipe IV, cuando en sus principios más se platicaba el coraje y accion militar, en tiempo que tenia las armas en Italia, Flandes, Inglaterra y Alemania, que porque no se castigaban ciertos movimientos de un Rey vecino, y se entraba con ejército por su tierra, respondió: no podemos pelear á un tiempo con

todo el mundo. Muchas veces no conviene á los Príncipes en el comienzo de su reinado mostrar todo el brio y espíritu militar que alcanzan, porque es avisar y prevenir á los vecinos; que una vez armados, por reputacion propia, tarde ó nunca dejan las armas, y es grande confusion y poco consejo hallarse ahogado entre muchos y diferentes enemigos; que á las veces conviene, aunque no sea lícito, hacer paz con uno por hacer guerra á otro que es más perjudicial, y que se le entra por las venas del sosiego y Estados, con intento de defraudarle de algunos, en que se constituye Monarca, y porque no lo sea. Determinado, pues, por el Rey y sus Ministros de asentar la paz con el Rey de la Gran Bretaña; determinó, para concluirla y perfeccionarla, enviar á Joan Fernandez de Velasco, Duque de Frias y Condestable de Castilla, del Consejo de Estado y Presidente de Italia, persona, en sangre, valor y consejo, de los de más alto punto en España: á estos sucesos, que no todos han de ser iguales, se siguió que, sábado 1.° de Enero de 603, entre las diez y las once de la noche, parió la Reina Doña Margarita una hija, á quien dieron por nombre María, y que dando muestras de no ser parto derecho, con el sacramento del bautismo á las primeras luces de su vida, subió á reinar al Cielo, prenda que quiso Dios para su Imperio de estos santos y católicos Reyes; siguiendo sus pisadas, dichosamente cargada de años y de méritos, á 26 dias del mes de Febrero, en el convento Real de las Descalzas de Madrid, la Emperatriz Doña María, en edad de 74 años, mujer del Emperador Maximiliano II, Rey de Bohemia y de Hungría; hermana del Rey D. Felipe II; abuela del III, y madre de Doña Ana; hija de Cárlos V; nieta del Emperador, y madre de Emperadores; pusieron su cuerpo en el coro del convento; matrona ejemplar y religiosa, de heróica virtud y maravillosas costumbres: sintieron los católicos Reyes esta pérdida, como tan importante, y retiráronse á Nuestra Señora del Prado, de la órden de San Jerónimo; y en San Benito el Real, de monjes benitos, con pompa magnífica y funesta la levantó imperial túmulo, y se la hicieron las honras con todo el lustre

y majestad de la corte, siguiendo el ejemplo el Reino de Hungría y Bohemia; las ciudades imperiales de Alemania; las colonias más ilustres del archiducado de Austria, y ducado de Borgoña, y Países Bajos; toda la Italia, y ambas Indias; cumpliendo con esta obligacion todos los Príncipes de la Europa, por el reconocimiento al Imperio, por el parentesco, por el feudo en que la dignidad es exaltada sobre las mayores de la tierra. Habiendo llegado á describir accion tan memorable como la que el Condestable de Castilla, con tanto lustre y prudencia obró en Inglaterra; ya que corrimos ligeramente en los capítulos pasados, por el recibimiento de todas maneras magnífico que hizo á la católica Reina de España, Doña Margarita de Austria, en el estado de Milan, donde á la sazon era Gobernador; en esta me ha parecido no dejar en silencio parte de sus proezas y efectos de su gran juicio, obrados en beneficio y apoyo de la Monarquía española, con veneracion y aplauso de los naturales, y mayor y más escogida severidad de los extranjeros. Justamente, ya que en aquella no hizo los debidos oficios la advertencia, nos podrian reprender de descuidados en esta, y que faltamos á la obligacion precisa, con tanto más rigor entónces, cuanto nos hemos dado á entender se encamina este trabajo á narrar el felicísimo progreso de los más ilustres varones de nuestra era, que con obras virtuosas y cortesía lo merecieron, para dejarlos (si acertásemos) de todas maneras venerables en la posteridad. Fué, pues, Joan Fernandez de Velasco y Tobar, sexto Condestable de Castilla, entre los señores de su casa, Duque de Frias, Conde de Haro y de Castilnovo, Marqués de Berlanga, señor de Pedraza y Villalpando, de las antiquísimas casas de Velasco y Tobar, y de aquella tan memorable y tan gloriosamente repetida en las primeras historias de Castilla, de la de los siete Infantes de Lara, Camarero y Copero mayor del Rey; títulos, dignidades y estados justamente adquiridos y aquistados de los fidelísimos servicios de sus progenitores, que tan agradables fueron á nuestras coronas en los tiempos que fracasaba la seguridad y sosiego comun en algunos, vacilando en la fé, y

que pretendian los poco constantes trastornar el estado real, contra cuyas fuerzas prevalecieron caudillos á la par de los mejores, debajo de cuyo estandarte militaron muchas casas grandes, cuyos nietos, en fé de aquella union, se conservan hoy en la amistad y en el parentesco sin mancha. En sus primeros años fué criado al lado de varones, en virtud, sangre y letras, escogidos cuales los ha usado siempre la grandeza de su casa, con que aprendió las más importantes que le hicieron relevante en la estimacion de los más estudiosos; sabia con maravillosa prontitud lo mejor de la erudicion latina, y más aventajadamente que otras la materia de Estado; escribió en defensa de la venida de Santiago á España, y otros discursos en apoyo de obras ingeniosas que no afectaba su modestia; y hay quien dice, que las advertencias que salieron á la historia del Padre Mariana, fueron suyas; su librería fué de las mayores de Europa, en la variedad de asuntos que recogió, en la disposicion de las clases y aliño de encuadernaciones y pinturas; resplandeció en todo género de costumbres sin reprension; templado en afectos y en acciones; amigo de hombres doctos y de religion; pequeño de cuerpo y de gran corazon; agasajador mucho de sus parientes y de los que no lo eran, aun cuando faltaban en la correspondencia, virtud de espíritu generoso; casó de edad de 15 años con Doña María Giron, hija mayor del Duque de Osuna, D. Pedro, en quien tuvo muchos hijos; prevaleciendo solamente la sucesion de Doña Ana de Velasco, que casó con D. Teodosio, Duque de Braganza, hijo de la señora Doña Catalina, nieto del Infante D. Duarte, y biznieto del Rey D. Manuel de Portugal; acompañó al Duque, su suegro, y asistióle en las ocurrencias y pretensiones que el Rey D. Felipe II tuvo á aquel Reino el año de 80; y de aquí pasó con él al vireinado de Nápoles, para comprender de más cerca ambas materias, marcial y política de Italia; que despues le constituyeron justamente por Senador de la más belicosa provincia della; cursó en esta sazon los mejores y más delgados espíritus en letras y milicia, haciéndose admirable lugar entre todos, y

tan grande, en el concepto de su Rey, que se prometia de sus buenos empleos grandes servicios, y que tenia vasallo para grandes cosas: mandóle desde allí fuese á dar la obediencia en su nombre al Papa Sixto V, que hizo con autoridad y esplendor; tuvo aquí nueva de la muerte del Condestable, su padre; volvió á España, donde en el año de 1588 le hizo S. M. Capitan general, para acudir á las fronteras de Francia y costas de la mar en la invasion de las armadas y corsarios ingleses, lo que daba fuerte rabia á sus ascendientes, largamente lo testifican nuestras crónicas; de aquí le escogió el Rey en el más alto punto de su prudencia, para el mayor de sus cuidados, enviándole por Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, y que asistiese con dineros y soldados al Duque Cárlos de Saboya, contra Enrique IV, que aspiraba por entónces á la Corona francesa, y si bien halló las cosas de aquel Estado fallidas, falto de vituallas y municiones, y otras cosas necesarias; con su maña y desvelo las redujo á mejor forma y aliento, con que desvaneció la necesidad y la desconfianza, con satisfaccion y sin violencia de sus súbditos; hizo atentos y más recatados á los Príncipes vecinos; temiéronle los coligados á la faccion francesa; arrastró los neutrales á su parcialidad, y hizo más osados y formidables los afectos, y que recobrase fuerzas la Liga contra Enrique, que ya comenzaba á desfallecer en sus nervios, advocando á sí las cabezas de algunos Príncipes de la sangre, como el Duque de Umena y el de Nemurs: levantó un ejército por órden del Rey para echar los franceses del Piamonte y acudir á ambas Borgoñas, Ducea y Contea, que comenzaban á infestarla, ocupada mucha parte della de loreneses; salió en persona con buen número de Capitanes y soldados escogidos; entró en Turin, donde fué altamente hospedado del Duque de Saboya; redujo aquellos pueblos á más tranquilidad, desarraigando al enemigo, poderoso y fortificado; tomó á Bricarasco; guarneció las plazas de la provincia con muchas compañías de españoles; desde aquí pasó los Alpes, impedidos de altísima nieve, sin resfriarle el ardor militar los embarazos ni incle-

mencias del cielo; llegó á Dola, plaza importante, por hallarse allí el Parlamento y Magistrado de la tierra, donde hizo plaza de armas; llególe aquí el Duque de Nemurs, y marchó en proseccion del enemigo, con intento de expelerle ántes que se fortificase; por acudir con brevedad á la Saboya y Bresa, pasó á tomar á Marne; reconoció por su persona el fuerte, entróle, ocupando los burgos; opúsose gallardamente á las fuerzas del Duque Memoransi, á Alonso Corso y Mariscal de Viron; tuvo aquí la embajada de Cantones de esguízaros, en que protestaban á los franceses saliesen de la Borgoña, por la liga antiquísima que entre unos y otros se habia profesado, á que se mostró sumamente agradecido de parte de su Príncipe; redujo á Visanzo, ciudad imperial y puesta en el corazon del condado, porque no la consiguiese la parte de Enrique; tomó á Sis, que sin osarle esperar, desampararon los franceses; llególe á esta hora el Duque de Umena, que recibió con todas muestras de amistad y buen hospedaje, no dejando descansar al enemigo, asaltado de continuas escaramuzas por sus Capitanes; rindió algunas plazas del contorno, unas por concierto y otras por asalto, y echó de algunos puestos considerables al enemigo; tomó la villa de Fretmi, fuerte y de importancia, no sin gran fatiga de su espíritu, con inmensas baterías y escaladas, bien contra la oposicion de los tiempos, que le impedian llegar la artillería; empero, todo lo vencia la gallardía de su ánimo y atencion; tomó el castillo, fuerte por arte y por naturaleza de fosos y medias lunas, donde se habian retirado los franceses, y puso la frente de su ejército á esperar á Enrique, que con todo su poder, estimulado de sus victorias, venia á buscarle; á esta hora tenia ya reducidas las cosas á tal estado, que de veintitres ó veinticuatro plazas que tenia el enemigo, no le habian quedado más de tres, sobre las cuales pretendia cargar, si algunos accidentes de infidelidad no se lo estorbaran; sin embargo, esperó á Enrique en Grey, divirtiéndole de acudir á la provincia de Picardía, para que D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, le ganase las mayores y mejores plazas de la provincia, que era el punto más esencial entón-

ces, y en el que ponia la mira el Rey D. Felipe II, para dividir aquel Reino, y no dejarle arribar á la Corona; vióse Enrique un dia apretado del Condestable, haciendo volver las espaldas á algunas de sus cornetas, tanto, que animándolos á que volviesen; le obligó á decirles que en sus manos estaba la seguridad de su persona; empero, no siendo todos los sucesos de la guerra siempre iguales, y corriendo fortuna sus gentes, reparó la rota que recibió D. Alonso Idiaquez, desórden de algunos Cabos y Oficiales; saliéndole al encuentro á Enrique, esclarecidísimo Capitan, que viéndole tan osado y prudente, no atreviéndose á pasar adelante, se retiró, degollada mucha de su gente y una de las más principales de sus cabezas, como la del Mariscal de Viron; reforzó las mejores plazas de la provincia; recobró las que con la retirada le iba dejando el Rey, tomóle seis dentro de sus mismos Estados, desvaneciendo con tan prósperos sucesos, si bien con fuerzas fallidas, los acuerdos de bearneses y herejes alemanes, á quien habia ofrecido la villa de Salins y sus fuentes de sal, fomentado todo con consejos y dineros de algunas repúblicas mal afectas de Italia, contra la persona del Condestable; y no desamparando la tierra, ni volviendo un pié atrás, ni admitiendo los tratados de Enrique, ni los consejos contra la reputacion de su Rey, de España y suya; cuando le pareció más á propósito, y que los enemigos le habian vuelto las espaldas, dejando las plazas de Francia á cargo de los Gobernadores de Borgoña, cargado de triunfos y de palmas, dió la vuelta á Milan, cuando ya la paz entre franceses y españoles serenaba los rumores de la guerra en aquella parte de la Europa.

Lo que obró en Milan en la entrada de la católica Reina Doña Margarita, cuando pasaba á España á casarse con el Rey católico D. Felipe III, ya lo dejamos referido, y el portentoso aparato con que besó el pié al Papa Clemente VIII, en Ferrara, cosas todas dignas de mejor y más valiente pluma; fuéla, no obstante, acompañando hasta Génova, haciendo gastos notables á costa de su hacienda; volvió á España, sucediéndole en el Gobierno de Milan el Conde de Fuentes,

dejando en tranquilidad y sosiego aquel Estado y los de los Príncipes vecinos; hízole el Rey D. Felipe III de su Consejo de Estado y Presidente de Italia, norte por donde se guiaban entónces las materias, surtiendo de su gran capacidad maravillosos efectos; de aquí le envió á capitular las paces con Jacobo VI, Rey de la Gran Bretaña, que vamos escribiendo y que veremos en su lugar, no sin admiracion, por la felicidad del suceso de los estadistas más prudenciales de nuestra esfera; á la vuelta de la jornada, hallándose viudo, y sin sucesion (de varon digo) porque los fundadores de su casa excluyen las hembras, conservándose por esta manera el apellido de Velasco, más permanente en los suyos (cosa que ha faltado en muchas casas grandes de España); casó segunda vez con Doña Juana de Córdova y Aragon, dama de la Reina, hija mayor del Conde de Prada; nieta del Duque de Segorbe y del Almirante de Castilla, y hermana del Duque de Cardona, casas grandes y esclarecidas consortes de los reyes de Aragon y de Castilla; señora en quien resplandecieron todo género de virtudes, y en quien tuvo, dichosamente, al Condestable D. Bernardino, que le sucedió en la casa, en la grandeza de ánimo, religiosas costumbres, aficion y estimacion á las letras y á las demas partes de señor y caballero, al Marqués del Fresno, y Doña Mariana de Velasco, que casó con D. Antonio de Toledo, nieto y sucesor del Duque de Alba, y Marqués de Villanueva del Rio; el año de 610 volvió al Estado de Milan, por muerte del Conde de Fuentes, donde de nuevo enfrenó la codicia de las armas forasteras; alivió el Real Patrimonio, que estaba cargado con las guerras pasadas, constituyólo en todo género de prosperidad y abundancia, con cuya fortuna y suma tranquilidad, crecian y se aumentaban las familias, pasando de esta, como puerta principal, la felicidad y el colmo de bienes á toda la Italia, influencia, que por las virtudes de nuestro gran Rey, en aquella era, gozaba todo el orbe. De aquí, sus años y poca salud le volvieron á España á la presidencia de Italia y al Consejo de Estado: éste es el breve discurso que de aquel gran varon

ha podido dibujar la cortedad de mi ingenio, digno por la excelencia de sus obras de mayores y más elegantes epílogos, y que sirva de idea y dechado á los que les corren iguales obligaciones de imitarle; pues no se yo quién más estudioso en la profesion de su estado, más atento, más vigilante, más sufrido de trabajos, más afecto á la Religion y á la justicia, más puro y más ajustado al Gobierno y al desinterés y ambicion, partes que le dejaran perdurable en la memoria de los que nos han de suceder; y, pues, habemos cumplido con lo que nos toca, si bien con más precision de lo que era justo, en materia á que se debian particulares historias; volviendo á asir el progreso de nuestra jornada, digo, que partió el Condestable de Valladolid, con la demostracion y autoridad que acostumbró su casa, acompañándole todos los señores, títulos y caballeros, al salir; y en la embajada fueron acompañándole, D. Baltasar de Zúñiga, embajador de Francia entónces; D. Manuel de Zúñiga, hijo del Conde de Monte Rey; D. Jaime Manuel de Cárdenas, hijo del Duque de Maqueda; D. Melchor de Borja, hijo del Duque de Gandía; D. Alonso de Velasco, Señor de la Revilla; D. Blasco de Aragon, tio del Duque de Terranova; D. Felipe Ramirez de Arellano, hermano del Conde de Aguilar; D. Manrique de Silva, hermano del Conde de Portalegre; D. Cárlos de Sangro, hijo del Duque de Torremayor, en Nápoles: el lucimiento y galas de los que le acompañaban, fué de grande ostentacion; la opulencia de las familias, notable. Tomó el camino de Francia y entró en París, acompañado del Duque de Osuna y D. Luis de Velasco, que habian venido de los Paises Bajos á visitarle; vió á los Reyes cristianísimos, con asistencia de todos los Príncipes de la sangre; confirió con el Rey y dispuso con sagacidad materias de importancia que se le encargaron, tocantes á la paz de ambas coronas, de que siendo bien recibido y agasajado con magnificencia y autoridad, por sus jornadas; caminó á Flandes y entró en Bruselas, besó la mano á la Infanta y al Archiduque; pasó á Inglaterra, y por el rio Tamis, entró en Lóndres, y fué hospedado magníficamente; hizo su embajada,

y admiró su gran seso y prudéncia á Inglaterra; fué bien recibido y agasajado del Rey, con que se trató de dar principio á las ceremonias de las paces, para lo cual, señalado el dia para jurarla, siendo en Inglaterra de los más solemnes que se esperaron en muchos siglos, el Rey salió á la capilla con toda la nobleza de su córte; y el Condestable con todos los caballeros que le habian acompañado en la jornada, con grande explendor de galas y de piedras ricas y costosas libreas en las familias, variedad y armonía de instrumentos; y en un rico sitial, donde estaba una Biblia, traducida de San Jerónimo, poniendo el Rey la mano sobre los Evangelios, juró las paces, con todos los artículos en ellas capitulados, que se contenian en tres: «no socorrer á Holanda; no pasar sus bajeles á contratar á los indios; comunicarse unos vasallos y otros, así en la amistad como en el trato, en todas las tierras del Rey, fuera de las referidas.» Concluida esta ceremonia, tomó el Rey la mano al Condestable, en señal de mayor y más apretada firmeza, con lo cual, el pueblo, llevado de la alegría de esta accion, comenzó á aclamar, paz; volvióse el Rey á su cuarto con el Condestable, donde les esperaba una muy solemne y espléndida comida; fueron los del banquete: el Rey y la Reina; el Príncipe de Gales; el Condestable de Castilla; el embajador ordinario de España: el Rey, á la usanza de aquellos países, levantándose en pié, brindó al Condestable; á la salud de nuestros Reyes y que la paz fuese feliz y perpétua: el Condestable, estimando el favor, hizo la razon y respondió, esperaba lo seria; á que volvió el pueblo á repetir, paz: presentóse á este tiempo delante de la mesa un rey de armas, y en su idioma natural, en voz alta, habiéndose tocado cajas y otros instrumentos marciales, dió al Rey las gracias de parte de sus coronas por haber hecho paces con España, y que habiendo de ser de grande honor, felicidad y aumento para sus vasallos, le suplicó le diese licencia para que en sus pueblos y provincias se publicase dichosamente el suceso; concedióselo, y en Lóndres, como principal colonia de Inglaterra, en público teatro, dijo:

«Jacobo, por la Gracia de Dios, Rey de Inglaterra, Escocia, Francia y Irlanda; que sepan nuestros muy queridos vasallos, y los que la presente vieren y oyeren: que hoy, al honor del Omnipotente Dios, y bien de toda la cristiandad, y, especialmente para la tranquilidad de nuestro reino de Inglaterra, se ha concluido una Liga de paz y amistad, ratificada y jurada entre nosotros, nuestros reinos y dominios, y de los grandes y poderosos príncipes Felipe III de este nombre, Rey de España, é Alberto é Isabel, Archiduques de Austria y Duques de Borgoña, esperando será para mucha prosperidad de nuestros pueblos, y por esto les damos noticia dello; y de aquí adelante tengan á los vasallos del Rey de España y Archiduques por nuestros amigos y confederados, y los traten como á tales, y el que lo contrario hiciere hará en su daño y peligro.»

Concluido este edicto, los mismos que lo publicaban, decian: guarde Dios al Rey, y repetíalo el pueblo con gran alborozo al tiempo que ya fenecido el convite, no sin grande admiracion y maravilla de aquella córte; sumamente favorecido volvió el Condestable á su posada; el Rey le hizo grandes honras en todo el tiempo que estuvo en Lóndres, entretenido siempre en varias fiestas; visitóle algunas veces en su posada, dando verdaderas muestras de lo que estimaba su persona, adornada con tantas virtudes, estudio, juicio y consejo: mostró el Condestable la estimacion y agradecimiento que era justo á la merced y hospedaje que se le habia hecho, y discurriendo muchas veces con el Rey en diferentes materias de Estado, en que era estudioso, y pasando muchos ratos de los dias que allí estuvo en esto, en que reconoció el gran talento del Condestable, si bien ántes lo tenia así entendido por la opinion y larga noticia; haciendo muchos presentes á muchos señores de Inglaterra y otras innumerables dádivas al pueblo y á los que le habian agasajado y servido; con que dejó establecida la liberalidad y grandeza de nuestro Monarca, llevando para este fin 250.000 escudos de las expensas Reales: partió de Lóndres, y despedido amorosamente de sus Reyes, se hizo á

la vela para Flandes, y en Gante se despidió del Archiduque y la Infanta, desde donde se partió para España y llegó á Valladolid; fué bien recibido del Rey y de todo su Consejo de Estado; y dando cuenta de su embajada, agradecieron sus servicios y admiraron su prudencia y acierto en negocio tan importante, concluido por el año de 1604; dió por memoria al Rey las dádivas y presentes que habia hecho, y como del dinero que se le habia entregado, le sobraban 50.000 escudos, que señalase S. M. la persona á quién los entregaria; respondióle el Rey que le hacia merced dellos; aliento que daba calor perpétuamente á servicios domésticos y empresas en las armas, como nos lo dirán los capítulos que han de suceder á los pasados en la materia militar de Flandes, á que hemos procurado volver con precision, observando, en cuanto nos fuere posible, el arte y progresos de historiar, por no violar el derecho si á tan grande asunto arribasen las fuerzas.

Continuaba el Maestre de Campo, Joan de Rivas, como se le tenía encargado el Archiduque, con calor y porfía el sitio de Ostende, y en poner en perfeccion la plataforma; y deseoso de adelantar las cosas del sitio y señalarse, hizo reconocer los tres reductos que los enemigos habian fabricado fuera de la villa, que llamaban los Poldres; y una noche, á 13 de Abril deste año 1603, que voy prosiguiendo, los acometió y asaltó; y degollando á los enemigos, se enseñoreó de ellos, con muy poca pérdida de los suyos; fué esta faccion considerable, por el gran aliento y confianza que de allí en adelante cobraron los Cabos de conseguir la plaza; procuró el dia siguiente el enemigo, con una gran salida que hizo, volverlos á recobrar, empero fué rechazado con desestimacion y pérdida de muchos de los suyos; guarneciólos, pues, el Maestre de Campo, con gruesa artillería, con que los volvió contra las fortificaciones de Ostende; sacó desde los reductos hasta la plataforma una media luna, fabricada de cestones, para asegurarse de los traveses y comunicarse con más diligencia con la plataforma; hinchó de fagina y tierra algunos canalejos, y al cabo de la media luna, junto á la plataforma, levantó una cabeza, donde asentó

artillería; recreció y alargó el dique hácia la mar, á la mano izquierda, y guarneciólo de artillería, con que batia aquella parte de Ostende, que llaman la *Villa Vieja*; el Conde de Bucue, por la de Bredene, iba levantándose en el dique, y por estos dias se puso en perfeccion la plataforma, la cual subia más de seis picas en alto, presentándose á los enemigos con siete piezas de bronce, con las cuales, dominando toda la villa hasta los suelos, se batian las casas hasta los cimientos; tirábase asimismo á las barcas que metian el socorro, y no por eso dejaban de seguir su designio, ántes crecian en obstinacion: entraban de dia y de noche, sin permitirse al descanso un instante siquiera; tenian por honra y virtud la fatiga, y reconocian la mengua que se les habia de seguir para con las otras naciones, si perdian la plaza, considerable de todas maneras para ellos, y para hacerse con brevedad dueños de toda la provincia de Flandes; velaban con el consejo y con las manos; pedian socorro á los Príncipes confederados, de que eran con brevedad asistidos; juntaban bastimentos de los burgos; fundian artillería, no bastándoles la que tenian, ni la que sacaban de otras plazas, siendo toda menester para oponerse á los muchos puestos, ingenios y máquinas que se habian cargado sobre la villa, asaltada y combatida por instantes, y defendida más por reputacion que por de importancia; discurria el cuidado del Archiduque en insidiarla los Capitanes escogidos, que estaban en la expugnacion, las máquinas, los ingenios nunca vistos en otro sitio, los fuertes, reductos y medias lunas, los diques hechos contra los ímpetus y contrastes de la mar, que casi estaban para desembocar en la villa y acabarla de tomar; el teson de ambas partes, empero, atendiendo los sitiados y porfiando con gran brio, el daño que recibian de la plataforma, levantaron otra, en la cual hicieron una contra-batería, con que mataban y herian mucha de nuestra gente, entre los cuales fué el Maestre de Campo, Diego de Durango, soldado de mucha consideracion, y reputado por bueno: proveyó su tercio el Archiduque en Antonio de Zeballos, que poco despues murió de un mosque-

tazo; todo era afligirse y molestarse los unos á los otros, sin poner treguas á la conmiseracion ni al descanso; peleaban á un mismo tiempo los ingenios y las fuerzas; los de dentro, por sacudir de sí el peso del sitio, y los de fuera, por entrarlos; el Baron de Balanson, con sus borgoñones, y el Conde de Fresin y Nicolás Catriz, con sus walones, y Mr. de la Malaisa, con un regimiento de liegeses, se dispusieron á hacer unos reductos, con que apretar y poner en mayor estrecho á los enemigos, que llamaron las Damas; eran éstos guardados y defendidos de dos compañías de españoles de cada tercio; el enemigo, á esta sazon, se habia fortificado fuera de la villa con una media luna, por la parte del fuerte Bredene; el Sargento mayor, Hernando de Olmedo, con 400 infantes, entre españoles y italianos, pasó al cuartel del Conde de Bucue, con ánimo de asaltar la media luna; reconociéndola, dando órden que hiciese alto la infantería en el fuerte de San Felipe; y á la misma sazon hizo el enemigo una salida con 2.000 soldados, tales, que ganaron el dique y la artillería, degollando los walones y alemanes, poniendo en la fuga á los demas; los españoles y italianos, que estaban atentos á la faccion y á la rota de sus compañeros, sin esperar órden de sus Capitanes, deseosos de recobrar lo perdido, cerraron con los enemigos con tanto valor y denuedo, de suerte que los retiraron; acudieron á esta sazon los Cabos y Capitanes, y poniéndolos nuevo calor y brío, los rompieron y pasaron á cuchillo, restaurando la artillería; agradecido el Archiduque, aventajó los soldados, reconoció los mejores, honrándolos con otras mercedes: los enemigos, ni por malos sucesos que les sobrevenian, ni por que sobrase ardor y buena fortuna en los nuestros, perdian la confianza, y así, á 13 de Junio, salió á pegar fuego á los reductos, nuevamente fabricados de los borgoñones, de los cuales abrasó la fagina que tenian en la frente: intentó D. Juan de Pantoja, Maestre de Campo general, con 1.500 hombres, ganar el reducto de las muchas picas, que los enemigos tenian fuera de la villa, y por haber herrado el camino de noche, no surtió á efecto la empresa,

siendo descubiertos por la mañana, con que emprendió otro, si bien no de tanta importancia, que por tal hubo de desamparar luégo; tiraba el enemigo con la artillería muchos fuegos artificiales al reducto del Conde de Fresin, quemando gran parte dél; atreviéndose la noche siguiente á poner fuego á la media luna del Maestre de Campo Catriz, batiendo desde el caballero de la mar nuestra plataforma, con tanta furia, que desencabalgó mucha parte de la artillería, abrasándole la frente con fuegos y máquinas nunca vistos de la rábia y sedicion humana; acudian los soldados con más temeridad que valor á remediar este inconveniente, de suerte que quedaban muchos en la demanda, poniendo en tal estado la plataforma, que fueron menester muchas diligencias y muchos dias para repararla, volviéndola á guarnecer de artillería; con que de nuevo se batió la villa con más furor y coraje que hasta allí, no dejando lugar seguro á los sitiados donde no les cogiese la muerte; volvió el enemigo con mayor ímpetu á arrojar gran cantidad de fuegos á la plataforma, y para excusarla y defenderla se tomó por ardid, que muchos soldados, subiendo por algunas escalas con brazales y manoplas, en cayendo el fuego en la fagina le cogiesen con la mano y le echásen abajo; ardid que atajó el daño, rechazando el diseño al enemigo; el cual, viendo con la valentía que subian los nuestros, guarneció la muralla de mosquetería y artillería, y como iban trepando por las escalas, los tiraban á terrero, de suerte que volvian rodando muchos dellos; empero, defendíase y conservábase la plataforma con admiracion y espanto de los mismos enemigos, que sin embargo de peligro tan manifiesto y evidente, y de la oposicion que se les hacia, subian á porfía unos de otros, señalándose muchos Alféreces reformados y otras personas particulares de la nacion española, que como tienen por pundonor presentarse en las ocasiones más árduas y dificultosas los primeros, ansí buscaban ésta, aunque más sangrienta, por ser la que más aina los habia de arribar á los títulos y blasones de excelentes, y á la honra y prez que de-

seaban: accion más valiente y hazañosa de cuantas entre escritores antiguos y modernos hemos visto encarecer á la elocuencia, ni que se escribe de sitios, asaltos ni batallas; arremeter peleando, ordinaria cosa es; empero, sin pelear, subir, donde para cada hombre habia cuarenta mosquetes de puntería, y esto, sin empacho ni cobardía, ántes con desembarazo y despejo de ánimo y con porfía cuál habia de subir primero; no sé qué hazaña se puede comparar á ésta, ni de qué nacion se escribe: pues sóla la española, podia con su audacia osar á oponerse y vencer cosa tan fuera de la naturaleza de la guerra y del ódio mortal de los rebeldes. Envió el Archiduque al Conde Federico de Vergas con un trozo de ejército de hasta 7.000 infantes y 3.000 caballos á poner sitio á los amotinados de Hochstrate, con ánimo de acabarlos y consumirlos, como se lo habia avisado el Rey católico; más ellos, confederándose con el Conde Mauricio y pidiéndole socorro, hizo que no se consiguiese la empresa, por no haber llegado de Italia D. Íñigo de Borja con un tercio de infantería española, ni Fr. Lelio Brancacio con otro de italianos; de aquí pasó el Mauricio con aquel su antiguo deseo y codicia á sitiar á Bolduque, con pretexto de enfrenar y meter en sujecion el ducado de Brabante; acuartelóse y púsose sobre ella; empero, pasó tan aprisa sobre él el Conde Federico, y asentó su campo por la parte alta del Monte y Grave, que aunque se habia cerrado por todas con trincheras, ocupando los pantanos; viendo que por allí no le habia sido posible, por habérselo impedido con tanta brevedad el ejército del Rey, perdió la esperanza de conseguir faccion, ni ponerla en estado de llevársela; no querian los burgueses ni el Magistrado admitir guarnicion, para lo cual, pasó en persona el Archiduque á Bolduque, y habiendo ántes, sobre ocupar algunos puestos, entre fieles é infieles algunos reencuentros, viendo que el enemigo estaba opulento y fortificado en lugares considerables, hizo entrar una noche en la villa 5.000 infantes con municiones y vituallas, y ordenó al Magistrado, proponiéndole la importancia de la plaza, que los admitiesen; lo cual

hubieron de hacer, levantando un fuerte por la parte de Grave, pegado á la villa; con que Mauricio, viendo por horas crecer las dificultades de expugnar la tierra, y que estaba poderosamente guarnecida y socorrida de todo lo necesario, á fin de Octubre levantó el sitio y se retiró; con lo cual, S. A., dejando la villa reparada y con buenas fortificaciones, volvió á Bruselas, repartiendo la gente, parte en Ostende y parte en otros alojamientos.

Porfiaban los amotinados todavía en su ceguedad y obstinacion, amparándose del enemigo y peleando contra nosotros debajo de sus banderas, pedian á Mauricio que le darian á Hochstrate, y que él les diese á Grave, prometiendo de restituirla en siendo acordados y pagados del Archiduque; no abrazaba Mauricio el concierto, pareciéndole no poner en aventura prenda tan recientemente ganada y tan escogida; con este pretexto pasaron cerca de Colonia, y ocuparon el fuerte de Carpen y la villa de Erquelens, en Geldres, haciéndose contribuir de todos aquellos villajes. Porfiábase todavía en Ostende con obstinacion, haciéndose por el ingeniero Targon y D. Joan de Médicis raras y extraordinarias invenciones, por cerrar el canal que corre entre la villa y la tierra; empero, los enemigos con la artillería y la mar con sus crecientes y resacas, lo desbarataban todo, sin dejar poner nada en efecto; con lo cual, viendo las dificultades que cada dia se dejaban considerar, y las que por momentos se recrecian en la expugnacion de la plaza, dió el cargo del sitio el Archiduque al Marqués Spínola, con 60.000 escudos cada mes para las pagas y socorros de la gente de guerra, municiones y vitualllas, que desde allí adelante habian de correr por su cuenta; atendió, pues, el Marqués, incansable en todos trabajos, en la expugnacion de la plaza, y aunque las máquinas de Targon, hasta allí habian sido inútiles, todavia le pareció cosa razonable volverlas á probar, y así, le mandó que hiciese una flota de setenta piés de largo, la cual era de toneles fuertemente ligados unos con otros, y que se encaminase á la punta del dique del Conde de Buque, y que Pompeo Justiniano, su

Sargento mayor, con gente la fortificase por las espaldas y la fuese levantando; hízose así, y en pocos dias se puso tan alta como el dique, donde se plantaron algunas piezas, con que se tiraba á las barcas que metian el socorro y hacian que se perseverasé tanto en el sitio y en su obstinacion los sitiados; y así se procuraba cuanto era posible impedir este socorro, que era el tema á que todos estos ingenios y invenciones se encaminaban; porque dado caso que esto no se impidiese, todo el trabajo era vano y infructuoso; á esta máquina encaminaron los de la villa, reconociendo el daño que se les seguia, no dejándola pasar adelante, piezas de artillería, con que la batian de dia y de noche; adelantábase la máquina no obstante, y contra ella se arrojaban infinitas balas de fuego artificiales, que con su violencia, y el aire fresco que por instantes corre en aquella ribera, ardia la obra de manera que con dificultad se podia matar; arremetian nuestros españoles sin embargo á quitar el fuego, de que siendo quemados muchos dellos y heridos de la artillería, perecian en la faccion; mas el valor hacia osar á los más advertidos, con que finalmente se mató el fuego; hizo el Marqués Spínola caminar al Maestre de Campo, Catriz, con sus walones por un dique viejo que iba á la punta de un rebellin, á la media luna que el enemigo tenia por guarda de la estrada encubierta, fortísima de todas maneras, por sus traveses y por el foso que inundaba el mayor canal; y que los españoles levantasen otro dique y caminasen con él á la punta del caballero de la mar, que era la mayor fortificacion que el enemigo tenia; de esta manera y con este afan se trabajaba sin admitir un punto de sosiego, dando calor á los ingenios y á las trazas para arrimárseles y quitarles el socorro, peleando con todos cuatro elementos; con la tierra, representándose en baterías, máquinas y defensas, y los nuestros por expugnarla; con el agua, pues cuando más se pensaba que con toneles, cuerdas, faginas, ruedas, árboles de navíos y otras cosas nunca alcanzadas del ingenio humano, se les cerraban los canales y se les arrimaban á los parapetos, y que ya se les tenia quitado el socorro por la industria del

Marqués y de Targon; la mar con sus avenidas, crecientes y tormentas, lo molia y desbarataba todo, y sin embargo, se porfiaba contra su soberbia, domeñándola, enfrenándola y haciéndola retirar con diques, exclusas y otros ardides; de suerte, que mal de su grado, aunque brava y incontrastable, la hacian obedecer los nuestros; con el aire, porque ayudaba á encender las máquinas, refrescar las tormentas, teniendo calidad para ambas cosas, buscándose remedios, no obstante, para templarle, y muchas veces echándosele al enemigo, con el fuego; porque en todas partes y á todas horas le hallaban en varias formas de ofender, y sin embargo, se rechazaba con valentía de nuestros Capitanes, de la plataforma, reductos y rebellines, con que no se perdia la esperanza de vencer con todas las naciones de la Europa, porque todas pretendian contrastar el valor y grandeza de España, haciendo debajo de las banderas infieles y rebeldes, guerra á la potencia invencible del Rey católico; empero, él desde el centro y corte de Castilla, alcanzaba con su brazo y su consejo á deshacer y desbaratar sus brios y pensamientos, y á todos juntos, él solo los ponia debajo de sus piés, cegándolos y destruyéndolos con la claridad y resplandor de sus rayos y virtudes, invocando siempre con pureza debida y observancia de preceptos el auxilio omnipotente de Dios, su fortaleza y su espada, y por instantes se mostraba victorioso sobre todas las naciones enemigas, y cuantas rodean la máquina universal del mundo, con que vivió siempre de unas y otras con respeto y admiracion, y reputado de todas maneras alta y generosamente en el concepto de los hombres; ganó, pues, el Maestre de Campo, Catriz, con el valor y asistencia del Marqués Spínola, con sus palabras, con el dinero que siempre tenia pronto para los soldados que trabajaban, la media luna; caminando incansablemente á ganar el rebellin verde de la estrada encubierta; las demas naciones caminaban con diques y fortificaciones á pegarse con los de la villa, á los cuales tiraban los enemigos, no sin miedo de que ya se les arrimaban mucho, y se adelantaban los nuestros en todo género de fortificaciones, desde las

cortinas, con piezas llenas de dados y balas de mosquete, sin dejar trabajar á los soldados, para lo cual se proveyó, que con hileras de cestones puestos delante, prosiguiesen en la obra, remedio que excusó que no pereciesen muchos en el trabajo; sin embargo, la porfía pudo tanto, que se arrimaron al caballero; apretaba el Marqués la dificultad haciéndoles otras contrabaterías, embocándoles las piezas y dejándoselas inútiles; arrojándoles fuegos artificiales, con que les abrasó mucha parte de la estrada encubierta, y caminábase de tal manera en la expugnacion, que á esta hora se entró en esperanza de ganar la plaza; arrimáronse borgoñones, walones y liegeses al rebellin verde, en cuya arremetida mataron al Maestre de Campo, Catriz, soldado de mucha estimacion; dió el Archiduque su tercio á René de Chalon; llegaron los italianos del tercio del caballero Melci al rebellin, llamado el Cangrejo, con que ya ambos rebellines eran de los nuestros, y aunque el enemigo los habia cortado, sin embargo, se les fueron llegando con la zapa, y se los acabaron de ganar, echándole de la estrada encubierta, con que se fortificó en ellos con mucha y muy gruesa artillería, y se batió por frente el gran caballero, los traveses y defensas, y se aprestaron para pasar el foso.

Avisaron los de Ostende á Holanda el aprieto grande en que por momentos se hallaban, el teson de los sitiadores, y como á toda priesa se les iban arrimando y ganando los rebellines, y entrándoseles en el corazon, habiendo acertado por donde, sin duda, conseguirian victoria; avisaron ansimismo de la manera que de nuevo se habian fortificado en caso que perdiesen la muralla, los caballeros reales que de nuevo habian fabricado, la estrada encubierta y foso con su media luna y retirada, y que darian más en qué entender estas á los asaltadores que las primeras fortificaciones; sin embargo, avisaron que de la manera que el Marqués se iba calando por ellas, el cuidado y vigilancia de Cabos y Capitanes en pelear y expugnar, era de suerte que, sin duda ninguna, se perderia la plaza; que procurasen con todos los esfuerzos posibles socor-

ría, poniendo en sobresalto á todas las Provincias con máquinas y prevenciones de armas, para que con esta confusion se procurase divertir la gente católica; haciéndolos atender á muchas partes, y que no acertando á nada, aflojasen en el tesón del sitio y los hiciesen volver atras: enterados los de Holanda de todas estas cosas, entraron en acuerdo y resolvieron de socorrer á Ostende por cuantos modos y maneras se pudiese: avisado de esto el Marqués Spínola, lo hiso saber al Archiduque, para que á toda priesa le socorriese con gente, hallándose muy fallido della, por la mucha que cada dia le mataban; dejábanse ya sentir con esta pretension las prevenciones del enemigo por todos los confines católicos, creyendo cada uno que ya iba á dar sobre su casa, como lo avisó el Conde Herman, Gobernador de Geldres, y los Gobernadores de Bolduque, Hulst, el Sasso y hasta el magistrado de Amberes. El Archiduque, con el aviso de estos movimientos, no poco suspenso, y con alguna intermision, sin resolverse en nada, no queriendo desarmar una provincia por armar á la otra, no diese el enemigo sobre la que ménos se pensaba; mandó que toda la gente conservase sus guarniciones; empero, con tal aviso, que todos estuviesen prestos y armados para salir á donde les llamase la caja; por otra parte, el Marqués, que en breves dias mostraba ya designios de gran Capitan, se desvelaba y hacia todo lo posible por penetrar el designio de holandeses con espias y otras cautelas, á costa de mucho dinero, que siempre tenia pronto para tales asechanzas, y así no se pudo encubrir, porque luego á la hora corrió fama que con poderosa armada y ejército numeroso pretendia desembarcar en Flandes, y por mar y tierra socorrer á Ostende, y obligar al Marqués á levantar el sitio: el Marqués, que por todos caminos se preciaba de cuidadoso, parte en la cual consiste la esencia de las cosas y el verdadero y mejor fin dellas, con brevedad avisó al Gobernador de la Exclusa y á los fuertes de San Jorge y Blanquembergue, para que con toda diligencia tuviesen sus centinelas en las torres de la villa y en lo alto de las dunas, para que luego que descubriesen la armada

avisasen; que Pompeo Justiniano desde el cuartel de Bredene estuviese á punto con 1.000 infantes y 400 caballos para que luego que sintiese acostarse el enemigo á la ribera, le estorbase el tomar tierra, y le llamase para darle socorro; que el Capitan Bótbergue, con la caballería de aquel cuartel, de dia y de noche corriese la costa y diese aviso de cualquier accidente. El Mauricio, pues, por desmentir las espias y divertir de la presuncion á los nuestros, sobre la ida de Flandes, torció los designios por entónces, y pasó á tentar á Mastricht, avisado de la poca guarnicion que tenia la villa, y queriéndola entrar por escalada con 4.000 infantes y 2.000 caballos; cubierto con el silencio y oscuridad de la noche, Mr. de Uberge, Gobernador de la plaza, valiente y experimentado soldado, y que no le divertia el sueño, poniendo su gente por las murallas y en órden toda su artillería, tirándole algunos cañonazos, le hizo volver y desistir de la empresa; con lo cual, tomando la derrota derecha, juntas todas sus fuerzas, á 20 de Abril del año que sigue de 1604, se embarcó en 600 bajeles grandes y pequeños, en que llevaba 14.000 infantes y pasados de 3.000 caballos; y navegando hácia la provincia de Flandes, en breves dias dió vista al canal de Ulisingos, desde donde fueron descubiertos por la gente de á caballo que corria la marina; fué avisado Pompeo Justiniano, el cual, luego á la hora, se aprestó con la gente que se le habia señalado y con cantidad de municiones y vituallas; marchó la vuelta de Blanquembergue, avisó al Marqués Spínola, enviando sus corredores delante por la lengua del agua y por lo alto de las dunas, de que el enemigo se habia afrontado con 200 bajeles á la boca del canal de la Exclusa, y que de Ulisingos iban saliendo más por momentos, de suerte, que pasaban de 400; corrió la fama por todos aquellos fuertes de la llegada del enemigo, con que Justiniano caminó al de San Jorge con intento de no dejarlos tomar tierra; halló allí á Aurelio Spínola, con las galeras, que poniéndose á la boca del puerto habia tirado con la artillería algunos balazos á la armada, y recibido algunos della sin ofensa, y avisó de que habia pasado

Mauricio á la isla de Casante, y echando en ella todo su ejército, habia tomado los fuertes que tiene allí el Archiduque; que los bajeles no tenian más gente que la de mar, de donde se inferia que queria entrar con la marea en el canal y por la parte de Casante, embarcar la infantería y caballería, y caminar á Blanquembergue, y por tierra socorrer á Ostende. Reforzó Justiniano, previniendo todos los inconvenientes que se ofrecian; el reducto de Santa Ana con 200 hombres, que está entre el fuerte de San Jorge y la Exclusa, enfrente del villaje de Casante, donde la isla toma el nombre; á esta hora, con la creciente comenzaron á entrar los bajeles por el canal, y dieron fondo enfrente del villaje, donde á toda diligencia llegó por tierra Mauricio con todo el ejército, el cual hizo embarcar, sin que fuese posible estorbárselo del fuerte de San Jorge, por más que se le tiró con la artillería, en algunas charruas de guerra bien artilladas y dos galeras y veinte pontones grandes, capaz cada uno de 300 hombres, entre cantidad de chalupas y barcas pequeñas para municiones y víveres, que todos pasaban de 300; pretendia estorbárselo Justiniano ocupando un puesto detras de un dique que hacia frente al enemigo, y hallándose con poca gente para llevar adelante su intento, valiéndose de los ardides de soldado, y para que el enemigo no desembarcase, tenerle dudoso y suspenso; ordenó á los atambores, que media legua más arriba viniesen tocando á marchar, y á la gente de guerra, arcabuceros y piqueros, que encendiesen tres y cuatro cabos de cuerda, y subidos en los diques, se esparciesen y ensanchasen, dando á entender al enemigo que le venia grande ejército de socorro, con que le tuvo suspenso toda la noche; socorrióle el Marqués con 4.000 infantes y dos piezas de artillería, encargándole con todas veras atendiese á la faccion, y á no dejar al Mauricio poner los piés en la tierra, y que en caso que no pudiese por excederle en fuerzas, metiese 500 hombres en la Exclusa, y con los demas se retirase á Blanquembergue y la defendiese; al subir de la marea embarcó el enemigo la gente en 20 pontones; de suerte, que de una vez podia echar 6.000 soldados en

tierra; y en esta manera lo iba haciendo; y con seis piezas de artillería, deseando abrir camino, comenzó á batir el reducto de Santa Ana, arrimándole tambien la artillería de la armada, con que le comenzó á moler, penetrándole las balas de una parte á otra, destrozando la gente. Queria desampararle el Capitan walon, mas Justiniano le animó á que no lo hiciese, acordándole que importaba al servicio del Rey; que ántes muriese en la demanda, porque en su defensa consistia la vida de la empresa: murió el Capitan obedeciendo como buen soldado, y socorrió el reducto Justiniano con 200 italianos debajo de los Capitanes Angelo Melgar y Octavio Mazin, y con la artillería y con la de las galeras de Aurelio Spínola dió tal batería á los bajeles de Holanda, que sobreviniéndoles á esta hora la menguante de la marea, con pérdida de algunos dellos, le estorbó que no desembarcase, con que volvió á sacar la gente de los pontones; hacia el Marqués todo lo posible porque el enemigo no desembarcase; la competencia entre él y D. Luis de Velasco, sobre la órden que llevaba del Archiduque para que le entregase la gente para impedir la desembarcacion al Mauricio, hizo, que no dándosela el uno y no aceptando el otro la que se le daba, pasase al puerto de Coxsic, y en baja mar, cubierto de la noche, en pontones y fragatas desembarcó 400 hombres, y á 1.º de Mayo, no hallando en él más que 30 soldados nuestros, que le desampararon, le ocupó y se fortaleció en el canal, haciendo pasar sobre él 5.000 infantes, con que se comenzó á asegurar en la desembarcacion de todo el ejército católico.

Habia de haber, Mateo Serrano, Gobernador de la Exclusa, ocupado ántes este puesto con 300 infantes, que para ello habia pedido y se le habian dado, defendiendo con toda puntualidad y brio que no tomase tierra el Mauricio, descuido en que totalmente consistió la pérdida de la plaza y de las importantes de todo aquel país: á esta sazon, los amotinados de Grave, valiéndose de la oportunidad del tiempo y de la diversion de nuestro ejército, ocupado en oponerse al del enemigo y en el sitio de Ostende, acompañados con gente de

Holanda, pasaron corriendo la vuelta de Firlimont, pretendiendo entrarla; opúsoseles gallardamente el Conde Federico de Vergas, con que desistieron, con pérdida de gente y reputacion, del intento; de allí marcharon poniendo fuego á una abadía que estaba en el Burgo, y corrieron hasta Bruselas; presentándose á la vista de las murallas, quemaron y talaron algunas casas y sembrados desde allí hasta Mons de Nau; con que el Archiduque resolvió en tomar asiento con ellos, dándoles á Ruremunda entre tanto que se les pagaba, y en rehenes á D. Pedro Giron, Duque de Osuna; al Conde de Fontenoi, y á D. Alfonso de Ávalos; con que se puso por entónces treguas á los movimientos y rebeldía de esta gente, de peor condicion y natural que holandeses: habiendo, pues, desembarcado Mauricio, fabricó un puente en el canal que está entre Coxsic y Casante, dando órden que pasase gente de la otra parte del dique que va al fuerte de Santa Catalina, que guardaba Agustin de Herrera; el cual, echado de allí con una continua batería de diez piezas, acabó todo el ejército del enemigo de desembarcar, marchando con él la vuelta de Isendicque, ocupando de camino los reductos de San Felipe y Santa Catalina, ni fuertes ni de consideracion: cuidadoso el Archiduque de la plaza de la Exclusa, hizo pasar á ella á D. Luis de Velasco con el regimiento de alemanes de Luzemburgue, en el cual se incluian 1.500 soldados; hizo fortificar el puerto de Santa Ana acabando el trincheron que Justiniano habia comenzado, con sus reductos y medias lunas, que le hacian través, enviando á Ardemburg el regimiento de Luzemburgue, con órden que se fortificase, dándole lo necesario para ello, con lo cual levantó un fuerte sobre la ribera que va de Dame á la Exclusa. Batió Mauricio á esta hora á Isendique diez dias continuos, de suerte, que con condiciones honradas hizo que se le rindiese; fortificóle, y pasó á Ardemburg y consiguióle con brevedad y sin resistencia; la gente que habia en él se recogió á Dame, sobre la cual llegó D. Luis de Velasco y el Conde Tribulcio con la caballería y los Maestres de Campo Brancazio y Mr. de Archicourt con sus tercios, y el Conde de Barlaimont con su regi-

miento de alemanes y otros 1.500 infantes españoles y walones que enviaba el Marqués Spinola, que todos llegaban á 5.000 infantes y 1.500 caballos: reconoció el puente del enemigo, y con toda diligencia levantó un fuerte allí cerca; viendo Mauricio, que D. Luis de Velasco pretendia impedirle el paso, revolvió sobre él, haciendo alto con la vanguardia, en tanto que llegaba lo restante de su ejército; y afrontóse con D. Luis, el cual, con la poca parte de ejército que tenia, deseoso de mostrarse y hacer algo en ocasion tan apretada y con enemigo á la vista, tan pujante y numeroso; sacando algunas mangas de mosquetería y algunas compañías de caballos, arremetió á escaramuzar con él, el cual se le presentó en escuadrones gruesos y formados; entretúvose D. Luis peleando con él por espacio de una hora, con aquel valor y valentía que en todas ocasiones habia mostrado y con el que tenia de prudente Capitan; la grandeza del ejército enemigo, no tan dichosamente como él quisiera, le obligó á retirarse un cuarto de legua de Dame, cerca de la Exclusa, dejando entre él y el enemigo el canal; avisó á Justiniano, que del fuerte de Santa Ana se viniese á juntar con él con toda la gente que tenia; el Gobernador de la Exclusa, á esta sazon, pidió más gente, al cual se le socorrió con otros 300 soldados; y Justiniano, con órden de D. Luis de Velasco, pasó á la parte donde el canal se esguaza, levantando un trincheron á lo largo del dique para cubrir la gente: proseguia Mauricio la felicidad de su fortuna, y en baja mar se encamino la vuelta del esguazo con la mayor parte de su ejército; halló los católicos de la otra parte, recogidos y atrincherados; intentó escaramuzar con ellos, lo cual, haciéndolo con tibieza; rehusando el acometer el paso, se puso en la retirada, y D. Luis pasó á Dame la gente católica, con cuidado de los designios del enemigo; á esta hora llegaron 800 soldados que enviaba el Marqués Spínola, avisando á D. Luis; que si era menester más gente se la daria y pasaria en persona á ser su soldado, y para estar más pronto á cualquiera accidente se habia llegado á la abadía de Audemburgue, entre Brujas y Ostende, para estar á su

órden; llegó allí el Marqués, y fortificóle con puesto tan capaz de cubrir un ejército en caso que Mauricio llegase á aquel paraje con pretexto de socorrer á Ostende. D. Luis ordenó á Justiniano que con la gente que tenia á su cargo pasase al esguazo de la cortadura, porque su recelo era que por allí habia de abrir puerta el enemigo á sus designios, y que allí se fortificase, y como buen soldado se le opusiese; hizo ansimismo reconocer el diseño del enemigo á uno de sus Capitanes, el cual, pasando animosamente por sus cuarteles y centinelas, con brevedad volvió y le dijo que Mauricio se disponia á marchar la vuelta de Exclusa con número superior de gente y artillería; dióse prisa D. Luis y Justiniano á llegar, mas él esguazó primero y tomó el reducto de Santa Ana, donde hizo alto esperando que acabase de pasar todo el ejército y bagaje; lo cual, concluido, se arrimó al fuerte de San Jorge, y abriéndole trincheras se fortificó y aseguró con toda diligencia en caso que el ejército católico le quisiese acometer; á esta sazon llamó el Archiduque á D. Luis de Velasco, desde Gante, que muchas veces miramos más por el pundonor de la competencia que por el servicio del Rey, punto que ha descaecido mucho los grandes progresos que con felicidad han procurado encaminar los Príncipes del País Bajo; que si esto y los motines se hubieran excusado, no sabemos si tuviera hoy el Rey católico enemigos en Holanda; llamóle, como digo, y encomendó al Marqués Spínola el manejo de la gente de guerra; distribuyóla con cuidado por todas aquellas plazas á hora que el Gobernador de la Exclusa le avisó; que el enemigo habia hecho entrar en el canal toda su armada, y echado en él un puente para la isla de Casante; que se fortificaba en la cortadura de Dame, en todos aquellos puestos fuertes y reductos; que apretaba con brio y furor el fuerte de San Jorge, y que conseguido, le veia con intento de sitiar la Exclusa; que le enviase gente; con lo cual, el Marqués le envió 300 soldados, que por el país anegado entraron en la villa; cuidadoso el Archiduque de asistir á todo, salió de Gante para Brujas, donde llegó el Marqués para darle cuenta del estado de las

cosas, con lo cual, y advertido de todo, le ordenó que metiese en la Exclusa 3.000 soldados, que el Gobernador le avisaba los habia menester, los cuales llevó á la hora Justiniano; y el Marqués pasó á Ostende á dar calor al sitio, en tanto que llegaban las guarniciones de Geldres, Bolduque y los hombres de armas con los amotinados de Ruremunda, que el Archiduque habia mandado á llamar, y 1.500 liegeses que habia levantado el Coronel Jacobo, número con que pensaba hacer rastro al denuedo del enemigo, continuar el sitio y desalojarle de los contornos de la Exclusa.

Prosiguió el Mauricio con el discurso de su jornada, y arrimándose con las trincheras al fuerte de San Jorge, ántes de plantarle la artillería se le rindió, cosa que el Archiduque castigó severamente; con lo que pasó á sitiar la Exclusa, fortificando todos los puestos por donde podia ser socorrida, rodeando con trincheras, fuertes y reductos espacio de cinco leguas, aprovechando los pantanos y canales que le fueron de grande utilidad para cerrarse sobre la plaza; á este tiempo, en Ostende, ya los españoles habian arrimádose al rebellin de la villa, que les tocaba, con que se habian ganado todos tres; voláronse dos minas y vinieron al asalto, degollando la gente que habia en él, y ocupando la estrada encubierta; faccion que les hizo confiar, sin duda ninguna, del fin de la victoria; fueron caminando los españoles, y arrimáronse al foso del caballero del Monte, que era el mayor y más fuerte, y á este ejemplo, los italianos y walones por sus puestos, no habiéndolo podido hacer ántes por el través que les hacia el Puercoespin, que este era el nombre del rebellin que habian ganado los españoles; habiéndose, pues, calado los walones por el foso, hicieron una mina real al caballero de la Iglesia; voláronla, y habiendo hecho grande abertura, cuando arremetieron á dar el asalto, le hallaron cortado por medio, y en la otra parte fortificado al enemigo; alojáronse encima, sin embargo, arrimándose con la zapa á sus mismas fortificaciones, aprestando algunas piezas para batir la villa, y los sitiados diez para contra la plataforma, que estuvo á pique de des-

hacerse, si con tiempo no se acudiera al remedio y al de la artillería, que por algunos dias quedó maltratada: pedia el Gobernador de la Exclusa al Archiduque 2.000 soldados, municiones y instrumentos de gastadores, y que S. A. ocupase ó lo ordenase así los puestos más considerables fuera de la tierra; envióselo luego al punto con escolta de 1.000 caballos, que llevó Justiniano, con que se le metieron las municiones, llevando cada infante un saco de pólvora, una zapa y pala en la mano, con que dijo el Gobernador; y lo hizo saber al Archiduque, que perdiese el cuidado de que el enemigo tomase la plaza por su fortaleza y sitio inexpugnable, y por tener más de 4.000 hombres para su defensa; empero, como el guerrear consta de tantas cosas, y sobre todas el cuidado del alimento, sin el cual es poner al trance todo lo demas y la plaza más considerable; no advirtió el Gobernador que este era el principal socorro y esperanza más esencial de conservarse en ella, y que á toda prisa la gente que le habia entrado se los iba consumiendo; hizo exámen de los que tenia, y hallando que apénas tendria para todo un mes, hizo recuerdo al Archiduque para que se las enviase, y algunas municiones más; S. A. le avisó que para el dia siguiente, y al bajar de la marea sacase 2.000 infantes con la chusma de las galeras y la gente inútil de la tierra al paso de Terverde, al principio del país anegado, y que allí hallaria lo que pedia; era lo que se habia prevenido, 4.000 saquillos de pólvora y otros tantos de harina, que el Marqués Spínola habia conducido desde Ostende con 2.000 infantes y 1.500 caballos á cargo de Justiniano, y que despues de haberla entregado en el paraje señalado, retirase á Brujas la gente inútil; llegó Justiniano con las municiones y vituallas á tiempo que la gente de la Exclusa aún no habia salido para recibirlas; con que se armó el enemigo, y con muchas tropas de caballería, salió de los cuarteles para tomarlas, con que se hubieron de retirar todas por no ponerlas en contingencia de que el enemigo se aprovechase dellas: seguidos, pues, del enemigo hasta Dame, con contínuas escaramuzas, echando la harina en el agua, estando ya el dia muy

adelante se volvieron ambos ejércitos á sus cuarteles sin haber metido municiones ni vituallas en la Excluse, daño que aún hoy dia se gime; porque fué causa que se perdiese una de las plazas importantes y de consideracion que ántes tenian las provincias obedientes; avisaba, sin embargo, el Gobernador al Archiduque del estado en que se hallaba, de las muchas y grandes fortificaciones del enemigo, y como estaba ya cerrado por todas partes, y tan ceñido, que era imposible ni entrar ni salir; la falta de bastimentos que tenia, y como apénas los podria adelantar ó entretener diez dias, que si dentro de este tiempo no le socorria S. A., dudaba en el poder defenderse ni conservar la plaza; el Archiduque, que ya estaba enterado de todo, y con deseo notable de proveer la necesidad, habiéndole llegado la gente que esperaba de las guarniciones, aunque los amotinados, persistiendo todavia en su infidelidad por los tratados que tenian hechos con Mauricio, de no servir debajo de las banderas católicas hasta cierto tiempo; no obstante, llamó al Marqués Spínola y le ordenó, que con su diligencia y cuidado fuese á socorrer la Exclusa; excusábase el Marqués diciendo que haria falta su persona al sitio de Ostende, y que seria atrasar notablemente la empresa, que caminaba con toda felicidad y fortuna á concluirse; habiéndose arrimado á la plaza, no sin grande trabajo, las naciones española, italiana y walona, y ganádoles los tres reductos con que hasta allí los enemigos se habian hecho fuertes, no estándolo tanto de allí adelante, ántes con mucha desconfianza de sustentarse; que para faccion tan árdua como socorrer la Exclusa, en caso que estaba tan poderosamente sitiada y con enemigo tan bien armado y con ejército tan numeroso, él tenia muy poca experiencia; que S. A. tenia soldados de relevante opinion y de noticia larga y envejecida, á quien podia encargar la empresa y salir con ella mejor que él: no admitió el Archiduque las excusas, y así, le volvió á apretar más en el caso; diciéndole, que importaba al servicio del Rey y suyo, que no lo rehusase: visto lo cual, el Marqués se dispuso á obedecer, y sacando de Ostende la gente que pudo, encargando

á la demas que no cesase en la expugnacion, ántes que procediesen con mayor brio y diligencia, y pasasen adelante; suplicó al Archiduque, que para proceder con más tiento y aviso en lo que se le encomendaba, le diese algunos de su Consejo para gobernarse por ellos en las cosas dificultosas de la jornada, y para resolver con su prudencia lo que se ofreciese; para lo cual le dió el Archiduque al Maestre de campo Joan de Rivas, al Conde de Buoue y á D. Fernando Giron; salió, pues, el Marqués con 10 piezas de artillería, municiones y pertrechos, y haciendo muestra en Brujas de la gente que tenia, halló que se le habian juntado 6.000 infantes y 2.000 caballos; con esta gente, á toda diligencia, pasó la vuelta de la ribera, donde con el primer socorro se retiró Justiniano, y echando un puente, marchó á Terverde y enseñoreóse del castillo de Middelburg, donde hizo alto para tomar consejo en lo que se habia de hacer, porque tenia de través á Ardemburg, puesto á cuarto de legua y presidiado valientemente del enemigo, y así, era menester estar con cuidado; encomendó la vanguardia al Maestre de Campo D. Álvaro Suarez, siguiéndole el Marqués con lo restante del ejército, y acampóse á la vista de Terverde; reconocióle, y halló fabricado un fuerte artillado y bien guarnecido de infantería; fortificóse al opósito dél, dando el cargo de las trincheras á Don Fernando Giron, que comenzó á caminar con ellas con 2.000 infantes; reconoció las demas fortificaciones, y hallólas tales, y tan bravamente rehechas y guarnecidas, que desconfió de la faccion y de poder socorrer la Excluse. Visto por Mauricio la llegada del campo católico, y lo mucho que se le habia arrimado á las defensas, tiraba sin descansar con la artillería, ofendiendo y defendiéndose; bien veia el Marqués que se habia arrimado con más bizarría de lo que convenia al enemigo; el trance y conflicto grande en que se hallaba; pero los inaccesibles inconvenientes de la empresa le hacian exceder de la prudencia y templanza en que debe mantenerse un buen Capitan; discurriendo que si se retiraba algo no estaba seguro de la artillería y desamparaba las trincheras,

cosa que, si salia el enemigo, como estaba tan ventajoso en gente, le podia romper; por aquí tambien le pareció que se defenderia más tiempo el fuerte de aquel, que podria conservarse la Exclusa, y así, que era vano todo su trabajo; con lo cual resolvió, que luego que llegasen los amotinados, marchar la vuelta de San Felipe, y calarse por la isla de Casante, por la parte que se esguaza el canal y socorrer la plaza; hizo reconocer el cuartel, á tiempo que se vinieron á rendir al Marqués dos del campo enemigo, soldados italianos que en otro tiempo habian servido al Rey; los cuales le dijeron guiarian al Conde Tribulcio por la parte de Santa Ana, que era la ménos fuerte del enemigo, que le meterian en el cuartel, y podria, sin duda ninguna, socorrer la plaza, por estar las fortificaciones, ni altas ni bien guardadas; y aunque le pareció no fiarse de estos, la necesidad le hizo probar fortuna; y así, envió al Conde Tribulcio con 2.000 infantes y 1.000 caballos para que hiciese experiencia, que muchas veces la desesperacion las hace probar todas, aunque sean aquellas que conocidamente vemos nos engañan ó son totalmente encontradas á la buena direccion; partió, pues, el Tribulcio, quedándose el Marqués con lo restante del ejército, para socorrerle y acudirle en habiendo entrado; y llegando á las trincheras, las halló tan altas, guarnecidas y bien guardadas, que viendo no habia sido el aviso con la legalidad que se pensó, le fué fuerza retirarse, creyendo que habia sido todo engaño, y que no era bien comenzar á aventurarse perdiendo, porque no se conseguiria socorrer la Exclusa si se caía en nuevas dificultades, y más en ocasion que las habia tan inaccesibles en este paraje y de desconfianza; se entretuvo el Marqués algunos dias esperando los amotinados, con los cuales pensaba acometer la isla de Casante por el fuerte de San Felipe; llegaron finalmente, y siguió su derrota, creyendo por allí facilitar con algunas esperanzas la empresa; mandó marchar la vanguardia con inviolable silencio, dejando encendidos muchos fuegos para deslumbrar al enemigo y hacerle creer que no se levantaba el campo, y encaminóse la vuelta del esgua-

zo, que está entre los fuertes de Santa Catalina y San Felipe; empero, como la noche era tan corta, por ser casi en el medio del verano, y las dificultades del camino, por ser estrecho, tan grandes, no se pudo llegar tan á tiempo que no fueran descubiertos con el dia; recreciéndoseles otra dificultad como la subida de la marea, que ya habia comenzado á henchir; sin embargo, le pareció al Marqués pasar adelante y arriesgarse á todo lo posible, animando á los suyos, y diciéndoles que en las dificultades consiste la gloria del intento y se consigue la verdadera honra y reputacion; con lo cual dió órden que se diese el asalto al fuerte de Santa Catalina, que á los primeros golpes de cañon se le rindió; luego pasó con este calor á la isla de Casante, ganando la trinchera que allí tenia hecha el enemigo; prosiguió con esto á tomar otra fortificacion, que estaba en un paso por donde se habia de entrar en la Exclusa, á tiempo que con el aviso de su llegada la tenia ya Mauricio guarnecido de mucha gente, y él puesto al opósito con todo lo restante del ejército, hácia el cual iba marchando á toda diligencia; comenzaba á esta hora el Marqués á dar el asalto á aquél puesto, y con la venida de Mauricio y su gente fresca y descansada, viendo que no le podia acometer si no es por la frente, y esta, fortísima de todas maneras, aunque los soldados peleaban con todo ardor y valentía; las fuerzas contrarias eran tan ventajosas á las nuestras, que obligó al Marqués á retirarse ántes que perderse, siendo los ejércitos en número tan desiguales, que el nuestro no llegaba á 8.000 soldados, y el suyo pasaba de 20.000; perdió el Marqués en el asalto 400 hombres escogidos, gente lucida y de consideracion; murió el Marqués de Renti, caballero nobilísimo entre todas las familias de los Países Bajos, y de no menores esperanzas, D. Felipe de Tasis, Veedor general de este pedazo de ejército, y otros muchos Capitanes, Alféreces y Sargentos; salieron heridos casi otros 400, y entre ellos, D. Íñigo de Borja, de un mosquetazo; sin embargo, por hacer todo cuanto podia la industria y potencia humana, y llegar á la última desesperacion; esperó el Marqués á la frente del

enemigo dos dias, en los cuales tomó el fuerte de San Felipe, que se le rindió, dejándole las banderas y las armas; no dejó de perder Mauricio en la faccion mucha gente, tanto, que temió que le habian de socorrer la plaza; pues dijo despues de la retirada del asalto, que despues que gobernaba ejércitos nunca habia visto pelear nuestra gente, ni con tanta resolucion ni coraje, ni apretar tanto los puños á la nacion española, y que pocas veces se habia visto con tanto cuidado: infelicidad de la division de nuestras fuerzas con el sitio de Ostende y de la Exclusa, la cual se hallaba á esta hora en la última miseria y necesidad, tanto, que no tenian ya bastimentos para sustentarse más de un dia, habiendo comido hasta allí á seis onzas de pan por soldado, y tan malo y asqueroso, que no lo podian pasar, valiéndose ántes de las yerbas del campo y del sebo que espalmaban de las galeras; con lo cual, el Gobernador y los demas Cabos y Oficiales, pareciéndoles que era desesperacion morir de hambre, llamaron para rendirse, concediéndoles todos los partidos que quisieron escoger de honra y utilidad; con lo cual, á 20 de Agosto, salieron con armas, banderas tendidas y bagaje, tocando las cajas y cuerdas encendidas; honores que les concedió Mauricio, y les concediera otros muchos porque le rindieran la plaza: fué una de las importantes pérdidas que de muchos años acá han sucedido en los Estados de Flandes por su fortaleza, sitio y puesto; descuido grande del Gobernador, pues cuando pidió gente debia atender á rehacerse de vituallas, punto esencial en que consistia la conservacion, la esperanza y la defensa, y el hacer morir allí al enemigo; y descuido tambien del que debiendo cuidar si las tenia, no preguntárselo y remediarlo á tiempo, de suerte que se salvára la plaza; que no corren cosas tan verdaderamente forzosas, desprevenirlas por los que gobiernan acá, por el cuidado del Rey católico, ni á sus Ministros; ni pueden antever las competencias de unos Capitanes con otros cuando se van á hacer las facciones, siendo tan larga la carrera de tierras y provincias que lo embarazan; ni la oposicion de un General con otro, para im-

pedirla: que se perdiese Rimbergue por estar en lo más alto de las provincias, y no ser posible por estar tan á las puertas del enemigo socorrerla á tiempo, parece que se puede tolerar; mas no que se pierda Grave por no seguirle teniéndole entre las manos, y por descuido de vituallas la Exclusa, pudiendo metérselas con tiempo: habiendo entendido, pues, el Marqués Spínola la pérdida de la plaza, no sin grave sentimiento suyo, del ejército y de todo el país, por su asiento y fortaleza, desmanteló los fuertes de Santa Catalina y San Felipe, y partió á Dame, donde recogió la gente de la Exclusa, que venia más en las manos de la muerte que de la vida, flacos, descoloridos y acabados; de suerte, que no habiendo desde la Exclusa á Dame más que dos horas de camino, murieron en él de consumidos y debilitados más de 60 soldados, y de esta manera otros muchos sin poder ya comer ni beber en lo restante del tiempo, habiendo padecido gravísimos trabajos, sin dejar perro ni animal en toda la tierra que no comiesen; extendiéndose esta miseria y calamidad hasta los niños, que habiendo faltado algunos, creyeron que habian pasado por este trance; perdiéronse 11 galeras armadas con 100 piezas de artillería: el Archiduque, resentido del suceso, caminó á Gante, dejando encomendado de nuevo al Marqués Spínola el sitio de Ostende y todo el ejército, no sin grandes desconfianzas de salir con él, por haber quedado Mauricio con las fuerzas de su campo tan enteras, poca pérdida de gente, victorioso y reforzado con otras mayores de nuevo de Francia y de Inglaterra; recelando por esto que podria pasar á Ostende y hacer levantar el sitio, con mucha pérdida nuestra, por estar la gente sumamente disminuida y cansada, y nada contenta, particularmente la caballería, que habia dado intencion de amotinarse, marchando los amotinados de Ruremunda á sus alojamientos sin querer esperar ni detenerse un dia, ántes amenazando, que si no les pagaban algunos meses que se les debian de su contribucion, que abririan las puertas á nueva sedicion, y á más, gente que andaba por juntárseles, cosa que no tendria dificultad, segun estaban todos de achacosos en este caso; motin el más perju-

dicial que desde los principios del Duque de Alba hasta hoy se ha visto en aquellas provincias, y que más atrasó los felicísimos sucesos de nuestras armas sobre las de los rebeldes, malogrado ocasiones y favorecido al enemigo en tiempo que fuera muy posible romperle el Archiduque sobre Bolduque, sin el daño intolerable de las correrias; saqueando los lugares, hasta las abadías; no perdonando las cosas sagradas, y otras crueldades, tales, cuales no las hicieran los mayores adversarios que ha tenido la Iglesia, preciándose de enemigos de Dios y de su Príncipe: recelándose de este inconveniente el Marqués Spínola, con deseo de dar alguna templanza á la insolencia y amenazas destos, y reducirlos á la obediencia, y que no la perdiesen los demas y se hiciese mayor el motin; buscó sobre su crédito grandes sumas de dinero por no bastar el de las provisiones ordinarias, y con ellas pagó lo que se debia á los amotinados, y dió á la caballería, de quien andaba receloso, dos pagas; prometiendo de dar á la infantería otras dos, acudiéndoles con algunos socorros puntualmente; con lo cual, toda la gente se alentó y mudó de semblante, y se restituyó al servicio del Rey; y el Marqués, aprovechándose del espíritu rejuvenecido de los soldados, envió parte dellos á Ostende, ordenando á los Cabos de las trincheras, que cada uno por su parte se adelantase y apretase el sitio; envió con la caballería al Conde Tribulcio á Blanquemberge, para que estuviese al opósito del enemigo y á frustrar en cuanto le fuese posible sus intentos, y que le avisase de todo; fortificó con la resta del ejército á Dame, dejándola á cargo del Conde de Bucue, y que resistiese el ímpetu y poder del adversario en caso que le quisiese acometer, atendiendo á Blanquemberge, si fuese sobre ella, juntándose con la guarnicion, y presentándole batalla si pasase á socorrer á Ostende; y si bien le desconfiaban muchos de esta empresa y le decian, que si el enemigo lo intentaba, estando tan superior en fuerzas, seria forzoso levantar el sitio por no tener suficiente ejército para oponérsele; respondia con ánimo de invencible Capitan: que esperaba en Dios no seria ansí, ántes, que pasaria adelante

con el sitio, le impediria el socorro y se le destrozaria, y en breve tiempo tomaria la villa; y para desvanecer aquella opinion, usando de su gallardía, liberalidad y diligencia, acudiendo á Dame y á Ostende, y otros á Blanquemberge, proveia en todas partes adelantando la expugnacion, fortaleciendo los puestos y lugares más convenientes con sagacidad y prudencia, cual en tan recientes principios jamás se pensó, imitando el espíritu y grandeza de ánimo de los más envejecidos en valor y experiencia que ha tenido por héroes la milicia; virtudes que hacian velar á los soldados, cuidar y atender á sus obligaciones, desear el mostrarse y verse con el enemigo; favoreciálos, finalmente, y alentábalos, haciendo curar á los heridos, asistiendo con el dinero, espíritu sin el cual es imposible adelantar la guerra, y asegurábalos con el premio, para que á su imitacion se animasen los otros y acudiesen ardientemente al servicio del Rey; socorria á los que trabajaban en las obras con una bolsa que traia siempre pronta á tales necesidades, dando á 10 y 12 escudos, con que se vencia el riesgo de no querer trabajar muchos, y sobraban todos en ellas, como lo hacia el invictísimo Duque de Parma cuando gobernó las armas y las Provincias: creció con esto la esperanza, y se encendieron los ánimos en la empresa de Ostende, y confiaron de allí adelante de salir con ella, á pesar de Mauricio, de las diligencias de Inglaterra y Francia y de cuantos enemigos, para mayor grandeza suya y vergüenza dellos tiene la monarquía española.

Necesario era recuperar las pérdidas pasadas con empresa, que si no en todo, al ménos en parte, tomase alguna satisfaccion de los sucesos del enemigo: Ostende, pues, plaza fortísima y de sitio por arte y naturaleza inexpugnable, y de casi cuatro años de asedio, sufrido con obstinacion y porfía de naciones enemigas y extranjeras por la rebeldía de Holanda, y que por conservarla contra la Majestad del Rey católico, que se dan más por emulacion que por grandeza de ánimo á militar debajo sus banderas; nuestros soldados, que deseosos tambien de adelantarse y no volver atrás, volviendo

sobre sí y sobre la reputacion pretendian ganar gloria y desempeñarla con bríos, ardor y valentía; trabajaban por pasar adelante en todo género de fortificacion y máquinas de expugnar; á esta imitacion los walones habian ganado ya dos medias lunas y los italianos otras dos, si bien cuando estaban fortificados sobre ellas las perdieron, siendo acometidos del enemigo; que tales accidentes sobresaltan por instantes el curso y progresos de la guerra y lo hacen volver atras. Hicieron, pues, los sitiados, en defensa de lo que cada dia iban perdiendo, por la parte de los italianos, una salida; y habiendo llegado hasta la artillería, fueron rechazados con mucha pérdida de los suyos, hasta encerrarlos en sus fortificaciones, y volaron un hornillo; con que volvieron á recuperar el puesto, que fortificaron mañosamente, si bien salió herido de un mosquetazo el Maestre de Campo Brancacio; habian los españoles por su parte ganado otra media luna, con pérdida del Capitan D. Francisco de Brizuela; arrimábanseles los enemigos, sin embargo, con minas y hornillos, con que volaron al Maestre de Campo Simon Antúnez, con 30 soldados suyos, que apénas escaparon cuatro con él; quiso satisfacerse del agravio el Maestre de Campo volándoles otra mina, y queriendo arremeter á darles el asalto; fué rempujado con otra, que en esta porfía se empleaban el ánimo y la fuerza de unos y de otros, desvelándose en hacerse mayores tiros; sin embargo, trabajaban los nuestros por ir ganando tierra, que se iba haciendo dedo á dedo; reconocia el Marqués todos los puestos de dia y de noche, sin admitir una hora de descanso, y habiendo visto que por el caballero que habian ganado los españoles se podia llegar al caballero de la mar, por estar el uno cerca del otro, y que ganándole, se podria tomar la Villa Vieja y quitar el socorro al enemigo; reconociendo tambien que para concluir esto los españoles, por guardar tantos puestos estaban divididos y que no podia encargarles la faccion; ordenó al Conde de Hevia, que con la gente de su regimiento los asistiese y acometiese la empresa; hiciéronlo así, y comenzando por una mina para hacer mejor

entrada, siendo todo el caballero de arena y cayendo sobre los que trabajaban, no surtió á efecto; con lo cual, resolvió de darles el asalto, y llevando la vanguardia, D. Francisco de Medina, Capitan del tercio de Simon Antúnez, arremetieron y ganaron el caballero, siendo el que se descubrió primero sobre las fortificaciones D. Francisco; degollaron á todo coraje la gente que habia en él y aseguráronle, conservándose con valor y denuedo; pasaron adelante y ganaron los alemanes el segundo: con pérdida notable de la gente del enemigo; pasaron á esta sazon los italianos el foso, y arrimándose al caballero de la nueva fortificacion, y con dos minas, arrojaron dél á los holandeses, enseñoreándole, si bien le hallaron cortado por medio con una retirada en la gola con foso y traveses; los españoles y walones, compitiendo gloriosamente unos con otros en adelantarse (gallarda emulacion de generosos espíritus), se hicieron dueños de la nueva fortificacion; por manera, que casi tuvieron la villa por suya; empero, los enemigos, no ociosos en el trabajo, se la sacaban de las manos haciendo nuevas retiradas y fortificaciones á prueba de cañon, con sus fosos, traveses y medias lunas. Apretaba el Marqués á las naciones, cuanto más crecian las dificultades á que arribasen, por llegar al fin deseado y al cumplimiento de la victoria, que por más qne persistiesen los enemigos no se les habia de ir de las manos; diciéndoles, que cada uno por su puesto trabajase por ganar las fortificaciones, que quien habia con tanto valor ganado las demas, era fuerza que saliesen bien de aquellas, y más, no siendo ni tantas ni tan fuertes como las pasadas, y que en el fin consistia la gloria del intento: con estas palabras se encendieron los ánimos, y estando ya los nuestros, por su audacia y gallardía, pegados con los enemigos, de suerte que se podian hablar y ver; los españoles, tirándoles algunos motes entre las balas les decian que se aparejasen para salir, pues la fuerza les habia de obligar á *hacello*, mal de su grado, cosa que ellos sentian amargamente; sin embargo de estar sumamente consumidos y deshechos, molidas y destrozadas casas y fortificaciones, sin

haber edificio que estuviese en pié, haciendo ya su morada debajo de la tierra, tanto que cuando se ganó quedó apénas el terreno, porque aún ese estaba taladrado con mil bocas y aberturas; á esta hora, Mauricio, avisado del estado miserable de la plaza, sacando fuerzas de flaqueza, como la vela que para acabar da mayor llamarada, dejando bien amunicionada y guarnecida la Exclusa, sacó su gente en campaña con toda la artillería, bagaje y municiones, y dando intencion de que queria pasar á Ostende; viendo la disposicion en que el Marqués tenia las cosas, los puestos y los pasos, y que estaba resuelto de oponérsele y darle batalla, y que ardian los nuestros por pelear con él; no queriendo aventurarse se retiró y volvió atras, con que el Conde de Hevia, con la gente alemana, ganó la mitad de la Villa Vieja, teniendo la otra mitad á caballero, y esperanzas de cerrar el canal y quitarles el socorro. Simon Antúnez y D. Juan de Meneses, con los españoles, habian ganado la media luna delante del trincheron, y Justiniano con los italianos acercádose al foso, como tambien los walones con el Maestre de Campo Torres; con lo cual, los sitiados, viendo que los habian cogido y que ya no tenian más retiradas (aunque habian hecho otras) y que era vano su trabajo y se hallaban quitado el socorro, entraron en consejo y por votos públicos pareció que se rindiesen, por lo cual, lúnes al amanecer, á 20 de Setiembre deste año de 1604, víspera de San Mateo, por el cuartel de los españoles, donde estaba Simon Antúnez, llamaron para rendirse; diéronse los rehenes de una parte á otra: de la de los sitiados salieron dos Coroneles y un Capitan, que traia las condiciones de la entrega; de la nuestra entró el Maestre de Campo de walones Monsieur de Archicourt y el Sargento Mayor Mateo de Otañez; recibió las condiciones Simon Antúnez y avisó del suceso al Marqués Spínola, que estaba en Brujas; y por resolver con presteza negocio tan grave con parecer de todos los Maestres de Campo y Cabos del ejército, se les concedió que saliesen con armas, banderas, bagaje y cuerdas encendidas y dos piezas de artillería; salieron, pues, á 22 de Setiembre, en

número de 4.000 soldados (llevando las dos piezas por mar), los cuales pasaron por tierra á la Exclusa con más de 100 banderas y su Gobernador Mr. de Marquet. Entraron los nuestros en la villa donde hallaron 30 piezas de artillería, municiones de guerra y vituallas, con que se dió fin á la más porfiada empresa y más debatida de unas naciones y otras que se ha visto en aquellos Estados, y donde con mayor valor y obstinacion hayan peleado, tanto los defensores como los ofendidos, y donde más número de gente hayan perecido; murieron de nuestra parte (cosa rara) más de 40.000 soldados, entre enfermos, heridos y de peste, y entre ellos más de 6.000 personas de guerra, tanto Capitanes, Alféreces, Sargentos, Oficiales Mayores y Maestres de Campo, como entretenidos: de la parte del enemigo se tiene por relacion suya, que pasaron los muertos de más de 70.000 hombres, y entre ellos 7 Gobernadores de la plaza, 15 Coroneles, 565 Capitanes, 322 Alféreces, 1.198 Tenientes, 4.198 Sargentos, 9.188 cabos de escuadra y pasados de 900 marineros, que, como entraban tan ordinariamente, por estar casi toda ella sobre la mar, metiendo bastimentos y municiones y gente de guerra y sacando los heridos, era fuerza que pereciesen muchos, siendo por esta razon más inexpugnable la plaza y más dificultosa de tomar, como lo juzgó el Duque de Parma y lo sintieron así los más pláticos soldados que ha habido en el País Bajo; triunfo que se debe á la constancia del Archiduque, á la vigilancia y cuidado del Marqués Spínola, y valentía grande de las naciones que militan debajo de nuestras banderas, á tiempo que estaba Mauricio con un ejército tan pujante, desembarazado y victorioso, y que por mar y tierra tenia fuerzas bastantes para socorrer á Ostende y hacer levantar el sitio más formidable del mundo. Querer referir las máquinas, invenciones, las fábricas de puentes, diques, el número de la artillería que en tantas y tan continuas partes se plantó, tanto que pasaban de 100 cañones; las municiones que se gastaron, y la que se tiró de la villa; las trincheras, los fuegos artificiales, las bombas, de que es opinion

que hubo, dia que al cuartel de los españoles se tiraron más de 80 y otras tantas balas de fuego; los fuertes, reductos y medias lunas, casas-matas y otras fortificaciones que el enemigo hacia para su defensa; y las que los nuestros hicieron para ofenderlos; las minas que se volaron de ambas partes, que pasan de 60, sin otros tantos hornillos; es querer proceder en infinito y exceder de los límites que pide este discurso: fué la plaza, finalmente, que mejor se supo defender y la qne con más valor y fortaleza se ganó, y donde más municiones y pertrechos de guerra se gastaron en defensa de la Religion y culto de la Iglesia, prez y gloria de la nacion española.

Despues que la gente del enemigo se hubo retirado á la Exclusa, pasaron el Archiduque y la Infanta á Ostende; recibiólos el Marqués Spínola, haciendo poner todo el ejército en batalla sobre aquella playa, y saludándolos con 100 piezas de artillería y toda la mosquetería y arcabucería; pasaron á la frente de las banderas, agradeciendo á los Capitanes y soldados con benigno y humano semblante lo mucho que habian servido, con que parece dieron por bien sufridos sus trabajos; admiróse el Archiduque de ver las fortificaciones, máquinas y reductos, galerías, puentes y explanadas que habia de una parte y otra, con que más parecia la villa laberinto que morada de hombres; y para recrearlos y que viese la Serma. Infanta los afanes y peligros que se habian pasado en aquella guerra, se voló una mina y se tiraron algunas bombas y granadas de fuego; discurrieron con esto por todos los puestos de la plaza, y banqueteólos generosamente el Marqués, con que despues se volvieron á Brujas; encargó el gobierno al Maestre de Campo, Mr. de Grison, con las compañías de walones que tenia á su cargo, y algunas de españoles; explanáronse las trincheras y puestos que estaban fuera, y fortificóse la villa, en que se gastaron muchos dias: estaba ya tan adelantado el tiempo que comenzaban á caer las aguas, de suerte que no era ocasion de intentar nada, ni la gente estaba para probar nuevos trabajos; el enemigo, por otra parte, reconociendo el aire de

las cosas, no haciendo más que estarse quedo; sin embargo, le pareció al Marqués ponérsele á la cara, y ver si queria intentar algo; retiróse Mauricio, reforzando la Exclusa y los puestos de Isendique y Ardemburg, y sin esperar á otra cosa, embarcó todo el ejército, y le distribuyó despues y metió en las guarniciones; siguió el Marqués el designio guarneciendo á Dame y las demas plazas de la provincia de Flandes; y dejándolas, con órden del Archiduque, á cargo del Conde de Bucue, alojó todo lo restante del ejército, pidiendo á S. A. les permitiese descansar, señalándoles puestos y plazas acomodadas para hacerlo, y donde se pudieran refrigerar de los trabajos padecidos; diéronseles dos pagas que se les habian prometido y como los tercios estaban tan flacos y vacíos de gente, reformó los regimientos de alemanes del Conde Eglon Lutzemburgo y los tercios de walones y liegeses de Joan de Aranda y Mr. Tillí, y otras compañías sueltas de infantería y caballería; los tres tercios que el Marqués pagaba separados del ejército, tomó el Archiduque al sueldo del Rey, reformando el de Lucio Denti en el de Justiniano; agradecido S. A. á los servicios de muchos Maestres de Campo, les mandó dar ayudas de costa, y pidiéndoles relacion de los soldados que se habian señalado en el sitio y reencuentros, los aventajó, y escribió al Rey premiase á los Capitanes con diferentes mercedes de hábitos, rentas y oficios; que el premio es el primer móvil de la guerra, y aun de todas las demas acciones; con lo cual, el Archiduque y la Infanta volvieron á Bruselas, y el Marqués Spínola pidió licencia para pasar á España, y rehusándolo mucho el Archiduque, las cosas que propuso para proseguir la guerra en lo de adelante, le obligaron á dársela, y tambien para hacer lugar á sus pretensiones, que siendo de adelantarse en premios y honras, pues para eso aventuraba su persona y hacienda, le pareció no impedírselas, ántes escribió al Rey muy apretadamente sus muchas partes y méritos, y lo bien que habia servido; suplicándole le diese los honores merecidos á sus vigilias y proezas hechas en su servicio en aquellos Estados, á que ahora ponemos fin, hasta que discurramos las

que pertenecen al año de cinco, y refiriendo las otras materias, si bien indiferentes, tocantes á nuestra monarquía, volviendo despues al mismo argumento con mucha brevedad y precision.

Andaba en todas partes encendido el deseo de ofender á los enemigos: el Marqués de Santa Cruz, General de las galeras y Escuadra de Nápoles, acompañado de D. Alonso, Don Diego y D. Jerónimo Pimentel, hijos del Conde de Benavente, esforzados y valerosos Capitanes; en las tierras del turco acometieron el fuerte de Estánlao, tomáronle, y poniendo en la cadena 500 turcos, lo desmantelaron; habiendo hallado en él gran cantidad de esmeraldas, que se repartieron entre muchos Principes de la Europa, por hacer más generosa la victoria y la presa; acometiendo con el mismo valor á Isipli, en la costa de levante, que dejaron arruinado y puesto por tierra, con grande espanto y terror de toda el Asia. El año siguiente, que se contaba de 1605, los mismos Capitanes, acaudillados del Marqués, hijo de aquél, rayo de alarbes y franceses, D. Álvaro Bazan; en las costas de Albania ganaron á Durazo, y habiéndole desmantelado, echaron al remo 800 turcos: acometió en esta ocasion D. Luis Fajardo, en las Salinas de Araya, 19 navíos de Holanda, que habiendo peleado animosamente con ellos, los rindió y quemó, degollando á sus Capitanes y á la cabeza, que pretendia intitularse, sin respeto á la Potencia española, Príncipe de Araya: á esta sazon, el Papa Clemente VIII, Príncipe de grandes y singulares virtudes, jueves á 3 de Marzo, á las once horas de la noche, cuando entraba en los setenta años de su edad y á los trece de su pontificado, pasó de esta vida á la inmortal; en su lugar pusieron los Cardenales á Alejandro de Médicis, á quien comunmente llamaban en Roma el Cardenal de Florencia, por tener sobre sí la dignidad arzobispal de aquella grande y hermosísima ciudad, que resplandece en todo género de primor y virtudes entre todas las más ilustres de Italia. Tomó el nombre de Leon, por imitar en esto la buena memoria del Papa Leon X, su tio, siendo el XI de este nombre de los que go-

bernaron la Silla de la Iglesia: fué breve su pontificado, como lo son todas las cosas que penden del hilo de la vida humana; pues apénas se hubo puesto en la cabeza la tiara, cuando se la quitó la muerte, tan solamente á los veinticinco dias de su eleccion, que tan ligeras y caducas son las glorias que nos ofrece el mundo. Por su muerte, eligieron los Cardenales al Cardenal Camilo Burgessio, natural de Sena, con el nombre de Paulo V, á 16 de Mayo del año que vamos discurriendo de 605; por lo cual, el Rey católico, como Príncipe tan atento á las cosas de la Iglesia, envió de su parte á darle la obediencia con D. Gomez Suarez de Figueroa, Duque de Feria, que la hizo con gran prudencia y autoridad; Pontífice benignísimo y sumamente afecto á las loables virtudes del Rey católico, fundamentos en que se apoyaron en aquella era los motivos de la paz de la cristiandad, y sobre que reposan las inteligencias y pretensiones de discordias entre los otros Príncipes; celador mucho de su dignidad, y que cada república en Italia respetase el derecho y autoridad eclesiástica, como veremos en su lugar. Fué felicísimo en este año para las Coronas de esta monarquía, el glorioso nacimiento del Príncipe D. Felipe IV, á 8 de Abril, Viernes Santo á las nueve y media de la noche, en Valladolid, corte de S. M. La alegría del Rey y de la Reina, fué mayor que el encarecimiento puede dibujar, él que tuvo la corte y todos los Príncipes y señores della; fué notable por ser hijo tan deseado, y el que próspera y dichosamente habia de heredar los grandes y extendidos reinos de su padre. Dió el Rey públicamente en su Capilla gracias á Dios por las mercedes que le habia hecho; besáronle la mano todos los Grandes de la corte y sus criados; el alborozo del pueblo fué infinito; adornóse de luces y fuegos la ciudad, y con ser Semana Santa, la alegría fué tan grande, que se anticipó á los festivos dias de la Pascua; todos se vistieron ricas y ostentosas galas, y costóle á San Benito el Real que se le quemase la torre con la muchedumbre de luminarias que la pusieron; de suerte, que de gozo, se le derritieron las campanas, dejándose correr en arroyos de metal: envió

luego el Duque de Lerma á avisar de este dichoso suceso á los Grandes; á los Consejeros de Estado y Embajadores; al Presidente del Consejo de Castilla y todos los demas de los Consejos de España, y Italia, y las Indias; á todas las ciudades y reinos de S. M.; al Emperador; á la Archiduquesa, Doña María de Baviera, y al Archiduque, Fernando, su hijo; á la Infanta, Doña Isabel, y al Archiduque, Alberto; á Flandes, y á todos los Reyes, Príncipes y Potentados, Electores del Imperio y Repúblicas soberanas de la Europa y de la Cristiandad: fué el Rey otro dia á caballo, con toda la majestad de la corte, á Nuestra Señora de San Llorente, imágen milagrosa y devotísima, á darla gracias por la merced del sucesor que le habia dado, y á ofrecérsele para defensor de su pureza, bien de la monarquía y columna de la religion: volvió S. M. á Palacio; regocijada la ciudad de luminarias, derramando en las casas del Ayuntamiento, en nombre del Príncipe y alegría del pueblo, inmensa cantidad de moneda. Hízose aquella noche una máscara de todo lo más noble y galan de la corte, en que se distribuyó parte considerable de telas y de joyas. Tratóse luego del baptismo del Príncipe: escribió el Rey á D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Cardenal y Arzobispo de Toledo, viniese á baptizarle; vino el Cardenal, y hizo su entrada en Valladolid, acompañado de su sobrino el Duque de Lerma, con todos los señores y títulos de la corte, á caballo, con botas blancas y espuelas doradas, con muchos prebendados y personas graves de la iglesia de Toledo, con muchos y muy lucidos criados, y tan venerable en su persona, que admiró la corte; al fin, como tan gran Príncipe de la Iglesia, llegó á Palacio, donde fué recibido de S. M.; besóle la mano, y al dia siguiente le fueron á hacer su visita los Príncipes de Saboya: llegó en esta sazon á la corte aviso de que desembarcaba en la Coruña, Cárlos de Obarte, Conde de Nortingan, Almirante de Inglaterra, y de su Consejo de Estado, que venia á que firmase el Rey católico las paces ántes juradas en Inglaterra; envió S. M. á mandar á D. Luis Carrillo, Marqués de Caracena, le hospedase y recibiese magníficamente, y á

D. Blasco de Aragon, hermano del Duque de Terranova, que le acompañase hasta meterle en la corte y le diese la bien venida de su parte; hízolo ansí, y partió el Almirante, de la Coruña, agasajado y servido él y sus criados, que eran más de 800, de las expensas de S. M.; llegó el Almirante á la corte, y entró en ella acompañado del Duque de Zea, del Condestable de Castilla y Duque del Infantado, y de otros muchos y muy grandes señores; llegó á Palacio con sus hijos y grande número de caballeros ingleses, besó la mano al Rey; mandóle cubrir y sentar en una silla rasa, y dándole cuenta de su embajada, honrándole y favoreciéndole mucho, pasó á besar la mano á la Reina, al Príncipe y á la Infanta Doña Ana; concluido este acto con gran solemnidad, grandeza y lucimiento, fué aposentado en las casas del Conde de Salinas, excediendo el hospedaje á todos los mayores que ha hecho Príncipe á Embajador: con que llegado ya el dia señalado para el baptismo del Príncipe de las Españas, que fué á 28 de Mayo, con la mayor pompa que han visto los siglos; prevenidas y puestas en sazon todas las cosas necesarias para tan heróico acto, y Palacio en la grandeza y autoridad de Rey, el mayor del orbe, concurrieron aquella tarde á él todos los Consejos, dando por consecuencia el haberse hallado al baptismo del Príncipe D. Fernando: entráron en Palacio, y atravesando por sus galerías, ricamente aderezadas de tapicerías de oro y seda, bajaron á un palenque que se habia hecho desde Palacio á San Pablo (suntuoso convento de dominicos); entraron en la iglesia y ocuparon los lugares que á cada uno tocaba de precedencia; comenzóse el acompañamiento con grande número de caballeros de la Casa Real, como Acroyes, Costilleres y otros oficios; gentiles-hombres de la boca; títulos; los Mayordomos del Rey y de la Reina, y con las cosas tocantes al baptismo, en fuentes de oro; D. Beltran de la Cueva, Duque de Alburquerque; D. Joan Fernandez de Velasco, Duque de Frias, Condestable de Castilla; D. Joan Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado; D. Antonio Álvarez de Toledo, Duque de Alba; D. Antonio Enriquez de Toledo, Conde de Alba de Liste; Rui

Gomez de Silva, Duque de Pastrana, y otros muchos señores ilustres de la corte; á los grandes seguia luego el Duque de Lerma, con una ropa rozagante de brocado, llevando en una banda blanca al Príncipe, que bendecia y aclamaba todo el pueblo; y en pos dél los Reyes de armas y Maceros, el Príncipe Filiberto, Gran Prior de San Joan, hijo del Duque de Saboya; el Príncipe del Piamonte y la Serma. Infanta Doña Ana; sus padrinos, D. Antonio de Cardona y Córdova, Duque de Sesa, Mayordomo mayor de la Reina; la Condesa de Lemos, Camarera mayor; las Damas de la Reina, cuya maravilla excedió á la imaginacion y á cuanto nos podemos alargar con la pluma; miraba el acompañamiento el Almirante de Inglaterra, lucidísimamente ataviado, desde las casas del Conde de Rivadavia, suspendido de la grandeza y majestad del dia; esperaba á la puerta de la iglesia el Cardenal de Toledo, revestido, con D. Alonso Manrique, Arzobispo de Búrgos; D. Joan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid y Inquisidor general; D. Pedro de Castro, Obispo de Segovia; D. Antonio de Cáceres, Obispo de Astorga; D. Enrique Enriquez, Obispo de Osma, con toda la Capilla Real; estaba San Pablo rica y ostentosamente aderezado, y la capilla mayor cubierta de ricas alfombras, y en medio della la pila en que bautizaron aquella grande antorcha de la Iglesia, el glorioso Patriarca Santo Domingo, que trajeron de Caleruega, como reliquia preciosa, y aquel dia cubierta con un rico dosel bordado de perlas y piedras, que sustentaban cuatro valientes columnas de plata, maravillosas en el arte y en la materia; los aparadores y ornamentos, galas, concurso de gente, joyas, diamantes, libreas, instrumentos músicos, fueron admiracion de los mayores y más gloriosos triunfos que vieron las edades; miraba el Rey católico este acto, retirado en una celosía sobre la capilla mayor; que concluido, dieron por nombre al Príncipe, Felipe, á imitacion de sus heróicos abuelos y padre; con lo cual volvieron á Palacio, dando materia á las plumas y á los ingenios para mayores y más valientes historias, en que quedará inmortal la glòria de este dia en el aplauso y

concepto de los hombres. El tercero dia de Pascua del Espíritu Santo, convalecida la Reina de su dichoso parto, con toda la pompa y autoridad de sus vasallos y corte, salió á Nuestra Señora de San Llorente, donde la dió gracias por el hijo que le habia dado, ofreciéndosele con ricos dones para el bien y salud universal de esta monarquía.

A la solemnidad de estas ceremonias y á lo suntuoso y festivo dellas, se siguió la del juramento y ratificacion de las paces de Inglaterra. Estaba prevenido para esto un salon de maravilloso artificio y ostentacion, adornado con la admirable tapicería de Túnez; concurrieron en este acto todos los Grandes de la corte, el Consejo de Estado, el Cardenal de Toledo, el Almirante de Inglaterra, con todos lo que le habian acompañado en la jornada; leyó un Secretario de Estado los capítulos contenidos en la paz, que fueron los que referimos en los tratados de Lóndres; acabado de leer este papel se hincó el Rey de rodillas en un sitial, para el caso prevenido, y sobre una cruz y un misal, le dijo el Cardenal de Toledo: si juraba, sobre la cruz y los santos Evangelios, de guardar las paces ántes juradas por el Rey de la Gran Bretaña; el Rey respondió: «ansí lo juro», con que se concluyó el acto: tratándola á la misma sazon el Emperador Rodolfo con Achmat, gran señor de los turcos, con que parece se constitujan las dos partes del mundo en sosiego y en universal tranquilidad, derivándose de aquellas á las otras dos en que se abrazan y contienen las cuatro partes dél; sucediéndole á 10 de Junio un bizarro juego de cañas, estaba la plaza de Valladolid como el más rico y más lucido teatro del orbe, concurriendo en él muchas y muy varias gentes de la Europa; salió la Reina por lo mañana á comer á las casas de Ayuntamiento, con todos los Oficiales de la casa, títulos y grandes Señores, en un palafren con paramentos bordados y un sillon de oro; acompañábala S. M. en un caballo á la gineta, adornado con un jaez de oro y perlas, grabado en él de elegantes relieves las armas de todas las coronas de nuestra monarquía; seguíanse luégo las damas en sus palafrenes, con

sillones y gualdrapas y aderezos de chapería de plata, admirando y excediendo con la hermosura y las galas á cuanto han encarecido los más delgados espíritus del mundo; dióse preeminente lugar al Almirante de Inglaterra, despues de SS. MM. y los Príncipes de Saboya, y puestas en sazon y comodidad las gentes de la corte, con el mayor aparato y concurso que vieron los siglos; á la hora señalada, hicieron demostracion de su fiereza lo más robusto de Zamora y de Jarama, arremetiendo en los mejores caballos de Córdoba muchos caballeros, que con las lanzas y los rejones pretendian poner su fama en el lugar de las estrellas; comenzóse el juego de cañas á las cinco de la tarde, y despues de haber entrado infinito número de clarines y chirimias, imitando en la variedad de los colores á los segundos meses del año; despues de haber despejado la plaza los Capitanes de la guardia española y alemana, entraron 30 acémilas con opulentos penachos de plumas, reposteros bordados de las armas de S. M. y garrotes de plata en que llevaban las cañas, y luégo la caballeriza de S. M. con todos sus Oficiales y 100 caballos enjaezados, cubiertos con terlices de preciosas telas; la caballeriza de los Príncipes del Piamonte con 50 caballos; la del Condestable de Castilla con 40 caballos; las de los demas señores y grandes de España, poniendo en admiracion á las muchas y muy notables naciones que allí se hallaron: dieron vuelta á la plaza, y cuando la hubieron despejado, entró corriendo el Rey y el Duque de Lerma, tan airosos, iguales y resueltos, que se llevaron tras sí los corazones del pueblo; siguiéronlos todos los demas contenidos en la fiesta, cerrando las cuadrillas, por última suspension, los Príncipes del Piamonte; jugáronse las cañas, llevándose la gloria de mejor hombre de á caballo, al parecer de todos los mayores juicios de la corte, S. M.; fué este dia el mayor que vieron las gentes, ni que verán los venideros, en grandeza, majestad, galas, joyas, explendor y bizarría, porque á la corte de Felipe III cedian las demas del orbe su autoridad, como á la más esclarecida entre todas ellas. Quedó el inglés y los suyos maravi-

llados de lo que habian visto, llevando á Inglaterra, por admiracion de sus naturales, en varias relaciones los progresos de esta fiesta, como á las mayores de la antigüedad. Volvió la Reina á palacio; acompañando á las damas, que vencian las tinieblas de la noche, las cuadrillas de S. M. y los Príncipes de Saboya con la suya, la del Condestable, la del Duque de Pastrana, la del Duque de Alba, del Infantado, Conde de Alba de Liste y otros muchos señores; dejando suspendido al pueblo y regocijado las gloriosas acciones de sus católicos Reyes; concluyéronse las alegrías y fiestas del nacimiento del Príncipe con una lucidísima máscara y sarao tal, que excedió su grandeza á los mayores festines de Italia; fabricóse para su ejecucion un salon, que fué maravilla y asombro de aquellos tiempos; contenia la pieza en torno dos órdenes de corredores, de tan elegante arquitectura, que fueron capaces de acoger en sí toda la nobleza de la corte, adornados con tantas luces y blandones de plata, sobre las cornisas y pavimentos, que osaron desmentir los horrores ordinarios de la oscuridad; sus paredes cubrian tapicerías de oro, levantándose en la frente de la gran sala, sobre gradas, á quien el arte hizo que imitasen á los pórfidos y alabastros de valientes columnas el templo de la felicidad, todo resplandeciente, de oro puro, sobre cuyos remates se miraba la Fama, ornada de trofeos y de glorias; tuvieron lugar en los corredores de la sala el Cardenal de Toledo y otros muchos Obispos, los Embajadores que asisten en la corte de S. M., los Grandes, los Consejos, muchos títulos y caballeros, con tanta órden y concierto en su comodidad, que dejaban desembarazada la pieza; y estando ya todas las cosas á punto de comenzar y todos los espíritus pendientes de la esperanza de la fiesta, suspendidos del adorno y majestad de la sala, súbitamente fueron arrebatados de un dulcísimo clarin, que tocó la Fama que ostentaba el templo, con que se dió principio al sarao; en acabando de tañer se oyeron en diferentes puestos regalados coros de música, en que se trasladó mucha parte del cielo en aquel lugar; abrióse hácia la parte que hacia oposicion al templo una puerta, en que se

vieron con mucha variedad de luces, rodeando un coro de música muchas personas de máscara, adornadas de ricas telas y bordados, coronados de volantes y de plumas las cabezas; y en acabando de cantar unos versos, que contenian la grandeza y majestad de nuestros Reyes, salió por la puerta una tropa de vihuelas de arco, vestidos los que las llevaban con ropas de tela rozagantes, á imitacion del traje de Venecia; á éstos siguieron 24 pajes de S. M., enmascarados, con hachas en las manos con baqueros de tabíes de oro; cuatro Meninas luégo, que hacian la representacion de cuatro virtudes que á un Príncipe pertenecen: la majestad ó la justicia, con una espada en la mano, nivelando á su derecho y proporcion los fines; la liberalidad, con un sol resplandeciente, como planeta á quien debemos el caudal de todas las cosas y ser el productor dellas; á la seguridad, con un áncora de plata, asida de cordones de seda y oro, símbolo de la constancia, parte esencial en el Príncipe; la prudencia, embrazando un escudo y un cristal en forma de espejo, en que hemos de considerar nuestras acciones, ántes de ejecutarlas; á estas cuatro seguian la paz y la esperanza, coronadas de palmas, laureles y olivas, tan lucidas en las galas que oscurecian á cuanto escribe la antigüedad de los trajes egipcios y persas; todo esto se hacia danzando al compás de los instrumentos; seguíase luégo la Serma. Infanta Doña Ana, que iba sobre un carro triunfal, en forma de navío, entallados en él de primorosa escultura muchas ficciones y fábulas de Ovidio, muchos triunfos de las historias romanas; tiraban de este hermosísimo carro jacas blancas con paramentos de tela; iba la Infanta en su silla tan preciosamente alhajada, que parece que se vieron en ella los diamantes, rubíes y esmeraldas del Oriente, las perlas que crian aquellos mares en sus conchas y el oro purísimo de sus minas; llevaba sobre el tocado una luciente celada con un penacho de las mejores plumas del África; en la mano un cetro de más superior arte que su materia, en cuyo remate campeaba un pájaro celeste; á los piés de S. A. iba la felicidad, con la copia variada de mieses y de frutas y sobre la cabeza

una segur, y en ella tremolando las plumas un Ave Fénix, emblema que aludia á la admirable grandeza de los Estados, y cómo renacia de las gloriosas cenizas de sus mayores para renovar nuevos mundos; con esta majestad llegó la Infanta al templo, ocupando una silla de brocado que estaba en medio, habiendo subido tan airosa, grave y severa, que no siendo sus años más de cinco, el juicio los hacia parecer muchos más; las Meninas que la habian acompañado se sentaron por su órden y concierto en las gradas que se derivaban del templo, el cual estaba tan resplandeciente como si el carro del planeta mayor del cielo hubiera hecho allí su occidente; cada cosa de las que habemos dicho ocupó el lugar que en la pieza le estaba señalado; suspendiendo los coros de la música, los oyentes, y la grandeza, invenciones y galas los ojos; de manera que estos dos sentidos estaban gloriosamente ocupados de su admiracion; cuando de la parte frontera del templo se descubrió una cuadra de tan rara invencion y ornamento con las luces y cristales que la adornaban, que no parecia toda ella sino de un finísimo topacio: viéronse dentro 14 héroes y 14 ninfas, con antorchas encendidas en las manos, vestidos á lo romano, con sus celadas y mantos de elegante bordadura con muy gruesas perlas; de esta cuadra los iba descendiendo una nube de dos en dos, los cuales, al son de las vihuelas comenzaron la máscara, inventada de ingeniosos lazos; siendo los últimos SS. MM., que se sentaron á los lados de la Infanta, que estaba en el templo: concluida esta danza se siguió la de las Meninas; luégo se comenzó el sarao danzando S. M. y la Reina; luégo las damas y muchos señores y Grandes que estaban presentes, y por honrar á los ingleses mandó que danzase el Conde de Pert, pariente del Rey de Inglaterra y á otros muchos de la nacion: finalmente, por remate de la fiesta, mandó S. M. que se tocase la danza de la hacha, en que danzaron todos; sacó Doña Catalina de la Cerda, rara admiracion entre las damas de palacio, á danzar al Almirante de Inglaterra; con que despues de haber danzado todos los demas Príncipes y grandes se-

ñores, se acabó la fiesta con general aplauso y suspension de la nobleza de España, que se halló en ella, y con otra no ménos lucida que famosa en la puerta del Campo de aquella ciudad; de la muestra general de las compañías de hombres de armas de Castilla, acaudillándolos como su general el Duque de Lerma; con esto y con haber festejado altamente con expléndidos banquetes el Duque y el Condestable de Castilla y otros muchos señores al Almirante de Inglaterra, y habiéndole hecho S. M. á él y á los suyos muchas honras y presentes, partió de Valladolid á Laredo, siempre agasajados á costa del Rey; donde embarcados en sus navíos se hicieron á la vela para Lóndres. Reparará el ingenioso que pasáre por aquí en que hemos excedido en lo que pide la severidad de la historia y en que hemos tratado materias poco usadas en sus narraciones, y algunas dellas humildes; como el describir fiestas, el lenguaje más poético en aquella parte que histórico, cada accion se la ha de vestir y regular, segun su naturaleza y dictámen, que no siempre ha de estar batiendo la pluma sobre las palestras marciales, refiriendo sucesos trágicos, proponiendo ó especulando reglas de estado cuidadosas. El nacimiento de Príncipe tan deseado no le habiamos de dejar sin ornamento y con no más de que, nació; en esta manera le celebraron sus Padres y en esta le escribimos; que tal vez se le ha de permitir á la historia el frescor de los verjeles floridos, para descanso del que lee: el ingenio, algunas veces, despues de haberse dejado llevar por los sucesos portentosos de las armas, largas carreras de navegaciones y batallas navales, quiere recrearse entre los bosquejos coloridos y pinceles retóricos de algun asunto festivo: Paulo Jovio, en la entrada de Cárlos VIII en Roma, cuando pasó á la conquista del reino de Nápoles, pinta la entrada de aquel ejército más con gala y lucimiento que con fiereza y otros sucesos en esta manera, y se divierte en exornar los atavíos y arreos de las corazas y las bandas de aquellos franceses, la gravazon ilustre de las armas de sus Capitanes y cómo iban guarnecidas las manijas de las picas de los alemanes; de suerte

que no por eso desconfiamos de lo referido, ni tampoco será vituperable nuestro discurso, ni el celebrar con aplauso el nacimiento de nuestro Príncipe.

Volvió el Marqués Spinola de España favorecido y honrado del Rey y sus Ministros, con los cargos y mercedes de Maestre de Campo general y Gobernador de los ejércitos de Flandes, Superintendente de toda la hacienda Real que en ellos se gastase, reservándola á su arbitrio y distribucion con 12.000 escudos de sueldo al año, y la merced del Toison de Oro, que le dió por órden del Rey el Archiduque; honor grande y que siempre se ha dado á personas ilustres; con muchas y muy gruesas provisiones de dinero; instruccion para hacer levas de gente y juntar un poderoso ejército; pagar los amotinados y hacer entrada por la Frisa, desviando la guerra todo lo posible de las Provincias obedientes, y metiéndosela al enemigo por sus puertas; quitándole las contribuciones de aquel país; manteniendo el ejército con sus mismas vituallas, injuria que les tocaba en lo más íntimo del corazon; para lo cual, se dió órden que se levantasen tres tercios de napolitanos y uno de milaneses que pasasen luego á Flandes; que se sacasen 2.000 españoles de las armadas del Estrecho y otras plazas, soldados viejos y escogidos, y que por el Canal de Inglaterra desembarcasen en Ostende y Dunquerque, y los condujesen desde allí á la plaza de armas; que se hiciesen levas de alemanes, walones y borgoñones, y se rehinchesen los tercios; que se levantase caballería competente, y con provision de dineros para todo el año: pagáronse los amotinados y dióse órden de las levas de alemanes á los Condes de Embdem y Biglia, y al Baron de Barbanzon; á Mr. de la Melisa, que levantase otro de liegeses; á los demas Coroneles, por el consiguiente, que rehiciesen sus tercios; á D. Luis de Velasco, que juntase las compañías de caballos, y á los Capitanes que estaban sin gente, que la levantasen; al Embajador, que por el Rey católico estaba en Inglaterra, que solicitase al Rey diese licencia para levantar en sus Estados tres regimientos de ingleses y escoceses, incluyéndose tambien en la leva la isla

de Irlanda; prevenido todo, pues, y dispuesto con muy gran juicio y acuerdo, por órden del Rey y de sus Ministros, deseosos de adelantar la guerra en aquellos países y llevarla adelante, castigando la rebeldía y errores de Holanda, y poniendo la reputacion de nuestras armas en pié y en el lugar que siempre habia tenido, y en el que habia sido admirada y aplaudida de todas las más y mejores naciones del mundo; á la fama de estas prevenciones de armas y levas de gente, pasaron á servir al Rey muchos hombres esclarecidos y soldados viejos, aspirando á los premios que con mano Real y magnífica se hacian en aquel tiempo á los vasallos, no recatándoles la cortesía los Ministros, con que parece resplandecia todo, y se hallaban hombres para todo, haciendo de la necesidad corazon y liberalidad, ántes que miseria, accion que abate mucho los Estados, y la segunda los levanta; que no hay mayor riqueza que hacerla, aun que sea fingida, y mostrar el ánimo y la ostentacion que la naturaleza, madre y maestra de todas las cosas, las no tales, las cubre; y esto mismo se ha de hacer de la necesidad: pasaron á emplear sus personas en las armas, los Príncipes de Caserta y Palestina, y otras muchas en diferentes calidades, que dejo de referir por no ser largo; concurrió á este tiempo, en Bruselas, el Conde de Esforte, enviado del Rey para concluir los capítulos de las paces que el Condestable de Castilla dejaba, por órden del Rey católico, juradas en Inglaterra; el cual fué en Bruselas y por todo el camino, altamente hospedado de las expensas del Archiduque, encendiéndose todas las Provincias de los Países Bajos y Altos que se incluian en el dominio imperial en fiestas y regocijos, por ser en sazon que habia dado Dios con felicidad Príncipe á España; entre las cuales, y la mayor de todas fué un torneo de á pié, en que entraron el Archiduque, el Marqués Spínola, el Duque de Osuna, Duque de Aumala, los Príncipes de Caserta y Palestina, D. Luis de Velasco y otros muchos Príncipes y soldados de los Países, en que lucieron grandes galas, invenciones y empresas con que admiraron las naciones todas que en aquella sazon concurrieron en la corte del Archidu-

que: prevenido, pues, todo el ejército, y estando ya en víspera de marchar el Marqués Spínola, por deslumbrar de sus intentos á Mauricio y desvanecerle, y que no le alcanzase los pensamientos de pasar á la Frisa, consumiéndole en dudas y intermisiones, ordenó á D. Alonso de Luna que fuese á reconocer á Breda; al Gobernador Íñigo de Otalora á Grave, y á Justiniano á Bergas Opzoom, y él pasó á reconocer á Isendique, la Exclusa y Ardemburg; y volviendo de la jornada juntó á Consejo los Maestres de Campo y Cabos del ejército, y proponiéndoles sobre cuál plaza de las reconocidas se iria á poner, y con encaminar hácia ellas algunas aparentes prevenciones se publicó por todos los Países queria pasar sobre ellas el ejército; con que los holandeses, prevenidos de armas, pertrechos, municiones y otras cosas, pretendian anticiparse y tomar á Amberes, la más Real plaza de Brabante y áun de todas las Provincias, calándose por el Escalda, que corre pegado á la villa, rio grande y poderoso; metiendo sus bajeles desde Zelanda, que con el flujo y reflujo de la marea suben hasta Malinas y Terramunda, villas á diez leguas de Amberes; y desde allí venir bajando al dique que se llama el Callo, y cortándole, anegar el país y quitar el trato á las demas villas circunvecinas que se comunican con la de Amberes, fabricando en aquel puesto un fuerte Real; marchando á la misma sazon Mauricio por tierra, y ocupar los puestos más importantes del contorno, y estorbar que de Lira ni Herentales les viniera socorro, que no le fuera dificultoso; lo cual desvaneció con brevedad el Marqués Spínola, haciendo ocupar primero los puestos á D. Íñigo de Borja, á D. Alonso de Luna y á Balanzon; los cuales, con la gente de sus tercios, dieron tal rota á los enemigos que los hicieron volver atras, y al Mauricio desistir del intento; haciendo retirar con la artillería los bajeles, que con destrozo de seis entraron en Lilo, y él se retiró á Bergas con pérdida de gente y reputacion; salió, pues, el Marqués con todo el ejército en campaña, por abatir los pensamientos al enemigo, y que no los pusiese tan altos, á la mitad de Mayo, en el cual se incluian 14.000 infantes y 3.000

caballos; hizo un puente en Amberes para pasar á la provincia de Flandes, en caso que el enemigo intentase otra vez emprender la villa; salió Mauricio con su campo y ocupó un castillo, ni fuerte, ni considerable y de moderada guarnicion, más por redimir á los suyos del daño que recibian de los nuestros, que por su importancia; embarcó la gente y encaminóse la vuelta de Isendique, pensando adelantarse al Marqués, sitiar el Saso, tomarle y fortificarse en él, para tener por suyas la parte de mar y tierra, y aprovecharse de los diques, cortaduras y pantanos; remedió el Marqués este accidente con los socorros de los Maestres de Campo, D. Alonso de Luna y Balanzon, y 500 caballos, en tanto que pasaba con todo su ejército hácia aquella parte; marchó, pues, el Marqués guarneciendo todos los puestos donde se temia que habia de dar Mauricio, hasta la ribera de Amberes; llegó al Saso, dándole vista con todo su ejército, y pasó á buscar el campo enemigo; restauró el reducto llamado Bouchourt, y ordenó á D. Luis de Velasco, que con parte de su caballería y algunas compañías de infantes, le reconociese y trabase algunas escaramuzas; hízolo asi D. Luis, hasta que le pareció retirarse, y en esta manera se estuvieron los dos campos algunos dias, destrozando el nuestro algunos reductos al enemigo, rompiéndole algunas compañías de caballos, sin dejarle descansar un punto; y pareciéndole salir de aquí y encaminarse á la empresa tratada de pasar el Rhin, dividió su campo, dándole la mitad al Conde de Bucue, en la cual se incluian el tercio de walones del Maestre de Campo, Torres; el de alemanes del Conde de Barlaimont; 500 caballos del Comisario general de la artillería, Bartolomé Sanchez; los tercios de italianos del Príncipe de Palestina y Guido San Jorge; marchó el Conde de Bucue con este trozo, seis piezas de artillería, fragatas, pontones, marineros y todas las demas cosas necesarias á la expedicion de la jornada, y pasó más arriba de Colonia; y echando las barcas y pontones en el Rhin, en pocas horas se pusieron de la otra parte todos los caballos y infantes; marchó la ribera abajo, haciendo retirar los bajeles de Holanda,

y haciendo alto en Queissersbeerte; y habiendo llegado Justiniano con su tercio y 1.000 infantes de las guarniciones de Geldres á toda diligencia, levantó un fuerte desta parte del Rhin, más abajo de Colonia: no creia Mauricio que los nuestros iban con intencion de obrar en aquella parte cosa de importancia, sino que era hacer punta á Rimbergue para revolver sobre la Exclusa, dolor que aún todavía estaba en el corazon de los soldados católicos; mas viendo que el negocio iba de veras, hizo que se encaminase á ella el Conde Ernesto de Nasau con 4.000 infantes y 500 caballos; fortificóse fuera de la villa con trincheras y traveses, ocupando tanta circunferencia de tierra, que se aseguró con más confianza que si estuviera dentro della, desde donde hacian algunas salidas los dos campos, reconociéndose el uno al otro.

Habiendo sabido el Marqués Spínola la pasada del Conde de Bucue de la otra parte del Rhin, marchó con el trozo de ejército que le habia quedado, en que iban muchos Príncipes y soldados viejos y de opinion; y dando vista á la fortificacion del Conde de Bucue, pasó de la otra parte del Rhin y levantó un fuerte Real con cinco caballeros; reconoció á Rocrorte, y con 500 mosqueteros y dos piezas de artillería dió una carga á las barcas del enemigo, que á toda fuga pasaron á cubrirse debajo de Rimbergue, que habiéndola reconocido, se retiró á dar principio á lo que pensaba hacer: Mauricio á esta sazon, pareciéndole que era menester poner cobro á las plazas de aquellas fronteras, y que era de veras el querer tomar á Rimbergue, dejando en Isendique 3.000 infantes á cargo de Monsieur de Hatillon, soldado francés, con lo restante del ejército se embarcó y pasó al Rhin. Dábase priesa el Marqués con esta nueva á perfeccionar los fuertes, rehacerse de vituallas, municiones y pertrechos de guerra, con que tenia todos los ánimos suspensos, no solo el de los soldados, empero el de las Cabezas y Cabos del ejército; porque aunque habia arribado á aquel paraje, no habia dado á ninguno parte de sus pensamientos, y tambien les parecia que la entrada en la Frisa era sin propósito dejándose á Rimbergue á las espaldas; mas el

Marqués, poniendo en los nuevos fuertes al Conde de Bucue con 6.000 infantes y 500 caballos, para tener segura sobre todo accidente la retirada, con buena órden y concierto, asegurando las desórdenes de los soldados á los villajes, con que sobraban los bastimentos en todo el campo; y el Archiduque, por su parte, á los Príncipes confinantes, de que no se tocaria en sus tierras; marchó á Lingen con 9.000 infantes y 2.000 caballos, de los mejores soldados que en muchos años ántes habia tenido la milicia de Flandes, y 12 piezas de batir; y repartido y formado en tres escuadrones la infantería, y la caballería en dos, llevando la vanguardia D. Luis de Velasco, pasó el rio Roet y llegó á Dorst, calándose por la Lipa por un puente que le pretendió quemar Mr. de Villers, y que se lo defendió D. Luis de Velasco, haciéndole retirar vergonzosamente; con que llegó á la vista de Oldenceel, primera villa de la Frisa, si bien no muy fuerte; y discurriendo que tomada le seria de importancia para con más felicidad conseguir á Lingen, quitar las vituallas al enemigo y que no hiciese allí plaza de armas tal, que le pudiese cortar los intentos; ordenó al Conde Tribulcio, que con la caballería tomase los puestos, y si bien con escaramuzas se lo pretendió estorbar la guarnicion de la villa, quien la metió retirando por las puertas, el Marqués, con la infantería; ordenó á D. Íñigo de Borja, á Simon Antúnez, que con los tercios de españoles; al caballero Melci, á Justiniano, con los italianos; al Maestre de Campo Torres, á Balanzon, con los walones y borgoñones, que se arrimasen á la plaza por tres partes; los cuales, con toda vigilancia, lo hicieron; salieron los enemigos, y peleando gallardamente, les ganaron el puesto; revolvieron sobre ellos nuestros Capitanes, y con valor y denuedo los echaron dél, degollándoles mucha gente; defendíanse, no obstante, con algunos falconetes y mosquetería los sitiados; arrimóse la gente católica al foso, y plantándoles la artillería para batirlos, á los primeros golpes, de que estaban ya cubiertos de miedo, llamaron para rendirse, y á 10 de Agosto salieron 400 hombres con armas, banderas y bagajes; reforzó el Mar-

qués esta plaza con 1.000 infantes, y dejóla á cargo del Conde Enrique, con su compañía de caballos, y caminó la vuelta de Lingen; y al otro dia se acuarteló delante della, talando los burgueses y la guarnicion los jardines, casas y arboledas que habia fuera, para tener más descubierta la campaña y oponerse á la invasion del ejército católico.

Es Lingen, plaza considerable, caudalosa y de gruesa contribucion, frontera de Alemania y de la Frisa; patrimonio de Mauricio desde el año 1583, que por remuneracion se la dieron los Estados rebeldes, habiéndola ganado entónces á los obedientes; por su sitio y por todas estas calidades es fuerte; hízola desde aquel año una ciudadela con seis caballeros, que los dos se abrazan y corresponden con la villa; tiene un foso de ochenta pasos de largo y cuatro de ancho, dificultoso de quitar el agua por el sitio largo y eminente que la rodea, y con un pequeño rio que pasa por medio con que se hinche siempre que es menester, sin poder vaciarse: fuésele arrimando el Marqués Spínola por cuatro partes, poniendo los españoles á la que podia recelarse de socorro y gente de guerra, cubriéndose los nuestros con algunas dunas y fosos, por lo mucho que los de la villa tiraban; sin embargo, pasaron á nado los Alféreces españoles reformados el que rodeaba la villa, y hallándole imposibilitado de cegarle por su continua corriente, trataron de sangrarle, y aunque impedia el poder hacerlo por salir demasiada agua por el cuartel de los alemanes, tanta como entraba; los italianos y borgoñones, que tenian ménos, procuraron cubrirle con fagina y salchichas llenas de tierra, con lo cual le Maestre de Campo, Torres, pasó la gente por un puente que fabricó Targon, y Justiniano, por su parte, con otras máquinas marciales se arrimó á la punta de un caballero de la ciudadela; estaban walones y borgoñones á esta hora arrimados á otro, que querian zaparle y volarle con una mina; cuando los de dentro, viéndose apretados y puestos en necesidad, dieron señal de rendirse por la parte de los italianos, los cuales salieron con las mismas condiciones que los de Oldeencel, en número de 550 infantes, dan-

do carruaje para los heridos; entró el ejército católico en la plaza, hallando en ella muchas municiones, vituallas y 11 piezas de artillería. Quedó atónito el Mauricio con la pérdida de estas dos plazas, acuartelado con todo su ejército junto á Deventer; publicando marchaba, y así lo iba haciendo en socorro dellas, dejándose decir, corrido y avergonzado, que esperaba muy presto volverlas á recobrar y hacer volver al Marqués por los pasos que habia venido y dejar el Rhin; sin embargo, temiendo que se le habia de entrar más adentro y ocuparle más plazas, marchó en su seguimiento con 8.000 infantes y 600 caballos, á los cuales envió el Marqués 500 caballos con el Conde Tribulcio para que le reconociese los pasos y los designios; salió Tribulcio y alcanzando los corredores del campo, cerca del bosque de Coevorde, les dió algunas cargas, con que se volvió á Lingen, dando aviso al Marqués de cómo el enemigo habia hecho alto en aquel paraje para no dejarle pasar adelante; fortificó á Lingen con seis medias lunas y una estrada encubierta y hizo en Oldeencel otras fortificaciones, y dejándolas bien amunicionadas y fortalecidas y á Lingen debajo del gobierno del Maestre de Campo, Torres, con 2.500 infantes y 150 caballos, pasó á Oldeencel, donde dejó por Gobernador á D. Guillermo Verdugo, hijo del Coronel Verdugo, y Capitan de caballos, con 1.500 infantes, su compañía y dos piezas de artillería. No habian tenido efecto en este tiempo las interpresas de Bergas y Grave, que el Archiduque habia intentado con petartes, aunque los Capitanes habian hecho todo lo posible. Hallábase á esta sazon el Conde de Bucue en Rocrort, fabricando en los términos de Meurs, que abraza las dos márgenes del Rhin, dos fuertes, y desmantelando los de Kersersburt, porque los imperiales sufrian de mala gana que la gente del Rey tomase pié ni se afirmase en país neutral; Mauricio, por estos dias, llegó con todo su campo junto á Reez; el Marqués, avisado de su llegada, pasó á oponérsele, reconociendo á Vesel, donde le aconsejaban los más pláticos que hiciese un fuerte; tomó un navío de guerra bien artillado, que el enemigo tenia de guardia, y alojóse en

Bestiche, lugar entre él y el Mauricio, con intento de acometerle si saliese de sus cuarteles, y darle batalla y hacerle sentir la fuerza de su ejército, el deseo que sus Capitanes tenian de pelear con él cuándo estaban tan victoriosos que hacian gemir á Holanda la pérdida de las dos plazas y hasta las demas legiones confederadas.

Habiéndose, pues, afrontado ambos Generales con sus escuadrones, tropas y batallas, con deseo cada uno de deshacer al otro; el Marqués, codicioso de intentar nuevas y mayores empresas en honra y prez de la nacion española, envió al Archiduque, que supuesto que las fuerzas del enemigo se habian pasado sobre el Rhin, adonde él estaba guerreando, y que no eran menester tantas como las que habian quedado en Flandes, se las enviase: hízolo así S. A., con que rehizo y engrosó más el ejército; estaba á esta sazon Mauricio fortificado en aquella escuela y sinagoga de la herejía, Vesel, y así el Marqués, apravechando los instantes del tiempo, accion en la guerra considerable y que siempre ha hecho á los que han querido arribar al esclarecido lugar de grandes soldados, de relevante y encarecida opinion sobre todos los del mundo: finalmente entró en consejo sobre tomar á Vachtendonc, y resolviendo con parecer de los Cabos del ejército el sitiarla, siguiendo el curso de no dejar de obrar siempre más altamente, encargó la empresa al Conde de Bucue: partió el Conde con la gente fresca que habia venido de Flandes y con 2.000 infantes más, que se sacaron de la masa del ejército, y 1.000 caballos; á 10 de Octubre deste año dió vista á Vachtendonc; reconocióla y hallóla situada en campaña rasa la mayor parte della, rodeada de pantanos y marrazos, fortificada con siete caballeros reales bien artillados, que enseñoreaban y descubrian la campaña teniéndola á caballero, socorrida de la noche ántes con 500 hombres más de los que tenia de guarnicion, que en todos llegarian á 1.500; dificultades que hizo considerar primero lo que habia de hacer, porque la fortaleza de la plaza y el mal terreno para irsele arrimando le pareció que no se habia de conseguir sino á mucha costa y

pérdida de sangre: habia, sin embargo, de todos estos impedimentos reconocidos y observados, un puesto eminente á 700 pasos de la villa, donde la gente podia estar cubierta y acometer el sitio: no le pareció, con todo, resolverlo por sola su cabeza, para lo cual envió á Justiniano al Marqués, que le describiese el sitio y forma de la villa, sus dificultades, el puesto que se habia hallado, su fortaleza, gente de guerra y todas las demas circunstancias; y que si bien le parecia que se arriesgaba la gente en campaña tan rasa, expuesta á la artillería, aquel puesto le parecia tal y tan á propósito manejado con arte y con industria para encaminar el sitio, que sin ninguna duda le podria conseguir: llegó Justiniano, y dando cuenta al Marqués de todo, juntados los Cabos y Capitanes y conferidas las dificultades, resolvieron entre todos que se le pusiese el sitio; volvió Justiniano llevando en su compañía, para mejor expedicion de todo, al Maestre de Campo Guido de San Jorge con 500 soldados de su tercio; y llegando donde el Conde de Bucue le esperaba, referida la resolucion del Marqués dió principio al sitio y fuese arrimando á la tierra por aquella parte, que era superior y segura de los pantanos, con dos valles delante, aptos para cubrirse de los tiros de la villa; abrieron las trincheras con toda diligencia y coraje de unas y otras naciones, tanto que un dia al amanecer llegaron á 300 pasos del foso; levantaron reductos y otras máquinas capaces de alojar 2.000 soldados; los de la villa afligian y fatigaban la obra con artillería y mosquetería, hasta que el Conde les plantó dos baterías, una de tres y otra de cuatro cañones con que batia las defensas; y como sagaz y prudente, de noche trabajaba en las trincheras y de dia se fortificaba, previniendo las salidas del enemigo, y hallarse á ellas armado y con las fuerzas libres para ofender y defenderse. Mauricio, á esta sazon, viéndose el ejército católico dividido en tres partes, deseoso de acometer y romper el uno, á media noche partió con su hermano Enrique de Nasau, General de la caballería, y sacando del ejército 3.000 infantes y 2.000 caballos marchó con ellos; llegó casi á una hora del dia á una

barrera puesta á la entrada del camino que va á Mulen, cuartel de la caballería católica; hallóle desamparado por haberse retirado dél con la gente que tenia á su cargo el Conde Tribulcio, pareciéndole estaba más apartado de lo que convenia y más descubierto para las salidas del enemigo; y si bien habia mandado que un Cabo de escuadra con 35 caballos estuviese de noche en unas caserías que habia entre el cuartel y la barrera, que batiese la estrada, descubriese los caminos y avenidas del enemigo, poniendo los centinelas á lo largo y avisase de todo; el Cabo de escuadra se descuidó y no lo hizo aquella noche, con que fué ahorcado; llegó Mauricio, y hallando el puesto sin guarnicion y con gran ruido á lo largo de cajas y trompetas, como de gente que se recogia para ir á forrajear; pareciéndole que habia sido visto y que se iban retirando, ordenó á su hermano que con parte de la caballería pasase á una casa fuerte, llamada Espira, á mil pasos del castillo de Bruck, y se calase por el rio Roer y se encaminase la vuelta del fuerte, para en caso que nuestra gente pretendiese retirarse, cortarla; llegó Enrique, y encontrándose con una compañía que gobernaba un Capitan borgoñon, la rompió; entró en el alojamiento de D. Francisco de Irrazabal, que con el ruido se habia ya puesto á caballo con su compañía; el cual, viendo la intempestiva venida del enemigo, salió á la campaña, y dejando su bagaje en la baja corte ó corral del castillo, con 40 soldados de guardia, que cerrando las puertas y fortificándose dentro la defendieron; de suerte que el enemigo no salió con la empresa; D. Francisco se le opuso; y el Enrique, viendo la dificultad, pasó adelante para volver á esguazar el rio y acometer á Mulen; el Conde Tribulcio á esta hora, compelido del estruendo de la arma, se puso á caballo con algunos soldados particulares y su compañía, que estaba para ir á forrajear; y como vió que el enemigo queria pasar el Roet, se lo defendió por tres veces rechazándole gallardamente, degollándole mucha gente; visto por el Conde Enrique que le era impedido el paso, volvió otra vez á Espira para hacer por allí su salida y dar por las espaldas á la gente

católica; previniendo lo cual, el Conde Tribulcio, hizo pasar el bagaje y la resta de la infantería, y siguió con la caballería marchando por una eminencia de la campaña, que estaba en los contornos del castillo, tomándole por las espaldas, que guarneció con mosquetería y arcabucería las hayas y setos, y todo lo demas del paraje en opósito de la entrada; habia ya llegado á Mulen, Mauricio, con lo restante de los escuadrones; dejó allí uno con la artillería, y por la casa Espira esguazó y juntóse con su hermano, pretendiendo entrar en la campaña que ocupaba Tribulcio; hízolo así, retirando los que estaban en la guardia de los setos con algunas mangas de mosquetería, que hizo adelantar, con intento de abrir paso á la caballería.

Era la sazon, pues, esta, que D. Luis de Velasco, el Marqués Spínola, y con ellos el Duque de Osuna con alguna gente, aquel dia, cumpliendo con las obligaciones de soldados y cabezas, habian salido á visitar aquel cuartel, descuidados de lo que podia suceder, y muy fuera de lo que acaeció, pues no llevaban ni armas ni gente, y la que traian no pasaba de 50 caballos; llegados que hubieron á media legua de Mulen, fueron avisados de lo que pasaba, y á la hora, D. Luis de Velasco y el Duque de Osuna, con 50 caballos al galope, se adelantaron, diciendo al Marqués les enviase socorro, el cual volvió por él; y ellos, siguiendo su derrota, encontraron con Fabricio Sotomango, que con cuatro compañías de caballos pasaba á la guardia de Rocrort; hiciéronle volver consigo, y á toda priesa llegaron adonde estaba el Conde Tribulcio, que con tal Capitan recibió contento y ánimo, y se regocijaron y encendieron los espíritus de los soldados; saludáronse, pues, alegremente los unos á los otros, y todos juntos dieron principio á la faccion; vió D. Luis que algunas tropas de la caballería del enemigo se adelantaban, siguiendo su primer designio, para entrar en la campaña y tomarle por las espaldas; y proveyendo con su prudencia y consejo, y con el valor de su sangre, ordenó al Capitan Mauro que tocase arma y se metiese en la escaramuza por un lado, y por el otro que acome-

tiese el Capitan Sotomango, y á Nicolao de Oria que se les opusiese á la entrada; cerraron los Capitanes valientemente con el enemigo y defendiéronle el paso, si bien con pérdida de Sotomango, preso y herido Nicolao de Oria: Mauricio, que á todo estaba, con la vigilancia que en tales casos acostumbraba, viendo que no les era lícito á los suyos entrar por aquella parte, hizo que la acometiesen por otra; empero, el Velasco, con los 50 caballos y la compañía de Lucas Cairo, por el un costado, cerró con tanto denuedo y bizarría con el enemigo, que le hizo volver atras; porfiaban, sin embargo, abrir camino, y con la misma porfía los revocaba D. Luis, manteniéndose en el combate por espacio de cuatro horas, con muerte de muchos herejes; al fin de las cuales, y en el mayor ardor de la pelea, oyeron gran número de atambores que á toda priesa tocaban á marchar, ardid que tuvo el Marqués poniéndolos á caballo, para que metiesen en confusion al enemigo y creyese que iba gran golpe de gente sobre él, en tanto que llegaba la que á toda diligencia marchaba en socorro de Don Luis y ofensa de los contrarios; creyólo, pues, á los primeros lances Mauricio, con que estuvo suspenso por un rato y casi atónito, y más cuando vió al Marqués Spínola, que en este ínterin venia ya sobre él con 600 españoles y 2.000 infantes de otras naciones, que aunque algo atras, le seguian con dos piezas de campaña; sobresaltado de lo cual, hizo retirar su gente, escaramuzando el escuadron que habia dejado de la otra parte del rio continuamente; juntáronse, pues, ambos Capitanes y generales de caballería y ejército, y corriendo la ribera abajo, degollaron 200 enemigos que iban á pasar de la otra parte; faccion considerable, si una bala de artillería no hubiera muerto al Conde Tribulcio, dándole en los pechos; cosa que sintió mucho el Marqués y todos los Cabos y Oficiales del ejército, por sus muchas partes, valor y deseo de ascender con hazañas memorables á los primeros y más nobles puestos y lugares de la milicia, siguiendo su gallardo destino y progreso de concluir con felicidad esta faccion y destrozar al Mauricio, como ya lo habian comenzado; el Marqués y

D. Luis pasaron el rio, y acometieron el escuadron que ya se iba retirando, y le pusieron en rota; siguiéronlos animosamente, degollándole pasados de 500 hombres entre Coroneles y Capitanes; perdieron algunas banderas y carros de pólvora; y visto por el Marqués que iba desbaratado y deshecho el enemigo, dejando cubierta la campaña que pensó ocupar, de cuerpos muertos, mandó recoger y retirar los suyos, y los subió á reposar, remunerándolos con premios y pagas lo bien que aquel dia habian peleado, y más cuando se vió eran tan inferiores en número á los enemigos, los cuales pasaban de 4.000 combatientes, y los nuestros, no de 1.200, repartidos y tomados de sobresalto; faccion que fué reputada por de consideracion y estima, conseguida por la diligencia del Marqués; valentía y grandeza de ánimo de D. Luis de Velasco, á quien los más atentos atribuyeron la victoria, y que á no llegar á tiempo y ser su valor tan singular, y no cerrar con tanta resolucion, y la que siempre ha profesado en las armas, se hiciera Mauricio señor de la campaña; dióse á Lúcas Cairo 150 escudos de sueldo por lo bien que peleó aquel dia, y por quitar al enemigo que no revolviese otra vez sobre aquel cuartel, y asegurarse de los accidentes que le podian venir; hizo levantar de allí la gente y alojarla de la otra parte del Rhin; avisó á S. A. del caso y rota de Mauricio, de que recibió mucho contento, recreando los ánimos de los Capitanes y Gobernadores de las guarniciones y plazas de armas de todo el país, los cuales estaban deseosos de redimir con nuevas empresas la congoja de las pérdidas pasadas, y enviar á España sucesos de mayor felicidad, fortuna y reputacion, para amplificacion del poder y grandeza de la majestad del Rey católico de las Españas, D. Felipe III; que sin anteponer á otra cosa los cuidados de aquellas Provincias, ni al incansable desvelo de sus Ministros, y al que ocupaba el primer lugar en su gracia, deseaba adelantarlas y engrandecerlas con el mismo calor que sus pasados y esclarecidos progenitores lo hicieron.

Creyeron los de Vachtendok poderse sustentar un año contra las fuerzas católicas que en aquella parte gobernaba el

Conde de Bucue; mas fué en vano, porque el teson de los soldados fué tal, sin embargo de ser tan fuerte, que llegaron al foso y le cegaron, y se arrimaron al caballero y le comenzaron á minar. Mauricio, mal afortunado en las facciones de este año, esperaba, no sin mucho cuidado y congoja, el suceso de la plaza; y por hacer alguna diversion á nuestros Capitanes, intentó por interpresa á Geldres con 5.000 infantes y 2.000 caballos, que le salió mal, porque desde las murallas fué rechazado, con muerte del petardero y muchos de los suyos que se habian arrimado á la puerta; con que se hubo de retirar, mal de su grado, afrentosamente. El Conde de Bucue y el Marqués, avisados de la salida de Mauricio, estuvieron con sus ejércitos en arma, creyendo pasaba á Vachtendok; mas enterados del mal suceso de Geldres, volvieron á retirarse á sus puestos, y el de Bucue á proseguir el sitio; hizo volar la mina y disponer la gente para el asalto; que visto por los de dentro, se pusieron en la fuga, y si bien los hacian volver sus Capitanes, sin embargo, se fortificaron los nuestros sobre el caballero, de que recibieron tanto temor los enemigos, que llamaron para rendirse; diéronseles por partido que sacasen bagaje, armas y banderas; lo cual, aceptado, salieron pasados de 1.000 soldados, habiéndole degollado en el sitio más de 200, y al Conde en la expugnacion pocos más de 250; halláronse 13 piezas de artillería, y quedó atormentado el Mauricio con esta pérdida, y á todas las provincias de Holanda les dolió en el corazon, porque era una de las plazas fuertes que tenian en aquel paraje, y de mucha consideracion; en tanto que esto pasaba en el Rhin, el Conde Federico tomó en la provincia de Flandes el fuerte de Midelburg, fortificóle y ciñóle con el villaje; pasó al dique de Dame y levantó dos fuertes, uno en la cortadura de la Exclusa y otro más arriba, á pesar de la guarnicion y de lo mucho que tiraban; conseguido esto, mandó el Archiduque levantar otro en la Cabeza de Flandes, á la frente de Amberes, para hacer opósito al enemigo si la volviese á intentar; desmanteló el reducto de la Paciencia y las fortificaciones que habian hecho los amotina-

dos en Hochstrat, con lo cual, y con la nueva que corria ya de la pérdida de Vachtendok, avisó el Marqués al Conde de Bucue, que dejando buena guarnicion en la villa y desmanteladas las trincheras, pasase al fuerte de Cracan, en el distrito de Meurs, que ocupaba el enemigo, y que tenia bien presidiado y fortificado, y le tomase; ejecutó la órden el Conde de Bucue, y dejando la plaza ganada á buen recaudo, marchó para el fuerte, y cuando se hubo acercado á él, le acometió por tres partes con los tres Maestres de Campo italianos, y luego le comenzaron á abrir trincheras y se les plantó una batería de seis cañones; avisóles el Conde que se rindiesen ántes de comenzar la batería, porque si nó, no hallarian despues misericordia; á lo cual respondieron, que aún era temprano; comenzóles reciamente á batir y arrimárseles con cestones; á lo cual, luego llamaron para rendirse, que no se les admitió, y acometiendo á dar el asalto, desampararon el puesto y se retiraron al castillo, que tenia su foso y puente levadizo; asestaron los nuestros al puente la artillería del enemigo para derribarle, á lo cual pidieron misericordia; que admitida por el Conde, los mandó recojer en una iglesia, y quitándoles las armas, dejando con ellas á solos los Capitanes, que fueron las espadas; dejaron ir saliendo á los demas con sus baquetas blancas en número de 300 hombres; tomaron cuatro banderas que se hallaron dentro y todas las demas armas y municiones; con lo cual, y habiendo acabado el Marqués los dos fuertes de Rocrort, perfeccionados y guarnecidos, hallándose con el tiempo tan adelante y casi en el corazon del invierno, y que las aguas tenian empantanada toda la tierra, dejando 2.000 hombres y 1.000 caballos en los fuertes, y por Gobernador á Mr. de la Melisa; retirándose á esta sazon Mauricio con todo su campo, no muy sabroso con tantas pérdidas; alojó el Marqués el ejército, pasó á Bruselas y dió por menudo cuenta al Archiduque de lo sucedido: reformáronse algunos tercios; hízose merced á otros de oficios preeminentes, premiando las fatigas y trabajos padecidos en la guerra de algunos excelentes soldados; pasó el Marqués á España, vis-

pera de Navidad, á consultar con el Rey la jornada que se habia de hacer al año siguiente.

Alentaban en Holanda los Magistrados y cabezas que gobernaban el comun de los pueblos, diciendo (para confirmarlos en el ánimo y la esperanza y para la tolerancia de los muchos tributos que pagaban) que las pérdidas del año antecedente no habian sido de consideracion, estilo muy usado entre ellos por las causas y razones referidas; con lo cual enviaron sus armadas y hacian sus esfuerzos, unos para tomar la flota y otros para inquietar las costas de España. Llegó, pues, el Marqués á Valladolid, dió cuenta al Rey y á los Ministros de lo sucedido; asentóse lo que se habia de hacer el año siguiente, ya entrado en el mundo de 1606; dióse principio á los asientos del dinero, en el cual, hallando algunas dificultades en los hombres de negocios por no haber venido la flota, el Marqués los alentó y esforzó con su grande ánimo, de manera que los hizo entrar en el asiento; y favorecido del Rey y de su primer Ministro y confidente, con la honra, nunca bastantemente encarecida, de Consejero de Estado; con letras de 800.000 escudos dió la vuelta á Flandes, á hora que el Archiduque, ni con los embarazos del tiempo ni sus descomodidades, dejaba de discurrir y desvelarse en amplificar y extender sus estados, acrecentando plazas y añidiendo á los laureles de su casa nuevas palmas y coronas con nuevas empresas y victorias, ornamentos merecidos á la grandeza de sus virtudes; y así envió á Terralles, francés, con sus petartes y petarderos, y que pasando de la otra parte del Rhin, junto á Oldeencel y Lingen, acometiese á Bredeborde con asistencia de D. Luis de Velasco y todos los demas Gobernadores y Capitanes de aquel paraje; llegó, pues, Terralles, acometió las puertas, rompiólas y entró en la plaza, y retirándose la guarnicion á la ciudadela y no hallando pólvora con que tirarlos, sobreviniendo el Conde Enrique de Nassau, descuido intolerable, sitió á los sitiadores; que al fin, no hallando con qué ofender y defenderse se hubieron de rendir, dejando saqueada la villa en cantidad de más de

50.000 escudos, con que no surtió á la fortuna que se pensó la empresa; sacaron la gente de ambos campos sus Generales con el nuevo accidente, tanto que estuvieron uno á la frente del otro hasta que Mauricio se alojó, haciendo lo mismo D. Luis de Velasco, entre Veenlóo y Geldres; á esta sazon salieron los Gobernadores de Bergas, Opzon y Breda, con la ocasion de estar tan léjos nuestras fuerzas, y corrieron con 500 infantes y 500 caballos hácia los contornos de Amberes y Malinas, quemando los villajes que no contribuian; sobrevino ansimismo entre las dos Pascuas de Resurreccion y Navidad, tan gran viento en toda la Europa, que aterró muchos edificios y torres muy fuertes, arrancó los árboles de sus mismas raíces en el Pais Bajo, rompió las iglesias, descubrió los tejados con daño de mucha gente, arrastró los diques en Holanda con los embates y golpes tormentosos de la mar, anegando algunos pueblos naturales y hasta el bestiamen; de suerte, que por mar y tierra fué intolerable el daño que todos recibieron; templó y desbarató el Conde San Jorge un motin que los soldados italianos tramaban en Vachtendok, con los soldados de las guarniciones vecinas, dando de puñaladas al instrumento y tratos de cuerda á los demas culpados; preveníase el Archiduque, otrosí, y reforzaba su ejército en tanto que venia el Marqués Spínola, que por alguna dolencia no habia podido llegar tan aína, recibiendo á sueldo 3.000 alemanes y 500 caballos, que el Duque de Branzuuycq habia levantado para sosegar algunas inquietudes y movimientos de sus estados, que mitigó la prudencia ántes de llegar á las armas; gobernados por el Conde de Joan Embden y Jorge Loqueman, caballero frison, y que en las facciones pasadas habia servido al Rey; alojáronse á los contornos de Lingen, rehinchéronse las regimientos, y púsose á caballo toda la caballería, y con un tercio de españoles que acababa de llegar de Italia, en que habia 2.000 soldados debajo de la conducta del Maestre de Campo Joan Bravo de Lagunas, y dos tercios de irlandeses y escoceses, que habian desembarcado; se hallaba el ejército católico reforzado, con lo cual, y bastecido de

armas, puentes, fragatas, pontones, molinos, hornos, trigo y otros pertrechos tocantes á la expedicion de un poderoso ejército, armado y prevenido, que sólo esperaba la venida del Marqués Spínola, que no tenia con poco cuidado al Archiduque ni con ménos miedo á Holanda, publicando ántes que su enfermedad su muerte; llegó, finalmente, á Bruselas restituido en su primera salud, á los principios de Junio; trató con el Archiduque de cómo se habia de encaminar la guerra, concurriendo á los Estados mucha gente noble, y entre ellos D. Alonso Pimentel, hijo del Conde de Benavente, que sirvió con una compañía de caballos, y que despues de acabada la tregua pasó á ser General de la caballería del Estado de Milan, y murió sobre Verceli; intentó el Archiduque, pues, tomar por interpresa la Exclusa, y estando ya la gente casi dentro, con algunos petardos, que abrieron puertas y puente; los Capitanes hicieron tan mal su deber, que volvieron las espaldas, perdieron la ocasion y la plaza, que casi tuvieron entre las manos, si bien lo pagaron con las vidas jurídicamente; salió el Marqués de Bruselas á 20 de Junio, llegó al Rhin y tomó muestra de la gente; echó un bando, que todas las mujeres de los soldados se retirasen á las guarniciones, que á la del infante se le diese un pan de municion cada dia y á la de caballo un escudo al mes; y con 8.000 infantes y 2.000 caballos, y ocho piezas de artillería y 2.000 carros cargados de municiones y vituallas, marchó á tiempo que se hundia el mundo en agua y se inundaba toda la tierra, y con gran impedimento y trabajo llegó en dos dias á Doreste; pasó la Lipa, y alojóse en Aschende; á este paraje concurrió el Maestre de Campo Torres y el Conde Embden, con 2.500 infantes de las guarniciones de Lingen y Oldeencel; el agua era tanta, que daba á los soldados á la rodilla, que causaba compasion y lástima, cayendo tanta del cielo que les pasaba los vestidos y los cuerpos, con un viento frio y intolerable; más no por eso se dejaba de caminar y seguir la jornada, peleando con los mismos elementos que se le oponian: empantanábanse los carros, la artillería; faltaba descanso y abrigo á los solda-

dos, no hallando un poco de paja donde reclinarse, ni donde recibir algun calor; ántes, todo el país, estaba nadando en agua, tanto que los viejos, y de largos años de edad, afirmaban no haber visto tal verano desde que nacieron; todo esto causaba al Marqués notable desconsuelo, discurriendo que no le diese lugar este embarazo á Mauricio de rehacerse, fortificarle las plazas que él queria intentar de la otra parte del Isel; discurriendo por otra parte que habia de ir tan rápido y crecido, que ni le habia de poder esguazar, ni el rio sufrir las puentes; entretanto, pues, por no deslucir el tiempo, ya que él no le daba lugar de mayores progresos, resolvió de tomar á Lochum, plaza cerca de Zutfem, ni muy fuerte ni grande; dió el cargo de la expugnacion á D. Íñigo de Borja, castellano de Amberes; el cual marchó con su tercio, el de italianos de Guido de San Jorge, el de walones de Torres, que con todos serian 3.000 infantes y 500 caballos, que gobernaba D. Fernando de Guevara; y con todo este grueso se arrimó á la villa, y tirándola 30 cañonazos la rindió; pasó el Marqués con la resta del ejército á Barckolen, dejando en Goer á Lúcas Cairo y á D. Joan de Médicis, con dos tropas de caballos y 1.500 infantes para que fortificasen el villaje, con intento de hacer allí su almacen de municiones y vituallas; dejando pertrechos y otras máquinas para socorrerse dellas á su tiempo; á esta sazon, ya Mauricio, como se lo avisaron al Marqués, se habia puesto junto á Zutfem, de la otra banda del Isel, con 10.000 infantes y 2.500 caballos, con intento de socorrer á Lochum, á tiempo que ya D. Íñigo de Borja la ocupaba, echando el presidio de 300 infantes fuera, aprovechándose de cinco piezas de artillería que halló dentro, para aventarle, si se pretendiese llegar á la plaza; en Bruselas, el Archiduque, luégo que supo la pasada de nuestro campo por el Rhin, dió órden al Conde de Bucue que con el grueso que le habia tocado, en que habia 10.000 infantes y 1.200 caballos que llevaba á su cargo Bartolomé Sanchez, Teniente General de la artillería, con 12 piezas de bronce y todos los demas pertrechos y municiones, marchase

la vuelta del Vaal; salió el Conde con la misma tempestad y torbellinos de agua que caminaba el otro ejército; llegó á Mochem, lugar puesto entre Nimega y Grave, donde ganó aquella gran victoria Sancho de Ávila, y donde perecieron tantos Príncipes rebeldes y herejes de ambas Germanías, alta y baja; el Marqués de Spínola, por otra parte, puesto á las márgenes del Isel, opulento y crecido, y que el cielo no cesaba de inundarle á él y toda la tierra, que ni sufria puentes, ni era posible esguazarle, y con el ejército de Mauricio al opósito; mudó los intentos que llevaba y puso los pensamientos en sitiar á Grol, para lo cual ordenó á D. Luis de Velasco que con 500 caballos la reconociese; pasó D. Luis, y adelantándose con no más caudal que los corredores del campo, topó con 60 caballos del enemigo, que habiendo salido á discurrir por la campaña, le embistieron; fuese retirando D. Luis, hallándose sólo, con sagacidad y sin cobardía, escaramuzando con ellos con más aliento del que pedia la gente que llevaba y la que sobraba al enemigo, no cediendo jamás, aunque se viera acometido de grandes cohortes, de su valor y valentía, hasta que se vinieron 30 caballos de los suyos, número que le dió calor y habilenteza para embestirlos; y haciéndolo así, los cargó con tanto furor y denuedo que los retiró y los encerró en la tierra; conseguido lo cual, reconoció D. Luis, á pesar suyo, todos los puestos, fortificaciones y campaña de Grol; sin embargo que ya habia fortificado Mauricio toda la ribera del Isel, por la parte de la Belva, desde Harlem hasta Atem, término en que se ponen más de 14 horas de camino, con reductos, trincheras y gruesos cuerpos de guardia, dándose las manos unas centinelas á otras; navegando muchas barcas guarnecidas de artillería, que corrian la ribera de arriba abajo, con órden de avisar luégo que sintiesen novedad en los ejércitos católicos, desembocando hasta la mar; fortificaron por el consiguiente la ribera del Rhin de la otra parte de la Belva, desde el fuerte Schenck hasta Harlem con las mismas trincheras y reductos, haciendo las mismas prevenciones y defensas en la ribera del Vaal, desde el fuerte

hasta Tile, en que se incluyen ocho leguas; reforzado lo cual, y municionada con la diligencia que siempre acostumbran, de que los tiene ya hechos maestros nuestra experiencia, se puso Mauricio con 10.000 infantes y 2.500 caballos entre Zutfem y Deventer, puesto á propósito y necesario para acudir adonde le llamasen los accidentes; envió el Conde de Bucue á esta hora á Pompeo Justiniano que pasase el Vaal; el camino estaba tal, tan pantanoso y pesado, que aunque llegó tarde y halló de la otra parte cuatro compañías de Holanda y dos tropas de caballería, sin embargo, hizo embarcar la gente y acometió con ellos á pasar de la otra parte y tomar puesto; ofendia el enemigo á los nuestros furiosamente, y ora sea que la impetuosa corriente del rio, como iba soberbio, no les daba lugar de tomar tierra, ora que el miedo de los que gobernaban las barcas, viéndose asaetear de la arcabucería y mosquetería les desanimase las fuerzas para no tomarla, á la mitad del rio se dejaron llevar la corriente abajo; con que no se consiguió la empresa, y hubieron de surtir atras y tomar otra vez el rio arriba para intentar de nuevo el paso; á esta sazon ya el enemigo habia cargado con doblado número de gente y artillería y cuatro barcas de guerra sobre el paso; con que tiraron de tal suerte á las nuestras y ellos recibian tanto daño, que Justiniano se hubo de retirar; y el Capitan de marineros, pareciéndole habia faltado á la obligacion de su oficio y que por esto debia ser castigado, no atreviéndose á quedar en el campo católico, se pasó al del enemigo; avisó Justiniano al Conde de Bucue de lo sucedido, el cual pasó en persona, y viendo la imposibilidad del paso y que se habia hecho más dificultoso con la dilacion, mandó volver la gente al cuartel; avisó al Archiduque del suceso y de la imposibilidad de salir con él; despachó un correo, por el consiguiente al Marqués Spínola, dándole cuenta de todo lo sucedido, y haciendo alto en Mochem, resolvió á estarse quedo hasta tener órden de lo que habia de hacer y la empresa que habia de seguir; habia falta, por la dificultad de los tiempos, de vituallas en el campo del Marqués, que se remedió con brevedad

con serenarse y mudar de naturaleza; tentó tambien pasar el Isel, que hallando las mismas inaccesibles dificultades, mudó de intento y resolvió en sitiar á Grol, y avisó al Conde que pasase á Nimega y la sitiase, que no estando ámbos campos á más dilacion que pocas jornadas de camino, discurrió que con facilidad se podrian dar las manos; levántó el campo y envió con 1.200 caballos á D. Luis de Velasco que tomase los puestos: Grol, que en el condado de Zutfem, es de las populosas y grandes villas de aquel condado, delineábase y hacíase formidable con la llanura de su terreno y cinco caballeros que la rodean, foso muy largo y hondo, medias lunas y contra escarpas y estacadas; por de fuera inundaba de agua á cualquier poderoso ejército que la pretendiese escalar y acometer: plaza fuerte, considerable y de nombre, y donde por su comodidad y asiento refrescan en ella las escuadras y tropas de Holanda y Frisa, cuando pretenden correr el país neutral, y aún los nuestros calándose por el Rhin; habiéndola reconocido D. Luis de Velasco y tomado los puestos el dia siguiente, que se contaban 5 de Agosto, llegó el Marqués con lo restante del ejército; formó dos cuarteles, poniendo en el uno los tercios españoles de Simon Antúnez, y D. Íñigo de Borja y D. Pedro Sarmiento, con 500 irlandeses; en el otro el tercio de italianos del Conde de San Jorge, el de borgoñones de Mr. de Balanzon y 600 ingleses; distribuidas, pues, las naciones y dadas á cada una su asiento, ordenó el Marqués que cada una por su parte acometiesen á un caballero y una media luna, que no tardaron de hacer, adelantándose 500 pasos en muy pocas horas; tiraban los de á dentro con gran brío con la mosquetería y artillería muy espesas cargas; acudia el Marqués á todo, sin empecerle trabajo ni cansancio, ardides de enemigos, inclemencias ni importunidades de tiempos, fortunas ni contrastes de elementos, atendiendo al servicio del Rey, reputacion de España, de los países y de los ejércitos que llevaba á su cargo; proveyendo del país Munster vituallas en abundancia, con que sobraba todo á los soldados; refrigerándose de las necesidades pasadas, apretaban con esto

la villa por horas, poniéndola en riguroso trance y estrecho, arrimándose más á ella; de lo cual, constreñidos los de dentro, en número de 600 infantes, salieron á dar sobre nuestras trincheras, de donde con valor y valentía fueron encerrados en la villa, con pérdida de más de 100; á esta sazon llegó el Conde de Sora con la gente con que habia discurrido sobre el país, que eran 8 de Agosto, y se le señaló su cuartel; con que comenzó Torres á abrir sus trincheras, con ánimo, aunque el postrero, de llegar al mismo tiempo que sus compañeros, que lo habian empezado tres dias ántes; y así, todos á porfía, aspiraban con gloriosa emulacion y competencia de ser todos á un tiempo, ó cada uno el primero en alcanzar el triunfo de sus trabajos; asistíales continuamente D. Luis de Velasco, diligencia que hizo á los españoles arrimarse á la media luna, disponiéndose gallardamente á dar el asalto; defendíanse los enemigos constantemente con granadas de fuego y otras ofensas; empero, no fueron bastantes, para que adelantándose un Alférez español, no desamparasen el puesto y le enseñoreasen los españoles; llegaron los italianos y borgoñones despues á su media luna, si bien tan fondable el foso, que les hizo dificultad al pasaje; valiéronse del ingenio de Targon, el cual hizo un puente de tela sobre toneles, con que llegaron á la media luna, que desampararon tambien como la otra los de la villa; cegaron en esta sazon los españoles el foso con fagina y salchichones; los enemigos, con cuatro piezas de artillería que tenian cubiertas en una casa-mata, tiraban de través con saquillos de balas á los que trabajaban en la obra del foso, hiriendo y maltratando á muchos; tirábanlos los nuestros con la mosquetería desde las trincheras á las defensas, correspondiéndolos nuestros Capitanes, de que salieron muchos heridos con otros tantos tiros, poniéndoles dos piezas con que embocaban las suyas; el Maestre de Campo San Jorge y los borgoñones, despues de haberse arrimado al caballero, ganaron la media luna, poniéndo en ella algunas piezas; procurando pasar el foso, que hizo á la hora Balanzon, arrimándose al puesto que le tocaba; aprieto que puso

á los enemigos en congoja y confusion; con que viéndose imposibilitados de defenderse y asaltados por tantas partes, ántes de ser pasados todos á cuchillo, llamaron para rendirse; y habiéndolo hecho á 14 de Agosto, sacando de condicion, armas, banderas y bagaje, para lo cual se les dieron 100 carros; salieron de la villa 1.200 infantes, dejando 11 piezas de artillería, pólvora y muchas municiones, con no más pérdida de nuestra parte que de 200 hombres, habiendo perdido el enemigo muchos más en las salidas y defensas.

No dejaba el tiempo, con la vecindad de Agosto y Setiembre, de seguir su curso, con que empantanaba los caminos, resfriando y poniendo intermision al progreso de nuestros Capitanes, que si no les hubiera desayudado tanto, hubieran emprendido mayores y más loables cosas y salido con ellas, y de mayor autoridad para la nacion española, que no quería perder el hilo de estar enseñada á domar y vencer naciones en aquellos países y todas las demas que se incluyen debajo de la circunferencia y términos de la tierra, ansí bárbaras como más scientes; no le pareció al Conde de Bucue, por algunas *congruencias* que para ello halló, sitiar á Nimega, porque aunque no era fuerte, era muy á propósito y de mucho arte para ser socorrida; y no pudiendo quitársele, tambien le parecia gran yerro, y mayor aventurar aquel ejército y su prudencia, y aun el del Marqués, porque disminuyéndose aquel en facciones no tan dichosas, porque no son todos los sucesos de la guerra siempre iguales, era fuerza que se embarazase el del Marqués en sacarle de cualquier aprieto, y ambos quedasen impedidos para no surtir á empresa de importancia; el Marqués Spínola, hallándose tambien imposibilitado de pasar el Isel, por estar todavía Mauricio al opósito, y no dejar de caer las aguas en su mismo peso y teson, con parecer de D. Luis de Velasco, de los Maestres de Campo, Cabos y oficiales, resolvió en poner sitio á Rimbergue, empresa importante, supuesto que no habia podido salir con sus intentos por ser aquel el paso de la Frisa, y con el que podria dejar cortado á Meurs y asegurado el fuerte de Rocrort, llevar vi-

tuallas cuando quisiesen pasar nuestros ejércitos á enseñorearla, en barcas por el Rhin abajo hasta Emerique; quitábase el beneficio de las mercadurías que vienen por él al enemigo y la comodidad de refrescar la gente en los países de Colonia y Geldres, como lo usan cada año; y si bien tenia muy menoscabados los escuadrones con la expugnacion de las plazas ganadas, con los trabajos, con las enfermedades, y fugitivos, heridos y muertos, y la guarnicion que habia dejado en los demas puestos; resolvió de llamar al Conde de Bucue para que se juntase con él; y así le avisó, que pues no habia esperanza de pasar el Vaal, con parte de su gente y muy á la ligera, tomase con resolucion los puestos de Rimbergue por la parte de Geldres; lo cual, hecho y ejecutado, dejando en Grol al Conde de Sora con 1.500 infantes y al Conde Enrique con su tropa de caballos; con las reliquias que le habian quedado del ejército, á 21 de Agosto, comenzó á marchar y se alojó cerca de Bredeforde, desde el cual envió al Maestre de Campo, Simon Antúnez, con 2.000 infantes de todas naciones y 700 caballos, y dos piezas de artillería, y algunos pontones para que pasase la Lipa y tomase puesto en Rimbergue por la parte de la Frisa; llegaron ambos á un mismo tiempo, y el de Bucue, con 4.000 infantes, 500 caballos y 4 piezas de artillería, dejando la resta del ejército á cargo del Maestre de Campo, D. Joan de Meneses, habiendo roto ántes un socorro de 800 hombres, que Mauricio, con la pérdida de Grol y sospecha de que el Marqués iba á tomar á Rimbergue, enviaba á la plaza, dió principio y calor á la empresa: es Rimbergue, villa mejor que otras muchas de aquel distrito, en grandeza, poblacion, trato y fortaleza considerable; tiene su asiento en el país de Colonia, perteneciente al Arzobispo, unas veces debajo del poder de Holanda y otras del nuestro, como lo permitian á tiempos las fortunas de la guerra; paso importante para la Frisa, situada á la ribera del Rhin; es escogida, por la banda de Geldres de buenas y fertiles campañas, grandes y amenos bosques, con parte de marrazos ó pantanos que la hacen formidable, tiene por la del Rhin un

fuerte que levantó en los años pasados el Duque de Parma cuando pasó al socorro de Zutfem. Las competencias encendidas de las armas la han hecho despues acá más fuerte y poderosa, y aunque cuando Mauricio últimamente la ganó, le hizo muchas y muy notables defensas; no fueron de tanta consideracion como las que le arrimó despues que hácia aquellos confines y términos de su tiranía vió encaminar con tanto aumento nuestras fuerzas, pareciéndole que habia de ser esta plaza la que habia de sufrir, y sobre la cual habia de caer el ímpetu y peso de nuestras armas y desolacion, y la que primero habia de ser acometida; y así, con grande estudio y disciplina militar, de que es tan grande Capitan y maestro, sin reparar en gasto, porque demas de la fortificacion antigua de cuatro plataformas con sus fosos de agua, y las que despues le fueron hechas, tanto por su trabajo y industria, cuanto por el nuestro, cuando la tuvimos, la hizo ahora fuera de los muros, y fabricó en torno della quince puestos entre rebellines y medias lunas, con sus fosos y estradas encubiertas, estacadas, y más adelante cuatro trincherones á modo de tenaza, reductos y otras defensas, abriendo más el foso al fuerte de la Isla; metiéndole dentro las vertientes del Rhin, con puerto capaz para abrigar las barcas, y además de esto un trincheron á lo largo de la Isla con sus traveses, y en el remate un reducto con un puente para pasar á la Frisa, y allí cerca un fuerte Real con cuatro caballeros; fortificaciones todas hechas casi á un cuarto de legua del Rhin, entre él y una pequeña ribera, donde tambien estaba levantado un reducto, que á la hora que llegaron los nuestros, desampararon con fuga los enemigos.

Discurrido, pues, por el sitio y fortificaciones de Rimbergue, no con aquella elegancia y puntuacion que piden hechos y hazañas tan famosas, ejecutadas por soldados y Capitanes de tan esclarecida y singular opinion: el Conde Mauricio, sabida la determinacion del ejército, y que estaba ya sobre la plaza, y con esperanza de victoria, apartándose de las riberas del Isel y Vaal, sacó toda la gente que pudo de presidios

y guarniciones, y dando á su hermano Enrique de Nasau 2.000 infantes y 2.000 caballos, le mandó partiese la vuelta del fuerte Schenck, con muchas tropas de caballeros franceses, que con particular instinto suyo habian venido á señalarse en aquella guerra; accion, ni noble ni religiosa, ántes vituperosa y cobarde para aquella nacion: teniendo aviso el de Bucue de esta venida del enemigo, lo hizo saber al Marqués Spínola, que á esta hora se hallaba con algunas gentes junto á Vesel, y asi, ordenó al Maestre de Campo, Simon Antúnez, que con 1.000 infantes pasase á juntarse con el Conde, y dando la retaguardia á D. Luis de Velasco, llegó él mismo con la vanguardia á Rimbergue; tomó los cuarteles á vista del fuerte y echó al Capitan Francisco de la Fuente con 500 caballos en socorro del Conde de Bucue, que en escuadron con toda su gente esperaba al enemigo; sin embargo, el Enrique, encaminado por bosques y por rodeos, metió en Rimbergue 2.000 infantes y 200 caballos, con parte de las personas más señaladas de Francia, y aunque llegó Francisco de la Fuente con sus caballos á aquella hora, cuando ya estaba metido el socorro en la plaza, si bien siguió al Enrique, mató y prendió algunos de los suyos; habiendo conseguido el intento se puso en la retirada; preveníase Mauricio con todas sus fuerzas á pasar á socorrer á Rimbergue, trabándose de ambas partes diversas escaramuzas, de que D. Luis de Velasco y el Marqués Spínola estuvieron casi á pique de ser presos, si no cargáran con tanto valor sobre los enemigos, que los hicieron retirar, degollándole alguna de su caballería; deseaban los franceses, con aquel orgullo y primer ímpetu suyo, que con tanta brevedad han domado nuestros españoles, salir á señalarse; para lo cual hicieron una salida sobre el cuartel del Conde, que á toda furia y buen corazon rechazaron, atormentados de la valentía de los nuestros, tomando en prision al Conde de Fles, caballero francés; iban á esta hora todas las naciones por sus puestos arrimándose con trincheras á las defensas y á las fortificaciones de la villa; los españoles y borgoñones por una parte, el Conde Guido de San Jorge con los italianos y walo-

nes por otra, con que se hacian muchas y diversas facciones sobre los enemigos, dignas de loor y toda alabanza, de las cuales, no escapando bien parados, se las dejaban y rendian en sus manos, con que iban caminando con ménos peligro en demanda de su pretension.

Si los nuestros con todo ardor caminaban á ofender y á expugnar la plaza, no se descuidaban con ménos calor los enemigos en ofender y defenderse; y así, repartiendo su caballería en cuatro tropas y 800 infantes en dos escuadrones, hicieron una gran salida, acometiendo las trincheras de Justiniano, que estaban fabricadas entre dos lagunas; opúsoseles el Maestre de Campo, y peleóse con tanto denuedo de ambas partes, que al fin, aflojando en la pelea los enemigos, los retiró sin resistencia alguna, degollándole mucha gente hasta meterlos en la estrada encubierta, siendo una de las mayores salidas que en toda la jornada y que sobre todos los sitios y tomas de plazas habia hecho el enemigo; mató en otra salida el Maestre de Campo, Torres, 150 soldados; ganáronse por el consiguiente todas las fortificaciones que estaban hechas al rededor del fuerte, con que el Coronel escocés que le defendia lo desamparó pegándole fuego; hiciéronle dejar, no obstante, un reducto con seis piezas de artillería, por donde queria escaparse; apretábanle los españoles hasta hacerle echar al agua á él y á sus soldados, donde morian ahogados miserablemente; á esta hora, sabiendo Mauricio, que se hallaba en Vesel con 13.000 infantes y 3.000 caballos, que las fortificaciones y el fuerte que podian haber durado en la defensa veinte dias, se habian perdido en cuatro, perdia la paciencia y blasfemaba contra su fortuna; sin embargo, velaba el Marqués y D. Luis de Velasco en el sitio, apretándole y poniéndole cada dia en mayor necesidad; las ofensas de ambas partes eran duras y intolerables, cuales las suele trazar el rigor y inclemencia de la guerra; hacíanse continuamente muchas salidas, sin dejar de tirar de dia y de noche la artillería; retrocedió D. Luis de Velasco 1.000 infantes y algunas tropas de caballos cuando enviaba Mauricio de la otra parte de la Lipa á fabricar un re-

ducto cerca de otro que tenia el Marqués Spínola, haciendo notable estrago en ellos; sin embargo, revolvió, y con su diligencia tomó el puesto y aseguró el paso, inquietando por horas el cuartel de D. Luis, que con esta vecindad se recogió y fortificó en partes convenientes; de lo cual, advertido el Marqués, y que tenia al enemigo más cerca de lo que quisiera, hizo apretar á toda furia la tierra, fortificar los cuarteles, por la poca constancia que hay en las fortunas y trances de la guerra, ocupar las eminencias, prevenir los bosques y pantanos con correrias y centinelas, batiendo las estradas á toda diligencia, con órden de que le avisasen siempre de los movimientos del enemigo, y de la esperanza que tenia de socorrer la plaza; no permitiendo al descanso humano un instante de ócio, acudiendo á todas partes, visitando los puestos, los escuadrones; gastando en esto muchas vigilias, faltándose á sí y al sueño por no faltar al Rey ni á la reputacion; previniendo el riesgo y desbaratándole, dejando atras á los mayores Capitanes que admiró la antigüedad; teniendo á los suyos en vela y atencion, sin deponer un punto de las armas ni del trabajo, á tiempo que ya las jornadas, muertos, fugitivos, enfermos, descomodidades, sitios, plazas ganadas, presidios, asaltos, salidas, reencuentros, fortuna y rigor de tiempo, tenian su ejército tal, que á esta hora no pasaba de 12.000 infantes y 2.400 caballos; empero, tales, que con ellos y su valor pensaba salir con la plaza y emprender otras muchas y debelar con el favor del cielo los escuadrones infieles de Holanda, enemigos del Evangelio, y ponerlos debajo de las plantas católicas del Monarca que las afirma y establece con religion y espada en ambos mundos. No se hacia otra cosa con la demasiada influencia de Marte, que sobre todos, con particular ódio de unos y otros, dominaba de ganar reductos y explanar trincheras, fabricando estas y deshaciendo aquellas; volar minas, hornillos, acometer medias lunas, escalar y cegar fosos, sin soltar la zapa ni la pala un instante; para lo cual no hay premio en la grandeza ni potestad de los Reyes equivalente á este trabajo; plantar baterías, cestones, asaltar

caballeros; de suerte, que ya era tanto de nuestra parte el número de los heridos por los muchos asaltos que se habian dado, y salidas que habian hecho los enemigos, y minas que se habian volado, que forzó al Marqués á formar hospital en Alpen, lugar puesto á media legua del campo, que guarneció de infantería con la compañía de caballos de Mr. de Nortun; que por pasos no más descansados que estos, aspiran los hombres al honor y utilidad de la milicia, y á la grandeza y utilidad de las armas. Apretada, pues, la tierra, no sin gran fatiga y afan, derramamiento de sangre, pérdida de brazos y piernas de todas naciones; congojado Mauricio de que la habia de perder, á mucho pesar suyo, trató de socorrerla, para lo cual puso su infantería en diez escuadrones, seis pequeños y cuatro mayores, y en tropas la caballería, guarneciendo ambos costados; y en esta manera marchó y llegó de noche á la campiña cerca de Alpen. Desde este paraje envió 1.500 infantes que se metiesen en Meurs, que estaba de allí tres leguas, que caminando por el bosque se calaron en la villa; y con esto se volvió Mauricio, siendo su intento, segun lo entendieron muchos, de asaltar otro dia el cuartel del Marqués por la parte de Burique, y por la otra del rio tocar un arma tan viva al cuartel de D. Luis de Velasco, que le pusiese en confusion; con estos dos ardides y que la infantería que habia entrado en Meurs, diese por las espaldas al de italianos; de tal suerte, que procurase á los de la villa á hacer una gallarda salida contra la parte de Burique, para que todos se diesen las manos; probando fortuna, licencia en los casos apretados admitida, si bien no tan felizmente ejecutada como lo pedia la necesidad. No se le fué por alto al Marqués la cautela y celada del enemigo; para lo cual hizo salir al opósito á don Luis de Velasco con la caballería y parte de la infantería, puesta en batalla; hízole pasar á Alpen, y en esta manera y en aquel paraje supo cómo Mauricio habia mudado de intento y se habia retirado, mandando hacer en todo su campo, con la falsedad de sus ritos y ceremonias, tres dias de ayunos y plegarias; costumbre entre holandeses muy usada, cuando se

ven cercados de algun intolerable trabajo, como si aquel ejército fuera gobernado por Josué, Capitan del pueblo de Dios, contra las ciudades y provincias enemigas que adulteran y contradicen el verdadero culto á Dios, siendo él el que sigue lo contrario y nosotros lo cierto, pues quien confiesa penitencia, por qué ha de negar sacramentos. Iban apretando por nuestra parte el sitio, y viendo los de la villa que los españoles se habian adelantado, pasado la laguna, y hecho una gran cestonada con galerías, salieron á pegarles fuego, tirando muchas granadas y cargas de mosquetería; acudió el Marqués Spínola, el Conde de Bucue y el Duque de Osuna, y pelearon con tanto calor con ellos, que los arrojaron de allí; degollando muchos del enemigo, si bien salió herido el Duque y D. Joan de Meneses; mataron desde un rebellin al Maestre de Campo, Torres, con una bala de mosquete, uno de los valientes y escogidos soldados que han militado en las guarniciones de Flandes; dió el Archiduque su tercio á Cláudio de la Noi, señor de la Motería. Estában ya á esta sazon todas las fortificaciones de la plaza, parte de ellas ganadas y parte para perderse; apretada, finalmente, y puesta en estrecho miserable por todas tres partes, sin haber menguado el brío y ardor de las naciones, ántes aumentádose en mayor y más alto punto, con deseo de fenecer la causa y rematar la victoria; para esto, no obstante y dar dichoso fin á la guerra desto año, plantó el Marqués contra la villa 34 piezas de batir, con una mina á punto para volarla, y apretarla por todas tres partes que era acometida de nuestra gente, cuando á 1.° de Octubre llamaron para rendirse. Salió el Sargento Mayor de la villa, preguntando por D. Joan Pantoja, Teniente de Maestre de Campo general; salió el Pantoja y afrontándose con él, le dijo pidiese licencia al Marqués, para que de parte del Gobernador de la villa, saliesen á hablarle dos Capitanes; hízolo el Maestre de Campo general, y habida licencia del Marqués, salieron otro dia y lleváronlos á la tienda del Marqués, el cual los esperaba con todas las Cabezas y Cabos del ejército, para que oida la proposicion de los sitiados, difinie-

sen lo que se habia de responder; llegados los Capitanes, propusieron el rendir la villa, como se les concediesen honestas condiciones, y que entre todas habian de ser que les dejasen llevar las barcas; remitióse todo á D. Joan Pantoja, el cual entró en la villa, y saliéndole á recibir el Gobernador con los demas Capitanes, les concedió salir con armas, cuerdas encendidas, banderas, cajas, dos piezas de artillería y bagaje. Salieron, pues, fenecida la capitulacion, otro dia, formados en dos grandes escuadrones en número de 3.300 infantes, 150 caballos, en 47 banderas, 500 carros con otros 300 que les dió el Marqués para bagaje y heridos, que pasaban de más de 1.000 hombres, con 3.000 que iban en conserva de los carros, que por todos serian pasados de 5.500 soldados; entró, pues, el ejército católico victorioso, y halláronse en la villa 15 piezas de artillería, sin la que tenian los dos fuertes, municiones de guerra y vituallas, dos bajeles de guerra, 16 pontones grandes, 50 barcas; murieron del enemigo al pié de 500 hombres, 14 Capitanes de todas naciones: empresa verdaderamente considerable, por la importancia de la plaza, á tiempo sumamente trabajoso, y con un ejército trabajado en diversas facciones y á la cara de otro formidable y de nervios muy gruesos para dar cuidado al más poderoso y de mayor confianza. Pasó volando la nueva por todo el país, con gusto de los afectos y confusion y afrenta de Mauricio y Holanda; corrió toda la Europa, hasta la corte de España, donde halló al Rey católico empleado en ofrecer á Dios sacrificios por tales sucesos, como si los adivinara, no con poca mengua y envidia de los Príncipes confinantes; corrido Mauricio de haberle quitado tan á sus ojos una plaza tan importante, entró en deseo, por la industria de Mr. de Hatillon, caballero francés, de tomar á Venlóo, con petardos, para lo cual le dió 2.000 infantes y 1.000 caballos, que rebatió valientemente el Conde Herman Bandembergue, Gobernador de Geldres, que á la sazon tenia allí su residencia, á tiempo que ya llegaba la gente rendida de Rimbergue; con que perdió los pulsos, creciendo con efectos tan desdichados su melancolía, tanto

que estuvo cerca de consumirse en pesar y congoja; creyóse tambien que se traian inteligencias en Gravelingas y Ostende, por grandes prevenciones que se descubrieron, que todas se desvanecieron sin llegar á efecto. Reparó el Marqués á Rimbergue, arrasando nuestras fortificaciones y guarneciéndola de muchos y excelentes soldados, así infantes como caballos; alojó el ejército, distribuyéndole con providencia para que descansase, ántes que viniera á mayor crecimiento un motin que se habia fraguado en Mol, que no puede ser todo cumplido, ó inducidos de la rabia de Mauricio con la pérdida de las plazas, ó por la falta de algunas pagas; que no habiendo llegado aquel año los galeones de la plata, y ídose á pique algunos, no habian podido cumplir los hombres de negocios y faltaba el dinero, ó de la natural malicia á que ya estaban dados la hez de la gente de guerra; dejó en Rimbergue al Conde de Bucue, con cargo de cuidar de los alojamientos, y con lo restante del ejército, llevando en su compañía á D. Luis de Velasco, pasó la vuelta de Nuis y alojó en los villajes y contornos de Colonia, donde se rehicieron de los trabajos pasados; envió desde allí á D. Luis de Velasco á deshacer el motin, habiendo hecho lo mismo el Archiduque con don Alonso de Luna, el cual, siguiéndolos, aunque degolló algunos, se le escaparon por piés en el villaje de Terhirden, más adelante de Breda, en número de 500 hombres. Estaba Mauricio á esta sazon con no poca esperanza de recobrarse, viendo la desórden y disminuicion en que comenzaba ya entrar nuestro ejército, cuando se hallaban en el suyo 15.000 infantes y 3.000 caballos, tan frescos y tan descansados, que no habian hecho nada este año; con esta confianza revolvió sobre Grol, pasó el Rhin y recobró á Lochum; el Conde Enrique de Bergas, que á la sazon se hallaba en Grol y que via al enemigo con fuerzas tan poderosas venir sobre ella, no hallándose con más gente dentro que 300 caballos y 600 infantes, reforzó los puestos cuanto pudo y se puso animosamente á la defensa; el Marqués que supo la pasada del Rhin del ejército enemigo, y que iban sobre Grol, no desanimándole

nada, ni la falta de dinero, division del ejército, conto y desconsolado, descomodidad de tiempo, ni motines; llamó algunos Maestres de Campo, Capitanes y Oficiales, y sacando la gente que pudo de las guarniciones, marchó á buscar al enemigo con no más de 7.000 infantes y 1.000 caballos, 12 piezas de artillería y 1.000 carros con municiones y vituallas; y á 3 de Noviembre deste año, pasó el Rhin, disparó tres piezas con que avisó á los sitiados de su llegada, con tanto corraje en los soldados y gana de pelear, cual no se ha visto jamás en otro ejército de los Países Bajos, ni de otra plaza de armas del mundo. Iba caminando Mauricio con trincheras y baterías á las defensas de la plaza; acercábasele el Marqués, puesto en órden de batalla, si bien con tanta descomodidad por la inclemencia del tiempo, que daba el agua á los soldados cerca de la rodilla, y los más dellos ni con mucho abrigo, ni calzados, faltos de fuego, de leña y áun de paja; pretexto que en los lances de honra y tan apretados debe seguir un buen Capitan, porque aunque sea tan comun, es sentencia que ciñe el pensamiento y enseña á los poco avisados, que la diligencia es madre de la buena ventura, es la vida y resurreccion de todas las cosas, y en la guerra la esencialísima y la que saca de los peligros al más apretado, y el Capitan que procediese en ella tibio, remiso y perezoso perderá todas las ocasiones y la reputacion de su Príncipe, las tierras y provincias que le hubiere encargado, perderáse á sí, á los que militaren debajo de su consejo y será principio de toda destruiccion y ruina. Finalmente, caminaba el Marqués con deliberacion de hacer el socorro á todo riesgo, y escogiendo el camino más breve, que era por el villaje de Beselit, por quitar al enemigo el tiempo, sacándosele de las manos para que no se fortificase (quien viera esta fortuna sobre Grave, quizá no la hubiera perdido el Rey católico); disparaba el Marqués cada dia una pieza, para confiar á los sitiados de cómo se iba llegando, para que unos y otros estuviesen prontos á la esperanza y á la defensa, y á darse las manos; juntaba los Cabos y Capitanes cada noche, para acordar con buena direccion lo que se habia de

hacer; muchos le desahuciaban de la empresa, por las muchas fuerzas con que se hallaba el ejército enemigo y las pocas del ejército católico; sin embargo, confiaba animoso y marchaba alentado, y enviando delante sus corredores que le avisasen donde aún no estaba bien fortificado Mauricio, aunque habia intentado diferentes derrotas; escogió, cediendo de las demas, la de unas colinas, que aunque era más prolijo su viaje, sabía que por allí habia de vencer por no estar aun bien puesta en perfeccion una trinchera que tenia á Oldeencel á las espaldas; que se le juntaria el Conde de Sora, el cual sabia ya que venia marchando con 1.000 infantes y 200 caballos de las guarniciones de Frisa, que á los 8 de Noviembre se juntaron en el villaje de Rochum á una hora de camino de Grol.

Resuelto, pues, el Marqués de socorrer la plaza, hacer levantar el sitio, dar batalla al enemigo en sus mismos cuarteles, dejó en el último alojamiento el bagaje, casi emboscado, con suficiente guarnicion; y al otro dia, á la punta del alba, sacó el ejército en campaña, y de lo más lucido y granado de todo él, escogió 1.200 infantes y formó un batallon ó escuadron volante de 472 picas de 14 hileras de fondo y 33 por frente; ocupando la primera muchos señores de título, caballeros particulares, Capitanes, Entretenidos, y en la segunda Alféreces reformados; y en esta manera, pasando á todos los demas soldados de opinion y bien ejercitados, le guarneció con 400 arcabuceros y le sacó las mangas con otros tantos mosqueteros; puso en la mano derecha 200 españoles y en la izquierda otros 200 de todas naciones; encargó esta batalla al Maestre de Campo, Simon Antúnez, que iba de vanguardia á 2.000 pasos de los demas escuadrones, puso á su costado derecho á D. Luis de Velasco con su compañía y dos de arcabuceros á caballo que reconocian y iban siguiendo á su general, todos los escuadrones de la caballería, tras los cuales iban D. Alonso Pimentel y D. Diego Mejía, Gentilhombre de la Cámara del Archiduque; á estos dos caballeros seguia la compañía de D. Fernando de Guevara, que todos eran lanzas españolas, y luego las dos de corazas de D. Fran-

cisco de Irrazábal y Francisco de la Fuente; los demas cubrian el costado izquierdo del escuadron volante, marchando en su lugar el caballero Melci con su compañía, Teniente general de la caballería, con otras dos de arcabuceros á caballo que llevaba delante, á quien seguian las compañías de lanzas de italianos, las de corazas y las de todas las demas naciones, por su órden, cubriendo los batallones por la parte izquierda y derecha, Bartolomé Sanchez, Comisario general de la caballería; iban por de fuera de los caballos dos hileras de carros que la cubrian por estar el enemigo más pujante en caballería que nosotros; seguian ansimismo por el lado derecho á este escuadron, otros dos tercios, cuatro de españoles, uno de ingleses y otro de escoceses que llevaban á su cargo los Maestres de Campo, D. Joan de Meneses y D. Guillermo Semple; ocupaban el lado izquierdo, otro batallon de cinco tercios de italianos, cuyas cabezas eran, el Conde Guido de San Jorge, Lelio Brancacio y Pompeo Justiniano; tras estos pasaban dos tercios de walones y borgoñones con Mr. de la Motería y otros cuatro de alemanes y dos de walones del Conde de Bosu y Mr. de Archicourt; seguia de retaguardia el Conde de Sora con la gente que habia traido de la Frisa, con la artillería en sus puestos, guarnecidos ambos costados de los carros del bagaje. En esta manera y con esta disciplina, en que se incluian tan buenos y excelentes soldados, marchó el ejército católico la vuelta del enemigo, llenos de ánimo, valor y confianza, deseosos de llegar á las manos con él; y si bien no eran en el número los que debieran, eran al ménos los que, olvidados de toda incomodidad y trabajo, deseaban poner la victoria á los piés del Rey católico; púsose el Marqués á tiro de cañon de Mauricio, el cual, viéndole venir tan resuelto y bien ordenado, y por la parte que aún no estaba bastantemente defendido, cayéndosele la confianza del corazon á él y á todos los suyos, y las armas de las manos, abandonó las trincheras y las desamparó; y á toda priesa levantó el sitio y se retiró á un cuartel que no léjos de allí tenia fortificado, dejando libre el paso al Marqués; vista la retirada, hizo alto con todo el campo, y mandó que

el escuadron volante pasase hasta el alojamiento del enemigo, que lo hizo con brevedad, corriendo á este paso D. Luis de Velasco con la caballería, el cual escaramuzó tan gallardamente con él, que le degolló mucha gente; entretanto, no descuidando de ninguna cosa, esplanó el Marqués las trincheras de Mauricio, y metió 1.000 soldados dentro de Grol y las vituallas necesarias, y pasó aquella noche á su cuartel, no queriendo apartarse de la frente del enemigo; el cual, resuelto á no probar más las infelicidades de aquel año, á más andar, puso los escuadrones de su ejército en la retirada, y el Marqués, á la guisa de buen Capitan romano, habiendo conseguido dichosamente su jornada, á 10 de Noviembre, recogió su campo, pasó la Lipa, llegó á Rimbergue, puso en las plazas de la Frisa nueve tercios, cinco de alemanes, uno de borgoñones, otro de walones y dos de ingleses y escoceses; dejó en Rimbergue parte del tercio de Lelio Brancacio con 2.000 hombres de todas naciones, y por Gobernador á Antonio de Ávila; alojó la demas entre el Rhin y la Mosa; el tercio de Simon Antúnez en Limburg con el de D. Pedro Sarmiento, que se reformó, volviéndose á Italia, en el de Joan Bravo de Lagunas; reformó el tercio de alemanes del Conde Viglia, por haber muerto en Mochem, en el del Conde Embdem; dejó todas las cosas tocantes á la milicia bien ordenadas, al arbitrio y manejo de D. Luis de Velasco; partió á Bruselas, donde fué agasajado y honrado del Archiduque y la Serma. Infanta, dejando de sí en todos los Países Altos y Bajos, y todo lo que desde allí va corriendo hasta el seno gaditano, el nombre inmortal que venerarán los siglos. Compuso el Archiduque las cosas de los amotinados por la industria y maña de Marcelo Judici, por ser los más dellos italianos; pasólos á Dieste en número de 1.000 caballos y 1.200 infantes, dióseles por rehenes al Maestre de Campo, Lúcio Dentici; feneciéronseles las cuentas; introdújose neutralidad con la villa y condado de Meurs, perteneciente por herencia á Mauricio, de manera que ni ellos ofendiesen en nuestros distritos, ni nuestros soldados en el suyo, con que se feneció la guerra por este año; dispo-

niéndola con mayor brio y consejo para el siguiente, así en la materia de Estado como en las levas de gente, en los asientos de dinero, pertrechos y municiones, en que se pretendia adelantar la reputacion, enfrenar los enemigos, tener en asombro y atencion los Príncipes mal afectos y coligados, y colocar en alta veneracion la gloria militar del País Bajo.

Halláronse razones y conveniencias para que la corte tornase á su antiguo lugar y centro de España, que es Madrid; y habiendo ofrecido aquella villa á S. M. 250.000 escudos para mudar su Casa: á 20 de Febrero de 1606 partió S. M. de Valladolid, dando órden á todos sus Consejos que partiesen á Madrid, donde parecian hallarse remediadas algunas descomodidades en que ántes se hallaba; pero de tal manera los Reyes pasados han adornado este lugar, que con dificultad pueden hallarse bien en otro; no quiero hablar de sus influencias de que es tan favorecido del cielo; su Palacio es de los mayores y magníficos que tiene Rey en Europa, siempre apto y capaz para lucir generosamente las acciones reales, y donde los Embajadores extranjeros admiran y veneran la grandeza de los Reyes de España; tantos parques, sotos y montes donde ejercitan la caza; Aranjuez, que distando no más de siete leguas de Madrid, pasan en él los dos meses de la primavera; el Escurial, maravilla del orbe, á otras siete leguas, para los dos meses del estío, donde apénas si se siente el calor; el Pardo, á dos leguas, para algunos meses del otoño y parte del invierno; todo de tanto entretenimiento y de tan buena disposicion y comodidad para la vida humana, que tarde ó nunca volverá la corte ni sus Reyes á salir del sitio donde hoy la tienen arraigada las conveniencias de sus moradores. Pasando el Rey los calores del verano en San Lorenzo el Real del Escurial, estacion ordinaria, para cuyo tiempo parece se erigió aquel sitio: llegándose ya los últimos meses del parto, viernes á 18 de Agosto, á las ocho y media de la noche, parió la Reina una Infanta; y á 8 de Setiembre, en que celebra la Iglesia el Nacimiento de la Celestial Princesa, que trajo en sus virginales entrañas la salud y reparacion humana; en la igle-

sia del convento, siendo padrinos la Infanta Doña Ana y el Duque de Lerma, la administró el Sacramento del baptismo el Cardenal de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, y la dió por nombre María; con que se iba extendiendo dichosamente la gloriosa sucesion de nuestros Reyes.

Despues que la nacion castellana y portuguesa, llevadas siempre del valor inmortal de que tanto se preciaron, se dieron con no pequeño afan y trabajo á inquirir y conquistar mares y tierras en regiones y climas tan remotos y apartados, que de otro hombre humano jamás fueron conocidas, tomando los de Castilla las derrotas y líneas de Occidente y los de Portugal las del Oriente; de que levantándose entre las dos naciones discordias y alteraciones sobre lo que á cada una les tocaba destos descubrimientos, de comun acuerdo y consentimiento, en el año 1494 se concertaron diciendo: que pues el orbe ó globo de la habitacion humana, que consta de tierra y mar, corresponde á los grados de la esfera celeste, se partiese entre los dos reinos, de tal manera iguales en la particion, que se echase una línea ó meridiano por ambos polos, Norte y Sur; la cual prosiguiese rodeando mar y tierra y dividiendo el globo en dos mitades, que la parte hácia el Oriente quedase para Portugal y la Occidental para Castilla; y que así lo señalasen las cartas de marear y quedase decidido por astrólogos de singular opinion y estudios. Echóse la línea y partieron estas dos naciones el mundo, cayendo á 360 leguas del Cabo Verde para Occidente; de manera que tocó á Portugal y á su demarcacion la tierra que llamamos del Brasil, hasta lo más Occidental de la boca del rio Marañon, que corre por allí hácia la parte del Norte; esta línea corta la misma tierra y la del Sur más adelante del Rio de la Plata, desde donde Portugal para el Oriente y Castilla para el Occidente, comenzaron á contar los grados de latitud, y cupieron á cada parte 180, por ser toda la redondez de la tierra de 360 grados; y para dejar esto con más firmeza y autoridad, los Reyes de Castilla, D. Fernando y Doña Isabel, y el Rey D. Joan II de Portugal, alcanzaron del Papa Alejan-

dro VI les concediese la investidura de lo que cada nacion, segun el derecho de la línea descubriese y conquistase, para con esta seguridad evitar las disensiones que entre estas dos coronas podian resultar en detrimento de la predicacion del Evangelio; sino que cada una le procurase extender y ampliar entre aquellas gentes ignorantes de la luz dél. Hiciéronse en entrambas partes varios descubrimientos; reconociéronse islas de gentes en trajes y colores notables, en ritos y leyes extraordinarias, que no me toca á mí su narracion; no obstante que mayores y más elegantes historias dilatadas en nuestros tiempos, me dan por excusado en este trabajo; solamente diré la recuperacion de las islas Malucas por el Rey D. Felipe III, descubiertas y perdidas en los tiempos de sus antecesores y despues restauradas con las armas y cuidado de su Gobierno, para cuya inteligencia lo hemos tomado tan al principio; digo pues, que habiendo pasado al Oriente Alfonso de Alburquerque, honor de su nacion, y en su compañía Hernando de Magallanes; no contentándose con las islas descubiertas, ántes naciéndole mayor deseo de inquirir y pasar adelante, desde Malaca, donde se hallaba con tres bajeles para esto bien armados; envió á Magallanes á que descubriese estas islas, el cual, con otros Capitanes que para esto le dió Alburquerque, navegó de suerte que se halló en unas islas, distantes 600 leguas de Malaca y que se comunicaban con Terrenate, isla principal de las Malucas, donde habia aportado Francisco Serrano con su navío, uno de los Capitanes que salieron con él; escribió Serrano á Magallanes las comodidades en que se hallaba y la buena fortuna que con los Reyes de aquella isla alcanzaba, que se volviese á su compañía; Magallanes, con estas cartas, se dió á imaginar y discurrir que pues el Maluco distaba 600 leguas de Malaca por Oeste, que son poco más ó ménos de 36°, que estaban estas islas fuera de la demarcacion y límites de lo que habia tocado á Portugal, segun las cartas antiguas lo señalaban; vuelto, pues, Magallanes por el Cabo de Buena Esperanza á Lisboa, y viendo que no se premiaban sus servicios y trabajos hechos á aquella corona, despechado

y desvalido de su Rey, pasó á Castilla y en ella dió cuenta al Emperador Cárlos V, en un planisferio dibujados en él los rumbos y demarcaciones; que las islas Malucas eran de su derecho y se incluian en la parte que cuando se dividió el mundo entre las dos coronas le tocaba; diciendo que confirmaba su opinion con escritos y autoridad, Rui Faleiro, portugués astrólogo y judiciario, para cuyo entendimiento será bien describir el asiento que en aquellas partes del Oriente tienen las Malucas. El Archipiélago oriental (dejando ahora la division de aquel oriente) en las dos partes, Boreal y Austral, abraza tantas islas, que carecieron de número cierto hasta nuestros tiempos; de ésto hacen autores modernos cinco divisiones en otros tantos archipiélagos: Maluco, Moro, Papuas, Célebes, Amboyno; el nombre del primero en aquella lengua es *Moloc*, que denota lo mismo que cabeza, porque lo es de todo lo adyacente, y segun opinion de muchos, Maluco significa el reino y cabeza de las demas islas, y su distrito se reduce á cinco islas principales; todas debajo de un meridiano, á vista las unas de las otras, en distancia de 25 leguas; las cuales atraviesan la equinoccial, teniendo de latitud la más septentrional medio grado de la parte del Norte, y la más austral un grado de la del Sur, quedando arrimadas por el Poniente á la isla Jilolo, llamada de los portugueses Batochina, de Moro y de las Malucas Alemacra, y tambien de las muchas que yacen en torno, que por el consiguiente se dicen Malucas, como solemos decir acá en nuestro emisferio las Canarias, las Terceras y las Orcadas; son estas islas admirables por la abundancia de la especería; sus nombres, comenzando por la primera de la parte del Norte, se llama Terrenate, Tidore, Motiel, Maquien, Ibazan; todas estas islas las enseñorean tres Reyes, siendo el de Terrenate y Tidore, por la vecindad de las islas, capitales enemigos el uno del otro. Son abundantes por naturaleza de mucha especería, clavos y otras cosas aromáticas, con no poca variedad de drogas, tantas, que en infinito número han inundado el orbe, y por estas delicias han derramado su sangre las mejores y más

robustas naciones dél; sus gentes se diferencian entre sí, al parecer por milagrosa benignidad de la naturaleza; las mujeres son de forma blanca y hermosa, y los hombres de color algo más ofuscado que membrillo; el cabello llano, y muchos lo ungen con aceites olorosos; tienen ojos grandes y largas pestañas, los cuales y las cejas traen alcoholadas; cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y para otro cualquier ejercicio perezosos; viven mucho tiempo, encanecen temprano, y siempre ligeros no ménos por mar que por tierra; son oficiosos y benignos con los huéspedes, y en entrando en familiaridad importunos y pesados en sus ruegos; su trato, interesable, hierve de recelos, fraudes y envidias; son pobres, y por esto soberbios, y por juntar muchos vicios en uno sólo, ingratos; adoran ídolos, y muchos viven debajo de la ley del mahometismo, por la comunicacion que por parte del comercio tuvieron con los persas y árabes; sus leyes son bárbaras; no ponen número á los matrimonios; la esposa superior del Rey llaman *Putriz*, dá nobleza y derecho á la sucesion; sus trajes son maravillosos y de notables colores; sus poblaciones sin número y los campos de perpétua verdura, por la natural humedad del aire, y todos trascienden del olor del clavo. Supuesto lo dicho, y lo que arriba tocamos, de que Magallanes propuso al Emperador que estas islas eran suyas; el César, con embajada particular que para ello hizo, avisó al Rey don Joan III de Portugal, como las Malucas se comprendian en la parte que le habia tocado del mundo, á que el Rey D. Joan y los de su Consejo se defendian con razones mal cimentadas y de poca sustancia; con esto, las dos coronas entraron en discordia, y los portugueses guardaban el Cabo de Buena Esperanza porque los de Castilla no pasasen á hacerse señores de aquellas islas, creyendo que por el mar del Norte no habia paso para ellas si no es desde Nueva España, y así, como mares suyos guardaban y defendian aquella parte, adjudicándose por esta via más ajustado derecho á Terrenate.

El Emperador, por alcanzar con las armas lo que no podia por la razon, como siempre lo tuvo por costumbre, armó

algunos navíos de gente y municiones, y dióselos á Magallanes; el cual partió de San Lúcar, á 21 de Setiembre de 1519; y en pocos dias dió vista á las Canarias, y con buen tiempo pasó el Rio Janeiro, en la provincia del Brasil, hallando los mares frios, y más el Rio de la Plata que está en 35 grados; finalmente, no sin grande afan, peligros y dificultades, descubrió el Estrecho abriendo puerta para los mares del Sur, nunca hasta entónces descubierto de ingenio humano, y en que quedó para siempre perpétua la gloria de su nombre; desembocó el Canal, y en lo más bajo de Tierra Firme prendió ciertos jigantes de más de 15 palmos de alto, que faltándoles carne cruda de que solian sustentar, murieron. Púsose debajo de la equinoccial, y ora sea por causa de las corrientes, ora por el defecto de las cartas de marear, andando en torno y á vista de las Malucas, no pudo aportar en ellas, ántes tocó á otras islas, de gentes tan bárbaras y belicosas, que le obligaron á pelear; aportó en la de Zebú; forzó á su Rey á que entrase en el conocimiento de la fe y se baptizase, el cual lo hizo; llamóse Hernando en el baptismo por adular al padrino, que lo fué Magallanes, más que por reverenciar la luz que recibió del Sacramento; y un dia que por agasajar á los huéspedes que le habian ayudado á conquistar algunas de las tierras confinantes con su reino, pareciéndole que ya no le quedaba que hacer más que sacudir del cuello el segundo yugo que esperaba, y de que ya se habia dado á recelar, en un convite que para esto ordenó, en honra de Magallanes, y celebrándole con 35 españoles, envistió á cierto punto muchedumbre de bárbaros, y turbando la fiesta, degolló los convidados y acabó miserablemente Magallanes, dejando depositadas en aquella isla las esperanzas grandes de sus trabajos, y un aviso á las naciones del orbe de eterno y de famoso por toda la duracion de los tiempos: con esto y con haber muerto alevosamente otros dos Capitanes que guardaban nuestros navíos, con otro tanto engaño como el pasado; siendo avisados dello los que quedaban, y viéndose faltos de gente quemaron la nave *Concepcion*, y eligieron por General

á Joan Carballo y por Capitan del navío *Victoria* á Gonzalo Gomez de Espinosa; hiciéronse á la vela y llegaron á la isla Borne, y Gonzalo Gomez, que ya era General, envió uno de sus soldados al Rey de aquella isla, y dándole cuenta de la traicion del Rey de Zebú, todos se dolieron del caso; y pidiendo los nuestros licencia, socorridos y con buenos pilotos, partieron á las Malucas; llegaron á Tidore, isla que confina con la de Terrenate; en sabiéndolo el Rey les salió á recibir, acariciólos, y enterado de los trabajos pasados, les dió licencia para cargar del clavo y que fundasen aduana en su tierra; esto, á fin, y no por otra causa, que por hacer oposicion al de Terrenate, su mortal enemigo, y donde los portugueses tenian asentado el comercio y casas de contratacion; para darle á entender, que si él hasta allí le habia hecho fieros con el ayuda y favor de los portugueses, él se los haria de allí adelante con el de los castellanos, nacion no ménos belicosa que valiente en el mundo, y de opinion, en toda su redondez, esclarecida. Nuestros castellanos, pues, en señal de agradecimiento le hicieron algunos presentes en confirmacion del contrato y amistad que se establecia, haciendo lo mismo con sus Cachiles y Sangafes, los cuales admiraban el retrato y armas del César en los estandartes: jurando Almanzor, que así se llamaba el Rey, en el libro de su Alcoran, amistad y vasallaje al Rey de Castilla, ofreciéndoles de dar el clavo y todo comercio para siempre; lo mismo juró el General Gonzalo Gómez de Espinosa ante una imágen de Nuestra Señora, declarando la proteccion de nuestras Coronas en paz y en guerra: escribió el Rey en su idioma al Emperador, ratificando el vasallaje, y con los despachos partió para España Sebastian del Cano, en la nao *Victoria*, por el viaje de portugueses, habiendo ceñido y rodeado el mundo aquel prodigioso bajel que hoy no acaban de celebrar las historias. Tuvieron los portugueses, que ya habian edificado fortaleza en Terrenate, por Antonio Brito, aviso de la llegada de los castellanos á Tidore, con que de una parte y otra crecieron las oposiciones y se encendian en guerras, procurando cada nacion ex-

pugnar á la otra y quedar en el señorío de aquellas ricas y grandes islas, por la codicia de las drogas y especería, de que eran abundantes; estorbando entre sus Reyes la paz y confederacion; ántes bien, oprimiendo y estrechando á los Príncipes isleños del Maluco en fortalezas, los privaban del aliento, haciéndoles perder las vidas, causando ódio y aborrecimiento entre aquellas gentes; introduciéndose con la ambicion la tiranía, principios que amenazaron ruina, y se perdió lo que en aquellas partes con tanta gloria y buen trato se habia ganado; porque los robos y latrocinios que se comenzaron á ejecutar entre aquellos que en tantos siglos, en pacífica posesion, gozaban de sus mujeres y hijos, vasallos, provincias y riquezas; en un instante se vieron esclavos, oprimidos y depuestos del señorío y majestad de que les hizo dueños los felices sucesos de su fortuna, y los generosos aspectos de las estrellas; sin embargo de esto, pues, se veian privados de la luz del cielo y de los alientos de la naturaleza, y miserablemente acababan, aherrojados á la violencia del cordel ó el veneno, y otros despeñados en la fuga de la persecucion, ó por las ventanas de los alcázares, desesperados, escogiendo más el morir desta manera, que dar en las manos de sus enemigos; veíanse ansimismo las Reinas arrebatar sus hijos de los pechos y hacerlos pedazos, escogiendo por redimir esta vejacion, y como si fueran fieras, habitar las soledades y los pueblos, juntos, desordenados, desamparar las ciudades, desposeidos de la policía y leyes, en que formaban colonias y erigian monarquía; y los mismos Capitanes portugueses, por esta injuria, muchas veces asaltados en sus fortalezas de la multitud bárbara de esta gente, incitados de la venganza los mataban á deshora en los lechos, como lo hicieron con Gonzalo Pereira; por haber muerto su antecesor, D. Jorge de Meneses, al Sultan Bayano, Rey de Terrenate, y sucediéndole su hermano, le prendió en la fortaleza; con que se acabaron de irritar los isleños, y conjuraron contra portugueses y castellanos por eximirse del yugo de España, no pudiendo sufrir que se les opusiesen al curso del gobierno y de la libertad

en que fueron por largas edades, con próspera felicidad, constituidos. Notando los naturales la diferencia del dominio portugués, y como despues que en su tierra edificaron fuertes, usando de insufrible servidumbre, comenzaron á entibiarse en el amor, y luego en el respeto, porque veian que todos los portugueses que sucedian en el gobierno de la contratacion de Terrenate continuaban la opresion de los Reyes della; haciéndose los unos á los otros, entre los mismos naturales, notables traiciones y motines, en detrimento de la religion y del servicio de sus Reyes; con que los indios y conquistadores, llevados de la ambicion y codicia de las riquezas, daban en las manos de la muerte muchas veces, sin hallar mantenimientos de que sustentarse, justo castigo de su avaricia y desordenada crueldad. En este estado estaban las Malucas, siendo nuestras mismas pasiones nuestros mayores enemigos; enviando la Corona de Portugal y la de Castilla diversas armadas para ocuparlas, en cuyo teatro se representaban en ambas naciones duras y sangrientas batallas, hasta que el Emperador, estando en Zaragoza para irse á coronar á Italia por Emperador de Alemania, empeñó estas islas al Rey D. Juan III de Portugal, por precio 350.000 escudos, en el año de 1529; con que se sosegaron y suspendieron las armas en aquellas partes, y quedó el Rey de Portugal, en el interin del empeño, por pacífico señor dellas, no obstante que algunos Ministros lo contradigeron, y las mismas Córtes de Castilla pretendieron tomar el empeño por su cuenta: hecho este concierto, las armadas de Portugal, sin oposicion de las de Castilla, poseyeron las islas de Terrenate y Tidore, Bazan y sus adyacentes: fueron á ellas muchos religiosos á predicar el Evangelio y á enviar con su doctrina muchas almas al cielo. Baptizáronse diversos Reyes y naciones; edificáronse muchos templos, quedando pocas ó débiles reliquias de la gentilidad y de su falsa religion; derribáronse ídolos; hiciéronse muchos fuertes y presidios, factorías y poblaciones para adelantarse en el señorío; enviaban sus Capitanes y Ministros para constituirlas en policía y buen gobierno; prevaleció, sobre todo,

el poderoso vínculo de la ley natural, por la cual andan juntas justicia y religion; pero de estas dos virtudes en que consiste la felicidad interior y la política, nó conservando los Ministros la primera, faltó en los súbditos la segunda, y volvieron á su antigua ceguedad; perdiendo los portugueses lo que tenian ganado, viéndose muchas veces echados de aquellas partes, con pérdidas de batallas, por sus Reyes; y volviéndose á cobrar por el valor de algunos, y perdiéndose por la imprudencia y codicia de otros. Finalmente, en el discurso de algunos años padecieron varios accidentes aquellas partes; sobreviniendo á estas calamidades las armadas septentrionales que comenzaron á enviar los de Inglaterra y Holanda, en el año de 579, que fueron de notable perjuicio para las Coronas de Portugal y Castilla; pues enviando Isabel, Reina de Inglaterra, á Francisco Draque con poderosa armada, partió del puerto de Plemua para pasar á la mar del Sur y inquirir el Estrecho de Magallanes, no creido de la opinion ordinaria, y afirmado de muchos: hallóle, y en pocos meses surgió en las Malucas, con sucesos dignos de olvido; sus crueldades y robos le pudieron dar entre aquellas provincias últimas el nombre de *Mayor corsario:* llegó á Terrenate, y con su astucia alcanzó de aquel Rey que se ligase con la Reina de Inglaterra; que nuestro mal trato y su poca constancia, á que por naturaleza eran dados todos los de aquellas regiones, con facilidad se lo hizo aceptar, asentando el comercio del clavo; siendo el primero que metió en aquellos mares y islas las herejías de Lutero, Hugonote y Calvino, con los textos pervertidos y Biblias heréticas en que pretenden apoyar sus errores; pero la Providencia superior ha dado indicios de que se ofende tanto de esto, que no ha dado lugar para que beban su tósigo, hasta enviarles el Evangelio limpio, con que se escapasen de las tinieblas y sombras del abismo. Volvió Draque á Inglaterra cargado de las drogas del Maluco, y vuelven á enviar desde allá armadas con intento de enseñorearse dellas, hasta que por la muerte del Rey D. Sebastian y del Cardenal D. Enrique, su tio, entró á heredar á Portugal y el Oriente

D. Felipe II, jurando de conservarle y defenderle con las armas y sus tesoros, y que de Nueva España y Filipinas se socorriesen las Malucas; despachó el Rey sus armadas, y obedecen los Gobernadores de la India sus órdenes, y hace Andrés Furtado, general valentísimo de aquellas partes, que los Reyes de aquellas islas juren vasallaje al Rey de España; y nuestro descuido, ó los malos Ministros, hacen que totalmente se pierdan las Malucas, sin ser de importancia las armadas que para recuperarlas se enviaron. Paremos un poco el juicio en la consideracion, á que se aventuran los mortales, por ventura, más por las delicias de sus manjares que consumen más aína la vida, que por adquirir robusticidad que con la templanza y buen regimiento de las cosas se conserva ántes que con otra superfluidad. En este estado las halló la majestad de D. Felipe III cuando entró á heredar las Coronas de España, y casi olvidado su Consejo dellas. Comenzando los holandeses á contratar en aquellos mares, y á ocupar las plazas fuertes; edificando factorías, con que pasaban á Holanda las drogas, piedras y sedas del Asia; corriendo las islas de la Banda y de Java; enriqueciendo sus navíos con sus mercaderías; estableciendo amistades y alianzas llegan á Amboino, habiendo descubierto en aquel archipiélago infinitas islas; recíbenlos los de la tierra amigablemente, admitiéndolos al trato, y ayúdalos el Rey de Terrenate; con que cargados del clavo y otras riquezas, vuelven á Holanda; y viciados en ellas, tornan á enviar mayor número de navíos armados para llevar adelante el trato que ya tenian introducido en Terrenate; con cuyo calor, atizaba el Rey de aquella isla más frecuentemente las enemistades que tenia con el de Tidore, ganándole muchas tierras, porque aún todavía conservaba la amistad con España, aunque tibiamente, por cuanto en aquellas islas se aposentaban muy pocas ó ningunas reliquias de españoles, si bien despues le aprovechó el haber constantemente perseverado en la devocion. Estando aquel archipiélago; desde Malaca hasta Filipinas, lleno de corsarios de Holanda y Inglaterra, y perdida ya la fuerza de Terrenate, que tenian

los nuestros, y como arriba digimos, olvidada en España su recuperacion. Habia ya por los años pasados enviado el Rey D. Felipe III, nuestro señor, por Gobernador de Filipinas á D. Pedro de Acuña, caballero de mucho valor y prudencia, destinado con particular providencia del cielo para la restauracion de Malucas; el General, Andrés Furtado de Mendoza, en esta sazon, solicitaba á D. Pedro, desde Goa, para que le diese la mano desde Filipinas con socorro de gente y municiones para pasar á Terrenate, á tiempo que D. Pedro, con su natural desvelo, las pedia en Nueva España y en Castilla al Virey y al Consejo de las Indias; persistiendo á que enviasen armadas para su expugnacion; y para apretar más el caso; envió, no obstante, al hermano Gaspar Gomez, de la Compañía de Jesús, cuyas inteligencias en esta materia fueron siempre importantes, y él tan diligente, que para beneficio de esta causa, pasó aquellos mares, solicitando en España los Consejeros de Estado y Indias; decíales el estado de aquellas partes, y como piratas de Holanda y de Inglaterra eran dueños de los diamantes, especería, porcelanas, ámbar y calambuco y otras materias; y que lo que al Rey le habia quedado, era sola la de Tidore, y esta se perderia si con tiempo no se socorriese y se cobrasen las plazas perdidas: fué oido del Consejo y despachado, mandando S. M. que el General, Andrés Furtado, saliese de Goa con toda la armada necesaria para las Malucas, y que despejase aquellas islas de todos los ladrones y corsarios del Norte, y le socorriese D. Pedro de Acuña con armada desde Filipinas.

Salió Furtado, de Goa, con seis galeones, 18 galeotas y una galera, con órden del Rey, para que pelease con holandeses y cualquier otro corsario, y para ir á la isla de Sonda á castigar aquel Rey y los rebeldes de la Java, y que edificase presidios en ella, y que compuestas las cosas de la India pasase á las de Maluco y que hiciese allí todos los buenos efectos que sus fuerzas alcanzasen; siguió Furtado su derrota, y en el golfo de Ceilan corrió tan recio temporal que perdió la galera y 17 galeotas y en ellas el mayor poder y fuerzas para con-

cluir su intento; rehízose como pudo, y tomando la derrota para Sonda, confiado en el socorro que esperaba del Rey de Polimban en la Java, amigo y confederado nuestro, se halló de tal suerte defraudado de esta esperanza, que este infiel, no sólo arrostraba á seguir nuestra parcialidad, sino que era todo del de Sonda, á quien pensaba socorrer, como luego lo cumplió, con 30.000 hombres de pelea; no por esto desmayó Furtado: pasó la vuelta de Sonda, reservando para otro tiempo el castigo del Rey de Polimban, y en aquella barra descubrió siete navíos holandeses; acometiólos, y habiéndoles muerto mucha gente, huyen y no le osan esperar; pone la proa hácia Amboino, saltó en ella, y trató luégo de la fortificacion y reparos del fuerte y de los navíos; fabricó cuatro, dos galeotas y otros vasos para su defensa, y sin perder tiempo hace la guerra á los rebeldes de la isla; redúcense á la obediencia, y porque muchos pueblos traian secretas inteligencias con holandeses, de que esperaban socorro, habiéndoles llegado y por el miedo de Furtado pasado adelante unos indios, que habitaban en un lugar de extendida poblacion, que llamaban Rosatelo, con más deseo de morir que de rendirse á los nuestros, desesperados y furiosos, abrasaron el lugar y se retiraron á lo fragoso de una montaña donde habian recogido sus hijos y mujeres, y haciéndose fuertes en ella con armas y algunas piezas de bronce, de que ya les tenian instruidos los holandeses y casi disciplinados en la accion militar, se resolvieron en esperar combate; fuéseles arrimando Furtado á la montaña, y plantándoles en otra frontera algunos cañones, no sin grande riesgo y trabajo de los suyos, les dió algunos asaltos, y aunque fueron rebatidos por los indios, volviendo con mayor denuedo y calor al combate, arremetió Furtado, y subiendo la montaña, degolló á los enemigos, y muchos dellos, rodando por las breñas murieron en el precipicio. Con esta victoria se sujetaron á la corona de España los lugares de Amboino, y arrasó el fuerte que allí tenian los holandeses, el cual mostraba en diversas partes los escudos y armas de Mauricio; rindióse el Rey de aquella provincia, que habia

huido ántes que los de Rosatelo se retirasen al monte.

Enfrenado ya y puesto en obediencia el Amboino y encendidos los nuestros en el deseo de mayores empresas con el calor de las victorias pasadas, recojida su gente y aparejados los navíos, partió Furtado á la isla de Veranula, poco distante de Amboino, y aportó en la ciudad, que es del mismo nombre, populosa y la más fértil del clavo de todo aquel archipiélago, la cual guardaban dos fuertes, uno de Holanda y otro del Rey de Terrenate, tirano de aquella provincia; cuando los naturales sintieron nuestra armada, salieron algunos principales de la ciudad y dijeron al General, que se querian rendir, mas que dudaban en la ejecucion por miedo de los terrenates; que les dejasen juntar su Consejo y que otro dia volverian con la respuesta; Furtado se lo concedió, y la respuesta fué ponerse en huida, sin osar esperar el ímpetu de los que venian vencedores; el General, certificado de la fuga, echó en tierra la gente y saqueó la ciudad; y aunque los naturales habian recogido lo más lucido y precioso della, todavía fué de importancia el saco; halláronse muchos versos de bronce, arcabuces y otras armas; pusieron fuego á los edificios y echó por tierra las fortalezas de Holanda y Terrenate.

A este ejemplo se rindió la ciudad de Mamala y otras muchas de aquella isla; quiso el General, concluidas estas facciones volver á Amboino, para desde allí prevenirse para la conquista de Terrenate, sin enfriar el curso de sus victorias, y allanados y puestos en sujecion los que hemos referido, señaló el dia en que los Gobernadores dellas jurasen obediencia y vasallaje al Rey D. Felipe III; los cuales vinieron con ostentacion y sumision á lo que se les mandaba, dando en prenda de la fe que renovaron un buen número de mancebos, hijos de los más principales de aquellas islas; y celebrándose con fiestas la paz y el perdon establecido, volvió la voz del Evangelio á sonar libremente en aquellos pueblos; catequizáronse muchos idólatras y mahometanos, y no aguardando otras provincias el ímpetu de la guerra; acudieron á reconocer al vencedor muchos isleños de los vencidos y otros que

no habian osado esperar la pelea, que se habian librado en la fuga; aportaron á Terrenate y dieron cuenta al Rey de cómo habia perdido todos los lugares y fuerzas que poseia en Amboino, y cómo el General portugués públicamente se aprestaba contra aquellas islas: el Rey, avisado de esto, hizo reforzar sus navíos y los baluartes de sus fuertes, y llamó á los javos y mindanaos en su socorro para esperar cualquier acometimiento de guerra, valiéndose de las fuerzas y consejo de los holandeses.

Antes que el General Andrés Furtado partiese á Terrenate, acordó enviar á Manila á pedir socorro á D. Pedro de Acuña, previniendo para esto al Padre Andrés Pereira, de la Compañía de Jesús y al Capitan Antonio Brito; dándoles lo necesario para su viaje y la instruccion de lo que habian de hacer; partieron, y en pocos dias llegaron á Filipinas y surgieron en Manila; fueron bien recibidos del Gobernador, que informado de los buenos sucesos de los nuestros, al punto puso en órden el socorro, acomodándose con las fuerzas de la tierra; entregósele á Joan Juarez Gallinato, haciéndole Cabo dél; salió Gallinato del puerto de Iloilo con cinco navíos muy bien pertrechados, amunicionados y bastecidos, con pilotos de mucha experiencia, y artilleros, y algunos Capitanes con 200 infantes, arcabuceros y mosqueteros; en tanto que este socorro se habia puesto en efecto, arribó Furtado á Terrenate, y no habiendo hecho otra cosa más que reconocerla con singular atencion y prudencia, pasó á Tidore, visitó el castillo y animó á los nuestros, si bien no halló al Rey de aquella isla tan de su parte como quisiera; dejó allí sus galeones, y con la armada de remo partió á la Isla de Maquien, distante de Tidore seis leguas, poseyéndola por tiranía el Terrenate; los cuales, cansados de esta sujecion, en viendo en tierra á Furtado se le rindieron, poniendo las banderas á sus piés; hízose señor de la isla, buscando con cuidado á los holandeses que estaban en ella, los cuales huyeron; y en la parte que le pareció más á propósito edificó un fuerte, perfeccionándole con todas las leyes de la fortificacion, y dejándole guarnecido de un

Capitan y 50 soldados, con municiones y bastimentos; volvió á Tidore, recogió su armada, reparó los navíos y partió la vuelta de Terrenate al puerto de Talangamre, donde surgió, esperando la armada de Filipinas, que tardó algunos meses; en cuyo tiempo, el Rey de Terrenate, convocó los suyos y los reparó con el ingenio de 20 holandeses, que empleando provechosamente el ócio de los nuestros, con máquinas y otras defensas, quiso la fortuna que no surtiese á efecto la jornada del General. Descubrió en esta sazon Furtado la armada que de Filipinas enviaba D. Pedro de Acuña; entró en el puerto, saludáronse los generales con mucha salva de artillería; trataron luégo de la empresa, y Gallinato fué de parecer que se le habia de quitar el socorro de bastimentos al enemigo, y que así lo habia de haber hecho Furtado todo el tiempo que habia estado surto en la isla; envióse á los Capitanes Cristóbal Villagra y Gonzalo Sequeira á que reconociesen las fuerzas de Terrenate, y que la embarcacion ligera rodease la isla y prendiesen los socorros que le venian de las demas al enemigo; sucedió esto tan prósperamente, que descubriendo dos juncos y otro barcon grande con gente y bastimentos, los tomaron, degollando los isleños que venian en él; con lo cual y con perseverar en este intento se vino á sentir la hambre en la isla, de manera que las mujeres venian con sus hijos en los brazos á que les diesen los nuestros algo con que sustentarse, sucediendo gran mortandad en la gente de Terrenate; volvieron los Capitanes que fueron á reconocer la tierra, y dando de todo cuenta al General, determinó de hacer reseña de toda la gente de guerra que habia en ámbas armadas; comenzó la portuguesa, cuya debilidad y flaqueza, con los trabajos pasados y enfermedades presentes, y ser los mas dellos de poca edad, causó tristeza á Gallinato, el cual hizo muestra de la suya, que la traia muy buena; empero, no era de parecer que se comenzase la empresa, porque no hallaba en disposicion las cosas para poderlo hacer; á Furtado, como brioso y valiente, le parecia que en viendo el Terrenate la gente en tierra, se habia de rendir; tomóse resolucion y des-

embarcaron la gente, ordenando que Gallinato fuese en la vanguardia con dos banderas de Portugal y una de Castilla, con 300 hombres y otras tres en retaguardia, y Furtado con el estandarte de Cristo en la batalla; con este órden marcharon en busca del enemigo, el cual, aguardaba con más de 700 hombres, en un sitio fuerte, con cinco piezas pequeñas, todos muy bien armados; arremetió Gallinato valerosamente, tirándole muchos mosquetazos y arcabuzazos, lanzas arojadizas, ollas de pólvora y piedras, que no eran las armas con que ménos ofendian; de suerte que por entónces no pudo ganarles el puesto; acometióle segunda vez, matándole mucha gente: sin embargo, á la tercera, hallándose no más que con 20 hombres, llevado del brio español, arremetió de suerte que les ganó el puesto y la artillería; volvió las espaldas el Terrenate, con pérdida de la mejor gente que tenia; siguió Gallinato el alcance hasta que descubrió el fuerte, con lo cual mandó á los soldados hacer alto y que se atrincherasen; comenzóse á poner por obra, estorbando el diseño el Terrenate por dos veces, sacando su gente á campaña ántes de plantar los cestones, por divertir á los que trabajaban y que no tuviese efecto la órden que les habia dado su General, retirándose ambas veces con pérdida y destrozo de los suyos. Acabadas las trincheras envió Gallinato á avisar á Furtado que se llegase con la gente; vino y alojóla en sus cuarteles, con que se discurrió que seria bien arrimarse más al fuerte; tomó Gallinato á su cargo el hacerlo, y abrió las trincheras á 400 pasos dél; desta manera se le fueron llegando, hasta ménos distancia de 200 pasos; plantóle la artillería y comenzó á batir el fuerte, aunque con flacas municiones, por ser las balas de piedra, que en dando en la muralla se deshacian, sin hacer efecto de importancia; Gallinato, viendo cuán en vano se gastaba el tiempo, dijo á Furtado que hiciese traer la artillería que tenia; respondióle que en aquella se incluia toda, que la demas habia dejado en las plazas fuertes que habia ganado; defendíase el fuerte del enemigo con mucho número de piezas gruesas, recibiendo los

nuestros, por haberse arrimado tanto, mucho daño; viendo el General de cuán poco provecho era la batería, mandó que cesase; con que cobraron ánimo los isleños; y un dia, ántes de ponerse el sol, salieron del fuerte con el mayor poder que tenian con ánimo de ganar las trincheras y tomar la artillería; acometió por tres partes: por la frente y los lados derecho y izquierdo de nuestro campo; por el derecho acometieron 800 terrenates, con sus alfanjes, que ellos llaman *campilanes*, con otros tantos javos en la vanguardia; con picas de 25 palmos, en escuadron cerrado y por Capitan un gallardo mancebo, primo hermano del Rey, cuyo nombre era Cachilamuja; con esta órden y valentía acometieron la frente de los nuestros 400 indios, y por el lado izquierdo otros tantos; cada escuadron con un valiente caudillo; en todas partes andaba encendida la pelea, y siendo los terrenates apretados y rebatidos de los nuestros, con mucha pérdida de su gente, volvieron las espaldas afrentosamente; defendieron la artillería con grande obstinacion los Capitanes Pinto y Villagia; y sin embargo de la valerosa defensa que hicieron, murieron peleando el Sargento Manuel Andrés y el Cabo de escuadra Alonso Roldan, y otros portugueses de mucho valor.

Sucedió á esta victoria un accidente que desanimó mucho á los nuestros, y fué necesario torcer y dejar el intento de la empresa: convocó Furtado los Capitanes castellanos y portugueses, y despues de haberles encargado el secreto, les dijo que los habia juntado para decirles el estado en que se hallaba, y como en los dos años que há que habia salido de Goa, y en el discurso de su jornada, y en las ocasiones que se le habian ofrecido, habia gastado gran suma de municiones y vituallas; de suerte que cuando saltó en tierra para la empresa que tenian entremanos, se hallaba con muy pocas, y esas las tenian las refriegas y baterías presentes menoscabadas y consumidas; que eran muchos los muertos, heridos y enfermos que faltaban del campo, y que este daño se iba experimentando más cada dia; que los navíos y resto de la armada, por parecer de los pilotos, corria gran riesgo en el puerto

donde estaba, porque á los fines de aquella luna, la alteracion de los mares y vientos eran tales, que la poadrian á pique de perderse; y prosiguió ansimismo diciendo, que el enemigo estaba fuerte y poderoso y nada desmedrado de ló que se le habia combatido; ántes, cada dia se hallaba reforzado de más gente; el Rey de Tidore, que prometia en servicio de S. M. poner muchos socorros de gente y armas en nuestra ayuda, habia faltado á la fe de la promesa; siendo tan en provecho suyo y utilidad de sus vasallos la guerra, que ántes habia de abandonar la paz; y que no habiendo sido correspondientes las obras á las palabras, se portaba hoy con pretexto de consumirnos con dilaciones; pues pidiéndole gente y que mostrase lo que deseaba servir al Rey de España, responde que lo hará, más que corran por cuenta de nuestros bastimentos; para cualquiera mínima faccion piden pólvora y plomo con fin de acabarnos la poca que nos queda, y para las cosas que son de servicio no hay quien los haga, los pocos amboinos que traje, con los trabajos de la jornada se han muerto, y otros hán huido á los enemigos, y los que quedan no son suficientes; nuestra infantería está muy cansada y desbecha y casi de ningun provecho; el Terrenate espera navíos de holandeses, los cuales sabe ya que están en la isla de Banda, y por las relaciones estoy informado que los ha llamado, y si viniesen, no nos serian de ningun provecho; todas estas ocurrencias se ofrecen al estado en que nos hallamos; hélas propuesto para que con el juicio y experiencia que tan grandes y valientes Capitanes alcanzan, den su parecer, de suerte que no se pierda lo que habemos ganado y se conserven las pocas fuerzas que tenemos con reputacion, sin que se consuman estas pocas reliquias de españoles, que la potencia del Rey católico tiene en estas partes. Comenzóse á votar en el caso; muchos Capitanes portugueses eran de parecer, que no embargante las necesidades propuestas, se perseverase en la expugnacion de la isla; el voto de Gallinato reforzaba el mismo intento, respondiendo á cada artículo de los que refirió Furtado; más el General, que tenia bien observada la necesidad y el punto apretado en que se hallaba,

desbarató el Consejo y resolvióse en levantar el campo; y la noche antecedente de su partida hizo retirar la artillería y embarcarla, y la siguiente que se embarcase la gente con grande silencio, llevando la vanguardia el Almirante Tomé de Sousa; la batalla el General con sus Capitanes; la retaguardia Gallinato con la mosquetería y los demas Capitanes castellanos: con esta órden se fué embarcando la infantería y acabó al romper del alba; y á esta hora tuvo aviso de dos holandeses católicos, que se vinieron huyendo á nuestros navíos, de las muchas defensas del Terrenate, y cuán reforzado se hallaba de gente y municiones y cómo tenia para ofender, en diferentes puestos, 72 piezas gruesas de batir. Hizose á la vela Furtado la vuelta de la isla Amboino; desmanteló la fuerza de Maquien, porque le pareció que con su retirada quedaba expuesta y á peligro que la ocupase el enemigo y degollase los que quedaban en ella, por ser tan pocos, que no pasaban de 50 hombres. Con esta resolucion, despedido de los Capitanes castellanos, escribe una carta Furtado á D. Pedro de Acuña, que contenia los efectos de la jornada; alaba mucho los soldados y no acaba de encarecer el valor de Joan Juarez Gallinato; laméntase de lo poco que le ha socorrido el Virey de la India, y cómo piensa rehacerse, con la ayuda de Dios, y volver á la empresa de Terrenate, que la falta de municiones le habian hecho desistir della; la necesidad de conservar las que le quedaban, porque le parecia que en lo que le faltaba de navegar, las habia menester para pelear con holandeses; concluye la carta dándole gracias por el cuidado que habia tenido en socorrerle. En tanto que nuestras armadas volvian á sus puertos, el Terrenate reparaba los daños que los nuestros hicieron en sus fuertes, levantando nuevas defensas, abriendo los ojos á peligros ignorados; su gente es belicosa, con la cual y con la escuela de Holanda juzga su reino inexpugnable; empero, todo se pudiera tolerar, si hubiera seguridad en los de Tidore; más ellos y los de Terrenate, dicen nuestros Capitanes, que se entienden muy bien; cuyo Rey dijo á Gallinato que pensaba, con su licencia, hacer paces

con el de Terrenate; respondiéle el Capitan que hiciese lo que conviniese á su materia de estado, sin detrimento del servicio del Rey de España; dejóse proveida la fuerza de esta isla, con lo qual partió Gallinato la vuelta de Filipinas, dejando al Maluco; éste fué el suceso dellas, tan prevenido y amenazado á todo lo mayor y más árduo de aquel Oriente. Nuestras mismas pasiones son muchas veces las que nos hacen mayor guerra que las armas enemigas, y por las que se han de perder ocasiones de grande importancia, y los asientos que se han desbaratado maliciosamente, por sola la emulacion de la gloria ajena; á este ejemplo hemos visto en muy firmes monarquías miserables ruinas, y dejarse de conseguir victorias que fueran el total alivio y salud de los pueblos.

En este estado andaban las cosas del Maluco cuando el Rey católico, D. Felipe III, con prudente y avisado acuerdo hizo Presidente del Consejo de las Indias á D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos y de Andrada, Marqués de Sarriá; hijo del Conde D. Pedro y de Doña Ines de Zúñiga; hermana del Duque de Lerma, Camarero mayor de la Reina Doña Margarita, y casado con Doña Catalina de Sandoval y de la Cerda, hija del Duque de Medinaceli, y Gentilhombre de la Cámara de S. M., varon, sin duda, de alta y esclarecida sangre; trasladaré lo que dijo dél un gallardo ingenio, que fuera mal hecho quitárselo en esta ocasion: primero dice que en su edad le acreditaron esperanzas; desengañados despues por sus obras y que con las opiniones y discursos del mundo le aconteció lo mismo que en sus tiempos á Scipion, despues africano, con el Senado de Roma, que dudó de cometerle cosas árduas por verle de poca edad; más presto mostró la experiencia en el Conde (como en Scipion) que la prudencia, sazonadora de las otras virtudes, se suele anticipar á las canas; el descender de prosapias nobles ó plebeyas no cae sobre méritos algunos del descendiente; mas la fuerza del ánimo y del ingenio deste Príncipe creció favorecida de tantas dotes naturales, que nacido en cualquiera parte, pudiera él por sus manos fabricarse su misma fortuna; ninguna

noticia pública ni privada juzgará alguno que le faltó: resplandeció en la magnanimidad, en la constancia, en la sinceridad urbana; pero mezclada con la justicia que alabamos, en la severa aspereza de algunos varones antiguos; sobre estas virtudes carga y edifica los fundamentos de su opinion, arraigándose en ella la religion; el celo de su argumento debajo de aquella consonancia universal, que resulta del sosiego y bien público, y en éste ejecuta el servicio de su Rey, con atencion, con ánsia, sin intermision, sin fines ni respetos propios; conviene abreviar esta parte, porque su rara modestia lleva mal los alhagos de las alabanzas; ántes bien, se siente tan léjos de la adulacion como de haberla menester; y lo que yo tengo que añadir es que fué de los Presidentes que más baratos le salió á D. Felipe III, en todo el tiempo de su reinado, de cuantos tuvo en las clases de su Gobierno. Tomó el Conde de Lemos la posesion de la presidencia, y hallóla rica y floreciente de gallardos consejeros, consumados en letras, costumbres y prudencia; hízose capaz de las materias que aquel Senado tenia entremanos; atendiólas y escudriñólas con ánimo de dilatar la Monarquia de S. M., Oriental y Occidental; topóse con la de las Malucas, y hallándola tan necesitada de remedio, se aficionó á darle la mano; concurrió en esta sazon el Padre Gaspar Gomez, jesuita, enviado por don Pedro de Acuña desde Filipinas á solicitar la empresa de Terrenate; dió cuenta al Conde de su jornada; del estado en que se hallaban aquellas islas y archipiélago maluco; de la importancia de su conservacion; de las armadas de Holanda que las inquietaban y cuán importante puesto es el de Filipinas para su conquista, y cuán poca seguridad habia en Filipinas con un enemigo tan vecino, que ya le tenian nuestras armas hecho soldado y se hallaba muy poderoso de gente y armas. Tomó el Conde la causa con las veras, que en cosa tan importante convenia; confirióla con el Consejo, con el Duque de Lerma, con el Confesor de S. M. (que entónces lo era Fr. Gaspar de Córdova), y dando calor á la expedicion fué de parecer el Consejo que hiciese D. Pedro de Acuña la jornada por

su persona; apretando más la dificultad la nueva que llegó de allí á un año, de los sucesos de Furtado y Gallinato con las fuerzas de Malaca y Filipinas en Terrenate, que escribió largamente D. Pedro de Acuña en extendidas relaciones al Consejo de las Indias y al Rey católico, remitiéndose en lo que faltaba al Hermano Gaspar Gomez, de la Compañía de Jesús.

Sintió el Rey el mal efecto de la empresa de Terrenate, atribuyendo su infelicidad á la poca union de los dos Capitanes Furtado y Gallinato, ó á la discordia entre las dos naciones, portuguesa y castellana, ántes que á la falta de municiones y bastimentos; y resolviendo el Conde de poner en ejecucion lo acordado, hace una consulta al Rey, en que le refiere el hecho del General Furtado; el socorro que D. Pedro de Acuña le envió de Filipinas con Gallinato; como los soldados y Capitanes, habiendo cumplido con su obligacion, no surtió á efecto el caso que se tenia por cierto; que los Reyes malucos que duraban en la obediencia y oficio, habian procedido con tibieza; que la falta de correspondencia en ellos, nacia de ciertas razones de Estado fáciles de entender; que eran, entretener la guerra, y usar de nuestras armas para sus particulares conveniencias, sin querer que se rematen con cumplido suceso para mayor firmeza y seguridad de aquellas islas; que si no se acudia á desturbar los holandeses de Terrenate, serian señores absolutos del archipiélago, y que privarian á S. M. de la renta de la especería, como casi lo habian hecho de las más importantes plazas de la India. Respondió el Rey á la consulta, mandando que se pusiese luego en ejecucion lo que habia determinado el Consejo; poniendo de su mano que fuesen más número de navíos, gente, municiones y vituallas de las que se proponian, y que esto se hiciese luégo sin perder tiempo; aprobando la persona de D. Pedro de Acuña para la empresa: mandó ansimismo al Duque de Lerma que se prosiguiese el designio comenzado, mostrando deseo de ver puesto en ejecucion su decreto.

Con esto, el Consejo despachó todos los recados necesa-

rios para aviar la armada, escribiendo al Conde de Monte Rey, Virey de Nueva España, y á D. Pedro de Acuña, á Filipinas, para que acudiesen con la misma diligencia á las órdenes que para este fin se les diesen, ordenando y mandando S. M., en una cédula que se despachó, el modo que en esto se habia de guardar, escrita en la forma siguiente:

«Don Pedro de Acuña: Mi Gobernador y Capitan general de las Filipinas, y presidente de Mi Real Audiencia dellas; á 20 de Septiembre del año pasado de 603, os escribí en un barco de aviso, en que fué á la Nueva España Gaspar Gomez, de la Compañía de Jesús, la resolucion que habia tomado en lo que me escribistes de Nueva España, cuando fuistes á servir esos cargos, acerca de la jornada de Terrenate; en aquella conformidad, he mandado juntar en estos Reinos, y se llevarán en la flota que este año ha de ir á Nueva España, hasta 500 hombres: al Virey escribí que hiciese levantar otros 500, para que, por lo ménos, os enviasen para esta empresa 800: para que se lleven de estos Reinos he proveido cuatro Capitanes, y el uno dellos, que es el Almirante Joan de Esquivel, por Cabo y Gobernador de la dicha gente; y seis Entretenidos, soldados pláticos y de experiencia, para que en caso que falten en el viaje algunos de los dichos Capitanes, se pueda echar mano dellos, y para que se encarguen de las compañías que se levantasen en Nueva España, como se lo he escrito al Virey. Á los dichos Capitanes he señalado 40 escudos de sueldo al mes; al Almirante, Joan de Esquivel, á razon de 60; á los Entretenidos á 25; á los unos y á los otros, hasta llegar á Nueva España; y que de allí adelante, el dicho Joan de Esquivel, en caso que yo le mande dar título de Maestre de Campo, goce á razon de 120 escudos al mes, y sirviendo con el título de Cabo y Gobernador de la dicha gente, á razon de 90 escudos, y á los Capitanes á 60; los Entretenidos á 40; los soldados, ansi los que llevaren de España, como los que levantaren en Nueva España, ganen á razon de 8 escudos al mes; ordenando al Virey, que conforme á esto, envie á esas islas el dinero necesario para pagar sueldos

de la gente un año; y que si más se detuvieren en estos efectos de Mi servicio, tambien provea lo que fuere menester, avisándoselo vos: de lo cual Me ha parecido avisaros, encargaros y mandaros, que si estos sueldos de los soldados se pudieren moderar, respecto de los que allí se pagan á gente de esta cualidad, lo reformeis con justificacion; avisándome dello y al Virey de Nueva España. Como quiera que en el sueldo del Almirante, Joan de Esquivel, y de los Capitanes, Alféreces y Entretenidos, no hareis novedad. Tambien he ordenado al Virey que os provea de lo que fuere menester hasta los 120.000 escudos que habeis pedido para esta empresa, y 6 piezas de artillería de batir, y 500 quintales de pólvora de arcabuz. La gente de acá va armada de mosquetes y arcabuces. Tendreis mucho cuidado de que en la distribucion de este dinero y de todo lo demas haya buena cuenta, razon y recaudo que conviene: con la gente que se os enviare de acá y de Nueva España, y las que en esas islas hubiétedes juntado para esta empresa de Terrenate, procurareis hacer el efecto que se pretende, como lo fio de vos; siendo posible, hareis la jornada por vuestra persona como lo habeis ofrecido, dejando esas islas con el buen recaudo que convenga, y en caso que las cosas esten en estado que no podais ir por vuestra persona á esta jornada, nombrareis otro de la experiencia y partes que se requiere, á cuyo cargo vaya todo, que para ello os doy facultad; y es Mi voluntad, que en caso que yendo vos á la jornada, ó por otro acaecimiento faltásedes, ó la persona que para ello nombráredes, el Almirante, Joan de Esquibel, suceda en ella y la prosiga, y que toda la gente que fuere á la dicha jornada de mar y guerra, le obedezcan como á vuestra misma persona; y declaro que en este caso, y faltando vos y sucediendo en la jornada el dicho Joan de Esquivel, haya de estar sujeto y subordinado á Mi Audiencia Real de esas islas. Los Capitanes, á cuyo cargo va la infantería que se ha levantado en estos Reinos, he elegido por personas beneméritas y de servicio, y ansí, os encargo y mando que los honreis y favorezcais en todo lo que se permitiere, en que me tendré

por servido; y en que no los reformeis ni quiteis las compañías para darlas á otros sin causa justa, si no fuere para ocuparlos en otras cosas mejores; como quiera que si cometiesen delitos, los podreis castigar como superior suyo: de creer es, que cuando llegue á esas islas esta gente, que partirá de la Nueva España en los primeros navíos, despues de la llegada de la flota, tendreis las cosas de allá tan bien dispuestas, que luégo se pueda poner en ejecucion la jornada: encárgoos mucho que la hagais con la advertencia, consideracion y prevencion que de tan gran soldado fio; y que la gente vaya bien disciplinada y ejercitada, y todo tan en órden, que se haga el efecto que se desea y tanto importa; pues veis lo que en ello se aventura, y la costa que se hace. Habeis de procurar, como os lo encargo, que en la distribucion y buen recaudo de Mi Hacienda, haya la buena cuenta y razon que conviene, y que se excusen gastos supérfluos. De lo que fuere sucediendo me ireis dando aviso en todas ocasiones. Recuperada la fuerza de Terrenate, pondreis en ella y en la isla el buen recaudo que conviniere para su seguridad. Al Virey de Nueva España he ordenado, que habiendo comodidad para ello, luégo que llegue allí la gente que de acá se llevase, os dé aviso, y la que allá se hubiere juntado y la que será efectiva por otras vias, os la declare con distincion, y el tiempo en que partiere de allí, para que prevengais como convenga lo de allá; y si os pareciere que es bien que quede esta gente en alguna parte ántes de llegar á Manila, lo ordeneis, ó lo que entendiéredes que más conviene en todo. De Valladolid, á 20 de Junio de 1604.»

Á esta órden se siguió luego el despachar los Capitanes para las levas de gente: sucediendo, en tanto que estas cosas pasaban en España, un incendio en Manila, ciudad de Filipinas, en el año de 603, por el mes de Abril, que abrasó la mejor y más noble parte de la ciudad, sin poder escapar del fuego las haciendas, las cuales acababa de desembarcar la flota de Nueva España en aquellas islas; sucediendo otros movimientos y rumores de guerra que los chinos pretendian hacer en ellas, de que D. Pedro supo cortar y desvanecer con

su mucha prudencia; y se reparó mucha parte del incendio causado en la ciudad. A este accidente se siguió otro que puso en cuidado á D. Pedro; entre las prevenciones de su jornada, se levantó una nacion que llaman Sangleyes, gente perversa y que tiene su Gobierno aparte; costóle muchas batallas y algunos buenos soldados que tenia en las guarniciones y defensas de aquellas islas; de suerte que murieron en diversas facciones más de 23.000 sangleyes, quedando pocos más de 500 que echó al remo, degollando la cabeza de la rebelion; con que quedaron aquellas islas en paz, que se vieron á pique de perderse, tanto, que los religiosos salian á las batallas, y se afirma, que fray Antonio Flores, lego del órden de San Agustin, español y estremeño, que fué soldado en Flandes y cautivo de turcos más de veinte años; y de lo más interior de Turquía, por su valor y industria libre, pasó á Filipinas y tomó el hábito en el convento de San Agustin, de Manila: finalmente, este religioso, incitado de la infidelidad de estos bárbaros en diversas facciones; una noche desfondó más de 200 embarcaciones pequeñas, y quemó algunas mayores de los sangleyes; y en una emboscada que hizo, él solo por su persona, con dos arcabuces que tenia y una bolsa con 400 balas, mató en una desembarcacion que hacian los sangleyes más de 600 bárbaros; despues le envió el Gobernador en seguimiento de los que quedaron con 1.000 indios, y mató más de 3.000 de los enemigos, y auyentó las pocas reliquias que le quedaron, con que se le debe particular alabanza á su valor.

Llegó en esta sazon, de Méjico á Filipinas, el Maestre de Campo, Joan de Esquibel, con 600 españoles y con el aviso de que en Nueva España se juntaba más gente, dineros, armas, bastimentos y municiones, por órden de S. M.; cuando en este mismo tiempo surcaban los mares de Oriente 12 naves gruesas de Holanda y otros vasos menores, á cargo de Estéban Draque, hereje famosísimo, y que en la entrada y barra de Mozambique dieron caza á dos navichuelos pequeños, cargados de marfil, y tomándolos y quemando el uno armaron el otro, con que se acrecentaron para proseguir sus robos,

hallando acogida en todos los reyes de aquellas islas; llegaron á la barra de Goa, y como si fuera en puerto seguro de Holanda, esperaban las naos portuguesas, enviando una de las suyas á Cambaya á que vendiese el marfil poco ántes hurtado á los nuestros; despidieron otras dos á Bengala con otras mercancías; volviendo las unas y las otras multiplicado el caudal: viendo, pues que, ninguna fuerza se les oponia, levantaron velas para el Malabar, haciendo sus ferias y contrataciones donde les convenia, tomando en el camino una fusta de portugueses de 24 bancos, que armaron luégo, aprovechando la presa; con estos sucesos alentados á mayores designios, enviaron sus embajadas al Samorin, Rey de Calicut, su amigo y confederado, y concertadas las vistas se fueron á contratar á su tierra, y en ellas pusieron en plática el hacer la guerra á los españoles, particularmente contra portugueses; capitularon las cosas tocantes á ella, con que dándose despues á fiestas y convites; á la despedida presentó el Rey al General holandés una esmeralda de las más preciosas que se habian visto en aquel Oriente; desde allí fueron corriendo á la Java, donde hicieron algunas presas, y en ellas una nave pequeña en que venia D. Manuel de Melo, Capitan mayor de las Malucas, y su mujer, que hubo tambien de pelear con su marido, si bien no pudieron escapar del cautiverio. Cuanto más se iban llegando á Terrenate, hallaban materias de más consideracion, porque á la vista de Amboino se les vino á las manos una fragata, que venia del Maluco á surgir en aquella isla; prendiéronla, y en ella á su Capitan Antonio Machado; afirmáronse en Amboino, y ora sea por el trato, ora por el brio con que iban sojuzgando aquellas partes; en el año 1605, en 23 de Febrero, comenzaron la fortificacion; entraron en el puerto ocho naves y seis pataches; y no siendo menester muchos combates, se apoderaron del fuerte y del lugar que era de portugueses, los cuales, viendo cuán poderosos venian los holandeses, no hallaron fuerzas para resistirles; llegáronseles los naturales de la tierra aclamándolos libertadores del yugo portugués; armaron 40 carcoas, que son

barcones grandes, para defenderlos de quien los quisiese enojar; con lo cual escogió tres navíos de los que traia el General, y en persona pasó con ellos á las islas de Banda, para cargar de clavo y otras drogas en ellos; y en Amboino la fama de estos sucesos y el odio concebido contra españoles favoreció mucho esta nacion; de suerte, que ya los de Amboino y los de Veranula y otras islas tenian sus embajadores en la Sonda, para esperar esta armada; la cual, ántes de salir de Holanda tuvieron embajada del Rey de Achen y de la Sumatra para los mismos efectos, con que desvergonzadamente pregonan los holandeses que vienen á castigar agravios que portugueses y castellanos han hecho á los naturales de aquellas islas, y á ponerlos en libertad (como si la pudiesen dar los que son traidores á su Rey); pero presto pagarán, como otras muchas veces lo han hecho, su arrogancia; y este mismo castigo que ellos publican vendrá sobre sus cabezas, y quebrantará Dios esta hidra y fiera de su iglesia que en estas partes pretende oscurecer su Evangelio.

El Almirante holandés pasó adelante con cinco naves reforzadas, con intento de tomar la fuerza y reino de Tidore, que era sola la que habia quedado en obediencia de España; y públicamente se decia que queria pasar en su ayuda con sus fuerzas y navíos el Rey de Terrenate, que aún todavía vivian en su corazon las enemistades con el de Tidore; sucedióle como lo pensó, extendiéndose, con la sombra de holandeses, á tanto mayores designios de los que podian sus fuerzas; trató el General de pasar por el embarcadero de Acapulco y esperar allí las naves de Filipinas, á la ida y á la vuelta, codicioso de la riqueza de sus mercadurías y hacer presa en ellas; para esto esperaba que se le juntasen las tres naves que envió á la Sonda á cargar de la pimienta; traia en las ocho gran cantidad de ladrillo, cal, y piedra labrada, carretones y otros instrumentos y materiales para edificar fortalezas donde hallasen ocasion; esperaba nueva armada de Holanda, con que pensaba poner cerco á Malaca, y desde allí asir las riendas de la India, como en su principio lo habian hecho portugueses; pues con este ánimo

se habian confederado con los Reyes de Jor, de Achen y de la Sonda, con cuyo poder y el de otros sangajes de la tierra habian de desarmar el dominio portugués, y con sus mismas riquezas hacerles la guerra hasta aniquilarlos. Antes que llegase esta armada á Amboino, dos navíos ingleses aportaron á sus riberas y dieron cuenta á los naturales della de la armada holandesa que sobre ellos venia; que se defendiesen, que toda era gente baja, que con tan torcida correspondencia se tratan los que son vecinos y coligados, no la lleva mejor ni más pura la religion que profesan; por aquí se conocerán sus generosos fundamentos; sin embargo, los isleños fueron tan ruines, que quisieron ser más esclavos de holandeses que del Rey de España: llegó la armada al fin, y rindióse la isla, quedando Amboino por el enemigo; derramóse la gente católica, siendo muy poca, por varias partes; muchos dieron en Malaca, y entre ellos el Capitan mayor D. Manuel de Melo, con algunos portugueses; otros á las islas de Cebú, en Filipinas, dejando á Amboino; despojados de sus haciendas, prohibiéndoles el trato dellas, diciendo los enemigos que todas les tocaban; una de las naves inglesas pasó á Tidore, llamó al Capitan mayor de la fortaleza, Pedro Álvarez de Abreo; dióle aviso de cómo el holandés quedaba fortificando las plazas de Amboino, y que en habiendo sojuzgado aquellos mares vendria luégo sobre él; el Capitan mayor le agradeció tan fiel advertencia, y deseoso de saber la causa de que aquel infiel le hiciese tan buena obra, el inglés le declaró como nuestros Reyes y el suyo eran amigos; y para que lo creyese, y juntamente el peligro en que se hallaba, le ofreció de su munición toda la que hubiese menester: dióle seis barriles de pólvora, 100 balas de artillería, con buen número de morriones; con esto comenzaron tidores y portugueses á fortificarse, fruto de la paz reciente entre Inglaterra y España; dentro de un mes llegaron á Tidore cuatro naves de Holanda y cuatro pataches, y en el puerto hallaron dos galeones Reales y otros navíos de la Corona de Portugal, cargados de bastimentos y mercaderías; el General holandés envió luégo á decir al Rey

que si le queria entregar la fortaleza, echando della á los portugueses; que seria su amigo y para todo acontecimiento tendria de su parte las islas de Holanda: el Rey le respondió, que no podia hacer lo que pedia, ni recibir otra nacion en sus tierras que la española; el Capitan de la fortaleza, que entendió las demandas y respuestas del Rey de Tidore y el holandés, procurándolas estorbar, le envió á decir que aquello se habia de tratar con él, y que estando vivo y presente que no habia que esperar dél la entrega del fuerte: con esta resolucion, otro dia de mañana, se movieron los navíos de Holanda y se pusieron á tiro de cañon con los de Portugal; pelearon más de dos horas con ellos, rindiéronlos y quemaron el uno; el dia siguiente envió otra embajada el holandés al Rey de Tidore, en que decia dijese á los portugueses, que si le querian entregar la fortaleza, les daria el navío que habia quedado, en que salvasen las vidas y haciendas y pudiesen ir libres donde quisiesen; mas los portugueses, con el valor de que tanto se preciaron, respondieron, que no por la pérdida de los galeones pensasen que lo tenian ya todo acabado; que ántes perderian las vidas que entregar el fuerte; no se atrevieron los enemigos á batirle, y determinando buscar al Rey de Terrenate, le vieron que personalmente venia con gran número de carcoas armadas, para juntarse con ellos; halláronle una legua del fuerte, y gastando pocas ceremonias en la cortesía, se volvieron juntos, y entrando en un lugar, lo abrasaron; y otro dia amanecieron sobre la fortaleza con 800 hombres, entre terrenates y holandeses, y abriendo muy altas trincheras con pipas llenas de tierra, le comenzaron á batir tres dias con dos cañones gruesos; al mismo tiempo por mar, desde sus navíos, la apretaban réciamente con más de 300 piezas de batir; á este paso se le fueron llegando, y otro dia, al cuarto del alba, la batieron con más violencia; y con esta determinacion, de tal suerte acometieron juntos el Rey de Terrenate y holandeses, que los portugueses, viéndose apretados, de tal manera pelearon aquel dia que rebatieron á los enemigos, que vergonzosamente volvieron las es-

paldas y los hicieron huir hasta meterlos dentro del agua, desamparando la artillería, habiendo muerto muchos holandeses, y de los nuestros tán solamente cuatro; empero, sucedió tal accidente en medio de la victoria y tan fuera de sazon, que lo puso todo en rota: y fué que súbitamente vieron arder la fortaleza, con tal estruendo y ruido, que en un instante voló la mayor parte y lo demas se abrasó, y en muy pocas horas quedó arrasada (violencia de la pólvora); si bien por más que se inquirió la persona que echó fuego en ella, no se pudo averiguar; á este trance y revés de fortuna hubieron los portugueses, hallándose sin muros ni reparos donde defenderse ni abrigarse de ocurrir al Rey de Tidore, que los recibió amigablemente, condoliéndose de sus trabajos, no obstante que no venian vencidos; siguiéronlos el Terrenate y el Holandés, y el Tidore, tomando prudentemente el negocio, trató con el General holandés, que dando embarcacion á los portugueses se irian y dejarian la isla; el General holandés lo aceptó, y les dió tres pataches pequeños, una galeota y un patache holandés por escolta, para librarlos de la ira y rencor de terrenates. Con esto los holandeses quedaron en Tidore, hicieron amistad con el Rey y fundaron sus casas de contratacion y comercio; los portugueses tomaron sus derrotas á diveresas islas; algunos aportaron á Filipinas, donde D. Pedro de Acuña hacia sus aprestos para la restauracion; sintió mucho la pérdida, y para cualquier acontecimiento hizo reparar las plazas de aquellas islas, como quien tan vecino tenia un enemigo victorioso, ponderado con lástima de verdadero vasallo del Rey que no le habia quedado una almena en todo el Maluco á la corona de España; en esta sazon le llegaron á D. Pedro algunos navíos de Nueva España, y despues los de la flota ordinaria y en ellos los españoles que para la empresa que se forjaba salieron de España, y más de otros 200 que el Marqués de Montes Claros enviaba de Nueva España, con el dinero, pertrechos y municiones que trujo á su cargo el hermano Gaspar Gomez, de la Compañía de Jesús; fué recibido de D. Pedro con particular contento; presentó al

Gobernador los despachos que traia de España, el cual, luégo que los recibió, atendió al alojamiento de los soldados y Capitanes y á darse priesa á las cosas tocantes á la Armada y á su expedicion, en cuyas fuerzas prevenia la industria de D. Pedro el recobrar las islas Malucas, con el valor de los Capitanes y soldados que el cuidado de su Rey le habia enviado, á cuyo esfuerzo y nombre temblaba ya todo aquel archipiélago, desde la China hasta el Japon, poniéndose en obediencia los tumultuarios que habian ántes inquietado á Filipinas; ardia en los soldados el deseo de acrecentar su fama y estirpar los herejes de Holanda, volver á restaurar las plazas perdidas, y poner en ellas otra vez los estandartes con los castillos y leones de España, y que el Evangelio volviese á resplandecer y respirar en aquellas islas, últimas del órbe.

LIBRO III.

Habiendo discurrido largamente en los sucesos del archipiélago Maluco, y como en ménos de un año se perdió lo que el valor de los castellanos y portugueses, por más de ciento conquistaron; habiendo llegado al intento de escribir su recuperacion con las armas del Rey D. Felipe III, y el esfuerzo y experiencia grande de D. Pedro de Acuña, digo, pues, que estando ya á punto y en sazon las cosas tocantes á su jornada, en el año 1606, á 15 de Enero, dejando lo de Filipinas puesto á buen recaudo, y todos los puestos y fortalezas guarnecidas y pertrechadas para que en su ausencia no peligrasen: salió del puerto de Iloilo con 5 navíos gruesos, 6 galeras y otros vasos menores, que entre todos llegaban á 36 velas con 1.400 españoles, 340 indios, y otros muchos Capitanes de gran consideracion, marineros y Oficiales para las cosas tocantes á la armada, bastimentos y municiones, con 75 piezas de artillería grandes y pequeñas; y con algunas borrascas de mar, llegó á la isla de Mindanao, cuya gente es enemiguísima de españoles, y muy confederada con Terrenate; dió fondo en el puerto de la Caldera para hacer agua, y la nao Capitana, llamada *Jesús María*, en que iba el Maestre de Campo, Joan de Esquivel, tocó en tierra, disparó dos piezas para que la socorriesen; acudieron las galeras para darle cabo, y dióse el cargo de salvar la gente, artillería y municiones al Capitan Villagra, que con buena diligencia salvó la mayor parte sin perder un hombre, y habiendo quitado del bajel todo cuanto se pudo, porque no se aprovechasen dél los mindanaos, se le pegó fuego; de aquí fueron costeando por aquellas islas, y con al-

guna contradiccion de viento, á 26 de Marzo, dieron vista á Terrenate, y favorablemente dieron fondo en sus costas.

Habia D. Pedro, ántes de esto, enviado al Almirante Esquivel, con parte de su armada, á reconocer á Terrenate, y por el descuido de algunos pilotos, arribó á Tidore, distante dos leguas del paraje donde se hallaba D. Pedro; arrimáronse los nuestros á la isla y al puerto de Talangarme, donde hallaron un navío grande de Holanda, que con el sobresalto de nuestra armada, se habia abrigado con la tierra y cubiértose con la artillería, que eran más de 30 piezas y 12 pedreros; el General le reconoció tirándole algunos cañonazos; empero, pareciéndole era más acertado encaminarse á la felicidad de la empresa ántes que embarazarse en pocas cosas, dejando con su artillería atormentado el navío y medrosos los que se hallaban en él, pasó adelante, atendiendo sólo á las órdenes que llevaba, á inquirir los rumbos, puntas y calas de aquellas islas, que era el punto más esencial para que habia venido, y en el que consistia la importancia del suceso y de la victoria de las Malucas.

Entretanto el Almirante Esquivel se informaba en Tidore de las fuerzas del Terrenate y de holandeses, y avisando al Rey de su llegada, con recelo de la tardanza, porque supo estaba muy embarazado en sus bodas, por no perder tiempo, se hizo á la vela para Terrenate, y ántes que llegase á ella, vió al Rey que muy apriesa venia en su seguimiento con deseo de conocer á D. Pedro, que hasta entónces le habia comunicado por cartas; llegó á este tiempo el Almirante y el Rey al paraje donde se hallaba D. Pedro, el cual le salió á recibir, y saludándose con muchas cortesías, el Rey admiró y veneró la persona y canas de D. Pedro; dióle cuenta de los agravios que cada dia recibian él y los suyos del Rey de Terrenate, alentado y favorecido de holandeses. D. Pedro le consoló diciéndole, que S. M. le mandaba pusiese en razon las cosas del archipiélago maluco, castigase á los rebeldes de Holanda, y le restituyese en lo que el Rey de Terrenate le hubiese usurpado. El Rey quedó contento de haber visto á D. Pedro,

diciéndole que queria ser su soldado y andar al lado de su persona; despidióse dél, y á otro dia amaneció en una ensenada de Terrenate, donde la armada habia dado fondo.

Puestas ya las cosas en este estado de comenzar la empresa, D. Pedro y el Rey de Tidore, á 1.° de Abril, echaron la gente en tierra, bien ántes de amanecer; y porque la marina no era capaz de formar y disponer hileras, hizo romper por lo alto de un monte con algunos indios gastadores, y que parte de los suyos caminasen por allí: el Rey de Terrenate que reconoció el designio, y le tenian ya hecho soldado las experiencias de la guerra, receloso de que no le acometiesen por las espaldas, y los que caminaban por la marina la frente, se retiró al fuerte, y los nuestros se fueron llegando á él. Visto el general la retirada del Rey, ordenó á Gallinato que pusiese en órden de batalla la gente; el cual lo hizo formando algunas mangas de la mosquetería y arcabucería; el enemigo no dejaba de hacer daño con su artillería; y el Maestre de Campo, advertidamente, descubrió que en las copas de unos árboles que estaban plantados desde nuestros escuadrones al fuerte, habia unos centinelas que avisaban al Rey el modo y manera cómo estaban formados los nuestros, y cómo marchaban, y de las demas cosas tocantes á los ardides de guerra que se daban, para frustrarlos y desvanecerlos; y dando cuenta de esto á D. Pedro, ordenó que algunos soldados acometiesen á ganar los árboles, y que se valiesen del mismo ardid del enemigo; y aunque la artillería lo estorbaba, con valor y diligencia se consiguió el intento: ocupaba un indio, valiente, llamado Cachiltulo, un puesto importante al pié de un baluarte de la fortaleza, y advirtiendo D. Pedro que era muy necesario tomalle, ordenó al Capitan, Joan de Cubas, soldado muy antiguo de Flandes, que le embistiese con 30 mosqueteros, y que si le faltase gente en la pelea, que la pidiese, que le socorreria con buen número de picas; púsolo el Capitan por obra, y entendiendo el isleño el designio de los nuestros, con ánimo de estorbárselo, echó un golpe de los suyos fuera del fuerte, con los cuales se trabó una recia y porfiada esca-

ramuza; acudiendo el Capitan Villagra á esta faccion, para que desembarazado el Capitan Cubas, consiguiese su intento; el Capitan Terrenate que sintió el ardid, y que le querian ganar el puesto, de que se le seguiria notable daño, salió en persona á pelear con él; pero sin embargo de que el indio peleaba con mucha valentía, Cubas se le ganó; si bien con tanto daño de los suyos y tan empeñado, que hubo de pedir socorro; acudiéronle con 50 volantes los Capitanes Alarcon, Vergara y D. Rodrigo de Mendoza; á este socorro echó el enemigo más gente del fuerte, con que se encendió y apretó más el furor de la batalla, encaminando por la parte de la mar, á la deshilada, otro escuadron; nuestros espías, que estaban sobre los árboles dichos, avisaron de como embestia por la frente de la vanguardia esta tropa: el Capitan Villagra la salió á recibir con una manga de arcabuceros, trabándose de tal manera la escaramuza, y andando en todas partes tan igual el combate, que de ninguna manera se conocia ventaja en los unos ni en los otros; volvió Joan de Cubas á pedir socorro, y acudiéronle con dos compañías de arcabuceros los Capitanes D. Rodrigo Mendoza y Pascual de Alarcon; en esto avisaron las centinelas que los enemigos que peleaban con el Capitan Villagra se retiraban la vuelta del fuerte, y que Cubas pedia más socorro; acudiósele con 50 picas, con lo cual, y con el ardor y valentía que peleaban nuestros soldados, desordenadamente se retiraron los indios; seguialos nuestra gente, tanto, que llegaron á cerrar con las murallas. Conociendo D. Pedro el valor y ventaja de los suyos, y que iban de vencida los terrenates, mandó que las banderas con el resto de las picas marchasen en seguimiento de la batalla, y que quedase un escuadron de mosquetería y la arcabucería de retaguardia para hacer frente al enemigo si otra vez intentase echar gente por la playa. Andaba todavía en pié el teson y porfia de expugnar la fuerza, y continuándose el ardor de los nuestros, y ayudándose los unos á los otros á subir por las murallas, los primeros que subieron á las almenas fueron Joan de Cubas, y Cervantes, y recibiendo algunas heridas, cayeron rodando.

Creció con esto la dificultad de ganar el fuerte, porque los terrenates cargaron réciamente con mosquetería, arcabucería y varios artificios de fuego, en que los holandeses los tenian muy diestros y disciplinados. La artillería no dejaba de hacer su efecto maltratando á los nuestros; pero fué tanto el coraje con que se arremetió esta última vez, que no pudiendo ya los enemigos sufrir la furia y el herir de los españoles, desmayados y vencidos, desampararon la fortaleza y la entraron los nuestros con pérdida de 15 hombres y muchos heridos; habiendo muerto de los Capitanes, Cervantes, que fué de los primeros que subieron al muro con deseo de poner en él el estandarte Real, bajando de dos lanzadas hecho pedazos al foso; murieron muchos terrenates, javos y holandeses; tomáronse 43 piezas grandes de bronce y mucho número de versos, armas, municiones y bastimentos; con que ganada esta plaza, aunque pequeña, se entró la ciudad, y los nuestros se enseñorearon della metiéndola á saco. Con esta victoria entraron en consejo los Capitanes sobre si se pasaria adelante ó se conservaria lo ganado; pareció constantemente por los más votos, que no se perdiese tiempo y se acometiese á ganar la fortaleza principal, en que consistia el último fin de la empresa de Terrenate: tomada resolucion, los Capitanes Vergara y Villagra, acometieron las puertas del fuerte, y haciéndolas pedazos, le entraron y saquearon, y tomaron en él todas las riquezas que el Rey tenia, porque era aquel su Palacio. La presa fué de consideracion, y aunque el General lo quiso remediar, no pudo; porque la codicia de los soldados no hay prudencia humana que la pueda enfrenar, no obstante que el saco es el último galardon de sus trabajos, y á lo que se encamina el principal intento de la guerra. El Rey de Terrenate, con esta pérdida, se habia ya hecho á la mar en algunos barcos pequeños, llevando en ellos su mujer y sus hijos, y algunos de los que le servian, y los holandeses que se habian hallado con él en la batalla; tomando su derrota, fugitivo y miserable, á la isla de Jilolo, á un fuerte que poco ántes se habia edificado. Los holandeses se derramaron y huyeron á diversas partes, bus-

cando sus navíos en que salvarse de la furia de los españoles, en que al fin vienen á parar, por más que tenazmente porfien en sus errores y rebeldías: discurrian, finalmente, victoriosos y alegres por todas las campañas y poblaciones, haciéndose señores de las riquezas de aquella grande y poderosa isla; poniendo D. Pedro, como tan cristiano Capitan, la mano en quietar el lugar y en adornar una iglesia vieja para establecer en aquellas partes tan remotas el culto divino, en cuyas aras dió gracias á Dios por la victoria alcanzada. Tomó posesion de las fortalezas, arbolando las banderas de España por el Rey D. Felipe III, no sin grande salva de artillería y otros instrumentos marciales.

Ordenó D. Pedro el dia siguiente, que el Capitan Cristóbal Villagra, el Rey de Tidore, con el Príncipe su hijo, y dos galeras con 400 hombres de guerra y la armada del Rey, partiesen en busca del Rey de Terrenate; hiciéronlo así, y hechos á la vela, llegaron á la fuerza de Tacomé, donde hallaron á Cachilamuja, el más valiente de los terrenates, primo-hermano del Rey y su Capitan General; que viendo al Capitan, se rindió luégo con algunos holandeses, los cuales, puestos á buen recaudo, los envió al General; siguió Villagra su derrota y topó en el camino al sangaje de Mosaquia, el cual, sin querer ponerse en batalla, de buena gana se dió al Capitan; llevároulo á D. Pedro, y el sangaje se ofreció de buscar al Rey de Terrenate y reducirle: D. Pedro se lo agradeció, advirtiéndole que mirasen el tiempo en que se hallaban, y atendiendo á la paz y confederacion con S. M., y á la salud de sus pueblos y vasallos, al universal sosiego dellos, y que deseaba usar de la victoria alcanzada más con la virtud de la benignidad que con la fuerza; y así le daba licencia y prometía que teniendo efecto la promesa, seria galardonado y agasajado como era justo; y que asegurase al Rey y á sus hijos sus vidas y corona, como estuviesen debajo de la obediencia del Rey de España; y á sus mandamientos, embarcáronse los dos cachiles con Villagra y navegaron la vuelta de la Batochina al fuerte de Sabubú, donde estaba el Rey de Terrenate; el cual,

sabiendo que habian llegado al fuerte; los recibió con muchos abrazos, aunque con harta tristeza; persuadiéronle que se entregase á la gracia del General, que habia dado su palabra de tratarle con la reverencia que se le debia á su persona, y de disponer sus cosas con la decencia y autoridad que convenia; rehusólo mucho el Rey, advirtiendo que habia de preceder, ántes todas cosas, la solemnidad del salvo conducto; despachóse luégo á D. Pedro, el cual, le envió al momento con todas las cláusulas necesarias á la seguridad Real, dejando lo demas al arbitrio de la Majestad del Rey D. Felipe III; con esto se determinó el Rey de venir á Terrenate con el Príncipe y los demas cachiles y sangajes que con él estaban; si bien muy contra el parecer de la Reina, á quien amaba tiernamente; embarcóse en las galeras donde los llevó Villagra, para ponerlos en las manos de su General.

De paso quiso el Rey visitar á su madre, y habiéndoselo concedido el Capitan, llegaron á la fortaleza de Tacomé, donde le salió á recibir la madre, consolándole y animándole con consejos varoniles; de este paraje avisó el Capitan Villagra, como dentro de pocos dias tendria en sus manos al Rey de Terrenate; respondióle D. Pedro, que se diese prisa en su llegada, que habia mucho que hacer; concluida la vista del Rey con su madre, salió Villagra de Tacomé, la vuelta de Terrenate, y llegando á la isla casi á la media noche, no quiso entrar en el puerto, aguardando que amaneciese; el triste Rey, consideraba entre las sombras y tristezas de la noche, como quien tenia el ánimo enfermo, lo que habia perdido, rompiéndole el corazon los atambores y las otras señales militares; amaneció, y ordenó el General que ántes que desembarcase le fuese á visitar el Rey de Tidore; el de Terrenate lo rehusó constantemente, pero los Capitanes que venian con él le rogaron que lo aceptase; finalmente, forzado y persuadido, lo hubo de hacer; afrontáronse las dos galeras y descubriéronse las popas, y en ellas los dos Reyes, sin hablarse palabra; suspenso el de Terrenate, consideraba el trance de su fortuna, y que habiendo sido ántes el que sojuz-

gaba aquel archipiélago y que todos los Reyes de su distrito temblaban de sus armas; hoy se veia avasallado de su enemigo, rendido, y desposeido de su corona y debajo de las coyundas de España; efectos de la inconstancia de la guerra y de los tiempos; puestos en esta suspension los dos Reyes, el de Terrenate, como vencido (aunque superior al de Tidore), con uno de los de su casa le envió un recado de su parte con muchas sumisiones; recibiólo el Tidore, pagándole luégo con la misma cortesía, ufano y orgulloso de ver á su enemigo desconsolado y abatido de los trances de fortuna, que aún en las mismas coronas no hay seguridad. Conseguida esta ceremonia, el Terrenate con todos los Capitanes y demas indios que le acompañaban, pasó á la galera del Tidore, y allí se hicieron muchos cumplimientos, aunque indiferentes en la intencion, donde fueron recibidos con grande estruendo de artillería; esperábales el General en la fortaleza; comenzaron á desembarcar; saltó en tierra el Rey de Terrenate, llevándole en medio el Maestre de Campo, Gallinato, y tras él el Príncipe su hijo, con todos los demas indios y Capitanes, pasando por en medio de los escuadrones que D. Pedro habia mandado formar en la playa: mostró contento de verlos el Terrenate: en esta manera llegó á la fortaleza, morada antigua de sus predecesores, y poco ántes suya. Salióle á recibir D. Pedro, casi á los umbrales della, desarmado y puesto en forma de galan cortesano, con muchos Capitanes y otros Oficiales de la milicia; quiso besarle la mano, y estorbándoselo el Rey, lo abrazó, y asidos dellas subieron á las salas de la fortaleza; y en la más suntuosa, puestas debajo de un dosel tres sillas con tres almohadas delante; sentado el Rey y su hijo, se sentó el General, y despues de alguna breve suspension le dijo, que esforzase y serenase su corazon, y tomase con el valor de Rey los trabajos de la guerra, que esperaba de un tan gran Monarca como el Rey, Su Señor, que como le fuese amigo le restituiria en su antiguo poder y grandeza y le volveria sus reinos, poniendo por su parte la intervencion que era justo, y que por que requeria más tiempo y horas más retiradas

para tratar y disponer la importancia de los negocios, no queria cansarle ni ser más largo. El Rey le agradeció el ánimo que mostraba en consolarle y el deseo de las mejoras de su fortuna; y concluyó diciendo, que se alentaba mucho cuando consideraba que le habia guardado el cielo para ser vencido por tan excelente caudillo y valeroso Capitan, y que por esta parte quedaba debiendo mucho á su suerte, y confiaba que en todo le habia de ser favorable, y habia de conseguir por su medio mucha parte de lo que habia perdido, humillando sus reinos y vasallos á los piés de tan gran Monarca, como el Rey D. Felipe III, por cuyo vasallo se confesaba luégo. Con esto se concluyó la plática, suplicando D. Pedro al Rey, que para más autoridad de su persona, y porque viéndole sólo no se le atreviesen algunos tidores enemigos suyos, permitiese que estuviesen de guarda en su palacio una compañía de arcabuceros; aceptó el Rey, mostrando en su semblante que con buena cortesia se le prendia; mandóse al Capitan Delgado que acudiese con su compañía á la guarda del Rey, que se hízo con puntualidad, tratándole con mucha autoridad y regalo; y por aliviar la prision y entretener su soledad, envió á pedir á D. Pedro que le enviase al Capitan Villagra; diciendo, que por ser el primer soldado español que habia conocido, le amaba y llamaba padre y gustaba de comunicarle: refieren que decia el Rey, que el tratar con los vencedores no era otra cosa que darse prisa á ser vencido y hacer costumbre de la mudanza de su suerte. El Gobernador lo mandó luégo, procurando vencer dos veces la arrogancia en que se habia visto aquel Rey, una con el trato y otra con las armas, y así fué el Capitan con particular gusto de servir el Rey.

Puesto ya el Rey de Terrenate en la guarda y conservacion que á su persona era necesario, trató luego D. Pedro que capitulase las cosas tocantes á la seguridad y obediencia que debia al Rey católico; dando el cargo de esto á Gallinato y á Villagra, los cuales con mucha prudencia se lo aconsejaron al Rey, y él vino de buena gana en lo que le pedia.

Capitularon que entregase al Rey D. Felipe III, las fortalezas que tenia en sus Reinos, que son: las de Jilolo, Sabubú, Gamocanora, Tacomé, las de Maquien y Sula, y todas las demas contenidas en sus provincias, con toda la artillería, armas y municiones.

Que restituyese todos los Capitanes, soldados fieles ó infieles que fuesen súbditos de la Corona de España, y ansimismo los holandeses que hubiere en su Reino.

Que entregue todos los pueblos que están en la Batochina, los cuales antiguamente fueron cristianos, y ansimismo las islas de Moratag y Cherrao, con toda la artillería y municiones.

Todo esto dijo que entregaria, autorizando las capitulaciones con todos los puntos y fuerzas necesarias, firmándolas el Rey y poniendo su data en la fortaleza de Terrenate, á 10 de Abril de 1606 años; y ansimismo las firmó el General, D. Pedro de Acuña, y envió á España las capitulaciones, haciendo al Rey católico, Señor de aquellas remotísimas islas del Maluco.

En prosecucion de esto, envió luego D. Pedro sus galeras con algunos Capitanes y al hijo del Rey, para que tomasen posesion destas islas; las cuales, luego que vieron á nuestros Capitanes, se allanaron; saltando en ellas Cachilamuja, diciendo á los que las guardaban, que todo estaba ya por la Corona de España, y que así le jurasen obediencia al Rey; mandó que sacasen la artillería y la llevasen á las galeras; ejecutóse luego en todas las islas y tierras de Terrenate, y pusieron en sus almenas los estandartes de S. M. y otros trofeos; con que vencidas algunas dificultades en allanar las fortalezas, por la buena industria y valor de los Capitanes, se serenó todo. El Rey de Tidore, brioso y alentado de ver á su enemigo preso y vencido, pretendió con algunos de los suyos recobrar las tierras que le tenia usurpadas; para esto salió con mucha infantería y algunos bajeles, haciendo mucho estruendo en las islas circunvecinas de Terrenate. D. Pedro que sintió la alteracion y movimiento del Rey, sagaz y prudentemente le quietó y hizo retirar á sus tierras; enviándole á reprender de que sin su licencia y acuerdo hubiese intentado descomponer las

cosas del sosiego universal, que él con tanto cuidado pensaba establecer, y hacerle restituir á él y á todos los demas Reyes del archipiélago lo que el Rey de Terrenate les habia tiranizado, para que obligados con este beneficio, estuviesen más prontos al reconocimiento de las cosas del Rey católico y á lo que tocaba á la fé y obediencia que le debian jurar; y que para calificar con mayores y más verdaderos fundamentos su palabra, queria que desde luego lo experimentasen, y le daba licencia para que los ocho pueblos que le tenian tomados en la isla de Maquien, entrasen luego en la posesion dellos; y al Rey de Bazan, no obstante, que no se halló en la expugnácion de Terrenate en servicio del Rey de España, por haberle desayudado algunos malos temporales de la mar y haber salido herido cuando Andrés Furtado, en los años pasados, peleando en su compañía para tomar la isla, le socorrió valerosamente, le hizo gracia de la isla de Cagea, Adova y Bailoro; al de Siam, por el mismo consiguiente, le restituyó en lo que se le habia usurpado, y dió á otras personas que en el tiempo de la paz poseian algunas tierras y lugares, lo que les tocaba; restituyendo ansimismo al culto divino los templos que se habian profanado; dando á los Padres de la Compañía, la iglesia que ántes era de San Paulo y suya; dió á los religiosos de San Francisco, la mezquita principal para que fundasen en ella; dió á los de San Agustin, una casa de la hermana del Rey; á los de Santo Domingo, otra de un indio muy rico y poderoso; y dió órden para que los Reyes del archipiélago hiciesen el juramento al Rey católico, avisándolos y señalando dia para ello. Prevenidos, pues, todos aquellos Príncipes y Reyes del Maluco para jurar la obediencia y vasallaje al Rey católico, preparada la mayor sala de la fortaleza, y aderezada de ricas telas y doseles, y toda la gente de guerra puesta en órden para esperarlos; á la hora señalada concurrieron todos con grande ostentacion y acompañamiento; entraron en la sala, donde puesta una silla debajo de un dosel y á los lados en más inferior lugar otros asientos: D. Pedro se sentó en la silla debajo del dosel, y los demas Reyes en los asientos ya

dichos, y atentos todos, propuso el general la causa de haberlos juntado; las razones que habia para que jurasen la obediencia al Rey católico, y como por aquella manera quedaban hechos señores pacíficos de sus tierras y Reinos, y cuán importante cosa era para conseguir la union y concordia entre todos, y tener por amparo y protector al mayor Rey de todo el orbe; que en todo trance de disension y de guerra los habia de defender, sin dar lugar á la tiranía ni opresion en que hasta entónces habian vivido los unos y los otros, sino que con verdadera union poseyese cada uno lo que le tocaba debajo de las leyes y órden de naturaleza, con cuya felicidad dichosamente gozarian de sus tierras y vasallos, de sus frutos y riquezas, sin dar lugar á las naciones septentrionales que tratasen con ellos; advirtiendo que no hay más poderoso brazo en la tierra para defender y ofender que el del Rey de España, porque es el mismo de Dios, cuya fuerza es á todo humano poder incontrastable, como lo muestran las muchas victorias que él y los demas predecesores suyos han alcanzado de la tiranía y infidelidad de los malos. Á esta arenga, juraron obediencia en las manos del General D. Pedro de Acuña, que con severidad representaba la persona de su Rey. El primero que hizo el juramento, fué Cachil, Sultan; Caide Bujey, Rey de Terrenate; el Príncipe, su hijo; Cachilmolé, Rey de Tidore; Cachilraja Laudin, Rey de Bazan; Cachil Dini, Rey de Siam; á los Reyes siguieron todos los cachiles y sangajes, y otros Príncipes poderosos de aquel archipiélago, deudos y vasallos destos Reyes; jurando y capitulando no admitir holandeses ni otras naciones del Norte que fuesen enemigas ó rebeldes á S. M., ni consentirlos que 'carguen del clavo, especería ni otras drogas de las islas, sino á los vasallos de S. M.; que acudirian con sus personas, gente y navios todas las veces que fuesen llamados por los que gobernasen las fortalezas principales de Terrenate ó Filipinas; que no pusiesen estorbo á los mahometanos ó gentiles que quisiesen ser cristianos. Concluido este acto, no sin grande solemnidad y ceremonias, los demas Reyes, fuera del de Terrenate, abra-

zaron el juramento con notable alegría, porque les parecia que salian del yugo del mayor tirano que habia conocido todo aquel Oriente, porque como más poderoso, no podian sufrir que les quisiese subordinar; y finalmente, para poner en buen concierto y seguridad aquellas islas, ordenó D. Pedro que el Rey de Terrenate y el Príncipe se dispusiesen á ir con él á Filipinas, y dejasen en sus tierras Gobernadores que en su nombre las gobernasen; que en Tidore se levantase otro fuerte nuevo y se dejase muy bien guarnecido; que á los vasallos del Terrenate se les quitase parte de los tributos que pagaban; con que se les daba á entender que se deseaba más su alivio y descanso, que el tenerlos oprimidos y avasallados. Ordenó tambien que se hiciese otro fuerte en Terrenate en lugar más conveniente que el que estaba hecho, para lo cual se comenzaron á delinear plantas para comenzar la fábrica, la cual se puso luego en ejecucion con muy fuertes baluartes y terraplenes; guarnecióle D. Pedro con 6 compañías, cada una de 100 soldados, con Capitanes de mucho valor y experiencia; dejóle 12 artilleros, 60 gastadores, artillería, municiones y vituallas, y algunos bajeles para el servicio y defensa de la isla; y por su Teniente al Maestre de Campo, Joan de Esquivel, con cargo de todo lo tocante al Maluco, con una cuerda y avisada instruccion de la forma y manera como se habia de portar y tener aquel archipiélago en union y obediencia, conservando sus provincias debajo de la Corona de España. Con esto y con dejarle proveido de todo lo necesario, rendido y sujetado con todo su poder y coronas debajo de la del Rey católico, manda prevenir la gente y navíos, y honrando con sus brazos á Gallinato y á los demas Capitanes, con mucha salva de artillería, se despidió dellos, embarcándose con el Rey de Terrenate y el Príncipe, su hijo, con todos los demas cautivos y prisioneros en la *Capitana* la vuelta de Filipinas.

Comenzó Gallinato á poner en perfeccion el gobierno de aquellas islas; envió á la hora á llamar los Gobernadores que en su ausencia habia nombrado el Terrenate, que poniendo algunas dificultades en su ida, con su prudencia y buen juicio

las allanó, haciéndolos con blandura entrar en el yugo reciente y pocos meses ántes conquistado; redújolos finalmente, y asentó el gobierno con admirable virtud y providencia de las personas que para ejercerle se señalaron; envió algunos Capitanes de confianza con buen número de soldados á solicitar á los Reyes vecinos, á la fé y el juramento de obediencia al Rey católico; guarneció las fortalezas más descaecidas para vigilancia y buena guarda del archipiélago; convocó los más amedrentados y que habia ausentado el terror de la guerra á sus antiguas poblaciones; constituyó el sosiego; rejuveneció el trato y la policía; templó el orgullo de los Príncipes más superiores en la tiranía á los menores, haciendo que cada uno se contentase con las tierras legítimas y heredadas de sus mayores sin alterar sus confinantes, de que no acababan de encarecer la piedad y ánimo generoso del Maestre de Campo, refiriéndolo en muchas cartas lo que estimaban el vasallaje del Rey de España, y como perseverarian en la obediencia hasta los últimos alientos de la vida, y la confirmarían en sus descendientes; ofreciéndole para todo y en cualquiera necesidad sus fuerzas, embarcaciones, sedas, clavo, bastimentos y lo más precioso de sus islas para las flotas de España; puso, no obstante, galeras en algunas ensenadas y cabos peligrosos para defensa y aviso de las armadas septentrionales; las cuales, aportando algunas á Terrenate, y viendo el destrozo de sus factorías, fuertes, bajeles y soldados, huyeron, y desesperados se dejaron llevar de las furias tormentosas de aquellos mares; espia los puertos donde eran acogidos, y allí los asalta hasta sumegirlos, poniendo á saco y á fuego las islas; y los rebeldes en esta pretension, mal desengañados destos enemigos y de sus perversas materias de Estado, obedecen por fuerza los más obstinados, usando á veces del rigor y á veces de la humanidad, remedios que componen y macizan lo más desesperado: envió sus Embajadores á los Reyes gentiles y mahometanos, acompañados de algunos excelentes varones en virtud y letras, que abandonando las supersticiones y errores abominables, admitan la luz del soberano Evangelio; fabricó

templos y constituyó admirablemente la veneracion del culto; recobró para el Rey católico las fortalezas y lugares que el Terrenate habia usurpado, y pone cobro en ellos; redúcense los Gobernadores, sometiendo las cervices á las coyundas españolas; huyen los enemigos; destiérranse los ídolos y ceremonias profanas; navega prósperamente D. Pedro á Filipinas; pretende el Rey limar la prision, á que acudió con presteza, dando á algunos cachiles y sangajes castigos competentes al delito. Publicaban los mal afectos en Manila que se habia perdido por su mal gobierno, con que entran en alteracion los naturales sin poderlos reducir (¿cuándo no fué la virtud calumniada?); llega á la isla con su armada; desvanece de la opinion á sus enemigos; saludó toda la tierra con artillería y otras fiestas á los vencedores; tiemblan los mal afectos que habian publicado falsamente su deshonor; obedecen los poco fieles con más puntualidad debajo de su dominio, cuando le admiraban más venerable en sus acciones por las leyes con que los gobierna; celébranse con arcos y inscripciones las victorias alcanzadas, admirando el traje y los adornos de los vencidos á los naturales; despacha D. Pedro á España y á todo el Occidente el suceso de las Malucas y el progreso de su jornada, con un navío de aviso; escribe ansimismo al Rey católico el Rey de Terrenate con letras persianas, amparándose de su clemencia; refiérele su estado; llámale de todas maneras grande, piadoso, temido, soberano entre todos los Príncipes de la tierra, y pone á sus piés su Estado y confiésase su súbdito y feudatario, y que permanecerá en su devocion inviolablemente: y dícele el General como quedan todos los Reyes del archipiélago maluco, por la virtud y gran poder de sus armas, vasallos y tributarios á la majestad de su dichoso Imperio. Llegó el navío de aviso á España, y á la corte entraron los despachos del suceso en el Consejo de las Indias; llevólos el Conde de Lemos al Rey católico, contento de que se hubiese logrado el efecto de las Malucas.

Y porque admiren los presentes y venideros siglos la potencia deste esclarecido y glorioso Monarca, y cuán atenta-

mente, sin alterar el orbe ni sacarle de la proporcion debida y necesaria á la conservacion y aumento de sus Coronas y de la seguridad en que sus Príncipes vivieron, siendo dotado de genio pacífico, amado y engrandecido de todos por tal; sin embargo, por la causa pública hacian guerra sus Capitanes á un mismo tiempo en todo el mundo á los émulos de su prosperidad y potencia, pues discurriendo y dando brevemente una vuelta por él, y habiendo dicho largamente lo que pasaba en el Asia; añadiendo ahora la conquista del reino de Pegú, la isla de Ceilan y Candía por muchos y esforzados varones de nuestra nacion, que dejo á la digresion de mejor pluma; en la América, sus armas descubrian y conquistaban nuevas y nunca vistas tierras en los pueblos Taracozies, explorando el nuevo Méjico, extendiendo en éstas y en aquel el dominio de su dichoso Imperio; catequizando gentes bárbaras, más con pretexto de que alcanzasen la luz de la fe y militasen debajo del estandarte de la Iglesia, que codicioso del triunfo y vanidad de enseñorearlos; en la África, tenian sitiada á Oran 7.000 alarbes con cerco muy apretado; el Marqués de Ardales, Gobernador y Capitan general de aquella plaza, valeroso y esforzado caballero, salió á ellos y opúsoseles con 900 hombres entre caballos y infantes, y trabándose entre todos una recia y porfiada escaramuza, los redujo á término que los desbarató y hizo huir, degollándoles más de 2.000 moros, ganándoles muchas armas, ganado y otras presas de valor; habiéndose ejercido, por la virtud marcial de sus Gobernadores y caudillos, en los veinte y más dichosos años de su reinado, setenta entradas en aquella tercera parte del mundo, donde se cautivaron 27.000 mahometanos, sin las demas que se hicieron desde las plazas de Arcilla y Tánger, tocantes á la Corona de Portugal, por la belicosa nacion portuguesa. En la Europa, sus ejércitos, que estaban en las provincias de Flandes, habiendo visto en lo de atras lo que con tanta diligencia obraron, se armaban para el año siguiente de nuevas armas y pertrechos para ofender á los holandeses, y se preparaba otro en Lombardía, como veremos en su lugar, para quebran-

tar brios y razones de Estado poco fieles contra la firmeza y autoridad pontifical; oficios en que se gastaba el talento, el cuidado, las horas, tocantes al descanso y al sueño y á lo más precioso de la vida, acudiendo á todo y no faltando á nada, como lo mostraron los efectos; descargo que se da á la cuenta que con tanto rigor judicial se nos pide de los millones de oro y plata que se gastaron.

Entretanto que las cosas de Flandes, por la prudencia y buena maña del Archiduque, se prometian en todos sus pueblos y provincias una larga paz y tranquilidad universal, en Italia se levantó tal discordia, entre el Pontífice Paulo V y venecianos, que estuvo muy al trance de correr fortuna y alterarse toda, metiendo los mayores y más vecinos Estados en desolacion y derramamiento de sangre con la potencia y sumo rigor de las armas. Paulo V, pues, Padre y esclarecidísimo Príncipe de la Iglesia, despues, como ya lo dejamos referido, que en el año de 605, á 16 de Mayo, ascendió á la tiara y ornamentos pontificales, extendió el cuidado y puso los ojos en la autoridad y privilegios pertenecientes al estado de la Iglesia, en su autoridad y estimacion; en amplificar sus términos; en hacer diversas juntas y consistorios en que convocaba los mayores y más sutiles ingenios, así en virtud como en letras, todos enderezados á este intento, sin levantar un punto la mano dellos, dándolo á entender así á todas las repúblicas y potestades de Italia, á los mayores y más soberanos Príncipes de la Europa, con religiosísimas amonestaciones, escritos y ejemplos; de que hallando en el Rey católico, D. Felipe III, tan singular báculo y apoyo, le adoptó y puso con amor de padre en el mejor y más encarecido lugar de sus hijos, con que tierna y afectuosamente fué inclinado á las cosas de España; medio eficacísimo para conservar las de Italia y tenerlas en union, seguridad y templanza, siendo más apto y más religioso para ellas que otro Príncipe de los que se contienen en el orbe cristiano, como largamente nos lo tiene ya mostrado la fe y la experiencia en este tiempo; pues los venecianos, cuya atencion no es más que á las alteraciones y

movimientos de los Príncipes y potentados de Italia, y atentar mañosamente contra su seguridad para con sus ruinas y desolaciones buscar su acrecentamiento y añadir algunas buenas ciudades á sus términos; costumbre estudiada y por largas edades envejecida, sin conocer más religion que su materia de Estado, y tan soberanos y exentos en su Gobierno, que ni aún á la Iglesia querian admitir en él; dejándose llevar de aquella regla y herética proposicion, de que los bienes y rentas de la república, con el tiempo, vendrian á ser de las iglesias y conventos, como si esta parte no fuese la más esencial, por quien se ha de arriesgar todo y la que se debe poner en mayor autoridad y veneracion, como á causa de donde se derivan todas nuestras felicidades, y de quien se han de esperar los aumentos y el acierto en el Gobierno; pues si Dios lo da todo, qué mucho que vaya todo á él; como si fuese de mayor utilidad á la república ó á nuestros fines propios el serle ingratos y no agradecidos á los favores que siempre nos hace. Finalmente, llevados de los errores de sola su conservacion, afectando más la vana pompa y autoridad ceremonial de sus Senadores, que la sustancia y utilidad esencial de sus leyes: en los años pasados publicaron algunos decretos en que establecian no poder los eclesiásticos apropiarse bienes poseidos por virtud de derecho que tuviesen á ellos; que no se fabricasen iglesias ni lugares de hospitalidad; que los seculares no pudiesen dejar sus rentas ni otros emolumentos á la Iglesia, anulando algunos ó casi todos los que se habian dado; refiriendo que era en perjuicio de su autoridad y de la república, declarando graves castigos para los que no los obedeciesen, como perdimiento de bienes, destierro de la patria y otras cosas á este modo contraidas, en perjuicio y contra los fundamentos del derecho eclesiástico. Opusiéronse á estos decretos sumamente afrentosos, con celo verdaderamente católico, los Padres de la Compañía de Jesús y los religiosos capuchinos, de cuyas controversias entre los unos y los otros, resultó el quererlos desterrar de la señoría, prendiendo y poniendo en las cárceles la virtud, la dignidad y las personas,

sin miedo ni reverencia á la soberanía pontifical y apostólica, á quien pertenecen estos hechos. Paulo V, á cuya noticia llegaron estas desavenencias y discordias, y que el gobierno secular se lo queria introducir tan á sus ojos en el derecho eclesiástico, principios por donde, no atajándole, con celeridad se han visto reinos y provincias muy católicos negar la obediencia á la Iglesia y dar lugar á las herejías: pareciéndole cosa digna de remedio, y que era este accidente de los que más le tocaban en el principal nervio de su oficio, para cuyo fin se erigió el pontificado, á 17 de Abril deste año; juntó los Cardenales en consistorio, y con palabras sumamente ponderadas y semblante piadoso refirió el hecho de los venecianos, que ya se regia por toda Italia; y dijo últimamente, que despues de haberle conferido con la experiencia tan envejecida que tenia de graves negocios, ejercidos en la mayor parte de la Europa y en las demas del mundo, y haberlo estudiado y consultado con célebres cronistas, afirmaban todos de un mismo parecer y acuerdo; que los decretos de la república se oponian á la autoridad de la Iglesia y á su inmunidad y libertad eclesiástica, cuya soberanía es sobre todas las del orbe, sin haber ley que se atreva á dominarla; y prosiguió diciendo: que eran contra el Concilio de Simmaco aludenense de Gregorio, á los decretos, Concilios y congregaciones de Constancia y Basilea; contra los que se habian arbitrado en Roma generales, y constituciones de los Pontífices sus antecesores: refirió otras y diversas cosas, y debatióse la materia entre todos los Cardenales; leyéronse los decretos dados de la señoría, y pareció por todos que se les avisase derogasen los acuerdos hasta allí publicados en todo el Estado de Venecia; para lo cual, el Pontífice, por su Nuncio y Legado, y otras personas de importancia, como Padre y como Pastor, los exhortó á que volviesen sobre sí y tomasen mejor expediente en las cosas tocantes á la religion, y desistiesen, como verdaderos hijos della, de las leyes hasta allí promulgadas, poniéndoles por delante el ejemplo de las otras provincias, á quien pareceria feo caso su determinacion: los venecianos, pues, en

vez de reverenciar al Vicario de Cristo y de arrepentirse mucho de las cosas hasta allí cometidas en detrimento de la religion, por cuanto debe ser justamente venerada, y abrazar como católicos los ruegos con que los queria reducir á la concordia y union della, como universal Pastor de la Iglesia; ellos, sin embargo, no sólo con humildad no los abrazaron, empero, torpemente los resistieron; dando á sentir, que si se les oponia al curso de su gobierno y leyes, se valdrian para contra él de las armas: á lo cual, el Pontífice, ofendido de su dureza y obstinacion, los declaró por excomulgados, y publicó graves censuras contra ellos, haciéndolas fijar en escritos por todo el Estado de la Iglesia y por las otras provincias circunvecinas, en las puertas y pilares de San Márcos, anulando las leyes, y mandando á los Obispos, y de allí á todos los demas eclesiásticos, que no las obedezcan; priva al Senado de todos los bienes que poseia de la Iglesia; de poder proceder contra los clérigos, y dales veinticuatro dias de término para su reduccion, divididos en tres términos, dentro de los cuales, si no anulasen los decretos y perseverasen en su rebeldía, dentro de otros tres pone entredicho en todo el dominio de que no se puedan celebrar los Divinos Oficios; reserva para sí la absolucion, y pónelos, finalmente, en todo trance y estrecho para obligarlos á la obediencia, á la amplificacion del culto divino, á la veneracion del pontificado y al respeto de la dignidad y observancia del derecho católico.

Puestas las cosas en este estado, no sólo no sirvieron de enfrenar los corazones del Senado, ántes de irritarse y dar en mayores precipicios; añadiendo á las leyes pasadas otras más enormes, como que no se obedeciese ni ejecutase en todo el Estado los efectos de la excomunion hasta ver otra determinacion suya, ántes que se defendiese la causa comun, apoyando este intento con escritos y otras amonestaciones; muchos ingenios cabilosos, de la propia patria, y algunos de las repúblicas vecinas, poco fieles y afectuosos á esta causa, no faltaron escritores franceses que con vagas razones la pretendieron cimentar en materia de no pasar por la cesacion de los Divinos

Oficios: muchos Obispos lo aceptaron, no obedeciendo al Pontífice, y otros innumerables sacerdotes y dignidades; solos los Padres de la Compañía de Jesús y los religiosos capuchinos, y algunos pocos de otras órdenes, vigilantes soldados de la Iglesia y fieles ministros de sus preceptos, aquellos que en lo más interior de Alemania y ambos polos del mundo han procurado con exhortaciones, inculpable vida y ejemplo penitente, adelantar nuestro sagrado Evangelio en todos sus distritos hasta derramar la sangre en el martirio por su consignacion; estos, pues, pocos y bastantes para muchos que con las plumas han peleado, como nuestros Capitanes con las espadas, sobre la causa de la religion, se opusieron intrépidamente contra las leyes del Senado, obedeciendo al Pontífice; los cuales, por esta fineza, pasaron por el destierro, embargándoles los bienes en público inventario y echándolos de la patria. El Papa, irritado de este desórden, viendo no prevalecian las armas eclesiásticas, echó mano de las seculares, y por D. Gaston de Moncada, Marqués de Aitona, Embajador en aquella corte, y por sus cartas, dió cuenta del caso á la espada, al escudo, al atlante de la Iglesia, al Rey católico Don Felipe III (por cuanto echara mano de otro, luégo bueno será conservar el mejor hijo, y que á este fin atiendan los Pontífices); causaron estas cartas no poca novedad y maravilla en España; confiriólas el Rey con el Consejo de Estado, el Duque de Lerma, el Condestable de Castilla y D. Joan Idiaquez; fueron de parecer se avisase á D. Íñigo de Cárdenas, Embajador de Venecia, dijese al Senado, de parte del Rey católico, cuánto les convenia deponer de sus diferencias con el Pontífice, someterse á su voluntad, y como seria el más útil medianero en este caso para concordarlos con Su Santidad; y que así, con las veras que podia afectar esto, se lo rogaba atendiesen á no oponerse ni violar los derechos y leyes eclesiásticas, y en todo caso, no alterar la paz de Italia; porque de otra manera no podria con sus fuerzas y ejércitos dejar de ponerse al lado del Papa: la respuesta fué vaga, compuesta de palabras generales, sin desistir de su tema y perniciosa opinion. Escri-

bió, sin embargo, el Vicario de Cristo al Emperador Rodolfo; á Enrique IV, Rey de Francia; á los Príncipes y potestades de Italia, convocándolos en su favor contra venecianos: el Emperador hizo los buenos oficios en esto, competentes á su dignidad, y ofreció enviar ejército numeroso en su ayuda; el Rey católico escribió á D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, soldado de elevada opinion entre los más esclarecidos de la antigüedad, y bien conocido de Enrique IV, por las muchas plazas que le ganó en Picardía, y mandóle levantar 30.000 soldados, y que ansimismo ponga en órden las fuerzas de mar y tierra, y se arrime á los pretextos del Pontífice y esté debajo de su órden contra los que no le fuesen obedientes; avisa ansimismo á los potentados dependientes de su soberanía, al Conde de Benavente, Virey de Nápoles; al de Sicilia, hagan sus aprestos, dispongan los tercios de infantería y Capitanes de caballos; armen galeras y otros vasos, y las procuren conducir á sus puestos en órden al intento referido; y responde al Papa el sentimiento que tiene de la desunion del Senado veneciano en lo tocante á la autoridad de su oficio; que ha mandado prevenir todas sus fuerzas en su apoyo, y quiere en persona ser caudillo contra sus émulos, y gastar en esto los millones de oro y plata que le tributan sus vasallos; que así lo ha dado á entender al Embajador de Venecia, asistente en su corte, y á todos los Gobernadores y Capitanes generales de sus Coronas, y á los Príncipes de Italia que están debajo de su arbitrio y dominio. Hinchió de gozo el corazon del Pontífice la carta del Rey católico; sombra que le alentó á parecerle que con tal amparo no le desmayaria si viese venir sobre sí las mayores potencias del mundo; refirióla en el consistorio, alabando mucho su celo, siempre honrado, de religion y virtudes; dijo lo mucho que desde que se puso en la Silla de San Pedro debia á la Corona de España, y como no tenia la Iglesia hijo, ni mayor ni mejor, en sus dependencias; que habia mandado levantar un ejército de 30.000 hombres para reprimir el intento de los poco obedientes; dijo mucho de su pie-

dad, de su espíritu, de sus Reales y generosas costumbres, de la prontitud al derecho eclesiástico con fuerzas y tesoros; con que cerró la plática, al tiempo que ya el Conde de Fuentes ponia en órden lo que se le habia mandado, convocando por muchos y excelentes Capitanes las fuerzas naturales y forasteras; avisando á los vecinos y feudatarios acudiesen con las que les tocaba, para lo cual escogió á D. Francisco de Mendoza, castellano de Lodi; al Gobernador de Lech y al Capitan Lechuga, que les significase la resolucion del Rey católico en acudir al Papa; hizo salir los tercios de soldados viejos españoles que estaban en las guarniciones del Estado, en que se incluian 900 infantes: llegáronle á la hora 1.800 de España; 3.000 napolitanos debajo de la conducta del Maestre de Campo Espinelli; 4.000 suiceros de los cantones de la faccion española; 6.000 alemanes á cargo de Gaudencio Madruci; y de diversas partes, como de Sicilia y las Baleares, más infantería, con que en breve tiempo puso en pié 20.000 infantes y 6.000 caballos, 2.000 gastadores, carros, bueyes, municiones y vituallas, con todo el dinero necesario para el sustento y expedicion de un ejército que habia de poner en asombro y templanza los bulliciosos de Italia y de la Europa. Envió, no obstante, á Parma, Módena, Mántua, Florencia y á otras repúblicas, acudiesen con sus gentes; á Alemania, á los Príncipes católicos, á los Archiduques de la Casa de Austria, haciéndoles saber la determinacion del Rey, y como estaba armado en Italia para salir á la causa de la Iglesia; los cuales respondieron, quedaban alistando 3.000 walones y 4.000 tudescos para corresponder á los fieles intentos de S. M. y á la autoridad del Pontífice. Siguió el Papa las pisadas del Conde de Fuentes, y trató de formar ejército, fortificar y guarnecer sus confines; erigió una junta de 15 Cardenales, todos de la devocion de España, que llamaban en Roma *la Congregacion de la guerra*, en que se incluian, Pinelli, Sabelli, Comerino, Sfrondato, Justiniano, San Georgio, Arrigone, Visconti, Conti, Burgesio, Esforza, Montalto, Farnesio, Chesi, para que todos juntos dispusiesen el modo como se

habia de encaminar la guerra, y los arbitrios del dinero para su expedicion: convocó á su antecámara Coroneles y Capitanes de escogida opinion; confirió con ellos y dióles la órden de la manera y como se habian de hacer las levas de caballería y infantería, y señalóles los puestos y plazas de armas donde la habian de conducir; extendió los ojos por la Romaña y confin de venecianos, así por mar como por tierra, y reforzó á Rimini y Ancona de nuevos presidios y fortificaciones; forneció á Ferrara con guarnicion de más de 1.000 soldados, espurgóla de la gente forastera y sediciosa, y mandó volver á la patria los naturales tocados de ménos sospecha; aseguró la ribera de la Romaña, por estar casi abierta y sin abrigo, y expuestos los pueblos á cualquier acontecimiento, y algunos dellos afectos al nombre veneciano por sus comodidades y intereses; amonestó de la sospecha á los ferrareses, y asegurólos en el ánimo y en la constancia con avisos y exhortaciones colmados de religion y de piedad; quitó las legacías á los más aficionados, y diólas á los más confidentes y sin pasion; envió á Lúcio Sabeli por Gobernador de la gente de guerra en aquel Estado; aumentó el presidio y quitó las armas á los ciudadanos; sacó las que habia encerrado Clemente VIII en la Meldola, y armó con ellas sus gentes; limpió la tierra de foragidos con bandos públicos, huyendo los más insolentes y facinerosos de dar en las manos de ambas potencias, católica y pontifical; puso en Rávena 200 infantes, 300 en Cerbia y en Ancona 400, á la hora que el Coronel Fabio Ghisleri, Capitan de los caballos ligeros, juntaba en aquel puesto una tropa de 1.700 arcabuceros á caballo; prohibió en todas sus fronteras y Estados la comunicacion y comercio con venecianos; hizo levantar en Génova 4.000 corzos con especial privilegio de aquella república, 3.000 suizos en los pueblos católicos de la nacion, negociados por mano de Fabricio Verallo, Obispo de San Severino, su Nuncio; puso en Milan crédito de 150.000 escudos para bagaje y escolta de los que habian de bajar por la Lombardía: puestas las cosas en este estado, y armadas en la forma referida estas dos potencias, no sin grande terror y

asombro del veneciano y de todas las grandes y extendidas provincias de Italia, de que ya en lo interior y secreto daban muestras de arrepentirse de lo comenzado y querer desistir del intento, porque sus fuerzas no eran bastantes para resistir tanto poder, y que sus mayores coligados y confidentes, ó por el miedo de la religion, ó de ejércitos tan formidables gobernados por caudillo tan excelente como el Conde de Fuentes, no se atrevian á declararse ni á ponerse á su lado; sin embargo, alentando su flaqueza, sacudiendo de sí el pavor que ya se les habia entrado por las venas como milanos de corta provincia y de séquito moderado, armaron algunas galeras en el golfo y añadieron otras para defenderse de las del Marqués de Santa Cruz, de que ya corrian nuevas doblaban el cabo de Otranto para correr el Adriático y poner en terror los términos de la señoría; echaron al agua otras galeazas y algunos bajeles menores; alistaron 12.000 infantes entre italianos y córcegos, y alguna caballería albanesa que alojaron en los confines del Estado y por las márgenes del Mincio, y nombraron algunas personas de prudencia y maduro consejo para administracion de armas y bastimentos; reforzaron á Padua, Verona, Bresa, Crema y Bérgamo de nuevas y mejores gentes; aumentaron los presidios y enviaron para sus pagas 500.000 escudos, y á Francia á levantar 4.000 infantes y 600 corazas, que con la demas caballería ligera albanesa, se dieron á creer se podia hacer bulto de gente competente que hiciese apariencia de ejército considerable. Puestas en este punto las cosas, y metidas todas las provincias en armas, el Rey católico, ántes de comenzar la guerra, mostrando el instinto natural que tenia de pacífico, por excusarla donde más deseaba el sosiego y la quietud, ántes de desnudar la espada, quiso, como católico y religioso, por redimir pueblos tan ricos y tan nobles del hierro y de la desolacion y serenar aquella tempestad, volviendo á tentar con la prudencia el corazon de los venecianos, para lo cual, tambien habia de parte del Emperador, Embajador en Roma y en la señoría; envió á D. Francisco de Castro, Duque de Taurisano, hermano de D. Pedro,

Conde de Lemos y de Andrada, varon sin duda, de rara virtud, modestia y singular juicio; para el lado de un Príncipe, á propósito, y encaminarle á altas y generosas materias; que hoy milita debajo de la cogulla de San Benito, con desprecio de todas las cosas, aspirando á las eternas, con ejemplo á los más envanecidos: pasó D. Francisco á Roma, vió al Papa y dióle cuenta de su embajada, lo mucho que deseaba el Rey serenar aquellos movimientos; empero, ante todas cosas, con rendimiento y suma obediencia de la república á sus preceptos y expresas exenciones del derecho apostólico, y que así, Su Santidad le diese licencia, como la llevaba de S. M., para pasar á la república á tratar de la quietud de las cosas y de la composicion de las diferencias contraidas; que esperaba en Dios tendria todo el fin que se deseaba y Su Santidad pretendia. El Papa le agradeció el celo del Rey católico; la vigilancia que con deseos y oficios habia mostrado en su decoro, y que así le daba licencia para ir á Venecia, donde, si no es con cumplimiento y obediencia á sus mandatos y reduccion de la señoría de los decretos publicados en todo el Estado, no levantaría la mano de la guerra ni de las censuras; pasó don Francisco á Venecia, y entretanto, muchos Cardenales de la faccion francesa, creyendo que España se habia de llevar la gloria de la prontitud con que habia acudido á la Iglesia con las armas y de la composicion; comenzaron á meter sus inteligencias, apretándolas sumamente el Embajador de Enrique IV, orgullosos de hacerse dueños de la materia sin levantar un hombre ni ofrecerle en defensa del Pontífice, ántes cautelosamente, disimulando hasta allí con unos y otros; que aquellos que verdaderamente no siguen camino real ni pretexto religioso, en la necesidad de sus mayores amigos y coligados, proceden con tibieza, porque aún hasta aquellos querian ver acabados y metida toda la Italia en disension y discordia para mejorar sus fines particulares; querian, pues, algunos Cardenales franceses que el Papa levantase las censuras ante todas cosas, y se procurase con otros medios la enmienda del Senado; los más llegados á la verdad y la jus-

ticia alegaban que el Papa empeñaba su autoridad si primero él no se apeaba de su opinion, y con satisfacciones públicas de rendimiento no la pedia cediendo de las leyes; disputábase con gran calor la controversia por ambas partes; los Embajadores no soltaban de la mano la materia, y que el francés la decidiese y acabase; muchos escritores venecianos, franceses y de otras repúblicas, en tanto que se afilaban los aceros de las armas, se daban la batalla con las plumas, á que respondió con singular erudicion y elegancia el Cardenal Baronio, haciendo callar los mal intencionados tocados de infidelidad; con que enmudecieron y arrinconaron sus escritos: entró don Francisco de Castro en Venecia; presentó la carta del Rey en el Senado; declaró su voluntad; discurrió atentamente en el caso; refirió la causa del Pontífice, y ponderóla con la gravedad que debe un juicio religioso, el estado ansimismo en que se hallaban y las armas que los cercaban, poderosas, reputadas y temidas en todo el mundo, como largamente lo habia mostrado la experiencia, y cuánto más gloriosos quedarian rindiéndose al Papa, á sus ruegos y amonestaciones, que defendiéndose, aunque más sobrados se hallasen de escuadrones para resistirle; la paz de todas maneras atendida y procurada en Italia por derecho universal de los súbditos, la desolacion y ruina que vendria sobre los pueblos; y se ciñó diciendo las obligaciones que corrian al Rey católico para fomentar esta causa y no apartarse del intento del Papa, y que así, les exhortaba y rogaba atendiesen á lo mejor, á la salud de los cuerpos y las almas. Cuando los venecianos vieron á D. Francisco, la sustancia de sus palabras, que tan buenos oficios hace el Rey por sus mayores enemigos, y más cuando se los ve tan torcidos, abrieron los ojos, deseando motivos y alguna salida en esta para reducirse, viéndose de tan valientes caudillos rodeados; si por la parte de Lombardía, un General como el Conde de Fuentes, armado de 30.000 soldados alentados para pelear, y deseosos de satisfacerse de algunas materias de Estado suyas; por la parte de Ferrara, las gentes del Papa con Capitanes italianos ejercitados en la

milicia de Flandes; por la del Friuli y condado de Tirol, no sin gente y atencion por el Archiduque Fernando: finalmente, D. Francisco apretó la materia; forzó á los venecianos á entrar en acuerdo, y de tal manera lo solicitó y dispuso con la capacidad natural y heredada de sus padres, que volvió á Roma, y dió en un papel al Papa, que en sustancia decia: que los venecianos entregarian libremente en manos de quien Su Santidad ordenase, los presos eclesiásticos; que no usarian de las tres leyes entretanto que se tratase y concluyese entre Su Santidad y ellos los tratados de paz; que en levantando las censuras revocaria la república sus mandatos y las letras ducales; que admitiria los religiosos y clérigos ausentes y desterrados de la patria por causa de las censuras; que volverian á su primer estado los bienes y haciendas confiscadas, y últimamente, seguridad y obediencia en todo: abrió este papel el corazon del Pontífice, que no dejaba de estar cercado de cuidados, y más cuando vió restituidos en aquella república los sacerdotes y religiosos y los Padres de la Compañía de Jesús, á quien estimaba como á sí mismo, y ya tantos aprestos de armas depuestos y sosegados, y reducida á union la Italia, cuya felicidad no tiene encarecimiento; á la negociacion tan avisada de D. Francisco, se arrojaron á hablar el Cardenal de Joyosa, francés, y el Embajador, el modo y manera de la absolucion de los venecianos, prefaccion que quisieron vender al Senado, pretendiendo introducirse porque se lo debiesen á Enrique; inconstancia que quiso el Pontífice concederle por mantener la lisonja, y porque la misma república quiso afectar la proteccion y usar de la misma maña (más pompa que sustancia), por no descaecer de sus motivos particulares; volvió D. Francisco á Venecia con los artículos confirmados por todo el consistorio, aclamándole como redentor de la patria. Llegó el Cardenal de Joyosa campando de gran protector, y á 21 de Abril deste año se entregaron los presos; volvieron los sacerdotes y religiosos á sus catedrales y conventos; restituyéronse los bienes confiscados; dióse con gran solemnidad la absolucion al Senado y los demas que

habian delinquido en la república, asi eclesiásticos como seculares; volvióse en desahogo la confusion; sosegáronse los alborotos; volvió Italia á su comun sosiego y quietud; licencióse la gente de guerra; los tercios de Lombardía pasaron á Flandes á proseguir la guerra, como veremos en los capítulos que se siguen: volvió el Cardenal y D. Francisco á Roma, agradeció el Pontífice con sumo afecto su cuidado, maña y prudencia, y en el consistorio encareció el ánimo grande del Rey católico, su liberalidad, clemencia y religion en asistirle, el celo que habia mostrado en la causa pública y union de las provincias de Italia á la Sede apostólica, y concluyó diciendo, como no tenia la Iglesia hijo, en amor y reverencia, mayor ni más grande, digno de quedar para siempre en el aplauso y memoria de sus anales.

El ardor y celo deste religioso y poderosísimo Monarca, en las cosas tocantes al culto y veneracion de la iglesia, le pagó el cielo en esta ocasion con darle un hijo, de quien se espera que ha de ser en su favor la misma espada de su bisabuelo Cárlos V. Andaba la Reina Doña Margarita muy cercana á su parto, cuando en el palacio Real de Madrid, sábado á 15 de Setiembre de 607, á las 6 de la mañana parió un infante, que pareciendo no era de dias y que corria peligro su vida por haber sido apresurado su nacimiento, buscaron el primer sarcedote que hallaron en la Capilla Real que le diese agua de baptismo, lo cual se hizo luégo; empero, Dios socorrió tan favorablemente con muy próspera salud al Infante, que vive felizmente prometiéndonos sus muchas esperanzas dichosos efectos á nuestra Monarquía: finalmente, un Domingo á 14 de Octubre, el Cardenal de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, vino á baptizarle con la ostentacion y autoridad que siempre habia concurrido á tales actos; y estando la Capilla Real con todo el lustre y ornamento necesario, con todos los Grandes y Señores de la corte, llevando las cosas tocantes al baptismo tres títulos de Castilla y tres de Portugal; llevó al Infante en sus brazos Joan Fernandez de Velasco, Duque de Frias, Condestable de Castilla, y siendo sus padrinos la

Infanta Doña Ana y el Príncipe D. Felipe IV, sus hermanos; se le administraron las ceremonias que faltaban al baptismo, poniéndole por nombre Cárlos, para renovar con este título la memoria de su heróico y augustísimo bisabuelo; el dia siguiente salió la Reina su madre á misa á la capilla de palacio; y celebrándola el Cardenal de Toledo de la Presentacion de Nuestra Señora, la Reina sacó al Infante en sus brazos hasta el altar mayor, acompañada de sus hijos, damas y criadas; y ofreciéndole á Dios aquel dichoso fruto, le suplicó le encaminase para bien de su iglesia, rayo y azote de herejes y mahometanos; pero todo lo malogró una influencia mortal que en lo porvenir amenazaba rigurosamente las cosas de España y sus Príncipes. En este año el Rey católico llamó á cortes á los reinos y ciudades de Castilla, y le sirvieron en ellas con 23 millones y medio, mostrando en esto la voluntad y aliento que tienen en servirle.

Aquel ordinário cuidado de perseguir en Holanda los rebeldes á la iglesia y á su Príncipe, continuaba su curso y proseguia su carrera, pensamiento comun en el Príncipe y en los Ministros, para el cual se pedian en las cortes de Castilla los millones de oro que las ciudades de tan buen corazon y ánimo concedian; preparábanse, pues, el Archiduque y el Marqués Spínola para la guerra deste año, con nuevos aparatos y levas de gente para proseguirla como el pasado; el cual, si la pesadumbre de los tiempos no lo estorbara y pasara los rios Vaal y el Isel, no hay duda sino que las empresas hubieran sido mayores y más sentidas del enemigo; la falta de flota y galeones tenian con algun embarazo y suspension las cosas, y algunos motines, causados de la infidelidad de nuestros soldados ó de la perfidia y solicitud de Mauricio, con que no ayudaban del todo á la expedicion; y una tregua larga, que ya se rugia por los estados se queria poner en plática, con que llevaban tambien á paso lento las armas; ó ya, pretendiéndolas pasar á Italia en favor de la iglesia, para lo cual andaba el Rey católico en composicion de las diferencias entre Paulo V y venecianos, para cuyo intento, como digi-

mos, habia mandado levantar á D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, un poderoso ejército, que con él y su prudencia y con ver tan gran caudillo de su parte, armado, opulento y puesto á su lado, bastó á serenar la tempestad que amenazaba ruina á todo el veneciano; que hasta las dependencias de sus enemigos mediaba y componia como Príncipe á todos los del mundo más preeminente. No cesaban pues, como dije, ó ya por la causa referida, ó ya por la malicia del enemigo que las fomentaba con el dinero, los motines del País Bajo; pues demás del referido, que se componia de 2.000 soldados, salieron de la Frisa 400 walones y alemanes, que pasando el Rhin y la Mosa se encaminaron la vuelta de Breda y metiéndose en el villaje de Tereidem, donde primero lo comenzaron los italianos, criaron su Electo y Oficiales; sabido por el Archiduque, á quien tenia sumamente cansado y ofendido esta seta y perjudicial modo de proceder, hizo publicar un bando con que los declaraba por traidores y reos de lesa Majestad, que habian desamparado las banderas y pasádose contra la religion y fidelidad de su Príncipe á servir al enemigo; prometia una talla al que trajese la cabeza de cualquiera destos ó le prendiese, y ordenó á Grobendock, Gobernador de Bolduque, que con 1.000 infantes, y al Caballero Melci, que sacando de Herentales 800 caballos, diese sobre ellos y los rompiese; hiciéronlo ambos Capitanes, y un dia al amanecer cerraron con ellos y les entraron las fortificaciones, degollaron 100, prendieron 50, que á la hora ahorcaron de los árboles; caminando los demas de una parte y otra á salvarse en Breda, adivinando la tregua ó suspension de armas que se esperaba, de que se daban á creer que concluida habian de ser rigurosamente castigados de sus delitos; en ambas partes, pues, procedian con tibieza; en los Estados, si bien los holandeses, por no dejar de seguir el curso de robar en el Océano, enviaron algunos bajeles de guerra á molestar las costas de España, que en número de 32, y desbaratados, arrojó á las costas de África, con sólo 10 navíos, el Almirante D. Joan Álvarez de Ávila, soldado de envejecida experiencia y militar consejo; por otra parte el Con-

de Enrique de Nassau, saliendo de Nimega con 2.000 caballos y 1.000 infantes y corriendo á Erquelens, pequeña villeta del estado de Gueldres, por haberse retirado de la contribucion de Holanda la saqueó y robó, sin dejar en ella maldad, que como bárbaros, no ejecutasen los suyos; con que se retiró á Nimega, llevando en prision al Conde Enrique de Vergas y otras gentes, que á causa de ser tantos los enemigos, no teniendo lo que bastaba para defenderse, habiéndose hecho fuerte en la iglesia de la villa, se rindió. Corrian otrosí molestando el país los amotinados, que aunque acordados con el Archiduque por pequeñas cosas que les faltaban, aunque les daban 36 placas al caballo y 16 al infante, montando todo esto cada mes 30.000 escudos, amenazaban que abririan las puertas á otros muchos de las guarniciones que se querian juntar con ellos; para lo cual, el Archiduque, deseoso de echar de aquellas provincias esta langosta y perversa semilla, ordenó al Marqués Spínola que juntase el dinero que era menester para pagarlos; el cual, aunque con algunas dificultades, juntó 400.000 escudos, con que á 16 de Octubre fueron pagados; repartiéndolos despues por las demas compañías para que no estuviesen juntos; y considerando con su prudencia cuán dañosos habian sido estos y los pasados para las cosas de los estados y servicio del Rey católico, y que cuando más los hubieron menester volvieron las espaldas, como fue en el socorro de Grave y de Grol, cuando la perdimos la última vez; y que ya esta cizaña estaba hecha vicio, carne y sangre entre los más viles, acostumbrados ya á amotinarse por leves cosas; tanto que desde el año de 1590 hasta el de 607, que es el que vamos prosiguiendo, se habian ejercido 31 motines en los Países Bajos, no habiendo sido aun tantos los ejércitos del enemigo levantados contra la grandeza de España; y que en los tiempos pasados se huia mucho deste vicio y ahora á cada paso se cometia y ejecutaba, haciéndose pagar hasta lo que no se les debia, negando los mismos socorros que en el ínterin se les daban, moderando el precio de las vituallas y vestidos con fraude manifiesto de

la Hacienda Real; resucitando los muertos en las nóminas que habian servido mucho más ántes del motin causado; introduciendo viudas y herederos nunca habidos; llamando los soldados que se habian retirado á Italia muchos años ántes y otras maldades nunca oidas: favoreciéndose del enemigo, como lo hicieron el año de 602 en el socorro de Bolduque, y pareciéndole era forzoso remediar de una vez tan grande exceso y execrable delito, no sin consejo de personas de grande juicio y de grandes Capitanes, á 4 de Diciembre publicó un bando, en el cual decia: que siendo á todos notorio el mucho tiempo que habia durado el motin último de Dieste, con tan innumerable gasto de S. M., daño y gran costa de los sujetos y vasallos y su total ruina y destruccion; y que habiendo ya acabado de pagar á los soldados amotinados muy cumplidamente de todo lo que se les debia, y pretendieron con mucha satisfaccion de todos ellos, y perdonádoles los delitós y crímenes que habian cometido; y no siendo S. M. obligado de servirse y tener á su sueldo sino aquella gente que le pareciese, habia resuelto por justas consideraciones, bien y provecho de sus vasallos, de licenciar y despedir de su servicio á todos los dichos amotinados; ordenándoles y mandándoles, como por la presente les mandaba, que dentro de 24 horas de la publicacion del presente bando saliesen todos destos estados, sin jamás tornar á ellos, pena de la vida, y so la misma pena que no vayan ni entren en ninguno de los estados y reinos de S. M., mandando á todos sus vasallos y soldados que están en servicio de S. M. y Altezas los puedan matar y desbalijar pasado el dicho término como á desobedientes; prometiendo á 20 escudos por cada uno que, muerto ó vivo, entregasen dellos en manos de la justicia; fué éste un rayo del cielo que cayó sobre los amotinados, y más cuando les limitaron tan estrechamente el tiempo, en que con dificultad podian salir en plazo tan corto del país; visto lo cual, cada uno tomó su camino hácia donde le pareció, huyendo todos á las partes más cercanas donde podian salvarse, creyendo á cada paso que

allí les alcanzaba la muerte, y que habia venido sobre ellos el castigo merecido de tantos y tan enormes delitos cometidos contra Dios, contra el Rey y contra la pátria; sin embargo, aunque más se procuraron aprovechar de la fuga, el rencor de los pueblos y Magistrados era tal, por sus excesos, maldades y delitos, que muchos fueron presos y ahorcados; entráronse gran parte por el país de Lieja y tierras neutrales y confinantes; y aunque era el castigo justo, sin embargo, no podia dejar de causar lástima el desamparo y el que no habian de entrar en sus tierras y patrias, y el ver á las mujeres y los hijos deshalados y despavoridos salir con tanta infamia, perdiendo los servicios en tan larga carrera de años, á costa de tanta sangre derramada, afan y trabajo; la gente del último motin que salió de Frisa, parte della fué rota y presa por Grobendock y el Caballero Melci; los que se habian retirado á Breda por agua los llevaron á la isla de Belva; los de Holanda, cerca del fuerte del Schenque, donde se fortificaron en número de 600 y estuvieron allí algunos meses, hasta que por la suspension de armas que ya se andaba poniendo en plática, con esperanza de larga paz ó tregua, ó por que no crecia el número á la pretension de Mauricio; que hombres tales, ni áun los enemigos los quieren; los mandaron que saliesen del país, con que de todo punto se desbarató y deshizo esta turba de sediciosos, que tanto cuidado habia dado á las armas, y se purgó el ejército de aquel pestilencial humor que le inficionaba tanto; que despues acá en aquellos países ni en cuantos ejércitos se han levantado, ha tocado más este contagio; la severidad en el castigo, á las veces, ó todas, es el más eficaz y generoso medicamento para los achaques de los súbditos, y más los que militan en la guerra, donde ninguno ha de quedar sin él y donde es tan forzoso el ejemplo.

Sin embargo de que la gente, por la pesadumbre del invierno estaba alojada en las guarniciones, no dejaban de trabarse de ambas partes, aunque ligeras, algunas escaramuzas entre la caballería, cuando salian á forrajear ó á correr la

tierra: 30 caballos del Conde Adolfo de Vergas rompieron otros tantos del enemigo, tomando algunos prisioneros; otra tropa de Grobendock apeó una del enemigo en la Frisa; defendióse con bizarría Lúcas Cairo en otra ocasion, cerca de Lingen, de más de 800 caballos. Á esta sazon, el Padre Fray Juan Ney, Comisario general de la órden de San Francisco, natural de la isla de Zelanda, hombre de letras, virtud y entendimiento para cualquier negocio grave, emparentado largamente en ambas islas, con su mucha religion y dolor de ver su patria por tantos años deslucida y estragada con tantos vicios y errores de la herejía, encendida y abrasada en armas, consumidos los pueblos y acabados, y los naturales en suma afliccion por los muchos subsidios y tributos que para ella contribuyen, de que casi todos estaban para espirar, cansados ya y tibios en los socorros y correspondencia sus mismos confederados, por haber años que los traen sobre sí; estando, pues, por estos dias en los Estados, introdujo entre las cabezas que los gobiernan plática de paz entre ellos y el Rey católico y las provincias obedientes; muchas dellas y de las más graves, discurriendo el miserable estado en que vivian, el largo derramamiento de sangre que habian causado en todo el orbe entre unas y otras naciones, la necesidad de dinero, el empeño grande en que se hallaban, la falta de comercio y trato por la continua oposicion de las armas católicas, el cual, en faltando, es cierto que no hay república; la paz de Francia é Inglaterra, tan afectuosamente solicitada por sus mismos Príncipes con nuestras coronas, por donde si bien no eran dejados de asistir con sus fuerzas, no al ménos con el calor que ántes; un nuevo y vigilante Capitan en los ejércitos de España, de cuya virtud, valor y fortuna se prometian heróicas victorias, como nos las habia comenzado á dar los años pasados; el cual, no sólo servia con su espada y consejo sino con los millones de oro y plata, heredados con la industria y el ingenio de su casa; finalmente, los que en los años atras á embajadores del Emperador y otros Príncipes no habian dado oido, esta vez lo qui-

sieron hacer por la virtud y eficaces razones del Religioso y necesidad propia suya; para lo cual volvió de Holanda á Bruselas muchas veces á tratarlo con el Archiduque, el cual, como era forzoso no resolverlo, siendo negocio tan grave, sin hacerlo saber primero al Rey católico y á los Ministros de Estado; detuvo la respuesta hasta tenerla de España, el cual, siendo respondido en breves dias, que como fuese con capítulos y condiciones lícitas y honestas, dejando en pié la reputacion, que es la vida y explendor de las Monarquías, se tratase; volvió el General á la Holanda, y debatiendo sobre los puntos con que se habia de capitular, ya hallando en algunos muchas y muy inaccesibles dificultades, no abrazando algunos ó alguno el Rey; yendo y viniendo el Religioso muchas veces de Holanda á Bruselas, resolvieron el irlo tratando despacio, concluyendo en el entretanto y por hacerlas con más sazon y comodidad, una suspension de armas por ocho meses, que se publicó á 4 de Mayo deste año que escribimos de 1607, con los capítulos que se siguen: que no pudiesen católicos ni holandeses sitiar ninguna plaza ni arrimarse á ellas con los ejércitos; que no pudiesen ni intentasen tomar por escalada ni de otra manera ninguna dellas; que no se pudiesen fabricar ningunos fuertes; que quedase al arbitrio y disposicion de los soldados, que encontrándose en la campaña algunas compañías de caballos, pudiesen usar de hostilidad y tomar prisioneros.

Con el reposo, pues, desta suspension y recreacion de unas provincias y otras, se iba tratando de paz, si bien con circunstancias intolerables para la majestad de España y grandeza de la nacion, con que hacian volver atras al Rey católico: deseaba el Archiduque aliviar los pueblos agravados grandemente de continuas gabelas para sustentar el peso de las armas, y regalar con la paz los inobedientes, por ver si con este cebo los podia conducir y obligar al yugo antiguo del Señor, y con el trato y el comercio hacerlos volver á la amistad y el parentesco; tanto, que ellos mismos las aborreciesen y echasen de sobre las cervices, la opresion y coyundas de la

guerra, y tuviesen por enemigos á los que se la propusiesen ó tratasen: tal vez es gran milicia la paz, ó guerra más dulce si se vence con ella; usar todos los remedios en caso que no prevalece el más eficiente, es gran prudencia y sutilísima materia de Estado el practicarlos. En cuarenta y dos años de guerra, contados desde que el Duque de Alba pasó con el ejército á los Estados, tan brava y tan reñida, y que no se ha conseguido el intento; razon era pelear con la paz, con el sosiego, y el descanso, y ver si aprovecha este defensivo al frenético; y si se reducian á mejor semblante las cosas, sacar al Rey de Francia y Inglaterra de la devocion y asistencia destos enemigos; Príncipes que quieren tolerar las ofensas, pérdidas de reinos y rotas recibidas de nuestros esclarecidos y antiguos Capitanes, favoreciendo á estos tiranos y fomentándolos en su deservicio, de que no poco se queja la Iglesia, que á no haberlo hecho, los tuviera ya debajo de sus piés. Discurria el Rey católico ansimismo y sus más confidentes el sitio y asiento en que con particular voluntad del cielo están puestos estos rebeldes, circundados del agua, sin ser bastantes fuerzas humanas para contrastar los bancos; otrosí para no arrimar bajeles, murados de dos rios, el Rhin y la Mosa, los mayores y más caudalosos de la Europa; usando de ellos tan á su voluntad porque van á morir á sus puertas, que inundan cuando quieren las plazas católicas y los ejércitos más pujantes cuando se ven oprimidos dellos; son señores del mar cuando quieren, porque viven sobre ella y la enfrenan con los diques, y cuando no, la desaguan con las exclusas, y hacen de tierra y agua su voluntad: discurria ansimismo que era pelear, demas de sus fuerzas, con dos Reyes potentísimos y otros enemigos potentados que continuamente, por el ódio á la grandeza desta Monarquía, cada instante les asisten con ellos, que era puente España para pasar los millones que con industria y trabajo de sus naturales, trayéndolos por tantos golfos de mar, escollos, bajíos y cabos peligrosos de las Indias de Occidente, cada año iban á morir á Flandes; deseaba descansarla de esta obligacion y de los millones que pagaba

para la expugnacion de las islas, lustre y ornamento de la religion; que es guerra inacabable, al parecer de los mejores juicios, la que allí se ejercitaba; que era consumirse los unos á los otros sin surtir á otro fruto que á aspirar y continuar los mal afectos una disension en las venas y entrañas de la Monarquía; tal, que cuando la quisiesen recobrar la hallasen en los huesos, de manera que fracasase el cuerpo y se trastornase todo; que era demás desto, pelear contra todos cuatro elementos: todas estas cosas daban razon para suspender allí la guerra, llamarlos á la paz, obligarlos con el trato; sacarlos de la inteligencia de enemigos, hacerlos amigos y enemigos con sus mismos parciales; punto eficacísimo para el que quisiese, teniendo allí paz, hacer guerra á todo el mundo y tener los Príncipes de la Europa atentos y desengañados, y más debajo del temor y el respeto. Ibanse tratando, finalmente, si bien con desasosiego de los vecinos y confederados que anteveian que, desembarazado el Rey católico de tan grande y legítimo cuidado, los habia de enfrenar más imperiosamente; atar y desvanecer sus discursos: trabajaba, pues, el Archiduque cuanto le era posible por desahogar sus pueblos y que medrasen con la labor y el beneficio de las manos las tierras regadas con tanta sangre; para lo cual, en lo tocante al último capítulo, mandó á todos sus Capitanes, que aun que encontrasen al enemigo, si él no acometia primero, no le acometiesen; mostrando en esto el deseo que tenia de obligarlos, enseñándoles la felicidad de la paz á la reduccion de su Príncipe: ibase dando por instantes cuenta de todo por muchos correos y extraordinarios al Rey católico; ratificó la suspension de armas, y envió poderes para tratar enteramente de la paz; y para enterarle de todo con distincion y mayor claridad, juntamente con su Consejo de Estado, le envió al Padre General de los franciscos, el cual volvió con la forma y artículos cómo se habian de hacer las paces: llegó el Generalísimo á Bruselas, mostrólos el modo de concluirlas, como se le habia entregado: pasó á Holanda; donde con las cabezas y Magistrados se debatia la materia porfiadamente; dieron ellos

sus puntos y artículos como la habian de abrazar; y entre ellos, el primero, perjudicialísimo, al parecer de todos los más fieles, á la reputacion de España; punto á mi ver, aunque feo, sobre que yo no me exasperara tanto, pues sobre él mismo es lo que se pelea; y qué más libres que no poderlos sujetar; si fuera posible excusarlo, saludable cosa; ellos tomaron las armas sobre su libertad, claro está que no han de querer hacer la paz ó la tregua sin ella; quien los pudiere reducir á la obediencia, no admita el tratado; empero, si no, ajústese á la necesidad; falsa es la doctrina y vituperable, empero, sin remedio; el dejarlos, será hacerlos obedientes, y el dia que prevaleciese la espada á la pluma, poco importara haberlo capitulado; el mayor blason del Príncipe es poder usar de la paz y de la guerra á su voluntad, y tener ambas cosas en la mano cuando quisiere. Trujéronlos, pues, á Bruselas, y de ellos enviaron una minuta á España: cuando los vió el Rey católico y todos los Ministros del Estado y Guerra, los rechazaron y apartaron de sí, levantando el Consejo, respondiendo al Archiduque no tratase de cosa tan fea: el Archiduque que deseaba ver un negocio tan grande acabado, diciendo se hallaba sin salud para continuar la guerra, y que se probase siquiera por una tregua de término limitado, para ver con qué color salian despues las cosas, rehacerse de dinero y fuerzas, que con dejarlas descansar un poco saldrian despues mayores, de la manera que se afloja la cuerda del arco para que prevalezca despues con su vigor; para obrar y abrir más paso en esto, envió á Aurelio Spínola, y despues, pareciéndole que no bastaba porque el Rey y sus Ministros aborrecian la materia y la expedian de sí notablemente, al padre misionero fray Iñigo de Brizuela, su confesor, de la órden de Santo Domingo; ninguno de los dos fué oido, ántes se enviaban órdenes y dineros para proseguir la guerra; que se hiciesen levas de gente en Alemania, Bretaña y en Italia; hacíanse muy apriesa en España; envióse á D. Diego de Ibarra por Embajador extraordinario, para que asistiese á todo y mirase cómo se trataba: negocio que tenia todo el mundo á la mira y en

atencion; llamó al Marqués Spínola para conferir con él lo que en tal caso debia hacerse, y volvióle á enviar, más para que pusiese el ejército en campaña, que no que se hiciese lo que no se debia. Concluyéronse los ocho meses de la suspension de armas, y prorogáronse por otros cuatro, que negocio tan árduo pedia más tiempo; y con esto aún no se sosegaba, ni los castigos pasados podian reprimir la intencion y malicia de amotinarse la gente de guerra, de que hubo alguna revolucion en Herentales, que aplacó el caballero Melci con dar muerte á los culpados; salian, pues, con la licencia que tenian las compañías de caballos á investigar y correr la tierra por no entorpecer las fuerzas y agilitar el brio, y aunque tenian órden de no acometer si no eran acometidos, dando á la suspension de armas otros tres meses más de término, se oian y se escribian á Bruséles diversas facciones que entre unos y otros en casi todas las provincias y fronteras se ejecutaban, saliendo á convoyar ó á forrajear, ya con fortuna de los nuestros y ya de los holandeses, envistiéndose unas tropas con otras, peleándose gallarda y animosamente; volviendo los nuestros á las guarniciones con presas, armas y caballos, en que habian despojado á los enemigos; degollando en una rota, por última faccion de las guerras de los Países Bajos (por ahora), al Conde Adolfo de Nasau, que habia salido con 600 caballos holandeses á meter en contribucion algunos pueblos vecinos á nuestros alojamientos: finalmente, y sin servir esto de ningun embarazo, se debatia y disputaba el tratado de la paz en Holanda, Bruselas y en España, con deseo los enemigos de entrar en ella para darse al trato y comercio con los católicos, y con desembarazo recibir las mercadurías que por los rios Rhin y Mosa les vienen de Alemania; el Archiduque, otrosí, por ver si con esta codicia los podia reducir á la obediencia y á la religion católica; el Rey, para meter en algun desahogo sus provincias, tan envejecidas en el ódio y el rencor; nuestros Capitanes, por otra parte, no las deslucian, ántes las adelantaban con hazañas y hechos heróicos, rompiendo en la campaña y en diversas tropas al enemigo, ha-

ciéndole confesar la valentía y valor de España, tan antiguo y reputado como el mismo tiempo, escrito por grandes y eminentes autores en anales de suma y esclarecida erudicion; que harán mayor y más venerable la posteridad. Fué notable el daño que algunas destas provincias marítimas recibieron este año con las crecientes, entradas y tormentas de la mar, rompiendo los diques y otras defensas; muchos pueblos de Inglaterra quedaron anegados cerca del distrito de Lóndres, parte del condado de Sommerset y el principado de Gales; los ganados, gente y edificios se vieron sobre el agua, ocurriendo los más diligentes á guarecerse de la eminencia de las montañas, donde se vieron casi los pueblos juntos desposeidos de sus haciendas y casas; muchos bajeles desta provincia de Holanda y Dinamarca, quedaron sumergidos; castigo de la infidelidad. En la India, Felipe Brito defendia con obstinacion la fortaleza de Siam de muchos Reyes bárbaros que pretendian echar los portugueses de los reinos de Pegú y Bengala, rompiéndolos en batalla por mar y tierra, en que venian soberbios en bajeles y elefantes, convocando los Príncipes vecinos con numerosos escuadrones y artillería, calándose por los estrechos y ensenadas del Ganjes, cuyo progreso y extendida narracion remito á las historias portuguesas, que en esta materia se explayan con diligencia y singular estilo; la nueva de esta victoria llevaron á las provincias septentrionales algunos navíos de Holanda, con los sucesos del año pasado en las Malucas, y tambien el no haber podido, aunque lo tentaron y se coligaron con el Rey de Aden, salir con la fuerza de Malaca; de cuyo sitio, con socorro de bajeles y soldados, arrojó desde Goa el Virey de la India, manteniéndose la reputacion en todos los Estados católicos.

Pareciéndole al Rey católico era tiempo jurasen los reinos de Castilla, incluyéndose en ella con este nombre, Búrgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdoba, Múrcia, Jaen y Toledo, cuya pretension, en esta parte, de ser primera, no es oida, habiendo comenzado su litigio desde el Rey D. Alonso el XI, y así jura despues y Búrgos primero; y por el consiguiente, las que tie-

nen nombre de ciudades, Valladolid, Segovia, Salamanca, Ávila, Toro, Zamora, Cuenca, Soria, Guadalajara, Madrid; de esta pretension digo, dejo algo apuntado en el juramento del Rey católico; muchos describen en esta materia varias cosas, alegando Toledo, fué la silla y la colonia más principal en el imperio de los godos y despues acá corte de los Reyes de Castilla: otros refieren por menudo cómo son llamados los reinos y ciudades, los poderes, y cómo los registra el Gobierno de Cámara, cómo vienen á palacio, sus asientos, lugares y ceremonias, sus acompañamientos; cómo las espera el Rey y en qué pieza, la proposicion y las demas cortesías del juramento; todo ésto lo hemos visto en nuestros dias, y en los archivos y secretarías se explaya esto más latamente; yo no pretendo caminar con exornacion tan prolija, ni embarazarme mucho en pocas cosas, sin embargo de que las reconozco por importantes; empero, ya son sabidas, y como digo, las remito á su fuente. Siguiendo lo esencial y la sustancia, digo, que habiendo llegado la sazon de que el reino jurase por su Príncipe á D. Felipe IV, su hijo, heredero y sucesor en sus coronas, estando pues á la sazon todas las ciudades en cortes, resolvió la materia; avisólo á sus Consejos y Presidentes, Grandes, títulos y caballeros, á los Cardenales, Arzobispos y Obispos, y otrosí á los Procuradores de las cortes; mandó disponer las cosas, ceremonias y circunstancias necesarias; señaló el convento Real de San Jerónimo, y el dia, Domingo 13 de Enero del año 1608: prevenida, pues, toda la córte y conducidos á ella muchos señores y personas ilustres, cuyas casas, por su antigüedad y hechos heróicos, en títulos y privilegios alcanzan esta preeminencia; hecho un teatro solemnísimo desde el altar mayor hasta el crucero, se adornó de alfombras turcas y se colgó la iglesia de maravillosas tapicerías de oro y seda; y de aquella, por más ostentacion que contiene en sí, con lo más primoroso y sutil del arte y del dibujo, las victorias de Túnez y la Goleta, conseguidas por nuestro grande Emperador Cárlos V; pasó el Rey la tarde ántes del Domingo á San Jerónimo, con la Reina, el Príncipe, la In-

fanta Doña Ana; y amaneciendo el Domingo lleno de concurso, galas, libreas, joyas y bordados, á las 11 del dia bajó S. M. la Reina, el Príncipe y la Infanta á la iglesia, asistiendo ya en ella las personas deputadas para ejercer la solemnidad y ceremonias del juramento, con lucidísimo acompañamiento de las ciudades, títulos y caballeros; cuatro Maceros con sus mazas de plata, los Grandes, cuatro Reyes de armas, con sus cotas bordadas de las armas Reales; llevaba el Duque su ayo al Príncipe, á cuyo lado izquierdo, algo más retirado, llevaba el Conde de Oropesa el estoque desnudo, y luégo seguia la infanta Doña Ana y SS. MM.; los Grandes, la Condesa de Lemos, Camarera mayor; las Damas y Meninas, con grande ostentacion de galas: á esta hora se suspendió la iglesia de alborozo y música; entraron los Reyes en la cortina; dijo la misa D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Cardenal y Arzobispo de Toledo; que acabada con solemnidad, quitándose la casulla se puso la capa y mitra pontifical y sentado en su silla en medio del altar mayor, siendo su padrino el Duque de Lerma, y llevándolo delante del Cardenal, le ministró el sacramento de la confirmacion; volvió á la cortina, y sentado delante de sus Padres, puesto el sitial con el misal y cruz; Mayordomos, Embajadores y todas las demas personas en sus lugares, en pié y descubiertos, y los que tienen esta preeminencia; propuso el Rey de armas el juramento; leyó consecutivamente la escritura el Licenciado Boorques, el más antiguo del Gobierno Real de Castilla; y en acabando hizo el juramento la Infanta Doña Ana, llevándola la falda la Condesa de Altamira, hermana del Duque de Lerma; juraron los Prelados, y en primer lugar el Patriarca; Inquisidor general; el Obispo de Cuenca; D. Andrés Pacheco; el Obispo de Segovia; el de Ávila, el de Sigüenza; el de Cádiz; el de Valladolid; el de Canaria, siendo éstos los que se hallaron allí; y tomóles el pleito-homenaje el Conde de Miranda, Presidente de Castilla, arrimado á la esquina del altar, al lado de la epístola; juró D. Joan de Mendoza, Duque del Infantado; Joan Fernadez de Velasco, Condestable de Castilla; D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma;

el Duque de Cea, su primogénito, y él Almirante de Castilla: el Duque de Alba; el de Feria; el Adelantado mayor de Castilla; el Conde de Lemos; el Duque de Sesa; el Conde de Alba de Liste; el Duque de Maqueda; Diego Gomez de Sandoval, Conde de Saldaña, por Comendador mayor de Calatrava; juraron los títulos y los caballeros, cabezas de familias, los Procuradores de córtes, en la forma que en lo antecedente dejamos referido, y que no pudiendo vencer Toledo la comcompetencia de Búrgos, ésta jura primero y aquella á la postre; juró el Duque de Lerma otra vez, por eleccion que hizo la villa de Madrid para su Procurador; juró el Conde de Oropesa, dando él estoque al Conde de Jelbes, hermano de D. Pedro de Castro, Conde de Lemos y de Andrada; juró el Conde de Miranda, Presidente de Castilla, que habia tomado á todos el pleito-homenaje, y tomósele á él el Conde de Oropesa; juró el Conde de Jelbes, no habiéndolo podido hacer ántes, por haber tenido el estoque; vistióse el Inquisidor general de los ornamentos pontificales y tomó el juramento á D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Cardenal y Arzobispo de Toledo, deponiendo los suyos, dignidad en aquel acto más soberana, que á no estar destinado para recibir el juramento entre los Prelados le toca el hacerle primero; hizo el pleito-homenaje, besó la mano al Príncipe y á SS. MM., haciéndole muchos favores. Concluido lo cual, aquella tarde, con la autoridad y lucimiento en que á ejemplo de sus mayores tuvo su corte, reinos y Consejos, volvió á palacio[8] á caballo y al lado del coche de la Reina, donde iba tambien la Infanta Doña Ana, y detras el Príncipe, en litera, con su aya la Condesa de Altamira; dando fin á la solemnidad de aquel dia con un sarao, en que se lució con magnificencia la opulencia y majestad de aquel siglo, en todas eras venerable y dichoso.

Destempló mucho la alegría desta ceremonia la triste nueva que los Reyes tuvieron de la muerte de la Archiduquesa María de Baviera, madre de la Reina Doña Margarita; adoleció esta señora en Gratz, corte y cabeza de Stiria, de un dolor interior que la puso en los últimos términos de su vida; sus

vasallos, por lo mucho que la amaban, hacian á Dios muchas plegarias y rogativas por su salud, y viendo que apretaba el mal, recibió los sacramentos y mandó llamar al Archiduque Ferdinando, heredero en aquellos estados, que hoy (1) por sus muchas virtudes posee el imperio de Alemania, y á sus hermanos Leopoldo y Cárlos, á los cuales exhortó á bien vivir y á que ensalzasen la fé católica y estirpasen las herejías de sus pueblos y provincias; y echándoles su bendicion, mandó llamar al Nuncio de Su Santidad para que la diese el último sacramento de la Extremauncion; el cual, habiéndolo recibido devotamente, pidió que la diesen el hábito de San Francisco, que tenia guardado para aquel último trance; vistiéronsele, y hizo los tres votos y la forma de profesion de religiosa en manos de un Padre religioso de San Francisco; mandó llamar á todos los Magistrados á los cuales tocaba el gobierno de aquellos estados y provincias, encargándoles la justicia y buena administracion en los negocios, la observancia de la religion, y encomendando al Archiduque sus criados, á 29 de Abril de 608, á los 57 años de su edad (donde notan algunos curiosos que los 19 vivió doncella, y los 19 casada y los 19 viuda); finalmente, cargada de años y de merecimientos, rindió su espíritu en las manos de su Criador: sintieron su muerte el Emperador y todos los Príncipes y potentados de Alemania; su cuerpo fué enterrado en el monasterio de Santa Clara, que habia fundado, debajo de una piedra sin ninguna inscripcion, ni pompa de vanidad, como lo dejó mandado, en medio de los sepulcros de las monjas, y el corazon y entrañas en el colegio de San Ægidio, de la Compañía de Jesús, donde estaban las del Archiduque Cárlos, su marido; porque donde habian estado en vida estuviesen en la muerte; matrona, sin duda, de grandes y heróicas virtudes, y ejemplo de cuantas han venerado la antigüedad; tuvo seis hijos y nueve hijas, que las más dellas casó con los mayores y más soberanos Príncipes de la

(1) *Dije hoy, porque lo escribia el año de* 628. Nota puesta al márgen del manuscrito, pero de distinta letra.

Europa, hallándose en todos los desposorios, con que desde Stiria visitó los grandes y extendidos reinos de Polonia, Transilvania, Italia y España: la nueva de su muerte llegó á Madrid, sintióla mucho el Rey católico, y disimulóse por algunos dias, con temor del gran sentimiento que se prometia de la Reina, porque la amaba tiernísimamente; hasta que estando SS. MM. en Lerma, se le vino á dar cuenta della; el sentimiento y el luto fué notable; hiciéronse sus honras en la iglesia colegial de aquella villa, hasta que despues de haber pasado el Rey á Valladolid, en el convento Real de San Benito se celebró con gran solemnidad; dijo la misa el Cardenal Javier, Confesor de S. M.

Habiendo referido en los capítulos pasados, como el Archiduque Alberto y las provincias de Holanda habian hecho suspension de armas por ocho meses y algunos más, andando de una parte á otra diligencias y negociaciones muy apretadas para establecer por algunos años una paz en que se procurase con la dulzura y trato del comercio de unas provincias con otras reducir aquellos rebeldes á la obediencia de su Rey, y que cansados de sufrir el peso y trabajos de las armas, en que por continuarlas obstinadamente estaban agravados y destruidos de continuas gabelas y imposiciones, quizá, saboreados con los halagos y delicias de la paz, desecharian lo duro y pesado de la guerra y su fiereza, y abrazarian el sosiego; tiempo en que medra y se luce la industria del comercio, y se logra el trabajo del ingenio, y se consigue la tranquilidad de los pueblos; empero, no siendo fácil el negocio, y viéndose ya concluidos los términos de la suspension, en la cual era permitido, que encontrándose nuestras tropas con las suyas, pudiesen acometerse y hacerse daño, habiéndose ejercido en este año diversos acometimientos y escaramuzas de ambas partes, donde los holandeses siempre llevaban la peor y salian muy mal parados de las refriegas con los nuestros, todavía deseaban por esta causa y por otras razones de Estado, abrazar la tregua.

En el ínterin, Enrique IV, Rey de Francia, y todos los

demas Reyes y repúblicas soberanas, mal afectas á esta Corona, procuraban por sus Embajadores estorbar y descomponer estas paces, y que no llegasen á efecto con sus falsas y mal intencionadas negociaciones; porque desembarazado el Rey católico de holandeses, les parecia que estaba muy sobre sí para no dejarlos desmandar, en caso que ellos lo quisiesen hacer; y que con esta paz cobraban las fuerzas de España algun descanso y aliento, con que emprender algunas buenas facciones y empresas en las tierras que les pareciese mejor; por donde adelantaban más su nombre y reputacion; cosa que á ellos les duele y sienten mucho, porque debajo de tenelle empelotado con holandeses, les parece no se divierte á la inteligencia de sus provincias; sin embargo de que para castigar sediciosos y mal afectos, y Reyes que falsa y tiranamente quieren afectar y obtener derecho en las tierras del Rey católico, hay bastantes fuerzas en su Monarquía para debelarlos y destruirlos, y aunque no se ignora que habiendo de hacer guerra en otra parte, era bien tenerla allí; empero, queríase ver esta vez, si lo que no se habia en tantos años podido conseguir por la guerra, se conseguia ahora por la paz; que tambien le hemos de conceder este ardid á la prudencia militar, en que se procuran enderezar los medios á su fin. A este tiempo, el Embajador del Rey de Francia, habia dado intencion en España y movido pláticas de que casasen los hijos del Rey católico con los del Cristianísimo; y habiéndole respondido que los contrayentes eran de muy poca edad, no obstante, le dejaron la puerta abierta para que tratase dello en Roma: el Pontífice, Paulo V, dijo al Marqués de Aitona, Embajador de S. M., lo mucho que le solicitaba el Rey de Francia para que efectuase estos casamientos, ofreciendo no socorrer á los rebeldes de Holanda y reducirlos á la obediencia, y otras muchas cosas en favor de la religion. Teniendo el Rey católico aviso desto por su Embajador; deseando la reduccion de los holandeses; viendo que era el instrumento para reducirlos más poderoso, el apartarlos de la proteccion del Rey de Francia, como su caudillo más principal (si esto

pudiera ser), determinó enviar por su Embajador á D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, de su Consejo de Estado, gran soldado y gran consejero, y muy esclarecido en sangre y nobleza, para que con su mucha maña y prudencia procurase disuadille y apartalle de la proteccion de las islas rebeldes, y hacerlo más afecto á las cosas de España y á que la paz que en los años pasados con tantas veras habia solicitado, lo pareciese. Partió D. Pedro de la corte, y por sus jornadas llegó á París, donde fué recibido del Rey y de la Reina con mucho agasajo y estimacion, reconociendo la Reina el parentesco tan estrecho que entre los dos habia, como de primos hermanos. (1) Propuso D. Pedro su embajada; y un dia, estando con el Rey á solas tratando las cosas de más importancia para que fué enviado, y proponiendo él cuán indigna cosa era al decoro de cristianísimo que favoreciese á herejes rebeldes á su Rey, y que era dar mal ejemplo á los suyos (si bien es verdad que quien tanto lo habia sido, no le haria ésto muchos ascos); diciéndole ansimismo que advirtiese que los tenia dentro de su Reino muchos y muy grandes, y que siendo su Rey poderoso para favorecerlos, no lo hacia, y que si lo hiciese, le seria de mucho daño y perjuicio; y que así, le rogaba desistiese del pretexto; que por este medio tenia más en su mano ponerlos debajo de su obediencia; pues á su sombra y al apoyo de algunos potentados, llevaban adelante su obstinacion. El Rey entónces, como siempre se preciaba de bizarro y de soldado, y la plática era de cosas tocantes á la guerra, ocurriéndole á la memoria la oposicion que siempre tiene la gente española y la francesa; las contradicciones que el Rey D. Felipe II le habia hecho cuando pretendió hacerse Rey de Francia; las plazas que se le tomaron en Picardia y Bretaña, como Cambray, Dorlan, Amiens, la Fera, Chatelet, Montulin, Ardres, Gales, la Capela, Blavet; la accion que fantásticamente

(1) *La Reina madre, de Francia, de la Casa de Médicis, fué prima hermana de D. Pedro de Toledo.* Nota puesta al márgen del manuscrito, pero de distinta letra.

se adjudica á sí del Reino de Nápoles y ducado de Milan; encendido en gallardo coraje, comenzó á mover plática en el derecho que tan falsamente pretende tener al Reino de Navarra. D. Pedro le respondió todo aquello que para este caso bastaba; necesitándole con su gran prudencia, á que conociese la razon y metiese los piés en ella, si bien él no lo queria hacer; ciñendo la controversia, le dijo: «que el Reino de Navarra era de la Corona de Aragon, y que se habia apartado della en un interregno, y hecho Rey de uno de los suyos, sin ser de familia Real, y que todos los Reyes de Aragon habian deseado recobrarla, hasta que el Rey D. Fernando, viéndose aumentado con las fuerzas de Castilla, lo habia hecho;» pues llevado de su valor, dijo: «bien, bien, yo admito la razon hasta ponerme sobre Pamplona, entónces veremos quién me la defenderá:» D. Pedro, alentado con el ardor de su valiente espíritu, y el que siempre en ocasiones árduas habia acostumbrado, se levantó de la silla y acometió á tomar la puerta acelerando el paso; el Rey le preguntó que dónde iba tan apriesa; él, como dueño de sus acciones y muy sobre sí, le dijo: «voy á Pamplona á esperar á V. M. y á defendérsela.» Finalmente, con estas controversias, la embajada no tuvo efecto; ántes, en aquella sazon, se estaba ligando de nuevo por sus Embajadores en la Haya, colonia y corte de Holanda; porque á la inconstancia francesa, no hay razon ni derecho que tenga fuerza.

Habíale descorazonado la respuesta que en los años pasados se dió á su Embajador en lo tocante á casar el Príncipe y la Infanta Doña Ana con el Delfin y Madama Isabel, diciendo que eran de poca edad; y este mismo quieren decir los que se hallaron en la embajada de D. Pedro, apuntádoselo por desenojarle, que le respondió pretendiendo herir por los mismos filos. Creyó no se inclinaban en España á casar con sus hijos, y esto y su belicoso natural le tenian siempre poco afecto á nuestras materias; ántes á tramar contra ellas, dábase á confiar de sí y á creer que era gran soldado, y que despues de Francisco I no le habia tenido mejor la Francia; pues su espada y su in-

dustria le habian puesto en la corona; que nació con los preceptos militares, opinion tan esclarecida, que cuando el Duque de Alba, desde los Países Bajos, escribiendo al Señor don Joan de Austria sobre haberle hecho general de la Liga, y queriéndole dar los documentos por donde se habia de portar en esta parte, no supo con qué encenderle los pensamientos y aficionarle á las cosas de la guerra, y cuánto importa criarse con ella, sino con decirle, V. E. tuvo un padre que desde la cuna fué soldado. Sabia Enrique esto de sí, y cuando más pacífico, deseando no resfriar aquel caudal y aquella experiencia, desde las ventanas de su palacio discurria el estado de la Europa, los amigos que tenia, y como los dos mejores Capitanes que habia en ella eran sus aficionados; el Conde Mauricio, por la proteccion de Holanda; el Duque de Saboya, porque habiendo tenido á sus hijos en España, no les habian consentido meter la mano en el gobierno, de que él quisiera para sí algunas buenas alhajas: un nuevo Capitan, aunque con buenos principios en Flandes; empero, con un Conde de Fuentes en Milan, cuyos aceros habia experimentado sucesos que le hacian más recatado. La division entre Rodolfo, Emperador, y el Archiduque Matías, su hermano, le tenian con alguna codicia en aquellas partes, y con deseo de probar la mano y ascender á la corona imperial; este intento, dicen los más inmediatos á sus designios y que se hallaron en las levas y prevenciones de armas cuando aquel accidente, que presto veremos, le abrió la puerta para declararse y abalanzarse á sorberse el mundo, aseguran que llevaba debajo de pretexto de libertar á Juliers, ó sacar de la pretension á Golfango, Duque de Neuburge, que por muerte de Joan Guillermo, Duque de Cleves y Juliers, y por afecto á las cosas de España, tenia derecho, y á otros Príncipes alemanes, y arrimarse á la parte del Duque de Niveres, si bien en aquellos países esta pretension se echaba por alto; empero, en caso que esto no se admitiese á la del Marqués de Brandemburge, inteligencias premeditadas en los años antecedentes y introducidas en Italia y Alemania para cuando el tiempo ó la fortuna diesen

lugar, ó para concluir lo de Milan y Nápoles, ó en los paises altos, faltos de cabeza y caudillo, satisfacerse por allí al abrigo de holandeses y otros herejes, amigos y parciales suyos; lo que por acá no era posible, como tierras todas de una casa de quien él era émulo; esta division, pues, y no ver en el imperio Capitan de opinion, digo, persona ejercitada en las armas, de estimacion y nombre, con muchas y esclarecidas victorias conseguidas en diversas facciones, que son las que ponen freno á los más atrevidos, cuales son necesario en el que ha de tener la dignidad del imperio y ha de ser defensor del estado eclesiástico, que es para lo que se erigió aquella espada, ante un Príncipe retirado, ajeno del gobierno (gran mengua), las cosas todas metidas á confusion y desórden; á la libertad de conciencia, los pueblos; menoscabado el culto y la religion; inundada toda la Alemania de Príncipes herejes, poco católicos; á las fronteras de Hungría, Austria, Moravia y Silesia, un enemigo formidable que pretende llevárselas y que ya las tiene casi devoradas, con pretexto de entregarlas al mahometismo; cosas que le tenian con atencion y con más codicia de lo que era justo; era amigo de gloria y queria ensancharse siempre, lisonjeando las plazas de armas de sus vecinos, como las de Lieja y Piamonte; á estos cuidados se oponian los del Rey católico, deseando conservar sobre todos los otros los estados y orígen de su casa, y la corona Imperial en ellos; el retiro de Rodolfo le tenia en cruz, y no queria en aquella dignidad á Matías, acordándose de cuando pasó á Flandes, llamado de los rebeldes, debiendo rechazar la oferta y reclamar al verdadero Señor el Rey D. Felipe II, su tio, guardándole el respeto y el decoro; y porque le pareció que su gobierno seria poco mejor que el de Rodolfo, ó semejante, tenia en la memoria al Archiduque Ferdinando, su cuñado, entre los Príncipes de su casa el más preeminente para aquella dignidad, conservador observantísimo de las altas virtudes y generosas costumbres de sus pasados; y haciendo por su Embajador avisar á Rodolfo el miserable estado que corria la Alemania y las otras provincias, deseando en-

derezarlas, desterrar los abusos que cada dia iban creciendo, y componerlas en el amor y respeto; si por ahora no se le lució como quisiera, porque de pueblos tan distantes no es mucho no poder conseguir todo lo que se pretende, si bien á su tiempo y en breves años, como veremos en su lugar, correspondió el cielo benignamente á sus religiosísimos intentos, poniendo en aquel imperio el sucesor que deseaba. Escribió, pues, á Rodolfo, y constriñóle á que se convocasen dietas en Ratisbona, para reformar los excesos de Alemania, y que presidiese en ellos Ferdinando; Matías, que antevió el fin á que se enderezaban estas materias, y que parecia quererle desposeer de la sucesion y de la herencia, en tanto que la dieta se continuaba trazó de hacerse soberano señor de la Austria, Moravia, y de la mejor y más noble parte de la Hungria, cuyas cabezas hizo juntar en Viena; hallóse en la junta con muchas personas nobles que le siguieron, eclesiásticos y seculares, que en tales casos nunca faltan, que la codicia y el mejorarse en oficios y estados les hace abandonar la fidelidad y cansarse del sosiego de sus vecinos, esto áun hasta los más templados y ejercitados en modestia; propúsose en ella el intento de Matías, y no dando medio ninguno en las necesidades propias y reprimir los sediciosos que alteraban toda la tierra y la metian á saco, se trató de buscar dinero y levantar gente con pretexto de sosegar estas inquietudes, siendo otro el fin paliado que se llevaba á esta sazon, y por mover más los ánimos de los naturales, esparció Matías entre todos los pueblos de aquellas provincias, la mucha edad del Emperador, el descuido intolerable en su gobierno, el mal expidiente de los negocios; y tanto con mayor fuerza abrazaron esto y bebieron el tósigo de la infidelidad, cuanto aborrecian las muchas virtudes de Ferdinando, por componerse aquella junta de innumerable variedad de herejes y sectarios; y parecerles que correria mejor con el natural de Matías; que viéndole, seguian todos y abrazaban sus designios; mandó juntar á la hora las tropas de Hungria y Austria en las fronteras de Moravia, valiéndose de los rebeldes enemigos de

sus propias provincias. Estos apercibimientos de armas corrieron luégo á la Bohemia y alteraron impensadamente el corazon del Emperador, que en breves jornadas envió al Cardenal Ditrichtein á que desarmase y volviese las tropas á sus puestos; no obedeció Matías; despidió al Cardenal; volvióse á Praga, y avisó al Emperador de los intentos del Archiduque, que á la hora, y muy fuera de sazon, como Príncipe descuidado, indigno de la Corona imperial y de ser obedecido, y de que le suceda otro tanto al que siguiere pasos tan afrentosos; mandó juntar en Praga todos los Estados, y que las villas se metiesen en armas; que se hiciesen levas de soldados, y alojasen en torno de su Palacio, y por todos los burgos, pasos y plazas fuertes; acordóles no violasen la fidelidad en que estaban jurados; escribió á los Electores, Príncipes y Estados imperiales, á tiempo que ya Matías salió de Viena y pasó los confines de la Moravia y Austria, donde casi era recibido y proclamado por Señor; socorrido con gente y dineros, en que habia juntado 20.000 soldados entre caballos y infantes, y 28 piezas de artillería; arrojándose á intimar á los bohemios enviasen sus Diputados para los 14 de Mayo deste año; que les queria hacer saber el intento de su venida y el haber levantado aquel ejército; ocurrieron con este accidente los Estados al César, y volvióles á encargar fuesen constantes en la fidelidad, y para confirmarlos en ella, les volvió ciertos privilegios que les habia quitado el Emperador Ferdinando, su abuelo, hermano de Cárlos V, por perjudiciales á la conservacion del Estado secular y eclesiástico, que de todas maneras ántes iba perdiendo, que mantenia defraudándose de las buenas leyes y derechos en que le constituian por perdurable sus mayores; siguió el ejemplar de Praga todo el resto de las villas, tomando las armas, si bien con flaqueza de ánimo, no sabiendo á cual Señor escogerian, porque en todos ponia mucha duda la deliberacion: volvió el Cardenal y el Nuncio del Papa á detener á Matías, creyendo volverle á la Moravia, y enterarse de sus pretensiones, si bien ya se dejaban sentir; empero, halláronle que ya habia pasado las mon-

tañas de Bohemia. Salieron los Embajadores de Sajonia y Brandemburge al paso, y rogáronle que no prosiguiese adelante, ofreciéndole tiempo para oir su pretension y entrar en algun asiento para que no se alterase el comun sosiego, y se atendiese á la salud de los pueblos que amenazaban ruina; persistió en su protervia, y estando ya cerca de Praga, ciudad opulentísima entre las más señaladas de Alemania, dejando e ejército en buenos pasos y guarniciones, con 8.000 soldados la dió vista, haciendo que algunas tropas se acostasen hácia Carlostein, donde se guarda la Corona de Bohemia; designio que deja bien declarado su intento, y que con brevedad desvaneció el César, haciéndolas volver por la gruesa guarnicion que allí hallaron; envió Matías sus Embajadores á su hermano á darle cuenta de su venida, que entregaron por escrito; diputóse tiempo para tratar de la demanda y conferirla, que no alcanzaba más brio el natural de Rodolfo; y la suma era, que se despojase él de las mayores y mejores provincias de su Patrimonio como de la Corona de Hungría, y cesion del Reino, y que los húngaros le prestasen el juramento; que en la primera Dieta imperial se propusiese y determinase una contribucion para mantener un ejército en las fronteras del turco; y esto era que le queria él tener pronto para llevar adelante los principios sobre que ya se habia puesto; que diese, otrosí el archiducado de Austria para él y los hijos que tuviere, sin reservacion de derecho; que si muriese sin sucesion, le cediese el Reino de Bohemia con ratificacion de los bohemios, y que en caso que la tuviese, quedase por tutor (intencion llevaba la propuesta); que pudiese en el ínterin poner en sus títulos el de Rey de Bohemia; que le diese la administracion de la Moravia; la confirmacion á los de Silesia de sus privilegios; la renunciacion á la parte del condado de Tirol: concedióselas el César, considerando su mísera y baja fortuna; artículos con que se firmó la paz y se depusieron las armas: envió el César al Archiduque las insignias reales de Hungría, que recibió con aparatos solemnes: restituyóse Bohemia á su antigua paz, licenciando las tropas, y salió Praga de sus te-

mores; corrian los soldados libremente de una parte á otra, no sin algunos robos y alteraciones: volvió Matías á Hungría, donde fué recibido con aclamaciones públicas, á 14 de Julio; recibió la embajada del turco y envió la suya á Constantinopla; juráronle los Estados de Austria, y tomó la Corona de Hungría, á 14 de Noviembre, en la iglesia de San Martin, con todas las demas ceremonias, prestó el juramento á los húngaros; procediendo con tibieza el uso de la religion. De esta manera se dejó Rodolfo, por su descuido, tibieza y flojedad en el gobierno, despojar de los Estados: atrevimiento que toman los mal afectos para lograr sus intentos; justo castigo del que comete contra el bien público y contra sí tan enormes delitos; y desta manera, y por estas causas se los tiranizó su hermano, solicitándole el modo de su vida y retiro para hacerlo; y esto le sucederá á todo Príncipe que se diere á este género de calamidad y desventura; no digo yo de su hermano ó de su deudo, empero de su mismo vasallo si no gobernase ó se dejara gobernar del que todo es uno; que es tal la poca maña destos, y la insaciable ambicion de los otros que por gobernalle ó dominalle, que esto es lo más legítimo, aun los vicios le limitara, si tal vez les conviniere, siendo los que muchas veces les dejan para cebo de su descuido, y donde entorpezcan las fuerzas del albedrío ó de la libertad, para no usar dellas y ser nada; desto hacen autores septentrionales largos discursos; yo no he querido referir más de la sustancia y el suceso derechamente, para ejemplo y aviso de los demas Príncipes, á quien Dios colocó y entregó grandes Estados para que los gobiernen, no aquel á quien no se los dió, y que quizá por muchos siniestros sucesos y largas inspiraciones no quiere que lo haga, á que es temeridad resistir, sino á que cuide dellos y reparta las mercedes sobre los más beneméritos, oiga á los mejores y válgase de sus consejos; no dé uno cuando toma para sí muchos que hacen en su favor; haga sombra á la virtud; vigilante sobre las más menudas cosas, cuanto y más de las mayores; que acudan todos á sus puertas y no usurpen otros el aplauso y majestad debido

á su dignidad; no parta su potestad, sino consérvela entera, con que será perdurable y Rey de todas maneras grande, cual lo desean los pueblos; estas calamidades, pues, pasaban las provincias de Alemania, hasta la venida de Ferdinando á ellas por la muerte de Rodolfo y Matías, en que se logró dichosamente el deseo y cuidado del Rey católico, poniéndole con su prudencia y consejo en aquel imperio venerable y maravilloso entre los mejores del Occidente.

Pedian en prosecucion de lo tratado los de Holanda se efectuase la paz, dando intencion ámbos Embajadores de Francia y de Inglaterra de tratarlo con gran calor por ambas partes, para lo cual envió el Archiduque á la Haya al Marqués Ambrosio Spínola; á Joan de Richardot, Presidente del Consejo privado; á Joan de Mancicidor, del Consejo de guerra de S. M. y Secretario de S. A.; al Padre Fray Joan Neyen, General de los Franciscos, y á Luis Verreyken, Audiencier y primer Secretario: pasaron pues, todos á Holanda, llegaron á la Haya, corte de las islas, donde á una legua los salieron á recibir el Conde Mauricio y las demas cabezas del Gobierno; hospedáronlos generosamente, y despues de fenecidas las diferencias sobre los lugares y las personas que habian de hablar primero; que todo lo dejaron al arbitro del Rey católico; en comenzando á conferir y á votar la materia se movieron tantas dificultades entre los diputados de las islas, que se llegó á perder totalmente la esperanza de ninguna union ni concordia; hacia Mauricio de su parte todo cuanto podia por no dejar llegar el negocio á colmo y que se le cayese de las manos el magistrado de las armas y el ser caudillo principal de los ejércitos, lugar que las más veces aspira en el que le tiene en las repúblicas que no se gobiernan por una cabeza y que no se incluyen debajo del dominio de Príncipe ó Monarca, á quererlas enseñorear de la manera que hallándose César dueño y primer Capitan de las legiones y cohortes romanas, no dudó de hacerse señor del mundo, como al fin lo consiguió; hacian, aunque lo dificultaban las provincias de mar que ántes habian medrado con la guerra, las de tierra todo

lo posible porque el tratado se resolviese como aquellas que llevaban sobre sí el peso de las armas, los alojamientos y el estar expuestas, por ser las primeras del confin, á los sitios, asaltos y escaladas y acometimientos ordinarios; gastáronse en estos debates, demandas y respuestas muchos dias; el punto principal no se abrazaba, á que volvió el Comisario general á Bruselas y el Archiduque le envió á España, donde llegado á la corte no le quiso oir el Rey y el Duque de Lerma en muchos dias, porque se habian resfriado mucho en el tratado, pareciéndoles no se efectuaria con la satisfaccion que deseaba; ni al de la religion católica, que era la mira á qué más afirmaba el hombro, y al consuelo de los católicos de Holanda, que eran muchos; no queriendo, pues, admitir el Rey la paz por aquellos capítulos, se propuso una suspension de armas por algunos años, de que no queriendo venir en ello los holandeses sino se expresaba en ella el punto de libertad, tampoco quiso admitirla el Rey, con que mandó volver de la Haya al Marqués Spínola y á todos los que habian ido con él, con lo cual totalmente quedó por ámbas partes concluida la plática, previniéndose todos para la guerra; los Embajadores, entre tanto, de Francia y Inglaterra, prometian de irlo tratando, queriendo dar á entender que sus Príncipes son poderosos para usar della á su voluntad, y que tienen de su mano á los holandeses para la paz y para la guerra; apretaba el Archiduque, sin embargo, para lo cual volvió á la corte de España el Padre Maestro Fray Íñigo de Brizuela, su confesor; en llegando, representó al Rey, al Consejo de Estado y al Duque de Lerma las razones que habia para admitir la tregua por término limitado, y que por más que les repugnase aquel punto, concluido su término, quedaba derogado y sin ninguna fuerza; no le queria aceptar, sin embargo, el Rey ni su Consejo, tanto que dicen los Ministros de Estado de aquel tiempo, á cuyo cargo estaban el manejo de las materias y papeles, que no se hallará en ninguno de los oficios de los Secretarios de Flandes, ni de Italia, ni en los de guerra, por escrito ni por otra razon, que ni el Rey ni ninguno de sus

Consejeros la admitiesen, ni lo votasen, ni viniesen en ello por ningun caso, ni se hallará que en ninguno dellos lo diga papel ninguno, pues todos juntos y el Duque de Lerma, en primer lugar, no lo admitieron, votaron ni firmaron. Las instancias tan apretadas, pues, del Religioso, las del Archiduque con que no se hallaba con salud ni fuerzas para asistir en la guerra, y que deseaba constituir los flamencos á alguna quietud y descanso, y que para hablar más claro, habia dado su palabra y prometido á los holandeses de admitir á la tregua aquel punto, como se verá por sus cartas, que aseguran esta verdad, si quien quedó con los papeles del Duque no las ha perdido, la multitud de correos, cartas y extraordinarios, y como digo, pidiéndolo tan encarecidamente al Duque pidiese al Rey resolviese esto; la importunidad tan notable de Brizuela hizo responder al Rey; que si habia dado su palabra hiciese su parecer en el caso y que no se le hablase más en él: volvió con esta respuesta el Religioso á Bruselas, con lo cual pasó el Marqués á Amberes y los Embajadores de Francia y Inglaterra con los demas diputados del Archiduque, y volviendo á tratar la materia, confirieron los capítulos con que se habia de resolver lo tregua y con ellos pasaron á Berg-op-Zoom, donde se hallaban todos los Estados generales de Holanda, y dándolos, y debatido sobre ellos, volvieron á Amberes, donde despues fueron nueve diputados de las islas con poder amplísimo para concluir la tregua, que se feneció con los puntos y capítulos siguientes:

«Como ansí sea, que los Serenísimos Príncipes Archiduques, Alberto y Isabela Clara Eugenia, etc.; habiendo desde los 24 de Abril de 1607, hecho una tregua y cesacion de armas por ocho meses con los Ilustres Señores los Estados generales de las Provincias Unidas del País Bajo, en calidad y como teniéndolas por Estados, Provincias y Países libres sobre las cuales ellos no pretenden nada; la cual tregua debia ser ratificada con igual declaracion por la Majestad del Rey católico, en cuanto la cosa le podia tocar, y las dichas declaraciones y ratificaciones dadas á los dichos Señores Esta-

dos, tres meses despues de la tregua, como se ha hecho por letras patentes de 18 de Septiembre del dicho año, y fuera de esto, dado poder especial á los dichos Señores Archiduques, de 16 de Julio 1608, para que en su nombre, como en el suyo, hacer todo aquello que más conveniente les pareciere por conseguir una buena paz ó tregua de largos años, en razon del cual poder, los dichos Señores Archiduques tendrán ansimismo por sus letras de comision de 27 del dicho mes, nombrado diputado y Comisarios para conferir y tratar en los dichos nombres y calidades, y á esta ocasion, consentido y acordado que la dicha tregua fuese prolongada y continuada por diversas veces en los mismos 20 de Mayo, hasta la fin del dicho año de 1608; más despues de haberse juntado muchas veces con los Diputados de los dichos Señores Estados, que tambien tenian poder y comision dellos, dado en 5 de Febrero del dicho año, no habia sido posible quedar de acuerdo de la dicha paz por muchas y grandes dificultades sobrevenidas entre ellos; para el cumplimiento de lo cual, los Señores Embajadores de los Reyes cristianísimos y de la Gran Bretaña, de los Príncipes Electores Palatino y Brandemburch, Marqués de Anspac y Landgrave, de Hesse, enviados en lugar de la parte de los dichos Señores Reyes y Príncipes, para ayudar al aumento de una tan buena obra, viendo que ellos estaban prestos de se apartar y romper todo tratado, habrán propuesto una tregua por largos años, con ciertas condiciones contenidas en un escrito dado de su parte á los unos y á los otros, con ruego y exhortacion de se querer conformar, sobre el cual escrito, habiéndose ofrecido de nuevo otras muchas dificultades; en fin, este dia 9 de Abril de 1609, se han juntado el Señor Ambrosio Spínola, Marqués de Benafro, Caballero de la Órden del Tuson de Oro, del Consejo de Estado y Guerra de S. M. católica, Maestre de Campo general de sus ejércitos, etc.; el Señor Joan de Richardot, Caballero Señor de Barli, del Consejo de Estado, primer Presidente del Consejo privado de SS. AA.; Joan de Mancicidor, del Consejo de Guerra y Secretario de Su dicha Majestad católica; el Reve-

rendo Padre Fray Joan Neyen, Comisario general de la Órden de San Francisco, en el País Bajo, y el Señor Luis Verreyken, Caballero Audiencier y primer Secretario de Sus dichas Altezas, en virtud de las cartas de poder de los dichos Señores Archiduques, para tratar, tanto en sus nombres como en el nombre de dicho Señor Rey católico, el tenor del cual poder está aquí luégo inserto con el del dicho Señor Rey, de una parte, y el Señor Guillaume Luis, Conde de Nassau, Catcenellembogen, Biandendiest, Señor de Bilstein, Gobernador y Capitan general de Frisa, villa de Groeninggen, Ommelanden y Drenthe; Ubalrane, Señor de Brederode, Vianen, Vizconde de Utrecht, Señor de Ameyden, Cloetinguen; los Señores Cornille; Deguent; Señor de Leoneni; Meiners; Unyck, Vizconde y Juez del Imperio y de la villa de Nimega; el Señor Joan Van-Olden de Barnevelt, Caballero Señor de Temple y Rodenris, Abogado y Guarda de Gran Sello, cartas y registros de Holanda y nuestra Frisa, y el Señor Jaques de Maldereo, Caballero Señor de Heyes, primero y representados y Consejo de Zelanda; y los Señores Gerarde Renese, Señor de Bande, Aastrefhercken, Hiculeckerlandr; Gilius Hillama, Doctor en derechos, Consejero ordinario del Consejo de Frisa; Joan Slocth, Señor de Sallich, Drosart del pais de Bollenhoo y castellano de la Señoría de Cunder y Abelcoenders; Helpen, Señor en Faen y Cantes, en nombres de los dichos Señores Estados; tambien en virtud de sus cartas de poder y comision, aquí luego igualmente insertas de la otra, los cuales con la intervencion y por el parecer del Señor Pedro Jeannin, Caballero Baron de Chagny y Montjeu, Consejero del Rey Cristianísimo en su Consejo de Estado; Elías de la Place, Gentilhombre ordinario de la Cámara del dicho Señor Rey, Baylio y Capitan de Vitri le Francés y su Embajador ordinanario, residente cerca los dichos Señores Estados; el Señor Richart Espenur, Caballero Gentilhombre ordinario de la Cámara privada del Rey de la Gran Bretaña, y su Embajador extraordinario cerca los dichos Señores Estados; y el Señor Rodolphe Vuinuvort, Caballero Embajador ordinario y Con-

sejero del dicho Señor Rey en el Consejo de Estado y de las Provincias Unidas; han quedado de acuerdo en la forma y manera que se sigue:

»Primeramente, los dichos Señores Archiduques declaran, tanto en sus nombres como en el del dicho Señor Rey, que ellos son contentos de tratar con los dichos Señores Estados generales de las Provincias Unidas, en calidad y como teniéndolos por Países, Provincias y Estados libres; sobre los cuales ellos no pretenden nada, y de hacer con ellos en nombres y calidades susodichas, como ellos hacen por estas presentes, una tregua con las condiciones aquí abajo escritas y declaradas.

»Es, á saber: que la dicha tregua será buena, fiel, firme, leal, inviolable, y por el tiempo de doce años; durante los cuales habrá cesacion de todos actos de hostilidad de cualquier manera que sean entre los dichos Señores, Rey, Archiduques y Estados generales, tanto por mar, ó otras aguas, como por tierra, en todos sus Reinos, Países y Señorios, y por todos sus sujetos y habitantes, de cualquiera calidad y condicion que sean, sin excepcion de lugares ni personas.

»Cada uno quedará franco y gozará efectivamente de los países, villas, plazas, tierras y Señoríos que al presente tuviere y poseyere, sin ser molestado ni inquietado durante la dicha tregua, en que se entiende comprende los burgueses, villajes, anejos y país llano á ellos sujeto.

»Los subjetos y habitantes en los países de los dichos Señores, Rey, y Archiduques, y Estados, tendrán toda buena correspondencia y amistad juntamente durante la dicha tregua, sin mostrar sentimiento de las ofensas y daños que por lo pasado han recibido; podrán tambien freeuentar y hacer jornada en los países del uno y otro, ejercer y usar la tráfica y comercio con toda seguridad, tanto por mar, ó otras aguas, como por tierra; lo que con todo eso, el dicho Señor Rey entiende ser distrito, y limitado en los Reinos, países, tierras y Señoríos que tiene y posee en la Europa y otros lugares, y mares donde los subjetos de los Reyes y Príncipes, que son sus

amigos y aliados, tienen la dicha tráfica de bueno á bueno; y por el respeto de los lugares, villas, puertos y abras que tienen fuera de los límites susodichos, que los dichos Señores Estados y sus subjetos, no puedan ejercitar tráfica alguna sin expreso consentimiento del dicho Señor Rey; bien podrán ellos hacer la dicha tráfica, si bien les pareciere, en los países de todos los otros Príncipes, potentados y pueblos que quisieren permitírselo, fuera de los dichos límites, sin que el dicho Señor Rey, sus oficiales y subjetos que dél dependen hagan algun impedimento en esta ocasion á los dichos Señores Príncipes, potentados y pueblos que se lo hubieren permitido ó permitieran; ni, por el consiguiente, á ellos ó á los particulares con quien ellos han hecho y harán la dicha tráfica.

»Y porque es menester de un largo tiempo para hacérselo saber á aquellos que están fuera de los dichos límites con fuerzas y navíos, de se desistir de todos actos de hostilidad, ha sido acordado que la tregua no comenzára que de hoy en un año; pero entiéndese que si el aviso de la dicha tregua puede ser ántes, que desde entónces la hostilidad cesará; mas si despues del dicho tiempo de un año fuere cometida alguna hostilidad, el daño será reparado sin remision.

»Los subjetos y habitantes en los países de los dichos Señores, Rey, Archiduques y Estados, en haciendo tráfica en los países el uno del otro, no serán obligados á pagar más grandes derechos é imposiciones que sus subjetos y aquellos de los amigos y aliados que fueren los ménos cargados.

»De la misma manera tendrán los subjetos y habitantes en los países de los dichos Señores Rey y Archiduques, como ha sido acordado con los subjetos del Rey de la Gran Bretaña, por el postrer tratado de paz y artículos secretos, hechos con el Condestable de Castilla.

»No podrán, por el consiguiente, los mercaderes, maestros de navíos, pilotos, marineros, sus navíos, mercadurías, muebles ni otros bienes á ellos pertenecientes, ser retenidos, sea en virtud de cualquier mandamiento general ó particular, ó por cualquier causa que esto sea, así de guerra como de

otra manera; ni tampoco so color de quererse servir dellos para la conservacion y defensa del país; mas no por esto se entiende comprender en esto las aprehensiones y retenciones de justicia por los caminos ordinarios á causa de las propias deudas, obligaciones y contratos válidos, de aquellos sobre quienes las dichas retenciones se hubieren hecho, á lo cual se procederá segun que es costumbre por derecho y razon.

»Y por el respeto del comercio del País Bajo, y de los dacíos é imposiciones que se levantaren sobre los bienes muebles, si se hallare de aquí adelante que haya exceso, de que resulte incomodidad, á la primera requisicion que se hiciere de la una parte ó de la otra, los Comisarios serán deputados para los reglar y moderar por comun parecer, si se pudiere hacer, sin que por ello la tregua sea rompida en caso que ellos no puedan quedar de acuerdo.

»Si algunas sentencias y juicios han sido dados entre personas de diversos partidos no defendidos, sea en materia civil ó criminal, no podrán ser ejecutados contra las personas de los condenados ni sobre sus bienes durante la dicha tregua.

»Letras de marca y represallas no serán otorgadas durante el dicho tiempo, si no es en conocimiento de causa, y en casos en los cuales sea permitido por las leyes y constituciones imperiales, y segun la órden establecida por ellos.

»Ninguno podrá abordar, entrar en los puertos ni estar en ellos, abras, playas y estancias de mar, en los países el uno del otro, con navíos y gente de guerra en formas que pueda dar sospecha, sin la licencia y permision de aquel á cuyo cargo están los dichos puertos, abras, playas, estancias de mar, si no es en caso que haya sido arrojado por tempestad, ó forzado de lo hacer por necesidad y por evitar algun peligro de mar.

»Aquellos sobre quienes los bienes han sido retenidos y confiscados por ocasion de la guerra, ó sus herederos, y habiendo causa gozarán de aquellos bienes durante la dicha tregua, y tomarán la posesion de su autoridad privada, y en virtud del presente tratado, sin que les sea menester hacer

recurso á la justicia, no obstante todas las incorporaciones al fisco, empeños, donaciones hechas, tratados, acuerdos y transacciones, cualesquier renunciaciones que hubieren sido hechas de las dichas transacciones por excluir de la partida de los dichos bienes aquellos á quienes deben pertenecer, con cargo, ni más ni ménos, que ellos no podrán disponer ni los cargar ó disminuir durante el tiempo del dicho gozo, sino habiendo alcanzado la permision de los Señores Archiduques ó Estados.

»En lo que hubiere lugar, así en provecho de los herederos de buena memoria del Señor Príncipe de Oranje, como por los derechos que tienen en las salinas del condado de Borgoña, que les serán restituidos y entregados con los bosques que dellos dependen, y cuanto al proceso Castelbelin, intentado en vida del dicho, de buena memoria, Señor Príncipe de Oranje, en la corte de Malinas, contra el Procurador general del Rey católico; los dichos Señores Archiduques prometen de buena fe de les hacer justicia dentro de un año, despues de la demanda que por ellos se hiciere, sin remision alguna, con toda equidad y justicia.

»Si el fisco ha hecho vender de una parte y de otra cualesquier bienes confiscados á aquellos á quienes deben pertenecer en virtud del presente tratado, serán obligados á se contentar del interés del precio, á razon del dinero, diez y seis, para ser pagados cada año durante la tregua á la diligencia de aquellos que poseen los dichos bienes; fuera de esto les será lícito acudir al fundo y herencia vendida.

»Mas si las dichas ventas han sido hechas por justicia, por las deudas buenas y legítimas de aquellos á quien los bienes solian pertenecer ántes de la confiscacion, les será lícito, ó á sus herederos, y habiendo causa de los retirar, en pagando el precio dentro de un año, á contar el dia del presente tratado; despues del cual tiempo no serán más admitidos, y el dicho rescate y retrato, habiendo sido hecho por ellos, podrán disponer dello como mejor les pareciere, sin que les será necesario de alcanzar otra permision.

»No se entiende con todo eso dar lugar á este retrato por las cosas situadas dentro de las villas vendidas á esta ocasion, por la grande incomodidad y notable daño, que dello recibirán los poseedores á causa de las mudanzas y reparaciones que pueden haber hecho en las dichas casas donde la liquidacion será muy larga y dificultosa.

»Y cuanto á las reparaciones y mejoras hechas en los otros bienes vendidos, donde el rescate es permitido, si ellas son pretendidas, los jueces ordinarios harán derecho en conocimiento de causa; de la suma, á quien las mejoras serán liquidadas, sin que ni más ni ménos sea lícito á los compradores usar del derecho de la retencion para ser pagados y satisfechos.

»Si algunas fortificaciones y obras públicas han sido hechas de la una parte ó de la otra con permision y autoridad de los superiores en los lugares donde la restitucion debe ser hecha por el presente Tratado, los propietarios dellos serán obligados á se contentar de la estimacion que fuere hecha por los jueces ordinarios, tanto de los lugares como de la jurisdiccion que ellos tenian, si no es que las partidas se acuerden de bueno á bueno.

»Cuanto á los bienes de iglesias, colegios y otros lugares píos, fundados dentro de las Provincias Unidas, los cuales eran miembros pendientes de iglesias, beneficios y colegios, que están en la obediencia de los Archiduques, lo que no ha sido vendido ántes del 1.° de Enero de 1607, les será entregado y restituido, y tomará la posesion de su autoridad privada, sin ministerio de justicia, para gozar dello durante la tregua, y sin poder dello disponer, segun y como arriba se declara; mas por los vendidos ántes del dicho tiempo, ó dados en pagamento por los Estados de algunas de las provincias, la renta del precio les será pagada á razon del dinero, diez y seis, por la provincia que habrá hecho la dicha venta ó dado los bienes en pagamento ó señalada, de suerte que desto puedan estar asegurados; el mismo será hecho y guardado de la parte de los señores Archiduques.

»Aquellos á quien los bienes confiscados deben ser resti-

tuidos, no serán obligados á pagar los corridos de las réntas, cargas y deudas, especialmente hipotecados y señalados sobre los mismos bienes por el tiempo que no han gozado dellos; y si por esto fueren perseguidos y inquietados de la una parte ó de la otra, serán enviados libres y absueltos.

»Ansimismo ninguno podrá pretender por los bienes vendidos ó acordados por ser diques ó contradiques, sino los réditos á los cuales los poseedores sean obligados por los tratados sobre esto, hechos con los intereses de los dineros de entrada, si algunos hubieron sido dados así á razon del dinero diez y seis, como atriba.

»Los juicios dados por bienes y derechos confiscados con partidas que han reconocido los Jueces y han sido legítimamente defendidos, tendrán y no serán los condenados admitidos á los contradecir sino por los caminos ordinarios.

»Los Señores Archiduques y Estados señalarán cada uno en su derecho, los Oficiales y Magistrados para la administracion de la justicia y policía en las villas y plazas fuertes, las cuales por el presente Tratado deben ser restituidos á los propietarios para gozar dellos durante la tregua.

»Los muebles confiscados y frutos que hubieren corrido, ántes de la conclusion del presente Tratado no serán sujetos á restitucion.

»Las acciones mobiliares que han sido perdonadas por los Señores Archiduques ó Estados en provecho de los deudores particulares, ántes de 1.° de Enero de 1607 hasta este dia, no será contado, por inducir prescripcion contra aquellos que eran de diversas partidas.

»Aquellos que se han retirado en país neutral durante la guerra, gozarán tambien del fruto desta tregua y podrán residir donde mejor les pareciere, retornar ansimismo en sus antiguos domicilios para habitar en ellos con toda seguridad, observando las leyes del país, sin que por ocasion de la habitacion que harán en cualquier lugar que esto sea, sus bienes puedan ser embargados ni ellos privados del gozo de los dichos bienes.

»No se harán fuertes nuevos durante la tregua dentro del País Bajo, de la una parte ni de la otra.

»Los vasallos de la casa de Nassau no podrán ser perseguidos ni inquietados durante la tregua en sus personas ó bienes, sea por deudas contratadas por el Serenísimo Príncipe de Oranje, de buena memoria, despues del año de 1567 hasta su muerte, sea por los débitos corridos durante el embargo y anotacion de los bienes que desto estaban guardados.

»Si hay contraposicion hecha á la tregua por cualesquier particulares, sin mandamiento de los Señores Rey, y Archiduques ó Estados, el daño será reparado en el mismo lugar donde la contraposicion hubiere sido hecha, si ellos allí son tomados á bien en su domicilio; sin que puedan ser perseguidos en otra parte en sus cuerpos ó bienes, en cualesquiera manera que esto sea, y no será lícito de venir á las armas, romper la tregua por esta ocasion; más bien es permitido, en caso de negacion manifiesta de justicia, de proveer de la manera que se acostumbra, por letras de marca y represallas.

»Todas las privaciones de herencias y disposiciones hechas en odio de la guerra, son declaradas por ningunas y como no acontecidas.

»Los subjetos y habitantes en los países de los Señores Archiduques y Estados, de cualquiera calidad y condicion que sean, son declarados capaces de suceder los unos á los otros, tanto por título como abintestato, segun las costumbres de los lugares; y si cualesquier sucesiones estuvieren de aquí adelante corridas para algunos dellos, que sean allí mantenidas y conservadas.

»Todos los prisioneros de guerra serán libres y sueltos de la una parte y de la otra, sin pagar razon.

»Y para que el presente Tratado sea mejor observado, prometen respectivamente los dichos Señores Rey, y Archiduques, y Estados, tomar la mano y emplear sus fuerzas y poder, cada uno en su derecho, por dar los pasajes libres, y los mares, y riberas navegables, y seguras contra la incursion de los amotinados, piratas, corsarios y robadores, y si los pu-

dieren tomar y dar caza, de los hacer castigar con rigor.

»Prometen de aquí adelante de no hacer nada en perjuicio del presente Tratado, ni sufrir ser hecho directa ó indirectamente, y si se hiciere, de lo hacer reparar sin alguna dificultad ni remision; y para la observacion de todo de lo arriba contenido, se obliga respectivamente con los Señores Rey y Archiduques sus sucesores; y para la firmeza y sanidad de aquella obligacion, renuncian todas las leyes, costumbres y cualesquier cosas á esto contrarias.

»Será el presente Tratado ratificado y aprobado por los Señores Rey, y Archiduques, y Estados; y las letras de ratificacion de los dichos Señores Archiduques y Estados, serán dadas del uno al otro, en buena y debida forma, dentro de cuatro dias; y cuanto á la ratificacion del dicho Serenísimo Rey, los dichos Señores Archiduques han prometido y serán obligados de la dar dentro de tres meses, así en buena y debida forma, para que los dichos Señores Estados, sus subjetos y habitantes la puedan gozar efectivamente.

»Será el dicho tratado publicado por todas las partes donde más convenga, luego despues de la ratificacion desto hecha por los Señores Archiduques y Estados, cesando desde al presente todos actos de hostilidad.»

En esta manera y con los capítulos referidos se feneció entre España, Flandes y las Provincias rebeldes de las islas de Holanda la tregua por doce años, despues de haber durado la guerra en unas Provincias y otras cuarenta y dos años, desde que con impía y sacrílega mano se profanaron las iglesias y se derribaron las imágenes y altares de Amberes y otras partes; derramando en esta contienda, más que cruel, su sangre las mayores y más valientes naciones del orbe, si bien con vergüenza y afrenta de muchas, que se lavarán tarde de esta mancha y de favorecer contra los preceptos naturales y divinos los enemigos de la Iglesia y de aquel Príncipe que es el mayor escudo y espada della, y el mejor entre los Príncipes; lo cual, por buenos respetos de correspondencia filial, no debia hacerse. Las dependencias de los grandes Reyes se

han de determinar de persona á persona y de campo á campo; no atravesando los fueros y leyes de la religion, aventurándose á sí y á su reputacion; valerse de medios ilícitos para emularle, aunque lo pretenda más paliar, por razones de Estado más aparentes que verdaderas, ó peor cimentadas; sin embargo, este linaje de ardid ó extratagema, le constriñe á confesarse inferior: el derecho humano no ha de perturbar el divino; y aunque en los archivos é autoridad Real hayan artículos y fuerzas para favorecer á los que se quieren favorecer della, no se ha de entender con herejes, y más el que pone en los progresos de su sangre y casa los títulos de cristianísimo, dado por la misma verdadera religion; esto, áun cuando no fueran rebeldes; pues, ¿qué será cuando se cometen ambos delitos; si con los que tenemos dentro de casa hicieran lo mismo, quién duda que nos pusieran en peor estado del que hoy nos hallamos, y con más infidelidad y ménos afecto en el amor y la reverencia, y poca seguridad en los Estados y en la Corona?. Hecha, pues, la tregua; se pusieron en las plazas fuertes la guarnicion necesaria al decoro de las provincias; muchos Príncipes, Caballeros y otros Capitanes, viendo la cesacion de armas que se habia capitulado, volvieron á sus casas, como fué el Duque de Osuna, que con brevedad pasó á gobernar á Sicilia y Nápoles, que hizo con singular prudencia y grandeza de ánimo, que hoy confiesan, aunque no quisieron entónces, los más envidiosos. Á tiempo que por las dependencias del Monferrat se pasó la guerra á Italia, confirmó el Rey la tregua por el mes de Julio deste año, en Segovia, bien contra voluntad suya y de la de todos sus Ministros, y contra la condicion del más confidente, por no poder tolerar las importunaciones del Archiduque, deseando cada año que se llegase el de 1620 para abrir con mayor espíritu y ardor la guerra, y volver al manejo de las armas sus Capitanes y soldados, como lo hizo cuando se vió en vísperas dél; que para nuestra infelicidad fué el último de su reinado; enviando á mandar al Marqués Spínola, que en aquella sazon se hallaba con un poderoso ejército levantado por su consejo y sus teso-

ros en apoyo del Imperio, sojuzgando el Palatinado inferior, que dejándole debajo del gobierno de D. Gonzalo de Córdoba, pasase al País Bajo á derogar los capítulos, ni justos y mal encaminados de la tregua de Holanda, y hiciese la guerra á toda furia á aquellos infieles, como al fin lo hizo; y que hoy, por habernos faltado, la continúa su hijo. Si esta tregua no fué tal como la deseábamos y convenia, la que esperamos nos lo dirá; veamos cómo nos desempeña, pues, ya lo hizo el Rey D. Felipe III, rompiéndoles los tratados y metiéndoles la guerra por las puertas con un ejército formidable y fornecido, cuando aún no la habia sacado de Italia, ganando plazas y provincias enteras en defensa de la Iglesia y vituperio de sus enemigos; teniendo otro en el Palatinado; armando otro en Bohemia y Hungría; que restauró el Imperio, arrastró al tirano y le desvaneció de su soberbia, despojándole de sus propios Estados, y haciéndole peregrinar por los extranjeros á merced de sus parciales y aliados, y todo esto con la grandeza, con el ánimo, y sin degenerar de su decoro y de las acciones de Rey; y que no faltando á la guerra, premiaba los servicios hechos en la paz, sin espantarle dos ejércitos, cuando tenia cuatro; sacando fuerzas de su caudal, sin mendigar el ajeno: Rey, de todas maneras grande, y que nunca caerá de la memoria y estimacion de sus vasallos. Mas aún que pareció que con la solicitud desta tregua se serenaran las inquietudes y aparatos de la guerra en aquellas Provincias, en las de Cleves y Juliers, sus confinantes, por la muerte del Duque Joan Guillermo, se levantó tal accidente, que obligó al Rey católico á mantenerlas allí para freno de los pretendientes y de Holanda, que querian, con la revuelta, entrar en pensamiento de ocupar algunas plazas vecinas á sus fronteras, y esto con más cuidado, cuanto sabia el estado miserable de Alemania y del Imperio, á quien tocaba decidir esta causa, como Provincias feudatarias á la Corona imperial; aliento que le dió á que en los años adelante mandase al Marqués Spínola y á otros Capitanes de reputacion, ocupasen las plazas más principales de aquellos Estados, por rechazar de allí los pretensores herejes,

como el Elector de Brandemburgue; el de Sajonia; el Palatino de Neuburgue, aunque este pasó luego á la religion católica; el Marqués de Burgao; el Duque de Nivers, que era católico: muchos de los potentados alemanes se declararon por la proteccion de algunos, no olvidando los holandeses los suyos ni sus materias. El Rey de Francia, Enrique, con el intento que atrás dejamos referido, á quien no desagradaba el suceso, avisó á los Magistrados se conservásen neutrales, y ante todas cosas, en su libertad; que pasaria con ejército numeroso en su favor, y con este pretexto, hizo arrimar á sus fronteras alguna caballería y infantería; el Emperador les amonestó no se declarasen por la parte de ninguno, ántes que estuviesen al árbitro y juicio del Imperio, enviando en apoyo deste mandato al Archiduque Leopoldo, en que por algunas veces llegó con ellos á las manos; el estado de las cosas del César no surtia á más gloriosos fines: Matías estaba embarazado en cómo se haria coronar por Rey de romanos, no habiendo hecho otro efecto su coronacion en Hungría, que permitir la libertad de conciencia á los súbditos, sin atender á la quietud de los tumultuarios y sediciosos que ponian en turbacion el comun sosiego, metiendo los pueblos en armas de casi toda la superior y inferior Austria y parte de la Bohemia; miserable calamidad del natural de aquel Príncipe. El Rey católico no se descuidaba de ocurrir á todo, fundado en la esperanza de sucesor más celoso y diligente, y poner el hombro adonde los enemigos pretendian hacerle herida; á esta infelicidad y accidente están destinadas las tierras gobernadas por muchos Príncipes, como son las de Italia y Alemania, cuyas dependencias particulares las tendrán siempre sujetas á la division y á la guerra; desta salió España el dia que se vió regida por uno sólo.

Fenecidas las guerras de los Países Bajos, las armas del Rey católico se empleaban en hacer daño á los alárabes que habitan las costas de África, en el estrecho de Gibraltar, y hasta las del Adriático; para ésto, D. Luis Fajardo, General de la armada Real del mar Océano, en este año, á 14 de

Junio, salió de la bahía de Cádiz con 12 navíos gruesos con mucha artillería y bien amunicionados, mucha y muy lucida infantería, á cargo de excelentes Capitanes; y navegando hácia el mar Mediterráneo, ántes de entrar en él, dió fondo en Mazalquivir de Oran, y teniendo aviso que en la isla de los Alimaques estaba un navío muy rico y poderoso, el cual era de ingleses y judíos, le acometió y ganó; y enviando el vaso á Oran, el despojo, que era de mucha consideracion, se repartió entre los soldados; pasó adelante, animoso y esforzado, con determinacion de poner fuego á ocho bajeles y dos galeras que estaban en el muelle de Argel; y habiendo algunos inconvenientes y dificultades en la faccion, por los peligros de la entrada, prosiguió su jornada y encaminó sus rumbos y derrotas al fuerte de la Goleta, donde halló que se aprestaba una armada de turcos para inquietar las costas de España y Italiá; entró D. Luis Fajardo en el puerto, y sin hacerle horror el ruido que comenzó á hacer de la artillería del fuerte, acometió la armada y quemó 21 navíos, una galera, y tomó dos, degollando 280 alárabes, quedando 200 mal heridos; el Virey de Túnez que vió el daño que recibian los suyos y el estrago de los bajeles, salió con mucha gente de la ciudad á la playa, de suerte que en muy poco tiempo se vieron en ella pasados de 20.000 turcos; comenzó el General á ofenderlos con la artillería con tal denuedo, que murieron más de 500, siendo los heridos sin número, y de los nuestros sólos 40; desta manera estubo aquella fuerza puesta en terror y sus moradores en notable miedo y asombro; en este tiempo descubrió la armada un navío de turcos que venia á meterse en el puerto, los cuales, ocupados del temor, algunos le desampararon, dejando dentro 40 captivos franceses; D. Luis le tomó con pérdida de tres soldados de los suyos, degolló 12 de los enemigos, prendió siete y mandó dar libertad á los franceses, haciendo presa en muchas cosas de precio; en este mismo tiempo tomó otro navío: empero, los enemigos, por no venir á manos de los nuestros, le barrenaron y se echaron al agua; sin embargo, se tomaron

en él muchas cosas de importancia, porque todos estos bajeles eran de corsarios ladrones de nuestras costas; los de la Goleta, viendo el daño que iba recreciendo y D. Luis Fajardo que ya era hora de retirarse, le pidieron con bandera de paz que se rescatasen los captivos; D. Luis lo hizo, poniendo otra de su parte, y dándose rehenes de la una á la otra, se concertó el rescate de los turcos en 2.000 zequíes de oro; y acabada la tregua, tornó D. Luis á los mares de España; dió fondo en Cádiz, ufano y victorioso con haber castigado las costas de África.

Como nuestros católicos Reyes todo el poder y fuerzas de sus armas la empleaban en la exaltacion y aumento de la fé católica, y los tesoros de su Monarquía en obras heróicas; administrando justicia, premiando la virtud, celando siempre la honra de Dios y el culto de sus aras; obras tan esenciales, que el Príncipe que no las tuviere, puede (si ansi se puede decir) desconfiar de losfavores del cielo, ni ménos prometerse buena fortuna en las acciones que intentáre, ni llevar adelante la sucesion de su casa; por esta razon, y en consideracion de este pretexto, como cada año lo hacia, favoreció Dios á la Reina católica de un Infante, en este año á 16 de Mayo, sábado, á las dos de la tarde; el cual dió á España con tanta felicidad como las demas prendas que hoy tan dichosamente goza; sucedió este parto en San Lorenzo el Real, del Escorial, donde fué baptizado por D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Arzobispo de Toledo; siendo sus padrinos el Príncipe D. Felipe IV y la Serenísima Infanta Doña Ana, sus hermanos; llevóle en sus brazos á la pila, que estaba puesta sobre las gradas del altar mayor, D. Joan de Mendoza, Duque del Infantado; recibió el sacramento del baptismo, y diéronle por nombre Fernando, á imitacion de su cuarto abuelo, el Rey católico, y de quien se espera que le parecerá en la grandeza de ánimo y en el valor, con que fué el ejemplo y la idea de los mejores Reyes que tuvo el mundo.

La infidelidad pocas veces asegura firmeza ni constancia en los reinos ni monarquías, y siendo esta la que profesan

los alárabes, y sobre que está fundado su gobierno; por esta razon, fácilmente, los Reyes de Tarudante, Fez y Marruecos, sin observar parentesco ni humanidad, con su continua infidelidad y poca firmeza, se hacen la guerra los unos á los otros y se usurpan los reinos; supuesto lo dicho, sucedió que Muley Mahomet, Rey de Fez, Tarudante y Marruecos, hermano de Muley Meluc, que murió en la batalla del Rey don Sebastian, en una litera, enfermo y cargado de años; tuvo tres hijos, los cuales se llamaron: Muley Xeque, Muley Buferes y Muley Zidan; el Xeque, en vida de su padre fué Réy de Fez, y por algunas conspiraciones que se le imputaron contra la fidelidad paternal, ántes de su muerte le dejó el padre preso en uno de sus alcázares, y dió el reino al Zidan y el reino de Marruecos á Muley Buferes; hermanos, que despues de la muerte de su padre, quedaron señores pacíficos de los reinos contenidos en aquella parte del África; el Buferes mandó soltar de la prision á Muley Xeque, y viniéronse los dos para quitar á Muley Zidan el reino de Fez, haciéndole Capitan general del ejército contra su propio hermano; diéronse tan buena maña los dos, que en breve tiempo le despojaron dél, y Muley Xeque fué restituido en su reino; el Zidan, que se halló desposeido, valiéndose de los mismos medios que Muley Xeque, se ligó con Muley Buferes, y dando la batalla al Xeque, le tornaron á quitar el reino; con lo cual, viéndose defraudado dos veces del reino de Fez, huyó con su mujer y sus hijos y algunos moros que le acompañaban; y saliéndose de África, se embarcó con ánimo de pedir socorro al Rey de Castilla, para que con sus fuerzas y armas le restituyese en su reino; el moro, despues de algunos dias de navegacion, aportó al Algarbe, en la villa de Portiman, y habiendo sabido su llegada el Gobernador de aquel reino, don Manuel de Alencastre, avisó luégo dello á D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, Virey y Capitan general del reino de Portugal; el cual, con este aviso, vino á visitar al Moro, y haciéndole muy generoso hospedaje, supo dél á lo que venia; y dando cuenta dello al Rey católico, en tanto

que se determinaba y resolvia el caso, mandó que se tuviese el cuidado con su persona que convenia. Teniendo el Rey católico noticia de la llegada deste alarbe á España y el intento de su venida, ordenó á D. Luis Bravo de Acuña, que con cuatro galeras de Portugal, que estaban en Sanlúcar, embarcase los moros y la recámara del Rey, y que D. Bernardino de Avellaneda, Conde de Castrillo, Asistente de Sevilla, le visitase de su parte y le trujese por tierra á la villa de Coria, lugar puesto á tres leguas de Sevilla, en la ribera del Guadalquivir; en la misma forma que dió el Rey católico la órden para traer al Moro, se ejecutó; y de aquella villa le pasaron á Carmona, dondé fué tratado y agasajado con Real ostentacion; en este lugar se trató muy por menudo de la prentension del Moro, el cual decia, que dándole el Rey católico ejército y armas para restaurarse en su reino, entregaria la ciudad y castillos de Alarache, luégo que el Rey enviase persona en quien hacer la entrega; el Rey, por su benignidad, y como es de costumbre favorecer á todos los que se quieren valer de sus fuerzas y amparo, imitando en esto á los católicos Reyes, sus predecesores, y viendo que la plaza que se le ofrecia le era de importancia y que se le venia la ocasion á las manos, por cuanto en los años pasados habia tenido intento de tomarla, por ser cala y ensenada de corsarios, la aceptó, y ofreció al Moro bastante número de gente y armas, cuanta fuese necesaria para la restauracion de su reino; con esto, despues de haberle dado muy ricas joyas y preseas á él y á todos los que venian en su compañía, se partió y hizo á la vela para el Peñon de Velez, donde dispuso la sazon para hacer la entrega de la ciudad y castillos; entretanto que en España se prevenian las cosas necesarias para tomarla y restituirle en su reino.

Yace Alarache en la Mauritania Tingitana, en el reino de Fez, cerca y fuera del estrecho de Gibraltar, en la costa del mar Atlántico, á cinco leguas de Tánger y á 18 de Cádiz; báñala el rio Razaalma, que pasa por Fez el Viejo, distante de Alarache tres jornadas, bien casi como 22 leguas, y así

viene á estar cerca de la mar y deste rio, que tiene su nacimiento dos leguas más arriba de Fez, y por ser éste su nacimiento le llaman ansí los moros, y otros le llaman Luso; el lugar es fuerte y murado, de más de 400 casas y tiene dos fortalezas, una á la entrada de la barra, que le hace inexpugnable, y otra al Poniente, á tiro de mosquete; está en altura del Polo Ártico 34° y 7 de latitud; plaza importante y de puerto capaz para bajeles, aunque no muy grandes; nido y cala de corsarios del Norte, y donde acudian naciones de toda Europa con sus mercadurías para pasarlas á las Indias de Oriente y Occidente; y una ensenada de donde salian los enemigos á robar nuestros bajeles, y donde se abrigaban los ladrones de Holanda para hacer sus robos en las flotas que vienen de ambas Indias; por lo cual, el Rey católico, con su mucha prudencia y vigilancia, en los años pasados, para mayor seguridad de sus armadas y defensa de sus costas, con consulta de su Consejo de Estado y con intencion de tomarla, mandó bajar de Italia con sus galeras al Marqués de Santa Cruz y que esperase á la boca del estrecho, y que allí se le juntasen las de España, Sicilia, Génova y Portugal y parte de la armada del mar Océano, y cometiéndole esta empresa al Marqués y poniéndose á vista de la plaza, sucedieron tales inconvenientes en su entrada que dejaron el acometerla para mejor ocasion.

Puestas las cosas en el estado que habemos dicho arriba, y como Muley Xeque, con pretexto de que el Rey católico le restituyese en el reino de Fez, que se le tenia usurpado por Muley Zidam y Muley Buferes, sus hermanos, entregaria la ciudad y fuerzas de Alarache; prevenidas todas las cosas para ello, habiendo dado órden á sus Alcaides que luégo que descubriesen la armada del Rey católico la recibiesen y entregasen las llaves de la ciudad y de los castillos; la armada católica, habiendo salido de Gibraltar á cargo del Marqués de San German y Hinojosa, y amaneciendo á 20 de Noviembre sobre ella, en este año de 610; sin intermision ninguna ni embarazo, se la entregaron los moros á cuyo cargo

estaba, con todas las armas, artillería y municiones que estaban en ella para su defensa. Tomada Alarache, el Marqués de Hinojosa consagró la mezquita mayor al culto y veneracion de la religion católica, debajo del nombre de Santa María; puso al Castillo que está sobre la barra el nombre de San Antonio, y al otro Nuestra Señora; hiciéronse nuevas defensas y fortificaciones, de suerte que se excluyó á los enemigos que se abrigasen más en él, y sacósele de las manos á los alárabes para que se constituyese en sus términos el Evangelio; aumentando con esto el Rey católico nuevos puertos y fuerzas á sus coronas; y tratando de la restitucion de Muley Xeque, un moro, vasallo suyo, llamado Gelife, cerca de Tetuan, dentro de su tienda, traidora y alevosamente le mató; irritados los alárabes de la entrega de la plaza, de suerte que áun de su mismo hijo Muley Abdalá no vivia seguro, cesando con esto la obligacion y promesa en que se le habia asegurado la restauracion del reino: que estos fines tiene el reinar donde se ejercita por naturaleza y costumbre la infidelidad en los corazones de los hombres bárbaros.

Setecientos setenta y ocho años duró en España el imperio de los moros, desde la pérdida del Rey D. Rodrigo, hasta que los Reyes católicos, D. Hernando y Doña Isabel, los echaron de todo el Reino de Granada; y su opresion duró ciento diez y ocho, desde estos católicos Réyes hasta el Rey D. Felipe III, destinado por providencia divina para desarraigarlos destos Reinos, como lo profetizó, al tiempo de su nacimiento, un religioso, hombre de letras y de celo apostólico, predicando en un lugar de los de la Corona de Aragon, que era todo desta abominable gente, el cual les dijo, viendo que la voz del Evangelio no hacia impresion en ellos, y que cuanto se sembraba producia abrojos, como tierra estéril y sin provecho, «pues no quereis despedir de vuestros pechos esta infernal secta, sabed que ha nacido en España un Príncipe que os ha de echar della.» Así se cumplió y fué justo que se cumpliese; lo uno, por no hacer resistencia á la voluntad de Dios; lo otro, por expeler destos Reinos, que así se precian

de católicos, gente tan rebelde y obstinada en su falsa secta y torpe Alcoran, y que tanto cuidado han dado á todos los Príncipes y Reyes de España; pues no bien los acabó de sujetar el Rey católico, cuando se levantaron en las Alpujarras, y pretendieron volver á su antiguo señorío, poniendo en grande aprieto las cosas desta Corona: al Rey D. Felipe II, por el consiguiente, cuando estaba ocupado en mayores empresas en Italia, Francia y Alemania, le inquietaron, y se levantaron, y tuvieron en desvelo y atencion su prudencia, metiendo por el Estrecho de Gibraltar muchas armas y municiones de África; pretendiendo con secretas mañas é inteligencias, meter otra vez á los de su nacion por aquellas partes, hasta que el valor del Sr. D. Joan de Austria los allanó y sujetó; habiéndole costado algunos peligrosos encuentros y batallas, donde quedaron tan quebrantados, por entónces, que casi no se dejaron sentir hasta nuestros tiempos; y donde aprendió esté glorioso Príncipe los primeros preceptos de la milicia, y todos los demas Capitanes que ántes desto, pareciendo á su valor cortos los límites de España, salieron fuera y enseñorearon á Italia, y quitaron la Cefalonia á los turcos, restituyéndola á los venecianos. Finalmente, la inclemencia desta gente, su infidelidad á que por naturaleza y por religion son dados, la dureza con que resistian y resistieron al católico celó del Rey D. Hernando, al Emperador Cárlos V., al Rey D. Felipe II, á que se catequizasen y recibiesen el agua del baptismo, ó saliesen de España; sin embargo de que muchos salieron y muchos se baptizaron; empero, era tan engañosamente y con tanta fraude, que no les servian los Sacramentos de la Iglesia más que de materia de Estado para perseverar cautelosamente en la secta y perverso Alcoran de Mahoma; de suerte, que por ningun caso atendian á la observancia católica ni á la Ley de Dios, ántes blasfemaban y aborrecian sus preceptos y apostataban, y con obstinacion endurecida perseveraban en sus falsos ritos y ceremonias, profanando los artículos y Sacramentos de nuestra religion; aspirando siempre á movimientos y alteraciones, y haciendo juntas secretas para tur-

bar la paz y el sosiego público; juntando armas, municiones y dineros para levantarse, trayendo inteligencias secretas con el turco y los Reyes de África, y con todos los demas enemigos desta Corona, para que entrasen en ella y la asolasen; como si este Reino no fuese de Dios, y no le amparase su mano; calificando esta verdad los muchos y muy notables trabajos de que por largos años le ha sacado y librado, haciéndole, por esta razon, más famoso y perdurable en la memoria de las gentes.

Estos, pues, á quien la libertad y vicios habia hecho insolentes, y con quien no valia la piedad y clemencia de los católicos Reyes, antecesores del III, que tanto habian procurado su enmienda y conversion, con el celo de tantos religiosos y Prelados que con tantas veras les procuraron reducir; éstos, con quien ni el ruego ni amenazas podian nada, haciendo juntas y congregaciones secretas, se conjuraron, y en diferentes partes de España prevenian armas, municiones y dineros contra el Rey católico D. Felipe III; y por sus Embajadores, solicitaban en Constantinopla al Gran Turco, y en Marruecos al Rey Muley Hamete, y á todos los demas herejes enemigos desta Corona, para que con poderosos ejércitos y armadas acometiesen sus puertos; y ellos, á la misma sazon, por tierra, emprendiesen nuestra ruina y se levantasen, ofreciendo para este intento 150.000 moriscos pagados, que tomarian las armas el dia que viesen acometer nuestras costas los turcos y berberiscos: no pudieron estas inteligencias estar tan secretas que no viniesen á los oidos del Rey y su Consejo, por mano de muchos Príncipes de la Europa que habian tenido noticia dellas; y particularmente por el Capitan Lorenzo de Herrera, caballero portugués, que á la sazon que esto se trataba, estaba en África en la corte de Muley Hamete, el cual, ansí como entendió la traicion, vino á la corte del Rey, y dando cuenta del caso á sus Ministros, dijo que uno de los moros que vinieron con Muley Xeque á España, el que entregó la fuerza de Alarache, que era Alcaide de Albenquerin, lo habia tratado con los moriscos, y ellos con el moro; asentando y

estableciendo el levantarse, ofreciendo mucho número de gente y armas, y que el Rey Muley acometiese á tomar á Ceuta, y haciendo en ella plaza de armas, se dispusiese y entrase con sus gentes por Tarifa ó Gibraltar.

El caso dió que pensar á los Ministros de Estado y al Rey católico, más no dió que temer; porque á la potencia en que se hallaba esta Monarquía, era en vano presumir que una gente vil, cobarde, sin disciplina, sin valor, arrastrados y acoceados de las armas católicas, áun cuando trataban dellas ahora, que solamente no entendian de otra cosa que de la azada y otros ejercicios viles y bajos, gente que jamás se inclinó á la milicia ni á las letras, habia de tener aliento para contrastar las fuerzas españolas, cuando aún fuera de sus términos eran terror y asombro de todo el orbe: claro está que era errado el discurso que caminase por otras veredas; finalmente, se pensó el negocio muy bien y se apuró, y de raíz se sacó la verdad; y averiguándola con el secreto prudentemente, se trató del remedio, que sin duda ninguna vieron que convenia. Cometió el Rey su determinacion al Consejo de Estado; y en Segovia, donde entónces se hallaba, víspera del patron de España (con que en el suceso se prometió felicidad), mandó venir á D. Agustin Mejía, á D. Joan Idiaquez, á D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, y al Duque de Lerma, y al Secretario Andrés de Prada, todos Ministros de canas, experiencia y consejo; y finalmente, pocos y buenos, que es como ha de ser el consejo para que tenga efecto y resolucion el negocio, y no tantos que sea más confusion que consejo, y tan perdurable el votar, que ántes se pierda el negocio que se acabe el haber votado. Juntáronse, y mirando cada uno de por sí el caso como convenía, y comenzando á discurrir en él, hallaron que estos infieles fueron los que tantos años dominaron y destruyeron en España el lustre y clara estirpe de los godos, la religion y el Evangelio; profanando el culto de las reliquias y altares; dedicando los templos y la veneracion dellos en mezquitas á su torpe y mentiroso profeta Mahoma; que se sirvieron de las tierras y tesoros de Es-

paña; que derramaron tanta sangre católica, que están regadas con ella sus campañas; que á sus altos y esclarecidos Reyes pusieron en tanto afan y trabajos; de suerte que muchos dieron la vida en su conquista entre infinito número de varones ilustres, reliquias del valor antiguo de España, que despues de haberlos acabado de sujetar gloriosamente y alcanzado el nombre de católicos por esta hazaña los Reyes, Don Fernando y Doña Isabel, y convidándoles con la paz y que se convirtiesen á la Iglesia, lo hicieron falsa y sacrílegamente, adulterando los sacramentos y perseverando en su secta, siendo mortales enemigos de nuestra religion y de todo el nombre cristiano, matando muchos alevosamente, viviendo siempre en sus corazones la traicion y rebeldía, como lo hicieron en las Alpujarras: que el Emperador Cárlos V los deseó reducir á la Iglesia y el Rey D. Felipe II, y no fué posible; ántes se levantaron en las sierras de Granada, donde pusieron en cuidado esta Corona; tanto, que le sacaron de su palacio cuando estaba introducido en mayores cosas, y le hicieron poner en el corazon del Andalucía, convocando por el aprieto en que todo aquello estaba, las armas y la gente de las ciudades vecinas, y áun casi las de todo el Reino; y entre tres Capitanes, todos de escogida opinion, por la importancia del caso y variedad de accidentes que tuvo, y que por instantes le sobresaltaban, casi ninguno á su propósito por la mudanza que en diferentes tiempos hizo dellos, como del Marqués de Mondejar, D. Íñigo de Mendoza, el de los Vélez, D. Luis Fajardo y Gonzalo Hernandez de Córdova, Duque de Sesa; hasta que envió al Sr. D. Joan de Austria, su hermano, que se llevó la gloria del trabajo destos: tal era la gente con que trataron y la que ahora heredó sus inclinaciones. Finalmente, habiendo alcanzado del Papa Clemente VIII un edicto de gracia para que de nuevo se redujesen y volviesen sobre sí, fué de tan poco fruto, que el Pontífice los tuvo por incorregibles y sin remedio, ántes siempre pretendido poner á riesgo esta Monarquía levantándose, y últimamente lo han llevado tan adelante, que hoy están tratando su perdicion y ruina, de lo cual,

si Dios no hubiera alumbrado de este accidente los ojos del Rey católico, nos viéramos en notables trabajos; luégo necesaria cosa es desarraigar tan ponzoñosa hierba de entre nosotros, y que no esté tan pared en medio de la religion. Discurríase por el mismo consiguiente que convenia apartarlos de entre los católicos de estos Reinos, porque con su mal ejemplo no se estragasen las buenas costumbres en que estaban instruidos y ejercitados, siendo reprobadas en ley divina y humana su comunicacion y trato con la gente católica, por el daño que de ello se les puede seguir; que muchos Príncipes, Reyes y Emperadores, á este ejemplo, y por esta causa, echaron de sus tierras muchas gentes depravadas y perniciosas, y las expurgaron de los malos humores que las hacian achacosas. El gran Constantino y Teodosio, desterraron de su Reino los herejes donatistas; Arcadio y Recaredo I, á los arrianos; el Rey D. Alonso de Aragon y de Nápoles, á los waldenses; tres Reyes de Francia, Filipos y Cárlos VI, á los judíos; el Rey Sisebuto, de los godos, echó á los mismos de España; mandándolos volver para su destruccion, el Rey Witiza; de donde afirman muchos que se ocasionó, permitiéndolo el cielo para su castigo, la pérdida desta Corona; y en muchas provincias donde han admitido estos infieles, ha permitido Dios que les sucedan muchas ruinas y calamidades; y cualquiera que no sacudiese de sí ó admitiere tan perjudicial y abominable gente, se puede temer mucho de algun castigo del cielo, que sin duda vendrá sobre sí. Suintila no consintió en su Reino á quien no fuese católico; D. Pelayo, Rey de Asturias; D. Alonso el primero de Oviedo; D. Fernando el *Santo* de Castilla, Toledo y Leon; el Rey D. Jaime de Aragon, que llamaron el *Conquistador*, todos han alcanzado del cielo grandes victorias por ser mortales enemigos desta nacion. El Rey D. Hernando el católico dijo, que el mismo año que echó los judíos de Castilla y Aragon, le dió Dios un nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colon; que si el ser estas gentes de algun provecho para el Rey y para los señores de vasallos, que los tienen por el fruto que se consigue de la labor de sus

manos, es de algun impedimento, acabó el discurso diciendo: en qué estimamos á Dios; en qué á su Iglesia; en qué la salud de nuestros Reyes; en qué la de sus pueblos y vasallos; en qué la paz y el sosiego público; pues cuando estos salgan de España correrá por cuenta del cielo y de la buena administracion el dar quien cultive y labre las tierras, demás de que no carece de hombres buenos que ocuparán lo que ellos dejáren. Pareció á los del Consejo el discurso acertado, la causa digna de resolucion, por hallar estas gentes convencidas de traidores y lesa majestad; y así, todos votaron que saliesen de España y sacasen della sus bienes muebles, y las raíces quedasen confiscadas para S. M. Hízose la consulta, la cual, viniendo á manos del Rey católico, como Príncipe tan acertado la consideró y miró, primero consigo mismo, porque verdaderamente el negocio era para ello; y discurriendo largamente sobre ella, hizo otro consejo en su discurso de otros cuatro grandes y antiguos Consejeros de su Casa y antecesores suyos, sabios, prudentes, y de quien aprendieron todos los Príncipes del orbe. Oyó primero el voto del mayor estadista de los Reyes, el Rey D. Hernando el católico, su tercer abuelo, y halló que su parecer fué, que como capitales enemigos desta Monarquía los echasen della; oyó el del Emperador, su abuelo, y como fué azote de herejes y mahometanos, discurrió que era su parecer, que como basiliscos de la Iglesia y mónstruos, sin remedio los echase de España; oyó el voto del Rey D. Felipe II, su padre, y como fiel testigo de su prudencia, advirtió que su parecer era que como gente escandalosa, incorregible y rebelde, los expeliesen, acordándose que el año de 582, á 9 de Setiembre, en Lisboa, los habia mandado expeler de sus Coronas. Al voto de estos tres heróicos Consejeros, y más en cosa tan justa y que tanto importaba, constándole por papeles antiguos, que todos los habian procurado y deseado, ¿quién no habia de dar el suyo, y quién se atreverá á poner objecion á este consejo sin dilinquir en temerario y bárbaro? Si fué alabado el Rey D. Hernando el católico porque echó los judíos de Castilla y Aragon, porque de haber

echado los moriscos de España no le alcanzára esta bendicion al Rey D. Felipe III. Cuando entraron fueron nuestra desolacion, y cuando salen quiere la malicia envidiosa de los buenos hechos que sea la ruina. No sé como se compadecen opiniones en sí tan encontradas, hasta el punto en que lo que rendia su industria, no es de más precio la paz, el sosiego, la firmeza de la potestad y el Estado, el purgarse de humor sumamente pernicioso. Resolviólo y dió su voto, adjudicándose así la gloria del hecho, y consagróselo á Dios, á quien siempre encaminaba y consultaba todas sus cosas, en las cuales, errando pocas, acertaba muchas, sobre cuya virtud y pureza de vida se veia clara y patentemente que le asistía Dios y favorecía sus causas y las de la Monarquía, haciéndole muchas mercedes y colmándola de felices sucesos, como se vió en éste; porque es grande yerro y conocido engaño pensar que Príncipe sin virtud y sin observancia de los preceptos divinos y del Evangelio, ha de tener buena fortuna, sucesos y aciertos en su reinado; porque cada vicio es un mal suceso que permite Dios para castigo y escarmiento del Príncipe que se aparta de su auxilio, porque sabe que sin él es imposible el saber gobernarse; y así suceden muchas desventuras, pérdidas y peores sucesos en las cosas que se proponen; y ay del vasallo que le aconsejase otra cosa y fundase en sus destraimientos sus medras, pues como vil instrumento de los vicios de su Príncipe, será castigado severamente del fruto de los mismos vicios.

Habiendo tomado el Rey católico resolucion en el caso, volvió la consulta al Consejo de Estado, mandando en ella que salieran los moriscos de España, que llevasen sus haciendas, sin querer por ningun caso valerse dellas, tocándole de derecho; y que para su expulsion se despachasen cartas á todos los Generales de galeras, y sin decirles la causa hasta el punto fijo, se les mandase, que á 15 de Agosto se juntasen en el puerto de Mallorca, y que D. Agustin Mejía saliese á echarlos del reino de Aragon; y que haciendo alto en Valencia, les diese tránsito por las marinas de Vinaroz, Alfaques de

Tortosa, Denia, Jauca y Alicante; y que D. Juan de Mendoza, Marqués de San German y de la Hinojosa, expeliese los de la Andalucía y les diese salida por Sanlúcar, Tarifa, Gibraltar y Málaga; y que D. Bernardino de Velasco y Aragon, Conde de Salazar, los arrancase del reino de Castilla y Toledo, haciéndole juez árbitro para castigar los que pretendiesen volver ó quedarse, encargando mucho el cuidado y recato en cosa tan importante, efecto y resolucion que para su expediente se requeria. Habiendo vuelto la consulta de las manos del Rey, los del Consejo comenzaron á disponer las cosas como convenia; escribióse á los Vireyes y Gobernadores de Milan, Nápoles y Sicilia para que aprestasen la infantería que en aquellos reinos habia, y la entregasen á los Generales de las galeras y les diesen los bastimentos y municiones que hubiesen menester: escribióse y dióse órden á los Generales de las galeras, para que al tiempo sobredicho estuviesen aprestados y en el puerto de Mallorca; hiciéronlo ansí, sin decirles la causa ni para qué fueron llamados; quién duda que estas prevenciones turbarian los ánimos de los que vivian en Argel y pondrian la ciudad en conflicto por los temores y sobresaltos pasados, y por lo que amenaza en los tiempos venideros; con tan gran silencio y suspension caminaba el negocio, teniendo en atencion y cuidado á los mayores y más generosos espiritus del orbe. Bajó el Marqués de Santa Cruz con la escuadra de Nápoles, que se componia de 17 galeras, con cerca de 2.000 infantes; D. Cárlos de Oria, con la de Génova, en que traia 16 galeras con 1.200 infantes escogidos; D. Octavio de Aragon, con la de Sicilia, nueve galeras y 800 infantes; D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, con la escuadra de España, reforzada con cuatro galeras de Portugal y cuatro de Barcelona, con muy lucidos Capitanes y muy buena infantería. Estando ya todo esto aprestado en el puerto de Mallorca, esperando la órden que se les habia de dar, y los que habian de ejecutar la expulsion en sus puertos y reinos señalados; el Rey católico, como tan atento hijo de la Iglesia, ántes de ejecutar esta accion dió cuenta della al Vi-

cario de Cristo, el Papa Paulo V; el cual, como vió el delito tan execrable desta gente, las causas tan bastantes para concluir con una accion, platicada con la prudencia de tantos Príncipes y deseada de todos ellos, habiendo ya llegado á la suma desconfianza de poderlos poner en razon ni reducirlos, respondió al Rey católico, aprobando su parecer y consejo, ofreciéndole las fuerzas humanas y divinas de la Iglesia, y finalmente, dándole por esta hazaña el nombre de catolicísimo, como lo habian alcanzado sus antecesores por haberse empleado tan generosamente en la defensa de nuestra fé católica y estirpacion de las herejías.

Habida el Rey esta respuesta del Pontífice, mandó que todas las compañías de hombres de armas de Castilla se acercasen á la raya del Reino de Valencia, y que á un mismo tiempo y en un mismo dia, se echasen bandos en todas las ciudades, villas y lugares de España, en que mandaba constante y resueltamente saliesen los moriscos della; ejecutóse, dejando en admiracion á sus vasallos; los infieles quedaron aterrados y confundidos, conociendo que este castigo venia del cielo por premio de sus delitos y maldades; comenzaron á hacer notables llantos y á pedir misericordia; pero teníaseles cerrada la puerta como á gente reprobada y precita en su ley, vicios y dañada vida; comenzó á ejecutar el Conde de Salazar, en Castilla y en el Reino de Múrcia, la órden del Rey, y la dificultad que se temia en que los señores que los tenian por vasallos, por las rentas y provechos que se les seguian dellos, como gente dada á la labor, lo habian de tomar ásperamente y habian de hacer alguna repugnancia y contradiccion en el efecto; abrazaron de tal suerte el obedecer á S. M., que luégo al punto dispusieron el echarlos de sus lugares; la buena gracia y oficios que hallaban en el valido, vencia mucho en esta parte, viéndole con tanto deseo en la conclusion: finalmente, los alaridos, y la confusion, y tristeza en que se vieron, no parecia otra cosa para esta gente que un traslado de los dias de Noe. Echó el Conde de Salazar de las provincias que se le señalaron 70.000 moriscos; del Reino de Múr-

cia se embarcaron, en ménos de veinte dias, 3.500; el Marqués de San German y la Hinojosa expelió del Andalucía, 234.018; en Valencia, D. Agustin Mejía, no lo halló todo tan fácil, porque ansí como oyeron el bando aquellos bárbaros, que tan solamente tenian en su corazon escrita la traicion de levantarse, viendo malogradas sus esperanzas, y que habian llegado al último trance de su perdicion y castigo, y á desterrar de España su infidelidad, no pudiendo disimularla, se levantaron, y en número de 20.000, armados y prevenidos, se subieron á la sierra del Aguar, y se fortificaron en otros lugares de su contorno, para que á su ejemplo lo hiciesen todos los demas de las provincias de España; mas salióles vano y vergonzoso su pensamiento, porque D. Agustin, como persona de gran corazon y soldado de tanta esperiencia, y que supo hacer rostro á un tan valeroso caudillo como Enrique IV, Rey de Francia, viniéndole á buscar, tan superior en número de gente; y habiendo salido desta faccion tan bien reputado, y de otras muchas con tanta gloria; ésta no le pareció de importancia; y así, trató de hacer la expulsion de todos los demas que no se habian levantado; y cuando tan dichosamente la tuvo acabada, con alguna infantería de la tierra y algunas compañías de hombres de armas de las que se habian mandado juntar hácia aquellas partes, acometió la sierra, exhortándolos á que se diesen, ofreciéndoles el pasaje que á los demas; viendo que no lo admitian, la comenzó á subir, y viniendo con ellos á las manos, degolló 2.000 moriscos; los demás que quedaron se retiraron y hicieron fuertes en el castillo de Po, donde apretados de la hambre y de la sed que por espacio de nueve dias sufrieron, al fin de los cuales, miserablemente se rindieron; castigando las cabezas de la sedicion, que pretendieron llamarse Reyes, cuyos nombres y sucesos, indignos de historia, no los refiero ni los tengo por considerables para sus narraciones, y porque en otras creo se hallará esto más menudamente, cuyos reencuentros y ardides con facilidad desvanecieron las personas á cuyo cargo estaba la faccion, entregando los movedores al cordel y

al piló; los demas se embarcaron en las galeras que por órden de S. M. habian los Generales conducido á los puertos de España; llegando el número de los que salieron deste Reino á 140.000 moriscos; poniendo los ciudadanos de Valencia para memoria de los venideros y mayor gloria del Rey católico D. Felipe III, por haber con tanta felicidad conseguido esta hazaña, el suceso della en un mármol con una breve y elegante inscripcion.

Acabados de echar los moriscos del Reino de Valencia, D. Agustin expelió los del Reino de Aragon y del Principado de Cataluña, que llegaron á número de 80.000, con que se concluyó y acabó dichosamente esta accion, dejando á España limpia y desembarazada de un enemigo que tantos años habia tenido aposentado en sus tierras; mereciendo el Rey católico D. Felipe III, que le den las historias el nombre gloriosísimo de *el último Pelayo de España*, pues con celo tan verdaderamente católico arrojó los primeros y más crueles enemigos della; digo, en cuanto á esta accion, vióse sin perturbaciones y sectarios la Iglesia, la religion, estenderse y ampliarse sin miedo de que la oscureciesen horrores de torpes y depravadas costumbres; lució con mayor pureza el Evangelio; las nobles y antiguas familias de España perdieron el escrúpulo de que la limpieza de su sangre no recibiese mancha que la pudiese oscurecer; los tribunales católicos descansaron con el desahogo de tantos errores, embustes y dañadas supersticiones; volvió España á ser enteramente de aquellos que ántes fueron hijos suyos, y estos infieles volvieron á las tierras de África, de donde salieron. (1) Dichoso el dia en que se vió cumplido

(1) *Cuanto quiera que pocas acciones, si son de gobierno, dejan de ser censuradas, y todas aquellas, por la malicia y emulacion lo fueron; si en este caso pareció por entónces ser dificultoso no poder padecer ruina por la tranquilidad de espíritu que entónces se gozaba, cuando no sea lícito podernos valer de los ejemplos alegados, pongamos los ojos en el estado de hoy, en que parece que Dios miró si no á aquella era, á ésta, ¿qué fuera si á las sediciones de Cataluña y Portugal y á tantos enemigos como se nos han levantado se añadiera la general de los moriscos, quién duda que todo estuviera acabado, porque no pudiéramos*

el deseo de tantos; y dichoso Rey para cuya Monarquía estaba reservada esta hazaña. Fué, sin duda ninguna, esta expulsion su fatal estrago; muchos dellos, como digo, los desembarcados en las playas de África, donde fueron robados y muertos á lanzadas de su misma nacion, y de aquellos de quien ántes habian pretendido valerse; tan fiel castigo sigue á la infidelidad; otros, con el desembozo y desvergüenza que ántes habian tenido en sus corazones, siguieron la ley de Mahoma y militaron debajo de sus ritos y devocion; otros, dieron en tierras del turco; otros, en diferentes provincias, y muchos por Francia, que no pudieron sufrir, echándolos, maltratados, por sus puertos; muchos fueron anegados en la mar, convencidos de su traicion, pretendiendo conspirar contra los Capitanes y Pilotos que los pasaban á Berbería; otras muchas calamidades y trabajos padecieron (premio justo de sus delitos): este es el fin que al cabo de ochocientos noventa y seis años tuvo la entrada de los africanos en España por los pecados de Rodrigo, Rey último de los godos; arrastrados y echados della por las muy altas y esclarecidas virtudes del Rey católico Don Felipe III, de quien decia uno de los más graves Senadores de la República veneciana, que era en vano contrastarle, porque tenia á Dios de su parte, permitiendo que lo que habia ocasionado la deshonestidad de un Rey, lo acabase la honestidad de otro, para ejemplo de los más tentados en esta parte.

Doce años habia reposado la paz, á la sombra de la felicidad, entre franceses y españoles, alterada algunas veces de las continuas inquietudes en que vivia el corazon del Rey Enrique IV, asaltado y combatido siempre de las pasiones concebidas á la nacion española, y sin haberlas podido resfriar el ócio; los encuentros pasados las molestaban, pero la pública felicidad á que se habian dado sus pueblos con la paz establecida y jurada en ambas Coronas, hacia que el ga-

---

combatir con tantos? Demos, pues, las gracias al que fué autor de tan gran beneficio. Nota puesta al márgen del manuscrito, pero de distinta letra.

llardo espíritu de Enrique, á vueltas de su Gobierno, se dejase llevar de las blandas inclinaciones y afectuosas delicias de la belleza; entre las damas de París, la Princesa de Condé, Margarita de Memoransí, hija del Gran Condestable de Francia; esposa de Enrique de Borbon, Príncipe de Condé, sobrino del Rey, primer Príncipe de la sangre; era la que con particular privilegio de la naturaleza excedia á cuantas hermosuras han observado los pensamientos: tanto importa huir los Príncipes deste veneno; el suceso pasado nos avisa bien deste peligro, y lo que costó á España no mirar aquel Rey godo por la pureza y candidez de sus costumbres; dánse á creer que todo les conviene y que el ser recatados les hace parecer demasiadamente encogidos, y deste encogimiento, que cede en parte al ruido en que les es tan importante el hacerse temidos: falsa y engañosa proposicion; pues sin duda ninguna, es más de temer un Príncipe virtuoso, que no otro que es dado y entregado á vicios; porque el uno obedece á la rason; y el otro camina sin ella, y con facilidad pasa por los yerros y ofensas de su república, y á la larga ó corta carrera, ve su precipicio y el castigo del cielo que le alcanza, cuando más le parece que está guardado dél. Ansí le aconteció á Enrique IV: puso los ojos en la Princesa de Condé; dejóse llevar de aquella tiranía, de que no saben defenderse los más sábios; fió sus pensamientos de los más confidentes de su Casa, y como el caso tuvo su fin en traicion, comenzó en infidelidad; y ansí, los mismos á quien hizo dueños de sus secretos, esos mismos se lo dijeron al Príncipe de Condé, su marido. La potencia de un Rey hará recatado y aun medroso al más confiado: comenzó á recelarse el Príncipe y aun á poner el cuidado que en caso tan importante debia; pues no sé yo que haya otro mayor; vió al Rey muy alentado, y por eso, desconfiado de poderse defender, pensó en el remedio, y acomodándole con sus fuerzas, tomó la resolucion que en tal trance le fué más conveniente: fingió querer llevar á la Princesa á un lugar suyo ó á alguna recreacion de la caza, fuera de París, donde entretenerse algunos dias; hízolo, y teniéa-

dola ya fuera, siguióle el Rey los pasos y entróse en el lugar, rebozado el rostro y subido en un caballo; los confidentes que cerca de la Princesa tenia, le avisaron que habia sido sentido del Príncipe, el cual andaba con mucho cuidado, y para sosegarle convenia que se volviese; el Rey obedeció el consejo, y volviendo las riendas al caballo se tornó á París. El Príncipe, con estas diligencias del Rey, cada dia se hallaba más desconfiado; hizo poner un coche, y una noche, con el mayor silencio que pudo, sin dar cuenta á ninguno de sus criados, puso á la Princesa en él, y ambos juntos, con la mayor diligencia que pudieron, se entraron por las tierras de Flandes, y en pocas horas en Bruselas, corte del Archiduque, habiendo de una corte á otra 64 leguas. Ampiráronse dél, y transcendiendo el accidente, se pusieron en sus manos; y él, como Príncipe tan generoso, los recibió y acogió debajo de su proteccion y grandeza. Cuando el Rey llegó á tener aviso desto se le alteró la sangre y se suspendió; divulgóse en París el caso, y tomando acuerdo en lo que habia de hacer, por su Embajador envió á pedir al Archiduque se los volviese, y no acogiese en su casa vasallos que habian caido en su desgracia; el Archiduque respondió que no podia desfavorecer á los que se amparaban dél, pues ya sabia que esto era cosa muy recibida entre los Príncipes, y más quien tan bien sabia nunca descaecer de sus obligaciones; que la persona del Príncipe de Condé era tal, como se sabia, y de los primeros de Francia, y que así merecia se le hiciese buen pasaje. No agradó al Rey esta respuesta y resolucion del Archiduque: las inquietudes y revoluciones pasadas se comenzaron á remover en su imaginacion, y con ellas á levantar grandes máquinas; acordábase de las guerras pasadas, cuando el Archiduque le ganó las plazas en la Bretaña y Picardía; la contradiccion que esta Corona le hizo cuando se opuso á la de Francia; revolvió ansimismo aquel tema envejecido del derecho al reino de Navarra y á Nápoles; la codicia del estado de Milan; y como aquel espíritu era belicoso y guerrero, con facilidad convirtió el ódio en venganza y se dispuso á alterar

la paz de la Europa, que él mismo, con tantas veras, años ántes habia solicitado, y con esto resolvió de levantar un ejército; comenzó á disponerle y á nombrar los oficios principales para él, como Generales de la caballería, de la artillería, de Maestres de Campo y Capitanes, y á prevenir la artillería, municiones y vituallas, y á disponer el humor de algunas provincias neutrales y vecinas adonde alojarse; envió á solicitar algunos potentados y repúblicas rebeldes y soberanas para que se ligasen con él; comenzó ansimismo á concitar todos los mal afectos á esta Corona para el mismo intento; el principal destos fué el Duque de Saboya, sujeto muy parecido á su condicion, más amigo de la discordia que de la paz, y como potentado, deseoso de ensanchar sus límites, ora sea por Italia, ora por Francia, segun viese á cada Rey destos más falido en sus fuerzas. Cuando las alteraciones de Francia, pretendió, como las cosas andaban en division, aprovecharse de la ocasion; pero Enrique, por mano de Mr. de Lesdigueires, presto tomó satisfaccion dél, y fué menester que le amparasen las fuerzas de España, á cuyo sagrado se acogió, y en quien libró que no le tomasen sus tierras, como lo hizo tambien en el del Emperador Cárlos V, en cuyos hombros escapó de otra tan peligrosa tormenta; ahora, como en España no dejaron tomar á sus hijos toda la mano que él quisiera para sus designios é intereses particulares, le pareció ésta sabrosa ocasion para derramar su ponzoña; habiéndolo solicitado ántes por sí mismo en París, con gran desautoridad de su persona; bajándose á hacer sumisiones afrentosas, todo á fin de alterar la paz destas dos Coronas, y dar á entender que es tan prodigioso en la conveniencia que cada uno le ha menester, ya valiéndose de los socorros de España contra Francia, ya de los de Francia contra España. Desto se rió muy bien D. Felipe III y todos los de su Consejo, y ansí le despreciaron; y hubiera sido más acertado cuando la guerra del Piamonte sobre el Estado de Monferrat, no contemporizar con él ni ir con pretexto solamente de mostrarle las armas, sino hacerle la guerra á sangre y fuego, y destruirle y acabarle, y no volverle á

Vercelli, aunque intercedieran por él todos los Príncipes de la Europa, ni la persona del Pontífice; si D. Felipe IV se la tomara, yo fio dél y de la condicion de sus ministros, que no se la volvieran; porque le tenian muy buena gana de castigar su mala intencion. Finalmente, solicitó Enrique á los venecianos, que como son gente que saben poco de la espada, buscan á los franceses por sus caudillos, pues el dia que los viesen en Italia se valdrian de nuestras armas contra ellos; y así tienen por materia de Estado ligarse con Francia, teniendo siempre por enemigos al más vecino. Los holandeses, claro está, que no habian de despreciar la proposicion de la liga, siendo el que los llamaba á ella el mismo protector de su infidelidad y desobediencia; y áun de aquí se originan los castigos grandes que Dios envia á los Reyes que siguen esta inclinacion. Efectuó y capituló la liga Enrique con los que habemos dicho. Todos previnieron las armas y se apercibian para la guerra; muchos querian ocultar el intento y paliarle con la disimulacion, procurando desvanecer con ardides engañosos á los más atentos: empero, bien se dejaba entender el diseño; el ejército estaba ya levantado, prevenido y armado; el cual se componia de 6.000 suiceros y 14.000 caballos, con otros 20.000 hombres que se les juntarian, gobernados; entretanto que el Rey tomaba el baston, por el Duque de Nivers, el cual le tenia alójado en Sciampaña como Gobernador de aquella provincia y Coronel de la caballería ligera; el Duque de Roan mandaba los suiceros; envió á reconocer los puestos y pasó del rio Semoy, para prevenir el tránsito de su ejército; en esta parte, y en Colonia y el país de Lieja, tenia dispuesto el hacer plaza de armas para los suyos, tratando con las ciudades principales del socorro de las vituallas, y no moverse del país sin primero tener aquellos puestos fortificados de caballería y de infantería: el designio era entrarse por los Países-Bajos y ponerlos en libertad, como si sus señores naturales no fueran legítimos y verdaderos poseedores dellos; y lo mismo pensaba hacer de las ciudades de Cleves, Juliers y sus tierras, y pasar á Alemania y hacerse

coronar Emperador de romanos; bajar á Italia y tomar el Ducado de Milan y el Reino de Nápoles. Bien discurrido estaba si fuera fácil; soldado era Enrique, pero bien conocia el valor y fuerzas españolas, ni habia mucho que acababa de experimentarlas y de sufrir su rigor y fatiga. Los que quieren con particular emulacion á la gloria de España, afectar esta prevencion de armas; quieren casi dar por muerto su poder y valentía, sin atender que muchos siglos eran pocos, cuanto y más doce años que solamente habian pasado, en que en la retirada de Lan no se atrevió á envestir á D. Agustin Mejía, viniéndole á buscar en persona, superior en gente; y si hablaran las heridas de su cuerpo, dadas por nuestros españoles, pudieran enmudecer á los mordáces, y tanto número de victorias de que están llenos los archivos, nos excusan de dar satisfaccion á la envidia, pues con su orgullo no se aseguraba su corazon, y si nos le mostrara, viéramos en él su arrepentimiento á lo comenzado. Aguardábale el Marqués Spínola á las fronteras de Flandes, al paso del rio Semoy, con 20.000 hombres, escojidos, soldados viejos y bien disciplinados: el Rey mirara bien como presentaba la batalla; y si se ponia á sitiar, muchos ejércitos eran pocos para conseguir alguna de las plazas fuertes de los Países. En Lombardía le esperaba D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, con otro ejército no ménos poderoso; el cual, dando prisa á sacar la gente de los presidios, daba órden á los Capitanes para marchar y levantar otro de nuevo; diciendo, que ántes que se meneasen les queria tomar una plaza. Bien le constaba á Enrique que el Conde de Fuentes lo sabia hacer, por las muchas que le habia ganado, y bien enterado estaba de su valor, siendo uno de los más esclarecidos Capitanes que han conocido las armas: á estos apercibimientos, con cuidado habia menester andar quien se opusiese á ellos.

Este estado tenian las cosas cuando el Rey de Francia, por dejar mejor aseguradas las del Gobierno y de la sucesion, trató de coronar á la Reina ántes de su partida; dió órden á los Magistrados de París para que previniesen las cosas to-

cantes á la ceremonia; las prevenciones y aparatos fueron notables; de suerte, que el jueves, á 13 de Mayo deste año que escribimos, en San Dionisio, coronó á la Reina; y concurriendo á este acto D. Íñigo de Cárdenas, Embajador del Rey católico en aquella Corona, habiendo tenido sobre las cortesías algunas palabras con el Embajador de Venecia, pareciéndole á D. Íñigo que se le negaba lo que se le debia, no pudiendo sufrir, como buen español, levantó la mano y se la puso en el rostro al de Venecia; presagio en que parece que comenzaba esta Corona á tomar satisfaccion de sus enemigos, y de aquel Senado revolucion del mundo; finalmente, entre la pompa y ceremonias nupciales desta coronacion, entre los triunfos y aparatos della, entre los arcos, estátuas, inscripciones doctas y geroglíficos, hechos en honra y solemnidad de esta fiesta, le andaba buscando la muerte á Enrique; infelicidad grande del estado real, la cual estaba ya introducida ántes que ejecutada en las ideas de los hombres. Siempre fué asaltado y perseguido este Príncipe de los horrores de su sombra en los progresos de su vida; muchos se conjuraron contra él, y por providencia divina se libró de todos, sin embargo de que le estaba pronosticado que habia de morir alevosamente en una carroza: últimamente entró en deseo, despues de la coronacion, que fué á los 14 de Mayo, de pasear las calles de París y ver los triunfos y los arcos que estaban fabricados para la entrada de la Reina María de Médicis; y habiéndole prevenido que aquel dia no saliese, y habiéndolo despreciado; bajó de su palacio, y tomando la carroza, se entró en ella á las tres y tres cuartos de la tarde, mandando le acompañasen algunos Príncipes de la sangre y otros señores: puso á su lado derecho al Duque de Epernon, en el estribo de aquella parte al Mariscal de Lavardin y Roque Laure, y en el izquierdo al Duque de Monthazon y al Marqués de La Force, y en la proa á Liancour y al Marqués de Mirabeau.

Á este mismo tiempo el regicida le estaba viendo poner en la carroza; era este hombre francés, natural de Angulema, su

nombre Ravaillac, de estado humilde y plebeyo; unos le dan por oficio escribano, y otros que era maestro de enseñar niños; hombre tenido, en la opinion de los que le conocian, por perdido y desbaratado; fué algun tiempo religioso, y por la debilidad del juicio salió della, porque algunas veces tocaba en furor; la melancolía y el humor diabólico de que estaba compuesto, le hacia discurrir temerariamente y recibir todas las impresiones que le dictaba su fantasía, con que se dió á pensar si el Rey era cristianísimo y legítimo de Francia, y si era pecado ó no matar un tirano. Con estos pensamientos habia ido y vuelto muchas veces de Angulema á París, y consultado con algunos religiosos el caso; los cuales le habian procurado disuadir dél por espacio de tres años en que habia alimentado en su pecho el pensamiento de matar al Rey; la última vez que volvió á su tierra, estuvo un año en la cárcel por homicida, donde se le ofrecian varias visiones y discursos sobre lo que tenia pensado, apretándole y resolviéndole á la ejecucion; saliendo de la prision, volvió á París, y buscando ocasion, se la puso en las manos el tiempo. Estaba siempre á las puertas de Palacio esperando á que el Rey saliese, para en sus puertas ejecutar el golpe; oyó preguntar á él mismo desde un balcon si estaba abajo su carroza; el cual, oyendo esto, dijo entre dientes: «tu sales, despachado eres;» viendo este hombre puesto al Rey en la carroza, con ánimo de acometerle allí, si no se lo hubiera estorbado el Duque de Epernon embarazándole el lugar que en su imaginacion habia preparado; y porque veamos que los secretos divinos no los penetra ni alcanza ingenio humano, y que aquella soberana voluntad no la contrasta ni puede escudriñar el entendimiento del hombre, ni impedir su determinacion, sale el Rey, repugnando á los avisos de su corazon, oráculo secreto de las buenas ó malas fortunas; resiste á la voluntad de la Reina; manda que no le sigan sus guardas, y que le abran por todas partes la carroza; quítase la capa para descubrir mejor el costado; si pasa de aquel dia, aquel hombre mostruoso tenia intento de volverse á su tierra por la falta del dinero, de que

solamente le habian quedado ocho reales para su gasto; y con estos presagios y en esta forma, parte por las calles de Paris, y en su seguimiento el delincuente, terciada la capa, y con el cuchillo destinado para aquel delito en la mano, ocupado el entendimiento y el corazon de rabia y fuego infernal. El Rey llegó á la calle de la Ferronerie, y embarazándole el paso una carreta cargada de heno, y apartándose dél los criados que le acompañaban, y discurriendo con los que iban en su carroza de un diseño que habia hecho uno de sus Capitanes para el paso de su ejército en un puesto dificultoso; el regicida se subió en una rueda de la carroza, y ofreciéndole el Rey buena comodidad para ejecutar el golpe, porque le descubió todo el costado, le dió dos puñaladas; y pensó darle otras muchas, pero el Duque de Montbazon recibió la tercera en la manga del jubon; sintiendo el Rey la primera herida, levantó el brazo y dió para la segunda mayor comodidad, y dijo: «yo soy muerto;» y ejecutó tan presto la segunda, que apénas pudo acabar esta palabra: el Duque de Epernon y los demas que iban con él acudieron luego á decirle que se acordase de Dios; cercó la multitud del pueblo la carroza, y comenzaron todos á cubrirse de terror y asombro; uno de los Gentiles-hombres que iban con él, sacó la espada y acometió á matarle, á lo cual acudió el Duque de Epernon diciendo á voces que no lo hiciese, que le haria cortar la cabeza, que el Rey estaba bueno; quitáronle el cuchillo y pusiéronle en manos de quien luego le llevó á la prision; muchos señores acudieron luego á la guarda de la Reina y del Delfin; la confusion fué notable; de suerte, que si aquel hombre arrojara el cuchillo de la mano, fuera imposible conocerle; tal era la turbacion del pueblo. El Rey fué conducido á su Palacio, y sacándole en hombros los que iban con él, le pusieron en su lecho. El sobresalto y lágrimas de la Reina y sus hijos fué sin encarecimiento, notable; todos los Príncipes y señores de París acudieron luego á Palacio y cubriéndose sus corazones de espanto y de tristeza, trataron de dar sepultura al Rey muerto, que pocas horas ántes trataba de guerras y armas.

El Rey fué embalsamado; y hallándose presentes á este acto todos los médicos y cirujanos más doctos de París; y considerando la herida, dijeron que si el cuerpo del Rey hubiera sido transparente á los ojos de aquel homicida, no le pudiera herir en parte más mortal ni que más presto le acabase la vida. El corazon fué entregado á los Padres de la Compañía para que lo llevasen á la Fleche, lugar donde habia nacido; y el cuerpo se llevó á San Dionisio, donde se le dió sepultura conforme á la pompa y majestad de aquel Reino.

La nueva de tan estupendo caso se extendió luégo por todo el orbe; los Príncipes de la Europa se maravillaron y recibieron pavor; los enemigos temblaron, viendo desbaratados sus intentos y frustrada y deshecha la liga, que tan amenazada tenia las Provincias, como si España no estubiera enseñada á romper y consumir ejércitos, y hollar Capitanes y arrojar Reyes no ménos belicosos que Enrique, ni de ménos nombre y fama. El Duque de Saboya perdió el sueño y el comer; habiendo tenido por ofensa grande que un cierto Embajador, cuando supo esta nueva dijo, que verdaderamente Dios amaba á la casa de Saboya, pues sino sucediera esta muerte, quedaba su casa arruinada: sintióla el Archiduque y todos sus Capitanes que deseaban medir las picas con él; sintióla el Marqués Spínola, codicioso de lograr su fortuna en la campaña, donde ya le estaba esperando; sintióla el Conde de Fuentes, que deseaba añadir á los triunfos pasados nuevas victorias alcanzadas sobre los ejércitos de Enrique, y morir colmado de las glorias que le prometian sus hazañas; poniendo en su sepulcro por últimos trofeos, los lirios de Francia; sintiéronla los españoles, porque querian más pelear con él, ántes que con otro Capitan, porque les sabia dar fama y acrecentar valor su osadía; y deseaban volver á aquel tiempo en que les dió tanta reputacion, cuando no osándolos envestir en la retirada de Lan, no se hartaba de alabarlos toda aquella noche, y cuando en otras infinitas ocasiones dijo, los queria más para amigos que enemigos, y otros encarecimientos á este paso,

que refieren las historias; la gloria otresí, que consiguieron con las plazas de Cambray, Amiens, Cathelet, Lafera, Han, Montulin, Blabet, Dorlans, Lacapela, Calés y Ardres, y otras importantes que con sumo valor le ganaron. La nueva de esta muerte halló al Rey católico en la villa de Lerma, ocupado en prevenciones de armas y en celebrar con fiestas el favor que Dios le habia hecho enriqueciéndole con una de las prendas de su mano, que cada año acostumbraba á darle, de una Infanta, que nació á 24 de Mayo á las doce de la noche: el Rey quedó suspenso y todo su Palacio, sintiendo con admiracion el suceso fatal de Enrique. Con este sentimiento hizo levantar un solemne túmulo en la iglesia mayor de aquella villa, donde cubierto de luto el Rey y toda su Casa, se celebraron las honras; diciendo la misa el Cardenal de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, con una elegante oracion ó panegírico que en honra de sus virtudes y proezas hizo D. Alonso Manrique, Arzobispo de Búrgos; enviando por Embajador á Francia, para que significase el sentimiento, á D. Gomez Suarez de Figueroa, Duque de Feria.

Concluidas en París las exéquias del Rey muerto, las personas á cuyo cargo estaba la administracion de la justicia, trataron luégo del castigo del delincuente, y de inquirir y penetrar si en esta muerte alguno de los Príncipes de la Europa habia puesto sus inteligencias y estaba culpado en ella; y por más que que la industria humana puso en esto su diligencia, ni por la confesion del hombre, ni por otros caminos, se pudo saber más de que, incitado de su locura, y el ver que aquel ejército que se habia levantado no se enderezaba contra los herejes, y que muchas veces habia tenido pensamientos de decírselo al Rey, y que desterrase y destruyese los hugonotes de sus tierras (no iba el hombre muy descaminado en esto); finalmente, preguntándole quién le habia dado éste consejo, respondió que no les tocaba á ellos saber aquello; y remitiéronle al tormento, donde siendo sin piedad y misericordia apretado, no se le pudo sacar más de que él sólo, sin intervencion ni consejo de persona humana, habia cometido

aquel delito. Con todo eso, no era posible persuadir al pueblo á que aquel atrevimiento no tenia otro instigador que su locura y el demonio; y por esto, no podian sufrir que el Parlamento procediese jurídicamente en el castigo: deseaban que se les entregase para hacer dél, á su voluntad, y ejecutar en su cuerpo todo género de rigor y crueldad; muchos se ofrecian á inventar castigos en que estubiese padeciendo muchos dias; pero arbitrando los Jueces la pena, conforme á las fuerzas de hombre mortal, y estando ya desengañados de que éste, solamente por su temeridad, habia sido el agresor de aquel delito, pronunciaron sentencia en que le daban por reo de lesa majestad divina y humana, cometido en la persona de Enrique IV; que puesto en un carro, desnudo, en camisa, fuese llevado á la puerta principal de la iglesia de París, y poniéndole una hacha encendida en la mano, de peso de dos libras, diga á voces y declare, que impía y celeradamente cometió el referido pésimo parricidio, y muerto al Rey, dándole dos puñaladas en el cuerpo, de lo cual pide á Dios perdon, al Rey y á la Justicia; y que desde allí, conducido á la plaza de Greve, sea atenaceado en los pechos, brazos, muslos y pantorrillas, y que la mano derecha, teniendo el cuchillo con que cometió el delito, sea abrasada con fuego de azufre; y que en las partes del cuerpo donde fuere atenaceado, se le eche plomo derretido, aceite y pez, azufre y cera hirviendo, y por el consiguiente, fuese su cuerpo atado á cuatro caballos y despedazado dellos, y sus miembros y cuerpo abrasados en el fuego; y estando convertidos en ceniza, sean arrojados á los vientos; que todos sus bienes adquiridos sean confiscados por el Rey; que la casa donde nació sea derribada, y que en lo porvenir no se fabrique en aquel sitio; que sus padres salgan del Reino á público pregon, sin poder volver más á él, pena de ser ahorcados y hechos cuartos: prohibe ansimismo á sus hermanos y deudos, poder usar del apellido de Ravaillac; mandando, debajo de las mismas penas, que le mudea en otro, y que de nuevo sea conducido al tormento para que revele los cómplices.

Esto se ejecutó como lo habia pronunciado la sentencia, y apretándole más en el tormento, nunca confesó más de lo que tenia dicho; siendo las voces acusadas de los dolores mucho mayores que las del primer tormento; sacáronle en el carro dicho, en camisa; y poniéndole la hacha en la mano, delante de la iglesia, hizo la enmienda que se le habia ordenado; últimamente le llevaron á la plaza, y subiéndole en el tablado, traspasándole la mano con un cuchillo, se la abrasaron con azufre; atenaceáronle y echáronle en las heridas los materiales sobredichos del plomo, aceite, cera y pez hirviendo; preguntándole todavía que declarase los inducidores del delito, á la cual pregunta y verdad, anteponia los remedios de su salvacion, si tenia que declarar más de lo dicho; últimamente, ya que su cuerpo estaba en estado que no hallaban en qué trabar las tenazas, le ataron los piés y las manos á los caballos, y quedó su cuerpo despedazado en cuatro partes; el pueblo, en este punto, no pudo contenerse del furor y rabia que le concitaba el corazon, y arremetiendo aquellas miserables reliquias que habian quedado, las arrastraron con grande alarido por las calles, hasta que juntando varias hogueras en diferentes partes de la ciudad, las abrasaron y encomendaron sus cenizas al viento; centro en que desaparecen todas las cosas, que con particular estudio de la naturaleza juntó la vida humana; y desta suerte acabó Enrique IV, Rey de Francia, maravilloso Capitan, y que supo hacerse Rey por su espada; más no que supo librarse de la traicion que cayó sobre su persona, porque ésto estaba reservado á más alta y soberana inteligencia; y aquel, la ignorará, que no le consagrare religiosamente sus acciones. Quedó la Reina por Regente en el Reino, y aunque acudió el Embajador de España á intentar no se hiciese el socorro á Juliers; sin embargo, le pareció cosa necesaria seguir el intento, paliando el socorro para cubrir las demas cosas que ántes estaban tramadas, y que ya habia desvanecido la muerte de Enrique; y que creyese la Europa que aquellas tan grandes prevenciones de armas no se encaminaban á otra empresa que á la de

Juliers, y á poner en aquellas provincias los Príncipes pretensores, sus coligados. Hizo venir á París á la Princesa de Condé y al Príncipe que se habia guarecido en Milan; y al Mariscal de Jastres, que con 12.000 soldados se encaminase hácia aquellos países, en consecuencia de lo tratado, asegurando desta manera las sospechas que los Generales de Italia y Flandes habian concebido, y serenar por este camino los ánimos de los Príncipes confinantes á sus tierras; hizo el Archiduque, con la partida desta gente, arrimarse sus guarniciones hácia las fronteras de Cleves y Juliers, porque sabia que Mauricio no esperaba para marchar más de que se le juntase la gente francesa, para ir en socorro de la pretension del Marqués de Brademburgue y ponerle en la posesion de aquellos Estados, porque los naturales pretendian mantenerse en su libertad; por otra parte, el Emperador hacia sus protestas á todos los Príncipes imperiales que estubiesen á derecho; la faltà de hombre en la dignidad ponia intermision y flojedad en la obediencia; ántes aguijaba al atrevimiento; para lo cual, los afectos á la Casa de Austria y los Archiduques, sus parientes, por una parte, y los mal afectos por otra, convocaban sus juntas en diferentes partes, no habiendo de ser en ninguna, no permitiéndolo de otra manera las leyes cesáreas, que áun hasta en esto se perdia el decoro á la dignidad (1). Encaminábanse, pues, todos á remediar estas cosas, y áun con siniestros intentos, de los que atrás dejamos referidos; los enemigos, alentados con las prevenciones francesas, y los amigos, por oponerse á ellas; que todo lo dejó frustrado la muerte del movedor, creyendo los últimos que se extendia á más que lo de Juliers sus pretextos, con que desapareció la fantasma, que los accidentes humanos resolvieron en humo al cabo; sabe Dios si áun viviendo todos parára así; el desengaño hizo á unos y otros encaminarse á diferentes cosas; los

---

(1) *Quien quisiere saber este caso más latamente, lo hallará en el Cardenal Bentivollo, en sus Relaciones de Flandes.* Nota puesta al márgen del manuscrito, pero de distinta letra.

malos por encubrir su intencion, y los buenos por encaminar las del Imperio á mejor fortuna. La faccion protestante, en que se incluian el Elector de Brandemburgue; el Obispo de Straburgue; Joan, Príncipe palatino de Neuburgue, y otros Príncipes Diputados de ciudades y provincias protestantes, juntos en Alés, dando diferente color al suceso, publicaron un escrito en que decian no encaminarse aquella congregacion contra la obediencia debida al Emperador, ó contra algun Estado del Sacro Imperio; ántes á la conservacion y sosiego público (capa con que acometen todos sus atrevimientos), y poner en los estados de Cleves y Juliers el verdadero sucesor. Estotra junta que poco ántes se habia convocado en Virtebourgue, en la Franconia, para levantar poderoso ejército contra los intentos de Enrique; en que se contenian los Electores, Príncipes y ciudades que mantenian la voz y obediencia del Emperador; desembarazados desto, pasaron á Praga, de Bohemia, exhortados por el Embajador del Rey católico, y allí hizo que los Electores de Colonia, Maguncia, Sajonia, los Archiduques Maximiliano y Ferdinando, el Duque de Branruyc, Filipo y Luis de Hessia, los Diputados de Tréveris y Baviera, y otros Príncipes, tratasen de las cosas concernientes á las alteraciones de Alemania, y todas sus necesidades, y de la manera que todo se podria pacificar y reducir á union y templanza, y de que Matías entrase en la obediencia de su hermano y restituyese los títulos y derechos de los reinos y provincias de que se habia hecho coronar; ejecutólo ansí la Dieta, y obligado Matías por algunas exhortaciones, hizo por sus Embajadores renunciacion de todo lo atrás referido, y de la Hungría y Austria, de que se habia empadronado; empero, él se quedó, sin embargo, con la posesion de todo, porque no hallaban fuerzas en la cabeza para pasar más adelante; entretanto, Mauricio, siguiendo la devocion de sus coligados y parciales, con las fuerzas que tenia, que ya le habian llegado de Francia y de Inglaterra, á 28 de Julio deste año, hizo alto en Nuys, puesta á cuatro horas de camino de Colonia, y encaminándose

desde allí á Juliers, plantó la batería y la ciñó de reductos y trincheras; no sin gran sobresalto suyo por las fuerzas del Archiduque Alberto, que como Príncipe de la Casa imperial, no le hiciese alguna entrada, sin embargo de la tregua capitulada por los Estados rebeldes; empero, el Archiduque y el Rey católico lo dejaron de hacer hasta su tiempo, por causas que lo impedian, y se la sacaron de las manos, como adelante nos lo dirá la historia. Finalmente, las baterías plantadas, y apretada sumamente, á 2 de Setiembre, la rindió el Gobernador Rauschemberg con honradas condiciones; con lo cual, y otra plaza, entregó Mauricio el Estado á los protestantes, y se volvió con su gente á Holanda, como lo hicieron los de Inglaterra y los demas auxiliares, y el Mariscal de Jatres con la suya muy apriesa; pareciéndole al Parlamento francés habia dado entera satisfaccion al mundo de lo que pocos meses ántes se habia pensado, y que habia bastado esta capa para deslumbrar y cubrir sus trazas, que tan apriesa desbarató la injusticia de la empresa; esta mancha quedará siempre sobre su rostro; la que ellos pensaron, gracias á la Majestad Divina que no cayó sobre España, harto apuraron y exprimieron el desengaño; en la religion y candidez de ánimo de nuestros Príncipes, no caben pensamientos tan libianos, ni áun por sueño. Hizo la Reina coronar á Luis en Reims, siendo ungido por mano del Cardenal de Joyosa, con la grandeza que en tales casos suele ostentar la nacion francesa, y como nos describió la pasada, Pedro Mateo, cronista del Rey cristianísimo.

Habiendo el Rey católico cumplido con la obligacion de las honras de Enrique IV, trató de que se baptizase la Infanta, para cuya solemnidad habian concurrido á la villa de Lerma muchos Prelados y Grandes señores de España; habíase llegado por este tiempo el Jueves, 10 de Junio, dia en que celebraba la Iglesia la institucion sacrosanta de la Eucaristía, y pareciendo apropósito para solemnizar y administrar el baptismo á la Infanta; convocados todos los sacerdotes, cruces y estandartes de los once lugares que contiene la jurisdicion de la villa de Lerma; adornadas todas las calles de ricas tapice-

rías de oro y seda, y otras preciosas colgaduras de brocado y telas, con todas las demas cosas convenientes á tan solemne dia, y que suele arbitrar la piedad y celo católico para hacerle más festivo; el Rey, desde Palacio, suntuoso edificio y magnífico de la casa de Sandoval, por un pasadizo que cae á un parque de maravillosa amenidad, y donde la vista con mayores delicias se dilata á más desplegados horizontes, ceñido y rodeado del rio Arlanza, que se va dilatando por aquellas vegas y campiñas, abundantes de mieses, caza, pesca y frutas; últimamente, por este pasadizo pasó S. M. aquella mañana á la Iglesia Mayor, edificio ennoblecido con los vestigios antiguos y modernos, en que se ha esmerado la arquitectura. Allí, con toda la solemnidad de su Casa y corte, de muchos Prelados, Prebendados y música, oyó la misa mayor, y acompañó por las calles al Santísimo Sacramento; cuya devocion tiene hoy exaltada su Casa sobre todas las mayores del orbe, y exaltará las demás que siguieren tan religioso celo; como, por el consiguiente, abatirá las que no le tuvieren: finalmente, á la tarde, en un monasterio de religiosas de San Francisco, descalzas, cuya advocacion es de Santa Clara, fundacion del Duque de Uceda, primogénito del Duque de Lerma; con grande pompa y solemnidad, siendo padrinos la esclarecidísima Infanta Doña Ana y el Duque; baptizó á la Infanta el Cardenal de Toledo D. Bernardo de Rojas y Sandoval, dándola por nombre Margarita Francisca; la cual, si no malograra la muerte su vida, en pocos años fuera de las más hermosas Princesas que hubieran visto los siglos; pues en los pocos que vivió, fué admiracion de aquellos tiempos, y por quien más justa y verdaderamente se podia esperar y prometer lo que en las historias fabulosas se cuenta.

En tanto que el Rey católico pasaba los meses del verano en Lerma; el Príncipe adoleció de unas rigurosas calenturas, en Aranda de Duero, y agravándose con peligrosos accidentes la enfermedad, SS. MM. pasaron á Ventosilla, casa de recreacion del Duque de Lerma, y que está á dos leguas de Aranda; muy apropósito para pasar en ella el mes de Octubre, por la

mucha caza de venados y javalíes que en un monte muy espeso tiene hácia la parte del Mediodia; el Rey católico, por atender á la salud del Príncipe, pasó á Aranda; y allí, los remedios humanos y divinos, aunque á larga carrera, le dieron salud; habiéndose hecho muchas plegarias y sacrificios por ella en todos los Reinos, como cosa tan deseada y de importancia: finalmente, viendo ya mejorada la salud del Príncipe, aunque no para ponerse en camino, y que el tiempo estaba ya muy adelante, porque se acercaba el mes de Octubre; recelando por esto que no se cerrasen los puertos de Castilla con la nieve y los malos temporales, y por acudir tambien, como prudente Príncipe, á la corte y al despacho de sus Consejos, dejando al Príncipe al cuidado y regalo de los criados que le asistian, partió á Madrid, y desde allí, por Noviembre, al Pardo á esperar al Príncipe, de que ya tenia aviso que su salud le tenia en estado que se ponia en camino; esperaban los Reyes esta venida con notable alborozo y contento, porque era éste Príncipe tiernamente amado y querido de sus padres, y teniendo ya nuevas el dia ántes de su llegada, de que dormia en la Torre de Lodones, SS. MM. salieron al dia siguiente á Troja, y puestas muchas tiendas de campaña en aquella parte del monte, comieron en ellas, y á la tarde salieron á caballo á encontrarse con el Príncipe; viéronle, y habiéndose alegrado mucho con él, se fueron en su compañía hasta bien cerca de Madrid, donde le dejaron, no consintiendo que quedase en el Pardo porque no sobreviniese algun accidente que los obligase á no salir de allí, sino que en Madrid se entretuviese y se afirmase en la salud que tanto sus padres deseaban; con lo cual, y con haber entrado ya el mes de Diciembre, partieron á Madrid, donde nos llama á escribirle el año de 11, no tan dichoso para España como el pasado.

A las prosperidades que gozaba España con el feliz reinado del Rey católico D. Felipe III, ninguna otra desdicha se les podia oponer mayor, ni que más les oscureciese y deslustrase, que la pérdida fatal de la mayor señora que han tenido sus coronas, la católica Reina Doña Margarita; pues,

matrona fuerte, prudente, religiosa y sabia; hija de los esclarecidos Archiduques Cárlos y María de Austria y de Baviera, en sangre y virtud los mayores de la tierra; y despues de haberla hecho Dios esposa de un Rey, el más grande y más bueno que han tenido los siglos, y que con majestad y fortuna bajó de la Stiria, y por los países alemanes entró en Italia, servida y reverenciada de todos los Príncipes, Potentados y Repúblicas soberanas della; hospedada, agasajada, y desposada por mano de uno de los mayores Pontífices que ha tenido la Iglesia romana; obedecida con amor y tranquilidad de sus pueblos y de los mares Mediterráneos; reconocida de las costas españolas, y abrazándola en ellas como á su señora natural; y cuando la fidelidad y obediencia, y esclarecida sangre de los Príncipes y grandes señores della, tan envidiada de los Reyes de las otras naciones, se ponen debajo de sus piés para que los mande, y entra en el suave yugo del matrimonio, debajo del cual da un Príncipe y dos Infantas á España, una Reina á Francia, y otra á Hungría, para que herede la Corona imperial de Alemania, y da dos Infantas al cielo; goza próspera y suavemente los triunfos y acciones heróicas desta Monarquía; halla acojida su piedad en los corazones de los suyos, porque siendo su virtud y santidad ejemplarísima, la religion halla en ella su apoyo; el culto divino su ornamento; los pobres su sustento; las viudas su amparo; las doncellas su remedio; los hospitales salud y alivio en su necesidad; los peregrinos posada; los cautivos libertad en su clemencia; las iglesias de Castilla, que por el descuido de los tiempos estaban defraudadas de ornamentos y cálices, los hallan en la labor de sus manos y en sus tesoros; su Palacio es casa de oracion; sus Damas y criadas viven con imitacion de su ejemplo, y temen parecer delante della sin pureza de espíritu y sin aquellas virtudes, que faltando, puedan estragar su gracia; quita de las repúblicas los vicios; desea y persuade lo mejor y más útil al Gobierno; alienta y enciende á los varones santos para que introduzcan la virtud y la propongan con libertad y sin temor de respetos huma-

nos; hace hospitales en que se salve toda humana dolencia y necesidad, y erije á Dios templos en que sea reverenciado y santificado su nombre; y finalmente, ninguna más parecida en grandeza de ánimo, constancia, piedad, religion y celo católico, virtud y esclarecidas costumbres, que á la Reina católica Doña Isabel.

Á los principios deste año, y en este piélago de virtudes, la halló preñada el pensamiento de fundar un convento, á quien deseaba santificar su corazon, y que fuese el depósito de todas sus grandezas y esperanzas, con intento de poner en él las hijas de los criados de su Casa, que por falta de los dotes carecian deste remedio. Acordóse de aquella antigua memoria que dejó fundada la Infanta Doña Isabel, mujer del Archiduque Alberto, que la instituyó y fundó con este propósito, de monjas recoletas agustinas: confirió este pensamiento con su devocion y con algunas personas religiosas, las cuales aprobándosele, resolvió la determinacion, y ordena que en la casa del Tèsoro, que está arrimada á Palacio, se dispusiese en sus cuartos una habitacion y morada religiosa, entre tanto que se labraba convento tal, que pareciese hijo de su devocion y magnificencia. Hízose así, echando mano de la madre Sor Mariana de San José, para Priora y fundadora; y estando ya la casa del Tesoro en disposicion de poderla habitar; ordenó á Doña Ana de Mendoza, Duquesa del Infantado, que las trujese á la clausura fabricada. Hízolo con grande solemnidad y acompañamiento; y teniéndolas cerca de sí, se desvelaba y cuidaba con notable celo, de todo lo que habian menester; y que en aquella pequeña morada tuviese tanto lustre y explendor el culto divino y veneracion de los santos, como en San Lorenzo el Real, del Escorial. Conseguida ya esta obra, se trató luégo de labrar el convento; y hecha la traza por personas versadas y entendidas en el arte, se hizo eleccion de aquel sitio, que antiguamente se llamaba el Campillo de Doña María de Aragon; cuyas vistas sojuzgaban los jardines y huerta de la Priora, para que con un pasadizo que se echase, desde Palacio poder comunicar y abrazar el convento. Dispúsose

ansí, y echáronse los cordeles; y abriendo muy hondas zanjas, en este año, á 10 de Junio; el Rey y la Reina, con toda la majestad de la corte, vinieron al colegio de Doña María de Aragon, para poner en la obra que se habia de hacer, la primera piedra. Habíase plantado en aquel sitio el dia ántes, una cruz, como lo ordena el ceremonial romano, y poniendo en aquella parte un sitial para el Rey, y otro para el Cardenal de Toledo, D. Bernardo de Rojas y Sandoval, en la frente de un altar que allí se habia levantado; S. M. salió del convento de Doña María de Aragon, y esperándole el Cardenal; hechas las ceremonias que en tales actos se acostumbran, pareció la piedra sobre un bufete, en medio de la cual estaba abierta una concavidad á manera de caja, que tenia una vara de larga y una tercia de ancho, con una caja de plomo dentro y una lámina de metal, con la inscripcion siguiente:

«Perpetúe Dios esta obra consagrada á la Anunciacion de la Madre de Dios, la Vírgen María; fundada por la Reina Margarita, muger muy amada del Rey católico de las Españas, Philipo III; enriquecida con gran magnificencia, y dada por morada á las monjas Augustinas recoletas el año del Señor de mil seiscientos y once, el séptimo del pontificado del Papa Paulo V. Don Bernardo de Rojas y Sandoval, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma y Arzobispo de Toledo, puso la primera piedra á diez y siete de Junio, etc.»

Pusiéronse en esta caja tres medallas grandes de plata; una del Rey católico, Felipe III, que retrataba su rostro, y otra de la Reina, y la tercera que contenia ambos retratos; echóse ansimismo un doblon de á ocho, otro de á cuatro, de á dos y sencillo, con otras muchas monedas y medallas de los demas metales, y tocándola con la mano el Cardenal, la entregó á los artífices, que la bajaron al cimiento del arco toral, hácia la parte del Evanjelio, que cubrieron de materiales luego al punto, dejando en ella depositada su memoria para la posteridad. El Rey, conseguida esta ceremonia, volvió donde le esperaba la Reina, con escesivo contento de ver ya puesto en obra su intento; trató luego por medio de los

Secretarios y Embajadores, que viniesen de todas las provincias de la Europa los hombres más eminentes en el arte de edificar, de labrar las piedras y de la arquitectura y escultura que hubiese en ella; que se trajesen los jáspes, mármoles y alabastros más preciosos de sus nacimientos; las telas y brocados de Florencia y de Milan; los cristales de Alemania, para fabricar relicarios, cruces y candeleros; los mejores bordadores para los ornamentos; los pintores de más fama de Roma; y finalmente, para el cumplimiento de su fábrica y perfeccion, todos los hombres más pláticos y eminentes del mundo, con todas las cosas más preciosas dél.

Empero, la vanidad y hipocresía de algunas personas eclesiásticas que sirven en Palacio, que con capa de religion tienen más de ambicion que de virtud; queriéndose introducir y entretener con la Reina en esta obra, por hacer del manteo muceta; gente de quien aun el turco no está seguro; y de tan peregrina sutileza, que como halcones de Noruega, hacen punta al Arzobispado de Tiro para dar en el de Sevilla, y afectando que no pretenden nada, lo ambicionan todo. Deseando, pues, la Reina que esta obra se encaminase al remedio de las hijas de los criados pobres de su Casa, para que supliendo con su Real ánimo y liberalidad las dotes que no tenian para entrar en religion, y premiar con esto sus servicios, y que por este camino consiguiesen el consagrarse á Dios y pasar á mejor vida, se hallasen remediadas; pues cuando las hijas de las casas grandes y ricas quisiesen entrar en este que ahora se edificaba, no se les cerraba la puerta, y para todas se hacia en él lugar; pues en la religion celestial, caben igualmente grandes y pequeños, y la virtud á todos empareja; y tanto es más acendrada la obra, cuanto socorre al más necesitado; debiendo atender á que aquellas les faltaba el socorro, y á éstas, por la grandeza de su casa, de donde vienen, les sobraba. Tomando el parecer destos, que con celo indiscreto presumian hacer oposicion al convento Real de las Descalzas; la aconsejaron que no se recibiese en éste, doncella que no fuese hija de gran señor; haciéndola desistir con razo-

nes falsas y engañosas, del pretexto que ántes tenia; diciéndola que con esto sería más estimado y engrandecido: como si las obras de los Reyes pudiesen ser engrandecidas de otros que dellos mismos; valiéndose de la vanidad y ejemplo de Doña Aldonza de Zúñiga, hija del Conde de Miranda, que fué la primera que tomó en este convento el hábito de San Agustin; no digo en cuanto á la accion desta Señora, que fué de mucho ejemplo y edificacion, sino en cuanto á la vanagloria que pretendieron afectar los movedores y los que la aconsejaban que esto se hiciese así. Finalmente, esta obra, que con tan heróicos principios arribaba á ser grande, y que la piedad y devocion singular de la Reina se desvelaba en sacrificársela á Dios, con pureza y perfeccion; la vanidad de aquellos con quien comunicó el órden y gobierno en que se habia de constituir y formar la casa, se la pervirtieron de manera, que no se admitiése á ella, hija de criado, sino es de los que tienen título de grandes señores; pudiendo hacerse todo cumplidamente á mayor honra y gloria de Dios, que era el fin á que se dedicaba esta obra; culpa de la Priora, pues, si la advocacion deste convento es de humildad, pobreza y descalcez, ella habia de ser la primera que apartára de sí esta vanidad y amparára los humildes, de quien ella se habia formado y tenia tanta parte.

Ardia en el corazon de la Reina el celo de salud de sus pueblos, y el de estender y ampliar la religion católica. Á la obra que habemos referido, deseaba con todas véras se siguiese otra de no ménos grandeza y importancia para el lustre y esplendor de las letras; y como su corazon y espíritu, desde su más tierna edad, se habia alimentado con la doctrina y virtudes de los Padres de la Compañía de Jesús, y como sus cuidados entre la grandeza del reinar, no eran otros que amar á su marido; criar en virtud y religion sus hijos; que su Palacio fuese instruido en Reales y generosas costumbres; que en todos sus pueblos y provincias se ejercitasen todas las obras de piedad y de justicia, y que los Ministros del Rey atendiesen solamente al acierto y buen despacho de los negocios,

y que los religiosos trabajasen por estender en el mundo la luz del Evangelio. Ansí habian puesto los ojos en fundar un colegio en Salamanca, que fuese idea y seminario de todas las buenas letras, para que de tal manera saliesen dél habilitados y ejercitados los hombres en todas ciencias, que fuesen por todo el mundo con estas armas, hasta las regiones más remotas, á dar razon á las gentes dellas, que no alcanzan lumbre de fe, de la inmortalidad del alma y de la luz de la religion; para esto determinaba hacer un seminario en Salamanca, con advocacion del Espíritu Santo, y darle 20.000 escudos de renta y 3.000 para la sacristía, y hacerle de fábrica majestuosa y grande, y alhajarle de preciosos ornamentos y colgaduras ricas, y vasos de oro; y que tuviese, entre maestros y discípulos, y otras personas para su gobierno, 300 sujetos; los 200, estudiantes, y los demas, maestros y superiores; y que de las naciones extranjeras, como de Alemania, Austria, Flandes y todas las Provincias del Norte, viniesen á estudiar á este colegio; y que en haciéndose hábiles y suficientes; volviesen á ellas á destruir las perversas sectas de Lutero y Calvino, y las de todos los demas herejes enemigos de nuestra religion, no olvidándose de las remotas y apartadas tierras de las Indias orientales y occidentales, donde deseaba que se desterrasen estas sectas, juntamente con la idolatría; habian de ser doctos en todas ciencias y artes; habian de saber la lengua hebrea, griega y todas las demas necesarias para discurrir por el mundo. Propuestas estas cosas, y tratadas con personas de virtud, letras y prudencia, si la muerte no nos la quitara tan presto de delante, las viéramos puestas en ejecucion; empero, lo que no alcanzó con la brevedad de la vida, lo acabó el Rey: finalmente, agradecida á tan altas obras y beneficios, la religion de la Compañía de Jesuitas envió sus cartas al General Claudio Aquaviva dando las gracias al Rey y á la Reina en nombre de todos, con notables muestras de agradecimiento, reconocimiento y sumision; estimando este favor por el mayor que podia suceder á su religion.

Entre estos pensamientos andaba el espíritu de esta gran Señora, y en estas obras de virtud y religion se ejercitaba, cuando á 27 de Junio partió el Rey para San Lorenzo el Real, donde ordinariamente iban á pasar los meses del verano, y viendo que le llegaban ya los últimos dias de su parto, poniendo en las manos de Dios el suceso, y en las de muchos varones santos la intercesion, algunas veces se le oyó decir que habia de morir de aquel parto ó de otro: enfermedad que con justa causa se teme, pues no sé yo que haya otra más peligrosa: últimamente, bajando un dia á ver los cuerpos Reales, pidió al Rey que cuando Dios fuese servido de llevarla para sí, la pusiesen en un lugar que entónces señaló, que fué el último de los cadáveres que allí estaban. Entreteníase estos dias en bordar un terno preciosísimo de difuntos, y como verdaderos anuncios de lo que habia de suceder; entre los sacrificios y novenas que hacian las religiosas del convento para que Dios encaminase con felicidad su parto, se oian los clamores que se hacian á las honras del Rey Don Felipe II; el dia de su parto se hicieron las del Emperador Cárlos V; el dia penúltimo de su vida se hicieron las del Sr. D. Joan de Austria: queria Dios á esta Señora para perla de su Corona y colocarla en el lugar que sus grandes y heróicas virtudes habian merecido; pués aunque la perdió España, dejó tales prendas de sí, que siempre se ve en ellas fresca y copiada su memoria, siguiendo tan católicamente las huellas de sus virtudes. Finalmente, porque demos principio á nuestro dolor, jueves, á 22 de Setiembre deste año, á las once y media de la noche, parió un Infante; dia en que hacia diez años que parió á la Infanta Doña Ana, que fué su primer parto. El suceso deste alegró mucho al Rey y á todos sus vasallos; besóle la mano el Príncipe Filiberto y los que allí se hallaron; salió luégo á la tribuna de la iglesia, donde con mucha solemnidad de los religiosos, dió gracias á Dios por el hijo que le habia dado. Tres dias se conoció en la Reina muy buena salud y disposicion; y al cuarto, no habiendo pasado bien la noche, le dió un frio y calentura; al quinto y

al sexto, se le fué doblando y agravando, de manera que puso á todos en grande tristeza y cuidado; los remedios humanos se le aplicaban con notable atencion por los mejores y más doctos médicos que se conocian en España; acudióse á los divinos con oraciones, lágrimas, ofrendas y penitencias; suplicando á Dios templase la ira de su mano y no castigase á su pueblo; y habiéndose remitido algo los accidentes, de suerte que se le conocia mucha mejoría, y casi poca ó ninguna calentura, al sétimo dia la agravó de manera, con unos paresismos y enajenaciones, efectos del humor del parto, pues no sucediéndole el socorro y providencia que la naturaleza suele dar á las que con felicidad se desembarazan deste achaque; ántes, en vez de evacuar por las partes inferiores, tiró á la superior, que es la cabeza, con que de tal suerte la comenzó á apretar, y tales sobrevinieron los accidentes, que los médicos comenzaron á desmayar y á dudar de su vida; empero, haciendo treguas los deliquios con los auxilios divinos, porque no la faltasen los Sacramentos de la Iglesia, á quien esta Señora nunca habia faltado; ordenó su testamento con todos los artículos necesarios; entre los cuales, encomendó mucho al Rey y á los que dejaba por testamentarios, el convento de la Encarnacion, y que tuviese efecto todo lo que en él dejaba ordenado, y que se acabase con toda la grandeza y autoridad que convenia; encargó ansimismo el colegio de la Compañía de Jesuitas de Salamanca, mandándole 160.000 escudos; dejó por sus testamentarios al Duque de Lerma; al Marqués de la Laguna, su Mayordomo mayor; al Marqués de Velada, Mayordomo mayor del Rey; á D. Joan Idiaquez; al Padre Ricardo Aller, de la Compañía de Jesus, su confesor, y al Licenciado Bohorques, del Consejo y Cámara del Rey. Recibió el santo sacramento de la Eucaristía con aquella devocion, fe y reverencia que siempre lo habia hecho; y viendo que los accidentes eran mortales y apretaban con más violencia, con que totalmente se desconfió de su vida, resignada toda su voluntad en las manos de Dios, y ofreciéndole todos sus pensamientos, pidió que la diesen el

sacramento de la Extremauncion; llevóle D. Diego de Guzman, Capellan y Limosnero mayor, Patriarca de las Indias, y Arzobispo de Tiro; el cual, acompañado del Prior y Vicario, y de los Padres más graves del convento, se entró por el oratorio, que estaba junto al altar mayor, y cerca de su cama, y estando á la cabecera de la cama de la Reina el Rey y Doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, su Camarera mayor, la más entendida, varonil, prudente y buena que ha servido á Reina en el mundo, y por cuya mano pasaron todos los remedios que se la hicieron á la Reina, sirviendo con el amor, puntualidad y fidelidad que se prometia de su generosa sangre y esclarecidas virtudes: finalmente, se hallaron presentes á este acto de gran desconsuelo, la Condesa de Barajas, la Princesa de Castellon, Embajatriz de Alemania, muchas Dueñas de honor y Damas, el Duque de Lerma y el de Uceda. Recibió el santo ólio, y haciéndose muchas oraciones por su salud, se escribió á todos los conventos de España para que se hiciese lo mismo; y no habiendo esperado más los parasismos, sino á que no pasase deste mundo sin los divinos tesoros de la Iglesia, despidiéndose tiernamente del Rey y de sus hijos, cercada de los varones santos y doctos, y su alma de méritos y virtudes, confesando la fe católica, y que moria en ella como verdadera hija de la Iglesia, lúnes por la mañana, en que se contaban 3 de Octubre, dia funesto para las Coronas de España, entre las nueve y diez, serenando su rostro los afectos divinos, dió su espíritu en las manos de su Criador, á los veintiseis años, nueve meses y ocho dias de su edad; habiendo sido los trece Reina de España. Murió de sobreparto, dolencia en que peligran la mayor parte de las mujeres del orbe; murió de aquel achaque de cada año de las casadas; bastante enfermedad para no adjudicar la otra: deste mismo murió pocos dias ántes Doña Ana María de Padilla, Duquesa de Cea. Murió con la majestad de la Reina, la lumbre de la fe, el celo de la religion, la reverencia del culto divino, el ornato de los altares, la esperanza de los pueblos, la caridad de los súbditos, la majes-

tad de la corte, la autoridad de Palacio, el erario de los pobres, el amparo de las viudas y huérfanos, y finalmente, aquella Reina, á quien no igualó otra ninguna de las mayores del mundo.

Esta pérdida cubrió los ojos de sus vasallos de lágrimas, tristeza y luto; el Rey católico, se retiró á su cámara, con el sentimiento que se deja entender á los que cuerda y atentamente pasaren por aquí los ojos; escribióse al Presidente y á los demas Consejos; á todos los reinos y provincias del Rey; á la Infanta de las Descalzas; á Paulo V, Pontífice romano; al Emperador Rodolfo; al Archiduque Ferdinando, hermano de la Reina; á todos los Reyes, Príncipes y Potentados, y á las Répúblicas soberanos de la Europa, con el sentimiento y dolor que era justo. El Duque de Lerma llevó al aposento del Rey al Príncipe y á sus hermanos, que cón mucha terneza le besaron la mano; ordenó que se tratase de las cosas tocantes al entierro, y que se hiciese el dia siguiente; y que no se tocase al cuerpo de la Reina, no por otra cosa que por la indecencia deste acto, á que no es capaz hombre humano, ni es cosa justa se permita; hízose ansí; abrióse el testamento delante de todos los testamentarios, el cual era tan cuerdo y acertado como suyo, lleno de heróicas obras y virtudes; mandó el Rey que se ejecutase luégo. El cuerpo de la Reina vistió la Camarera mayor y sus Damas de monja descalza francisca, y cubierto con un paño de brocado, el dia siguiente dedicado al glorioso Patriarca San Francisco, se comenzaron los sufragios divinos; á las tres de la tarde envió á avisar la Camarera mayor al Duque de Lerma, su hermano, y al Prior de San Lorenzo, que era ya hora de hacer la entrega del cuerpo; ley que dejó establecida D. Felipe II; vino el Duque y su hijo el Duque de Uceda, el Prior y los demas religiosos por cuya cuenta corre la guarda de los cuerpos Reales; y todos allí juntos, D. Rodrigo Calderon, como Secretario de Cámara, dijo cómo el Duque de Lerma y la Condesa de Lemos entregaban el cuerpo de la Reina Doña Margarita, nuestra señora, al Padre Fray Andrés, de San Jerónimo,

Prior del convento de San Lorenzo el Real, siendo testigos el Marqués de la Laguna, su Mayordomo mayor; D. Diego de Guzman, Limosnero mayor del Rey; el Padre Fray Francisco de Rivas, Confesor de la Señora Infanta Doña Ana; el Doctor Gamarra, Cura de Palacio, y seis Monteros de Cámara, que se hallaron presentes; con lo cual, se echó la cubierta á la caja de plomo, en que estaba el cuerpo, y se soldó en presencia de los contenidos en la entrega, y se metió en el ataud; y cubierto con un paño de brocado, los Monteros de Espinosa la llevaron á la antecámara, donde se puso con toda decencia y majestad, sobre un sitial de brocado, con una cruz á la cabecera, y sobre una almohada; á los piés una corona, y en torno muchos blandones de plata; ocupando el lugar derecho de la pieza, muchos Grandes, cubiertos de luto hasta las cabezas; y el lado izquierdo la Camarera mayor, las Damas y otras muchas señoras, cubiertas con mantos de bayeta. Esperaron con este fúnebre y espantoso espectáculo á que viniesen los religiosos del convento, para que se hiciese el entierro; á las siete de la tarde, rompiendo los corazones los clamores lúgubres de los campanas, salió en órden el convento, con todos los religiosos y el Prior, con la grandeza y ostentacion que no se ve en otra parte del mundo, y que admira á los que vienen dellas á ver este prodigio portentoso y admirable de la majestad de los Reyes de España; y saliendo, en forma de procesion, por la iglesia al patio principal, y llegando al cuarto de la Reina, entraron en la antecámara; y dichos en ella los sufragios ordinarios, volvieron á salir, acompañando el entierro los Prelados que en esta ocasion se hallaban en San Lorenzo; y caminando á la iglesia, cuando acabaron de salir, tomaron el Real cuerpo sobre sus hombros, el Príncipe Filiberto, hijo de Cárlos, Duque de Saboya; el Duque del Infantado; el Duque de Uceda; D. Joan Idiaquez; D. Antonio de Ávila, hijo del Marqués de Velada; Diego Gomez de Sandoval, Conde de Saldaña; el Adelantado Mayor de Castilla, y el Conde de Galve; cercando el ataud muchos señores, títulos y caballeros, que habian venido de

la corte á hallarse en el entierro; á éstos seguia la Camarera mayor, á quien acompañaba el Marqués de Velada; la Princesa de Castellon, Embajatriz de Alemania; la Marquesa de la Laguna; la Condesa de Barajas; la Condesa de Guadalcázar; á estas señoras seguian las Dueñas de honor, Doña María Manriquez; Doña Marina de Valenzuela; Doña Francisca de Córdova; y luégo las Damas Doña Elvira de Guzman; Doña Joana de Mendoza; Doña Joana Portocarrero; Doña María de Velasco; Doña Catalina de la Cerda; Doña Joana de Aragon; Doña Isabel de Aragon, y otras muchas, que excusamos á la prolijidad, arrastrando los mantos de bayeta, con tantas lágrimas, cuantas se le debian á la piedad desta gran Señora. Con esta forma entraron en la iglesia, donde en medio della estaba levantado un túmulo de dos gradas, con una tumba cubierta de un paño de brocado; sobre ésta se puso el ataud, ocupando los dos lados todos los señores que la habian acompañado, y los Mayordomos y oficios preeminentes de la Casa, sentándose detras del túmulo por el modo y concierto que habian venido las damas y señores; el Rey católico, con sus hijos, asistió á las honras, retirado en las tribunas que salen al altar mayor, apretando su corazon el dolor de las exéquias y las lágrimas de sus vasallos. Concluidas, pues, las honras, fué llevado el cuerpo por los que le habian traido, al lugar donde estaban los cuerpos Reales, poniéndole en el lugar señalado, con este epitafio sobre el ataud, que decia:

«En este ataud está el cuerpo de la Serenísima Reina de España, Doña Margarita, hija de los Archiduques Cárlos y María; mujer del católico Rey D. Felipe III, nuestro señor, patron y amplificador deste Monasterio de San Lorenzo; murió de sobreparto del Serenísimo Infante D. Alonso, lúnes, á las nueve y media de la mañana, en tres de Octubre del año de mil y seiscientos y once; siendo de edad de veinte y seis años, nueve meses y ocho dias; fué aquí puesta al dia siguiente al de su muerte.»

Concluido ya el entierro de la Reina, y los dias de su no-

venario con la pompa y majestad debida á su grandeza, se dió agua de baptismo al Infante por mano de D. Diego de Guzman, Capellan y Limosnero Mayor; con lo cual, el Rey pasó al Pardo á esperar que se previniese lo necesario para hacer las honras en San Jerónimo, de Madrid, con toda la ostentacion y autoridad de la corte; dejando depositado en aquel magnífico mausoleo, la mejor parte de su Corona, la compañía que por trece años le habia dado el cielo, de que resultaron á España y sus Coronas tan esclarecidas prendas; al fin, como dádiva de tal mano, ofrecida á las virtudes de tan gran Rey.

Puestas ya en perfeccion las cosas tocantes á las honras en San Jerónimo; el Rey pasó á Madrid, y se fué á posar al convento con todos sus hijos; y á 17 de Noviembre, á la hora de vísperas, se abrió la iglesia; la cual estaba toda cubierta de paños negros; cercada en torno de luces, con los escudos de armas de sus heróicos progenitores y ascendientes; en medio del plano de la capilla mayor, se levantaba un túmulo, adornado de trofeos y virtudes, agujas y pirámides de notable grandeza y ostentacion; en medio del cual, estaba una tumba cubierta de un precioso paño de brocado, sobre la cual estaban las insignias Reales, ocupando las cuatro esquinas dél los maceros y reyes de armas con sus cotas: á la hora dicha, concurrieron á la iglesia todos los Consejos de S. M., á caballo; ocupando cada uno su lugar; y ansí, fueron entrando en esta órden: el Consejo Real, el de la General Inquisicion, el de las Indias, el de Hacienda, el de Aragon, el de Italia, el de las Órdenes: concurrieron tambien á éste acto, el Cardenal de Toledo, el Cardenal Borja, el Cardenal Carrafa, el Nuncio de el Papa, los Grandes y Embajadores, con toda la nobleza de la corte; ocupando el lugar que les tocaba á cada una de las dos casas, del Rey y de la Reina; y siendo ya hora de comenzarse las vísperas, habiendo asistido á tan gran solemnidad la mayor parte de los Prelados del Reino, y todo lo más grande y lucido dél, religiosos graves y varones de autoridad y letras; el Rey salió con el Príncipe y los Infantes á una tri-

buna que está sobre el altar mayor; con lo cual, se comenzaron los oficios, ejerciendo las ceremonias principales D. Bernardo de Rojas y Sandoval, Cardenal de Toledo; con lo cual, y con haberse concluido este dia con funeral pompa, el siguiente concurrieron al convento los Cardenales, Grandes, Embajadores y Consejos; y ocupando los lugares que el dia ántes habian tenido, dijo la misa el Cardenal, y predicó el Padre Jerónimo de Florencia, de là Compañía de Jesús, predicador del Rey, varon de mucha santidad y letras, un docto y elegante sermon que contenía las muchas y muy grandes virtudes y heróicas obras de la Reina Doña Margarita de Austria; y en esta manera las hicieron todas las ciudades de España, Italia, Flandes y Alemania; sintiendo con general tristeza y desconsuelo la falta de esta gràn Señora; hasta que la voz lamentable y lastimosa de las gentes, la llevó á las últimas tierras orientales y occidentales, donde fué llorada de aquellos que la conocieron, solamente, por mayor que su fama, en la magnanimidad y virtud de su grandeza, donde cumplieron todos religiosamente su obligacion; y en esta manera, renueva cada año su memoria con sacrificios la piedad del Rey D. Felipe III.

No acababa el Emperador Rodolfo de satisfacerse de los intentos de Matías, su hermano; ni tampoco de la renunciacion pasada; injuria que, aunque retirado y dejado del gobierno, sin embargo, le estimulaba el corazon, y le hacia discurrir en el caso y en la satisfaccion que debia tomar; para lo cual, muy á deshora, el Archiduque Leopoldo cargó con un ejército sobre Bohemia, tal, que la puso en mayores miserias y calamidades: quién discurre que este ejército habia sido levantado por órden del César, para desposeer á Matías de los Estados de que ya se habia hecho dueño, y de la esperanza de Rey de romanos, y de aquí que no ascendiese á la Corona imperial; ántes procurar poner en ella á Ferdinando, hermano de Leopoldo. Los más fieles en esta accion, deseaban á Ferdinando; empero, los que no lo eran, y estos sin número, á Matías, por parecerles vivirian con mayor libertad, y correrian con

más desembarazo en la materia de religion, con el natural de Matías. Los Electores, los más dellos herejes, afectaban el punto con decir era el más legítimo y á quien tocaba de derecho la sucesion; esto en cuanto á lo de Hungría y Bohemia y los demas Estados, que despues les parecia se hallaban más aficionados á constituirle en la Corona imperial ántes que á otro Príncipe de la Casa de Austria. Sin embargo, Leopoldo, molestando los lugares de Bohemia, corrió sobre Praga, despues de haber hecho algunos estragos en el Austria superior, contra todo buen derecho. Á mi parecer, importa mucho mirar por aquellos Estados, fundamento y apoyo del patrimonio principal; que en tanto se conservaran los Países Bajos, cuando aquellos tuvieren vida. Las demasiadas guerras civiles son la total destruccion de todo, y la que enfria la devocion y la fidelidad en los súbditos, y les hace entrar en pensamiento de mudar señor: si en esto no se pusiese la tolerancia, quién duda que correria fortuna Italia, y llegaria esta calamidad á infestar las Indias; si entre los Príncipes desta esclarecida Casa no hay union y concordancia, con facilidad aspirarán los otros al imperio y se le sacarán de las manos; la herejía sólo basta, por estar tan inundados della aquellos pueblos, qué será si se le arrima la desconformidad y la tiranía. Si dos enemigos tan portentosos combaten este muro que tiene en pié lo que allí nos ha quedado de religion, ¿quién duda que lo trastornará todo y lo acabará de consumir? Arrimóse, pues, á Praga el Archiduque Leopoldo, y queriéndosele oponer los de aquella esclarecidísima colonia, hubo lamentables estragos entre la una y la otra parte: desolacion de templos; destrozos dignos de toda ponderacion y lástima en la vieja y nueva Praga; derramamientos de sangre, ruina de edificios, clamores del pueblo, que partian las piedras de dolor. Apoderóse Leopoldo de la ciudad y fortificó los más esenciales puestos; y poniendo el ejército en órden de batalla, se declaró por defensor del César y del Imperio, y su Teniente general: con esto se dieron á creer los más principales del Reino, habia sido aquel ejército solicita-

do del Emperador contra Matías, su hermano; y para volverse á restituir en el Reino de Hungría y las demas provincias; otros más inteligentes en la materia, creian que se habia solicitado de mayor potencia en favor del Archiduque Ferdinando, y en aborrecimiento de Matías; hacíanse la guerra, pues, vivamente, los unos á los otros; tanto, que movido á conmiseracion el César del estrago de los súbditos, hizo publicar por un heraldo, que pues Leopoldo se encaminaba, no á otra cosa que á defender su causa, depusiesen todos de las armas y se sosegasen. Los naturales estaban tan irritados, que no era posible enfrenarlos; y tanto más entónces que habian entrado en el conocimiento del intento del Emperador y Leopoldo: ellos, finalmente, querian más á Matías que á otro ningun Príncipe de la Casa de Austria, el cual, hallándose á la sazon con algunas tropas de caballería y infantería para acometer á Gabriel Batori, Príncipe de Transilvania, por algunos pueblos que le habia ocupado en los confines de Hungría; cogiéndole este accidente muy de sobresalto, y viendo que el transilvano, á la misma hora, por diferencias que entre ambos habia, se habia enmarañado y metido en armas con el Vaiboda de Valaquia, cedió de la empresa y ocurrió á la mayor y la que más en el corazon le tocaba: convocó á sí á todas sus gentes, sus amigos y confederados, y los Príncipes alemanes, sus afectos, pidiéndoles á todos con diligencia y con calor, se hallasen armados y prevenidos en Viena, donde queria hacer plaza de armas para ocurrir al accidente que tanto le habia puesto en cuidado: hizo salir á las fronteras alguna caballería para que hiciese frente á los leopoldistas, si pretendiesen acometerlas; envió sus embajadores á los Estados de Bohemia, diciéndoles no podia creer que el César, su hermano, tratase de violar la paz ántes jurada, que se portasen con fidelidad en lo que tantas veces les habia protestado, pues sabian que era suyo el derecho y habia de quedar en el Señorío de Bohemia despues de los dias de su hermano el Emperador; que se preparasen con gente y socorros, que él partia luégo en defensa de su segu-

ridad y quietud, y de lo que le tocaba; partió, pues, Matías con 18.000 soldados, entre caballos y infantes; y penetrando los ásperos confines de Bohemia, se encaminó á Praga; suceso que hizo discurrir al César de cuánto daño sería para todo el Reino y para aquella opulentísima y noble ciudad, si se encontrasen aquellos dos ejércitos; y así, acordó con Leopoldo, que para mayor sosiego y quietud de todos, licenciase la gente de guerra, y se retirase de Bohemia; mandóles dar 300.000 florines; con lo cual salió Leopoldo de Bohemia, haciendo con toda prudencia militar su retirada; á la sazon que ya Matías, sin poner una hora de intermision en la jornada, un dia, á 24 de Marzo del año en que vamos discurriendo, amaneció sobre Praga, entró con el ejército, aclamado y recibido con solemnidad del pueblo y de la nobleza. Enteróse muy particularmente de los intentos del César y de su primo Leopoldo, que eran procurarle apartar de la sucesion; castigó á algunos que habian tenido parte en este contrato; alojóse en la vieja Praga; visitáronle los Estados de Bohemia, querellándosele mucho de los soldados de Leopoldo; recibió la Embajada de algunos Electores; particularmente, y con más aficion, del Duque de Sajonia y de Branvuic; visitó al Emperador, su hermano, y súpole sazonar y disponer de manera, que mandó convocar todos los Estados del Reino, y con aquellas ceremonias cesáreas que en aquellas partes se acostumbran, les propuso el amor que tenia á Matías, su hermano, y como despues de sus dias era su más legítimo sucesor; y que así les mandaba le coronasen por Rey de Bohemia, como muchos de sus predecesores, áun viviendo, lo habian hecho con la proposicion del Emperador. Recibió Matías la Corona por mano del Cardenal Diatristan, en la iglesia de San Wenceslao, con grande concurso de nobleza y Embajadores de muchos Príncipes; siendo aclamado de todo el pueblo por Rey de Bohemia. Confirmóles los privilegios; quedó el César depuesto de la dignidad, reservando para sí las rentas; con que se puso todo en sosiego y tranquilidad, dándose muchos señores herejes, á fundar en la nueva y vieja Praga, sinagogas, donde

ejercitar su falsa religion, apeteciendo más el gobierno de Matías que el de otro Príncipe; con lo cual, salió de Praga y entró en Silesia por el mes de Setiembre, y desde allí en Viena, donde se preparaban grandes fiestas para las bodas de Matías con la Archiduquesa Ana, de su misma estirpe y Casa. Llegó la novia acompañada de muchos Príncipes, á los primeros de Diciembre, á Beresdors, donde la salió á recibir, acompañado de muchos señores, llevando por más obstentacion 4.000 caballos húngaros y alemanes. Viéronse en un espaciosísimo llano, admiracion por su recreo, de la misma naturaleza, cubierto todo de pabellones turquescos de muchos y variados colores: desde aquí hizo su entrada en Viena, donde tuvo efecto el matrimonio con la maravilla y aplauso de los náturales, ocupados los espíritus en la celebracion de la fiesta.

En tanto que estas cosas pasaban en Viena, en Praga adolesció el Emperador, demás de sus contínuos achaques, de que siempre andaba trabajado, de un dolor intolerable en las piernas; con que habiendo recibido los sacramentos de la Iglesia, y confesado la fé católica, y que moria debajo de la obediencia del Romano Pontífice, rindió el espíritu á 10 de Enero del año de 1612, entre las seis y siete de la mañana, en edad de cincuenta y nueve años y seis meses. Despachóse á la hora correo á Matías, á los Electores y Estados del Imperio; púsose en Praga el cuidado que era justo en lo tocante á su quietud; y recibiendo el aviso de la muerte de su hermano, á largas jornadas partió con la Reina á Praga, adonde llegó acompañado de mucha nobleza, por los fines de Enero; no permitió se le hiciese recibimiento solemne; fué á ver á su hermano y tratóse de su entierro, que con todas las ceremonias imperiales se hizo en la iglesia mayor de aquella ciudad; comenzó á poner la mano en el gobierno, entónces, con más libertad, cuanto sabia no haber quien le pusiese embarazo; el Elector de Sajonia y el Palatino, se enseñorearon, con título de Vicarios, de toda la jurisdiccion del Imperio; como por decretos antiguos, dados por los mismos Emperadores, estaba esta-

blecido, por no más del tiempo que se eligiese Rey de Romanos y Emperador; permitiéndose esta ley, en tanto que no le habia, y cuando morian los Emperadores sin dejarle elegido. Publicó el Palatino su vicariato en todas las provincias que baña el Rhin, en Suavia y Franconia; el de Sajonia en todo lo demas que le pertenecia; despacháronse convocatorias á todos los Electores y Príncipes del Imperio, para hacer Rey de Romanos y Emperador en una persona todo junto; y señalóse la Dieta en Francfort para el mes siguiente, 14 de Mayo. El primero que concurrió fué el de Maguncia, Archicanciller del Imperio, por Alemania; siguióle el Duque Jorje de Sajonia, Gran Mariscal del Sacro Imperio; Joan, Conde Palatino; Duque de Dos Puentes, tutor y administrador del Elector, Archisenescal del Imperio; Ferdinando de Baviera, Arzobispo y Elector de Colonia, Archicanciller del Imperio por Italia: el Elector y Arzobispo de Tréveris, Administrador de Prun y Archicanciller de Francia por Arlés; el Marqués de Brandemburgue: todos estos Príncipes venian acompañados de otros muchos de Alemania, á quien toca de derecho hallarse en esta eleccion, por oficios que tienen particulares; concurrió ansimismo mucha nobleza, Embajadores de todos los Reyes, repúblicas y potentados de la Europa; Oficiales del Imperio, de diferentes oficios; concurrió Matías, acompañado de lo más lucido y noble de Alemania, como Rey de Bohemia y Elector. Cerráronse las puertas de la ciudad, echando fuera á los extranjeros; pidióse el juramento de fidelidad á los naturales, y despues de haber celebrado la misa el Arzobispo de Maguncia y todas las demas ceremonias en este acto necesarias, y tomando el juramento á los Electores de elegir un Rey de Romanos, tal cual convenia para el bien y aumento del Imperio; pidió los votos á los Electores, y todos juntos dánsele á él; salió Matías electo por Rey de Romanos y Emperador de Occidente; concluida esta eleccion, aclamaron á Matías públicamente todos los naturales y las provincias de Alemania por su César; entró á la hora en la ciudad el Landgrave de Hessia; el Nuncio del Papa; D. Bal-

tasar de Zúñiga, Embajador del Rey católico; el de Francia; el del Archiduque Alberto, y los demas de todos los Príncipes de la Europa; entraron infinito número de Grandes señores á dar el parabien, de parte de sus Príncipes, al Emperador, y los demas por ellos mismos. Fué llevado Matías á San Bartolomé, debajo de pálio; hízose la misma solemnidad, dentro de dos dias, con la Emperatriz, acompañada de todos aquellos Príncipes, donde tanto resplandece la grandeza y la majestad; oyó el Emperador las quejas y necesidades de los súbditos; tratáronse las que eran necesario remediar en el Imperio; hizo merced á los que le habian acudido; y dejando las cosas en la mejor disposicion que se pudo, poco aumentadas las de la religion, á 23 de Junio deste año salió de Francfort, y entrándose por Bohemia, llegó á Praga, donde fué recibido con arcos triunfales y otros ingenios y invenciones. Recibió las embajadas de muchos Príncipes, en que le daban el parabien de haber ascendido á la Corona Imperial; recibió la del moscovita y persa, solicitándole para la guerra con el turco; el otro contra rusos y prusianos. Llegaron la nueva de uno y otro Príncipe á la corte de España, celebrando casi á un tiempo las exéquias del uno, por su muerte, y las alegrías del otro, por su eleccion; la clemencia y magnanimidad del Rey católico, si bien que esta eleccion habia sido hecha á su contemplacion y respeto, aunque él quisiera otro de los de su sangre, religiosísimo de todas maneras; corrió por entónces con su inclinacion, dando lugar al legítimo, si bien no tan benemérito, por abrazar de todas maneras la paz en aquellas provincias, nunca desfavorecidas de su cuidado; tanto admiraban los Electores alemanes su grandeza, y tan afectos le eran, que por lo ménos, en tiempo de tantas inquietudes y revueltas, no quisieron sacar la dignidad de su Casa; ántes que se perpetuase en ella; no tarda el año de 18, que entónces veremos cumplidos sus justos y atinados deseos; desta manera arribó Matías á la Corona que tanto deseaba, sin embargo de las contradicciones que en los capítulos pasados dejamos referidas.

Aunque hemos dicho que el Archiduque Matías era el más legítimo á suceder en el Imperio, no ignoramos que el Archiduque Alberto, Señor de los Países Bajos, por el casamiento de la Infanta Doña Isabel, no era mayor; mas como la prosecucion del Imperio corria por cuenta de nuestro Rey, y Alberto estaba ocupado en tan importante cargo, que no admite compañía ni otro cuidado más que aquél, y tambien que el matrimonio no habia dado fruto ni arribado á sucesion, no se trató desto; y por esta causa, y por otras que se dejan considerar, porque el intento del Rey católico era poner en aquella silla á Ferdinando, hermano de la Reina Doña Margarita, su esposa, como al fin sucedió, despues de la muerte de Matías, y lleva adelante la sucesion.

LIBRO IV.

En ninguna cosa luce tanto la majestad y poder de un Rey, como en las armas; y ninguna otra le puede hacer mayor, más temido ni respetado en toda la circunferencia de la tierra, que la accion militar: todos los que fiel y generosamente fueron dados á la gloria della, adelantaron y pusieron su nombre en el lugar de la inmortalidad, y dilataron y estendieron su dominio por muchas y muy notables gentes; afirmando y estableciendo en los suyos propios, por largos siglos, la duracion de su imperio. Á este ejemplo, el Rey católico, no dejando en ninguna de las causas públicas del Gobierno, cosa que no guardase justicia y decoro al derecho humano y divino de las gentes, encaminándolas todas al último y más provechoso fin, que es su verdadero centro y felicidad, esta de las armas la trataba y conferia con los Ministros del Estado y Guerra, sin diversion de otra de las más importantes de su gobierno, como á la más necesaria dél; de esta manera, con órdenes y decretos, hacia que se informasen sus Ministros del estado de sus fuerzas, y hácia qué partes del mundo seria bien encaminarlas, que redundasen en bien y aumento de la religion: tenia espías en todas las cortes y provincias de los Príncipes fieles y infieles, para que le avisasen de sus designios y movimientos para deshacérselos y frustrárselos, y darles á entender cuán dueño estaba de sus acciones y discursos; y porque le decian que los corsarios de Holanda y de Inglaterra, con el alivio y prosperidad de la paz jurada, se estendian y adelantaban á inquirir las Indias orientales y occidentales, y robaban los navíos que

topaban en los rumbos y demarcaciones de sus viajes, hacia que sus armadas los buscasen, y asegurando aquellas tan remotas provincias, los castigase: ansimismo hacia que la armada Real y las de los demas puertos de España guardasen siempre el Cabo de San Vicente y el Estrecho de Gibraltar; ordenando á los Vireyes de Nápoles y Sicilia, que enviasen las escuadras de galeras á correr y molestar las costas de Venecia y lo demas de África que baña el mar Mediterráneo, y que entrándose por el Adriático, maltratasen la Esclavonia, la Dalmacia, Albania, Morea, y penetrando aquel Canal, llegasen hasta los puertos de Constantinopla, y pusiesen en terror y espanto al turco: desta manera tenia á todos sus enemigos con cuidado; y con este designio inquiria los suyos, sacándoles de las manos los puestos que pretendian ocupar para sus conveniencias particulares; y con este se antevió el puerto tan importante que se ganó despues, de la Mamora, quitándosele á los corsarios; y que escribiré á su tiempo y en su lugar; y desta manera, D. Juan Fajardo, General de la armada Real del mar Océano, habiendo salido de Cádiz con próspero viento y fortuna, despejando aquellos mares de corsarios, llegó al Cabo de San Vicente; y hallando en él dos navíos de piratas rocheleses, peleó con ellos y los tomó con toda la presa, que fué de muy gran consideracion; y pasando el paraje de Cicimbra, tomó á los turcos, que robaban hácia aquellas partes, muchos vasos menores: al mismo tiempo, el Gobernador Pedro de Lara, corriendo con algunos navíos las costas de Berbería, llegó á la vista de Salé, más adelante del puerto de la Mamora, y encontrándose con dos navíos en que iba la recámara del Rey Zidam, de Marruecos, los acometió; y trabándose entre todos una recia y porfiada batalla, últimamente los tomó y venció, y entre las cosas muy notables que se hallaron en el despojo, fuéron más de 3.000 cuerpos de libros en lengua árabe, de medicina, filosofía y buen gobierno; y algunos de esplicaciones sobre el Alcoran. Teniendo aviso el Rey Zidam desta pérdida, la sintió como á la mayor de su Reino y de más estimacion en su Casa; en efecto,

Rey inclinado á libros, con dificultad nos atreveremos á llamarle bárbaro, y con razon bruto, al que no lo es. Ofreció el moro al Rey católico por el rescate de los libros gran suma de oro; la respuesta fué que diese todos los esclavos cristianos que tuviese en sus reinos; al moro le pareció poco lo que se le pedia, segun los estimaba, y aunque lo procuró y deseó ejecutar, las guerras civiles que traia con un moravito rebelde que se le habia levantado en sus tierras, y con Muley Zidam, su sobrino, no le dieron lugar á ello; con lo cual, el Rey católico, no habiendo podido poner en ejecucion tan piadoso intento, mandó traer los libros á la librería de San Lorenzo el Real del Escorial, triunfando del ingenio de aquel Rey, tan bien como del vencimiento de sus armas. Á esta hora, y en todas las demas que el tiempo se ofrecia oportuno á nuestras fortunas, ningun caudillo ó Capitan vivia ocioso, ántes preparado y dispuesto á adelantar el nombre y la reputacion: con este pretexto, el Marqués de Santa Cruz salió de Nápoles con su escuadra de galeras, y corriendo las costas del mar Mediterráneo, acompañado de D. Diego, D. Jerónimo y D. Manuel Pimentel, y D. Gonzalo de Córdova, soldados de valor y experiencia, acometieron el puerto de la Goleta, y á vista del enemigo, pusieron fuego á 11 bajeles que se aprestaban para salir á robar las costas de Italia y de España; y habiendo conseguido el estrago sin recibir ningun daño, volviendo los pensamientos á mayores y más árduas empresas, al salir de aquel puerto, tomaron un bergantin cargado de mercadurías y de gente, y pasando á la isla de los Querquenes, saltaron en ella y la pusieron toda á saco, abrasando los edificios, y sin dejar en ella cosa humana, pusieron á la cadena más de 700 turcos. El Duque de Osuna, D. Pedro Giron, Virey de Sicilia, terror en aquellos tiempos de los mares Mediterráneo y Adriático, hizo armar la escuadra de galeras de aquel Reino, y reforzándolas y basteciéndolas de muy buenos soldados y Capitanes, hizo que se encaminasen á Chircheli, lugar puesto en la costa de Berbería, los Capitanes á cuyo cargo iba el manejo de la chusma y el de las armas, con próspero viento llegaron á él, y

poniendo las proas hácia el lugar y el fuerte que tenia por guarnicion, le comenzaron á batir con la artillería; los Capitanes saltaron en tierra con algunas compañías de arcabuceros y mosquetería; y aunque los bárbaros se procuraron defender, sin embargo, fué entrado el lugar y el castillo, y puesto á saco: degollaron en él 800 turcos; tómose el artillería, que era muy buena, y las banderas se pusieron arrastrando en las popas de las galeras, y aherrojado y preso el Gobernador: con esto, dejando el lugar y la fortaleza abrasada, victoriosos se tornaron á Sicilia. Con este sucedido, el Duque de Osuna, no contentándose, hizo armar y reforzar de nuevo las galeras; y encomendándoselas á D. Octavio de Aragon, gran Capitan y marinero, se hizo á la vela; y encaminando su derrotero hácia levante, con determinacion de hacer rostro á la armada turquesca, de que se tenia aviso que salia á correr las costas de Italia, en el camino prendió un navío que venia de Modon (puerto de la Morea) cargado de ropa y de esclavos cristianos. Este despojo envió luégo el General á Palermo; y pasando adelante, tuvo aviso que cerca de Naquena y Fano andaban 10 galeras del turco: resolvióse de buscarlas, y hallándolas en aquel paraje, puestos todos los Capitanes y soldados en forma de batalla, haciendo apretar los remos, gallardamente los envistió; comenzóse á disparar la artillería, y metiéndoles las proas por las popas, los soldados con sus Capitanes delante, haciéndo todos el deber, como verdaderos hijos de Marte, D. Octavio rindió la Capitana, y en poco ménos de una hora, 6 galeras de fanal; las otras 3, viendo rendidas las demas, levantaron velas, y rompiendo con la priesa de la fuga muchas palas, volviendo afrentosamente las espaldas, se calaron por el golfo de Constantinopla á ampararse de sus fuertes, huyendo de la furia de los nuestros. Degolláronse 400 turcos, redimiéronse de la vejacion del remo y de la esclavitud, 1.200 cristianos, y ocuparon su lugar 600 de los enemigos: murió Sinan Bajá, General de la escuadra, á quien el Turco habia dado su estandarte por haber sido Cómitre real en la memorable batalla de Lepanto: prendióse

á Ama Amed, Bey de Alejandría, hijo de Alí Bajá, el que mandaba la armada en aquellos tiempos, y en la misma faccion: cautiváronse ansimismo dos mujeres suyas y seis turcos principales, con muy poca pérdida de los nuestros y algunos heridos. Pasó volando luégo esta pérdida á las orejas del Turco; porque siendo tan á la vista de Constantinopla, casi los golpes de la artillería se oian en sus murallas; y tanto más se sintió esta afrenta, cuanto fué más á la cara de toda la fuerza de su armada: 33 galeras se contenian en número, que viendo el destrozo que hacian los nuestros en los suyos, salieron reforzados á socorrer las vencidas, y no siéndoles posible; pareciéndole á D. Octavio de Aragon que era bien conservar lo ganado, poniendo á remolque las ganadas, victoriosa y prósperamente, sojuzgando y poniendo en terror aquellos mares, se volvió á Sicilia, donde fué bien recibido del Virey y de todo el pueblo. Dieron fondo las galeras en Palermo; y entrando por la ciudad el General con todos sus soldados, y los cautivos libres y prisioneros delante, á imitacion de los triunfos romanos (si bien por mejor camino), acompañados del pueblo y de las religiones, del Duque de Osuna, y del Cardenal Joanelin Doria, Arzobispo de Palermo, se fueron á la iglesia mayor á dar á Dios gracias de la victoria, quedando los ciudadanos regocijados, aclamando vida á los vencedores. El Turco, corrido y avergonzado de ver menospreciada su arrogancia y presuncion; el cual, ofendido en gran manera del agravio recibido, y de ver tantas veces ultrajada su potencia de las gentes y armas del Rey católico, mandó publicar edictos en todas sus provincias y ciudades, convocando á los suyos á la venganza de las ofensas recibidas, mandando de nuevo juntar los suyos, armar y fabricar nuevas galeras, con intento de bajar sobre Sicilia, ofreciendo á todos los que saliesen á esta empresa, las haciendas de los sicilianos: empero, el miedo y la cobardía, y la incertidumbre del suceso, calmó la resolucion.

El Duque, atendiendo como cuidadoso y alentado ministro á la guarda y conservacion de aquel Reino, y que los ene-

migos vecinos no se atreviesen á turbar aquellos mares, porque las contrataciones viniesen libre y seguramente, y pasasen á todas las provincias del Rey; para mayor abundamiento y prosperidad de los naturales, mandó de nuevo salir á D. Octavio de Aragon, con ánimo de que las fuerzas del Rey cobrasen brio, y que las inteligencias de algunas ciudades del Adriático y Mediterráneo, no se atreviesen á exceder de lo justo y del respeto y reverencia que se deben á las Coronas del Rey católico; y así, en esta manera, D. Octavio, superior y atrevidamente sojuzgaba aquellos mares, teniendo á raya á todos los que fiel y infielmente pretenden enseñorearlos; haciéndoles conocer, mal de su grado, la majestad y fuerzas de España, y abatir sus estandartes á la grandeza de sus castillos y leones y las águilas que los circundan; para esto, habiendo corrido hasta el golfo de Venecia y Constantinopla, no habiendo hallado quien se le opusiese, bajó á los mares de Valencia, y con notable resolucion y presteza rindió una galeota de berberiscos, dos saetías, tres barcos grandes, cuatro fragatas, y embistió á ocho navíos de guerra de moriscos renegados, de los que fueron expelidos de España; con los cuales, habiendo peleado porfiadamente por espacio de nueve horas, los tomó y venció, poniendo en libertad los cautivos; y no hallando que hacer en aquellas partes, volvió con su escuadra á Sicilia, sin haber corsario que se atreviese á salir de los puertos del Ásia ni del África, con que libre y seguramente pasaban nuestros navíos á todas las provincias y ciudades de Italia, amparados y defendidos con la virtud y fuerzas de su Rey; pues aquel solamente lo es, que resuelta y generosamente abre por enmedio de sus enemigos paso y camino á sus vasallos, para que puedan libremente (buscando sus medras y acrecentamientos) pasar á sojuzgar todo el ámbito y redondez de la tierra.

En el año de 1608, que dejamos escrito en el libro III desta historia, referí cómo el Embajador del Rey Enrique IV de Francia habia introducido pláticas en la corte del Rey católico entre los Ministros de mayor autoridad y confidencia,

de casamientos entre los hijos destos dos Príncipes; y últimamente, hacia tambien diligencias por su Embajador, en la corte romana, acerca de la Santidad de Paulo V; entónces se respondió que los contrayentes eran de tan poca edad, que parece se anteponia dilacion al efecto, mas que sin embargo se tratase. Habiendo llegado, pues, ahora estos Príncipes á edad competente para tratar dello; sosegadas las alteraciones, con la muerte de Enrique, que amenazaban discordia entre estas dos Coronas; volvieron de nuevo los Embajadores á mover esta plática en la corte del Rey y en la de Roma. Cosme de Médicis, Gran Duque de Toscana, tomó la mano en esto y suplicó al Pontífice lo tratase con el Rey católico; el Papa lo hizo ansí, cometiéndolo á su Nuncio; el cual, con el Embajador de Francia y el de España, en París; con el Nuncio que allí estaba, en ambas partes lo trataron y dispusieron de manera que se abrazó el negocio; con lo cual, de la una parte y la otra, se enviaron sus Embajadores extraordinarios; el Rey católico envió á Francia á D. Rui Gomez de Silva y de Mendoza, Príncipe de Mélito y Duque de Pastrana, con sus poderes para capitular al Príncipe, su hijo, D. Felipe IV, con Madama Isabel de Borbon, hija de Enrique y de Madama María de Médicis; y á la Serenísima Infanta Doña Ana, con Luis XIII, Rey cristianísimo de Francia, hermano de Isabel. El Duque de Pastrana, con grande ostentacion de casa y excesivos gastos, acompañado de toda la nobleza de la corte y del Duque de Lerma hasta salir della, partió de Madrid y comenzó su jornada; de Francia, envió la Reina Madre, como Gobernadora y Regenta de aquel Reino, á D. Enrique de Guisa y Lorena, Duque de Humena, Par y Camarero Mayor de Francia; el Duque, por sus jornadas, acompañado de muchos Monsieures franceses, entró en Madrid, y saliéndole á recibir todos los caballeros y Grandes señores que habia en ella; llegó á Palacio, y haciéndole el Rey muy grandes honras, el Duque le besó la mano, y muy por entero le dió cuenta de su embajada; y despues de muy bien hospedado, como lo acostumbra la grandeza y generosa ostentacion del Rey de

España, se trató y señaló el dia en que se habian de hacer las capitulaciones para los dichosos casamientos destos Príncipes: á esta sazon, en París, habia ya hecho su entrada el Duque de Pastrana, con notable regocijo y admiracion de sus ciudadanos; y habiendo dado su embajada, disponiéndose todos los Príncipes de la sangre y otros muchos Señores de la Francia á solemnizar con fiestas estas bodas, se dispuso por toda la autoridad del Parlamento el dia en que se habian de capitular.

Conferidas y tratadas en la corte del Rey, de una parte y de otra, los puntos y concurrencias de las capitulaciones, se señaló el dia 22 de Agosto deste año para efectuarlas; con lo cual, el Rey católico, dió poder á D. Francisco Gomez de Sandoval para que en su nombre capitulase con el Duque de Humena, el cual poder se ordenó en esta manera:

«Por cuanto teniendo por conveniente al servicio de Dios Nuestro Señor y ensalzamiento de su santa fe católica, y bien de la cristiandad, y para estrechar más el deudo y amistad que hay entre esta Corona y la de Francia, se ha tratado por medio de nuestro muy Santo Padre Paulo V, que hoy preside en la Iglesia de Dios, y tambien del gran Duque de Toscana; que la Serenísima Infanta Doña Ana, Mi muy cara hija mayor, despose y case, segun y como la Santa Iglesia de Roma lo dispone y ordena con el Rey cristianísimo Luis décimo tercio, y habiendo venido á ésta mi Corte para tratar dello sus Comisarios, con poderes del dicho Rey cristianísimo y de la Reina cristianísima, su Madre, como Tutora y Regente de sus Reinos; y siendo necesario capitular y asentar lo que á tal efecto convenga, Me ha parecido dar Mis veces y poder á quien por Mí y en Mi Nombre pueda intervenir, concluir y tratar este negocio; por ende, en virtud de la presente, cometo y doy Mi poder y comision, cuan cumplida y bastantemente se requiere de cierta ciencia y deliberada voluntad, á D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador Mayor de Castilla, del Mi Consejo de Estado, Mi Sumiller de Corps y Mi Caballerizo mayor, Ayo

y Mayordomo mayor del Serenísimo Príncipe D. Felipe, Mi muy caro y muy amado hijo, Mi Capitan general de la caballería de España, para que por Mí y en Mi nombre, como Yo mismo lo podria hacer, trate, capitule, convenga, asiente y concluya lo tocante á los capítulos matrimoniales y efecto del dicho matrimonio con los dichos Comisarios y poder habientes del dicho Rey cristianísimo y de la Reina cristianísima, su madre, y que pueda pedir y admitir las condiciones, cláusulas, pactos, posturas, obligaciones y firmezas que le pareciere y bien visto le fuere; y para este efecto le hago, crio y constituyo Mi actor, mandatario y Comisario, con libre, general y plenísimo poder y facultad para que haga y pueda hacer en la dicha razon, todo lo que Yo mismo podria, aunque sean tales las cosas, que requieran especial ó especialísima comision, y de que se haya ó hubiese de hacer especial y espresa mencion; y prometo en la palabra Real, que habré por rato, grato y firme, y aprobaré y tendré por bueno lo que el dicho Duque de Lerma, en Mi nombre y en virtud deste poder, tratare, asentare, prometiere y concluyere; y que no iré ni vendré, ni consentiré ir ni venir contra alguna cosa ni parte dello; sino ántes lo haré, aprobaré y ratificaré de nuevo solemnemente, siendo necesario; en testimonio de lo cual mandé despachar la presente, firmada de Mi mano, sellada con el sello secreto y refrendadada de Mi Secretario de Estado infrascrito, fecha en San Lorenzo el Real á treinta de Julio de mil seiscientos y doce años.—YO EL REY.—Antonio de Aróstegui.»

Habiendo dado el Rey este poder al Duque de Lerma, y habiendo llegado el dia que se señaló para la celebracion deste acto, que fué miércoles á 22 de Agosto, el Duque de Lerma, acompañado rica y lucidamente de todos los Gentileshombres de la casa del Rey, caballeros, títulos y Grandes señores de la corte, fué á casa del Duque de Humena, y con esta ostentacion y grandeza, le trujo á Palacio; y concurriendo todos en el salon, que estaba adornado de tapicerías de oro y seda, presentes todos, el Secretario, Antonio de Arostegui, leyó las Capitulaciones siguientes:

«Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalen, de Portugal, de Navarra y de las Indias orientales y occidentales, Duque de Milan: Por cuanto D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador mayor de Castilla, del Mi Consejo de Estado, Mi Sumiller de Corps y Caballerizo mayor, y Mi Capitan general de la caballería de España, Ayo y Mayordomo mayor del Serenísimo Príncipe D. Felipe, Mi muy caro y muy amado hijo, y Enrique de Lorena, Duque de Humena y de Eguillon, Par y Camarero mayor de Francia; el Vizconde de Puisieux, del Consejo de Estado del Rey cristianísimo, Secretario de sus ordenanzas, Tesórero mayor de sus Órdenes, y su Embajador extraordinario, y el Baron de Bancelás, tambien del Consejo de Estado del Rey cristianísimo, y su Embajador ordinario en esta Corte; hicieron, y otorgaron en virtud de los poderes que para ello tuvieron, una escritura de tratado y capitulacion matrimonial, entre el dicho Rey cristianísimo y la Serenísima Infanta Doña Ana, Mi hija mayor, del tenor siguiente:

»En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas y un solo Dios verdadero, y para su gloria y servicio y bien de los Reinos, sea manifiesto á todos los que vieren esta escritura de tratado y capitulacion matrimonial, cómo en la villa de Madrid, corte de S. M. católica, en el Real palacio della, hoy miércoles, á 22 de Agosto, año de nuestro Salvador Jesucristo de 1612, estando presentes el ilustrísimo D. Antonio Gaetano, Arzobispo de Cápua, Legado *ad latere* de nuestro muy Santo Padre Paulo V, y su Nuncio apostólico en estos Reinos; en nombre de Su Santidad y el señor Conde de Orsodelci, Embajador del Gran Duque de Toscana, Cosme, en el suyo, y los señores Duques del Infantado y Alburquerque; Marqueses de Castel-Rodrigo y Villafranca, todos cuatro del Consejo de Estado del Rey nuestro Señor; Duque de Uceda, Almirante de Castilla; Duque de Maqueda; Duque de Peñaranda; Duque de Alba; Duque de Sessa; Duque de Feria; Duque de Montalto;

Duque de Villa-Hermosa; Duque de Veragua; D. Joan de Idiaquez, Comendador Mayor de Leon, del Consejo de Estado de S. M., y su Presidente de órdenes; D. Agustin Messia, tambien del Consejo de Estado, y el Licenciado D. Diego Lopez de Ayala, del Consejo y Cámara de S. M., y otros muchos señores y caballeros ante mí, Antonio de Aróstegui, caballero de la Órden de Santiago, Secretario de Estado y Escribano y Notario de la Católica y Real majestad; pareció el Excmo. Sr. D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado de S. M., su Sumiller de Corps y Caballerizo mayor, Ayo y Mayordomo mayor del muy alto y poderoso D. Felipe, Príncipe de las Españas, y Capitan general de la caballería de España; en nombre del muy alto, muy excelente, y muy poderoso Príncipe D. Felipe, nuestro señor, tercero deste nombre, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las Dos Sicilias, de Jerusalen, de Portugal, de Navarra, y de las Indias orientales y occidentales, etc., Duque de Milan, etc., y en virtud del poder que tiene de S. M. católica, por cédula firmada de su Real mano y sellada con su Real sello, refrendada de mí, el dicho Secretario de Estado, fecha en San Lorenzo el Real, á 30 de Julio del dicho año, como Rey, padre y legítimo administrador de la Serenísima Infanta Doña Ana, su hija, y de la majestad de la Reina Margarita, difunta, su legítima mujer, de la una parte, y de la otra el Excmo. Sr. Enrique de Lorena y de Eguillon, Par y Camarero mayor de Francia, Gobernador y Lugarteniente general por S. M. cristianísima en la isla de Francia, y con él para asistirle, estando presentes personalmente el Sr. Vizconde de Puisieux, del Consejo de Finanzas, Tesorero mayor de sus Órdenes, y su Embajador extraordinario, enviado para este efecto á S. M. católica, y el Sr. Baron de Bancelas, tambien del Consejo de Estado de S. M. cristianísima, y su Embajador ordinario cerca de S. M. católica en nombre del muy alto, muy excelente, y muy poderoso Príncipe Luis XIII, por la gracia de Dios, Rey cristia-

nísimo de Francia y de Navarra, y de la muy alta, muy excelente, y muy poderosa Doña María, Reina cristianísima de Francia y de Navarra, su madre, Tutora y Regente en sus Reinos, en virtud de sus poderes, presentados originalmente, escritos en lengua francesa, firmados de sus Reales manos y sellados con sus sellos reales, dados y otorgados en su Real ciudad de París; á saber el del Rey cristianísimo, en 17 dias del mes de Julio deste presente año, y el de la dicha Reina cristianísima, en 19 del dicho mes y año; los cuales dichos poderes originales quedan en poder de mí, el presente Secretario de Estado, y estarán puestos consecutivamente despues desta escritura; y el dicho Sr. Duque de Lerma, en nombre de S. M. católica, y los dichos señores Duque de Humena, Vizconde de Puisieux y Baron de Bancelas, en nombre de SS. MM. cristianísimas, usando de los dichos poderes, dijeron que SS. MM., como Reyes católicos y cristianísimos, á quien tanto incumbe el bien de sus Reinos, y asegurar y confirmar la paz de ambas Coronas y toda la cristiandad, que se ha guardado despues que se capituló entre la majestad católica del Rey D. Felipe II, nuestro señor, y la majestad cristianísima del Rey Enrique IV, difunto, padres de SS. MM. católica y cristianísima, que hoy reinaban; y deseando se perpetúen, no sólo por la vida de SS. MM., sino tambien por la de sus descendientes y sucesores; teniendo para ello por medio conveniente, el de los casamientos, y más eficaz, cuando se puede conseguir con doblados vínculos á servicio de Dios y con su gracia, y á instancia y con la bendicion de nuestro muy Santo Padre Paulo, Papa V, y con intervencion del Gran Duque de Toscana, están tratados y de acuerdo, los desposorios y matrimonio del Serenísimo Príncipe de España, D. Felipe, con la serenísima madama Isabel; hermana y hija mayor de SS. MM. cristianísimas, y tambien del mismo Rey cristianísimo Luis XIII, con la Serenísima Infanta Doña Ana, hija mayor de S. M. católica, para que con estos nuevos vínculos se estreche y confirme más el amor, y amistad, y hermandad que hay y se desea conservar

entre SS. MM.; y para que tengan efecto, los dichos señores Comisarios, en los dichos nombres, cerca del matrimonio del Rey cristianísimo con la Serenísima Infanta Doña Ana, capitularán y asentarán lo siguiente: Que con la gracia y bendicion de Dios, y precediendo dispensacion de Su Santidad en los parentescos de consanguinidad que hay entre el Rey cristianísimo y la Serenísima Infanta, luégo que tenga edad de doce años cumplidos, hayan de hacer y celebrar su desposorio y casamiento por palabras de presente, en la forma, y con la solemnidad que disponen los sacros cánones y constituciones de la santa Iglesia católica, apostólica, romana; el cual casamiento se ha de hacer en la corte y Palacio de S. M. católica, donde está la Serenísima Infanta Doña Ana, por medio, y con poder del Rey cristianísimo; y hecho, le haya de ratificar por su persona, el Rey cristianísimo, cuando la Serenísima Infanta Doña Ana fuere llevada al Reino de Francia; velándose S. M. y A., y recibiendo las bendiciones de la Iglesia, y la conclusion y ratificacion deste casamiento, así por poder, como en presencia, se ha de hacer cuando y en el tiempo que está acordado y concertado entre SS. MM.

»Que S. M. católica promete y queda obligado á dar y quedar á la Serenísima Infanta Doña Ana en dote y casamiento con el cristianísimo Rey de Francia, y pagar á S. M. cristianísima y á quien tuviere su poder y comision, 500.000 escudos de oro del sol, de á trece reales cada uno, en la ciudad de París, un dia ántes que se celebre el matrimonio.

»Que SS. MM. cristianísimas se obligan á asegurar, y que asegurarán la dote de la Serenísima Infanta Doña Ana sobre rentas seguras y cuantiosas, á satisfaccion de S. M. católica y de las personas que para esto nombrare; y disuelto el matrimonio y en los casos que por derecho ha lugar la restitucion de las dotes, la restituirán á la Serenísima Infanta y á quien por S. A. lo hubiere de haber, y entretanto que no se restituyere, han de gozar S. A. y sus herederos y sucesores de lo que montare los réditos de los dichos 500.000 escudos, á razon de á diez y seis, situados en dichas asignaciones.

»Que la Serenísima Infanta Doña Ana se haya de contentar y contente con la dicha dote, sin que le quede recurso, accion ó derecho alguno para pedir ó pretender que le pertenece ó que le puede pertenecer otros más bienes, derechos y acciones de las herencias de las Majestades católicas, sus padres; ó por contemplacion de sus personas, ó en otra cualquiera manera, ó por cualquier título sabido ó ignorado; porque todos ellos, de cualquiera condicion, naturaleza ó calidad que sean, ha de quedar exclusa; y luégo que tenga edad de doce años ha de hacer y hará renunciacion en forma dello, con todas las fuerzas, firmezas y solemnidad que se requiere y son necesarias, la cual hará ántes de casarse por palabras de presente; y despues la aprobará y ratificará juntamente con el Rey cristianísimo; luégo que se haya celebrado su casamiento, con las mismas fuerzas y solemnidades con que se hubiere hecho la primera renunciacion, y las que más parecieren convenientes, á que desde ahora para entónces S. M. cristianísima y Alteza han de quedar y quedan obligados; y que en caso que no hagan la dicha renunciacion y ratificacion, desde ahora para entónces, sólo en virtud desta capitulacion se tengan por hechas y otorgadas; la cual ha de ser en la forma más eficaz y conveniente que pueda ser para su valor y firmeza, con todas las cláusulas, derogaciones y abrogaciones de todas y cualesquier leyes, fueros, usos y costumbres, decretos y constituciones contrarias, ó que lo impidan en todo ó en partes; la cual, para este efecto, SS. MM. católica y cristianísima han de derogar; y por la aprobacion que hicieron desta capitulacion, desde luégo para entónces se entienda quedar derogados.

»Que por cuanto por las majestades católica y cristianísima se ha venido y viene en estos casamientos, para con el vínculo doblado dellos perpetuar y asegurar más la paz pública de la cristiandad, y entre SS. MM. el amor y hermandad que se desea, y en consideracion de las justas causas que muestran y persuaden la conveniencia destos casamientos, mediante los cuales, y con el favor y gracia de Dios, se pueden esperar

felices sucesos en gran bien y aumento de la fe y religion cristiana, y beneficio comun de los Reinos, súbditos y vasallos de ambas Coronas, y por lo que importa al estado público y conservacion dellos, que siendo tan grandes no se junten, y queden prevenidas las ocasiones que podria haber de juntarse, y en razon de la igualdad y otras justas razones, se asienta por pacto convencional, que SS. MM. quieren tenga fuerza y vigor de ley establecida en favor de sus Reinos y de la causa pública dellos: que la Serenísima Infanta Doña Ana y los hijos que tuviere varones y hembras, y los descendientes dellos y dellas, así primogénitos como segundo, tercero y cuarto génitos, y de allí adelante en cualquier grado que se hallen, para siempre jamás, no puedan suceder ni sucedan en los Reinos, Estados y Señoríos de S. M. católica, comprendidos debajo de los títulos ya referidos en esta capitulacion, ni en ninguno de todos los demas Reinos, Estados y Señoríos, Provincias, Islas adyacentes, féudos, guardianías y fronteras que S. M. católica al presente tiene y posee, y le pertenece ó pueda pertenecer, así dentro de España como fuera della, y adelante S. M. católica y sus sucesores tuvieren, poseyeren y les perteneciere, y en todos los comprendidos, inclusos y agregados á ellos, ni en todo lo que en cualquier tiempo se adquiriere y acrecentare á los dichos Reinos, Estados y Señoríos, y se recobrare y devolviere por cualquier título, derecho ó causa que sea ó ser pueda, aunque en vida de la Serenísima Infanta Doña Ana, y despues en los de cualesquier sus descendientes primogénitos, segundogénitos ó ulteriores, llegue y suceda el caso y casos en que por derechos, leyes y costumbres de los dichos Reinos, Estados y Señoríos, y de las disposiciones y títulos por do se sucede, y pretendiere suceder en ellos, ó les habia de pertenecer la sucesion; porque della y de la esperanza de poder suceder en estos dichos Reinos, Estados y Señoríos, desde luego se declara quedar exclusa la dicha Serenísima Infanta y todos sus hijos y descendientes varones y hembras, aunque digan ó puedan decir y pretender que en sus personas no corren, ni se pueden considerar

las razones de la causa pública, ni otras en que se pudo fundar esta exclusion, y que ha faltado, lo que Dios no quiera ni permita, la sucesion de S. M. católica y de los Serenísimos Príncipes, Infantes y de los demas hijos que tiene y tuviere, y de todos los legítimos sucesores; porque todavia, como dicho es, en ningun caso, ni tiempo, ni suceso, ni acaecimiento, han de suceder ni pretender suceder sin embargo de las dichas leyes, costumbres y ordenanzas, y disposiciones en cuya virtud se ha sucedido y sucede en todos los dichos Reinos, Estados y Señoríos, y de cualesquier leyes y costumbres de la Corona de Francia que en perjuicio de los sucesores en ella impiden esta exclusion, así de presente, como en los tiempos y casos de diferirse la sucesion; todas las cuales, y cada una dellas, SS. MM. han de derogar y abrogar en todo lo que fueren contrarias ó impidan lo contenido en este capítulo, y su cumplimiento y ejecucion, y se entienda que por la presente capitulacion las derogan y han por derogadas; y que asimismo sea y se entienda quedar exclusa y exclusas la Señora Infanta y sus descendientes para no poder suceder en ningun tiempo ni caso en los Estados y Países Bajos de Flandes y Condado de Borgoña y Charoloys, con todo lo adyacente y perteneciente á ellas, que por donacion de S. M. católica se dieron á la Serenísima Infanta Doña Isabel, y han de volver á S. M. católica y á sus sucesores.

»Pero juntamente se declara expresamente, que si, lo que Dios no quiera ni permita acaesciere, enviudar la Serenísima Infanta sin hijos deste matrimonio, que en tal caso quede libre de la exclusion que queda dicha, y capaz de los derechos de poder suceder en todo lo que le puede pertenecer, en dos casos: el uno, si quedando viuda deste matrimonio y sin hijos se viniese á España; el otro, si por conveniencias del bien público y justas consideraciones se casase con voluntad del Rey católico, su padre, y del Príncipe de las Españas, su hermano; en los cuales ha de quedar capaz y hábil para poder heredar y suceder.

»Que la Serenísima Infanta Doña Ana, luego que haya

cumplido la edad de doce años, y ántes de celebrar y contratar el matrimonio por palabras de presente haya de otorgar escritura, obligándose por sí y sus sucesores al cumplimiento y observancia de lo susodicho, y de la exclusion suya y de sus descendientes; aprobándolo todo segun y como se contiene en esta capitulacion, con las cláusulas necesarias y juramento, y á que insertando esta capitulacion y la escritura de obligacion, y aprobacion que S. A. hubiere otorgado, hará otra tal juntamente con el Rey cristianísimo, luego que con S. M. se haya casado; la cual se haya de registrar y pasar por el Parlamento de París en la forma y con las fuerzas acostumbradas; pasando y registrándola tambien por el Consejo de Estado; y hechas las dichas renunciaciones, ratificaciones y aprobaciones, ó dejadas de hacer, desde ahora, en virtud desta capitulacion y del matrimonio que se siguiere en razon della, se dan por hechas y otorgadas.

»Que SS. MM. cristianísimas hayan de dar y den á la Serenísima Infanta Doña Ana, joyas de valor de 50.000 escudos del sol; los cuales, y cualesquier otras joyas que S. A. llevare, le han de pertenecer libremente, como bienes y patrimonio suyo, para S. A y sus herederos y sucesores, y á quien tuviere su derecho y causa.

»Que SS. MM. cristianísimas, siguiendo la órden y costumbre de la Casa Real de Francia, consignarán y constituirán á la dicha Serenísima Infanta Doña Ana para su donario, 20.000 escudos de oro del sol en cada un año, que serán pagados y consignados en tierras y rentas, con jurisdicion de que el principal lugar tendrá título de ducado, y los demas consecutivamente hasta la dicha suma de 20.000 escudos en cada un año; de las cuales heredades y lugares, habidas y consignadas, la dicha Serenísima Infanta gozará por su mano y por su autoridad, ó por sus Comisarios y Oficiales, con la dicha jurisdicion, como arriba queda dicho; y más tendrá la provision de todos los oficios vacantes, como tienen costumbre las Reinas de Francia; entendido todavía á que los dichos oficios sean dados á naturales franceses, juntamente con la

administracion de las dichas tierras, conforme á las leyes y costumbres del Reino de Francia; del cual sustento, la dicha Serenísima Infanta Doña Ana, entrará en posesion tan presto como la viudez diere lugar para gozar dél durante su vida, sea quedándose en Francia ó retirándose á otra parte.

»Que la Majestad cristianísima ha de dar y asignar á la Serenísima Infanta Doña Ana, para los gastos de su cámara y entretenimiento de su estado y casa, la cantidad conveniente á hija y mujer de tan grandes y poderosos Reyes; asignándosele en la forma y segun se acostumbra en la Corona de Francia hacer asignacion deste entretenimiento.

»Que cumplidos los doce años de edad de la Serenísima Infanta Doña Ana, se hayan de desposar por poderes el dicho Señor Rey Cristianísimo, y la Serenísima Infanta Doña Ana por palabras de presente; y hecho esto, S. M. católica la haga llevar á su costa hasta la frontera del Reino de Francia con la autoridad y aparato que conviene á hija y mujer de tan altos y poderosos Reyes, y con la misma ha de ser recibida por el Rey cristianísimo.

»Que, disolviéndose el matrimonio entre S. M. cristianísima y la Serenísima Infanta Doña Ana, viviendo más S. A., pueda volverse y retirarse libremente á los Reinos de España ó á las partes que escogiere fuera de Francia, siempre y todas las veces que quisiere, con todos sus bienes, dote y donario, joyas y vestidos, vagillas de plata y cualesquiera otros muebles, Oficiales y criados de su casa, sin que por ninguna via ni causa que seará haya sobrevenido ó sobrevenga, se le ponga ó pueda poner impedimento ni detencion alguna á su partida, directa ni indirectamente, ni el gozar y cobrar libremente la dicha su dote y donario de las asignaciones que se le hubieren dado y debido dar; para cuyo efecto, S. M. cristianísima ha de dar á S. M. católica y á la Serenísima Infanta Doña Ana, su hija, las letras, cédulas y cartas de seguridad que fueren necesarias y se pidieren, firmadas de su Real mano y de la Reina cristianísima, su tutora y Regente del Reino, selladas con su sello; y desde luego, para entónces, SS. MM. cristianí-

simas, por sí y los sucesores en la Corona y Reino de Francia, lo aseguran y prometen por su fe y palabra Real.

»Que atento que el tratado y concierto deste matrimonio ha sido deseado y movido por nuestro muy Santo Padre, y con su intervencion puesto en el estado que hoy tiene, se ha de suplicar á Su Beatitud, y desde luego SS. MM. le suplican, tenga por bien de bendecirle, y con su autoridad apostólica convenir en esta capitulacion y aprobarla, insertándola en las letras della, con las aprobaciones que hubieren hecho Sus Majestades y Alteza, y escrituras y juramentos que se hubieren otorgado y hecho en su cumplimiento.

»Que SS. MM. católica y cristianísima han de aprobar y ratificar esta capitulacion, y todo lo contenido en ella; obligándose y prometiendo por su fe y palabra Real, de la guardar y cumplir inviolablemente; despachar sus cédulas Reales en la forma y con las fuerzas acostumbradas; con derogaciones de cualesquiera leyes, fueros y costumbres que hubiere en contrario y convenga derogarse; las cuales dichas cédulas de ratificacion desta escritura, se hayan de entregar de la una parte á la otra, dentro de dos meses, que se han de contar desde el dia de la data desta, por medio de los Embajadores ordinarios que residen en las cortes de SS. MM. católica y cristianísima.

»De todo lo cual, los dichos señores Comisarios en los dichos nombres prometieron, convinieron y concertaron, segun en esta capitulacion se contiene; y obligaron á SS. MM. católica y cristianísima y Alteza con la obligacion y vínculo de la dicha su fé y palabra Real, que lo cumplirán, y guardarán, y mandarán que se guarde y cumpla enteramente, sin que en todo ó parte dello falte ó mengüe cosa alguna; y contra ello no irán, ni vendrán, ni consentirán ir ni venir, directa ni indirectamente, ni en otra via ni manera alguna; y así lo otorgaron los dichos señores Comisarios, en virtud de los poderes que tienen de SS. MM.; hallándose presentes todos los referidos al principio desta capitulacion; y los señores otorgantes lo firmaron de sus manos y nombres, y me pidieron

que desta capitulacion saque, y de todos, los traslados que fueren necesarios y se me pidieren.—El Duque Marqués de Denia.—Enrique de Lorena y Brularte.—Andrés Casfilet.»

Concluida esta capitulacion y otorgada, los dos Duques y todos los demas señores que se hallaron presentes, fueron á besar la mano al Rey, al Príncipe y á la Reina de Francia; el Rey los recibió con aquella humanidad de que le habia dotado el cielo: con lo cual, el Duque de Humena, con el mismo lucido acompañamiento, se volvió á su posada; dándose todos los de la corte á fiestas para mayor solemnidad destas capitulaciones, de máscaras, torneos, juegos de cañas y sortijas, con muchas y muy notables invenciones. En París, á 25 del mismo mes, en que se capitulaba en Madrid, dia de San Luis Rey de Francia, el Duque de Pastrana con autoridad Real y magnífica, capituló por los mismos artículos los dichosos casamientos destos Príncipes; haciendo muchos de los de la sangre y toda la nobleza de aquel Reino fiestas de torneos, con ingeniosas divisas y invenciones; señalándose en grandeza, riqueza y ostentacion, el Duque de Guisa y el de Nevers, que fueron los primeros mantenedores. El Duque de Humena, muy favorecido y honrado del Rey, con la generosidad del hospedaje, haciéndole presente de caballos, y de joyas de mucho precio á todos los que habian venido con él, se volvieron á Francia. El Duque de Pastrana, habiendo cumplido lucidamente con su obligacion, tornó á España, y poniendo en las manos del Rey lo que habia capitulado en Francia, los dejaremos hasta el año de 15, que veremos el cumplimiento destas capitulaciones en Búrgos, y en el paso de Behovia y en el rio Andaya, que divide á Francia de España, pasar á Francia la Reina Doña Ana, y pasar á España la Princesa Doña Isabel.

Contendian de nuevo los Príncipes de Brandembergue y de Neuburgue sobre los Estados de Juliers, en cuyas diferencias dieron ocasion que el Emperador, y el Rey católico en su nombre, volviese por el derecho y causa imperial, y por el respeto que cada uno debe tener en aquellos Estados á la

dignidad, como veremos á su tiempo y con brevedad, y tambien porque los holandeses sacasen sus inteligencias desta pretension; los cuales, atentos á todo, y holgados con el ócio de la paz, se estendian á inquirir novedades fuera de todo uso natural; pretendieron este año, llevados de una opinion, á mi parecer, desproposítada y sin fundamentos, de Eliseo de Roestin que decia, y lo habia dado así por escrito á los Estados, que por los meses del estío, aquellos mares que están hácia el Polo Ártico, eran por aquellos dias navegables, y que su hielo se extinguia y desataba, y estaban más libres de la inclemencia y de la nieve de aquel Polo, y que en más breve tiempo podian por allí hacer sus navegaciones á la India oriental, dando título á aquel viaje de la Novacembla, y podrian traer sus riquezas sin tan larga carrera como la del cabo ó promontorio de Buena Esperanza. Esta opinion está refutada de muchos hombres de estudio en el teatro del mundo, por vana y desbaratada, y daban por razon, que á donde no alcanza el sol apénas hay vida ni contienen en sí las cosas calor natural para dejarse tratar ni usar dellas. La codicia hacia á muchos dar en precipicios desesperados; sin embargo, la tentaron algunos y siguieron su error; otros, vecinos y compañeros en su ambicion y secta, aprestaron dos navíos en el principio de la primavera, y saliendo de Holanda, y llegando á aquellos remotísimos mares, hallaron viva su dificultad, y tan impenetrables, que retrocedieron del intento, y hubieron de buscar otros rumbos para su vuelta por todo aquel septentrion, perdiendo un navío de los dos que llevaron. Intentaron tambien por este camino los ingleses su viaje á la India, de que quedaron desengañados, habiendo vuelto destrozados y menoscabados de la empresa, cual suele salir al ambicioso no contento de usurpar lo ageno, sin vasos y sin gente; lo que hallaron en sus riberas, causado de grandes tempestades y tormentas, fué más de 2.000 cuerpos muertos entre éstos y los de Francia; en nuestras costas, cerca de aquel Canal, dieron al través más de 60 navíos de diferentes naciones; en las de Holanda se hallaron pasados de 1.000

cuerpos muertos; undiéronse en Amsterdan los navíos que venian cargados del Oriente (muchos habian de ser); alcanzó este estrago á la provincia de Flandes, algunos lugares de aquellos y la Enclusa corrieron fortuna; parte destos trabajos alcanzó á Italia, salieron de sus términos el Pó y el Tiber, tanto, que inundaron con daño de sus naturales las ciudades de Roma, Mántua y Ferrara; en Candía sacó la violencia de los aires muchos edificios de sus asientos; y trabucó mucha parte de sus bajeles, daño irreparable por la importancia de la pérdida. Casó Federico, Conde Palatino del Rhin, Elector del Imperio, con Isabel, hija de Jacobo, Rey de Inglaterra, que veremos presto echar de Praga por tirano de Bohemia; celebráronse estas bodas en Lóndres, y festejáronlas muchos de la faccion protestante, alemanes altos y bajos; resfrió mucho éstos alborozos la muerte de Enrique, Príncipe de Gales, de achaque de haber hecho porfiadamente mal á un caballo: sucedióle en el derecho del Reino, Cárlos, su hermano, para quien entró en pensamientos su padre de casarlo con la Infanta Doña María, que mereció despues con más justa fortuna el Imperio de Alemania.

Apénas el fatal suceso de Enrique habia resfriado el orgullo de sus gentes, y sus provincias todas habian dejado las armas, licenciado las tropas y los tercios, así naturales como extranjeros; la artillería, carros y municiones se habian desaparejado en el arsenal de París; los Generales de caballería, Maestres de Campo, Capitanes y Oficiales habian depuesto de sus bastones y ginetas; los discursos, designios y empresas desbaratados; los confines de Italia y Flandes puestos en sosiego; frustrados de sus prevenciones y movimientos los coligados; los herejes alemanes descaecidos y desvanecidas sus materias por el invencible poder y brazo fuerte de Dios; los holandeses, venecianos y suiceros sin protector; el Duque de Saboya excluido del tratado; cuando se levantó tal accidente en Italia, que habiendo tenido su principio y causa en el año 1613, duran sus efectos hasta hoy que se cuentan en el mundo los de 30. Finalmente, viniendo á discurrir en

el suceso digo, que por este tiempo habia muerto Francisco II, Duque de Mántua, (1) el cual estaba casado con Margarita, hija de Cárlos, Duque de Saboya; deste matrimonio no tuvo el Duque hijo varon, sino una hija que hoy vive y se llama María. Los privilegios y leyes de aquel Estado, ó los artículos con que le dieron en feudo á los Gonzagas, los Emperadores excluyen á las hembras de la adopcion y derecho de poder heredar; con que Ferdinando, su hermano, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, renunciando el Capelo, entró en la sucesion y tomó la posesion del Estado de Mántua y Marquesado de Monferrat. Está el Ducado de Mántua, tierra fértil y ciudad opulentísima, y de las nobilísimas de Italia, sobre el Estado de Milan; el Monferrat, en que se incluyen algunos buenos lugares y una villa por colonia más principal, á la ribera del Pó; con un castillo ó una ciudadela fortísima, que llaman el Casal, está debajo del mismo Estado, alargándose en forma piramidal hasta meterse entre el Astesano y Alejandría de la Palla, de manera que casi se remata cerca de Alejandría y Aste, ciudad de nombre y autoridad en el Piamonte, que pertenece al Duque de Saboya. El Duque, pues, que ya habia llegado á su noticia la muerte de Francisco Gonzaga, Duque de Mántua, y la sucesion en el Estado de Ferdinando, su hermano; la viudez de la Princesa Margarita, su hija, y como su nieta quedaba desposeida de todo humano amparo, entró en pensamientos y discurrió, que ya que no heredaba lo de Mántua, habia de entrar en la sucesion del Monferrat; para esto, hizo su discurso, abrió archivos, desenvolvió papeles, y fundando el intento en los mejores derechos que pudo, envió su embajada, eligiendo para ella á los Condes de Martiniego y Lucerna; llegaron éstos á Mántua, vieron al Duque,

(1) *El Padre Mariana en su* Epítome de la Historia de España, *llama á este Duque Francisco. En otro autor de no menor calidad en letras y estudios, le llama Vicencio, último Duque de Mántua, esposo de la Princesa Margarita, que tuvimos en España.* Nota puesta al márgen del manuscrito, pero de distinta letra.

diéronle el pésame de la muerte de su hermano de parte del Duque, y el parabien de la herencia; propusiéronle su demanda, y de camino que se sirviese de darles á la Duquesa viuda con su hija, porque el Duque las queria tener en sus Estados, y tambien que advirtiese, que si no heredaba el Ducado de Mántua por las cláusulas expresas de aquel Estado, las habia para que heredase el Marquesado de Monferrat, y que así les diese comision y licencia para tomar la posesion; enseñaron algunos papeles de poco fundamento. El Duque de Mántua agasajó los Embajadores, y difirió la respuesta para más despacio; y habiendo entrado en acuerdo con los de su Consejo, pareció por todos no haber lugar en ninguna de las cosas que se pedia; volviéronse los Embajadores, dieron su respuesta al Duque de Saboya; el cual, con aquel natural bullicioso que tenia, volvió á recurrir y hacer sus protestas. El Duque de Mántua para informarle mejor y templarle, envió al Obispo de Diocesárea; el cual, habiendo llegado á Turin, corte del Duque, y díchole todo lo que en esta parte sentia, y como el Duque de Mántua, por diversas materias de Estado de que se hallaba constreñido, no podia venir en nada: el Duque de Saboya, para apretar más este punto, envió á Mántua al Príncipe Victorio, su hijo; partió el Príncipe con todo lo más lucido de su corte, llegó á Mántua, vió al Duque y á su hermana y sobrina, y consolándola en su viudez, trató con el Duque de las cosas hasta allí platicadas; procuraba el de Mántua defenderse cuanto le era posible en lo tocante á entregar la Duquesa y hija, ni tampoco que se le hablase en lo de Monferrat: finalmente, las diligencias de una parte y otra andubieron tan vivas, que el de Mántua vino en que en tanto que se decidia la causa, se llevasen la Duquesa y su hija á Módena como en depósito. Partieron, pues, estos Príncipes, y llegando á Milan, el Marqués de la Hinojosa, Gobernador y Capitan general de aquel Estado, que no perdia punto de estar á la mira y trascender estas novedades, como todos los Príncipes y potestades de Italia y de toda la Europa lo estaban, anteviendo que este accidente habia de causar rumor en los Es-

tados de cada uno de los interesados: recibió, pues, el Marqués estos Príncipes; hospedólos y agasajólos con la generosidad que acostumbra España; y en lo tocante á lo comenzado, se atravesó, y opuso, y procuró que la Duquesa y su hija volviesen á Mántua, y no se dispusiese de nada hasta que diese cuenta al Rey católico, cuyo arbitrio y parecer habia de ser el que cada uno habia de observar. Las controversias y debates que sobre esto hubo fueron notables: finalmente, apretado el Marqués, vino en que la Duquesa pasase á Turin con su padre; empero, que la nieta, sin réplica ninguna, volviese con su tio á Mántua. Sintió el Duque de Saboya esta resolucion del Marqués en el corazon; y valiéndose de sus ardides y estratagemas, hizo leva de banderas con voz de que queria guarnecer los confines de sus Estados; y agregándolas hácia Verceli, y metiendo inteligencias mañosas en los naturales del Monferrat, impensadamente, y al descuido de los confinantes, y sin que el de Mántua pudiese entender nada, á 20 de Abril deste año, se caló por el Monferrat y batió á Trinalba y otras plazas de escasa defensa; y con los aliados que ya tenia dentro, las tomó. Pasaba á la sazon el Duque de Nivers, de Francia á Florencia, acompañando á Catalina de Lorena, que iba á casarse con Mario, Conde de Santafiore, primogénito y heredero de la casa de Ursino; y habiendo desembarcado en Saona, tuvo noticia de la entrada del Duque de Saboya en el Monferrat, y como se habia enseñoreado de las plazas referidas; y pareciéndole corria peligro el Casal, plaza importantísima y digna de conservacion para no perder el Estado, á toda priesa se metió en ella, como deudo de la casa de Mántua, y con alguna gente que pudo juntar, se puso en defensa contra la invasion del saboyano. El Duque, que fué advertido de la entrada del Nivers en el Casal, habiendo sido ántes su determinacion ir sobre ella, pareciéndole era ya tiempo perdido, por cuanto es inexpugnable su ciudadela, volvió los pensamientos contra Niza de la Palla. A esta hora habia ya publicado el Duque por todos los Príncipes, sus vecinos, y por todos los demas de la Euro-

pa, largos manifiestos y memoriales del derecho que tenia á la empresa que habia tomado, justificándose todo lo posible, y cimentando con razones más verosímiles que verdaderas, su causa y la de su nieta, gran persona de mover á conmiseracion y llamar á sí las fuerzas forasteras, y dar á entender lo que á él le parece y le conviene, por justo, como si ya no se conociera su natural y artificio, y que su genio habia estado siempre fundado en engañar al más deudo y al más amigo: todas, finalmente, razones coloridas y afectadas de bachillería y retórica, apoyando la tutela, que para extenderse más un paso queria le tocase, no siendo así. D. Juan de Mendoza Marqués de la Hinojosa, que á todo estaba atento, no queriendo perder punto de lo que le tocaba ni de las circunstancias de su oficio, pareciéndole excedía el Duque de Saboya de lo justo y del respeto que debia al mayor Señor y Príncipe de Italia, escarmentado mal de la traicion pasada en haberse contra las deudas envejecidas á España coligado con Enrique, envió á decir al Duque de Saboya se admiraba mucho hubiese intentado entrar en el Monferrat con tanto número de armas, y más habiéndole avisado como lo hacia, que primero habia de ocurrir á la voluntad del Rey católico y á tener órden suya, pues era cosa prohibida que en Italia, sin ella, ningun Príncipe lo pudiese hacer, tocar caja, ni arbolar bandera; y primero que todo al Emperador, á quien tocaba como á Príncipe soberano, y aquellos Estados feudos del Imperio, decidir y juzgar esta causa; exhortóle á que no pasase á delante, y que en caso que lo hiciese no podria dejar con todas las fuerzas del milanés de estorbárselo con toda resolucion y brevedad. El Marqués, supuesto lo avisado y el estado presente del suceso, dió cuenta de todo al Rey católico; y entretanto, para remediar el accidente, juntó á consejo las cabezas del Gobierno y Magistrado, y los que tenian á su cargo las armas del Estado, cuyas personas eran: D. Sancho de Luna, castellano de Milan; el Príncipe de Asculi; D. Alonso Pimentel, General de la caballería; el Marqués d'Este; Juan de Contreras Gamarra, Gobernador de Cremona; el gran

Canciller, Diego de Salazar; los Presidentes del Senado y Magistrado; y proponiéndoles los puntos y circunstancias del caso, para que libremente diesen su parecer y resolucion, con toda atencion y prudencia, lo que se debia de hacer; si sería bien socorrer á Niza y hacer salir las gentes del Duque de Saboya del Monferrat. Muchos fueron de parecer no se pusiesen en alteracion las cosas de Italia, y que se esperase órden de S. M. para hacerlo, ántes que otra cosa ninguna; otros que se ocurriese á la necesidad presente y no se consintiese que el Duque entrase sojuzgando aquel Estado, debiendo preceder primero órden del Rey para ocuparle. El Marqués, discurriendo como le dictaba su obligacion, y que sería gravemente reprendido de España si no estorbaba estos movimientos, pues no estaba allí para otra cosa, y que era dar tiempo al de Saboya para fortificarse y hacerse dueño de las plazas, dificultando el poderle echar despues dellas, habiendo avisado al Rey católico, como dije, levantó el consejo; y contra el parecer de algunos, convocó á sí alguna gente de las guarniciones; y entregándosela al Príncipe de Asculi, le dió órden para que echase las armas del Duque del Estado de Monferrat. Marchó, pues, el de Asculi á toda diligencia, á tiempo que ya el Duque de Nivers, con algunos amigos suyos que se le habian juntado por los tránsitos de Marsella, Saona y Génova, y cantones de Esguízaros, atravesando la Lombardía, salió razonablemente armado del Casal, en apoyo de la casa de Mántua; accidente tan perjudicial como la pretension del Saboyano, y cuánto importa con derecha ó siniestra intencion no dar entrada á franceses en Italia; el Duque de Mántua que á esta hora vió al Duque de Saboya entrar tomándole sus tierras, y que publicaba por el mundo escritos en que manifestaba el derecho de su pretension, hizo, sin embargo, con razones y fundamentos bastantes, publicar el suyo, que hizo correr por toda la Europa, y levantar gente en el mantuano para defensa del Monferrat, y librar aquellos pueblos del asédio que tenian sobre sí y restituirlos á su antiguo dominio: á esta hora llegó

al Marqués de la Hinojosa respuesta del Rey católico, en que aprobaba su parecer en haber metido sus banderas en aquel Estado, y que las continuase. El Príncipe de Asculi, debajo del pretexto comenzado, llevó órden muy apretada en que no dejase pasar adelante los actos de hostilidad, ántes que procurase meter á ambos Duques en algun concierto y composicion, serenando por todos caminos sus discordias y diferencias; que echase de allí las armas y retirase á cada uno á sus Estados, sin encenderlos ni exasperarlos, como en tales casos lo enseña la prudencia; que hiciese remitir su causa al Emperador, juez árbitro en estas dudas: finalmente, que todo surtiese al fin y sosiego que convenia y era justo.

Estaban atentos, como dije, á esta novedad todos los mayores Príncipes de la Europa; la Reina madre, Regente de Francia, y todo aquel Parlamento, si bien parece habian de ocurrir al de Nivers y darle calor por ser de la sangre, vasallo y compatriota, y por el parentesco á la casa Gonzaga; discurrian, empero, era apoyar la materia de Estado española, cosa no vista jamás en ninguna ocurrencia, y que era desabrir un potentado coligado suyo, tan poco ántes confederado con Enrique, y hombre en cualquiera tiempo conveniente y no para desechar, como se lo habia parecido en la liga pasada, ostentando ser soldado importante en cualesquier tiempo; atravesábase en medio, pues, destas cosas, no querer apoyar ni fomentar alteraciones, por cuanto tenia necesidad el Reino de Francia, por la muerte de su Príncipe y los pocos años del que ahora tenian, de solicitar la paz y reinar con sosiego sin despertar accidentes; atendiendo, otrosí, á los casamientos capitulados con España, á quien no querian mostrar sus reveses no saliesen castigados por lo pasado; que la falta de Capitan los tenia encogidos; cada una de estas cosas los hacia estar en intermision en sus acuerdos, si bien al cabo, aunque más lo pretendiesen cubrir, sabian; y aunque la Reina madre lo estorbase flojamente, si esto pasaba adelante, habia de hacer el Duque de Saboya la guerra con franceses por no despreciar el nuevo coligado y pagarle los buenos oficios de

los años pasados. Venecia no queria desmayar la faccion francesa, haciendo poner alguna gente en sus confines, siguiendo el ejemplo Florencia y otros; todos con ánimo de estar á la mira: deseábalos componer el Papa; y el Emperador les avisó estuviesen á derecho sin inquietar á Italia, nervio importantísimo de la Monarquía española: dió cargo de gobernar la gente de guerra el Duque de Saboya al Conde Guido San Jorge, los cuales eran 7.000 infantes y 1.000 caballos entre piamonteses, suizos, franceses y saboyanos; y despues de las plazas ganadas, pasó sobre Moncalvo y se apoderó della y de algunas villetas de su contorno; corrió luégo con esta diligencia á ponerse sobre Niza de la Palla, plaza importante de aquel Estado: á esta hora corrieron luégo sobre él el Duque de Nivers con algunas tropas, y en su seguimiento D. Vicente Gonzaga con las banderas de Mántua; impedia el de Nivers, ó temia que el Conde Guido San Jorge, si pasaba tan á delante su empresa, no se enseñorease de Aquís y de Pauson, porque de hacerlo, quedarian cortados los socorros de Francia y la Toscana por los tránsitos de Saona y Génova; y así, procuró presidiarlas y reforzar las villas del contorno, todo de poquísima importancia, por no alcanzar ni séquito, ni gente, ni hallarse con el dinero necesario para fabricar fuerzas: batia en el entretanto el Conde Guido á Niza, teniéndola cerrada por todas partes; tanto, que habiendo salido el Coronel Bia con 70 caballos á buscar algunas municiones, no le fué posible volver á entrar, con que se hubo de recojer á Aquís. Deseaba el de Nivers socorrer á Niza, que á esta hora se hallaba por el Saboyano apretada y con refuerzo de 4 cornetas de caballería: D. Vicente Gonzaga le disuadia del intento, pareciéndole era eventual la faccion y la gente, diciéndole esperasen al Príncipe de Asculi, que ya habia salido de Alejandría de la Palla y se entraba por el Monferrat; con cuyas fuerzas harian retroceder al enemigo y le haria á su pesar dejar el sitio, las demas plazas, y toda la tierra. Tomó el gobierno el de Nivers, y pasaron ambos con sus gentes á juntarse con el Príncipe de Asculi: tomó de paso

una fuerza que tenia con presidio el Conde Guido, y haciendo alto en Momblandon, con fuegos y ahumadas y otras espías, avisó á los sitiados del socorro que les iba en su favor, con que sin duda ninguna se verian libres del asedio, y áun todo el Estado. A 22 de Mayo deste año, se apareció el de Asculi con un buen número de soldados, calándose por toda la tierra, á cuyo amparo y sombra llegaron luégo el Gonzaga y Nivers. Recibiólos el Príncipe, si bien no quisiera ver tan hallado al Nivers, ni tan introducido en el socorro ni en el parentesco, porque luégo habia de querer valerse de los franceses, no obstante que dificultaba quisiesen acudir á dos partes, porque de razon habia de desfallecer la una, y adivinaba habia de prevalecer la de Saboya, aunque por ahora el tiempo, el asegurar la sucesion de Luis, los casamientos con España, los hacian no declararse ni descubrirse del todo; pues cualquiera prevencion de armas, como se ejerciten en Italia, donde querian abrir puerta para sus temas envejecidas, no les desplacen, y más comenzándolas debajo de otro designio, y con el Duque de Saboya; donde si no surtiese con prosperidad el intento, les parece no corre por su cuenta la reputacion ni la pérdida; y si surte, que aunque sea suya y se la sacaran de las manos al mismo en cuyo favor militan, y probaran su fortuna en lo que tanto les pica y desean, como es poner en necesidad á Italia y revolver sobre ella. Caminó el Príncipe de Asculi y los demas que se le habian juntado, á descercar á Niza y dar sobre la gente de Saboya: viendo el Conde Guido las banderas de España, y como el Príncipe de Asculi venia á socorrer la plaza, le envió á decir de parte del Duque de Saboya, que S. A. habia emprendido aquella guerra, no creyendo que el Rey de España asistiria al Duque de Mántua contra él; empero, despues que habia visto las banderas, si así lo queria, sólo su respeto, y no las armas de Mántua, le harian retirar, con pretexto de no emplear las suyas jamás contra la voluntad del Rey; palabras en la apariencia verdaderas, empero, en lo interior engañosas; no al ménos correspondidas á los beneficios recibidos de España por espacio de

cien años, en los tiempos de Cárlos V y D. Felipe II, que tantas veces de Francia, y todos tres Enriques, últimos de Francia, se le defendieron sus Estados y se los hicieron volver, habiéndoselos tomado; natural inquieto, y tocado de suma ingratitud; por donde apeteciendo por naturaleza el ser francés, como lo experimentamos rigurosamente el año de 29, no hay para qué casar ni dar hija á su Casa, servidos sus hijos y regalados en España, porque no los consintieron introducirse en el Gobierno como él quisiera, mirando ántes su particular, que el de la República y Estado; quiere que de su dañada intencion tengan la culpa los confidentes y el primer Ministro, y de lo que ahora intenta, publicando escritos ajenos de toda verdad y buen proceder. Respondióle el Príncipe que tenia órden del Rey para socorrer á Niza y sacar su gente del Monferrat; que si la retiraba no los seguiria, y si no que estaria al punto del dia sobre sus trincheras. Sin embargo de la respuesta, el Saboyano continuaba la expugnacion y el apretar la plaza, metiéndola muchas balas dentro; con que le dió coraje al Príncipe de Asculi; puesto en órden de batalla de arrojarse sobre él, tomando la derrota por unas colinas, cuya eminencia dió á conocer al Príncipe, que mandaba en la vanguardia, como el Conde Guido levantaba el sitio, aplanaba las trincheras, y se ponia en la retirada: viendo esto el de Nivers, á toda priesa se caló en la plaza, y tomando 200 infantes fué en seguimiento del enemigo, picándole vivamente en la retaguardia, de que le hizo reparar al Conde Guido y hacer alto y volver la frente á los suyos con ánimo de pelear y recojer algun bagaje y artillería, que venia, por no poder más, á paso lento. Atendiendo el de Nivers á la intencion del enemigo, lo envió á decir al Príncipe, el cual, llegando á toda prisa, no consintió se le acometiese; sin embargo de que hizo poner su gente en órden ántes; que pues marchaba como se le habia avisado, se le cumpliese la palabra; con que le envió á decir el Príncipe, que siguiese su derrota y saliese del Estado, que era á lo que habia venido, que no tocaria en sus escuadrones. Marchó el Conde Guido con el

seguro del Príncipe; salió de la tierra, y hizo alto en Castellane, aldea pequeña puesta sobre una montaña del Piamonte. Aquí se entró en consejo sobre recuperar las plazas que el Duque tenia en el Monferrat: proponia el de Nivers que lo haria con un regimiento de franceses; cosa de que no gustó el Marqués de la Hinojosa, y que rechazó con brevedad, por quitar toda sombra de sospecha; con que desabrido el Nivers quedó frustrado de poder pasar á delante. Ofreció el Marqués de San German al Duque de Saboya componer las cosas para deslumbrar á D. Vicente Gonzaga y al de Nivers, que queriendo pasar á recuperar las plazas de Alba y Moncalvo, les dijo el Príncipe de Asculi no habia para qué, que ya la paz estaba concluida entre el Duque de Saboya y el Gobernador de Milan; y mostrándoles los capítulos, parece se suspendieron; los cuales decian.

Que al requerimiento de Su Santidad y obediencia á los mandamientos de S. M. cesárea y católica, restituiria el Duque de Saboya dentro de seis dias las plazas que tenia en su poder del Monferrat á los Comisarios y Diputados por S. M., nombrados para este efecto; es, á saber, al Príncipe de Castellon por el César, y al Gobernador de Milan por el Rey católico; prohibiéndose por la una y la otra parte toda accion de hostilidad; que ninguno de los Duques pudiese pretender los daños causados por la guerra; que los vasallos de ambos que siguieron la parte contraria, no fuesen molestados en sus personas y bienes; que la Princesa María se entregase á la Infanta Margarita, su madre, dentro de quince dias, y que despues se tratase jurídicamente ante la Cámara imperial de las demas pretensiones y diferencias de ambos Duques: con estos artículos y paz, al parecer de muchos hombres estadistas, fantástica, desaparecieron el de Nivers y el Gonzaga. Las plazas, sin embargo, no se restituian, ni el Marqués de la Hinojosa deliberaba en entregar la nieta, anteviendo que no convenia, con que el de Saboya pretendia no soltar la presa; apretábale rigurosamente el Gobernador, con que para desliarse por entónces, resolvió de enviar á España al Príncipe Victorio, su

hijo, faccion con que pretendia cegar al de Mántua y á otros Príncipes de Italia; partió, pues, el Príncipe, y desembarcando en Barcelona, hizo alto en Nuestra Señora de Monserrate; de lo cual, avisado el Rey católico y su Consejo de Estado, le envió luégo órden para que escribiese á su padre desarmase y entregase al Gobernador de Milan las plazas que tenia en su poder del Monferrat, y que entretanto, y hasta que esto se hiciese, no pasase de allí; tuvo el Príncipe por dura esta resolucion, mas, sin embargo, hubo de obedecer; escribió á su padre; refirióle el estado en que se hallaba; envióle la órden del Rey, la cual, luégo que el Duque la recibió, la sintió gravemente, empero, cumplióla; que á tan gran potestad no hay orgullo que no se rinda. El Marqués, por la órden que tenia del Rey y del Consejo, como se le iban entregando las plazas, las volvia á los Comisarios de Mántua; ésto es lo que el Duque sintió sin encarecimiento; retiró la gente y repartióla en algunas de sus plazas; avisó á su hijo y al Rey como habia ejecutado con toda precision sus órdenes; escribió, por el consiguiente, el Marqués de la Hinojosa, con que mandó el Rey venir á la corte al Príncipe; en el entretanto, el Duque instaba al Gobernador se le cumpliese lo capitulado en lo tocante á la entrega de la Princesa, su nieta; el Marqués le prometia de hacerlo á su tiempo, y de componer su pretension; creia el Duque que éstas eran palabras de cortesía y cumplimiento, mas que en la intencion era todo torcido; sabia la materia de Estado mejor que todos, y conocia las dudas; escribia cartas á España al Rey y á sus Ministros, llenas de todo encarecimiento y sumisiones, armadas de toda retórica y afectacion; justificaba su causa, hacia memoria de las deudas á la Corona de España, arrepentíase de lo pasado, ofrecia nuevos servicios, mas los que le conocian tenian esto por falso, y recatábansele todavia, aplicando defensivos á su intencion: algunos, mal informados ó émulos á la potencia y majestad española, que refieren en crónicas poco legales los sucesos de Italia, afirmaban que el Rey católico queria quedarse con aquellas plazas: la entrega dellas y la

experiencia, más adelante, desengañó á la malicia; disentir tan bisoñamente un Rey justo y santo, armado de toda virtud y liberalidad; queria que todo Príncipe en sus Estados conserbase unión y conformidad, y ascendia de corazon á la paz y universal sosiego de Italia, y á parecerle no podia quitar un Estado á uno por darle á otro, aunque fuese más deudo, si no convenia. Llegó el Príncipe á Madrid, y besando la mano al Rey, le dió cuenta de todas las cosas sucedidas hasta allí entre el Duque de Mántua y el Duque, su padre; las acciones y derechos que tenia al Marquesado de Monferrat; las protestas y advertencias que le habia hecho ántes de llegar con él á las armas, que por la razon de su justicia no las habia podido escusar; que cuando vió las armas de S. M. en el Monferrat, las reconoció y respetó, y retiró los suyos, deseando que esta causa la justificase y declarase con la legalidad de su gran juicio; y que habiéndole enviado su padre á España sólo para esto, y para que lo pusiese todo en la benignidad y clemencia de sus manos; enviándole á mandar estando en Nuestra Señora de Monserrate, que avisase á su padre que luégo se entregasen las plazas que se habian ganado en aquel Estado, al punto lo habia hecho, poniéndolas en poder del Marqués de la Hinojosa, el cual las habia entregado al de Mántua; que el Duque, su padre, quedaba desto con algun sentimiento; empero, que todavia suplicaba á S. M. mirase este negocio con la grandeza y celo católico que siempre habia acostumbrado mirar por las conveniencias y acrecentamientos de su Casa y las causas della, admitiendo que todas las que tenia las reconocia á la majestad y potencia del Rey D. Felipe II, su padre, y á la autoridad y brazo invencible de Cárlos V, su abuelo. El Rey le respondió, alegrándose de su venida, que quedaba informado de lo que le habia dicho, y ansí miraria la causa de su padre y la del Duque de Mántua con la justicia y razon que convenia á la paz y seguridad de sus Estados, conservacion y quietud de Italia; despidióse el Príncipe del Rey, y hospedado magníficamente en Palacio, informaba al Duque de Lerma y á todos los del Gobierno de Estado, de la gravedad del

negocio, procurándolos disuadir de la proteccion de Mántua, y persuadir á que el Rey pusiese á su padre en la posesion del Marquesado de Monferrat, cimentando esta pretension con todas las razones que aparentemente, á él y á los que venian en su compañía, les parecia que bastaban para salir con ella. El Duque y todos los Consejeros de Estado que consideraban y penetraban bien el peso deste negocio, y el punto más eficiente y esencial, que es no convenir que ningun potentado crezca en Italia ni dé un paso más adelante de lo que alcanzan sus fuerzas, sino que todos estén ceñidos y rodeados de aquella circunferencia y proporcion en que les colocó su fortuna, para con esta limitacion tenerlos más subordinados y sujetos á la paz y á la union entre ellos mismos, sin que aspiren ni asciendan á alteraciones ni novedades, más que á sola su conservacion, y ninguno se entrometa en las tierras del otro; por otra parte, consideraban el desagradecimiento del Duque de Saboya, y cuán ingrato se habia mostrado á los muchos y muy particulares beneficios que habia recibido desta Corona, ligándose tan pocos años ántes con el Rey de Francia contra ella, sin más ocasion ni fundamentos que por su natural inquietud, infidelidad y poca constancia, partes que harán aborrecible y áun sospechoso al Príncipe de mayor parentesco (tanto deben aborrecer y huir destos vicios los dependientes); todas estas cosas traian á los del Gobierno de Estado indecisos y poco determinables en el negocio, entreteniendo con buenas esperanzas la solicitud del Príncipe, en que consumia y gastaba mucho tiempo; ántes bien estaban todos de parecer de castigar al Duque y hacerle sentir las desconfianzas que tan justamente se tenian de su persona, para que desauciase de hallar en España ningun favor á sus pretensiones. El Príncipe, no obstante, apretaba en la resolucion, donde le dejaremos por ahora, mientras solicita su causa, y por haber gastado algunos meses en la corte y en su despacho, en que estuvo suspendida esta materia, referiremos como el Rey católico, con las armas, ocupó el puerto de la Mamora, por apartar de allí y tan cerca de los puertos de España corsarios

mahometanos y herejes del África y del septentrion, dando á este suceso el debido lugar que le toca, donde se verá que velaba el Rey católico con singular atencion sobre todas las necesidades del orbe, sin apartarse un punto dellas, sobrándole ánimo para todas, no faltando á ninguna.

Yace en el Africa á la parte de Poniente, que baña el mar Océano, entre Larache y Salé, el puerto de la Mamora; las corrientes del Rio Cebú, que se hacen de las vertientes de algunos montes cercanos, y de una fuente distante una legua de Fez, desembocando en la mar, le hacen de ancha y extendida barra, y si bien en la entrada es angosto, empero, capaz despues de bajeles grandes, y muy ocasionado á los corsarios herejes y mahometanos de abrigarse en él; porque distando no más que 36 leguas de Cádiz, puerta por donde entran en España los galeones y plata de Occidente, les parecia ensenada muy á propósito para fabricar sus robos; mírase en él un lugar casi arruinado, guarnecido de un fortezuelo de poca consideracion: cien años ántes de lo que voy escribiendo habia intentado tomarle el Rey D. Manuel de Portugal, bisabuelo del Rey católico, para encaminar y proseguir por allí la conquista del Reino de Fez; D. Pedro de Toledo, General de las galeras de España, con órden del Rey, pocos años há, cegó lo boca deste rio, por quitar las salidas que dél hacian los enemigos á inquietar nuestras costas; últimamente, el Rey católico, teniendo aviso que los holandeses traian secretas inteligencias con el Xerife Muley Zidam, de Marruecos, para que les dejase ocupar aquel puerto, porque como sus navegaciones, ora sean por Levante, ora por Poniente, son de mayores jornadas que las nuestras, y cuando sus navíos llegan á reconocer el Cabo de San Vicente para encaminarse á Holanda, vienen muchos dellos molidos y desaparejados con los largos viajes y las tormentas; por esta razon desean y han deseado siempre en aquella parte ocupar un puerto donde rehacerse y refrescarse, y reparar los navíos de los trabajos pasados, para con este refuerzo pasar contrastando los récios temporales del Canal de Inglaterra y llegar á las

islas; y lo más acertado y derecho, tomar el puerto para saltear las flotas y molestarlas. Pues, entreviendo el Rey católico las inteligencias y negociaciones destos rebeldes, y para no dejarlos hacer pié en ninguna parte, peleando con ellos, ya que no con las armas, á lo ménos con el cuidado, trató de que ántes que ellos lo imaginasen, entrasen sus armas ocupándole; y así, lo consultó primero con su Consejo de Estado, proponiéndole los daños que recibian de aquel puerto los navíos de mercaderes, de los corsarios de ambas sectas; las inteligencias de Holanda para hacer pié en él; y como si le pareciese al Consejo, el suyo era de que se tomase por los nuestros; que esto lo viese y lo considerase muy bien el Consejo y diese su parecer; y que si se resolviese en ocuparle, ordenase la manera y cómo habia de ser, porque fuese tan presto el resolverlo como el ejecutarlo.

Miró muy bien el Consejo el papel de S. M., y siendo discurrido y votado de todos el que la Mamora se tomase, por excusar del daño á los navíos que entran por las barras de Cádiz y Sanlúcar, y los que pasan al Reino de Portugal y de Galicia, y apartar á los holandeses de la pretension de ocuparle, ordenó el Consejo que se juntase en Cádiz buen número de navíos con gente y municiones las que bastasen para la empresa, y que fuese por Cabo dellas D. Luis Fajardo, Capitan general del mar Océano, y que le acompañase el Duque de Fernandina, General de las galeras de España, y el Conde de Elda, General de las de Portugal; y por personas para el consejo y disposicion de la empresa, D. Francisco Duarte; don Joan Fajardo; el Maestre de Campo D. Fernando de Añasco; el Veedor general Tomás de Ibio Calderon; el Maestre de Campo Jerónimo Agustin; el Almirante Diego de Santurci y Orozco y los Capitanes Cristóbal Lechuga y Sebastian Granero, Teniente general de la artillería, todos soldados de mucha disciplina, valor y experiencia militar, ordenándoles que por su prudencia y consejo dispusiesen y acordasen el modo y manera como se habia de conseguir aquella plaza, y que en la montaña superior que enseñorea el puerto y sus campañas,

que mira hácia la parte de Salé, se labrase un fuerte, que hiciese inexpugnable y que fuese la guarda y defensa del puerto, terror y asombro de los enemigos, para que desmayados en la confianza de abrigarse ó apoderarse dél, apartasen los pensamientos de intentarlo.

La determinacion y parecer del Consejo fué á manos del Rey, y así se trató luégo de su expedicion; envióse al instante órden á D. Luis Fajardo para que aprestase la armada con todos los demas navíos que pudiese, y la gente de guerra que tenia en Cádiz, cometiéndole la faccion al Duque de Fernandina y al Conde de Elda, y que con las escuadras de galeras se juntasen con D. Luis á los Capitanes sobredichos, para que estuviesen debajo de sus órdenes y sirviesen con sus personas y consejo en esta ocasion; obedecieron todos, luégo al punto, y puesto todo en órden y concierto de navegar, así navíos como galeras, Capitanes y soldados, marineros, artillería y municiones, con todos los demas pertrechos de fabricar y fortificar; juntó D. Luis con toda diligencia 90 bajeles y 6.500 hombres de pelea, sin la gente de remo y marinería, que era sin número, y con esta prevencion, á 21 de Agosto deste año de 1614, juntos los Generales de armada y galeras y los demas Capitanes señalados para el consejo, comenzaron á tratar el modo de tomar la Mamora, segun la órden que de S. M. tenian.

Juntos los Generales y Capitanes como habemos dicho, despues de haber ventilado muy bien el negocio, de un acuerdo y de un parecer se resolvió entre todos, que ántes de partir de la bahía de Cádiz, se observase y se hiciese ajustadamente la cuenta con la hora de las mareas de la costa de África, porque llegasen á tal tiempo, que sin perderle, entrasen con ella los bajeles, y en aquel se consiguiese el efecto; que en llegando á vista del rio de aquella plaza se diese fondo lo más cerca de tierra que fuese posible, aprovechándose de la creciente de las aguas vivas; que se echasen delante en acometiéndose la entrada dos barcos y dos galeras de vanguardia, arrimadas á las costas, con personas pláticas y de

experiencia, tomando conocimiento y sondando el canal; y que si las dos galeras pudiesen entrar á la par, fuese la una la *Capitana de España* y la galera *San Francisco;* y que si si esto no fuese posible, entrase primero la *Capitana* y siguiese *San Francisco;* y á éstas, ocho chalupas en dos escuadras, con los estrinques, hachas, clavos, acandillándolas los Capitanes Bartolomé García de Nodal y Agustin Románico, y de la infantería el Alférez Bartolomé de Ortega, y por ayudante Alonso Cornejo, para que en disparando y haciendo señal la *Capitana*, acometiesen á quemar los navíos que impidiesen la entrada del rio, y que saltasen en tierra 200 infantes con los Capitanes Gaspar Gonzalez del Águila y Martin de Ibarra, y el Capitan Marcio con su compañía, y por Cabo el mismo Capitan Águila, con órden que en habiendo entrado en la barra hiciesen lo posible por descomponer la artillería del enemigo, porque las galeras consiguiesen con ménos daño la entrada; que en prosecucion de los 200 soldados siguiese el Maestre de Campo D. Jerónimo Agustin con 600 hombres en galeras y chalupas, para que enseñorease ambas riberas de Larache y Salé, y que desembarcando cuando conviniese, siguiesen las Patronas de España y Portugal, con órden, que si los de la vanguardia fuesen juntos, guardasen la misma órden; y si conviniese volver las proas contra la fortificacion de los piratas, que tenian fabricada para defensa de la barra, siguiese Sebastian Granero, Teniente General de la artillería, sacando la que fuese necesaria de los navíos, y tirase con ella y ahuyentase los enemigos, asegurando los que hubiesen saltado en tierra; llevando junto con ella en los barcos, pólvora, balas, cuerdas, carpinteros, gastadores y otros muchos Oficiales y pertrechos para fabricar; y que á éstos siguiesen las galeras *Toledana* y *Santiago*, de España y Portugal, para seguridad de la gente que ha de desembarcar y artillería que se ha de plantar; y que en este puesto fuese el Capitan General en su chalupa, porque viesen todos en la parte donde estaba, y atendiese cómo se cumplian sus órdenes y cómo obraba cada uno lo que se le mandaba,

siendo ésta la cosa más importante para conseguir buen efecto en lo que se intenta; que el Capitan Cristóbal Lechuga fuese junto á su persona, y que distribuyese con cuidado las órdenes que se le diesen, y para que en saltando en tierra el mismo Capitan, reconociendo su disposicion, pueda trazar y abrir las trincheras, valiéndose del ingeniero militar Cristóbal de Rojas y de otros, siguiendo el resto de la infanteria desembarcando los pertrechos y artillería, y gastadores señalados para la faccion.

Últimamente, seguirán las galeras *Coloma* y *Capitana de Portugal*, que llevarán la retaguardia, á cargo del Conde de Elda, y á éstos seguirán los navíos, barcos de maderamen, clavazon, materiales, y otras cosas pertenecientes á fortificacion, con los bastimentos; y entretanto que se acomete, el Almirante Vidacabal irá con 6 navíos pequeños y otros barcos, la vuelta de Salé, á tocar arma á los enemigos, haciendo demostracion de querer desembarcar, sin ponerlo en ejecucion; para con este ardid divertir á los de la ciudad, y que no vengan á socorrer la Mamora, pensando que va el rayo á dar en sus casas: discurrióse ansimismo, que si el Duque de Fernandina ocupase el rio, desembarcase la gente de guerra al pié de la montaña alta, poniendo las galeras en tal órden, que asegurasen ambas márgenes del rio, haciendo que pasasen 200 hombres que se desembarcarian á la parte de Larache ó á la de Salé, para que se hiciese un cuerpo toda la infantería, que llevarian en sus mochilas vituallas para tres dias. Con este acuerdo y determinacion, se acabó el Consejo, embarcándose todos los soldados y Capitanes á dar principio á tan gloriosa empresa, y á sacar de las manos á los corsarios esta plaza, para que sus intentos queden siempre frustrados de la potencia y fuerzas de España.

Hecha á la vela toda la armada, aunque algunas borrascas lo procuraron impedir, á 2 de Agosto se dió vista á Larache, y el dia siguiente, á la Mamora. Los bárbaros, enterados de nuestras fuerzas, comenzaron á temer; y en numerosos escuadrones, aunque desordenados, como ellos usan, cubrian

aquella playa. Dió fondo la armada á poco ménos de una legua del puerto, por no haber podido llegar á tiempo de la marea: hallaron surtos 3 navíos de guerra de Holanda, que venian en seguimiento de su pretension con cartas de Mauricio, que habia enviado al Rey Muley Zidam para que le dejase ocupar el puerto, de lo cual estaba esperando la respuesta. El holandés abatió luego sus banderas al estandarte de España, haciéndole salvas con su artillería: D. Luis Fajardo envió luégo á informarse dél de los navíos que habia dentro y de los enemigos que los ocupaban: el General holandés dijo que habia 15 navíos de corsarios, y que le habian enviado á decir que el dia siguiente estaban resueltos de pelear con él, sino desembarazaba el paso para que libremente pudiesen entrar y salir por la barra: tratóse luego al punto de desembarcar la gente, y que entretanto, el Almirante Vidacabal, como estaba tratado, pasase á Salé, distante cinco leguas de aquel puerto, y tocase arma y pusiese en terror y espanto á sus moradores; de suerte, que no les diese lugar á discurrir ni pensar en otra cosa que en guardar sus casas. Con este ardid hizo el General reconocer el puerto, y hallaron que los enemigos habian cerrado la barra con 3 navíos que echaron á fondo, plantando su artillería en cuatro partes, tres á la banda de Salé, sobre la misma barra, y otra en el fuerte que hicieron hácia la de Larache; de suerte, que los bárbaros se habian puesto en defensa, y aunque el tiempo se mostraba contrario y no dió lugar á hacer su entrada y embestir con el puerto, con que parece se oponian algunos inconvenientes á la resolucion; empero, el dia de nuestra Señora de las Nieves abonanzó la mar, con que se dió órden de comenzar la empresa. Envióse al Capitan José de Mena, á que por la banda de Larache sondase algun puesto conveniente para desembarcar la gente: el Capitan lo hizo tan diligentemente, que halló fondo á doscientos pasos de tierra, donde jamás se habia pensado que hombre humano hubiese desembarcado. Reconoció el puesto, y volvió al General, y propúsole que por allí se podia echar la gente en tierra: tomóse su parecer, y al

mismo punto, en todas las chalupas comenzaron á desembarcar con tanta diligencia, que en un momento estaban ya 2.000 hombres en la playa, ordenados y puestos en forma de batálla; los que más se señalaron en esta diligencia fueron el Capitan Lechuga y el Maestre de Campo, D. Jerónimo Agustin; los primeros que pusieron el pié en tierra fueron el Capitan de mar Bartolomé García de Nodal, José de Mena, y D. Fermin de Codosa, arbolando la primera bandera D. Cárlos de Ibarra. Á este tiempo, el Duque de Fernandina, y el Conde de Elda, animaron y pusieron tan cerca de tierra las proas de las dos Capitanas de España y Portugal, que con la artillería comenzaron á barrer la playa, espantando y poniendo en fuga á todos los moros de á caballo, que sin número cubrian ya la tierra, dando muestras de querer escaramuzar con la infantería, que muy en órden les esperaba para pelear con ellos: con la huida de los bárbaros, y verles dejában desembarazado el campo, el escuadron fué caminando la vuelta del fuerte, acometiendo con sus compañías, que iban de vanguardia, D. Cárlos de Ibarra y Gaspar Gonzalez; el primero que saltó dentro, fué el Capitan Pedro Gorreta, entretenido en la armada Real: tomáronse algunas piezas que las dejó el corsario mal clavadas, aprovechándose de ellas el Capitan Mena, tirando á los moros de á caballo que andaban corriendo de la otra parte del rio. Al mismo tiempo en Salé, el Almirante Vidacabal, aterraba con la artillería los ciudadanos; con que puesta en cuidado toda aquella costa, ninguno sabia hácia que parte encaminaria el designio de la defensa, ni qué plaza querian ocupar los nuestros: tan atónitos andaban los bárbaros, y tan divertidos; de suerte que no alcanzando á saber el intento, fué en vano el poder defender la plaza. Con esta diversion, los alarbes, y con este miedo, desampararon las trincheras y el artillería, quemando 5 navíos porque no se aprovechasen dellos los nuestros; con lo cual, todo el resto de la armada, á 6 de Agosto, entró á tomar la posesion del puerto, llevando la vanguardia con su escuadra de galeras, el Duque de Fernandina, y la reta-

guardia el Conde de Elda, á quien siguieron todos los demas navíos por su órden y concierto: tomáronse 40 bajeles de los enemigos, con algunas mercadurías; ocupóse la eminencia de la montaña que mira á Salé, donde aquella misma tarde se comenzaron á delinear y abrir las trincheras, para cubrir la gente de guerra, y se eligió sitio para la fortificacion, desde donde se habia de guardar la entrada de la barra y surgidero: los soldados de mayor nobleza y ostentacion, todos echaron mano á la espuerta y á la azada, y á los materiales con que se dió principio al fuerte. De España acudieron muchos señores y hombres nobles á hacer lo mismo, mostrando en esto la generosidad de su sangre, y el afecto y amor que tienen á su Rey, que así se desvelaba en guardar y defender sus casas, ocupando las tierras de aquellos que fueron su primera desolacion; y estando ya el fuerte acabado y puesto en perfeccion, con muy fuertes parapetos y baluartes, con todas las demas cosas tocantes á su defensa y conservacion, D. Luis Fajardo le guarneció de 50 piezas de bronce y 2.500 soldados; y dejándole por todas partes inexpugnable á la intrepidacion de los corsarios, y conseguida la órden del Rey católico, se volvió á España con toda la armada, ufano él y todos los Capitanes de haber ocupado puesto tan importante, y de haber echado de allí todos los ladrones y corsarios de las provincias enemigas y rebeldes: otras muchas veces vinieron los bárbaros con belicoso ímpetu, en número infinito, y dándoles algunos asaltos muy porfiados, fueron rebatidos y echados della vergonzosamente, con pérdida de muchos dellos, por los nuestros; conservándose aquel puesto por accion memorable de las empresas del Rey católico D. Felipe III.

En Italia por este tiempo se decia que bajaba la armada del turco á inquietar las costas de Sicilia y Nápoles, ofendido de las presas que los años pasados habian hecho los nuestros en sus galeras, y que á la misma sazon habia ya echado gente en la isla de Malta. Para esto, D. Pedro Giron, Duque de Osuna, cansado por tantos años desta voz y deste ruido,

pretendiendo desterrarle para siempre de toda Italia, como lo consiguió, pues hasta ahora no ha ofendido más las orejas de los súbditos, deuda que se debe, entre otras, á su espíritu y singulares servicios; juntando las fuerzas de aquellos Reinos, y para estar más bien informado y prevenir con el remedio el daño que amenazaba, acordó enviar á Levante á D. Diego Pimentel, Teniente General del Marqués de Santa Cruz en la escuadra de Sicilia, para que tomase lengua del paraje en que se hallaba el enemigo, señalándole para que hiciese el viaje la galera *Patrona* de la escuadra de Nápoles y la *Escalona* de Sicilia, dándole una órden escrita de su mano, en que le decia que con la mayor brevedad que pudiese, navegase hácia el Canal de Constantinopla y se informase del estado de la armada del turco, que le decian constaba de 80 galeras; que enviase una falua al Zante, y con la nueva que hallase, si fuese fresca, volviese luégo, y si no, prosiguiese su viaje á la isla de Rodas, donde esperaria un dia con intento de tomar algun bajel que le diese nuevas ciertas de la armada; encargándole la presteza y el cuidado; fiando de su prudencia que le sacaria deste empeño en que le habia puesto; con esta órden, D. Diego se hizo á la vela en las dos galeras que se le habian señalado, llevando por Capitanes dellas á Hernando Bermudez y Martin de Garay, y por Capitanes de la Infantería Antonio de Paredes y D. Antonio de Acevedo: en estando D. Diego en alta mar, mostró á los Capitanes la órden que llevaba, disponiéndolos con su valor y diligencia al cuidado y proceder como valientes en todo trance de batalla, diciéndoles que si encontraba dos galeras las acometeria, y si tres haria lo mismo, y si cuatro recibiria la caza y los acometeria; con esto fué navegando la vuelta de Calabria por el Cabo de Otranto, y descubrió la isla del Zante y Cefalonia, y amainando las velas por no ser descubierto, topó en aquel paraje un bajel de venecianos que salia del Zante, y informándose dél de las velas que habia visto en aquellos mares, le dijo que la armada turquesa estaba en Posava, puerto del archipiélago de Constantinopla; con esta nueva, D. Diego Pi-

mentel pasó adelante, y arrimando sus galeras muy cerca de tierra, á media noche envió al Capitan Simon de Acosta en un barco, con órden de que en saltando en ella se informase de todo, y de los designios de la armada, en cuanto á lo que se dejaba hablar della; el Capitan lo ejecutó, y entretanto, cubierto D. Diego con la isla del Zante y la Estanfalida, tomó un bajel de griegos, de los cuales, muy por extenso se informó de las fuerzas de la armada y sus intentos, y ellos le dijeron que el enemigo estaba en Posava y en Navarino, y dos galeras que tenian órden de bajar á la Calabria á informarse de nuestra armada y de las derrotas que pensaba emprender; con lo cual, D. Diego hizo dar cabo de su galera al navío, y le trujo á remolque, receloso no diese aviso al enemigo de sus galeras; hecho esto, partió la vuelta de Prodano, distante de Navarino tres leguas, y haciendo embarcar en una falua con la oscuridad de la noche un soldado práctico en la lengua griega y turquesa, le mandó que se acercase al puerto, y que si fuese sentido de las guardas y preguntado de dónde venia, respondiese que de Coron ó Modon, y que saltando dentro se certificase si las dos galeras de que dieron aviso los griegos estaban en él, y que de todo lo que fuese posible se informase y viniese con brevedad á dar cuenta; á esta diligencia, por si acaso no surtia á efecto y por si el soldado peligraba, echó otros muchos dellos en la isla; entre los cuales, uno le trujo el aviso de que las galeras, levando remos y desplegando velas salian del puerto y venian á dar fondo á la isla, y que estarian poco ménós de una milla; con esta nueva, D. Diego Pimentel se dispuso á cerrar con ellos; dióse órden de pelear á los Capitanes, y disponiéndose todos para ello gallarda y animosamente, mandó que su galera arbolase estandarte de *Capitana* y la otra de *Patrona*, para poner á los enemigos en mayor desmayo y confusion, y que creyesen quedaba atrás más resto de armada; con esto las esperó, y dejó que diesen fondo, por no aventurar la presa; y esperándolas con los remos y las armas en las manos, cuando le pareció ya tiempo, se dejó descubrir dellas y fué en su seguimiento. El enemigo

que vió la resolucion de los nuestros, y que habia sido asaltado impensadamente de nuestras armas, quiso ponerse en huida, y así comenzó á zarpar; D. Diego entónces hizo fuerza con su galera, y al tiempo de embestir con la que más á la mano le tocaba, la otra del enemigo se le puso de manera, que con la artillería que disparó de la suya, le rompió los amanteles de la entena, y cayendo, le embarazó de tal manera, que aunque los turcos se procuraron desenvolver con valentía, no les fué posible; porque D. Diego les apretó de suerte con la artillería y arcabucería, que en ménos de una hora la rindió y entró; con lo cual pasó volando á socorrer á la de Sicilia, la cual andaba tan empelotada con los turcos, que hubieron menester bien las manos para entrarla: el herir y el matar era en todas partes tan sangriento, y el valor de los soldados católicos tan osado, que al fin la rindieron con gran gloria de la virtud y fuerzas de España: conseguida la victoria, se consiguió la presa y se pusieron en libertad 400 cristianos, y en esclavitud 300 turcos.

Eran estas dos galeras las *Capitanas* de Alejandría y Damieta; y aunque ufano D. Diego y los demas Capitanes de haberlas tomado, los esclavos cristianos que se habian desherrado al tiempo de la batalla, les dijeron que aunque habian tenido fortuna en haber sido redimidos por el valor y heróico esfuerzo de su brazo, les avisaban que muy presto la perderian y volverian á la esclavitud, porque estaba en Navarino toda la potencia y armada del turco, que constaba de 72 galeras, y otras muchas que estaban en guarda y conserva de todo aquel archipiélago de Constantinopla. Mandóles D. Diego que callasen, porque los suyos no perdiesen el ánimo ni la confianza de sustentar lo ganado: hizo levar remos y desplegar las velas para salir de la isla, y ordenó á los pilotos que enderezasen las proas para Italia, y que las galeras diesen cabo á las ganadas. Al mismo tiempo que esto sucedia, y que comenzaron á alargarse de la Isla, oyeron que Navarino se hundia de artillería, y vieron en la costa mucha gente de á caballo y 3 galeras que venian á boga arrancada en su se-

guimiento, con ánimo de pelear y quitarnos la presa, y vengarse del agravio y de la afrenta recibida. D. Diego, con valor y avilanteza, comenzó á recibir la caza; y siempre recobrado, y nunca perdido de ánimo, viendo acercársele el enemigo, determinado de cerrar con él si le alcanzase. Los soldados le persuadian que dejasé la galera enemiga que traia remolcada y se salvase, porque pudiese valerse mejor de la ligereza de su galera, y caminar más aprisa: respondió con grande entereza y serenidad de espíritu, que lo haria cuando la necesidad le pusiese en mayor aprieto; y que no era buen ejemplo dejar lo que se habia ganado con tanto afan y reputacion; y haciéndole fuerza que vendrian en seguimiento de las tres que les iban dando caza, otras muchas, y todo se perderia, les sosegó certificándoles que cuidaba de lo qué convenia, y que estaba muy sobre sí para mirar por la salud de todos; advirtiéndoles que ninguno se atreviese á cortar el cabo de la galera que iba dado á la suya, porque le daria de estocadas; alentándoles con que ya los enemigos no perseveraban tanto en el alcance, ni se llegaban las galeras. El teson y confianza de D. Diego, finalmente, obligó á los turcos á desistir de lo comenzado y resfriar en el intento, dejando con mayor gloria á los nuestros; los cuales, llenos de gozo, no acababan de alabar el valor y maravillosa fortuna de su Capitan. Prósperamente hicieron su viaje; y el enemigo, desconfiado de poderle alcanzar, volvió cansado y vergonzoso á Navarino: tornó otra vez á buscarle con 8 galeras reforzadas, al tiempo que ya estaba casi cien millas de donde se habia peleado, torciendo mañosamente los rumbos y derrotas que llevaba, acostándose hácia tierra de Berbería, para que desvaneciéndole, no intentase el alcanzarle; y cuando ya le pareció que era en vano el quererlo conseguir, por lo mucho que se habia derrotado, se encaminó á los mares de Sicilia; y dando vista á Malta y al cabo de Calabria, llegó á Mesina, donde era esperado con notable cuidado del Virey, que como vigilante gobernador, esperaba el suceso deste Capitan para prevenir sus fuerzas contra las del Otomano, que cada año presume

tener en cuidado á toda Italia, y éste solo Príncipe, que con tanta atencion gobernaba á Sicilia, se le dió de suerte, que tenia aquellos mares y á todos los enemigos della en confusion y asombro, y encojidas y amedrentadas sus fuerzas. Cuando el Duque vió entrar á D. Diego Pimentel con dos galeras dadas cabo á las suyas, alabó á Dios y bajó á la playa á enterarse del suceso, saludándole los Capitanes y soldados con mucha alegría y contento; el Marqués de Santa Cruz y el Duque de Osuna recibiéndole en los brazos, informados del viaje, de la faccion, del mucho valor y gran fortuna, no acababan de bendecir y alabar su prudencia y maravilloso esfuerzo, advirtiendo que con dos galeras ordinarias, 700 millas de su armada, á la vista del mayor y más pujante enemigo de todo el orbe, le embistiese dos galeras, ambas Capitanas, y las rindiese y tomase; y dándoles caza otras tres, que por aligerarse le pudieran obligar á dejarlas, y que no sólo lo hiciese, sino que constante y animosamente las conservase, y se portase de tal suerte en el viaje, que entrase libre y seguro, sin ser alcanzado del enemigo por Mesina: cosa digna de encarecer y admirar y consagrar perpetuas alabanzas á su memoria y fama. Las galeras que estaban en el puerto, los castillos y la gente de guerra, puesta en lucidos escuadrones, saludaban á los vencedores que tan próspera y dichosamente entraban triunfando de la potencia del mayor enemigo de la cristiandad, arrastrando sus lunas y pendones por el suelo para que los huellen las plantas del Rey católico; los cautivos consagraban religiosamente á los templos devotos sus cadenas, feliz efecto de las armas de tan católico Monarca. Quedó D. Diego Pimentel muy honrado y favorecido del aplauso que le hicieron los Generales de las escuadras de galeras que allí estaban; dióse la presa á los soldados, y prevenido el Virey para cualquiera novedad y invansion de enemigos, no atreviéndose á bajar el turco aquel año; el belicoso espíritu del Duque tenia aquellos Reinos en defensa y reputacion.

Dejamos al Príncipe Victorio en España, enviado por el Duque de Saboya, su padre, en demanda de las diferencias

contraidas con el Duque de Mántua sobre el Estado de Monferrat. Hacia el Príncipe, pues, apretadas diligencias con el Rey y sus Ministros sobre la resolucion del caso, y que le favoreciese en lo tocante á tomar la posesion de aquellos pueblos; habiendo, no obstante, consumido algunos meses en esta pretension, siendo vivamente apretado de su padre por la conclusion y su vuelta, volvió el Príncipe de nuevo y con mayor brio á solicitarle; de lo cual, compelido el Rey católico y su Consejo, se le respondió se sosegase el Duque de Saboya, no despertase injustas pretensiones en Italia; que en caso que las hubiese de haber, las cometiese al Emperador; que no tratase de alterar la quietud de aquellas provincias que él tanto deseaba conservar en sosiego; y que la Princesa María, para quitar de diferencias, casase con Ferdinando, nuevo Duque de Mántua. Quiso volver á replicar el Príncipe; no se le dió lugar á ello; con lo cual, dispuso su jornada; besó la mano al Rey; partió de Madrid, y embarçando en Barcelona se hizo á la vela para el Piamonte. Desembarcó en Villafranca de Niza, llegó á Turin, dió cuenta de todo á su padre y de la resolucion que llevaba; con que quedaron los ánimos de peor condicion que habian estado ántes; solicitando nuevos rumores y prevenciones de armas que ya se dejaban sentir por toda Italia; disputando la materia con varios y diferentes sentidos, los que tienen por oficio no más que el hablar della, vistiéndola de diferentes formas y como ellos querian, atreviéndose algunos bisoños poco afectos á nuestras cosas, enemigos de nuestra reputacion, á decir habia enconado ésto el no haber tratado al Príncipe en España con las caricias que era justo: á que respondo, qué se habia de hacer con él más de lo que se hizo en los años pasados, cuando estuvieron juntos todos los hermanos; y últimamente, qué más que servirle los vasallos del Rey por hijo de la Infanta Doña Catalina. Quedó, como digo, mal satisfecho el Duque de Saboya, sin abrazar ninguna de las órdenes que se le habian dado; convocaba sus amigos, las fuerzas de Francia y de Venecia, y áun de Holanda, como lo escriben algunos autores italianos. El

Marqués de la Hinojosa tenia órden, que en caso que no le viese quietar y persistiese en alterar el sosiego, con el ejército que para este fin estaba levantado en Lombardía, entrase por el Piamonte y le tomase una plaza tal, que le doliese, y le obligase á desistir de su tema, y no consintiese tomar al Duque de Mántua en todos sus Estados ni una villeta. Era el Duque Ferdinando, como dije, hermano de Francisco, padre de la Princesa María, yerno del Duque de Saboya; el cual, cuando las alteraciones de Enrique, que poco há dejamos referidas, pasó á Alemania, con achaque de tomar unos baños, á solicitar los protestantes y enemigos de la Casa de Austria á conspirar contra ella y meter aquel Imperio en revolucion y tiranía, que con no ménos malas obras que éstas se pagan las buenas que se reciben, gastando el Rey sus vasallos y sus tesoros en asegurar sus Estados y componer sus diferencias, y ellos en trasegárselos y ponérselos al trance; sentia el Marqués de la Hinojosa, por las prevenciones que se hacian y por los espías, armar al Saboyano y alistar franceses; quién dice que María de Médicis, Regente de Francia, escribia al Duque de Lerma no socorreria al Duque de Saboya, ni ménos consentiria que sus franceses bajasen á servirle; ántes que echaria un bando, que pena de la vida ninguno lo hiciese (cumplimientos fingidos, y que en lo aparente disimulaban el engaño; empero, en la verdad, eran de otro linaje); andaban las cartas entre los dos, sobre la conclusion de los casamientos, muy apretadas y encendidas en demostraciones y encarecimientos, asegurando y subiendo de punto, finezas que la nobleza de condicion y natural apacible del Duque de Lerma creyó con facilidad, porque no era doblado ni criado con artificio, cosa que entre franceses es menester estar con mucho aviso y correr con dificultad, por que no son todas verdades; y es menester mudar para con ellos, y aun con todos, de natural, y vestirse á su modo; parecíale habia faltado la malicia del que ántes presumia tentar contra la firmeza de la Monarquía, y que ya no habia de qué recatarse, que todo estaba de buen talante y se procedia con llaneza de ánimo; pero, y

áun ciego, pasar adelante, y cuando se abriese la guerra en Flandes sacarla de la proteccion de Holanda; mas la cautela francesa, en todo tiempo lo es y lo será, porque presumen contrapesar nuestras fuerzas con atraer á sí muchos confederados que puedan henchir lo que les falta; finalmente, armaba el Duque de Saboya, formando ejército de franceses, esguízaros, saboyanos y piamonteses, asistido con el dinero de venecianos; el Marqués de la Hinojosa tenia ya á punto el suyo, reforzado de muy gruesos tercios de españoles, alemanes y italianos; habian acudido los Príncipes de Italia con sus obligaciones, en que se hallaban modeneses, luqueses y parmesanos y otros: marchó, pues, el Marqués de la Hinojosa, con todo género de máquinas marciales, artillería, carros, bagaje, municiones y vituallas, muchos soldados, Capitanes y Maestres de Campo de reputacion, ejercitados en la escuela de Flandes; gobernaba la caballería D. Alonso Pimentel; finalmente, Italia, parece que no vió en muchos siglos sobre sus campañas ejército tal, de nervios más poderosos, ni más bien regido; el mundo todo estaba á la mira, creyendo habia de ser el azote de la Casa de Saboya, y como ésta Monarquía estaba enseñada siempre á domar y á ejecutar con presteza y á pocos ó ménos malos sucesos; y en las primeras salidas vieron no surtian los efectos á las prevenciones, no sabian dónde encaminar la culpa; un General obligado á la reputacion y á la enmienda de un Potentado y á la observancia de las órdenes de su Príncipe; un Rey que habia proveido de todo con presteza, enviando dineros y soldados y ordenado con resolucion, sin haber perdido punto de su derecho ni lo que se debe sustentar en Italia; y sin embargo de esto, se le oia quejar, amonestar por sus cartas y pedir la conclusion de sus mandamientos; quién en tan inaccesibles dudas desatára esta dificultad: un Rey que se queja de su Gobernador y Capitan general, y un General que entre estas culpas halla descargo, queria el mundo que la reputacion y brio de España obrase como siempre, y que al primer golpe quedara frustrado el enemigo cuando le veian contender, y que éste sólo

era un Potentado; los aficionados á la Corona no lo podian tolerar, y los no tales, se maravillaban y nos pretendian morder; empero, digamos para refrenarlos y que enmudezcan, que se peleaba contra sus fuerzas, contra las de Francia, Venecia, esguízaros, holandeses y otras; y tambien, que no pretendia quebrantarle tanto, sino hacerle obediente y reconocido; la satisfaccion, á los mal intencionados, muchas veces es excusada, y aun reprensible muchas: esto se quede ansí, y resolvamos este punto, en que finalmente el Duque de Saboya quedó castigado.

Salió, pues, el Marqués de la Hinojosa amonestando, sin embargo, al Duque, se recogiese: el Papa y el Emperador hacian lo mismo, forzándole con razones poderosas á desistir del intento; prometia hacerlo, no sin grandes recelos del rayo que venia sobre él, no sabiendo la fortuna que habian de correr sus Estados; empero, en todo se portaba con cautela, de que no habiéndole podido vencer, marchó el Marqués y hizo consejo con los mejores juicios del ejército, por dónde haria más atentadamente su entrada y más gloriosa; eran los que se hallaban en él, el Embajador de Génova; D. Joan Vives; el Príncipe de Asculi; D. Alonso Pimentel, General de la caballería; D. Francisco de Padilla; el caballero Ludovico Melci; D. Sancho de Salinas; Joan Bravo de Lagunas, todos soldados y Maestres de Campo de opinion: proponia el Marqués entrar en el Piamonte y pasar el ejército por el puente de la Vilata, pareciéndole paso más apropósito, aunque largo, para el bagaje y artillería; punto esencialísimo en buena expedicion y jornada; previniendo tambien no le tomase el enemigo ó le ocupase por la otra parte, sabiendo que para todo le sobraba arte militar, y que habia de procurar tambien su salida y ponerle en defensa, ó le quemase; no tenia por conveniente esguazar el rio, aunque se ahorrase camino, y que acometiese gente mojada á la que estaba descansada y en sus puestos: á esta hora interrumpió el consejo, por los 4 de Setiembre deste año, y tuvo aviso el Marqués de la Hinojosa que el Duque de Saboya entraba por el Estado de Milan y venia marchando

hácia Crezana, con 7.000 infantes y 800 caballos, con alguna artillería; proponian los Maestres de Campo y Capitanes, se acudiese á cortar la retirada al Duque, donde seria fácil ponerle en rota y prenderle. El Marqués, no admitiendo ninguno destos consejos, resolvió en ceder en lo tocante á la entrada del Piamonte, y por el puente volver al Estado de Milan; fué resolucion ésta muy contra el parecer de todos, y en que estribó una de las calumnias que se le pusieron al Marqués, y el comenzar á gobernarse mal; refiriendo que si prosiguiera en la entrada del Piamonte, le talara todo y le abrasara las mejores plazas hasta llegar á Turin, con que hiciera revolver al Duque y le sacara del Estado de Milan, y le obligara á mirar por sus tierras, constriñéndole á hacer la guerra en ellas, sin que picara en el milanés: de está objeccion, dicen hombres pláticos en materia de papeles, se descargó el Marqués en la corte del Rey. Pasó el Marqués la Sesia en busca del Duque de Saboya, echando delante alguna caballería con don Alonso Pimentel, el castellano de Tortona; su Comisario general Francisco de la Fuente y otros Capitanes de caballos; y topando algunas tropas del enemigo que corrian la tierra, con sumo valor las rompieron, prendiendo más de 60 caballos con el Marqués de Saluzzo, su Cabo, y alguna infantería; escapando los demas por los derrumbaderos y valladares del rio: señalóse entre los demas el Comisario general de la caballería. Hizo alto el Marqués en Candía, esperando á que se le juntasen algunos tercios de florentines, napolitanos y de Sicilia para revolver sobre el Piamonte y sitiar alguna plaza; lo que entónces se resolvió fué, en tantó que llegaba esta gente, fabricar un fuerte en el burgo de Verceli, á no más que una milla de aquella plaza, cerca de la Sesia, que se puso en perfeccion en ménos de dos meses, trabajando en él todos los más principales soldados desde el General hasta el mosquetero; guarnecióle de artillería y púsose en defensa, llamándole el fuerte de Sandoval; cosa que sintió el Duque de Saboya amargamente, porque le pareció se le habia puesto un freno á sus intentos, y á estorbarle que otra vez no tentase entrar en

el Monferrat. Ya por éstos dias se habia entrado el invierno, tan llovioso y pesado, que no daba lugar á marchar ni á tener la gente en campaña, ni á conseguir faccion, ni ménos llevar carros ni artillería, porque era ponerla á riesgo de empantanarla; con lo cual, hizo alojar la infantería y caballería: viendo se habia retirado el Duque en los confines del Estado, envió á reconocer entretanto las marinas del Piamonte; reconocióse á Villafranca, y avisáronle estaba con poca gente, mal guarnecida de artillería; el castillo, pequeño, mal terraplenado y de muchos padrastros, ocasionado á ser batido con facilidad y ser entrado con la misma; el lugar sin soldados, muralla antigua, la cala de Sansuspiros sin fortificacion: reconocióse á Onella y el Marro, y otros sitios de aquellas riberas, porque le habia escrito el Rey las ocupase para impedir al Duque de Saboya los socorros de Francia y otros coligados que le podian venir por allí; ordenando á la misma hora que el Marqués de Santa Cruz, con las galeras de Nápoles y 8.000 soldados, y el Duque de Tursi con las de Génova, acometiesen la empresa y se hiciesen dueños de la mar: cojió el Duque de Saboya este correo, y enterado de la órden del Rey, acudió luégo con toda diligencia á fortificar las plazas y puertos con soldados y artillería, y con mayor cuidado la cala de San suspiros, destinada para desembarcar por allí la gente, no sin admiracion del Marqués de la Hinojosa y los demas Cabos de hallar al Duque tan advertido y tan dueño de los secretos, órdenes y consejos; en que desde allí adelante se procuró andar con más recato y encaminar los correos con más seguridad: acudió, pues, á la defensa destas plazas el Príncipe Victorio, al tiempo que ya el Marqués de Santa Cruz, socorrido de todo lo necesario por D. Pedro de Castro, Conde de Lemos y de Andrada, á la sazon Virey de Nápoles, así de soldados diestros como de vituallas y municiones, con aquel celo y prontitud que siempre habia mostrado en lo que habia estado debajo de su mano, acompañado del Duque de Tursi con la escuadra de Génova, acometió las riberas, echó la gente en tierra, y si bien la del Saboyano se lo procuró impedir, ocupó

á Villafranca, al Marro y Onelia, y otras con el mismo ímpetu y á la cara del Príncipe, bien cerca de adonde desemboca el rio Varo; quemaron 300 españoles toda la madera que para fabricar estaba en aquella playa, sin osarlos embestir ni estorbárselo la gente de pelea que traia: éstas cosas desabrian tanto al Duque de Saboya, que por una parte temia la guerra, y por otra la fomentaba, sin querer meter los piés en la razon; publicando manifiestos impresos y otros papeles manuscritos desvariados y sin fundamentos, asiéndose á lo que tenia ménos apariencia de verdad, queriendo por allí dar á beber su engaño; bien que su intencion era de todos conocida, y los que él queria que tuviesen la culpa, esos mismos votaban en el Consejo de Estado de España, se le hiciese la guerra á sangre y fuego, y se le abrasasen los Estados, para hacerle sentir y conocer cómo era desagradecido y de pretextos injustos y mal cimentados, Príncipe tocado de toda ingratitud y maldad; para lo cual se daba priesa al Marqués de la Hinojosa, que por la primavera sacase el ejército en campaña, y sin seguir otra derrota, entrase por el Piamonte.

Á esta sazon, sin embarazarlo este suceso, desde los bosques de Aranjuez, el Pardo y el Escorial, sin deponer de los ejercicios ordinarios y fatiga de la caza, entre sus mismas delicias virtuosas, no olvidando los cuidados mayores, ni ahogarle los dependientes en Italia, ni el verse empleado en dos ejércitos, dejando correr con libertad y sin peso al vasallo, como Monarca de gran corazon, cual debe tener todo Príncipe si ha de ser grande, usando de sus tesoros, ora estuviesen empeñados, ora vendidos, como quiera que ellos fuesen, los forzaban á servir, sacando fuerzas de la industria y hallando caudal en ella, sustentando y teniendo en pié la vida del súbdito, alhaja reservada para los últimos y más desesperados lances, como lo sienten y aconsejan los mejores y más alentados estadistas; estaba atento el Rey católico, como lo dejamos tocado en lo de atrás, demás de lo de Italia, fuerzas marítimas y otras partes del mundo, donde con mano liberal le concedió el cielo vasallos, á las diferencias de los Príncipes

de Brandemburgue y de Neuburgue en lo tocante á los Estados de Juliers; y sabia cuán forzosa cosa era tomar satisfaccion, de cuán inobedientes estaban á los mandatos del César, que pretendia remitiesen sus dependencias al juicio Imperial; mirando, pues, por la reputacion deste derecho, que no tenia otro en los ojos, advirtiendo no tendrá más nervios la Monarquía de España cuanto viviere en lustre y en su Casa el Imperio aleman, habia hecho levantar en los Estados de Flandes, debajo del gobierno del Marqués Spínola, un ejército de 30.000 soldados, no con otro título que con el de Comisário Imperial y en nombre de aquella Majestad, para que los rebeldes y protestantes no lo interpretasen con otro sentido; valíase el de Brandemburgue para esta pretension de algunos amigos suyos y de las fuerzas de Holanda para ocupar los Estados; desplacia mucho al Rey católico ver á los holandeses introducidos en esta materia y querer mediar en ella, y el verlos con gente levantada; el de Neuburgue, cuyas fuerzas no eran muchas, y muy falido de las de los amigos, viendo el estado en que las cosas estaban, congratulóse con el Emperador; prometió estar á su arbitrio y obediencia, para lo cual pasó de aquí al amparo del Archiduque Alberto y de las armas católicas, invocando el auxilio del Rey, que á la hora halló de su parte; y ora fuese que para entrar en la herencia de aquellos Estados, ora que no seria admitido de otra manera del César ni del Rey católico, ora que el cielo le concedió esta felicidad, adjuró las herejías de Lutero y entró debajo del dominio de la Iglesia. Estaba casado este Príncipe con Magdalena de Baviera, hija del Duque de Baviera; las persuasiones suyas y sus muchas virtudes le apearon deste error; el de Baviera le aconsejó, por el consiguiente, que para triunfar de sus enemigos y pretensiones, y de otros mayores intereses, le convenia ser católico; éste es aquel Príncipe que vimos aquí en la corte, dotado de singular grandeza y liberalidad, en demanda desta causa, y para que el Rey D. Felipe IV le hiciese gracia de algunos lugares que los habia ocupado el Marqués Spínola, y decia le venian de derecho á esta sazon y

en tiempo de su padre; salió, pues, el Marqués de Mastric, donde habia hecho plaza de armas, solicitado con brevedad del Rey católico, porque sabia habian ocupado los holandeses algunos lugares de los Estados de Cleves y Juliers; pasó la Mosa con 30.000 infantes y caballos, 400 carros, artillería y municiones, llevando en los estandartes por seña y divisas las águilas imperiales, como quien iba en nombre de la Majestad Cesárea; la primera cosa que acometió, fué poner en obediencia á Aquisgran, que pretendian negársela al Emperador; restituyó en el gobierno y en su libertad el Magistrado católico, echando fuera al protestante, que habia querido enseñorearse de aquella opulentísima villa ó ciudad y de su gobierno, desterrando la religion; metióle dentro muy buen presidio, dejando salir el que tenian de herejes; pasó adelante, y llegó á Mulen; saliéronle á recibir los de Duca, en el Estado de Juliers, con las llaves en las manos, amparándose de su clemencia; á esta hora contendian con sus gentes ambos Príncipes de Neuburgue y Brandemburgue, afirmando los que se hallaron en esta guerra, que contenia el Estado dentro de sus límites y circunferencia más de 60.000 soldados de unos y otros, con grande estrago y desolacion de sus pueblos; prosiguió el Marqués su derrota y el curso de obrar con fortuna y reputacion, y apoderóse de los lugares de Berchem, Caster, Grevem y Broch, que guarneció á la hora de infantería y caballería; pasó el Rhin, cerca de Colonia, donde tambien ajustó con el César las dependencias de aquella ilustre poblacion; recibió allí al Duque de Neuburgue, con sus tropas de caballos y infantería; arrasó las fortificaciones de Mulen, aplanó y hinchó de tierra el foso, restituyéndola en su antiguo ser; pasó á Rimbergue, y enseñoreóse de Orsoi, no sin grande terror y miedo de los de Vesel, viendo tan cerca de sus campañas un ejército del Rey católico, tan opulento y fornecido, y de más superiores nervios que otras veces. Considerola el Marqués, y entró en diferentes pensamientos y resolucion, que ahora quince años, cuando estuvo á la vista de sus murallas D. Francisco de Mendoza, Almirante de Ara-

gon, y la pudo ocupar por de importancia, escala de los bastimentos de Alemania para cualquier ejército, marchando á la Frisa ó la Velva, discurriendo por las relaciones de los soldados viejos, que áun no habia entrado el Marqués en la milicia ni visto los Países Bajos entónces, de cuán descuidado anduvo el Almirante de Aragon en no apoderarse della, por la libertad que conservada contra la voluntad del Señor, por esencialísima, por escuela de herejes; causas todas dignas de enmienda y reformacion; y así, esta vez, resolvió en hacerla vivir con yugo; usó el Magistrado de las mismas cautelas que otras veces, enviando á decir les hiciese saber la causa de su venida, y todo esto simulado con muchos ofrecimientos y cortesías: el Marqués les respondió con desembarazo que traia órden de volver aquella villa y restituirla á los tiempos dichosos que ántes habia tenido en tiempo de Cárlos V, Emperador de Occidente, y meterles dentro guanicion de soldados tal, que les hiciese entrar en obediencia y admitir la religion, desterrando con veras la herejía; no como cuando lo prometieron al Almirante de Aragon y le faltaron en la palabra, ántes con la fidelidad que se debe prometer á un General del Rey católico, que ahora viene de parte del Emperador á poner las cosas de aquellos Estados en razon y justicia. Volvieron los Comisarios con esta respuesta, confusos y atemorizados; diéronla á los suyos en consistorio, de que alterados sumamente, acudieron á las armas, jurando de morir en defensa de su libertad; empero, el Marqués se las hizo caer de las manos. En los primeros capítulos de las guerras de Flandes escribimos el orígen desta villa, su asiento, y debajo de cuyo dueño habia estado y con qué títulos poseian su libertad, negando la obediencia á la Iglesia; apetecíanla los holandeses, y ésto dió gana ahora al Marqués á echarse sobre ella, y apartarles deste intento; cuán justamente nos debiamos lamentar, y cuán tiernamente sentimos del vasallo, que infiel y cautelosamente se la dejó ocupar el año de 29, y que pudiendo hacer levantar el sitio de Bolduque, abrasando la Velva, desde Arnen hasta la Haya, no lo hizo; ántes quitó á sí y al Rey la reputacion,

menguando la que por tantos siglos ha tenido España; poco há que lo acabamos de decir, y lo repetimos para mayor dolor nuestro: dos contrarios gravísimos tuvo D. Felipe IV el año de 29, el unò pariente y el otro vasallo, que atrasaron mucho el curso y grandeza de sus pensamientos: Cárlos, Duque de Saboya, en Italia, dejando pasar los Alpes al Rey de Francia, estando socorrido con dineros y soldados para oponérsele, para que no socorriese al Casal de Monferrat; y el otro el Conde Enrique de Vergas, en Flandes, no obrando nada con el ejército que se le entregó, dejando obrar al enemigo para que se llevase aquellas dos tan importantes plazas de Bolduque y Vesel; hombres dignos de todo castigo. Volviendo, pues, al Marqués, que le dejamos empelotado ya con los de Vesel, y ellos atónitos de lo que nunca pensaron; viendo se le querian poner en defensa, pasó con toda diligencia por un puente que mandó fabricar de la otra parte del Rhin, y llegando á la Lipa, á media legua de Vesel, la abrió las trincheras y plantó la batería á una puerta, tanto que en breves horas dió con ella y con los reparos en tierra; ésto causó tanto horror y espanto á los de dentro, que muy en breve enviaron sus Comisarios al Marqués, diciéndole querian entregársele y recibir 4.000 soldados de presidio; admitiólos el Marqués; capitulóse y firmóse lo acordado; entró en la plaza, halló 80 piezas, municiones y vituallas sin número. Hallábase el Mauricio á esta hora por otra parte, ocupando algunas plazas con 18.000 soldados, en favor del Brandemburgue, sin atreverse á embestir nuestra gente; bien que el Marqués lo deseaba, por echarlos de allí y que no se atravesasen en las diferencias de los Príncipes alemanes; nuestro ejército habia ya pasado tan adelante, y el Marqués habia obrado con tanta bizarría, que se daban á temerle los enemigos; con lo cual, el Embajador de Francia, de Inglaterra, Dinamarca, y de los Electores de Colonia y Palatinado y otros, se interpusieron de parte de sus Príncipes, y se asentaron tales conferencias, que se concluyó una suspension de armas, y remitieron su pretension á más atinado acuerdo los que el

Emperador les quisiese admitir y conceder; con que el Marqués retiró su campo hácia los contornos de Juliers, y el Mauricio y los demas hácia el país de la Marca, donde licenciaron mucha de su gente; conservó el Marqués lo ganado, metió en Vesel 2.000 infantes más y 300 caballos, considerando la importancia de la plaza y lo que convenia conservarla; de lo cual, quejándose el Magistrado, y que era contravenir á lo capitulado y á la palabra que dió de no meter más guarnicion; respondió que siempre dejaba fuera á lo que prometia lo que importaba y debia hacer, anteponiendo á todo y en primer lugar el servicio del Rey, y que ante todas cosas convenia la defensa; reforzó la villa de nuevas fortificaciones, hizo contribuir 2.000 escudos cada semana para la paga de la gente de guerra, y poniendo los ojos en todo aquel país y discurriendo en lo que le podria faltar para dejarle entera y perfectamente asegurado, hallaron que era menester apoderarse de Duisburgo y descuidar de sus designios y cautelas, sin embargo de que pensaron conservarse neutrales; para lo cual, envió el Marqués á D. Luis de Velasco con 2.000 hombres y cuatro piezas de artillería, que en tres dias allanó y tomó, y metió en el número de las demas.

Daba el Rey católico priesa al Marqués de la Hinojosa con la venida de la primavera deste año de 1615, á que saliese en campaña y entrar en el Piamonte á castigar al Duque de Saboya; y si bien las aguas no le daban la sazon y comodidad que él quisiera, la necesidad de obrar le estimulaba y ponia espuelas á proseguir; tenia mucha y muy buena gente, y si bien le faltaba la de los Príncipes auxiliares de Italia, sin embargo, queria tentar empresa de consideracion: hallábase el Duque de Saboya á esta hora con las armas en la mano para encaminar su derrota á donde mejor le saliese, con ejército hasta 18.000 infantes y 1.500 caballos, solicitando con toda precision y codicia los enemigos de la Monarquía de España, de quien tenia ya prendas en su campo, fáciles de conseguir por la emulacion á su grandeza. Ante todas cosas, el Marqués de la Hinojosa, bien que murmurado de remiso en

este progreso, ordenó á D. Luis de Córdova se apoderase del burgo y castillo de Rocaverano; tiene su asiento esta plaza en las langas ó colinas que se continuan despues de Cairas hasta el mar de Génova: las espías del Saboyano avisaron del intento: ocurrió luego el Duque á prevenirse á la defensa, anteviendo daria este nublado sobre Aste; para lo cual, con 8.000 infantes y 1.000 caballos llegó á Altanaso, y comenzó á fabricar un puente; pretendia por aquí sacar la guerra de sus Estados, cortar los socorros que van al milanés, llegar ántes que el Cordova y cojer la gente desapercibida, y darles una rota con que comenzar á armarse de reputacion; las aldeas de aquel contorno, para los nuestros no eran nada fuertes, y creia poderlo conseguir así; para lo cual, con toda diligencia pasó á Cortemilla; envió dos compañías de franceses á cargo de experimentados Capitanes, para que defendiesen la Roca con la guarnicion, aunque corta, que estaba dentro, y de todas maneras rechazasen nuestra infantería, de que tenia aviso estaban para cargar la plaza. Á esta sazon, D. Luis de Córdova, sin dar lugar de obrar nada á los franceses, entró en el burgo, degolló 40 saboyanos, prendió 60 y forzó á que le entregasen el castillo los que le tenian en defensa; conseguida la faccion, de que no recibió poca alteracion el Duque, viendo que á su diligencia se habia adelantado la nuestra, creyó por aquí y discurrió que D. Luis de Córdova habia de dar luégo sobre Cortemilla, plaza que le convenia conservar por su importancia, y más cuando vió que Gambaloita, Maestre de Campo de italianos, hacia en Cacine prevencion de bueyes para llevar la artillería; con lo cual, guarneciendo á Cortemilla con 800 suizos, soldados viejos, pasó á Cairas, ordenó allí un campo de 4.000 infantes y algun buen número de caballos, y dejando las langas, dificultosas de caminar, atravesó el Tánaro, y marchando por Castriio y otros lugares, revolvió sobre Cortemilla: atento D. Luis de Córdova á éstas prevenciones del Duque, no muy bastecido de gente y lo necesario, recelóse no diesen sobre él mayores fuezas, tanto, que le obligasen á desamparar el puesto y lo ganado; acudió á

Rodrigo de Orozco, Marqués de Mortara, se las diese; no tenia el Mortara las que se le pedian, porque habia menester las suyas, y así avisó al Marqués de la Hinojosa se las enviase; con este recuerdo el Marqués marchó hácia aquella parte con 1.400 infantes, 400 caballos y algunas piezas de bronce; llegó á Vestaño con D. Jerónimo Pimentel y D. Sancho de Salinas, y aquella noche confirió con D. Luis de Córdova y el Gambaloitia caminar de allí adelante con más grueso de ejército, por cuanto fué avisado venia sobre Vestaño el Duque de Saboya con 11.000 infantes y 2.000 caballos; pretendia el Duque en esto embarcar allí las armas del Rey por ser plaza del Monferrat, y no dar lugar á que entrasen por el Piamonte, escusando cuanto le era posible no dar lugar á experimentar la guerra en su casa, y divertir al Marqués de pasar á Aste; para lo cual, á toda diligencia, á los 6 de Abril deste año, corrió sobre Vestaño á dar, como él decia, sobre nuestra gente, creyendo hallarla descuidada; que con éstas y otras estratagemas alentaba los suyos y los hacia salir; mas apénas la descubrió doblando unas colinas, cuando le dieron en los ojos los estandartes del Rey puestos en órden de batalla, con que amainó el brio; recogió, sin embargo, el Marqués de Mortara alguna gente dentro de Vestaño: alojó el Duque la suya por algunas casas vecinas, saludado contínuamente de la arcabucería y mosquetería española, en que mataban mucha gente; no tenia el Mortara á esta sazon la gente necesaria, como ya lo habia avisado respecto de la que el Duque traia, que era mucha y muy buena, con que luégo á la hora fué socorrido de D. Luis de Córdova y Gambaloita con 1.000 soldados; quiso el enemigo romper este socorro con su caballería y 600 infantes, cometiendo la faccion al Conde Guido de San Jorge; empero, saliéle mal, porque fueron rechazados con presteza de los Cabos; á esta hora ya, el Marqués de la Hinojosa estaba en Ayquas con el grueso del ejército, y don Alonso de Ávalos, Gobernador de Monferrat, en Nisa de la Palla, con 4.000 infantes y 500 caballos; ésto le puso en tan grande cuidado, que le hizo entrar en pensamientos de reti-

rarse; marchaba el Marqués con tanta priesa por haberle á las manos, que se valia de las horas de la noche, aliviado todo lo posible del bagaje, para alcanzarle con más desembarazo; cuando el Marqués dió vista á la plaza, vió ya que el Duque se retiraba, y por lograr la ocasion y detenerle con la gente que le habia podido seguir, mandó á la demas que se diese priesa á llegar, y él se le fué arrimando; dando órden á D. Alonso Pimentel, que con una tropa de arcabuceros á caballo le fuese picando y deteniendo la retaguardia. Ejecutólo D. Alonso con coraje y valentía, siguiéndole el Marqués, ejecutando el mismo valor con otras tropas de caballería; de suerte que los enemigos, amedrentados, se dieron tanta priesa á caminar, metidos en desórden, sin poderlos detener, que se dejaron en las trincheras municiones, petardos y otras armas, arrojando las que llevaban por el camino para estar más sueltos en la fuga; tomaron los nuestros más de 2.000 arcabuces, picas y mosquetes; perdieron 500 hombres, y tomaron algunos prisioneros; en esta manera llegó el Duque de Saboya, más huyendo que retirándose, á Canelli, corrido de que con tan poca gente le hubiese puesto el Marqués de la Hinojosa en aquel estado; de que juzgo yo, que á llegar la resta del ejército á tiempo, se hallára tan destrozado y deshecho, que no le quedara aliento para pasar adelante, ni ménos emprender la guerra; quedó Vestaño libre del riesgo que se entendió, sin perder punto en lo que se habia de hacer, no dejando al enemigo de vista; marchó el ejército del Rey al Alejandrino, yerro tambien de que nos culpan, concluyéndonos que por qué no le seguimos. El Príncipe Tomás, hijo del Duque de Saboya, en tanto que veia al Marqués empelotado con su padre, salió de Aste con 4.000 infantes y buen número de caballos, y entró por el Estado de Milan; que no habiendo podido tentar cosa considerable por la mucha resistencia que halló en todas partes, se hubo de volver; culpa tambien de no atenderlo y consentirlo. El Duque, dejando puesta en defensa á Canelli, encaminó la derrota á Aste, que era lo que más temia el Marqués, saliendo de

Felizan, habiendo reparado allí algunos dias, por las muchas aguas que caian del cielo, tanto que impedian el poder marchar ni hacer efecto de importancia, que era su mayor disculpa; á 4 de Mayo deste año, habiendo serenado algo el tiempo, con 18.000 soldados, dejando 10.000 en Novara, con 500 caballos á cargo de Ludovico Melci, se caló por el Astesano; parece que esta accion acabó de desembarazar del deseo á todo el mundo, segun todos aclamaban por ella: el discurso humano no se resuelve á rastrear en qué reparaba el Marqués, qué eran sus fines, qué sus fundamentos para no obedecer á tantas órdenes como se le enviaban en lo tocante á entrar en el Piamonte; culpábale el Rey y otros Ministros, cuyas cartas pondré aquí, de que tres veces hubiese salido con el ejército y tantas vuéltose al Estado de Milan; y que una causa poderosa á rematarse con un ejército, hubiese menester tantos; decíale estaba ya arriesgada la reputacion en no haber emprendido y conseguido faccion de importancia, desbaratado al Duque en una batalla ó tomádole alguna plaza; pues se le habia acudido tan á tiempo con todo lo necesario para hacerlo; que procedia con tibieza; que no le avisaba con diligencia y con los correos que pasaban por allí de Roma, de cuanto se estaba obrando; que no siguió el parecer del Marqués de Mortara y otros Capitanes y Maestres de Campo, cuando le aconsejaban entrase en el Piamonte, que era lo que debia hacer y á lo que estaba obligado; molestase aquel Estado; constriñese con una accion sola, sin gastar tantas, á que el Duque obedeciese sus preceptos; que no habia aceptado la plaza de San Damian, que le habia ofrecido el Duque de Mántua para mayor comodidad del ejército y facilitar empresas, y reprenderle en haber consentido entrar al Príncipe Tomás por el Estado de Milan. Tan cuidadoso como todo esto estaba el Rey católico, desvelándose por la importancia y feliz efecto desta materia; avisaba al Duque de Osuna, que ya era Virey de Nápoles, y al de Sicilia, que acudiesen con puntualidad al Marqués de la Hinojosa con los socorros de gente y dinero, no se disculpase, que de su tardanza proce-

dia su remision; andaba ya la reputacion deste Caballero en los corrillos del mundo; el Rey desabrido; el Duque de Lerma, sobre cuyos hombros cargaba el manejo, sumamente fatigado, oyéndole yo decir, cuando tuvo carta de que ya se acercaba á Aste: «¡quién fuera tan dichoso que se halláru hoy en el ejército!» dando á entender de aquí las espuelas que pusiera al Marqués para encaminar fortunados progresos: discurrian muchos, y áun se rujía en la corte de Madrid, que querian dar al Marqués sucesor en el Estado de Milan; que veremos publicar en el Consejo de Estado por el mes de Agosto, cuya órden llevé yo á D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, hallándose el Rey en Valladolid y él alojado en el monesterio de la Santísima Trinidad, para la jornada de los casamientos, que escribiré con brevedad, entre España y Francia; apretábale el Rey, como digo, todo lo posible para que con alguna buena empresa se feneciese la guerra de la Lombardía; que no diese más oidos á las amonestaciones del Embajador de Francia y Nuncio del Papa en lo tocante á la suspension de armas; culpándole el tiempo que con tanta imprudencia se habia perdido en esto, dándoles más del que convenia y ellos pidieron; querian el Embajador y el Nuncio componer aquellas diferencias introduciéndose en ellas, excediendo de lo que les tocaba y era honesto á la majestad y grandeza de España; el Rey, en esta parte, no pretendia más que ser obedecido; medio con él más eficaz que otro para perdonar al Duque: los puntos con que ámbos se dieron á capitular los tratados no agradaban al Rey por su malicia y peor intencion: decian, que á instancia del Papa y del Rey de Francia, desarmaria el Duque; no molestaria las tierras del Duque de Mántua; que se pusiesen dos personas, una de la parte del Papa y otra de la del Rey cristianísimo, que conociesen de la causa y su definicion, que pasaria por lo que aquellos dijesen; discurrió en el motivo de ámbos; no lo abrazó, porque le parecia no tocaba á ellos el juzgar aquello, sino al Emperador, y que se metian á arbitrar en Italia más de lo que prometia su derecho, y que no queria desarmar á instan-

cia de ninguno, sino que persistia de nuevo que el Duque de Saboya hiciese lo que se le habia mandado y desarmase, que era en lo que más se ponia el hombro y el Rey queria. Las cartas que tratan de lo que he dicho, son estas :

«Don Felipe, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalen, de Portugal, de Navarra y de las Indias, Duque de Milan, etc.

»Ilustre Marqués de la Hinojosa, Mi Gobernador y Capitan general del Estado de Milan: He recibido vuestras cartas de 4 del pasado, y he visto por ellas la instancia que el Nuncio Sabeli y el Marqués de Rombollet os hicieron para que escuchásedes las pláticas de acuerdo que os ofrecian, con todo lo demas que apuntais á este propósito; y apruébooos la respuesta que les distes, excluyendo del todo la suspension de armas que os pidieron, y el no admitir ningun partido; pues ha sido y es Mi voluntad, que no se trate allá plática desta calidad, miéntras el Duque de Saboya no obedeciese enteramente en todo lo que se le ha dicho; y así, os lo vuelvo á encargar de nuevo, y que ejecuteis las órdenes que teneis Mias, sin alterar en nada ni en parte; advirtiendo que he estrañado mucho que hayais dejado de alojar el ejército en el Piamonte; pues lo pudiérades haber hecho, habiendo allí la comodidad que el Marqués de Mortara refiere en el parecer que os dió, cuya copia se ha visto acá; mayormente, conviniendo tanto no alzar la mano de encaminar siempre los buenos efectos que estando allí se podian conseguir en castigo del Duque de Saboya, reputacion de Mis armas y ejecucion de Mis órdenes, en que seré servido que prosigais, procurando entrar luego en el Piamonte y alojar en él, y holgára mucho que enviásedes los pareceres y protestas que os hicieron las cabezas del ejército para no alojarle en el Piamonte, por ver las razones en qué se fundaban; y es muy de considerar que se haya pasado tanto tiempo en sólo hacer un fuerte en tierra propia, y asistido de un ejército que se ha crecido y reforzado tres veces, y que sin conseguir otro efecto se ha dejado de acometer á Aste, siendo plaza tan flaca, retirándoos segunda

vez del Piamonte y cargado ahora de nuevo el Estado de Milan por cuatro meses, segun las cuentas que haceis en vuestras cartas, de un ejército tan numeroso; y que si bien negastes al Nuncio y al Embajador de Francia la suspension de cuarenta dias, pueden haber juzgado que les dais por ello cuatro meses, habiéndoos retirado; con que han conseguido más de lo que pedian y podian esperar; cuando para mejorar las cosas de esa parte no debieran salir Mis armas del Piamonte, pues áun para cualquiera concesion en que Yo viniese, á instancia de Su Santidad y de el Rey de Francia, habia mejor color estando allí el ejército; el cual tuviera cerca y seguros los bastimentos; y ya que no lo hicistes y alojastes en el Estado, pudiérades haber enviado á las Galeras tal y tanta gente, que pudiera acometer á Niza con seguridad, y no tenerla ociosa, gastando y consumiendo la tierra propia con la nota que se ve. Así, conviene mucho para la reputacion y buen suceso de esas cosas, que esteis muy atento á lo que se puede ofrecer y ocurrir, y que procureis con mucho cuidado mejorar el estado dellas, valiéndoos del parecer y consejo de las personas que se os ha ordenado, y que Me vayais avisando con puntualidad de lo que se hiciere, y enviando relaciones de la gente que hay efectiva en el ejército y de la que tiene el Duque de Saboya. De Madrid á 2 de Enero de 1615.»

«Ilustre Marqués de la Hinojosa, Mi Gobernador y Capitan general en el Estado de Milan: Ántes que llegara el correo de Roma que trujo vuestra carta de 15 del pasado, se habian visto aquí los partidos que el Duque de Saboya ofrece por medio del Nuncio Sabeli y del Marqués de Rombollet, que son los que vereis por la copia que será con esta, sobre que Su Santidad Me escribe, y háme marabillado mucho, de que pasando por ahí el correo del Papa, y trayendo carta vuestra y pocos dias ántes otro del Conde de Castro, no digais nada de lo que por allá se ofrece en esta materia, ni lo que habia pasado en Candía, ni las entradas de la gente del Duque de Saboya en el Estado de Milan, y que por otras partes hayan llegado diferentes relaciones de todo, siendo vos el que pri-

mero las habia de enviar, y mostrar gran sentimiento de que al mismo tiempo que os están pidiendo suspension de armas, entre el Príncipe Tomás á hacer correrías en el Estado de Milan, con tanta mengua de la reputacion de ese ejército y vuestra; y volviendo á los dichos puntos, por ellos mismos se ve, que no son para admitir ni darles oidos por la indecencia y malicia que tienen y no poderse admitir: lo que no fuere hacer el Duque todo lo que se le ha pedido de Mi parte, con la humillacion y respeto debido á las muchas y grandes obligaciones que Me tiene; para lo cual, conviene que Mi ejército se aloje en el Piamonte, como el Marqués de Mortara lo apunta en los pareceres que os dió, como mejor pareciere; pues con esto se harán mejor los partidos cuando acá viniere Yo en dar oidos á ellos, mayormente hallándome Yo con tanta y buena gente, de que es menester aprovecharnos, sin tenerla ociosa ni dar lugar al Duque á que se valga de los tratos y negociaciones que trae en tantas partes, porque si llega la primavera ántes de hacer algun buen efecto y dar fin á esa guerra, habian de acudir á sus puestos los tercios de Nápoles y atender á las cosas de la mar y defensa de aquellos Reinos, que seria del embarazo que se deja considerar; y así conviene y os mando expresamente, que sin perder tiempo ejecuteis lo que se os ordena, y aviseis luégo de lo que fuéredes obrando, pues para todo teneis allá gente y dinero, y por malo que sea el invierno se podrá campear parte dél, como se ha visto muchas veces; y por lo ménos en alojar la gente en el Piamonte y aliviar el Estado, no habrá dificultad. Dada en Madrid á 2 de Enero de 1615.»

«Ilustre Marqués de la Hinojosa, Mi Gobernador y Capitan general en el Estado de Milan: He recibido vuestras cartas de 20 y 21 de Diciembre; y lo que se ofrece que responder á ellas es, que procureis hacer algo que satisfaga á la reputacion que esas armas han perdido y pierden con la dilacion, ejecutando las órdenes que allá teneis y lo que últimamente se os ha escrito, cuyo duplicado lleva este correo, advirtiendo que vuestra ida á Milan se pudiera haber escusado; cuando no

fuera lo demas, dice la cifra, ireis avisando de todo lo que se fuere ofreciendo, que Yo seré servido dello. De Madrid á 20 de Enero de 1615.»

«Ilustrísimo Duque de Mántua, Mi muy caro y muy amado primo: el Marqués de la Hinojosa me ha escrito cómo habia puesto los ojos en cierta plaza vuestra para acudir desde allí á los efectos que se hubieren de hacer con el ejército, y el gusto con que se la habeis dado, mostrando en esto y en lo demas que se ofrece, la aficion que teneis á Mis cosas y cuán bien correspondeis á la voluntad y veras con que yo he tomado vuestra defensa; y aunque le he respondido que de Mi parte os dé las gracias por la demostracion que en esto habeis hecho, he querido Yo dároslas tambien y deciros lo mucho que la he estimado; y en lo demas me remito al dicho Marqués. Y sea, Ilustrísimo Duque de Mántua, Mi muy caro y muy amado primo, Nuestra Señora en vuestra contínua guarda. De Madrid á 2 de Enero de 1615.»

«Ilustre Duque de Osuna, primo, Mi Virey y Capitan general del Reino de Sicilia: al Marqués de la Hinojosa escribo que procure ejecutar las órdenes que le he enviado y acabar la guerra de Lombardía, porque si el turco bajare á la primavera puedan acudir mejor á sus puestos los tercios de ese Reino y el de Nápoles; y para que no se deshagan y puedan ser del servicio y provecho que se desea, os encargo y mando que por lo que os toca remitais con mucha puntualidad lo que montare el sueldo de la infantería española que allí habeis enviado por Mi órden, de manera que sean socorridos y pagados tan puntualmente como si se halláran ahí, y no se disculpe el Marqués de la Hinojosa con que no le habeis asistido, que Yo seré muy servido de eso y de que me aviseis de haberlo hecho. De Madrid á 4 de Enero de 1615.»

Desta manera aquel Príncipe, de todas maneras grande, con tanta prontitud y espíritu, gobernaba las Coronas que gloriosamente le dejaron sus progenitores, y desta manera era Rey temido y respetado de todos los demas de la circunferencia de la tierra; y volviendo á nuestro ejército, digo

que marchaba compelido de amonestaciones y consejos del Rey y Ministros, cargado gravemente de no haberlo hecho ántes el Marqués de la Hinojosa, con excelentes Cabos y soldados. Esperábale el Duque de Saboya, reparando las fortificaciones de Aste, guarneciendo un fuerte que se fabricaba sobre el Tánaro, echando un puente donde se remata la Dora, sacando un grueso trincheron que corriese desde la colina que está cerca de Certosa hasta el Tánaro, cubriendo con ella gran parte de la ciudad, y púsose con 11.000 infantes y 4.000 caballos á una milla de ella, cerca del rio Versa, de riberas altas y fondables, poniendo de la otra parte algunas cornetas de caballería con órden de escaramuzar con los españoles, retirándose, si demasiadamente fueren cargados, al calor y abrigo del ejército. Luégo que los nuestros los vieron, ordenó Francisco de la Fuente, Comisario general de la caballería, que cerrase con ellos el Capitan Alonso de Ballesteros, y que se diese priesa á llegar á socorrerle don Alonso Pimentel, su General; los Capitanes de caballos lo hicieron tan bien, que prendieron á los del enemigo y otras personas de consideracion de la Francia; con que el Duque hizo adelantar parte de su vanguardia para recoger á los que, desordenados, se iban retirando; principio con que ámbos ejércitos se acamparon á las márgenes de la Versa: tiraba la artillería de una parte y de otra sin descansar, empavesándose aquella noche con muy altas y gruesas trincheras, para defenderse cada uno de los contínuos golpes; habia en unas colinas que enseñoreaban el ejército del Rey, dos piezas que hacian mucho daño; resolvió el Marqués ocuparlas, para registrar mejor la plaza y caer sobre ella: el Duque hizo á la hora, adivinando el intento, que subiesen á ella 2.000 soldados y en el fuerte de Castion entrasen 500, por estar allí cerca, y que se defendiesen con toda obstinacion, por ser de importancia, porque no llegase tan aína el ejército del Rey á Aste; visto lo cual, avisó el Marqués al Príncipe de Asculi que con algunas piezas de batir y el tercio de Joan Bravo de Lagunas y otro de italianos, caminase á tomar á Castion.

Marchó con esta órden el Príncipe, y ántes de llegar á la plaza descubrieron 300 mosqueteros que los esperaban á la entrada de un bosque; cargaron sobre ellos D. Luis de Córdova y D. Joan de Orellana, que en aquella faccion llevaban la vanguardia, tan vivamente con los españoles, que pusieron en rota á los franceses, dejando muchos tendidos en el campo, en que se incluian Capitanes y hombres de cuenta; los que se pusieron en la fuga, acudieron á salvarse á Castion, á la cual se arrimó el Príncipe tan dichosamente, que plantándola la artillería, á pocos golpes la rindieron los que estaban dentro, dejándolos salir á merced, sin armas ni banderas, haciéndolos pasar por en medio del ejército con escolta para el Estado de Milan; sintió el Duque esta pérdida como se deja considerar, pareciéndole que sus designios iban frustrados y de mal talante, con que hizo de nuevo reforzar á Aste; aquí llegaron al Marqués los tercios de Nápoles, Florencia y Urbino, con que engrosó el ejército; y conseguido lo de Castion, se preparó para enseñorearse de las colinas donde el Duque habia hecho poner franceses, y los suizos y loreneses sin número, al parecer de todos incontrastables; empero, el valor y grandeza de ánimo de los españoles, italianos y otras naciones, mayores montañas les parecian valles, segun el ímpetu y deseo que tenian de llegar con los enemigos á todo rompimiento; estaban éstas colinas entre Aste y el monesterio de la Certosa; quiso ántes de escalarlas hacerse dueño de la *Cruz blanca*, meson que tenia el Duque fortificado de mucha infantería, enviando sobre él dos Capitanes con sus compañías, que al punto lo consiguieron; efecto con que mandó arremeter el Marqués á las colinas, á los Maestres de Campo Joan Bravo de Lagunas y D. Diego Sarmiento con sus tercios de españoles y italianos, caudillos en todo tiempo de reputacion, soldados viejos, alentados y de gran corazon; estaban atentos á esta faccion los demas Capitanes de las otras naciones, no sin maravilla de cómo sus camaradas habian de derribar aquella montaña de armas y de fuegos, precipitándolos por sus derrumbaderos; cerraron los Maestres

de Campo, contentos de que el Marqués los hubiese empleado tan bien, comenzaron á subir las colinas los soldados, llenos de todo ardor y confianza; afirmábanse en los piés y meneaban las manos, dando muchas cargas al enemigo; los de arriba los tiraban de mampuesto y los apretaban la dificultad y oposicion; no desmayaban nuestra gente, la esperanza de la victoria los hacia arribar y vencer mayores dificultades, y aspirar al glorioso fin que ya por su valor y brazos se prometian; llegando casi á la cumbre, encendidos en nuevo coraje pelearon de manera, que los franceses se pusieron en rota y dieron las espaldas; animábalos el Duque de Saboya y el Príncipe Tomás, su hijo, que aquel dia mostró la sangre que tenia de España: matáronle el caballo, y dos á su padre; y aunque con este aliento procuraban hacer rostro y volver al combate los suyos, el miedo estaba ya tan dentro de las venas, que no era posible detenerlos; el número de los muertos era notable en todas partes; no se oia ni se veia otra cosa que tirar, humo y cuerpos destrozados; dejóse el enemigo la artillería, desamparó los caballos, y á récia fuga, metido ya todo en desórden y confusion y miseria, se entraba por las puertas de Aste; seguian los nuestros el curso de la victoria, aún no satisfechos de sangre; asi querian enmendar la tibieza pasada, la reputacion puesta en disputa, y recobrar el valor perdido y darse á sentir del enemigo; parece que les incitaba á esto y les ponia vergüenza las victorias tan señaladas que en aquellas mismas campañas en tiempo de Cárlos y de sus antecesores, tan felizmente consiguieron, y que veian los espíritus de aquellos valentísimos Capitanes inspirándoles su aliento, y que ellos le recibian, que hoy tanto resplandece en las historias; así procuraron resucitar aquel tiempo y renovar el presente, volviendo por la grandeza y majestad de España y el respeto que al Rey se le debe en Italia, y el que le dejaron. Los suizos iban, como digo, todos ocupados del miedo, atemorizados del rayo que tenian sobre sí, metiéndose por las puertas de Aste, y los nuestros á su alcance; y cuando ya pensaron tenian en las manos la ciudad, el Duque, sus hijos y

su gente, se les puso el Marqués de la Hinojosa delante con la espada alta en la mano, diciendo á voces: «tener soldados, tener, que así lo quiere el Rey»; esta palabra los pudo suspender y los detuvo, malogrando la obediencia el intento y la gloria de vencer; porque D. Diego Sarmiento, que habia dado gloriosamente su parte á la victoria, arrojando la bengala dijo: «pues no saben vencer, busquen quien quiera pelear»; éste es uno de los sucesos que pasma y pone en asombro los juicios de los hombres y que no se acierta á rastrear, y una de sus más capitales calumnias y en que fracasó el decoro; porque sino queria tomar á Aste, para qué tanta prevencion de armas; y si la pudo tomar, porque no se excusó del sitio: pasó adelante, y digo que fué éste, aunque malogrado, uno de los más señalados dias que se vieron en Italia, y donde españoles y napolitanos pelearon como no se ha visto otra vez, ni en Flandes, ni en otra parte del mundo, y como en los tiempos primeros de Gonzalo Hernandez de Córdova, Gran Capitan, y el Marqués de Pescara; fué espantoso para las naciones que allí se hallaron, y tremendo para los enemigos, y de gran gloria para los nuestros; quiso el Duque desamparar á Aste, saliéndose por otra puerta, dándola por perdida; hasta que viendo hacer alto al Marqués y ponerse á sitiarla, le detuvo; caso digno de toda ponderacion; si la tomara, ¿qué no hiciera aquel ejército victorioso en el Piamonte, y qué plaza la más fuerte estuviere segura de sus manos, y qué no acabara si aquella se hubiere conseguido? Comenzó el Duque á fortificarse, entrándose el Príncipe, victorioso en aquella sazon y en socorro de su padre, dentro de ella con 2.000 soldados; levantó el Marqués sus trincheras, púsole sus baterías; accion que descaeció mucho el ánimo de nuestra gente, no prometiéndose ya cosa de importancia; hizo dos salidas el enemigo sobre los cuarteles, y la una con ánimo de clavar la artillería y quemar los cestones, que de ambas, aunque estaban los nuestros con poco gusto de pelear, volvieron maltratados sin conseguir lo primero, y mal herido el Conde Guido de San Jorje, su caudillo. Las cosas, pues, estaban en tal estado;

el Duque tan deshecho y sin franceses, y con miedo de la pérdida de Aste, que no hallando modo de mejorarlas, se dió á hacer diligencias con los Embajadores de Francia y Nuncio del Papa para que introdujesen tratados de paz; éstos admitió el Marqués de la Hinojosa, y lo firmó á 20 de Junio deste año, habiéndolos firmado ántes el Duque de Saboya, con los capítulos tantas veces referidos en este discurso; que desarmaria dentro de un mes; no tocaria á los Estados del Duque de Mántua; que remitiria la decision de su causa al juicio y arbitrio imperial; absueltos los vasallos de una y otra parte que hubiesen asistido á la guerra; que se restituyesen al Duque las plazas ocupadas y los prisioneros: firmó el Marqués los capítulos en la Certosa de Aste, con que concluida por entónces la guerra, bien contra el parecer de los Cabos y Capitanes, volvió el Marqués el ejército y le distribuyó por sus alojamientos en el Estado de Milan; no agradó en España esta faccion ni hecho del Marqués; todo el Consejo de Estado consultaba la enmienda al Rey, que ya estaba en Valladolid, diciéndole era menester recobrar la reputacion perdida, y enfrenar los mal intencionados; que de este suceso se adelantaban más de lo que era justo á discurrir con indecente lenguaje, que la satisfaccion daba voces: con que deseándolo mucho el Rey, resolvió en enviar á D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, por Gobernador y Capitan general del Estado de Milan.

Habiéndose llegado ya el tiempo de poner en ejecucion los casamientos de nuestros Príncipes, y ofrecídose para llevar la Reina Doña Ana á Francia el Cardenal de Toledo Don Bernardo de Rojas y Sandoval, y traer la Princesa Doña Isabel á España, y despues de haber hecho grandes gastos reales y magníficas prevenciones, hijas del ánimo de aquel ilustre y generoso Príncipe, que por algunos grandes achaques le obligaron á ceder del intento. El Duque de Lerma, que como para tan árdua empresa era bien se ofreciese el vasallo más altamente beneficiado y remunerado de su Rey, le suplicó le diese licencia y le hiciese merced de que tomase á su cargo

la expedicion desta jornada; el Rey se lo agradeció, y echándole los brazos, le dijo: «siempre entendí que ninguno Me habia de sacar deste cuidado sino vos.» El Duque, agradecido á este favor y besándole la mano, con el beneplácito que ya tenia del Rey para tomar sobre su gran corazon y generoso ánimo, que fué el mayor que se vió en ningun Príncipe del mundo; y todos los que más han querido afectar esta accion respecto de la grandeza de su liberalidad, todos han parecido hormigas: finalmente, habiendo tomado sobre sí esta jornada, ordenó á los criados más principales y de consideracion de su casa, como fué á Joan de la Serna, caballero de la Órden de Calatrava, que despues, por la asistencia y atencion tan prudencial deste servicio, fué hecho del Consejo de Hacienda, que siempre, áun cuando no era valido, los habia tenido muy buenos y de noble sangre, que con mucho cuidado y atencion, sin reservar gasto por excesivo que fuese, tratasen de todas las cosas necesarias para llevar por su quinta á la cristianísima Reina Doña Ana á la raya de Francia, y que esto se premeditase y resolviese con el mayor lucimiento y pompa que se hubiese hecho jornada ó casamiento de Rey en todo el orbe: los criados, que como fieles testigos de su magnificencia, estaban siempre enseñados á obedecerle, se juntaron, trataron y dispusieron todas las cosas que para tan valiente ocasion eran necesarias; labráronse muchos y muy costosos aderezos de plata, suficientes y apropósito para servir dos casas reales; maravillosos doseles y reposteros de peregrina y singular bordadura; previniéronse ricas tapicerías de oro y seda; colgaduras de subidísimas telas y brocados; libreas para infinito número de criados y todo género de Oficiales, escogidos para cuando el ornamento y la necesidad hubiesen menester; y demás desto, carrozas, literas, sillas de manos de primoroso artificio y labor; muchas acémilas que habian de llevar y traer todos cuantos regalos han llegado á noticia del gusto y de la imaginacion, para banquetear á todos los Grandes, títulos y caballeros que á la ida y á la vuelta se habian de hallar en la jornada, y á todas sus familias; juntá-

ronse demás de los criados, porque no presumian que ellos lo sabian todo, muchos hombres de experiencia y gobierno en esta materia, criados en las casas de los grandes señores, y pasados por muchas y grandes jornadas en diferentes Reinos y provincias, de casamientos y embajadas; cada uno destos decia lo que sabia, daba su parecer en cómo se habia de encaminar accion tan importante, y que habia de parecer á los ojos del mundo y á los de un Reino, grande entre cuantos se contienen en él, y que tan bien se lució en la venida del Duque de Humena á España, y en la entrada del Duque de Pastrana en París. Finalmente, fabricando cuanto fué majestuoso y pasó de la necesidad, así en galas, arreos, menajes de casa como en todo género de regalos, para desde Búrgos á la raya y della para Búrgos, dando á todos los señores y sus familias cuanto hubieron menester y concibió la imaginacion, y despues, por muchos meses ántes todo prevenido, y con sobrada abundancia puesto á punto. El Rey católico, al principio de la primavera deste año, con todos sus hijos, partió de Madrid á Valladolid, donde pasó los calores del verano, y casi al principio de Setiembre partió desde Valladolid á Lerma á dar principio y calor á su jornada. Todos los señores de España venian encaminándose á Búrgos, ricos y lucidamente aderezados de galas, recámaras, libreas y criados. El Rey dió su poder al Duque de Lerma para llevar la Reina á la raya de Francia y traer la Princesa á España: el Príncipe, por el consiguiente, hizo lo mismo, dándole su autoridad para ello, alabando y engrandeciendo su persona: escribe ansimismo el Rey al Marqués de Camarasa y Ricla, Capitan de la Guardia española, para que en lo que tocare á su oficio, obedezca y cumpla las órdenes que en la jornada le diere el Duque: escribe en la misma forma á D. Rodrigo Calderon, Marqués de Siete Iglesias, Conde de la Oliva, Capitan de la guarda alemana, para que haga lo mismo; al Duque de Ciudad-Real, Conde de Aramayona y hijo de D. Diego de Idiaquez, Virey de Navarra, Capitan general de la provincia de Guipúzcoa, para que con la gente de guerra que allí hubiese juntado, esté á la

órden y obediencia del Duque; escribe á D. Pedro Pacheco, Capitan general de la artillería en ausencia del Marqués de la Hinojosa, y Veedor general de los guardas de Castilla, para que con ellos vaya á servir en esta jornada y asista á las órdenes del Duque; al Maestre de Campo Gonzalo de Luna, castellano de Fuenterrabía, diciéndole que por haber encargado al Duque de Lerma acompañe y lleve á la Reina de Francia hasta entregalla á los Comisarios del Rey cristianísimo, su esposo, y que reciba dellos la Princesa de España, y por haberle ansimismo cometido todas las cosas tocantes á la jornada, así en la gente de guerra como en la que no lo fuere, y haber de alojarse en la villa la Reina de Francia y la Princesa á la venida, le ordena y manda que obedezca y cumpla todo lo que el Duque le ordenare por escrito y de palabra, y en lo tocante á su ministerio; escribe al Licenciado Francisco Marques, Alcalde de su Casa y corte, para que aderece y abra paso por donde no le hubiere en los caminos, provea bastimentos, carruaje y todas las demas cosas concernientes á la jornada, y para que todo tenga la providencia y perfeccion que es bien que tengan las jornadas, y que en cosa tan importante conviene al decoro y puntualidad con que se han de servir las personas Reales: hace una instruccion de su mano, y dásela al Duque de Lerma, que dice en la forma siguiente:

«La órden que vos, D. Francisco Gomez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma y Cea, Marqués de Denia, Primo, Conde de Ampudia, Comendador Mayor de Castilla, de los Mis Consejos de Estado y Guerra, Mi Caballerizo Mayor y Sumiller de Corps, Ayo y Mayordomo Mayor del Serenísimo Príncipe D. Felipe, Mi hijo, habeis de tener en acompañar y servir á la Reina de Francia Doña Ana, Mi hija, desde esta ciudad de Búrgos hasta la villa de Fuenterrabía y paso de Beovia en el rio Bidasoa; donde, como teneis entendido, habeis de entregar á la dicha Reina y recibir á la Serenísima Princesa Doña Isabel, Mi nuera, es la siguiente:

»Aunque por vuestra gran prudencia y larga experiencia

que teneis de todo, y la gran confianza que hago de vuestra persona, y el mucho celo con que os empleais en las cosas que se ofrecen de Mi servicio, y la buena cuenta que Me habeis dado siempre y dais del peso de los negocios que por Mi órden teneis á cargo, de que Me hallo con mucha satisfaccion, y de vuestra fidelidad y singular amor con que los tratais, no era necesario daros esta instruccion, mayormente llevando como llevais tan entendido lo que se ha tratado sobre esta materia y lo que se ofrece en ella, y los poderes que os he dado para acompañar y entregar á la Reina, Mi hija, y recibir á la Princesa, Mi nuera, y el que asimismo llevais de dicho Príncipe, Mi hijo, para recibir á la dicha Princesa, todavía Me ha parecido apuntar aquí lo que se sigue:

»Como sabeis las jornadas que ha de hacer la Reina, Mi hija, desde esta ciudad á la parte referida, donde habrán de ser las dichas entregas, está trazado que sean por los lugares que se os ha dado memoria, y se ha acordado que salga de aquí el sábado que viene, que serán 24 deste, y así, llegará, placiendo á Dios, á Fuenterrabía á los 4 del que viene; luégo que llegáredes á la dicha Fuenterrabía, ó desde la parte que os pareciese, avisareis á los Comisarios de Francia que estais pronto para hacer la entrega de la dicha Mi hija, en conformidad de lo asentado con el Rey cristianísimo, Mi hermano, y concertareis el dia y hora en que se habrá de hacer, y estando de acuerdo, y habiendo precedido el reconocimiento de los poderes que ellos trujeren para entregaros á la dicha Princesa, y los que vos llevais Mios y del Príncipe, Mi hijo; y, ajustado lo que á esto toca, se harán las entregas de ámbas partes, hallándoos vos primero, y haciendo la de la Reina, Mi hija, como está tratado y concertado.

»En acabándose de hacer de ámbas partes las dichas entregas, pedireis testimonio á los Comisarios de Francia de haber hecho vos la de la Reina, Mi hija, y la recibireis dellos y se la dareis de la entrega que ellos hicieren de la dicha Princesa, los cuales testimonios y fees habrán de dar, de nuestra parte, Joan de Ciriza, Caballero del Hábito de San-

tiago, Mi Secretario de Estado, que se ha de hallar presente al acto de las dichas entregas; y de la otra, el Secretario de Estado del Rey cristianísimo que estuviere presente á ellas.

»Los recibimientos de la Princesa en las ciudades y villas serán con palio, de que se ha avisado á esta ciudad de Búrgos y á la de Vitoria, y á la provincia de Guipúzcoa; por lo que toca á las villas de Fuenterrabía y Tolosa, y en las entradas donde hubiere palio, será vuestro lugar en el acompañamiento, el postrero despues de todos los Grandes que fueren en él, y en los lugares donde no hubiere entrada con palio, ireis al lado de la litera, palafren ó silla en que fuere la dicha Mi nuera; y por haber mandado á D. Fray Prudencio de Sandoval, Obispo de Pamplona, del Mi Consejo, que se halle en la jornada, y habrá de concurrir en los acompañamientos de la dicha Princesa en que hubiere palio, en tal caso, irá junto á la Dueña de honor que hiciese oficio de Camarera mayor.

»El dia de las entregas, despues de haberse acabado, acompañareis á la Princesa hasta dejarla en su aposento, y luégo, el otro dia siguiente, por la mañana, ántes de comer, ireis á visitar á la dicha Princesa, que estará advertida de la forma en que os habrá de recibir y tratar, y asiento que os mandará dar; que ha parecido declararlo aquí para que se sepa es esta Mi voluntad, á saber: que la dicha Princesa se levantará, por la primera vez, y os mandará cubrir, y entónces y adelante, por el camino, os mandará dar silla rasa de terciopelo; y entiéndese que esta demostracion se hará en vos hasta llegar la Princesa á la parte donde Yo me hallare, por la particular comision Mia que llevais para venirla acompañando y sirviendo, porque despues de llegada donde Yo estuviere, os tratará como lo acostumbran hacer las Princesas de Castilla á los Grandes.

»Tendreis particular cuidado de advertir á la Princesa los nombres de los Grandes, títulos y caballeros particulares que se hallaren en la jornada, y el tratamiento que habrá de hacerles.

»Los Condes de Arcos y Castro, Mayordomos del Príncipe,

Mi hijo, he mandado, como sabeis, que vayan con vos para el Gobierno de la casa de la Reina, Mi hija, á la ida, y de la Princesa á la vuelta, miéntras llegare á la parte donde Yo me hallare; á los cuales advertireis de todo lo que se ofreciere tocante á ello, para que lo hagan ejecutar, y ámbas sean tan bien servidas y regaladas como Me prometo de vuestro mucho cuidado.

»El Ilmo. Francisco Marques de Gaceta, Alcalde de Mi Casa y corte, como sabeis, va sirviendo en esta jornada por órden Mia, con los alguaciles que lleva para prevenir bastimentos en los lugares por donde se ha de hacer tránsito, y proveer de carros, bagajes y otras cosas segun su comision; y para que en todo haya puntualidad, le ordenareis lo que os pareciere para que lo haga ejecutar y cumplir.

»Tambien ordenareis á los Aposentadores, así de Palacio como de camino, lo que por razon de sus oficios hubieren de hacer, hasta que la Princesa, Mi nuera, llegue á la parte donde Yo me hallare; y al Correo mayor se ha ordenado que envie un Oficial práctico, que sirva en esta jornada su oficio y lleve consigo caballos de posta para que despacheis los correos que fueren menester, y ireisme avisando de cómo la Reina va haciendo su viaje, y de la llegada de la Princesa á Fuenterrabía, y muy á menudo de la salud de ámbas y suceso del camino y de lo que más en él se ofreciere, pues de entenderlo con particularidad, holgaré cuanto podais considerar.

»Para en caso que hallándose aposentada la Reina, Mi hija, ó la Princesa, Mi nuera, en la villa de Fuenterrabía ó en otra cualquier parte donde hubiere gente de guerra y concurren allí Mis guardas española ó alemana, ordenareis al Marqués de Camarasa, Conde de Ricla, Capitan de la guarda española, y al Marqués de Siete Iglesias, Conde de la Oliva, que lo es de la alemana, que dentro de la casa donde estuviere alojada la dicha Reina ó Princesa pongan sus guardas en la forma y como lo acostumbran á hacer de ordinario donde Yo me hallo, sin que en ello haya novedad; y vos, como persona á quien Yo he encargado todo lo tocante y dependiente

en la jornada de las entregas, tanto en lo que tocare á gente de guerra como en lo que no lo es, pedireis el nombre á la dicha Reina, Mi hija, ó á la Princesa, Mi nuera, cuando cada una de ámbas se hallaren en la dicha Fuenterrabía ó en otra parte, como queda dicho, y se la dareis así á los Capitanes de Mis guardas como al Duque de Ciudad-Real, Conde de Aramayona, Virey y Capitan General en el Reino de Navarra, y Capitan general de la provincia de Guipúzcoa, si se hallare en la dicha Fuenterrabía; por lo que toca á la guarda ordinaria de las puertas y murallas de la dicha villa, para que del dicho Duque de Ciudad-Real lo reciba el castellano della, como quien tiene el pleito-homenaje de la guarda de aquella plaza; y en caso de no estar en ella el Duque, le dareis al dicho castellano; y adviérteseos que á la puerta de la casa donde alojare la Reina ó Princesa, ha de haber un cuerpo de guardia de la infantería del presidio; y si concurriere alguna caballería, dareis el nombre á D. Pedro Pacheco, Veedor general de las guardas de Castilla, á quien he encargado el gobierno dellas; quedando entendido que todos los á quien se hubiere de dar nombre le han de venir á tomar de vos, que le habeis de tener de la Reina ó Princesa cuando cada una de ámbas se halláre en Fuenterrabía, como queda referido; y al Virey, Capitanes de Mis guardas y los demas aquí contenidos, he mandado escribir que cumplan y guarden todas las órdenes tocantes á las cosas que por razon de sus cargos les perteneciere, que para todo lo contenido en esta instruccion, y lo demas que viéredes ser conveniente para el buen efecto de lo dependiente de la jornada de las entregas, hasta que la Princesa llegue á la parte donde Yo me halláre, os doy tan entero poder y facultad como es menester y para el caso se requiere. Dada en Lerma á veintitres de Setiembre de mil y seiscientos y quince años.—YO EL REY.—Por mandado del Rey Nuestro Señor, *Joan de Ciriza.*»

Puestas las cosas y ordenadas en la forma y manera que habemos dicho, el Rey pasó y hizo su entrada en Búrgos; por otra parte el Rey de Francia, con su madre y la Princesa

su hermana, y otras muchas señoras y toda la nobleza de la sangre y otros principales Monsieures, y para traer la Princesa á la raya de España, el Duque de Guisa y el Cardenal de Joyosa, en ricas literas y carrozas ostentosa y lucidamente ataviados, salieron de París la vuelta de Burdeos, distante de de la raya de España lo que Búrgos de la de Francia, para esperar allí á la Reina cristianísima. Búrgos, que en los tiempos pasados, cuando fué silla y corte de los antiguos Reyes de Castilla, pareciéndole que veia en este resucitar aquella grandeza y majestad en que ántes se vió, recibió al Rey católico y todos sus moradores con muchas galas, fiestas y regocijos, mostrando en los corazones el castellano y verdadero deseo que tenian de servirle; los cortesanos, todo era hacer alarde y ostentacion de su grandeza; el Duque tenia ya todas las cosas que le tocaban prevenidas para caminar, de las cuales estaba maravillada Castilla, por que eran las que jamás se vieron en casamiento de Príncipe. El Rey, hospedado en las casas del Condestable de Castilla, trató de que se diese principio á las ceremonias que faltaban para concluir y efectuar los desposorios, y no esperándose más de que la Reino de Fracia hiciese la renunciacion de los Reinos de España, de Italia y los Países Bajos y ámbas Indias y las de sus legítimas, ordenó que en el convento de San Agustin, donde está aquella devota imágen del Crucifijo, en un cuadro que allí tienen SS. MM., se hiciese la renunciacion; que un dia para ésto señalado, saliendo el Rey con sus hijos, acompañado de muchos Príncipes y Señores al convento de San Agustin, en el cuarto que para ello estaba majestuosamente aderezado, presentes todos, se hizo la renunciacion en esta manera:

«Doña Ana, Infanta de las Españas y por la Gracia de Dios Reina prometida de Francia; hija mayor del muy alto, muy excelente y muy poderoso Principe D. Felipe III, por la misma Gracia Rey católico de las Españas, mi señor, á quien Dios guarde y prospere felicísimamente; y de la muy alta, y muy excelente y muy poderosísima Princesa Doña Margarita, Reina católica de gloriosa memoria, mi madre y señora, que

está en el cielo; por la relacion y noticia deste instrumento y escritura de aprobacion, confirmacion y ratificacion, y de lo demas que en ella se contiene; y para que quede en perpetua memoria, hago notorio y manifiesto á los Reyes, Príncipes, Potentados, Repúblicas, comunidades y personas particulares que son y fueren en los siglos venideros, que por los capítulos quinto y sexto del tratado y asiento de mi matrimonio prometido con el muy alto, y muy excelente, y muy poderoso Príncipe Luis XIII, Rey cristianísimo de Francia, que con la bendicion de Dios, y á lo que se puede y debe esperar para su gloria y servicio, exaltacion de su santa fe, reposo y tranquilidad de la República cristiana, se efectuará y celebrará cuando pareciere á SS. MM. católica y cristianísima; quedó resuelto y asentado de comun acuerdo y de una voluntad, y como cosa convenientísima, despues de haberla considerado atentamente y con madura deliberacion, que yo y los hijos descendientes que Dios nos diere deste matrimonio, seamos y quedemos inhábiles é incapaces, y absolutamente excluidos del derecho y esperanza de suceder en alguno de los Reinos, Estados y Señoríos de que se compone esta Corona y Monarquía de España, y en los que adelante se agregaren á ella por S. M. católica, y despues de sus largos y felices dias por los Reyes sus sucesores; y como quiera que por haberse deducido á pacto convencional por Príncipes y Reyes soberanos, que en lo temporal no reconocen superior, en gracia y favor de la causa pública de ámbos Reinos, y condescendiendo en esto con el deseo y voto comun de sus súbditos, vasallos y naturales, quieran tengan fuerza y vigor de ley y pragmática sancion, y que como tal sea recibida y observada en ellos; y por esto parecia que para su firmeza no era necesario otra solemnidad; pero todavía quisieron SS. MM., que si por alguna consideracion pudiese ser conveniente mi aprobacion, la hubiere de hacer luégo que cumpliere la edad de doce años, y con todas las cláusulas y solemnidades necesarias, segun y como más particularmente se expresa y declara por la escritura de los dichos capítulos, otorgada en la villa de

Madrid, dentro del Palacio Real, miércoles veinte y dos de Agosto del año pasado de mil y seiscientos y doce, por medio é intercesion de los Embajadores y Comisarios especialmente para ello diputados por el Rey, mi Señor, y por la muy alta, y muy excelente, y muy poderosa Princesa María, Reina cristianísima, y entónces Tutora del Rey cristianísimo y Regente de Francia; el tenor de las cuales, sacado de su original y puesto aquí á la letra es este.»

Remítese al artículo quinto y sexto que están en las capitulaciones deste libro, y prosigue diciendo:

«Y porque (á Dios gracias) he ya cumplido los doce años, y soy mayor de edad de catorce, y en ella ha sido servido de darme capacidad y discrecion para entender y comprender la sustancia y efecto de los dichos capítulos, de que estoy cierta y advertida por haberme muchas veces informado dellos y de sus conveniencias en el discurso y tiempo de tres años, y más á que están resueltos y asentados, y bastaba para haber quedado con la satisfaccion que tengo de su justificacion saber que ha sido cosa mirada y acordada por el Rey, mi Señor, que con tan gran amor y cuidado desea y procura mi contento y mi bien, mirando juntamente por el público y comun de los Reinos que Dios le tiene encomendados, los cuales y los de la Corona de Francia, son igualmente interesados en que la grandeza y majestad que há tantos años que sustenta y conserva en sí mismo con tanta felicidad suya y gloria de sus Reyes católicos y cristianísimos, no mengüe y descaezca, como necesariamente menguaria y descaeceria si por medio y causa deste matrimonio se viniese á venir y juntar en alguno de los hijos ó descendientes; del suceso que causaria en los súbditos y vasallos el descontento y desconsuelo que se deja entender, y de que justamente se podria temer resultarian los daños é inconvenientes que se representan y reconocen más fácilmente, ántes de suceder, que se repararian y remediarian despues de sucedidos y experimentados; y así, ha convenido prevenir el remedio para que no sucedan, y no sea este matrimonio causa de efectos contrarios á los que se pro-

mete y debe esperar se han de conseguir por él; demás que con este ejemplo y á su imitacion, se facilitarán de aquí adelante los matrimonios recíprocos entre mis hijos y descendientes y los del Rey, mi señor, que para mí es consideracion de particular consuelo y contento, pues será medio para estrechar y renovar muchas veces el vínculo de sangre y parentesco, y asegurar y afirmar más fuerte y eficaz las alianzas, amistades y buenas correspondencias que con tan prósperos principios se han trabado y contraido entre éstos dos Reinos, y con la gracia de Dios se continuarán y permanecerán gloriosamente entre ellos y sus católicos cristianísimos Reyes, que por ser bien público y comun debe por buena razon preferirse y anteponerse al particular mio y de mis hijos y descendientes; que en el estado presente se puede tener por de poca consideracion, por ser tan remoto y apartado como se conoce. Por tanto, de mi propio *motu*, libre, espontánea y grata voluntad, y teniendo cierta ciencia y sabiduría del acto que hago y de lo que importa y puede importar mi consentimiento, apruebo, confirmo y ratifico en la via y forma que mejor puedo y debo el pacto, segun y de la manera que en el capítulo quinto, más particularmente se contiene, y para en caso que pareciere necesario ó conveniente, doy mi poder cumplido y bastante al Rey, mi señor, y al cristianísimo, para que lo puedan asentar y capitular de nuevo; todavía, en virtud y cumplimiento del dicho capítulo, me declaro y hé por excluida y apartada, y á los hijos y descendientes deste matrimonio por excluidos é inhabilitados absolutamente y sin limitacion, diferencia y distincion de personas, grados, sexos y tiempos de la accion y derecho de suceder en el Reino, Estados, Provincias, Guardianías y Señoríos desta Corona de España, expresados y declarados por él; y quiero y consiento por mí y por los dichos mis descendientes, que desde ahora para entónces se tenga por pasado y transferido en aquel que por estar yo y ellos excluidos, inhabilitados é incapaces, se hallare siguiente en grado é inmediato al Rey, por cuya muerte vacare y se habiere de regular y de referir la sucesion de los

dichos Reinos para que los haya y tenga como legítimo y verdadero succsor, así como si yo y mis descendientes no hubiéramos nacido ni fuésemos en el mundo, porque por tales hemos de ser tenidos y reputados, para que en mi persona y en la dellos no se pueda considerar ni hacer fundamento de representacion activa ó pasiva, principio ó continuacion de línea efectiva ó contentiva de sustancia, sangre ó calidad, ni derivar la descendencia y computacion de grados de la del Rey, mi señor, ni de la de los gloriosos Reyes sus progenitores, ni para otro algun efecto de entrar en la sucesion, ni preocupar el grado de proximidad y excluirle dél á la persona que, como dicho es, se hallare siguiente en grado; y prometo y me obligo en fe de palabra Real, que en cuanto fuere de mi parte y de los dichos mis hijos y descendientes deste matrimonio, se procurará siempre y en todo tiempo que la observancia y cumplimiento del capítulo y desta mi escritura, que hago en su aprobacion y confirmacion, sea inviolable, sin permitir ni consentir que se vaya ó venga contra ello directa ó indirectamente, en todo ó en parte, y me desisto y aparto de todos y cualesquier remedios sabidos ó ignorados, ordinarios ó extraordinarios, y que por derecho comun ó privilegio especial nos pueda pertenecer á mí y á los dichos mis hijos y descendientes para reclamar, decir y alegar contra lo susodicho, y todos ellos los renuncio, y especialmente el de la restitucion *in integrum*, fundada en la ignorancia ó inadvertencia de mi menor edad, ó en la lesion evidente, enorme y enormísima que se puede considerar haber intervenido en desistencia y renunciacion del derecho de poder en algun tiempo suceder en tantos y tan grandes Reinos, Estados y Señoríos, y quiero que ninguno de los remedios, ni otros de cualquier nombre, ministerio, importanoia y calidad que sean nos valgan ni nos puedan valer, judicial ó extrajudicialmente; y que si los intentáremos ó tratáremos reducir á tela y contienda de juicio, se nos deniegue y cierre todo género de audiencia; y si de hecho ó con algun color mal pretendido, desconfiando de la justicia, por que hemos siempre de reconocer y confe-

sar que no la tenemos para suceder en los dichos Reinos, los quisiéremos ocupar por fuerzas de armas, haciendo ó moviendo guerra ofensiva, desde agora para entónces se tenga, juzgue y declare por ilícita, injusta y mal atentada, y por violencia, usurpacion, tiranía, y hecha contra razon y conciéncia; y por el contrario, se juzgue y califique por justa, lícita y permitida la que se hiciere ó moviere por el que mi exclusion y de los dichos mis hijos y descendientes debiere de suceder en ellos, al cual sus súbditos y naturales le hayan de acojer, obedecer, hacer y prestar el juramento y homenaje de fidelidad y servirle como á su Rey y Señor legítimo; y afirmo y certifico que para otorgar esta escritura no he sido inducida, atraida ó persuadida del respeto y reverencia que debo y tengo al Rey, mi señor, como á Príncipe tan poderoso y como á padre que tanto me ama y amo, y que me tiene y ha tenido en suprema potestad, porque verdaderamente en todo lo que ha sido en órden á la conclusion y efecto deste matrimonio, con el dicho pacto y capítulo de mi exclusion y de la de mis descendientes, he tenido toda la libertad que he podido desear para decir y declarar mi voluntad, sin que de su parte ó de otra persona se me haya impuesto miedo ó hecho amenaza alguna para inducirme ó atraerme á hacer cosa contra ella, y para mayor firmeza y seguridad de lo dicho y prometido por mi parte, juro solemnemente por los Evangelios contenidos en este misal, sobre que pongo la mano derecha, que lo guardaré, mantendré y cumpliré en todo y por todo, y que deste juramento no pediré relajacion á nuestro muy Sagrado Padre y Santa Sede apóstólica, ni á su Legado ó dignidad que tenga facultad para me la conceder; y que si á mi instancia, ó de alguna universidad ó persona particular, ó *motu propio* me fuere concedida, aunque sea solamente para poder entrar en juicio, sin tocar en la sustancia de los dichos remedios y fuerza desta escritura y de la capitulacion que por ella apruebo, no me valdré ni usaré della; ántes, para en caso que se me conceda, hago otro tal juramento para que siempre haya y quede uno sobre todas las relajaciones

que me fueren concedidas; y debajo del mismo, digo y prometo, que no he hecho ni haré protestacion ó relajacion en público ó en secreto que pueda impedir ó disminuir la fuerza contraria á lo contenido en esta escritura; y que si la hiciere, aunque sea jurada, no valga ni pueda tener fuerza ni efecto; y suplico á Su Santidad, que pues este matrimonio tuvo principio por su santa y afectuosa solicitud, y se ha de celebrar con su bendicion, se sirva de acrecentar la fuerza del vínculo y religion deste juramento, con la autenticidad de su confirmacion apostólica; y prometo y obligo, que en conformidad y cumplimiento del capítulo sexto referído, luégo que llegare al lugar donde el Rey cristianísimo me ha de recibir, haré y otorgaré con su intervencion y autoridad, y juntamente con S. M. cristianísima, con todas las cláusulas, juramentos y fuerzas necesarias y convenientes, otra tal escritura de confirmacion y ratificacion desta, que fué hecha y otorgada en la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla, Cámara de sus Reyes, en el monasterio de San Agustin, viernes, diez y siete dias del mes de Octubre deste año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y seiscientos y quince, en presencia del Rey, nuestro señor, que para mayor solemnidad y celebridad deste acto quiso se hallasen y se hallaron presentes el Príncipe, nuestro señor, y los Serenísimos Infantes D. Cárlos y D. Fernando, sus hijos; y dijo S. M. católica, que por lo que toca á la causa pública y bien comun de sus Reinos, súbditos y vasallos dellos, confirma y confirmó esta escritura segun y en la forma que la ha hecho y otorgado la Serenísima Infanta Doña Ana, Reina prometida de Francia, su muy cara y muy amada hija, y de su *motu propio* cierta ciencia plenaria y absoluta potestad, y como Rey y señor, no reconociendo superior en lo temporal, suplia y queria se tengan por suplidos con su Real autoridad cualesquier defectos y omisiones de hecho ó de derecho, de sustancia y calidad y de estilo, ó de costumbres que haya habido en este otorgamiento, y confirmaba y aprobaba especial y particularmente el capítulo quinto y lo que por él está resuelto y asentado entre S. M.

católica y las cristianísimas de Francia; y queria y mandaba que tenga fuerza y vigor de ley, pragmática sancion, y que como tal sea recibida y se guarde y observe y ejecute en todos sus Reinos, Estados y Señoríos, sin embargo de las leyes, ordenanzas, fueros y costumbres que haya y pueda haber en contrario, las cuales derogaba y quiere que por esta vez se tengan por abrogadas y derogadas, aunque sean tales y de calidad, que para su derogacion se requiera y sea necesaria otra más expresa y especial mencion; y la mandó sellar con su Real sello y que se registre y publique en el Consejo de su Cámara y en los otros á quien tocare; de lo cual todos fueron testigos prevenidos y llamados: D. Cristóbal Gomez de Sandoval y Rojas, Duque de Uceda; D. Joan Alonso Enriquez, Almirante de Castilla; D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Cea; D. Gomez de Ávila, Marqués de Velada; Rui Gomez de Silva, Duque de Pastrana; D. Fernando de Acevedo, Arzobispo de Búrgos; D. Sancho de la Cerda, Marqués de la Laguna; D. Agustin Mejía; el Padre Maestro Fray Luis de Aliaga, Confesor de S. M., todos tres del Consejo de Estado; el Licenciado D. Fernando Carrillo, Presidente del Consejo de Hacienda de S. M.; el Licenciado Gil Ramirez de Arellano, del Consejo y Cámara de S. M.; don Diego de Guzman, Limosnero mayor; D. Galceran Albanel, Maestro del Príncipe, nuestro señor, y otros muchos señores y personas ilustres, criados de S. M., que se hallaron presentes.—YO EL REY.—*Ana.*

»Yo Antonio de Aróztegui, Caballero de la Órden de Santiago, Secretario de Estado de S. M. católica, Escribano y Notario público en sus Reinos y Señoríos, que presente fuí al juramento, otorgamiento y todo lo demas de suso contenido, doy fe dello; y que los dichos capítulos quinto y sexto matrimoniales, segun que de suso quedan referidos, están fielmente sacados y concertados con su original, que queda en mi poder; y en testimonio de verdad lo signé y firmé de mi nombre.—Antonio de Aróztegui.»

»Doña Ana, Infanta de las Españas, y por la gracia de

Dios, Reina prometida, futura de Francia, hija mayor del muy alto, y muy excelente, y muy poderoso Príncipe D. Felipe III, por la misma gracia, Rey católico de las Españas, mi señor, y de la muy alta, y muy excelente, y muy poderosa Princesa Doña Margarita, Reina católica, que haya gloria; por este instrumento y escritura de renunciacion y de lo demas que en ella se contenia, sea notorio y manifiesto á los que en cualquier manera tuvieren noticia della, que por los capítulos segundo y cuarto del tratado de mi matrimonio, prometido por el muy alto, y muy excelente, y muy poderoso Principe Luis XIII, Rey cristianísimo de Francia, otorgado en la villa de Madrid, dentro del Palacio Real, en los 22 dias del mes de Agosto del año pasado de 1612, se resolvió y asentó, que el Rey, mi señor, por causa y contemplacion deste matrimonio, y para que lleve á él por dote y bienes mios propios, prometió me daria 500.000 escudos de oro del sol, de á razon de á 13 reales cada uno, que se pagarian y entregarian de contado al Rey cristianísimo y á la persona que tuviere su poder, y que con ellos me haya de contentar y tener por contenta de todos y cualesquier derechos y acciones que de presente y de futuro me pertenezcan y puedan pertenecer á los bienes y herencia de la Serenísima Reina Doña Margarita, mi madre, y de la futura sucesion del Rey, mi señor, que Dios guarde, y de todo lo que como hija y heredera de SS. MM. católicas, y por su derecho y cabeza, y por cualquier título pensado ó no pensado, sabido ó ignorado, así por línea paterna como materna, derecha ó transversal, mediata ó inmediatamente me pudiera tocar y pertenecer, y que en teniendo edad legítima, y ántes de celebrar el matrimonio por palabras de presente, hubiese de ceder y renunciar todos mis derechos y acciones en el Rey, mi señor, y en las personas que tuvieren el suyo y S. M. quisiere y tuviere por bien, segun que más particularmente se expresa y declara por los capítulos que he leido y oido leer muchas veces ánter de venir á otorgar esta escritura, que quiero se infieran y pongan en ella letra á letra y palabra á palabra, que su tenor es este: »

Remítese al artículo segundo y cuarto que están en las capitulaciones, y dice:

«Y porque ya soy mayor de edad de catorce años, y dentro de pocos dias, siendo Dios servido, se ha de efectuar nuestro matrimonio por palabras de presente, y estoy cierta y advertida, y informada á toda mi satisfaccion de la sustancia y efecto de los capítulos; reconozco y he reconocido que de la futura sucesion del Rey, mi señor, herencia de la serenísima Reina, mi madre, como á uno de los hijos y herederos que somos de SS. MM., en rigor no me podia tocar y pertenecerme por herencia y legítima, la dicha suma de 500.000 escudos de oro del sol, y que cuanto me pudiere pertenecer es dote muy competente y mayor de la que hasta ahora se ha dado á Infanta de España, y que el Rey, mi señor, se ha inclinado y movido á dármela tan grande, por hacerme merced, y en consideracion y contemplacion de la persona del Rey cristianísimo, y porque por medio deste matrimonio se consigan los efectos referidos por el dicho tratado matrimonial, que son tan importantes para el bien público de la cristiandad, contento y satisfaccion destos Reinos; por tanto, de mi cierta ciencia y sabiduría, agradable y expontánea voluntad, apruebo y quiero se guarde y cumpla lo resuelto y asentado por los capítulos, y que debajo de lo en ellos contenido y declarado, se entienda haberse de concluir, efectuar este matrimonio, que sin la dicha condicion no hubiera llegado al estado en que hoy está, y desde luégo me doy por contenta y por entera y cumplidamente pagada y satisfecha de todo lo que por cualquier derecho sabido ó ignorado, que de presente ó de futuro me pertenezca ó pueda pertenecer de la futura sucesion y herencia de las Majestades católicas, mis padres, y por razon de legítima paterna y materna, ó por suplimiento dellas, ó por razon de alimentos ó dote, así de los bienes libres como de los de la Corona de sus Reinos, Estados y Señoríos, sin que contra S. M. y sus sucesores, á mí y á los mios nos quede accion ó recurso alguno para pedir ó pretender, habia yo de haber mayor suma y parte de mayor valor y estima-

cion que los dichos 500.000 escudos; y quiero que esta renunciacion ansimismo se entienda de otros cualesquier derechos y acciones que me puedan tocar y pertenecer por herencia y sucesion de algun derecho ó pariente de línea derecha ó transversal por la cabeza y personas, y como hija de SS. MM., y que todos ellos, los unos y los otros, de cualquier condicion, naturaleza, calidad, valor, importancia que sean, los aparto y quito de mí, y los cedo, renuncio y transfiero en el Rey, mi señor, y en sus herederos y sucesores universales y singulares que tuviesen sus derechos, y para que pueda disponer dellos como quiera y por bien tuviese, así por contrato entre vivos como por su título y última voluntad, sin que S. M. tenga obligacion de instituirme ó dejarme por su heredera ó legataria, ó hacer mencion de mí, porque para los dichos efectos me declaro y he de ser tenida y reputada por extraña, y como tal, no me ha de quedar recurso para poder reclamar ó proponer querella, aunque la herencia que dejare S. M., mi padre, sea opulentísima y de tan gran valor y estimacion, que della y como á uno de seis hijos, que ahora somos, me pudiera pertenecer muy mayor y más crecida suma que la de los dichos 500.000 escudos, por grande y extraordinario que sea el exceso; y aunque fuese caso, que Dios no permita, que al tiempo de su muerte, por haber ántes fallecido mis hermanos y los demas sus descendientes legítimos, quedase y viniese yo ha ser hija única, porque en ningun caso ni por algun acaecimiento se ha de poder pedir y demandar, por mí ó en mi nombre, por el derecho que de mi persona, otra más parte de legítima de los bienes y herencia del Rey, mi señor; y prometo que en ningun tiempo, ni por alguna razon ni só color pretendido, iré, consentiré, ni permitiré se vaya ó venga contra esta mi renunciacion y desistencia que hago de los dichos mis derechos, acciones y pretensiones; y juntamente me desisto y aparto de todos y cualesquier remedios ordinarios y extraordinarios que por derecho comun y leyes destos Reinos, ó por privilegio especial me pertenezcan ó puedan pertenecer, y particularmente el de la restitu-

cion *in integrum*, fundada en el defecto de mi edad ó en la lesion enorme ó enormísima, ó por decir que dólo dió causa á este matrimonio-contrato, ó en la incertidumbre de lo que renuncio; para que ninguno de los remedios y recursos reducidos á tela y contienda de juicio, me valga ni pueda valer, ni por ellos yo y mis hijos y herederos podamos ser oidos ni admitidos, y se nos deniegue y cierre la entrada para poderlos deducir y proponer judicial y extrajudicialmente, ni por vía de agravio ó recurso y simple querella, y que siempre y en todo tiempo se guarde y cumpla lo dispuesto por los capítulos de suso referidos, y lo prometido por mí en esta escritura de su confirmacion y aprobacion; y prometo en fe de mi palabra Real, que en todo tiempo será mantenido, cumplido y guardado inviolablemente, debajo de obligacion que hago de mis bienes y rentas que tengo y tuviere; y doy poder al Consejo de S. M. católica y de los Señores Reyes, sus sucesores, y á las personas á quien cometieren la ejecucion desta escritura, para que la hagan guardar y ejecutar; y para mayor firmeza, juro por los Santos Evangelios contenidos en este libro misal, sobre que pongo mi mano derecha, que en todo tiempo y en cuanto fuere de mi parte lo guardaré y cumpliré, sin decir ni alegar que para lo hacer y otorgar fuí inducida, atraida ó persuadida, ó por el respeto y reverencia que debo al Rey, mi señor, que me ha tenido y tiene en su patria potestad, porque certifico que S. M. se ha siempre remitido á mi arbitrio y voluntad, y la he tenido libre y no respectiva en todo lo que ha sido en órden á este contrato, y prometo de no pedir relajacion deste juramento á nuestro muy Santísimo Padre y Santa Sede apostólica, ni á su Nuncio y Legado *ad latere*, ni á otra persona que tenga poder ó facultad para me la conceder; y que si á mi instancia ó de algun otro tercero fuere pedida, ó *motu propio* concedida, no usaré ni me valdré della, aunque sea solamente para entrar en juicio; sin tocar en la fuerza y sustancia de los capítulos dichos matrimoniales, ni en lo desta escritura que hago en su confirmacion, sin embargo que sea con cualesquier cláusulas de-

rogatorias este juramento; y en caso que se me conceda una y muchas veces, hago otros juramentos de nuevo, y tantos, que siempre quede uno sobre todas las dichas relajaciones; y debajo del mismo certifico y prometo que no he hecho ni haré protestacion ni reclamacion en público ó en secreto contraria á esta mi promesa y obligacion para debilitarla ó disminuir su fuerza; y que si la hiciere, aunque sea con otro juramento contrario á este, no me pueda valer ni ser de provecho, y prometo y me obligo que luégo que fuere llevada y me hallare en compañía del Rey cristianísimo, en conformidad de los capítulos, otorgaré juntamente con S. M. otra escritura con las cláusulas, juramentos y fuerzas necesarias, con insercion y ratificacion desta, que fué hecha en la ciudad de Búrgos, cabeza de Castilla, Cámara de sus Reyes, en el monasterio de San Agustin, viernes diez y seis dias del mes de Octubre deste año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil y seiscientos y quince, en presencia del Rey, nuestro señor, que para mayor celebridad del acto quiso se hallasen presentes: el Príncipe, nuestro señor, y los Serenísimos Infantes D. Cárlos y D. Fernando, sus hermanos; y dijo que suplia con su Real autoridad y queria se tengan por suplidos cualesquier defectos y omisiones de hecho ó de derecho, de sustancia ó calidad de estilo ó costumbres que haya habido en el otorgamiento desta escritura de renunciacion de legítimas y futuras sucesiones, que ha hecho y otorgado la Serenísima Infanta, Reina prometida de Francia, su muy cara y muy amada hija; y de su plenaria y absoluta potestad, como Rey, no reconociendo superior en lo temporal, la confirmaba y aprobaba; y lo confirmó y aprobó con derogacion, por esta vez, de cualesquier leyes, ordenanzas, fueros y costumbres que haya en contrario que puedan impedir su efecto y ejecucion; y para mayor firmeza la mandó sellar con su Real sello, y siendo testigos, prevenidos y llamados: D. Joan Alonso Enriquez, Almirante de Castilla; D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Cea; D. Gomez de Ávila, Marqués de Velada; Rui Gomez de Silva, Duque de Pastrana; D. Fernando de Acevedo,

Arzobispo de Búrgos; D. Sancho de la Cerda, Marqués de la Laguna; D. Agustin Mejía; el Padre Maestro Fray Luis de Aliaga, Confesor de S. M., todos tres del Consejo de Estado; el Licenciado D. Fernando Carrillo, Presidente del Consejo de Hacienda de S. M.; el Licenciado Gil Ramirez de Arellano, del Consejo y Cámara de S. M.; D. Galceran Albanel, Maestro del Príncipe, nuestro señor, y otros señores ilustres, criados de S. M., que se hallaron presentes.—YO EL REY.—*Ana.*

»Yo Antonio de Aróztegui, Caballero del hábito de Santiago, Secretario de Estado de S. M. católica, y Notario y Escribano público en sus Reinos y Señoríos; que presente fuí al juramento, otorgamiento y todo lo demas de suso contenido, doy fe dello; y que los dichos dos capítulos segundo y cuarto matrimoniales, segun que de suso quedan referidos, están fielmente sacados y concertados con su original, que queda en mi poder; y en testimonio de verdad lo signé y firmé de mi nombre.—*Antonio de Aróztegui.*»

FIN DEL TOMO SESENTA.

Arzobispo de Búrgos; [illegible] marqués de la Laguna; D. Ignacio Alvarez [illegible] Fray José de Almeyda, [illegible] de Estado; el Licenciado D. [illegible] del Consejo de Hacienda de S. M. [illegible] Gran del Consejo y Cámara de S. M.; [illegible] Vassal del Principe nuestro señor [illegible] de S. M. [illegible]

Yo [illegible] bajo, [illegible] y [illegible] cribano público [illegible] que [illegible] en el juramento [illegible] de [illegible] que [illegible] rido [illegible] de [illegible] cuarto [illegible] esta [illegible] que quedo en [illegible] de [illegible] firme de lo [illegible]

ÍNDICE.

